

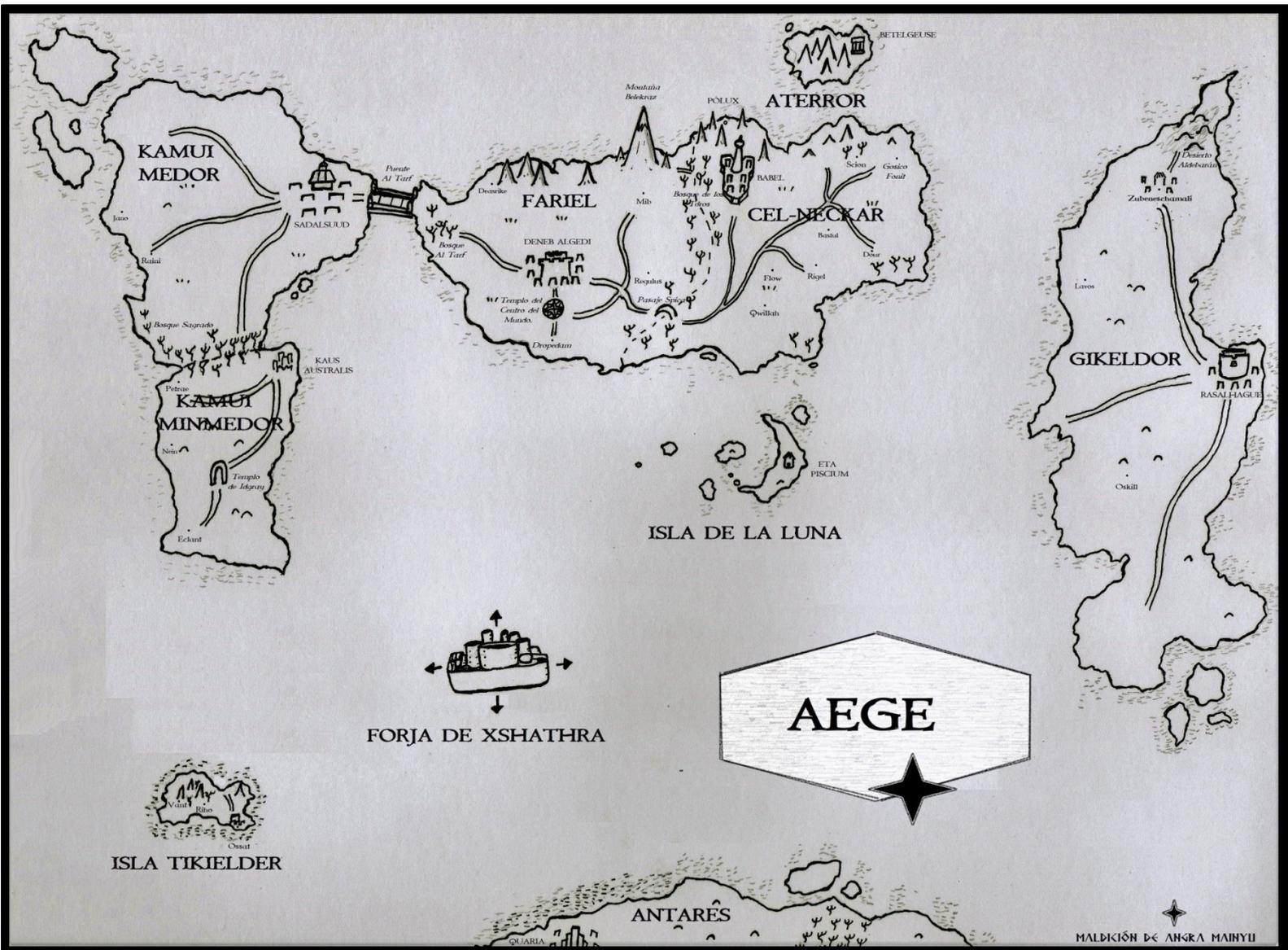
DRASSIL

LA ESTRELLA OSCURA



Alex D.
Keyser





No soy nada.

DRASSIL

La Estrella Oscura

ÍNDICE

Prólogo: Las Raíces Grises.....	pág. 6
1. El Escudo.....	pág. 8
2. El Dragón De Huesos.....	pág. 19
3. Tormenta.....	pág. 32
4. El Templo Del Centro Del Mundo.....	pág. 44
5. Boca-Cortada.....	pág. 57
6. Historias Para Dormir Por Siempre.....	pág. 68
7. Los Soldados De Fariel.....	pág. 79
8. El Camino Eterno.....	pág. 95
9. El Ascenso A Belekraz.....	pág. 106
10. La Sombra Del Cielo.....	pág. 116
11. Los Hermanos Bellow.....	pág. 128
12. El Rey De Las Moscas.....	pág. 140
13. Las Profundidades De La Desesperación.....	pág. 158
14. En Las Entrañas.....	pág. 180
15. La Rueda De La Desgracia.....	pág. 195
16. El Despertar De Vannael.....	pág. 214
17. Donde Se Pudren Los Malditos.....	pág. 230
18. Cornucopia De Asherat.....	pág. 243
19. Tótem Terror.....	pág. 253
20. La Estrella Oscura.....	pág. 267

-Prólogo-
Las Raíces Grises

“Reporte de un chamán antiguo kiel al Amo de Guerra y Emperador Crandor II”, hallado en los archivos del Castillo de Faudó, sección Unnaon Alpha:

El mensaje al pueblo es doloroso, pero debe ser entregado. Hay remedios que causan terribles tormentos, causan que uno ruegue por la muerte, pero deben ser aplicados aun por sobre las súplicas del enfermo. Esta solución no es valiente, no es ni siquiera típica de nosotros, pero, os lo imploro por Batezek, debe ser puesta en marcha.

Nuestras fuerzas menguan. Aun en el resplandor de nuestra gloria militar, no podríamos vencer. Estos invasores llegados de la nada nos superan, no en número ni vigor, sino en poseer un arte que nosotros no. Y lo que el hombre no posee es lo que teme.

Nos enfrentamos a un mal desconocido. Un horror que mis antepasados habían sentido en las estrellas, y que por descuido ignoramos. La llegada del final que nos prometió el Raganah de los Dioses, de la danza al borde del precipicio de la inexistencia, en donde todas las almas cesarán de ser probadas. Pero este, por suerte, es el momento. Estamos a tiempo. A tiempo de prevenir la masacre, la entera destrucción de nuestra raza y de todo lo que conocemos.

Usted mismo me lo dijo, la otra noche luego de la reunión: no sabía a qué se enfrentaba. Naves que vuelan y aparecen de la nada, raíces de acero helado que atraviesan cualquier armadura, guerreros que portan armas bestiales, con un vigor y un poder que parecen inspirados por la misma oscuridad. Pelean con tal soberbia y tan confiados que han hecho a nuestros más formidables soldados experimentar el terror. Sus campeones son como el viento, sus espadas tormentas. Cada uno de esos seres puede hacer temblar a cien de nuestros más experimentados comandantes, ¿y a qué costo? Si no parecen morir, ni parecen decaer, y sus ojos tienen algo que asustaría al más mermado de los nuestros.

Y su líder... Hay cosas de las que es mejor no hablar, ni siquiera por escrito. Dicen ahora que están teniendo problemas, que se están preparando para una amenaza pero ¿Qué podría amenazarlos? Esa ciudad es intocable. Ha clavado sus raíces en lo hondo del corazón de este mundo y ya nada podrá derribarla. Es una fortaleza impenetrable.

Deneb Algedi, en cambio, no lo es. La única razón por la que no hemos sido arrasados aún es porque estamos en el ojo de esta tormenta. Pronto el Señor de Drassil posará su mirada fría en nuestro reino, y nuestro futuro será el olvido.

Pero eso puede impedirse. Nos iremos, y, si tenemos suerte, nuestra ciudad no será objeto de sus maquinaciones. Si tenemos más suerte aun, será ocupada por humanos, y tendremos que reconquistarla. Pero sólo cuando aquel mal se haya ido, sólo cuando estemos seguros, nuestros herederos tomarán esta hermosa polis de nuevo y gritarán su nombre con orgullo, el nombre del general Crandor, quien con su prudencia salvó a su pueblo de la masacre.

Allí, peharemos.

Aquí, sólo nos queda huir.

Es su decisión, pero creo que lo mejor sería escapar hacia aquella extensa tierra de humanos sin desarrollo. Instalarse sería fácil. Si necesitamos aliados, bastaría con apoyar a esos bárbaros en su contienda por expandirse. Y, si los dioses están de nuestro lado, podríamos dejarlos que se desplacen hasta tocar la ciudad maldita y verlos morir para cedernos sus tierras.

En cualquier caso, mi mensaje es claro. Debemos huir, emperador. La vida de nuestra gente depende de que usted siga el camino de la prudencia o del orgullo. No podemos desafiar al hombre de los ojos sin alma. Esperemos que, como han hecho hasta ahora por designio de los dioses, se mantengan sin percatarse de nosotros.

Huyamos. Esperemos.

Un aparte: hemos enviado mensajeros buscando respuestas, y los elven nos han dado una. Dicen que el pueblo maldito es el de los devas, los bendecidos por el destino, el pueblo que sus antiguos adoraron antaño y en quienes buscan reencarnar. Yo me pregunto entonces, ¿qué hace un bendecido convirtiendo el mundo en un infierno?

1. El Escudo

El pueblo de Vant era una apacible localidad al noroeste de la isla Tikielder, una masa de tierra montañosa cuya comunicación con los grandes continentes estaba muy limitada debido a los tempestuosos mares que la rodeaban. En adición a esto, los habitantes de Vant vivían sin entrometerse en los asuntos de los grandes reinos, y se sustentaban de actividades pacíficas como la cría de ovejas y cerdos, la agricultura y, sólo en aislados casos, la caza y el comercio de víveres en el puerto.

Era la posición de Vant, tal vez, la que hacía que se encontrara aislado de los problemas que solían azotar al exterior. Las altas colinas rodeaban sus granjas como una muralla; y donde las precipitaciones no llegaban a formar un lago se desarrollaba una actividad rural, sencilla, que forjaba también mentes sencillas y por la cual se rechazaba todo lo que del otro lado del océano era reconocido: la guerra, la magia, el comercio marítimo y la navegación, cualquier cosa que pudiera afectar la perfecta tranquilidad de tan desconocido rincón.

Los pocos conflictos que podía haber entre pueblerinos, mayormente relacionados con el robo de ovejas y de territorio entre granjeros, eran solucionados por el Jefe de Aldea, en cuyos labios estaba la justicia. El Jefe de Aldea era la autoridad máxima y el hombre más respetado del lugar, por lo que vivía en la choza más grande para demostrarlo. Había sido votado por los habitantes de Vant y se encargaba de resolver disputas y aconsejar al pueblo, establecer el rumbo de la siembra y anunciar los días de cosecha para la comuna, así como supervisar las pocas festividades que pudieran celebrar.

No ocurría nada inusual allí. Todo era paz. Todas las mañanas salía el sol y los aldeanos se despertaban para darle de comer a los cerdos o seguir cultivando. No había guerreros y los practicantes de las artes mágicas estaban ausentes, excepto por Scarrow, el viejo ermitaño de la aldea, que pocas veces manifestaba sus poderes. Los días se sucedían unos a otros con una constancia eterna, sin cambio ni novedad, y los habitantes de Vant estaban felices con ello, seguros en la burbuja que habían creado para protegerse de las intemperies del mundo.

Situaciones como esa, sin embargo, pocas veces pueden mantenerse.

En ese entonces Reed, el hijo del Jefe de la Aldea, tenía siete años. Había nacido en Vant y se había criado con su estricto padre, había ordeñado vacas, esquilado ovejas y jugado en el barro como todos los niños de su edad, saboreando los placeres rurales que la vida en tan reducido espacio permitía. Sin embargo, si había algo en lo que Reed se diferenciaba del resto de los habitantes del pueblo, era en su deseo de aventura: desde que había nacido, desde que tenía consciencia, existía en su alma un llamado innegable, por recorrer el ancho mundo, descubrir lo inexplorado, enfrentar monstruos, dragones, brujos y caballeros con una espada en mano y hacer de su vida una canción digna de los mejores bardos. Tal era su anhelo, que había llegado a aborrecer lo que encontraba en su pueblo. No podía comprender a los demás, no lograba entender cómo se mantenían así. No se podía contentar con Vant, no podía contentarse con una vida repetida de mediocre labor, de montañas rodeándolo e ignorancia del exterior.

Lo que deseaba era algo que estaba más allá de sus ojos. Una historia perfecta, un cuento ideal que justificara su existencia, su pasado y su futuro.

Todos los días, a escondidas, el niño se internaba en el bosque, en donde se creía estaban las bestias más peligrosas del pueblo, y jugaba con su mente imaginando las más emocionantes proezas. Sólo una vez su madre lo descubrió paseando por aquellas zonas y se ganó una reprimenda pero... ¿Qué sabía su madre sobre aventura? ¿Qué podía imaginar un simple y pacífico pueblerino de Vant sobre el mundo exterior, sobre el gozo de conocer más del mismo, de colorear la aburrida vida infantil?

Reed creía haber recorrido todo el valle, con excepción de la parte central del bosque; *seriamente peligrosa* según palabras de su padre. Le encantaba tenderse sobre la hierba en la colina mayor y mirar ese cielo límpido y celeste, ver las nubes cernirse con calma hacia el horizonte para perderse tras las otras montañas, para internarse en el ancho mundo que aún no podía vivir. Le gustaba estar solo. No tenía mucha compañía en el pueblo, pues su hermano menor Cax estaba continuamente encerrado en la casa por enfermedad, y había terminado por aburrirse de los juegos de los otros niños.

Una tarde en que el malestar de su pequeño hermano se hizo especialmente grave, su madre –a su padre no podía interesarle algo tan trivial como ello- lo mandó a buscar setas medicinales al bosque, recomendación de Scarrow para la extraña debilidad que el niño tenía. Reed aceptó con gusto, y emprendió la marcha internándose en la verde frondosidad del Bosque de Vant.

Las setas que debía conseguir eran únicas, por lo que estuvo mucho tiempo buscando, colándose entre los árboles que ya conocía y merodeando en círculos. Cada vez más, el sonido de los animales tras las malezas aumentaba. Y cada vez, el velo de la noche iba descendiendo sin advertencia. A Reed no le importaba demasiado, pues había estado en aquella parte del bosque de noche antes y había regresado solamente con rasguños. Siguió buscando sin detenerse a pensar en el tiempo, hasta que encontró uno de los inflados hongos rojos con motas.

Sin embargo algo llamó más su atención. Más allá del hongo, un exótico lagarto se mantenía trepado al tronco de un árbol, intentando mimetizarse sin mucho éxito. Reed arrancó la seta de un tirón y la guardó bajo su ropaje castaño de aldeano, para luego dirigir toda su atención en el particular animal.

Era amarillo y negro, y sus millares de pequeñas escamas parecían gotas adheridas al cuerpo. El reptil se percató de la presencia del niño y, en un abrir y cerrar de ojos, zigzagueó velozmente por el suelo para meterse tras un arbusto. El niño rio, y comenzó a seguirlo, esquivando las ramas y apartando la maleza con la mano.

Estuvo un rato corriéndolo entre los árboles, dejándose llevar por su yo de aventura y su diversión, hasta que algo tiró de su pierna y lo hizo caer de bruces, embadurnándose la cara de tierra.

Entonces sí se asustó. El bosque de la tarde había desaparecido para dar lugar a algo que parecía un pantano, a lo que él había oído llamaban pantano. El terreno fangoso, repleto de charcos de agua estancada, interrumpidos por alguna piedra que, húmeda y embarrada, sorprendía con su dureza al desprevenido. Los árboles oscuros, bajos y retorcidos, con formas engañosas y raíces levantadas que también parecían más árboles, oscureciendo el cielo y llenando de trampas la tierra. Dominaba el olor a moho en cada rincón, y se podía escuchar el piar de muchos pájaros que revoloteaban entre las sombras de las ramas, formando puntos de negrura entre la ya casi inexistente luz que se filtraba. Reed se incorporó con cuidado y dio la media vuelta, pero cayó en la cuenta de que no sabía cómo regresar a su hogar.

La noche, como un manto de desesperación, ya había caído sobre el cielo.

Nunca había estado allí, así que concluyó que se encontraba en el centro del Bosque de Vant, llamado el lugar más peligroso de todo el valle.

Miró a sus pies y vio que había tropezado con una rama. Un poco más allá el suelo perdía consistencia hasta formar un charco de lodo que parecía tener bastante profundidad, rodeado de árboles y maleza.

El lagarto de alguna forma había logrado ponerse justo en el medio de aquel lodazal. Reed se lo quedó mirando, entre asustado y curioso: ¿Cómo era que aquel animal no se hundía en el fango? La criatura ya ni siquiera se molestaba en camuflarse: sabía que aquel niño nunca la alcanzaría.

El pequeño pueblerino pensó en volver, pero algo hizo que decidiera avanzar un poco más, hasta que el lodo le llegó a las rodillas. Todo aquel pantano sonaba por sí mismo: los llamados de grillos, búhos, y aves parecían salir desde las sombras y la maleza, sin mostrarse por completo nunca, aturdiéndolo de sonidos y de terror, espantándolo al contrastar tanto con el silencio de su pueblo. El bosque tenía una voz, una chillona y asustada, llena de amenazas veladas y susurros.

Su curiosidad innata sin embargo podía hasta ignorarla.

Se aproximó hacia el lagarto con intención de agarrarlo, pero este, más veloz y más ligero, avanzó girando sus patas por sobre el barro y volvió a perderse entre la maleza. La velocidad del movimiento hizo que Reed perdiera el equilibrio y volviera a caer hacia delante, con las manos extendidas para no golpearse la cara. Sin embargo, al igual que el lagarto, no se hundió. Sus palmas tocaron algo liso y duro, semienterrado entre todo el fango.

Respiró con afano hasta que cayó en la cuenta de que no iba a hundirse, y luego tanteó lo que estaba tocando. Era duro como el metal y frío al tacto. Le quitó la tierra húmeda que lo cubría valiéndose de las manos, y terminó distinguiendo un rojizo apagado.

La luna ya comenzaba a filtrarse por los árboles, iluminando aquel pantano con claridad apabullante. Había anochecido demasiado rápido.

Curioso como era, arrastró los dedos hacia el borde de aquella cosa, y empujó con todas sus fuerzas hacia atrás. No fue necesario. Ante la menor fuerza aplicada, el lodo cedió como mantequilla y el enorme objeto salió de su escondite tal si hubiera sido impulsado por un resorte.

Era un escudo. Y era enorme. Estaba decorado con decenas de runas dispuestas en círculos concéntricos, y al medio un relieve: una estrella cardinal de ocho puntas, de oro macizo. El muchacho se tomó un segundo para examinar las runas, pero no pudo entender ninguna por mucho que se esforzase.

Un aullido espeluznante resonó en la noche, no muy lejos. Reed se había olvidado por completo del lagarto, pero sabía que a esas horas el bosque se podía llenar de lobos. Hacía no demasiado tiempo se había encontrado el cadáver de un aldeano

devorado por aquellas insaciables bestias. Había sido un suceso de recordar para el apacible pueblo de Vant.

Pero, en su mente infantil, más aun que los feroces lobos, Reed temía a la reprimenda que le podían dar sus padres por volver tan tarde con las setas para su hermano. Estaba, además, embarrado de fango. Su padre le daría un severo castigo si algún aldeano llegaba a verlo saliendo del bosque a esas horas y en ese estado.

“-Necesito que te comportes.- le había dicho una vez que lo había encontrado durmiendo sobre un pajar vecino, en una propiedad que no le correspondía- *Soy el Jefe de la Aldea, y en unos años tú serás mi heredero. No Caxer, ni tu madre, ni nadie más, tú, así que compórtate como alguien responsable de una buena vez. ¿Entiendes lo que eso significa?”*

Reed recordaba haber asentido. No había dicho ni una palabra en la vuelta a casa, caminando en silencio al lado de aquel hombre que por gracia y culpa del destino era su padre. En realidad, había estado sorprendido. Creía, y quizás no se equivocaba, que aquella había sido la mayor cantidad de palabras que le había dirigido Hawke Id Vant desde que tenía memoria.

Pero ahora tendrían mucho que decirle cuando volviera tan tarde y tan sucio a su hogar. Y no sería nada bueno, ni traer las setas que le habían ordenado podría aliviar...

Una idea floreció en la mente del niño y logró arrancarle una sonrisa. Quizás... Si llevaba el escudo...

Quizás si traía un obsequio, su padre no lo reprendería. Iba a ser difícil arrastrar el enorme escudo de metal por todo el trayecto desconocido, pero creía que valía la pena intentarlo. Cualquiera esperanza de no recibir un castigo era suficiente incentivo como para arriesgarse.

Otro desgarrador aullido sonó y lo forzó a apresurarse, tomando el escudo y tirando para hacerlo rodar sobre el barro. Sus manos resbalaron sobre ambos lados, pero la herramienta se movió casi por su cuenta, girando hasta salir del profundo charco. Pudo ver que tenía una cadena dorada ensamblada en su centro, para sujetarlo. Tiró de esta y, entre chirridos y esfuerzos, el escudo se fue moviendo de su sitio, arrastrándose por el fango y las piedras.

Mientras salía de aquel horrible pantano sin mucha idea de hacia dónde dirigirse, Reed imaginó las circunstancias que habían llevado a tan tremenda arma caer en aquel basural natural. Quizás, pensó, era de algún comerciante que decidió dejarla allí por algún asunto de ilegalidad, o de algún héroe que pereció en el pantano, luchando contra los animales salvajes. Pero ¿un héroe cerca de Vant? Era ridículo hasta de imaginar. Algún otro día debería investigar junto con los otros niños si había algún cuerpo por allí cerca. Quizás, también, podría ser algún tesoro de alguien del pueblo, probablemente de Scarrow, el viejo mago. Aquel hombre de mirada de águila parecía tener muchos secretos.

Perdido estaba en el hilo de sus pensamientos, cuando escuchó un sonido que lo paralizó y le dio la sensación de un balde de agua helada en la espalda. Un largo y prolongado aullido, tras unos matorrales que se sacudían con violencia. Antes de que pudiera reaccionar, la oscuridad nocturna vomitó a un feroz lobo, en posición de atacar y con un gruñido tras los colmillos, blancos y claros para él como nada en la penumbra. Sus filosas zarpas y el pelaje erizado estaban salpicados de barro, y su único ojo, azulado y frío como el de un demonio, enfocaba al muchacho con inusitada maldad.

Animal y humano se miraron un rato largo, y Reed, presa de un nuevo y desconocido horror, con lentitud dio un paso hacia atrás. Todavía sujetaba la cadena dorada en la mano, pero eso no le serviría en lo más mínimo para enfrentarse contra el feroz atacante.

Iba a morir. Nunca más volvería a su hogar.

Dio otro paso hacia atrás, pero –por tercera vez en el día- perdió el equilibrio y volvió a caer, golpeando su cabeza contra algo metálico. Había aterrizado sobre el escudo que iba arrastrando a su espalda. El lobo aprovechó el descuido; y en un abrir y cerrar de ojos se abalanzó hacia su presa.

Entonces Reed cerró los ojos y gritó de puro espanto; pero nada ocurrió. No sintió el aliento caliente del animal, ni sintió su carne o ropas rasgarse. Nada, excepto una dolorosa y lenta espera por el terror y la muerte. Abrió los ojos con temor, y se sobresaltó al ver que el lobo estaba a menos de un metro de él, paralizado en posición de atacar, con la lengua fuera y la terrible blancura de sus colmillos expuesta. El cuerpo peludo temblaba detenido sobre el aire, y su pupila negra se sacudía hacia todas las direcciones en el mar azul de sus ojos. Una luz salía bajo Reed, una luz que parecía inmovilizar hasta las gotitas de saliva que habían saltado entre el predador y el niño, temblorosas en el aire.

Era el escudo. El extraño instrumento se había inundado de una luz platinada, brillante, que rompía la oscuridad de la noche, y el lobo había quedado atrapado. El muchacho no tuvo tiempo de reaccionar, porque de repente el resplandor aumentó hasta dejarlo casi ciego, y la bestia salió despedida varios metros hacia el aire hasta dar contra un árbol.

Aquella arma le había salvado la vida. Su depredador se incorporó pausado, temblando, lanzó un lloro perruno y corrió con el rabo entre las patas, desapareciendo de la vista del niño que miraba anonadado al escudo bajo sus pies.

Con pocas prisas Reed se movió de su posición y siguió arrastrando la reliquia por el bosque, respirando ahora con tranquilidad y sin salir de su asombro. Había encontrado un arma mágica. Decidió optar por la historia más creíble: el escudo era de algún héroe que, por alguna razón, había llegado a Vant. Ya no le interesaba tanto saber el porqué.

Al llegar descubrió que, para bien, la fiebre de su hermano había sido superada por los esfuerzos de Scarrow y, para mal, sus padres se hallaban furiosos con él por su demora. Todo se solucionó cuando mostró lo que había traído del pantano y relató su historia, omitiendo la parte del lobo para ahorrarse problemas. Súbitamente su padre se calmó y su madre corrió a abrazarlo, quizás intuyendo el peligro que había pasado. ¿Era curioso admitir, que a él no le importaba? No sentía nada, algo de aquella última experiencia había bloqueado de momento todo pensamiento, toda emoción en su corazón. Mientras ella lo abrazaba con toda la preocupación de una madre él sólo pensaba que algo le había obsesionado con aquel descubrimiento, y decidió, aunque su padre ya estaba mirando el arma como si fuera suya, que el escudo le pertenecía por derecho.

Y supo, en su interior, que era cierto.

Después del hallazgo, la importante fama que ya tenía aquella familia al ser el padre Jefe de Aldea creció exponencialmente, hasta el punto en el que Reed vio asegurada la posición de su progenitor y la suya por el resto de los años. La choza en la que vivían se remodeló para convertirse en una espaciosa casa. Su madre ya no hacía labores domésticas, sino que las empleadas -mayormente gente del pueblo contratada- se encargaban, y el prestigio con el que habían contado hasta el momento pareció quintuplicarse.

En el pueblo corrían rumores de que la familia de Reed mantenía relaciones con los reinos superiores como Kamui, Fariel o Cel-Neckar. Su padre nunca se molestó, convenientemente, en negar tales sospechas, sino que incluso colgó el escudo en la sala de estar como si fuera un trofeo: un lujoso regalo de algún amigo del continente para alguien de tanta nobleza como él. Había algo que a la gente le llamaba la atención de ese tesoro, que les hacía adorarlo, hasta ignorar que un regalo de los grandes continentes podía poner en peligro la sagrada soledad de Vant. Muchos aldeanos visitaban a la familia del Jefe de Aldea para presentar sus saludos y respetos, pero el muchacho podía ver cómo lo que realmente deseaban era observar el escudo que colgaba de la pared. Lo veía en los ojos y en las miradas interesadas, en la decepción cuando no les permitían pasar.

La historia de cómo Reed había encontrado casualmente aquel escudo quedó en el olvido, jamás mencionada entre ellos, como si todos tácitamente aceptaran que era ahora un secreto que nadie debía conocer, una anécdota olvidada que de alguna bizarra forma pondría en peligro su reputación. El padre terminó por volverse incluso más desinteresado para con sus hijos, teniendo que atender a la mayoría de los habitantes del pueblo y cumplir con más responsabilidades. Aunque el hombre desconociera por completo los poderes mágicos del escudo, sí le había logrado dar un gran poder social y económico a su favor. No había invitado ninguno en la casa que no se quedara al menos un rato maravillado mirando la reliquia, la atracción que proyectaba sobre el pueblo, sobre quien se acercara a ella.

Cuando nadie estaba en su hogar, Reed aprovechaba y lo descolgaba de la pared. Lo disponía en el piso cuidadosamente y se subía sobre él, esperando ver de nuevo algún haz de luz, pero nada sucedía. Aunque sí, más de una vez había sentido que el arma lo llamaba, que susurraba su nombre o reía, o incluso que lo observaba. Había algo extraño en ese escudo, algo que le causaba una curiosidad insostenible, como si fuera un misterio que pudiera descubrir tan sólo pensando. Otras veces simplemente se ponía a jugar con él sin que nadie lo viera, haciendo de cuenta que luchaba largas batallas contra dragones y criaturas. Apenas sentía un ruido en su hogar, con prisa devolvía el arma a su sitio.

Al único al que el nuevo trofeo de la familia parecía disgustarle era a Scarrow, el mago vagabundo del pueblo, quien no pareció nada contento cuando lo vio por primera vez. El padre de Reed lo mandó a llamar, para que examinara el artefacto y les dijera qué era exactamente y el ermitaño no perdió un segundo en acudir a la morada.

Era un hombre que aparentaba mucho más de sus cinco décadas, aunque el pelo y la barba castaños no estuvieran poblados de canas. Sus ojos verdes y brillantes le daban una mirada astuta de ave rapaz, el efecto apenas roto por la larga quemadura que cubría el dorso de su frente. Reed la observó curioso mientras él se inclinaba sobre el

artefacto, pasaba su mano lentamente por las runas que llevaba incrustadas y movía la cabeza con gravedad.

Como si algo hubiera pasado, Scarrow tuvo un sobresalto y se alejó varios pasos.

-Señor Hawke, es de suma importancia que usted se deshaga de esta cosa- dijo, mirando al escudo con asombro mientras hablaba- Esto no es un escudo, mucho menos un pedazo de acero normal. De hecho, ni siquiera puedo estar seguro de qué es, pero... - miró al padre de Reed, y negó enfáticamente- Puedo asegurar que hay algo ahí adentro.

El comentario fue altamente desaprobado por el hombre, quien de inmediato lo echó de la casa tratándolo de chiflado. Scarrow se marchó por su cuenta, dirigiéndole una severa mirada tanto al Jefe de Aldea como a su tesoro. Aquello le ganó el rumor – impulsado por Hawke y sus allegados- de que el viejo mago había perdido la cabeza antes de llegar al pueblo.

A Reed, en cambio, la declaración de Scarrow lo maravilló. Su interés por el escudo se incrementó más y más hasta el punto de volverse una obsesión. Tanto fue así que al otro día fue a buscar al mago, a quien secretamente respetaba, a preguntarle más sobre aquel misterioso tesoro.

-Lo primero que necesito saber- dijo Scarrow cuando fue cuestionado por Reed- es de dónde sacó tu padre esa cosa. Porque es evidente que ningún noble se lo ha mandado. Tu padre tampoco se dedica al comercio en el puerto, así que esa opción también queda descartada.

-Lo he encontrado en el bosque- se sinceró Reed- Yo.

Scarrow pareció sorprenderse y luego sacudió la cabeza.

-¿En el bosque? ¿Aquí?- volvió a negar, como si algo le frustrara- Es difícil de creer.

-¡Es verdad!- se enfureció el niño.

El otro sonrió, apaciguador, y lo examinó unos segundos con una mirada complaciente antes de volver a hablar.

-Está bien, si insistes... Pero aquí hay algo extraño. No hay duda de que un objeto como ese no pudo haber terminado por aquí así como así.

-¿Y qué es ese objeto precisamente, maestro Scarrow?- preguntó a su vez él con interés.

-¿Maestro? ¡Hacía mucho que nadie me llamaba así!- rio el mago para luego serenarse- No estoy seguro, Reed. A simple vista y para un aficionado, parece un elemento encantado. Pero nunca he visto uno que desprendiera tanta... vida. Dime Reed, ¿han pasado... cosas, con el escudo? ¿Algo fuera de lo común, que te haya llamado la atención?

Entonces asintió, y le contó cómo el arma lo había salvado de ser devorado por aquel bestial lobo negro. Scarrow escuchó la historia asombrado, meciéndose la barba mientras contemplaba las llanuras y el pueblo más abajo.

Los dos se encontraban charlando en los pastizales en donde a Reed le gustaba acostarse y mirar las nubes todas las mañanas. El viejo mago suspiró, y habló sin mirarlo al llegar al final del relato.

-¿Te salvó la vida? Quiero creer que eso se puede tomar como una buena señal.

-No es sólo eso.

El hombre no respondió, pero dejó de mecerse la barba para observarlo de reojo, con sumo interés.

-A veces siento que... -Reed pensó que lo que iba a decir era estúpido, pero tenía que confesarlo- Que me habla. Que me llama.

Scarrow se sobresaltó aun más.

-¿Por tu nombre?

El niño asintió, y el hombre se incorporó, mirándolo con temor y gravedad entremezclados en las arrugas de la cara.

-Aléjate de esa cosa. Lo más probable es que, si te llama por tu nombre, te haya marcado. Es algo que suele ocurrir con objetos malignos u demonios: se encariñan con algún mago en especial, y lo absorben. Es una situación demasiado peligrosa para un niño.

-Pero yo no soy un mago, Maestro Scarrow -lamentó reconocer aquello, y de repente se le ocurrió una idea- ¿Pero podría enseñarme a serlo? Ya sabe... ¿Arrojar bolas de fuego?

Aquella pregunta hizo que al otro se le aflojaran los hombros, y Reed lo escuchó reír. No recordaba haber oído reír a Scarrow de verdad en ningún momento desde que el hombre había llegado al pueblo. Era un sonido cantarín y quedó al mismo tiempo, lleno de una alegría dolorosa, que por algunos segundos le hizo recordar a un llanto. Mientras el hombre reía las arrugas de su piel se enmarcaban, haciéndolo ver más viejo, más sabio y más triste.

Se mantuvo así durante unos maravillosos segundos que Reed no olvidaría, y luego negó, contento y aliviado.

-Me duele decirlo pero tu nivel de potencial mágico es peor que mediocre, Reed. Podría enseñarte a encender pequeños fuegos, y probablemente eso agotaría toda tu reserva de maná- se rascó la barba, dudando de si el niño podía comprender eso, y luego lanzó un suspiro relajado, para concluir- No existe nada que un demonio vaya a poder querer de ti.

-¿Entonces no puede enseñarme magia?- preguntó el niño desesperanzado, sintiendo diluirse la maravilla de escuchar aquella risa al escuchar lo común que él mismo era.

-No. Pero puedo enseñarte las mil runas mágicas. -Scarrow lo miró animado, e indicó con un dedo los intrincados símbolos que estaban tallados en su simple báculo de madera- No son las que están en el escudo, ¿pero quién sabe? Tal vez te conviertas en un erudito en el tema.

Negó enérgicamente.

-Prefiero eso de encender fuego, si no le molesta.

Scarrow sonrió.

El ermitaño había llegado a Vant hacía ya casi diez años, en medio de una gran catástrofe para el pueblo: las precipitaciones habían aumentado y el agua estaba llenando el valle, hundiéndolo, matando animales y malgastando los cultivos. Como entrada de presentación, el hombre solucionó el problema en un abrir y cerrar de ojos con su magia, y como paga decidió quedarse a vivir el resto de sus días en aquel pueblo ignorado. Aunque últimamente las opiniones iban en su contra, el viejo Scarrow era muy respetado entre los aldeanos por la frecuencia con la que los ayudaba a solventar sus problemas usando su conocimiento y hechizos menores. Se afirmaba también a sus espaldas que él conocía otros tipos de sortilegios mucho más poderosos, que Reed siempre anheló ver sin éxito. Su papel como ayudante le había valido el puesto de consejero de Jefe de Aldea, que no aplicaba por temor a inmiscuirse en asuntos que pudieran perjudicar su estada en Vant. Jamás salía del pueblo, ni cultivaba ni criaba ganado, sino que vivía –muy parecido a Reed- vagando por el valle recogiendo hierbas o encerrado en su pequeña casa, leyendo. Nunca nadie había entrado a su hogar, pero entre los niños –Reed mismo lo creía- se rumoreaba que era un cuchitril lleno de pociones y artefactos diversos, un lugar poblado de secretos y trucos, donde tocar un

libro o tomar un simple trago de té podría convertir a uno en una rana o hacerlo desaparecer.

-Maestro Scarrow... ¿Por qué no usa su magia para conseguir dinero? Nunca pide nada a cambio.

-No necesito pedirlo- sonrió el viejo- Subsisto porque la gente me quiere en este pueblo y me proveen de alimentos y recursos. Cuando Vant ya no me necesite más, lo sabré. Pero mientras tanto, realmente amo este lugar. Y planeo quedarme.

-Escuché que mi padre quiere hacer una votación para echarlo del pueblo. ¿Se irá? –preguntó Reed algo molesto, mirándolo con curiosidad.

-¿De verdad?- el hombre dio un suspiro al sentarse al lado del muchacho- Si las cosas se ponen turbias, creo que me tendré que ir. No deseo ocasionar problemas a tan apacible localidad.

-No puede irse. Este lugar lo necesita. No apoyarán a mi padre.

Los ojos de Scarrow se clavaron en él, y luego se volvieron hacia el cielo, hacia las nubes que pasaban.

-Reed, no creas que no entiendo a tu padre. Yo fui como él, impetuoso, convincente, lleno de fervor e ideas, hace ya demasiado tiempo. Yo también, como él, quise llevar el mundo a mis manos... Pero el hombre que es rey de su mundo no puede dar tiempo ni lugar para los sabios inútiles como yo. Es un ciclo natural.

El niño miró la cara de su interlocutor, pero no detectó ningún anhelo o añoranza, sino más bien hastío y cansancio grabados en sus ojos esmeralda. Tuvo la impresión, por primera vez en su vida, de que Scarrow despreciaba más de lo que aparentaba.

Se quedaron un buen rato en silencio, mirando las nubes. Luego, Scarrow se volvió a incorporar.

-Reed, ¿quieres aprender a volar?

Al muchacho se le iluminó el rostro.

-¡Me encantaría!

-Pues encuentra la forma y enséñame- terminó el mago y estalló en una estruendosa carcajada a la que Reed hizo honor palmeándose la cara.

Y así, mientras la reputación de su padre seguía en aumento –aunque aun así, la votación para echar al mago del pueblo fue un fracaso- Reed se puso bajo la tutela de Scarrow, llegando a pasar más tiempo con el anciano que con cualquier otro familiar o persona. Se juntaban en cualquier momento, y Reed lo seguía a todas partes, mirando con detenimiento lo que hacía, o escuchando sus historias sobre sus aventuras en el gran continente y las extrañas criaturas que lo habitaban, y aprendiendo un poco de magia básica, como el hechizo para encender una pequeña hoguera. Scarrow a veces incluso le prestaba pesados y extensos libros de cuentos que él había gozado en leer, con descripciones de criaturas y de los reinos mayores: Kamui, Fariel, Cel-Neckar, Babel, Dropedam, Gikeldor, Gosico Fonit y Kamui Minmedor eran algunos de los nombres que el joven aprendió a ubicar y memorizar con deleite y detenimiento.

Entre el mago y el niño había surgido una relación paternal, ya que Reed apenas ya sí veía a su verdadero padre, y Scarrow enseñaba y contaba a Reed prácticamente todo lo que conocía, quizás viéndolo como el hijo nunca tenido. Al mago le complacía en sus adentros el interés y la curiosidad del muchacho por los asuntos exteriores, algo poco común en el pueblo, y lo colmaba relatándole lo que se enteraba por sus amigos de los grandes continentes, que ocasionales veces lo venían a visitar. Según Scarrow, llegar a Tikielder no era un asunto fácil por mar. Las corrientes oceánicas eran muy turbulentas en esa zona, y la isla estaba desaparecida en más de la mitad de los mapas existentes del mundo. Él mismo afirmó desconocer su existencia hasta que otra persona se la mencionó.

Y cuando llegó a la edad de quince años, de tanto trabajar en la granja y pasar de jugar a practicar con el escudo, Reed ya lo usaba como una verdadera arma de lucha, además de que Scarrow lo había entrenado en el uso de la espada y de las formas básicas de combate que se daban en los ejércitos de Cel-Neckar y Fariel.

Además, el tanto estar junto con el viejo y sereno mago había cambiado su personalidad, haciéndolo más callado y reservado, aunque con el mismo espíritu curioso y aventurero que había poseído desde su infancia. Se pasaba horas sentado frente al escudo, examinando una por una sus runas e intentando descifrar su significado, pero por más que creía conocerlas en algún lugar remoto de su cabeza no podía hacerse una idea de qué decían o de los misterios que amparaban.

Una sola vez más, a la edad de dieciséis años, algo ocurrió. Miró el escudo y tocó la estrella dorada del centro con su mano desnuda, y creyó ver algo asomándose por el reflejo.

Se diría que era una cara, pues tenía ojos y boca, pero no era una como cualquiera que Reed hubiera visto en su vida. No tenía nariz, y parecía dibujada sin esfuerzo, como por un niño. Era redonda y de ojos circulares blancos. La boca era enorme, era toda boca, toda boca y dientes pequeños y puntiagudos, similares a los de una piraña.

La cara estuvo allí un segundo, como si lo saludara, y luego desapareció. Reed no tuvo miedo, sino que se quedó viendo el arma casi una hora más, esperando que ocurriera algo. Luego sintió una voz, suave y distorsionada como si viniera de bajo el agua.

-¿Vivirías por mí?

Le había hablado al oído, pero no entendió el significado y decidió dejar aquel suceso en el olvido.

Por temor a alguna represalia o a que el mago volviera a tener una opinión adversa sobre el arma, el muchacho prefirió obviarle aquella pequeña experiencia, y, en efecto, Scarrow jamás se enteró. En el fondo Reed lamentó ocultarle algo a su maestro, quien en el transcurso de los años había envejecido bastante: su cabello castaño ahora estaba surcado de canas y las arrugas y las marcas de la edad, si bien no lo afeaban ni le hacían estragos en la cara, eran cada vez más evidentes. Sin embargo, sus ojos seguían siendo tan verdes y penetrantes como siempre, como los de un águila.

Aunque, físicamente, Scarrow no demostraba tener su edad. Constantemente hacía duelos de espada contra Reed, en orden de completar su entrenamiento, duelos que generalmente terminaban en empate o con la victoria del mago. Reed sólo pudo ganar una vez, y siempre sospechó que su mentor se había dejado vencer para no hacerlo fastidiar.

Entrenaban más que nada por diversión. Scarrow le había prometido que, cuando Reed cumpliera veinte años, lo enviaría en un barco al gran continente para que se alejara de la vida de Vant y volviera cuando se sintiera satisfecho consigo mismo.

Todo marchaba bien. El pueblo de Vant prosperaba y ninguna bestia o mal clima azotaba el lugar desde hacía años. Scarrow seguía deleitando a Reed con sus historias, hasta el punto de tener que repetir las una y otra vez. Su padre seguía manteniendo su posición de líder de aldea, y su hermano estaba creciendo fuerte y sano. Ambos hermanos eran muy parecidos: cabello azabache, mirada algo gélida y piel clara. La gran diferencia consistía en que los ojos de Reed eran como los de su padre: de un color gris claro, como una nube de tormenta, mientras que los ojos de Cax eran violáceos y grandes, mucho más expresivos. Había, en ambos, una irradiación absoluta, perturbadora, que en ocasiones quienes les miraban notaban con inexplicable temor.

En esas situaciones estaba Reed cuando llegó a la edad de diecisiete años, en la cual ocurriría el evento que cambiaría por siempre su vida, el detonante de su gran aventura.

2. El Dragón De Huesos

Esa mañana Reed había despertado temprano como siempre y salido de su casa sin que nadie se enterara. A esas horas dejaba su hogar y recorría los lindes del bosque, para luego acercarse al pastizal de la montaña más alta -su lugar favorito- y recostarse. Lo hacía desde que era un infante, y jamás le había aburrido. En lo más hondo de sí, creía que aquello era lo que a su pesar amaba de Vant, la tranquilidad del paisaje, la calma de un movimiento repetido con sosiego, inevitable, aun aunque contrariara a su mente que sólo buscaba aventuras y emoción.

Para cuando llegó a la pradera, el sol ya apuntaba por sobre el bosque y la gente del pueblo recién comenzaba a emerger de sus hogares. Recostado sobre el pasto, se quedó mirando a Vant desde su posición privilegiada, arriba de todos y tan sólo debajo de las nubes que con lentitud continuaban su avance hacia el horizonte.

Algunos aldeanos que habían salido se encontraban alimentando a las ovejas y los cerdos, y otros parecían revisar las plantaciones, satisfechos. La época era buena y la luz del día también. Hacía un par de periodos que no llovía, pero los granjeros ya conocían los presagios del cielo y una sequía era poco inminente. Además, tenían al mago.

Miró la casa de Scarrow, aún cerrada. El mago en cuestión debía de estar durmiendo a pierna suelta. Sonrió y se acostó del todo sobre la hierba, sintiéndola bajo la espalda y cuello, escociéndole la piel. Luego levantó su mano hacia el sol, tapándolo y viendo la luz filtrarse entre sus dedos, brillante, inalcanzable.

Quedó allí un rato mirando su mano recortada por aquel resplandor, hasta que esta fue desapareciendo gradual y misteriosamente, desvaneciéndose en un susurro incomprensible.

Como nunca le había pasado, el sueño lo fue invadiendo con cierta dulzura letárgica. Sus ojos comenzaron a entornarse, aún con el brazo estirado hacia arriba, como si se hallara en medio de una meditación, congelado en ese preciso instante de su vida.

Hacía frío. Algo se estaba oscureciendo allí afuera, pero no le importó. Sintió su brazo caer lento y perezoso contra la hierba, ya sin importar el tacto. La respiración se le hizo calma, invisible.

Su mente, poco a poco, fue cayendo por un abismo.

Lo despertaron desgarradores alaridos tronando en la lejanía. Tardó en abrir los ojos, aturdido, y en principio no pudo comprender nada de lo que ocurría. Todo estaba oscuro. ¿Tanto tiempo había dormido? Levantó la vista y su pregunta encontró respuesta.

El cielo, antes claro sobre él, se hallaba ahora oculto por una colosal nube negra en cuyo interior se debatían con furia destellos verdes, tal si contuviera mil relámpagos glaucos a punto de caer sobre la isla.

Los alaridos se siguieron repitiendo con mayor claridad, y Reed se incorporó, confundido y sorprendido. Se sentía débil y mareado por alguna razón, como si su cuerpo no le perteneciera del todo, como si estuviera viviendo una pesadilla.

Y lo estaba.

El apacible pueblo de Vant, bajo sus pies, era un revoltijo de sombras, repleto de gente que huía despavorida, chozas incendiadas por un llameante resplandor verde y rayos que salían por doquier y golpeaban contra las casas y el suelo, haciéndolos trizas, desperdigándolos a la deriva.

Se acercó un poco más, sin querer agacharse. Temía que de reposar jamás se pudiera levantar. Las rodillas le temblaban y se sentía enfermo. Pudo distinguir bien ahora a la aldea. La gente huía y gritaba. Uno de los relámpagos salió de la nada y atravesó a una de aquellas personas en la cabeza, haciéndola caer al piso al instante, muerta.

¿De la nada? Podía ver algo extraño allí, sí.

Una masa blanca. Eso era todo lo que alcanzaba a distinguir desde allí, pero era más que suficiente: podía ver como los truenos y las llamas verdes salían desde aquella cosa, impactando con precisión a quienes corrían, a las estructuras ardientes.

Una criatura estaba atacando el apacible pueblo de Vant.

Buscó su casa, asustado, y se alivió al contemplar que estaba, al menos por el momento, intacta. ¿En dónde estarían Scarrow, Cax, su madre y su padre? Rogó a sí mismo que continuaran con vida. Su primera reacción fue pensar en huir, en correr lo más lejos posible hasta toparse con el puerto, pero sin embargo no pudo. Se quedó en cambio inmóvil, mirando al pueblo en llamas, a los nubarrones de arriba que formaban un remolino, un huracán que coronaba al ente que descendía para acabar con la eterna paz del valle.

“¿Es esto real...?”

El escudo debía de estar en su hogar. Lentamente y sin quererlo del todo avanzó, paso a paso bajando la colina para poder observar a la criatura. Dejó el prado y se adentró en el pueblo, sintiéndose cada vez más débil, respirando el humo verdoso y esquivando las llamas infernales que no producían calor, pero sí consumían todo con una presteza que el fuego que conocía no tenía.

Y mientras más se acercaba, mejor lo veía. Podía distinguir cuernos, una larga cola, dos ojos verdes de reptil prendidos en calor fantasmagórico, unas enormes alas de murciélago blancas batiéndose en el aire y revolviendo el averno que creaban.

Poco a poco, aunque dominado por el miedo mientras se acercaba, Reed se fue maravillando. Estaba seguro de estar viendo un abismal dragón albino atacando el pueblo de Vant.

Tuvo que pensarlo dos veces, sorprendido de lo que sus ojos le mostraban. Un

dragón. En Vant.

La cabeza le estaba por estallar. Apenas podía mantenerse en pie, y se sentía cada vez más y más blando sobre sus huesos. Casi cayó al chocar contra algo en el suelo, pero usó toda su fuerza para mantener el equilibrio y entonces quedó paralizado, observando aquello con lo que había tropezado.

Era el cadáver del Jefe de Aldea, su padre, arrojado con los ojos bien abiertos mirando la nada y los brazos extendidos. Había un hueco abierto en su pecho, producto de alguno de los rayos que arrojaba indiscriminadamente la legendaria criatura.

Su mano derecha señalaba hacia el humo, como si le quisiera advertir a Reed sobre el peligro que allí había. Antes de que el muchacho pudiera darse cuenta sus oídos vibraron por un zumbido y un sonido estático se adueñó del lugar, tal si la presión estuviera aumentando en una pava con agua. Atinó a saltar hacia atrás justo a tiempo cuando el relámpago impactó en el suelo, desplazando el cadáver de su padre varios metros más allá y salpicando el lugar de tierra y guijarros.

El enorme dragón asomó su perversa cara por entre la humareda, cada vez más cerca de Reed, quien había caído y no podía levantarse. La bestia barrió el cuerpo de Hawke Id Vant más allá con su cola y se acercó hacia él, resoplando humo de las fauces, de las enormes fauces que sin duda podían sujetar a un humano y tragarlo de un bocado.

En ese preciso instante, algo cambió en la vida de Reed Id Vant. Jamás había sentido verdadero afecto por su padre –algo que consideraba recíproco- pero de cualquier forma su corazón se contrajo de odio al ver la forma en que el dragón que tantas veces había imaginado combatir en su infancia atacaba su pueblo y consumía sin problema alguno a sus aldeanos, a su historia, a su paz. Sintió crecer algo profundo, algo que reptaba y ardía en su interior y que creyó era furia en su estado más puro.

No pudo llegar a enfurecerse más sin embargo y tuvo que ahogar un grito, pues otro zumbido intolerable aumentó su volumen dentro de su cerebro, haciéndole vibrar la cabeza y erizarle los vellos de la nuca. Era algo espantoso, que lo paralizaba y le quitaba las ganas de vivir, más aun que el humo y la presencia del terrible dragón frente a él.

Se preguntó, por un momento, si los aldeanos que corrían despavoridos a sus hogares lo podían sentir, o si sólo él lo escuchaba. Por los gritos, sospechaba que todos.

La criatura abrió sus inmensas fauces en lo que pareció ser una sonrisa espectral. Dentro de su armadura de huesos espinada no parecía ser más que energía verde y pura. Los colmillos estaban manchados de sangre y resplandecían.

-Soy su amo ahora.

El espanto de lo irreal reemplazó en un instante a la ira que había sentido. Había hablado. El dragón, aquel horrendo ente había emitido un sonido, se había hecho entender. Había sonado más como un pensamiento suyo, pues no hubo articulación, sino que había dejado la boca abierta y la voz había salido del aire, del hollín, de la nube que estaba sobre todo Vant. Era una voz cavernosa y profunda, poderosa, que parecía provenir de un lejano pozo más que de la criatura.

Las facciones pétreas del monstruo se endurecieron aun más, y pronto comenzó a batir el humo con sus alas, elevando vuelo. Reed se pegó contra el suelo, y el dragón pasó por sobre su cabeza. No tenía ningún punto hueco, ningún lugar libre de coraza blanca. La bestia sobrevoló a todo y se posó en una colina, justo sobre el prado en donde antes él había descansado. Otra vez abrió las fauces y la voz se oyó en todo el pueblo.

-Sacrificio sobre las nueve noches.

La gente estaba aterrada, escuchando al dragón exigir muerte. Reed tragó saliva al escuchar varios llantos a través del humo, de niños y mujeres, llamados de nombres y

alaridos de confusión. Scarrow. ¿En dónde se hallaba Scarrow?

Cada vez su cuerpo le respondía menos, hasta que se sintió desfallecer, presa de la desesperación. Todo se fue oscureciendo, y lo último que sintió antes de desmayarse fue como dos brazos amigos lo tomaban bajo las axilas y lo arrastraban fuera del humo y las llamas. Luego se entregó al sueño, sonriendo, seguro de que todo aquello no era más que una fantasía.

Al abrir los ojos la luz del candelabro sobre su cabeza lo cegó por completo. Parpadeó repetidas veces y se incorporó, respirando con dificultad e intentando desentrañar el pánico que lo envolvía. Jamás había estado en aquel lugar, y precisamente por ello sabía en dónde se encontraba: era la choza de Scarrow, y él debía reposar en la cama de Scarrow, tapado con sus colchas y con la cabeza sobre su almohada.

Levantó la vista y tosió un poco. Aún lo tenía algo asfixiado el humo de aquel horrible dragón... ¡El dragón! Reed comenzó a recordar, la oscuridad, la tormenta, la bestia blanca y los destellos con los que había hecho caer la noche sobre el pueblo... ¿Había sido acaso todo un sueño?

-No fue un sueño- dijo una voz conocida a su costado, adivinando a la perfección sus pensamientos.

Se volteó y pudo ver a Scarrow, sentado en una silla al lado de la cabecera, con un pesado libro en la mano y la mirada algo intranquila. Aunque el mago parecía muy consternado a Reed le alivió mucho que estuviera con vida.

Cuando habló lo hizo con una voz calmada que le sorprendió incluso a sí mismo. Por dentro tenía un mar de dudas y preocupaciones.

-¿Está bien, maestro?

La compungida cara de Scarrow pareció ganar un par de arrugas más y su boca se frunció como si hubiera probado algo especialmente amargo.

-Yo me encuentro bien. Pero no puedo decir lo mismo del pueblo: tu padre y otros siete aldeanos murieron, y al menos hay otros tres de los cuales desconocemos el paradero. Con suerte habrán logrado escapar –cerró los ojos unos segundos, quizás haciendo un homenaje a los fallecidos- Tu madre y Cax se encuentran en tu hogar, y puedo asegurarte de que están bien. Cax ha vuelto a enfermarse esta mañana como no lo hacía hace mucho tiempo, así que ambos se quedarán allí. Ya les avisé que te encuentras conmigo.

Reed asintió, respirando un poco más aliviado. La visión del cadáver de su padre todavía retumbaba en su cerebro, aquella mirada ajena, helada, pero también aterrada, como si Hawke Id Vant hubiese olvidado todo el orgullo que lo caracterizaba, toda la ambición que lo movía en un intento de alertar a su hijo sobre el peligro que le había matado.

Luego de un rato de silencio entre ambos, Reed preguntó.

-¿Es un dragón?

Scarrow cerró el libro para mirarlo con aquellos ojos verdes tan característicos de él.

-Un dragón... -dudó- Sí. Lamentablemente lo es. Pero ese monstruo ni siquiera puede considerarse uno más de los de su tipo. Es un Dragón de Huesos. Son la rama más poderosa que se puede hallar en Aterror. Algunos dicen que descienden del mismísimo Dios Dragón, lo que los ubica dentro de los pocos de ellos que son considerados legendarios.

La respuesta hacía que todo tuviera aun menos sentido.

-Un dragón legendario... ¿En Vant?

Scarrow asintió, dubitativo.

-A mí también me parece extraño. ¿Por qué un dragón de huesos, que pondría en serios apuros a algunos de los mejores magos del mundo, sitiaria un pueblo tan olvidado como este? ¿Por qué no atacar ciudades de reinos importantes como Kamui o Fariel? Sin duda hay algo inusual en ese comportamiento. Hay algo más... Algo que se me escapa.- meditó meciéndose la barba.

La pregunta brotó de los labios de Reed aun aunque ya conociera la respuesta.

-¿No puede solucionarlo con su magia?

Scarrow clavó los ojos en su alumno.

-Por supuesto que no, Reed. Ese monstruo es lo más fuerte que he visto en toda mi vida. Pero conozco al mago que podría hacerlo.

Aquello hizo que se incorporara más en su cama, interesado en lo que el hombre iba a decirle. Su maestro sonrió.

-Vannael Danterkiss Eel, el actual Rey Mago de Cel-Neckar, líder y número Uno del Geral Veintiún, y probablemente el mejor hechicero que haya caminado por este mundo. Él fue quien me recomendó Vant como retiro en primer lugar. Y probablemente podría encargarse de ese dragón... Aunque sería difícil. Es raro localizar a Vannael. Pero si lo vieras, sin duda dejaría lo que hace para ocuparse de este insignificante pueblito. Es un rey de buen corazón.

Vannael. Sonaba bien sí, y sonaba también como alguien a quien Reed sin duda hubiera querido conocer, pero alguien que habitaba el lejano reino de Cel-Neckar no parecía la opción más fácil a la hora de quitarse a ese problema de encima.

Se quedaron en silencio, Reed contemplando las luces y Scarrow sumergido en sus propios pensamientos. Pasó un buen rato así, sin que nadie dijera palabra. Reed recordaba cuando de niño soñaba ver un dragón, pero ahora se arrepentía. No era en absoluto como lo imaginaba. Jamás pensó que pudiera sembrar semejante terror y destrucción a su alrededor. Y ese humo, esa nube, esa niebla verde que causaban... Desesperación. No había otra forma de describirlo. Aquellas cosas que emanaban del dragón sólo causaban desesperación.

Muchísimas veces en su infancia Reed se había imaginado peleando contra enormes lagartos rojos que arrojaban fuego de sus fauces, decapitándolos con su espada de un movimiento y llenándose de gloria. Pero esos eran cuentos de hadas. Un dragón, un verdadero dragón había atacado Vant. Y no era rojo, era una bestia acorazada de piedra blanca -*hueso*, como lo llamaba el viejo mago- con alas para barrer el viento y una cola para desplazar los muertos que creaba con su sonrisa tallada, espectral. Distaba mucho de lo que él imaginaba, del tipo genérico de mal que había pensado vencer para su felicidad.

Lo interrumpió la voz de Scarrow.

-¿Sabes Reed? Ahora que tu padre murió, tú eres el responsable de esta aldea. Existirá en sus habitantes la idea de poner esperanzas en ti... ¿entiendes lo que digo?

-No.

Se hallaba demasiado perdido como para pensar en la política de un pueblo que estaba asediado, y menos para tomar la responsabilidad que jamás había querido de su

padre. Su maestro pareció entender aquello y forzó una sonrisa, aclarándose.

-Ellos esperan que luches por su causa. ¿Estarías dispuesto a pasar grandes peligros, a recorrer el mundo y vivir incontables aventuras para salvar lo que es tu hogar, Reed Id Vant?

Aventura. Al oír esto, gran parte del cansancio y depresión que lo dominaban se esfumó por completo. Por supuesto que estaba listo. Lo había estado esperando toda su vida, había estado esperando el llamado que todos los héroes recibían y aunque había sido más brutal de lo que imaginaba no pensaba ni por un segundo desaprovechar la oportunidad. Se movió un poco en la cama y miró a Scarrow, decidido.

-¿Qué tengo que hacer?

-Por ahora, nada. – el mago hizo un gesto con la mano, apaciguándolo- En realidad no lo sé. Es sólo una impresión, basada en mi experiencia. Pero lo averiguaremos. Mañana.

-¿Mañana?- preguntó Reed desilusionado.

-Sí, mañana. El dragón nos debe estar esperando. Sospecho que no se comerá a nadie por el momento.

-¿Cómo puede esperar...?

-Ahora no, Reed –lo cortó Scarrow- Hoy dormiremos. Veré si puedo hacer algo de té y luego recuperaremos fuerzas para la jornada. Será un largo día.

Terminó yéndose de allí y al rato volvió con un extraño brebaje en unas latas limpias pero más extrañas aun, que Reed bebió con gusto pues hizo que recuperara sus energías y se sintiera listo de nuevo. Luego de eso, el mago se tendió en la cocina y procedió a dormir sentado, dejando para Reed la habitación hasta que saliera el sol.

Fue en vano. El joven no pudo pegar un ojo en casi toda la noche, preocupado. Miraba la ventana cerrada de la casa y sabía que la bestia estaba allí afuera, juzgando al pueblo de Vant desde su colina, quizás riendo o emitiendo aquellos espantosos chillidos en la distancia. Ese pensamiento le arrebató el sueño durante horas, hasta que finalmente se sumió con dulzura en la inconsciencia. No recordó qué había soñado.

Probablemente una pesadilla.

Lo despertó el mago, sacudiéndolo no sin algo de brusquedad. Reed tardó en reaccionar y se quedó mirándolo, extrañado, todavía dominado por el sueño.

-Levántate y vístete. Iremos a ver al dragón.

Aquella no era la mejor forma de comenzar el día, pensó Reed, pero en silencio obedeció y al instante estaba listo para seguir al viejo ermitaño, aunque sin mucha idea de qué iba a suceder.

Scarrow ya había tomado su capa castaña y su vara de madera adornada con plumas, y se disponía a abrir la puerta del hogar. Tenía una expresión grave, decidida.

Reed lo acompañó y ambos salieron al pueblo de Vant. Pero aquello no era para nada Vant como lo conocía. No había ni un alma en las afueras, a diferencia de mejores días: todos los aldeanos estaban encerrados en sus casas, temerosos de que el dragón pudiera atacarlos. Parte del pueblo estaba calcinada, todavía en ese momento algunas pequeñas llamas de fuego pálido verde ardían en el pasto o en los postes de madera de

los corrales, consumiéndolos con lentitud. No había cadáveres ya –se los habría llevado a todos algún valiente- pero sí varias manchas bordó contra la tierra, de sangre vieja y derramada con fiereza. Al percibirlas, tragó saliva y dirigió su mirada hacia la colina donde el invasor se había alojado.

No podía ver a nadie.

-¿Iremos a hablar con el dragón, Maestro?

Scarrow asintió.

-Sí. He tenido una impresión, desde que llegó al pueblo. Creo saber cómo podemos ganar algo de tiempo.

El muchacho asintió a su vez, pero en el fondo no podía creer la locura que estaban cometiendo. La única razón por la que aceptaba adentrarse a aquella invitación a morir era porque poseía una confianza ciega hacia el viejo mago y no pensaba defraudarla. Confiaba en que Scarrow pudiera alejarlos en caso de que algún peligro se presentara.

Comenzaron a emprender el ascenso a la colina, que le resultó cansador aunque lo hubiera repetido antes miles de veces en tiempos más felices. Alzó la vista y pudo ver bien que ahora, sobre la montaña, las nubes oscuras se arremolinaban de forma macabra. Allí debía de estar el dragón. Suspiró. Odiaba aquella niebla verde. Le causaba desesperación. Si tenían que adentrarse allí...

Cuando estaban por la mitad del camino, Scarrow hizo una seña para que se detuviera. El suelo estaba temblando, con tal levedad que en un principio Reed no se había percatado. Luego fue imposible no darse cuenta. Todo el monte se sacudía, todo el camino hacia la montaña vibraba y temblaba, el pasto se arremolinaba y la tormenta se agolpaba en aquel pequeño punto.

Reed tragó saliva, nervioso. Una sombra que hacía tensar la atmósfera pasó sobre ellos, y con un estruendo espeluznante el monstruo cayó frente a maestro y alumno, batiendo las alas como un gran murciélago blanco y haciendo danzar la tierra con el viento que creaba.

El enorme Dragón de Hueso que había atacado Vant se incorporó un poco, dejando ver profundas resquebraduras en el suelo bajo sus garras. Los ojos resplandecientes se clavaron con fijeza en Scarrow, la boca refulgente semiabierta en una expresión perversa.

La sola vista de aquella maldad corpórea lo tentó a arrojarse contra la tierra, presa del terror. Pero Scarrow lo detuvo con un gesto imperceptible.

“Relájate.”

El muchacho obedeció, y vio con alivio que el dragón no los estaba atacando, sino que estaba allí, inmóvil, observándolos mientras movía la cola de un lado a otro con pereza. Scarrow habló.

-Saludos, Gran Dragón de Hueso.

La bestia continuó quieta un instante en el cual Reed pensó que aquella idea no serviría porque evidentemente no podía hablar, y luego comenzó a caminar en círculos alrededor de ellos, con deleite, golpeando el suelo con la cola y desplazando la tierra. Scarrow seguía inmóvil, mirando al frente, y Reed podría haber competido contra una estatua. Para cuando estuvo detrás de ambos, el muchacho sintió un horrible chillido en su cabeza y la voz cavernosa y profunda del dragón coronó sus palabras con una carcajada.

-Mi nombre Skectral. Preséntense.

Scarrow se tomó dos segundos de silencio para luego contestar, en voz alta y firme.

-Mi nombre es Scarrow Arderaid, de Dour. El joven a mi lado es mi aprendiz, Reed Id Vant.

El dragón avanzó dos pasos más, hasta llegar al costado de Reed, y sopló humo verde por las fauces. Los ojos le relampagueaban.

-¿*Qué es lo que desean? ¿Rubíes? Todo lo que quieran, todo lo que puedan y sepan, todo eso es suyo... ¿Qué desean?*

No era muy claro para comunicarse, pensó Reed, pero podía percibir un ínfimo tono sarcástico en la forma en que decía todas aquellas incoherencias no tan incoherentes, una burla cruel en aquellas palabras que no parecían tener sentido. Ahora sí que todo en lo que había creído se esfumaba. ¿Los dragones podían usar el sarcasmo?

Scarrow se aclaró la garganta, y habló con una voz no exenta de amabilidad. Se podía notar que el viejo mago estaba nervioso, y que el dragón lo percibía, pero mientras el hombre no se quebrara todo estaría bien.

-Nos gustaría saber si hay alguna posibilidad de hacer un intercambio, Gran Dragón Skectral. Algún tesoro de Vant, del mundo, o mi servidumbre incluso; a cambio de la libertad de este pueblo y de los pueblos que están en la Isla Tikielder...

El monstruo dio una risotada y sus ojos se clavaron en Reed con malicia. El muchacho pensó que le daría con gusto su escudo con el sólo propósito de jamás volver a verlo. Era demasiado grande, demasiado colosal, demasiado terrorífico si lo comparaba con las alimañas que ya conocía y había enfrentado en su vida. Tan sólo imaginar cómo sería caer en sus fauces lo llenaba de un pavor insoportable.

-¿*Me ofreces una reliquia, a cambio de la libertad? ¿Me ofreces tu libertad, a cambio de la libertad?*

Scarrow asintió.

-Sólo una, y la otra será una garantía, Gran Dragón Skectral. ¿Qué desea?

El monstruo rio y arqueó el lomo, clavando las enormes zarpas en la roca, corrompiéndolo todo con su energía esmeralda. La cola arremolinaba viento y polvo que les cegaban.

-*Yo sé lo que quiero* –habló trepando un poco el monte, batiendo las alas. En sus movimientos se veía una meditación fingida, una imitación del juego que hacía un gato para con el ratón que ha elegido zamparse- *Quiero el tesoro que el mismo héroe de la leyenda atrapó en el centro del mundo, la reliquia que está perdida. Quiero la Estrella Oscura, Gran Mago del Viento.*

Le sorprendieron dos cosas. La primera, fue escuchar como el dragón se refería a Scarrow con un título. Era evidente que su viejo maestro tenía fama en el gran continente, más de la que nunca le había admitido en sus historias. La segunda fue la expresión del mago al escuchar el precio exigido por el opresor. Su cara se puso pálida unos instantes hasta que recuperó el color y asintió, haciendo una leve reverencia que Reed imitó con torpeza.

-Está bien, Skectral. Mi aprendiz te conseguirá la Estrella Oscura, y mi libertad será tuya como garantía. Pero prometerás no atacar a persona alguna en Vant hasta que él regrese. Prométenos que una vez Reed vuelva con la reliquia, dejarás esta isla para no volver.

Lo vieron quedar en silencio, como una estatua, y Reed pensó que los acusaría de intentar engañarlo. Después de todo, ¿cómo podía él, un simple aldeano, conseguir algo que hacía palidecer al propio Scarrow, Gran Mago del Viento?

-*Prometo.* –dijo Skectral en cambio, torciendo su enorme cuello blanco en señal afirmativa. Se los quedó mirando unos segundos, durante los cuales la tierra bajo sus pies comenzó a destruirse y relampaguear, hizo un movimiento con el cráneo, tal sacudida felina, y luego trepó volando hasta la punta de las montañas, ocultándose entre

las nubes y sin aclarar más. Hubo un momento de silencio y Reed se debatió entre seguir su vuelo con la vista o no, temeroso de que cualquier actitud suya pudiera tentar a aquella cosa a volver y atacarlos.

Apenas el dragón desapareció, Scarrow cayó de rodillas agotado, sujetándose de su vara. Reed se agachó a su lado, presto a ayudarlo. El mago le sonrió extenuado, satisfecho con el resultado que había conseguido.

-No es fácil hablar con un dragón de hueso y mantener la compostura. Ha intentado invadir mi mente, y temo que he opuesto poca resistencia. De todos modos, mi pacto ha sido honesto. Y no ha dudado de eso, pues si no, no te estaría hablando en este momento.

-Entonces... ¿es verdad? ¿Tengo que buscar esa... cosa?

Scarrow se incorporó con las magras fuerzas que le quedaban.

-La Estrella Oscura. Ya te ilustraré mejor. Por el momento, lo que necesitamos es volver al hogar a reponer energías. Mañana te embarcarás en tu gran misión, Reed Id Vant.

Apenas hizo un gesto vago al oír aquello. Otra duda rondaba su mente.

-Maestro... -el muchacho observó de reojo el monte que estaban dejando, y luego miró a su viejo amigo- ¿Por qué el dragón habla así?

-Porque aún no tiene dominio- le respondió Scarrow, y mientras lo oía él sintió su peso, ayudándolo a caminar, y sus pies hallaron resistencia en el sendero que descendía y su mente en la desolación que se adivinaba debajo- Los dragones llevan su dominio a donde quieran que van, y crecen junto con él. Skestral acaba de llegar. Si ocurre la desgracia de que su estadía se prolongue tan sólo unos días más, su dominio se expandirá y con ello su habla y raciocinio. Se volverá cada vez más peligroso. Pero no te hagas esperanzas Reed, ahora mismo, sin ejercer control sobre este lugar, es mucho más inteligente que cualquier habitante de Vant. Incluido yo.

Reed suspiró, y con Scarrow apoyado en su hombro retornó al pueblo. Seguía tan vacío como antes. Mientras lo atravesaba sentía como los ojos del dragón se clavaban en su nuca, perforando su cerebro, y cómo la risotada histérica surcaba el cielo de Tikielder. Un dragón con un extraño sentido del humor, pensó.

A la mañana siguiente poco a poco el pueblo de Vant retornó a las actividades diarias que antes sustentaban la vida de sus integrantes. Lenta y temerosamente los pueblerinos salían de sus hogares, recorrían el arado dirigiendo miradas nerviosas a la cima de la montaña y alimentaban a los animales, que parecían sufrir más que las personas la presencia del dragón.

-Los animales tienen sentidos más afilados que los humanos- le había explicado Scarrow a Reed en otros tiempos- Ellos pueden percibir el ambiente, la presión en el aire cuando algo grande ocurre, si algo poderoso se acerca. Cuando la inundación cubrió a Vant, fueron en realidad pocos los animales que no se salvaron. La mayoría había huido antes de que los campesinos pudieran percatarse de que algo andaba mal.

Reed se aprendió esa lección de memoria, pero en el fondo le parecía demasiado vulgar que un cerdo pudiera sentir el poder de Skestral más que un humano.

Y sin embargo, era cierto. En realidad muy pocos habitantes sabían realmente qué era lo que había sitiado al pueblo, ni mucho menos los más ancianos. Ni siquiera un dragón era un concepto común allí: la idea de una criatura mística –aunque fuera una inocente voluta de magia- podía sacar de sus cabales a más de uno y las leyendas de Vant solían consistir más bien en cosas similares a duendes, espíritus del campo y criaturas menores cuya mayor maldad era tironear de los cabellos a quienes se portaran mal.

De cualquier modo, había que subsistir. Un dragón había caído, sí, pero la realidad seguía estando allí y comer era una necesidad incluso antes de lo que lo era evitar los peligros y las leyendas. Los hombres de Vant seguían con sus trabajos y las mujeres cuidaban a sus hijos. Todo bajo la mirada del dragón, quien de vez en cuando bajaba de la montaña para dar unas vueltas sobre el pueblo, trayendo con él su atmósfera de desesperación. En esas pocas ocasiones los campesinos huían despavoridos a sus hogares, pero el dragón no les hacía nada sino que lanzaba llamas al cielo, adensando el aire. Tenían un trato.

Con respecto al trato, Reed estaba preparado y ansioso, pero los sucesos que ocurrieron durante el día no ayudaron a calmarlo. Varias personas se presentaron a la casa de Scarrow, reclamando que el mago tenía la culpa de la presencia del monstruo en la isla, exigiéndole que se encargara. Scarrow alegó estar ocupado y les cerró la puerta en la cara.

Más a la tarde, un hombre salió despavorido de su hogar blandiendo una espada oxidada y corriendo hacia la montaña. Quería atacar a Skectral por haber matado a su único hijo, un muchacho al que Reed había conocido y con el que simpatizaba. Había lamentado mucho esa pérdida. Skectral le dio una muerte brutal golpeándolo con la cola, carbonizándolo en un abrir y cerrar de ojos con sus llamas verdes. El destello se vio desde el pueblo acompañado de los desgarradores alaridos, y la mayoría de los aldeanos corrieron a esconderse. Reed y Scarrow le dedicaron unos segundos de silencio, al final de los cuales el primero preguntó.

-¿No hay un trato? ¡Skectral no puede hacer eso!

-Por supuesto que hay un trato, Reed- dijo el mago, cerrando las cortinas- pero aún no está en vigencia. Skectral sabe que no has partido. Es libre de atacar cuando quiera. Por eso debemos apresurarnos.

La muerte del hombre le enseñó a Reed el significado de la prudencia, pero también le mostró el valor de luchar por lo perdido, algo que jamás olvidaría. Los agudos gritos, sin embargo, resonaron en su mente mucho más que todo aquello.

En el pueblo, los aterrorizados habitantes fueron pasando la culpa de un lado a otro, aunque la familia de Reed quedó milagrosamente descartada. Los campesinos eran demasiado idiotas como para relacionar la presencia del escudo en Vant con la de aquella *bestia alada*, como comenzaban a llamar a Skectral. Reed no había vuelto a ver a su madre desde la muerte de su padre, aunque cierto era decir que tampoco se atrevía a hablarle con el dolor que debía estar pasando. Ya Scarrow le había prometido cuidarla, tanto a ella como a su hermano, y con eso su corazón se había calmado y la culpa por hallarse desaparecido disminuyó para liberarle de ataduras.

Y así, otra noche de horror pasó por el pueblo.

El día señalado Reed se levantó algo nervioso, pero listo para partir. No llevaba con él más que sus ropas limpias, y tampoco pensó necesitar mucho más. En la sala de estar Scarrow se hallaba tomando uno de aquellos extraños té en latas, hierbas trituradas que parecían haberse secado allí durante años. El mago lo saludó con la mano y luego señaló la pared: el escudo ya estaba allí, apoyado como si esperara.

-Me costó traerlo. Fue una tarea difícil pero creo que logré que Skectral no lo notara distrayéndolo con algunos sortilegios de viento. Pero lo importante es que en esta aventura te será necesario, Reed. Será tu defensor, guarda y guía- dijo y bebió un gran sorbo de té, ofreciéndole la otra lata en la mesa, que él aceptó con gentileza.

-Gracias- contestó. De repente tenía mucho sueño y no se le ocurrió nada más que agregar.

-En unas horas me acompañarás al puerto- continuó Scarrow- Te embarcarás en el *Emperador*, barco marino bajo el mando del capitán Lyder, un viejo amigo cuyos negocios lo acercan a Tikielder por estos días. Él será quien te lleve a tu primer destino.

Asintió, bebiendo un sorbo prolongado del té, sintiendo la lata caliente empujar la comisura de sus labios con fuerza. Jamás había viajado antes en barco.

-Una vez te embarques ya no te podré ayudar, pero intentaré contactarte o dejarte instrucciones escritas. El capitán Van además no tendrá reparo alguno en asistirte en tu búsqueda. Es un hombre noble como pocos.

-¿Exactamente qué tengo que buscar?

Como toda respuesta, Scarrow se levantó de su asiento y se dirigió a unos libros sobre la mesa. Por como habían sido desempolvados y retirados de sus estantes, Reed supuso que el mago los había estado leyendo hacía no mucho. Scarrow tomó el primero –que se deshacía al tacto por lo viejo- y hojeó cuidadosamente sus páginas, páginas amarillentas por el uso y garabateadas con múltiples runas en donde hubiera esperado ver palabras. Su maestro pareció encontrar la que buscaba y arrojó el libro frente a Reed, señalándosela con el dedo.

-Es eso.

El papel arrugado y antiguo no tenía escritura, sino que un gran dibujo lo ocupaba casi por completo. Era una estrella de ocho extremos, como la flor cardinal de un mapa. Estaba dividida de tal forma que parecía una joya, y la habían pintado enteramente de color negro. Reed ya había visto algo así antes, la primera vez al tener siete años. ¿Era eso lo que tenía que conseguir?

-La Estrella Oscura- dijo Scarrow señalando el dibujo con insistencia, para luego desplazarse a otro libro- Una de las reliquias más buscadas en el mundo. La leyenda dice que la Estrella es parte del corazón de un monstruo, caído a la tierra desde otro mundo. Se cuenta que quien la posea termina perdiendo su voluntad, devorada por la influencia de esa maligna criatura. Pero, si alguien lograra dominar la Estrella Oscura y a lo que lleva adentro, tendría en sus manos una de las armas más devastadoras en existencia.

»Gracias a esa leyenda, cientos de príncipes, reyes, aventureros, soldados y caza recompensas han estado tras el tesoro y sus pistas en un desesperado intento por alcanzar el poder. Pero es en vano. La Estrella nunca se ha revelado a los mortales, ni tampoco la forma de conseguirla. Probablemente hasta ahora.

-¿No es poco conveniente darle a Skectral algo de semejante poder?- preguntó Reed interesado, levantando la mano.

-Diría que no. Los dragones coleccionan tesoros, pero jamás hacen uso de ellos. Además, por lo que sé, la historia es diferente al mito.

-¿Historia?

Scarrow se aclaró la garganta, contento de poder hablarle como lo había hecho durante tantos años.

-Sí. Verás, el mito de la Estrella Oscura fue propagado por la incapacidad de encontrarla y por magos que escribieron libros acerca de ella, frustrados por sus intentos vanos. Pero lo poco que el Consejo sabe sobre la Estrella original es incluso dudoso, relatos de antiguos habitantes que decían que un mago llamado Albion fue su último poseedor, y quizás incluso su creador.

-¿Albion?- recordó Reed, cientos de historias llenando su mente con una claridad apabullante- Ya me había hablado de él, ¿verdad?

-Sería imposible lo contrario. Albion fue uno de los más grandes magos que el mundo conoció, quizás empatado solamente por el mismísimo Vannael. Y su leyenda es amada por muchos. Las aventuras del carismático héroe se narran desde las praderas en Fariel a los áridos desiertos de Gikeldor, pasándose de boca en boca e innovándose de canción a canción. Ayuda saber que fue una de las primeras personas que recorrió prácticamente todo el mapa. Y se dice que él fue también quien escondió la Estrella Oscura ante las narices de todos, aprovechando el caos que se desataba mientras humanos, ahuras y kiels luchaban por dominar el continente central.

-Déjeme adivinar- sonrió Reed dándole otro trago al té, sintiendo ahora el reconfortante aroma que emanaba de la infusión- Nadie ha podido encontrar dónde la escondió, ¿verdad?

Scarrow rio, esperando aquello.

-Todo lo contrario, mi iluso aprendiz. Todo el mundo en el gran continente sabe en dónde se encuentra la Estrella Oscura. Incluso yo he ido allí en mis años mozos, movido por la curiosidad. La joya se encuentra en el Templo del Centro del Mundo, cercano a la capital de Fariel.

Las espesas cejas de su alumno se juntaron, casi entrechocándose.

-¿Entonces por qué nadie entra al templo y reclama el tesoro?- preguntó anonadado.

-Ese es el problema- resolvió el hombre, divertido- El templo está cerrado. Albion usó una magia muy poderosa para sellarlo. Y nadie puede abrirlo sin la llave apropiada.

Reed comprendió, y se echó en el respaldar. Su té se había enfriado con velocidad, antes de que pudiera acabar siquiera la mitad. La temperatura en Vant estaba comenzando a descender otra vez. Era el momento de ser sincero.

-Disculpe mi incredulidad maestro pero... Reyes, príncipes, magos, brujos y brujas lo han intentado y han fallado. Me habla de un héroe como lo fue Albion, y de un templo que en cientos de años permanece inaccesible. ¿Qué oportunidad tengo yo de abrir esas puertas?

-Bueno- dijo Scarrow cerrando el libro con displicencia- ¿Aún no te das cuenta?

Se demoró tan sólo unos segundos en contestar, pues ya conocía la respuesta desde que había visto el dibujo en las hojas gastadas.

-El escudo.

-Por supuesto, Reed. El escudo, tu guía. ¿Has notado la similitud del diseño céntrico dorado con el de la imagen de la Estrella Oscura que te enseñé?

Reed asintió, pero aun así le quedaban dudas. ¿Cómo suponía abrir una puerta sellada por un mago con un escudo? ¿Acaso debía llevarlo a algún herrero para que fundiera su arma en una llave o algo similar? Antes de poder exponer alguna de sus preocupaciones Scarrow rio y lo cortó, incorporándose con dificultad.

-Todo a su debido tiempo. Si te digo que esa es la llave, es porque lo es. Mi principal conclusión es que Skectral siente que tenemos el escudo, y por eso ha venido aquí. Está buscando tesoros, como muchos de su especie.

»Pero cambiando de tema, Reed, lo he estado meditando y creo que he sido algo injusto contigo... ¿De verdad no quieres saludar a tu familia antes de irte? Puede que no los veas en mucho tiempo.

Él negó con un movimiento de cabeza, decidido.

-Díales que me fui a salvar el pueblo, maestro. Sólo eso.

La verdad era que no se hallaba dispuesto a enfrentar la despedida, a saber que abandonaría a su pequeño hermano y a su madre, aunque fuera para salvarlos. Soportar las lágrimas e insistencia de un familiar a veces podía ser una carga más pesada que ir a hablar con un dragón o saber que en poco tiempo emprendería una gran travesía marina.

Scarrow pareció comprenderlo, y asintió solemne, clavándole la mirada de aquellos ojos verdes y penetrantes, similares a los de un ave de presa.

-Como desees. ¿Estás seguro de poder soportar esta carga en tus hombros, Reed?

Él lo pensó unos instantes. Sí, estaba seguro, y por ello asintió con firmeza. Había esperado ese momento por mucho tiempo, se había sentido un elegido desde que había nacido, aunque sabía que era un pensamiento egoísta que debía evitar si quería enfrentar la aventura. Hubo sin embargo algo que hizo titubear su respuesta.

-Es sólo... ¿Por qué no puede acompañarme, maestro? Conociéndome, es muy probable que me pierda si estoy solo.

-¿Solo?- lo miró Scarrow sorprendido- ¡No, Reed! La soledad podría ser la peor de las cargas cuando enfrentas peligro. Si puedes encontrar a uno, a dos, a tres buenos compañeros de viaje, te sugiero que los aceptes. Verás como todo sale mejor cuando hay más de una cabeza para pensar. Y con respecto a mí, creo que mi papel y obligación aquí es para con el pueblo que me acogió. Habrá que aconsejar a los campesinos, explicarles la situación... Y Skectral no mantendrá su palabra demasiado tiempo. Los dragones están atados a sus pactos, pero precisamente por ello siempre suelen encontrar la manera de romperlos. Será mi deber recordarle a Skectral continuamente lo que significa su promesa.

3. Tormenta

Mientras se marchaba de lo que había sido su hogar, Reed comenzó a comprender lo mucho que en realidad extrañaría a su pueblo. El pasto, los animales, los simples habitantes que pintaban ese mundo con su trabajo duro; su descanso favorito en el monte, el bosque, la gran y espaciosa casa en la que dormía, incluso su cómoda cama como pocos de sus congéneres la tenían, con el colchón grande e inflado, siempre fresco... Todo eso le era familiar, pero a medida que avanzaba sentía que no lo volvería a ver hasta dentro de mucho tiempo. Por un momento sintió la compulsión de volver y despedirse de su madre, de hablarle aunque fuera para tener una última constancia de lo que había vivido allí en el caso de que lo peor sucediera. Pero no. Sólo ocasionaría demoras.

-Ya hemos pasado las colinas bajas- le dijo Scarrow señalando el pueblo de Vant y su montaña, recortados en la lejanía por el límpido cielo. Luego apuntó al lado opuesto- Por allí está el puerto de Tikielder.

El viejo mago iba caminando a su lado, ayudándose con su bastón. Reed cargaba el escudo en su espalda sin problemas, a pesar de su tamaño. Había caminado toda su vida y el escudo en realidad era sospechosamente menos pesado de lo que debería haber sido, así que no tenía apuro alguno en transportarlo con la cadena sujeta a la cadera o cruzada sobre el pecho. Scarrow le había prestado también botas nuevas y ropa más adecuada al frío que solía reinar en la mayor parte del gran continente.

El camino no fue largo, pero sí triste pues Reed supo que no vería al mago en lo próximo, dejándolo a su suerte. Cuando ya había pasado algo más de una hora de caminata, mientras charlaban y subían una pequeña lomada, Scarrow le señaló hacia abajo.

-Mira, Reed. El mar.

Reed sólo había visto el mar una vez en su vida, cuando su severo padre lo llevó a ayudar a los pescadores. No poseía demasiados recuerdos de esa experiencia, pero recordaba que no le había gustado. Ahora, como lo veía, era una inmensa extensión azul demasiado gigantesca como para llamarse agua, que se agitaba en olas que estallaban contra la arena dejando rastros de espuma blanca y pequeños bichejos que se veían como de otro mundo. Le pareció incluso más sobrecogedor que antes.

Así como el mar conjuraba calma y poder, el comercio marino que lo rodeaba y el puerto eran una mezcla de ruidos varios, edificios grises con redes colgantes rebosantes de pescado, gente gritando sus precios por encima de otros, cargamentos de animales marinos como camarones, calamares y cangrejos, algunos mercados de

baratijas y un abundante olor a salitre y pescado que se entrometía por sus fosas nasales hasta su cerebro, mareándolo, haciéndole buscar refugio en lo placentero del sol contra su piel; un sol que, a todas luces, parecía acariciar con más fuerza de la que lo hacía en su colina.

Scarrow aspiró el aire bien hondo y señaló la orilla que se veía desde arriba. Varios barcos en fila esperaban reposando sobre las olas, y de algunos los marineros descendían con grandes cargamentos que depositaban en tierra, frescos para comerciar. Personas estaban frente a los barcos y regateaban precios, u ofrecían productos de la única pequeña ciudad de la isla, Ossat, cuya existencia Reed había oído nombrar vagamente como una amenaza para la felicidad rural de Vant. Más allá, dos hombres habían continuado una discusión a los golpes, cosa que sorprendió mucho al joven, tan acostumbrado a la paz forzada que se desarrollaba en su comuna.

Ninguno de ellos tenía idea de que, a una hora de viaje, un dragón reposaba sobre la montaña.

Hubo algo que llamó particularmente su atención. Era un barco, pero no como alguno que hubiera visto antes. Mucho más pequeño y con detalles, lleno de reflejos en oro y molduras filosas, con las velas invertidas hacia atrás, hubiese jurado que –si no era simplemente que el calor del sol lo mareaba- no reposaba sobre el agua sino que flotaba a varios metros de ella, bamboleándose.

-Es una nave voladora de Cel-Neckar- le señaló Scarrow al advertir la curiosidad de Reed- Las hay como hay dedos en una mano. Pero tú viajaras en barco. Y si fuera tú, Reed, no mencionaría mucho las naves voladoras cerca del capitán Van Lyder. No le simpatizan mucho.

Él asintió, aún embobado mirando la nave. Bajaron hacia el puerto, donde Reed se maravilló ante la diversidad étnica que allí reinaba: gente oscura, un par de cabellera azul y cuernos de la raza kiel, ahuras de piel cetrina y cabellos como el fuego, hombres fornidos llevando bolsas imposibles y mercaderes delgados y de cara avispada discutiendo con gordos comerciantes llenos de anillos, e incluso un hombre persiguiendo a un pícaro ladrón de frutas, que corría riendo.

Jamás hubiera podido siquiera entrever que semejante actividad se desarrollaba en la misma isla en la que existía el aburrido pueblo de Vant. Era como descubrir un universo paralelo justo bajo tu cama.

Scarrow lo llevó a una embarcación de madera bastante grande y muy aseada en comparación con las demás. Tenía forma rectangular y en su costado se podía leer “*Emperador*” escrito en fuertes letras de hierro pintado en oro. De la proa emergían dos amenazantes púas de acero. Al joven le pareció magnífica.

Varios marineros estaban desplazándose por el barco, soltando cuerdas, acomodando cajas y bajando sacos, o vendiendo productos individuales. En el medio de toda esa masa de gente había alguien vestido de forma distinguida, escudriñando la multitud con atención hasta que focalizó a Scarrow y abrió los brazos.

-¡Scarrow! ¡Temía tener que ir a buscarte!- sonrió y le tendió la mano al mago, quien la aceptó con agrado.

El capitán era un hombre apuesto de mediana edad y piel bronceada, cabello castaño atado en una coleta y expresión noble. Vestía un traje rojo de botones dorados que Reed podía reconocer como el atuendo que usaban los nobles de Kamui, y llevaba usualmente las manos tras la espalda en porte distinguido y formal.

El mago y el marino entablaron conversación amistosa, mientras Reed escuchaba con atención. El capitán preguntó a Scarrow sobre sus asuntos en Vant, sobre la vida allí, sobre los problemas del pueblo y las trivialidades en la vida de un ermitaño. Luego pasaron a un tema mejor, hablaron de las aventuras vividas y de cómo se habían

conocido: al parecer, Scarrow había viajado en el mismo barco donde Van Lyder había iniciado su carrera como navegante. Reed estaba maravillado, oyendo las travesías y encuentros que recordaban, de viejos tiempos.

-Aquí podré pagarte mi deuda, Maestro Scarrow – se inclinó el hombre.

-No pretendas, Van- sonrió el mago- Ya me la pagaste cuando me trajiste aquí. Nadie más podría haberlo hecho.

-Pero tú me salvaste la vida aquella vez, con el viejo Bravino y las harpías. Los favores tienen que tener cierto nivel de igualdad.

Scarrow asintió, modesto y luego inquirió, en un tono más personal.

-¿Y cómo está el reino, viejo amigo?

-Mejor- respondió el capitán poniéndose en su posición habitual- Shimari ha conseguido restablecernos tras la guerra pasada, pero aún hay muchas tensiones con Fariel. Ya conoces mi opinión: lo más rápido que dejemos ese pasado atrás, mejor será para todos. Debemos mirar el presente.

El mago no respondió nada, y en vez de eso preguntó.

-¿Es buena reina, Su Excelencia Shimari?

-Yo diría que sí, pero la oposición siempre existe. Y, sabes cómo funcionan las cosas por allí. Quienes gobiernan el reino no son la familia real, sino aquel conglomerado de duques viejos...- afirmó más serio- Por otro lado, el puerto y el comercio han sido ampliados y la relación con Fariel lentamente comienza a recuperarse tras los horrores de la guerra. Eso me ha ayudado mucho para comerciar mis... extras.

Continuaron hablando así de los asuntos del mundo, hasta que luego de un rato Scarrow señaló a Reed, a quien Van Lyder miró con interés.

-Este muchacho se llama Reed, del pueblo de Vant. Podría decirse que es mi aprendiz. Sabes por mi carta que él está en una importante búsqueda, de la cual depende la libertad de su pueblo. Como único favor, viejo amigo, necesito que lo llesves a Fariel. Yo le daré las instrucciones, y eso será todo.

-A Fariel, luego a Cel-Neckar, a Gikeldor, a donde sea estaré encantado de ayudarle, señor Reed –hizo Van Lyder una reverencia al joven, quien se la devolvió asintiendo.

-Muchas gracias.

-Si eres alumno de un mago tan brillante como Scarrow... ¿conoces hechizos?

Reed negó. Sólo conocía uno y no veía demasiada importancia en crear llamas durante una travesía marina. Van Lyder lo miró con extrañeza, sin poder creer que un alumno de Scarrow no supiera magia. El mago intercedió por él.

-Reed sabe poco de conjuros, pero está bastante entrenado en el arte de la espada. Y si deseas entrenarlo en el arte de la navegación, no podría sentirme más honrado.

-Lo haré- sonrió el hombre- Debo zarpar. Sube al barco, muchacho- añadió señalándole la entrada al *Emperador*.

Reed asintió, pero antes se volvió a su mentor y se despidieron con un abrazo.

-Ve, y lucha por lo que te importa- le dijo Scarrow.

-Gracias, maestro.

Luego partió hacia el barco. Van Lyder y Scarrow lo miraron alejarse, y luego el capitán comentó con mucho menos humor.

-Parece decidido. El chico estará bien, Scarrow. Pero quien me preocupa eres tú. Has podido mandarme tu carta desde Vant, lo cual me alegra. Aún manejas el viento a la perfección. Pero un dragón, y más uno como el que describes, no es algo para tomar a la ligera. Prométeme que te mantendrás con vida, hasta que vuelva a la isla.- le tendió una mano tensa y enguantada.

Scarrow se quedó mirando con expresión preocupada como Reed desaparecía dentro del barco. Luego miró a Van Lyder y le devolvió el saludo.

-Eso intentaré... Eso intentaré.

El capitán no hizo amague de soltar la mano de su viejo amigo, sino que la apretó con firmeza y buscó sus ojos.

-No. Quiero tu palabra. ¿Crees que un dragón en Vant es lo único que ha ocurrido? Esas bestias se están volviendo dementes. Me han llegado ya varias historias, no sólo en Dour y aquí. En los últimos diez años, los dragones han arrasado a más de cinco pueblos, no de Gikeldor, sino pueblos del mismo Babel. El mundo se ha vuelto un lugar muy extraño últimamente... No son pocos los que creen que algo se avecina. Y necesitaremos...

-Van- Scarrow lo miró displicente, y movió la mano que el capitán le aferraba- Estaré bien. Te lo prometo.

Lyder suspiró y desasíó el apretón, pasándose la mano por el cabello. Luego chasqueó la lengua.

-Confías en el chico, pero no en ti mismo, viejo amigo. Temo que eso te termine matando, más que ningún dragón.

Reed se vio a bordo del barco, en donde se desarrollaba una actividad similar a la del puerto. Ningún marinero le devolvió su inocente saludo, la mayoría atareados en sus problemas, llevando cosas, atando sogas, trepando al mástil y haciendo rodar enormes barriles por el piso de madera. Se quedó mirando por el borde el mercado costero y cómo se despedían amigablemente el capitán y su maestro. Iba a extrañarlo mucho. Sintió un empujón brusco que lo sacudió y un gruñido ininteligible de quien había causado el accidente. El muchacho pensó en buscar un espacio para no estorbar, pero no había ni uno en toda la superficie.

-¡Eh, tú!

Un marinero fornido y sin muchos dientes le hizo una seña: el capitán lo llamaba. Se bajó de los toneles en los que se había trepado y acudió hacia Van Lyder.

-Muy bien muchacho, te explicaré básicamente las reglas del barco. Desembarcarás en Fariel, pero el viaje por este mar es difícil y tendremos que ir en movimiento elíptico para esquivar lo peor de sus aguas. Eso causará que la travesía se demore varios días. Durante ese tiempo intentaré enseñarte algo sobre navegar. Es un arte complejo, pero estoy seguro de que como discípulo de Scarrow lo aprenderás rápido... ¿Entendido?

-¡Sí señor!- se inclinó Reed.

El capitán ladeó el rostro.

-Siguiente... Si destruyes algo del barco, lo pagas con tu trabajo. No tolero que destruyan mi nave. Hace un poco Bella intentó girar el timón por su cuenta y de alguna manera que no logro comprender casi logra hacer estallar la viga principal- señaló a una joven marinera que ataba cuerdas, la cual rio y levantó dos dedos hacia Reed, saludándolo- No te acerques a las maquinarias, son peligrosas y frágiles- añadió con voz grave.

-Sí señor- asintió Reed, algo turbado.

-Por último –siguió Van Lyder con voz mucho más suave- tu camarote está esperándote abajo. Es el cuarto a la izquierda. Hubo una sobrecarga y hemos tenido que embarcar productos en las habitaciones así que no tendrás más opción que compartirlo con otra persona. Un chico unos años mayor que tú ya se encuentra allí. No esperes que sea amigable.

-¿Puedo dirigirme allí ya?- preguntó Reed, algo exhausto y mareado por el movimiento rítmico del barco y el calor que reinaba en cubierta.

-Sí señor- asintió el capitán con una media sonrisa, y con una reverencia mutua Reed se dirigió al interior donde el aire estaba considerablemente más fresco.

Al bajar por la trampilla sintió la gratificante oleada de un frío que contrastaba deliciosamente con el calor del puerto y su gente. El interior del *Emperador* era un largo pasillo lleno de puertas a ambos lados, la final, supuso él, la que conducía al camarote del mismo Van Lyder. Todas las entradas tenían ventanillas circulares, mugrientas, por las que se podía espiar el interior de las habitaciones.

Reed, fiel a su curiosidad, asomó su cabeza tras uno de los cristales. No recordaba su primera vez en un barco y sentía que caminaba sobre un leve temblor. Quería saber qué mercancías transportaba el capitán como para querer guardarlas en las habitaciones y no en la zona de carga donde trabajaban los marineros.

Se veía entre la bruma un espacio bastante amplio, en el cual se amontonaban bolsas entreabiertas, paquetes con formas extrañas y angulares, largos, y pequeños sobres en los que no podía haber más que una pizca de sal. Le dio curiosidad, pero prefirió alejarse. Después de todo, inmiscuirse en una habitación que no le pertenecía no hubiera sido la forma correcta de devolverle el favor al capitán Lyder.

Siguió hasta donde le habían indicado, y llegó a la puerta que le correspondía. La abrió sin espiar por el vidrio.

Su camarote era pequeño, con dos camas de frazadas rojas –una ocupada ya- y un insignificante ventanal del todo empañado. Una luz mágica oscilaba del techo alumbrando todo quizás demasiado para su gusto. Reed sintió que allí la acción del mar parecía incrementarse aun más.

Miró a su compañero de habitación. Era un joven un poco mayor que él, de piel tostada y rasgos ásperos enmarcados en un cabello echado hacia arriba y casi tan oscuro como el suyo. Vestía ropajes verdes que contrastaban con las colchas sobre las que estaba acostado, y se hallaba durmiendo con los ojos cerrados y las manos bajo la nuca. En el medio de las dos camas estaban apoyadas sus pertenencias, que parecían consistir en una pequeña mochila y un objeto que a Reed le llamó la atención: una guadaña negra de acero puro, grabada con runas.

Luchó un rato contra sí mismo pero al final no pudo resistir la tentación. Acercó la mano hacia la guarda de aquella hoz. Quería comprobar si había algún símbolo allí que se pareciera a los que llevaba su escudo.

-Ni lo intentes.

Se quedó paralizado. La voz había salido de su compañero. Lo ojeó manteniendo posición, pero el joven parecía seguir inconsciente, los ojos cerrados y la expresión seria. Debía de estar hablando en sueños, pensó Reed encogiéndose de hombros.

Tomó la guadaña y la examinó. No había caso. Conocía las runas de su escudo de memoria, y ninguna que estuviera en la guadaña tenía similitud con las...

-Vuelves a hacer eso, chaval, y te arranco las manos- amenazó el acostado dejando ver el negro de sus ojos. Tenía una voz grave y vivaz.

Se detuvo soltando la guadaña, sobresaltado, y lo miró. Ambos se quedaron observándose un rato, sin decir nada ni parpadear. Luego de eso el otro torció la cabeza en gesto de interés, y habló.

-¿Cómo te llamas y qué haces aquí?

-Mi nombre es Reed. El capitán también me asignó este camarote.

-Fantástico- sonrió su interlocutor- No seas una molestia.

Volvió a bajar los párpados y fingir dormir, como si nada hubiera ocurrido. Reed se quedó esperando un rato, de nuevo en silencio, para proseguir.

-No me has dicho tu nombre.

El joven abrió los ojos en actitud de enfado, evidentemente molesto con que interrumpieran aquel curioso descanso.

-Mi nombre es qué diablos te importa, de las lejanas y esplendorosas tierras de vete al infierno. Ahora quítate o haz silencio. Estoy intentando relajarme.

No replicó, resignándose al mal humor de su vecino, y se dio la media vuelta para irse del camarote. El capitán le había avisado que algo como ello pudiera suceder, pero le costaba pensar que pudiera existir en el resto del mundo gente con un humor tan opaco como aquel. Aquello había sido extraño sin duda...

-¿Qué se supone que es eso?- le habló otra vez el otro, con un dejo de sorpresa en la voz. Reed se dio vuelta.

El falso dormilón se había incorporado para sentarse en su cama y miraba con curiosidad tras su espalda, en donde reposaba el enorme escudo. Reed asintió y lo descargó de allí, apoyándolo en el piso para que el otro lo viera no sin algo de orgullo.

-¿Te refieres a esto?

-Eso es bastante evidente, chaval. ¿Qué es?

-No me has dicho tu nombre- repitió tranquilo.

Su compañero de cuarto puso los ojos en blanco, lanzando un suspiro quejoso.

-Mi nombre es Reaper. Reaper Assadan.

-Eso es un avance- sonrió Reed- Este escudo es una reliquia de mi familia. Lo encontré en...

-Claro, claro -lo interrumpió Reaper sin prestarle atención y se incorporó del todo de la cama, mirando el escudo con cada vez más inusitado interés- Hagamos algo, chaval...

-No me llames chaval. Soy Reed.

-Reed- la sonrisa de Reaper quedaba horrenda en su rostro anguloso y adusto, pero el muchacho encontró divertido el intento- Quiero ofrecerte un trato. Te daré mi guadaña, *Caronte*, a cambio de tu escudo. ¿Te parece bien?

No necesitó siquiera pensar la respuesta.

-No.

-Mi guadaña y quinientas piezas de oro.

Volvió a negar sin dar un segundo a la reconsideración. Reaper ladeó la cabeza, alejándose como quien mira a un idiota.

-Piénsalo bien.

-Lo siento, pero mi escudo no está en venta.

La falsa expresión amable del otro cedió al instante, manteniéndose tan poco tiempo como esperaba. Reaper pareció mascullar algo por lo bajo, alborotándose el cabello con una mano frustrada, y terminó por aproximarse a él no sin aires de amenaza.

-Y dime, Reed... ¿Qué me impediría quitártelo a la fuerza y marcharme?

Reed escuchó la pregunta y chasqueó la lengua. Esperó unos segundos antes de contestar.

-Estamos en un barco. ¿A dónde marcharías?

Su compañero puso por un instante una cara perpleja, intentando desentrañar si el pueblerino ante sus ojos era al menos no tan simple como lo había creído, pero luego volvió a sonreír como lo había hecho antes.

-Qué listo. Pero si me disculpas, lo que te ocurra no es de mi incumbencia. Necesito ese escudo.

Suspiró. Aquello no iba a acabar bien.

-Yo también –de repente recordó lo que le había dicho Scarrow y su rostro se iluminó- ¿Debo suponer que tú también buscas la Estrella Oscura?

-La Estrella Oscura- miró Reaper atentamente al grabado en el centro del escudo- No. Pero no estás tan lejos. Estoy buscando una de las espadas legendarias, Oblivion. Y según tengo entendido, quien logre conseguir a la Estrella Oscura también halla el camino hacia una de esas espadas. Tu escudo parece una gran ayuda. Caída del cielo, diría yo.

Oh, por supuesto que estaba de acuerdo. Aquel encuentro era caído del cielo, Reed lo sabía: sabía suficiente sobre las aventuras, sobre el tipo de mundo en el que quería habitar. ¿Qué era un héroe sin compañeros? ¿Y qué encuentro más digno de una historia había que ese? Con aquello la trama se expandía, se trenzaba y los objetivos del héroe podían corresponder con los de sus camaradas para darle unos retoques de valor y amistad a aquella leyenda que la soledad nunca podría haber hecho en su lugar.

Sí, definitivamente ese era un encuentro fortuito, y por eso sonrió al responder.

-Me parece bien.

Reaper se lo quedó mirando con cara de malhumor un momento, para luego torcer su mueca en una inquisición dudosa.

-¿Te parece bien...?

-Me gustaría que hiciéramos un trato- continuó Reed su sonrisa.

-Un trato- repitió Reaper de modo ausente, mirándolo a los ojos como si comenzara a cuestionarse su cordura- Adelante, chav... Reed.

El muchacho se aclaró la garganta. Si lo conseguía, tan rápido, podría comenzar a tener confianza en aquel inesperado viaje. Debía jugar bien las pocas cartas que tenía, o todo podría arruinarse.

-Mira, yo soy sólo un pobre muchacho de Vant, un pueblo que probablemente ni siquiera conozcas...

-No sé de qué demonios hablas.

-Exactamente. ¿Y tú eres de...?

-Eclant.

Lo había pronunciado con seriedad, como instándolo a apurar su explicación, pero creyó ver un dejo de orgullo o desafío en la forma en que había nombrado su lugar de origen.

-Eclant... -dijo Reed haciendo un esfuerzo por recordar lo que le había instruido Scarrow- Un pueblo de Kamui, ¿verdad?

Reaper asintió con un gruñido. Reed continuó.

-Los dos estamos en una búsqueda. Yo estoy buscando la Estrella Oscura para salvar a mi pueblo, y tú estás buscando una de esas espadas, y, tal parece, también puede servirte hallar a la Estrella para cumplir tu cometido....

-Magnífico- dijo Reaper sin mucha emoción.

-Podríamos hacer el viaje juntos.- resolvió el muchacho ignorando el sarcasmo- No tengo experiencia en el gran continente ni en peleas de verdad, y tú pareces de los que sí. Tampoco soy bueno ubicándome. Terminaré cayéndome en un pozo.

Su camarada lo miró dubitativo, y luego lanzó una carcajada algo esforzada, que a todas luces parecía una risotada maligna.

-¿Me pides que te acompañe?

Asintió, y el otro puso de inmediato expresión seria. Luego se encogió de hombros un poco.

-¿Si yo te acompaño en tu misión, me dejarás el escudo o la Estrella?

Lo pensó un poco, y contestó.

-No- pero antes de que Reaper dijera algo, añadió- Pero te acompañaré, Estrella Oscura y escudo en mano, a donde quieras ir. Así estaremos a mano, ¿verdad?

-No estoy seguro- dudó el otro- Parece injusto si no te aviso antes de los peligros que corres a mi lado.

-No importa. Mi maestro Scarrow me dijo que sería mejor si iba acompañado.

-¿Scarrow?- preguntó el otro extrañado.

-Scarrow Arderaid.

Reaper dio otra vez una de sus carcajadas, la expresión congelada por la incredulidad rota repentinamente por el ataque de risa.

-Vaya chaval, tienes tu ingenio. Si tú eres alumno de un mago como Scarrow, entonces yo soy el amigo de la reina.

Era sorprendente observar cómo allá afuera en el mundo Scarrow tenía una fama que no había ni aparecido en la superficie de Vant.

-No voy a intentar convencerte- se encogió de hombros Reed mientras el joven se le reía a lágrima suelta.

-Claro, claro, está bien- Reaper se secó los ojos, burlón- Supongo que si eres alumno de Scarrow esto tiene poca relevancia, pero creo que debes saber que viajando conmigo no estás a salvo. Algo me está persiguiendo- añadió con una voz que no dejaba muy claro si se trataba de una mentira o no- Es por eso que estoy en este barco, hasta tener rumbo. Y ahora lo tengo.

-Te persiguen... -de repente recordó una historia que le había resultado especialmente aterradora de Scarrow, de demonios sombra que acosaban a humanos hasta desgarrar sus huesos- ¿Qué te persigue?

Reaper negó con la cabeza, y señaló su guadaña.

-Dos criaturas iguales, imposibles de dañar. Intentaría describírtelas pero sería un fracaso, a veces parecían ruedas y a veces lagartos. Se encontraban en mi camino mientras buscaba la espada Oblivion, y me han estado dando caza desde entonces. No creo que planeen dejarme en paz.

Era decir que aquel gruñón había estado buscando una espada legendaria, había sido atacado por monstruos en el intento y ahora continuaba buscando. Ahora a Reed le tocaba cuestionar la cordura del aliado que había elegido, pero su mirada incrédula se perdió en el gesto serio y altivo de aquel guerrero.

La historia de su compañero no sonaba del todo cierta, pero sería suficiente como para confiar en él. Además, no le interesaba tanto el pasado de quienes le acompañaran como la habilidad que tuvieran a la hora de ayudarlo en su aventura. Era probable que ningún par de monstruos persiguieran a aquel joven, o que lo que buscara

no fuera realmente aquella supuesta espada Oblivion, pero aquello no le importaba en lo absoluto. Mientras tuviera alguien a su lado...

-¿Aceptas?

Reaper cerró los ojos, y le tendió una mano tosca, encallecida. Reed la tomó, y el otro volvió a examinarlo.

-Pero tendrás que contarme bien qué diablos es lo que te llevó a ti a buscar algo como la Estrella.

Asintió sonriendo pero no tuvo tiempo de replicar, ya que el barco dio una sacudida impresionante, seguida de un estruendo sobre sus cabezas. Reaper se incorporó y limpió la empañada ventanilla del camarote: el *Emperador* se había metido en una tormenta impresionante, que lo hacía saltar y temblar ante las enormes masas de agua que se le arrojaban. Se oían gritos desde la cubierta.

-Bueno, Reed, es hora de probar lo que te ha enseñado Scarrow para frenar vendavales, ¿verdad?- preguntó con una sonrisa atrapada en los labios.

-Scarrow sólo me enseñó a quemar objetos- dijo Reed agarrándose de la cama, ya que el barco dio un brusco salto impulsado por una ola- No sé mucha magia.

-Naturalmente- respondió Reaper mientras se paraba y abría la puerta, apoyándose en el marco de la misma para que las sacudidas de la embarcación no lo arrojaran- ¿Por qué el Seis del Geral Veintiún le enseñaría magia a su alumno? Deja la idiotez y ven a ayudar, Reed. El capitán va a necesitar cuantas manos sean posibles para superar esta tormenta.

Subieron a cubierta por el pasillo tambaleante, y entonces no pudo más que quedarse helado con el espectáculo que daba el barco. Todo estaba oscuro, iluminado casualmente por el estruendo de un relámpago, el piso inundado de agua salada que se balanceaba de aquí para allá. Los marineros corrían y gritaban, llevando cuanta mercancía pudieran al interior y sujetando sogas, y la voz del capitán se hacía oír por sobre las demás, gritando instrucciones claras y precisas.

-¡Ustedes dos!- los llamó Van Lyder- Hoy comienza tu entrenamiento marino, Reed... ¡Vamos, vamos! ¡A juntar sogas, a recoger lo caído!

La mayoría de hombres correteaba con la constancia de quien ya ha vivido aquello numerosas veces y conoce los peligros que le esperan. Varios toneles de pescado del borde resbalaron y cayeron al mar, con muy poco sonido entre los estruendos que dominaban el ambiente. Uno de los marineros que intentaba sujetarlos resbaló de cubierta, y Reaper, más rápido que los demás, saltó a rescatarlo arrojándose al agua, el resto tendiéndole una soga para ayudarles a subir. El hombre temblaba de hipotermia cuando el joven lo lanzó de nuevo a lo seguro, respirando con agitación.

Si le sacabas lo gruñón, pensó Reed, aquel sería un perfecto camarada.

Reed ayudó al capitán a maniobrar con el pesado timón, para superar las enormes olas que constantemente intentaban engullirlos. El marino consultaba alguna especie de brújula mágica para dirigir el navío y le señalaba a Reed qué tanto mover el timón y en qué dirección.

-¡Lo único bueno de esas embarcaciones voladoras!- le gritó el capitán señalando el ingenio, haciéndose sonar por sobre el caos del mar y su oleaje que los azotaba de lado a lado sin darles un respiro.

Un enorme maretazo comenzó a formarse por sobre ellos, bamboleando el barco tanto que todos comenzaron a temer que lo voltearía por completo, incluso antes de descargarse. Van Lyder desplazó a Reed del timón y direccionó al *Emperador* frente a la ola, sonriendo, mientras el muchacho comenzaba a comprender por qué ponían las provisiones y mercancías en las habitaciones interiores.

-Por eso es que amo el condenado mar de Tikielder...- suspiró Lyder, y gritó- ¡Todos sujétense!

Pudo escuchar la voz de Reaper diciendo “*qué diabl...*”, y luego la impresionante masa de agua impactó contra la embarcación, la levantó por los cielos y la deslizó hacia el mar de nuevo, mientras Reed se agarraba y sentía su cuerpo volar, quizás parte de su alma abandonarlo con lo brusco del movimiento.

El barco cayó con un estallido impresionante, pero no pareció haberse roto. La ola golpeó por detrás e hizo que avanzaran mucho más, alejándose de la tormenta. Reed cayó al suelo, empapado, viendo desde abajo la sonrisa de Van Lyder, quien con un grito se hizo oír ante su tripulación.

-¿Están todos bien por allí? Les informo que ya estamos dejando la tormenta. Espero que no se hayan mojado y gracias por viajar a bordo del *Emperador*.

Cuando el temporal pasó, Van Lyder se halló desbordado de alegría. Según él, la furiosa corriente marina los había acercado un poco más a Fariel, en donde debían dejar las mercancías. No había habido heridos, y aunque se había perdido algo de carga, se podría recuperar luego en el mismo puerto. El *Emperador* era una embarcación muy segura, aseguró con orgullo.

Así pasaron los días en el barco para Reed, luego de que la nave dejara por fin lejos el furibundo mar que rodeaba Tikielder. Se levantaba temprano, como siempre y Reaper dormía -o fingía hacerlo- a pierna suelta. Luego iba con el capitán, quien le enseñaba sobre los distintos mares y la forma correcta de ubicarse y navegar en ellos, las diferentes corrientes y las mejores embarcaciones para surcar cada agua y sortear cada tempestad. Poco a poco Reed fue comprendiendo y, aunque no fuera su punto fuerte, logró tener el conocimiento suficiente para embarcarse solo.

Van Lyder también le habló de su itinerario comercial.

-Partimos desde Eclant, en donde recogí a Reaper, y de allí usamos una ruta poco conocida hacia tu isla. En Tikielder intercambiamos los productos de Kamui, para luego retornar hacia el puerto de Droppedam, en Fariel, donde podemos comerciar a precios altos toda la producción de la isla. Créelo o no, cerca de tu pueblo crecen algunas hierbas muy apreciadas en los grandes continentes. Lo que sobra generalmente lo vendemos por poco en Gikeldor, o en Gosico Fonit para efectivo rápido. Las reparaciones y el visto bueno los hacemos en cualquier parada.- concluyó rápidamente.

Reed asintió, deseando en su interior conocer todos esos lugares.

-Lo importante es que cada uno de los tres reinos tiene una ciudad de gran importancia económica y portuaria- le explicó Lyder- En el caso de Cel-Neckar, esta es Gosico Fonit. En el caso de Fariel, Droppedam, la ciudad mercantil por excelencia, y en el caso de Kamui, Sadalsuud, su mismísima capital es el mejor lugar para comercio. El noventa por ciento de las importaciones de esas ciudades pasan a sus respectivas capitales, desde donde se derraman al resto de los pueblos. Es una forma económica muy interesante, pero poco igualitaria. Explica también por qué las capitales y las ciudades comerciales son urbes avanzadas y hermosas, mientras que los pueblos, por más prestigio que tengan, son sólo pueblos.

-¿Y cuál es la ciudad comercial de Gikeldor?

Van Lyder dudó antes de señalar en el mapa.

-Gosico Fonit.

-Pero... -Reed se rascó la cabellera negra, presa de la confusión- ¿Eso no es de Cel-Neckar?

El capitán asintió sonriente.

-La situación con Gikeldor es algo complicada. Son tierras pobres, en su mayoría habitadas por bárbaros y ahuras. Los buenos de Cel-Neckar han monopolizado el comercio con ellos, y les han hecho una jugarreta para mantenerlos en deuda...

-No entiendo. ¿Cómo puede pasar eso?

-Son asuntos que creo difícil que comprendas, hasta algún futuro. Confórmate con este aviso: compra y vende en oro, plata, cobre y gemas. Si te ofrecen cualquier otro tipo de pago, ignóralo.

Él asintió, teniéndolo en cuenta, pero luego le surgió otra pregunta.

-¿A dónde va el comercio en el puerto de Tikielder?- inquirió curioso- Vant no abarca tanto.

-Vant abarca nada.- rio Van Lyder- Pero la isla Tikielder tiene otros pueblos, como Ossat. Allí se está un poco más en corriente que en Vant, e incluso ya han desarrollado una pequeña ciudad.

Asintió, suponiendo que aquella iba a ser la respuesta desde antes. Había oído del pueblo de Ossat y en aquel momento, mientras veía la pequeña mancha que representaba la isla dentro del enorme mapa continental, comenzó a preguntarse qué tan seguros serían los muros de aquella ciudad ante el ataque de un dragón.

El resto de los días los pasaba comiendo con el grueso de la tripulación, que había terminado por cogerle cariño. La comida se basaba principalmente en galletas pétreas de harina y pescado cocido, o en los mejores casos, sustanciosa sopa de mar. A Reed le agradaba bastante. Reaper, por su parte, ya había escuchado toda la historia del dragón y su ataque y, curioso, de vez en cuando le hacía preguntas. Los dos se llevaban bien, aunque el primero era de una personalidad más arisca a la que era difícil acostumbrarse. Durante las noches antes de dormir, decidían qué hacer en cuanto bajaran del barco en Fariel. No faltaba demasiado tiempo. Luego, cuando Reaper se dormía, Reed se quedaba taciturno y preocupado, pensando en qué estaría aconteciendo en Vant, qué sería de Scarrow, Cax y su madre. Deseaba con todo su corazón que estuvieran bien, y terminaba siempre durmiéndose, la mente relajándose ante el mar que lo mecía lentamente al acercarlo a su destino.

Y así, luego de unos días, el capitán golpeó a la puerta del camarote.

-¿Muchacho? Ya hemos llegado a tu destino.- anunció.

Reaper, recostado en la cama, abrió los ojos de repente.

-Ese también es mi destino.

Ambos se vistieron, cargaron sus cosas y partieron. Van Lyder le había dado a Reed mejor ropa, consistente en unos pantalones azules, camisa blanca y un chaleco rojo y dorado, de calidad. Conservaba aún las duras botas negras, regalo de su maestro.

Reaper por su parte vestía una particular armadura plateada, ligera, con un abrigo largo de tela negra que la cubría. El resto de su atuendo era de color verde. Bajo aquella indumentaria, mientras el guerrero se cambiaba, había podido observar un torso envuelto en vendas, tal si la carne hubiera recibido una gran herida no mucho tiempo atrás. Pero había preferido permanecer callado.

Subieron a donde todos los marinos estaban cargando las cosas entre bostezos mañaneros y chistes perezosos. El barco se aproximaba a tierra, y el aire era distendido. Reed observó la ciudad de Dropedam: era un magnífico espectáculo de edificios grises, muros y casas cuadradas, en donde las voces y la presencia humana se superponían en cantidades que lo desconcertaban. El puerto, inmenso y edificado en concreto, hacía ver al de Tikielder como un pequeño jaleo. Van Lyder se detuvo de llevar una caja y se dirigió a Reed, tendiéndole algo. Era una espada corta, de color claro y con una aguja extra en el filo. La sujetó con la derecha, examinándola.

-Gracias- concluyó, maravillado con el regalo.

-No hay de qué- dijo el capitán, señalando la ciudad- Pero déjame darte un último consejo, Reed. A este muchacho, Reaper, lo conozco. Y aunque intenta no parecerlo es una gran persona. Pero no se puede decir lo mismo del resto del mundo. Allá en Fariel, en el continente, sería estúpido no llevar un arma, y más para alguien con semejante reliquia en la espalda como tú. No confíes en nadie. En especial, no confíes en ningún mago. Son traicioneros y manipuladores, ambiciosos y llenos de orgullo. Me apena decir que Scarrow es una excepción única entre los de su tipo.

Había un dejo de odio en la voz del capitán mientras pronunciaba esas palabras, y Reed no pudo evitar preguntarse cuánto de ello sería cierto y cuánto serían tan sólo los prejuicios del hombre saliendo a flote.

-Otra cosa- dijo el marino tendiéndole un pequeño bolso- Te he preparado esto con algunos alimentos, mapas y cosas que necesites. Haz que te dure. Adentro también hay una carta para ti, escrita por Scarrow, que llegó hace dos días con el viento. Me pidió que te la entregara al desembarcar. Ah y Reed- sonrió cómplice- ¿Tienes alguna interesada esperándote en Vant?

-No- respondió algo turbado ante la curiosa mirada que de pronto le dirigía el capitán.

-Oh- el hombre parecía decepcionado- Bueno, como dicen, no te va a caer una del cielo. El mundo es bastante grande, ya lo verás. Y las mujeres son un infierno. Peor que los magos.

Rio con una pose al tanto que Reed asentía, confuso, y continuó así mientras el muchacho se apresuraba a colgar el bolso a la cara interna de su escudo y ceñir la espada al cinto del pantalón. Terminó con aquello al ver al joven de Vant hacerle una reverencia.

-No sé cómo agradecerle.

-Salva a Scarrow. Eso es todo. –su expresión era franca, y también la mano que le tendió y que Reed tomó con agrado- Y recuerda que cuando necesites volver a Vant, estaré allí para ayudarte.

-Gracias.

El capitán le sonrió, y ambos pudieron oír la voz de Reaper en la lejanía.

-Ya Reed, apresúrate. Me estás haciendo perder el tiempo.

4. El Templo Del Centro Del Mundo

Fariel, en la actualidad uno de los tres principales reinos que expandían su influencia sobre el mapa, junto a las tierras del oeste de Kamui y el gobierno de los magos en Cel-Neckar. En la inmensa superficie que cubría se visualizaban urbes grandes y edificadas con roca, amplias masas grises donde la eterna llanura se interrumpía de a momentos para el viajero regular. Era, además, el único de esos grandes reinos que no sostenía una monarquía sino un consejo de nobles debido a una larga historia de conflictos entre los habitantes del lugar al finalizar la cruenta guerra contra el reino kamuita. Según lo que se contaba, la ciudad concreta en la que ahora se hallaban, Deneb Algedi, había sido edificada inicialmente por los kiels, una antigua raza de hombres de cabellos como el arcoíris, fornidos y de grandes cuernos, que habían mostrado un poderoso despliegue militar y rechazado casi cualquier incursión invasora durante su estadía. Los kiels habían prosperado, pero hacía ya muchos años abandonaron la ciudad para mudarse hacia Gikeldor, repelidos por la creciente amenaza. No dieron ninguna explicación, y a los humanos tampoco les importó mucho. Tomaron la hermosa Deneb Algedi para ellos y rápidamente la poblaron, expandiendo su influencia por el resto del continente.

El barco de Van Lyder los había dejado abajo, en la ciudad portuaria de Droppedam. Desde allí de inmediato habían alquilado a un precio razonable un carruaje que los llevara hasta la capital.

El viaje habían sido tres horas de estar sentado escuchando a Reaper maldecir cada vez que el coche daba un salto tan alto que parecía a punto de arrojarlos por el techo; hasta que finalmente pudieron poner pie en la majestuosa Deneb Algedi, sorprendidos de no haberse roto ningún hueso.

En contraste con la hermosura de la ciudad, construida sobre un terreno angular con sus edificaciones y calles en ascenso y descenso, en las que los estilos arquitectónicos daban una apariencia campestre y clásica que la música alegre resaltaba con elevado descaro, estaban los habitantes que la poblaban. Reed nunca había visto algo así en su vida. Eran hombres reacios y violentos, todos portando armaduras y armas de lo más nuevas, escupiendo o luchando por doquier bajo ningún motivo aparente. Si bien no era exagerado el número de magos que se veían, una buena cantidad de mercenarios y caza recompensas hacían presencia en la capital: por aquí y por allá se escuchaba el sonido de cosas romperse, de dientes quebrarse y espadas chocarse bajo un incesante coro de griteríos y alaridos apenas ahogados por las rápidas melodías.

Para Reed, cuya vida había transcurrido en un apacible valle, la situación contrastaba matices que iban desde lo insólito a lo absolutamente cómico. Reaper en cambio parecía sentirse como en casa.

-Deneb Algedi- recitó, como aspirando el aire fresco de una montaña- la ciudad de la Cámara de los Diez y núcleo del primer gran reino. El castillo de Faudó y el centro son bastante decentes, pero los habitantes de la periferia no tanto. Cerca de aquí está el Templo del Centro del Mundo, a donde debemos dirigirnos.

-No entiendo por qué lo llaman así- dijo Reed viendo como un hombre perseguía a los gritos a un niño ratero, y más allá, a dos hombres vestidos con armaduras sobre jubón que se emborrachaban juntos bajo el alfeizar de una ventana- He estado consultando los mapas y esa cosa no está en el medio en lo absoluto.

-Claro que no. -Reaper se encaminaba delante de él, aparentemente teniendo alguna idea de a dónde debían dirigirse- Pero piensa que lo que se conoce es sólo la entrada. El problema es que en los primeros mapas humanos usaron al Templo como referencia para el resto del continente. Por eso es llamado así.

Reed asintió y lo miró con una sonrisa burlona apenas contenida en los labios, deteniendo su paso y haciendo que su recién conseguido aliado tuviera que parar y voltearse hacia él.

-Lindas ropas traes.

Eran extrañas, aun en una urbe en la que casi todos parecían usar armaduras o rechazos coloridos de una feria. El abrigo negro cubría bien las corazas con las que el kamuita se enfundaba, pero no ocultaba la dureza sobre los hombros o las perneras de acero que resonaban al caminar contra los adoquines.

Aun así, Reaper no pareció inmutarse.

-Es mejor que vestir ropas de calidad, como tú. Francamente eres un mercado abierto para robar.

-No necesito armadura- se defendió él, orgulloso de la cara vestimenta que le había cedido el capitán- Tengo suficiente con mi escudo.

-Como tú digas, chaval- le respondió el otro riendo y, al ver la expresión cada vez más contrariada de Reed, quitó importancia a todo ello con un gesto de la mano, para luego distraerlo al señalar una posada donde un cartel colgante rezaba "*Las Habas*" - Debo suponer que Scarrow te dio dinero, ¿verdad?

-Sí, lo hizo- afirmó él a su vez, consciente de que el otro no creía lo de su maestro pero divertido con el juego.

Pagaron al hotelero a precio de plata y consiguieron estancia en una habitación con una ventana amplia que daba a la calle y dos camas, mucho más espaciosa que su anterior camarote en el barco. Reaper arrojó sus cosas al suelo y se desplomó en la suya con un gruñido.

-Descansemos un momento, y busquemos un lugar en donde comer. Luego podremos dirigirnos al templo. Qué diablos, el viaje me ha hartado.

Reed suspiró, en cierta forma de acuerdo. Viajar tanto tiempo en mar había terminado por acostumbrar su cuerpo al constante bamboleo del barco y ahora la estabilidad de la tierra bajo sus pies no cesaba de parecerle densa y cansadora. Decidió que de cualquier forma no dormiría y aprovechó para hurgar en su bolso hasta encontrar la carta de Scarrow. Era bastante corta, pero leerla hizo que extrañara a su maestro más que nunca.

“Para Reed:

Te saludo yo en nombre del entero pueblo de Vant, esperando que hayas tocado tierra a salvo y que te encuentres listo para el porvenir. Como sabes, la misión que te he encomendado es vital para conseguir la libertad de tu tierra y la seguridad de sus habitantes. Por eso intentaré ayudarte desde aquí lo más posible.

Voy a preparar a los aldeanos. Inicialmente me ceñiré a la idea de que Skectral cumplirá su pacto, pero temo que eso sea pecar de optimismo. Un dragón es un dragón, después de todo, y los aldeanos tienen poca idea de a lo que se enfrentan. Además, el aura de desesperación que emite Skectral no está causando un buen efecto en la isla. Poco a poco los cultivos quedarán inutilizados. Los granjeros deberán aprender a reservar.

Tu madre y Caxer se encuentran bien. Majaka ha llorado por tu huida, pero creo que ya lo está superando. Cax, en cambio, al parecer deseaba seguirte. Veré, si me permites la ambición de tener dos alumnos, si puedo entrenarlo en el uso de la magia. Parece tener un nivel de maná mucho mayor que el tuyo, que el de muchos niños de su edad que he llegado a conocer. Al parecer esta habilidad se ha manifestado con la llegada de Skectral: es común que en muchos magos jóvenes sus verdaderos poderes se presenten en una ocasión de peligro o intensidad. Dependerá de que tan dispuesto esté él a aprender, aunque desde ya parece entusiasmado por la idea.

Volviendo a tu misión, la misma consta de dos objetivos. El primero consiste en hallar la Estrella Oscura, para canjearla a Skectral por la libertad de Vant. Tu escudo parece un elemento clave para ello, así que no lo pierdas. Cuida tus espaldas porque son muchos los que desean semejante tesoro y no estarán dispuestos a compartir. Como consejo, sería bueno que la primera locación, ya que el barco te dejará cerca, fuera el Templo del Centro del Mundo. Allí es donde se supone que está guardada la joya. Van Lyder me ha dicho que te dejaría un mapa.

Con respecto a tu objetivo secundario, debes encontrar a mi amigo Vannael Danterkiss Eel, fundador y Rey Mago de Cel-Neckar, mi tierra natal. Es el líder del Geral Veintiún, organización a la que antes pertencí, así que te creará si le dices que me conoces. Vannael es un gran hombre y un poderoso hechicero, que podría acabar a una bestia como Skectral con facilidad. No dudará en ayudarte si le transmites la gravedad del asunto, y más si haces entrar mi nombre en la explicación.

El problema es que es poco localizable. Intenta buscarlo, pero no esperes mucho. Gracias a sus habilidades, suele estar rondando por el mundo y pocas veces se mantiene dos días en el mismo sitio. Prueba con su torre, en Babel. Si se da la oportunidad, aprovéchala. Pero mientras tanto, intenta mantenerte en tu objetivo principal, y no en el atajo: encuentra la Estrella Oscura.

¡Cúidate!

De Scarrow Arderaid

Terminó de leer y le hizo una seña a Reaper, al tiempo que se guardaba la carta. El otro se levantó sin haber llegado a dormirse y los dos se despidieron del posadero, dirigiéndose a la calle.

No podía entender cómo Scarrow había logrado mandar aquella misiva al barco de Van Lyder durante su travesía marina, pero supuso que era parte de los beneficios que conllevaba el poder hacer magia. Salió por la puerta, anhelando poder tener tanto poder mágico como Scarrow o aquel individuo Vannael, todavía no muy seguro de qué era lo que debía hacer. Había perdido demasiado tiempo en Vant, demasiado tiempo encerrado en aquel valle de constante aburrimiento y ahora sentía que lo habían arrojado hacia un mundo inmenso e inconquistable sin el apoyo de su maestro tras él.

Sus sentidos fueron cegados al emerger, durante unos segundos, por el potente deslumbrar del sol. Cuando su visión se acostumbró a esa luz siguió escuchando los gritos, corridas y peleas de la ciudad de Fariel. Entre ese caos Reaper tomó un camino decidido, que él imitó con paso más inseguro.

-¿Vamos al templo?

-No- dijo el joven revolviéndose el cabello- Quiero comprar algunas cosas. Y antes incluso sería bueno que comiéramos algo. No veremos muchas posadas de paso si tenemos que cruzar las llanuras.

Asintió, y Reaper se esfumó dentro de una carpa amplia, desde la cual se percibía el aroma del perfume barato y los productos de bazar. Reed se quedó solo en la calle, mirando la tienda y a todos los comerciantes de afuera que gritaban anunciando sus mercancías, lanzando cada tanto vistazos a su persona sin animarse a mantenerlos por demasiado tiempo. Queriendo avanzar en su búsqueda, se dirigió a un puesto de madera que ofrecía artículos como muñecos o camisas bordadas.

-¿En qué dirección está el Templo del Centro del Mundo?- preguntó al vendedor.

El hombre, que estaba distraído en las páginas de un libro, recibió su pregunta no sin cierta irritación en el rostro hirsuto. Pero luego esa emoción se calmó tan rápido como había venido, y las cejas del mercader se elevaron ante la posibilidad de una oportunidad. Todo esto pasó para Reed en lo que parecieron ser minutos, mientras él esperaba una respuesta, respuesta que no recibió pues el interés del vendedor se dirigió con astucia al escudo que reposaba en su espalda, y que todo el mercado ojeaba.

-Por eso, mil piezas de oro- ofreció.

-No está en venta...-dijo Reed un poco harto, pero fue interrumpido por Reaper, quien se acercaba con una sonrisa muy poco convincente y una bolsa en la mano.

-Mil piezas de diamante y es mi última oferta- escupió el vendedor algo nervioso, apostando una cantidad que jamás podría pagar.

-Mi hermano- los interrumpió Reaper sacando al muchacho de Vant de un empujón, alejándolo del interesado mercader- Está algo tocado...- se llevó el dedo a la sien, sonriendo, y pasó su brazo sobre el cuello de Reed, sujetándolo con más fuerza de lo necesario- Bien, no lo molestamos más, nos vamos. ¡Adiós!

Y echó a correr, arrastrándolo de la capucha del saco con él. Luego de hacer un par de cuadras y llegar a un callejón, le soltó un coscorrón en la cabeza.

-¡Auch! ¿Por qué...?

-Porque eres un estúpido -los ojos negros del joven miraban con presteza el borde que daba a la calle principal, como si temiera que alguien los hubiese seguido hasta allí- De pueblo. No debes confiar en ningún vendedor. Aquí en Fariel, todos quieren la Estrella. Incluso la mismísima Cámara de los Diez, la suprema autoridad del reino, ha puesto un precio considerable por la gema. Si no fuera tan grande, lo mejor sería ocultar ese escudo.

-No lo entiendo. ¿Cómo pueden darse cuenta de que...?

-Ya lo verás- lo interrumpió Reaper- Y ahora no más preguntas. He comprado algunas cosas extras que necesitaremos, como antorchas de mano y capas para protegerse del frío. Con todo mi corazón espero que esto sea sólo abrir la puerta del templo y sacar la Estrella, pero las cosas no suelen ser tan sencillas para la gente amable como yo ni para los campesinos perdidos como tú. Así que será mejor estar bien preparados.

Reed asintió, sonriendo, y Reaper devolvió el gesto.

-Y ahora escoria, vayamos a comer. En especial carne. Me he estado hartando de masticar pescado y galletas duras en aquel barco del demonio.

Terminaron decidiendo dar con el almuerzo en un comedor llamado *Bastones de Mar*. El local era algo sucio y estaba repleto de gente borracha y luchas, pero tampoco podían permitirse muchos lujos ya que no andaban precisamente colmados de dinero. Apenas ingresaron un hombre que era una autentica bola de grasa se les acercó con ánimos de pelear, sólo para recibir un puñetazo en la cara de un Reaper que ni siquiera estaba prestando atención a su entorno. El bruto cayó al piso rodando, desmayado, y el de Kamui siguió buscando una mesa como si nada hubiera sucedido. Todo Fariel parecía un lugar de locos para Reed.

Encontraron una alejada de la mayoría de la gente, pero igual pudo percatarse de que muchas miradas estaban fijas en el objeto enganchado a su espalda. Con precaución colgó el escudo a la silla en donde se sentó.

-Oh genial- masculló Reaper- Aquí sólo tienen pescado.

-Pues era bastante obvio. El lugar se llama *Bastones de Mar*.

-No me molestó en leer los letreros mugrientos de las calles, Su Alteza. Supongo que habrá que conformarse.

Les sirvieron, en honor al nombre, unos grasosos bastones de pejerrey pasados en harina y fritos en aceite, que devoraron con ansias. Comieron bastante a precio barato, ignorando las constantes y hostiles miradas que se clavaban en sus espaldas.

Reed devoraba sin pausas, poseído de repente por un hambre que no había tenido siquiera unos segundos antes. Sentía los dedos manchárseles de grasa y pescado casi grotescamente y podía ver frente a él a Reaper en la misma situación, ninguno hablando y en realidad ambos conscientes de que pronto todo el bar los observaba, de que varios hombres se habían levantado de sus mesas y contemplaban el escudo tras la silla o a la guadaña del guerrero como preguntándose qué tan difícil sería atacarlo antes de que pudiera tomarla entre sus manos para defenderse.

Poco a poco el hambre comenzó a írsele, casi tan rápido como le había venido. Estaban en peligro, y Reaper no se percataba de ello. Había sido disimulado al principio, pero pronto notó como ellos acaparaban toda la atención y como un hombre de quijada prominente y pañuelos por doquier se aproximaba tras su amigo, apoyando la mano en un largo cuchillo en su cintura.

Estuvo a punto de gritar, pero no tuvo tiempo. Reaper pateó su propia silla hacia atrás, impactando al hombre, se volteó en lo que pareció ser un segundo y comenzó a

golpear su cara con el puño, sujetándolo del cuello. Aquel matón cayó contra el piso con el rostro convertido en un tubérculo hinchado y varios de los que los acechaban como presas retrocedieron, intimidados por la expresión del guerrero al increparlos.

-¿Algún otro quiere interrumpir nuestra comida?

Reed no sabía si estar horrorizado o encantado con aquello. El plato de bastones de su camarada se había desparramado por sobre los tablones con aquel movimiento pero nadie hizo amague de alzarlo, ni siquiera él. Hubo un silencio mantenido, sepulcral, que duró hasta que un joven entró corriendo por la puerta del local.

-¡Unnaon Ipsilon! ¡Unnaon Ipsilon está por entrar aquí junto con la milicia!

Fue un caos repentino. Como si se tratase de un juntadero de los criminales más buscados del mundo todos empezaron a poner pies en polvorosa, llevándose en su huida mesas, sillas, platos y pisando los bastones de comida en un frenesí terrible que vaciaba el local a toda velocidad. Reed observó todo con perplejidad, se incorporó presa del susto, y Reaper le indicó también un camino de huida maldiciendo por lo bajo.

El muchacho lo siguió, pisando la comida que hacía extraños ruidos bajo la suela de sus botas, y ambos escaparon del lugar en un santiamén siguiendo a la multitud que se alejaba despavorida.

Corrieron un buen rato, hasta que Reaper paró en seco.

-Es imposible.

Agradeció la pausa, agotado, sintiendo la comida rebelarse dentro de su estómago ante la interrupción de su digestión. El rostro contrariado del otro no le gustaba en lo más mínimo.

-¿Imposible?

-Hace apenas unas horas que llegamos a Fariel. ¿La Cámara de los Diez ya sabe de nuestra presencia y envía a la milicia a buscar el escudo?

Se interrumpió al instante, la boca abierta en la más absoluta sorpresa al observar más allá de Reed, cuando sus ojos resbalaron en el aire sin toparse con lo que en esa espalda faltaba. Y Reed también lo comprendió.

Tuvo tiempo de ponerse pálido.

-¡El escudo!

Volvieron a toda velocidad hacia el local, pero el tesoro ya había desaparecido. Un hombre de aspecto cansado que se ocupaba de barrer los bastoncitos arrojados en el suelo les informó que se lo había llevado un ahura de cabello oscuro vestido con harapos, el mismo que había anunciado la supuesta llegada de la milicia al comedor.

-Oh, pero eso es perfecto- Reaper pateó una silla con furia, que rebotó contra el piso de madera de la taberna haciendo un eco increíble ahora que la gente y la música se habían esfumado de allí- Nos han tomado de idiotas.

Era una jugada admirable, pero aunque Reed comenzara a sentir los latidos de su pecho incrementarse no le parecía que debieran aún perder la esperanza.

-Vamos. ¿Qué tan difícil puede ser encontrar a alguien con un escudo gigante rojo y dorado?

-Pues igual de difícil a que te robaran semejante objeto.- Reaper volvió a patear otra silla que el pobre encargado recién acababa de acomodar- Vamos a buscar a ese ladronzuelo y recuperarlo. Si lo logramos, ata el escudo a tu cintura con la cadena, sólo como para asegurarte.

Y allí comenzó la búsqueda, aunque no era como la que Reed hubiera imaginado. Estuvieron más de una hora recorriendo calles, preguntando nombres y direcciones, buscando gente y golpeando puertas, conociendo cada uno de los pasajes de la ciudad en todos sus sentidos, pero no hallaban nada. La gente les daba direcciones opuestas, izquierda y derecha, sur y norte, subir y bajar. Reaper llegó a amenazar a

muerte a varios comerciantes si no le decían la verdad, pero ninguno parecía tener el escudo por más que se fijaran. Terminaron separándose y buscando por su cuenta, cada uno con resultados tan infructuosos como el otro.

Aquello siguió por un buen rato. Reed llegó a imaginarse qué cara pondría cuando volviera a Vant sin absolutamente nada, cómo se enfrentaría a su maestro y a su pueblo con las manos vacías.

No. No podía permitirlo.

-Lo encontraremos- musitó apenas se volvió a cruzar con el otro, más para sí mismo que para él.

-Espero que tengas razón, porque por el momento, creo que está bastante perdido - dijo Reaper luego, agotado, cuando los dos se arrojaron rendidos.

-Oh. ¿Y eso?- dijo Reed, señalando a no más de una cuadra de distancia donde la pintoresca calle de piedra descendía.

A lo lejos estaba el joven harapiento, arrastrando el escudo, tirando de la cadena dorada con gran esfuerzo.

-Mira, es el... - no tuvo tiempo de hablar, pues Reaper ya había desaparecido y corría hacia el ladrón, quien al ver a sus enemigos echó pies en polvorosa.

-¡Oye tú! ¡Devuelve eso! ¡Bastardo!

Reed, más lento, también se levantó, pero echó a correr por la otra cuadra para interceptarlo. No podía ir demasiado lejos, no si le costaba tanto mover su botín. No entendía –aunque sospechaba que tenía que ver con haberlo tocado primero- por qué él podía cargar aquella reliquia como si fuera papel y a los demás parecía costarles tanto, pero era una ventaja que no planeaba desaprovechar.

Pasó la cuadra y dobló por la esquina a toda velocidad, sólo para chocar de lleno contra el ladrón. Ambos cayeron por el impacto, pero Reed se incorporó primero. El otro lo pateó y Reed volvió a caer, pero se apoyó en las manos y propinó un puntapié a la cara redonda de su adversario, obligándolo a volver al suelo junto con él. Encontró fuerzas para volver en pie, viendo frente a él al ladrón hacer lo mismo, pero entonces este quedó inmóvil. Reaper había aparecido al fin tras él y tenía el filo de su guadaña en su blanco cuello.

-Contaré hasta tres, soltarás la cadena, y quizás entonces te mate, ¿entendido?

-¿No sería quizás entonces *no* te mate, Reaper?- preguntó Reed mientras se limpiaba el polvo de los pantalones, dejando su respiración normalizarse.

-No.

Reed pudo ver que el ladrón sonreía, pero no entendió por qué hasta que su amigo recibió un golpe y se desplomó con un gruñido de dolor. Tras él estaba el ladrón, o mejor dicho otro ladrón, sólo que este nuevo era distinto en aspecto: tenía el cabello negro y los ojos verdes, la piel de un particular color cetrino y las orejas punteadas hacia abajo. Sin perder un segundo, sacó la espada que le había dado Van Lyder, bautizada *Roimiana*, y la puso en el cuello del que sujetaba el escudo para que continuara siendo un rehén.

-¿Me explican qué ocurre?- preguntó con amabilidad.

-Claro- sonrió el de cabello oscuro, levantando las manos en señal de rendición- Yo soy Gio Reda, y a quien sujetas es a mi querido compañero, Bensin Haler.

-Somos asociados - dijo el otro, sonriendo también.

-Ladrones profesionales- agregó el extraño muchacho. Reed observó sus rasgos afilados y cayó en la cuenta de que no era humano: aquel tenía sangre de ahura, una de las especies que habitaban aquella zona antes y que habían sido arrojadas hacia Gikeldor con el pasar de los años. Había oído que varios vivían en los reinos superiores

como ratas de calle o embusteros. Su relación con los humanos no era lo que se podía decir buena.

Este sin embargo no parecía en lo más mínimo acomplejado de robar junto con uno de ellos.

-No sabía que un ladrón podía considerarse un profesional- musitó él no sin algo de interés en aquella figura.

-Claro que sí. Arrebatos de identidad, estafas, robos y hurtos de todo tipo: eso es lo nuestro. ¿Oyeron acaso como imité la voz de Unnaon Ipsilon...?

-Pero, de cualquier forma, esto nos ha superado- dijo Bensin, levantando las manos también.

-Ya no queremos pelear- hizo una reverencia el ahura- No hay tesoro que valga nuestras vidas.

-Y además, ese escudo no se quiere mover de su lugar. Constantemente me tira hacia la otra dirección.

Reed dudó, pero Reaper se levantó, sacudiéndose la tierra de su abrigo no sin fastidio.

-Espero que sea cierto lo que dicen- escupió con desprecio, para luego poner su guadaña en el cuello de Gio.

-No podría mentirte- dijo el ahura mirando el filo de la guadaña con una expresión que combinaba perfectamente temor y diversión- Libérenos, y yo y mi asociado nos retiraremos. Nunca más sabrán de nosotros.

-Antes quiero saber una cosa- el filo de la hoz casi rasgó la suave piel, con precisión espeluznante- ¿Por qué nos han robado el escudo? ¿Alguien se los ha encargado?

-Pues nos pareció que haría un buen juego con...- el rehén interrumpió la broma cuando dos pequeñas gotas de sangre se deslizaron por su cogote- Nadie. Pero teníamos la esperanza de que surgiera un comprador. Y los Diez de Fariel también estarían muy interesados, te lo digo yo.

Reaper pareció analizar la respuesta unos segundos, y otra vez el filo de su arma se cernió sobre aquella garganta.

-En mi tierra, robar se paga con la muerte.

-En la mía no.

Hubo un momento de tensión, y luego Reaper alejó la guadaña. Gio puso pies en polvorosa, al igual que Bensin, quien soltó la cadena y echó a correr siguiéndolo, dejándolos atrás.

Ambos los vieron esfumarse, el sonido de las cigarras brindando una melodía al final de la tarde.

-Hombre. Eso fue extraño.

-Ahuras en Fariel, sí. Muy extraño –concedió el otro- Y agotador. Vamos a descansar a la posada, y luego nos dirigiremos al Templo. No faltará mucho para que anochezca- metió la mano en el bolsillo del abrigo para buscar las llaves de su habitación, y la cara se le heló.

-¿Qué ocurre?

Tuvo su respuesta al ver a Reaper correr en la misma dirección en la que los otros se habían ido, tan rápido como si ya hubiera recuperado sus energías.

-¡Esos bastardos! ¡Se han llevado mi dinero! ¡Eh! ¡Vuelvan aquí!

Así, mientras Reed se desternillaba de la risa, su compañero persiguió a los delincuentes que tan bien lo habían embaucado.

Y la noche descendió sobre Fariel.

A la mañana siguiente se levantaron temprano, desayunaron en la posada, y se dirigieron directamente al Templo del Centro del Mundo, madrugados y listos para actuar.

Con paso sosegado pusieron rumbo al sur, alejándose de la zona urbana y de las viviendas hasta toparse con una gran pradera en descenso, de pasto tostado por el sol como las tantas que había en el territorio farielense. Habían elegido esas horas por no haber merodeador alguno que pudiera estorbarles: casi todos los habitantes de aquella parte del mundo cumplían de manera dogmática los horarios de dormir, una tradición que se había fomentado mayormente en Droppedam, cuyo nombre -que significaba *cerdo durmiente*- hacía honor a esta antigua costumbre.

Tenían por lo tanto un par de horas, hasta que la entrada al Templo comenzara a llenarse con los visitantes de siempre. Reaper usaba un mapa para indicar cómo moverse, no sin algo de confusión.

-Veamos... creo que es por aquí.

-Me interesaría mucho saber cómo lees eso- inclinó la cabeza Reed, intentando tener un vistazo de la hoja- ¡Este lugar es un desierto! ¡No hay ni rocas, ni colinas, nada que pueda servir de referencia!

-Déjame a mí lo de ubicarnos, chaval- dijo su amigo para hacerlo enfadar, escondiendo el papel de su vista- Por aquí debería haber una piedra, estoy seguro. Por aquí...

Examinó, y Reed lo imitó sin mucho éxito.

-Estamos tan perdidos.

-Cállate- lo cortó Reaper- Allí está.

No parecía un punto de referencia muy exacto, pero luego de pasarla se pudo adivinar un sendero que llegaba a lo que parecía un pequeño barranco. Desde allí se tenía una vista bastante clara del resto de la llanura, extensa y aburrida. Planicies como esas rodeaban toda la ciudad de Deneb Algedi a grandes distancias, normalmente utilizadas por los granjeros para cultivar y cosechar verduras que vender en el mercado pero, en algunos casos, ni siquiera se las tocaba.

-Por órdenes de Unnaon Delta, de la Cámara de los Diez, no han edificado una casa en toda la redonda. Con estos hermosos suelos, uno se preguntaría por qué- habló el guerrero en voz alta, y luego señaló- ¡Allí está nuestro Templo!

Extrañado, Reed se deslizó hacia abajo para verlo bien. Jamás se había desilusionado tanto en su vida. Estaba esperando un gran castillo esculpido en piedra, de pilares blancos y una magnífica puerta de roble con intrincados hechizos, pero en cambio, el Templo del Centro del mundo no era más que una piedra redonda, chata, reposando contra la tierra yerma sobre una superficie que se elevaba rompiendo la llanura y en cuyo lomo se adivinaban relieves, pozos, viejas marcas de runas en desuso. Sobre esta estaba sentado un viejecito de barba larga e inmaculada, encapuchado con una holgada túnica gris, sosteniendo un alto bastón con dos manos raquílicas y temblorosas. El anciano miró a Reed y a su escudo y sonrió con los pocos dientes que le quedaban.

-Mi nombre es Dordo. Bienvenidos al Templo Del Centro Del Mundo, caballeros. Deben saber que este lugar...- recitó, pero fue interrumpido por la guadaña de Reaper sobre su barba.

-Muévete. Estorbas.

El anciano recogió el bastón que se le había caído y se alejó, asustado, de la puerta. Reaper silbó, secándose el sudor de la cara con el borde de su abrigo. El sol estaba matándolos y allí no había ninguna forma de cubrirse.

-¿Sabes que a veces eres bastante desagradable con la gente, verdad?- lo regañó Reed con una sonrisa, y se paró sobre la puerta de piedra.

En el centro de la misma había un gran hueco con la forma de una estrella. La misma que estaba en el libro que había mostrado Scarrow a Reed, y la misma que estaba grabada en relieve de oro en el escudo. Pasó las manos por las runas de la piedra, comprendiendo que también eran las mismas que las de su arma. Automáticamente lo comprendió y miró a su compañero.

-Por eso es que llama la atención, ¿verdad?

Su amigo asintió.

-Es una llave, evidentemente.

El anciano Dordo miraba con ojos como platos la escena que transcurría, sin emitir palabra.

Reed colocó su escudo en la puerta, de modo que la estrella dorada que tenía en relieve entrara en la muesca, complementándose. Encajó a la perfección, y una luz igual a la que había quemado al lobo salió disparada de todas las runas, haciendo que Reed, Reaper y el viejo Dordo se alejaran hacia atrás, maravillados y cegados por el intenso resplandor. Algo se empezó a mover en el objeto, como si este estuviera dividido en aros que se giraran formando diferentes combinaciones de runas, intentando abrir la puerta con algún olvidado mecanismo. Continuó haciendo su trabajo por un buen rato y luego se detuvo en seco, apagando toda luz y dejando al lugar tan soleado y normal como hacía unos instantes.

Los tres quedaron en silencio durante un momento, esperando algo, y luego Reed giró la reliquia como si fuera una manivela, pero no consiguió abrirla. Presionó sobre el escudo, saltó sobre su metal e intentó moverlo, pero nada ocurrió. Miró a Reaper y este se encogió de hombros. Al final sujetó la cadena y tiró de ella, separando su arma de la puerta.

La entrada al templo no se abrió tampoco con ello, pero todas las desgastadas runas que la componían brillaron, revelándose con claridad.

-Supongo que hubiera sido demasiado bueno que pudiéramos entrar ahora- sonrió con tristeza.

-Hay que leer las runas- dijo Reaper, quien parecía mucho más contento con aquella sucesión de eventos.

-¿Las entiendes?- preguntó Reed, anonadado- ¡Ni Scarrow podía hacerlo!

Reaper lo miró incrédulo al arrodillarse frente a la puerta. El anciano Dordo observaba todo aquello en silencio, jadeante.

-Claro que sí. Hay muchos lenguajes con runas. He escuchado de algunos magos que las usan para luchar, otros las utilizan para forjar sortilegios, escribir, dar propiedades.... Pero este tipo de runas son diferentes. Mi padre tuvo oportunidad de descifrarlas, cuando hizo una investigación sobre la espada perdida, Drassil. Las llamamos Runas del Alma.

Mucho de aquello le fue indescifrable.

-¿Drassil?

-No importa. Lo que sí importa es que tienes suerte, pues son pocas las personas que pueden traducir un mensaje como este. Y lo que dice en concreto es...

Los ojos del kamuita repasaron de arriba abajo, enfocándose en los signos que resplandecían sobre esa aura que interrumpía la mañana. Unos minutos después, comenzó a recitar:

*La Estrella que buscas duerme aquí
perdida en lo profundo
si la quieres deberás contar
con el apoyo del mundo*

*Al oeste el Behemoth en su tierra,
en el norte el Ziz del cielo raso
al este el Krakken que el mar aterra
y en el abismo del sur, Leviatán corta el paso*

*Cada criatura tiene una gema
con la que pasar podrás este portal
si obtienes las cuatro, Puerta Eclipse oirá
tu clamor por el corazón mortal*

*Te advierto viajero, una última condición
si tanto ansías cruzar este umbral
sólo el digno de la espada no tendrá perdición,
sólo el digno podrá enfrentar el mal.*

Terminó su trabajo, y quedó respirando fuerte, indignado.

-¿Dónde está la métrica?

Reed no sabía qué era aquello, pero no le importaba en lo absoluto. Mal poeta o no, creía tener una idea de quién había escrito esas líneas. No podía ser más que el famoso mago, que la leyenda que había trazado el camino que ahora él debía seguir, un hecho que era común en tantas aventuras leídas, que lo alegraba y le llenaba de emoción dándose cuenta de cómo su realidad coexistiría pronto con la de los héroes de los que tanto le había agradado escuchar.

-Albion, el último poseedor de la Estrella Oscura, si lo que dijo mi maestro es cierto.

Reaper no se molestó en intentar desmentirlo, pues parecía bastante turbado. Las runas de alma continuaban allí, impávidas, y no parecía que fueran a desaparecer o volverse borrosas en ningún momento.

-Es bastante extraño.

-¿Extraño?

-Vamos- lo miró Reaper con una mezcla de curiosidad y espanto- ¿No has prestado atención a lo que leí?

-Pues sí. Nos ha pedido gemas, que están en el norte, sur, este y oeste. Supongo que habrá que dirigirse a esas direcciones desde este lugar, hasta buscar un cielo, un abismo, un mar y una tierra respectivamente. ¿O me equivoco?

-Brutalmente- el guerrero se pasó la palma por la cara, intentando cubrirla un poco del duro golpe del sol- ¿Cómo encuentras un cielo al norte? Tampoco hay ningún abismo por aquí. Y juzgando la posición de la puerta, técnicamente no hay un mar a mucha, mucha distancia, ya que estaríamos en la línea media del continente.

Reed quiso aventurar alguna idea, pero el otro lo cortó en seco levantando un dedo.

-Y no he terminado. Behemoth, Krakken, Ziz y Leviatán son criaturas mitológicas por completo. Su existencia es poco probable, por no decir imposible. Son escasos los testimonios confiables que datan haber visto uno, y el más cercano tiene más de ochenta años.

-Y las runas son legibles para todos ahora - agregó Reed, comprendiendo lo que habían hecho- Eso significa que todo el mundo va a estar tras esas gemas también, ¿verdad? Magos, guerreros, caza recompensas... Toda una competencia.

El grave asentimiento de su compañero le hizo dudar sobre cuánto le alegraba aquello para su idea de aventura. Tras los dos el anciano Dordo, no mucho más allá, parecía maravillado.

-Ustedes... ¡La han activado!- se incorporó, sujetándose con el bastón- ¡Albion lo había predicho! ¡Él anunció este día! ¡Sabía que llegaría! ¡Vannael mismo me lo dijo! Yo...

El hombre estaba radiante de alegría. Reaper lo miró sin humor.

-No expandas mucho la noticia, anciano. El costo sería tu vida.

El viejo retrocedió, indignado, pero luego se plantó firme.

-“*Sólo el digno de la espada*”- recitó casi con pomposidad- Conociendo a Albion, es probable que esas palabras signifiquen mucho. El camino no les será fácil, ni a ustedes ni a quienes los sigan. Pero tú eres...

Hubo un momento extraño, en el que aquel anciano se quedó paralizado, y los ojos se le abrieron de par en par. Entonces por un instante Reed pudo sentir latir algo dentro de aquel hombre, una sombra velada que se expandió en su interior, callándolo, obligándolo a balbucear un par de palabras incoherentes con extremado esfuerzo.

-Como digas, abuelo- bostezó Reaper y luego rio con saña- Si realmente has conocido a Albion, debes de ser condenadamente viejo.

-De verdad deberías mejorar ese mal comportamiento- le señaló Reed, aunque en cierta forma la repentina actuación de aquel vejstorio lo había asustado- ¿Has sufrido mucho en tu infancia?

-Calla y vámonos de aquí. Buscaremos nuestras cosas en la posada. Partiremos mañana a la primera hora.

-¿Tan rápido?- se desilusionó- Empezaba a gustarme esta ciudad.

-Imagínate- dijo Reaper, mientras calculaba por dónde volver- Por ahora están durmiendo, pero no faltará mucho para que la gente venga hasta aquí, de visita. ¿Y qué se encontrarán? Las instrucciones, escritas claras y brillantes, un suceso que no había acontecido en la historia jamás. Desconozco de la basura que frecuenta los bares y la ciudad exterior, pero la milicia de Fariel seguramente tiene a alguien que pueda leer runas de alma. Van a poner manos a la obra. Y lo mejor de todo es que quizás alguno de esos infelices sí sepa en donde se encuentran las gemas, así que lo mejor será aprovechar esta pequeña ventaja que tenemos y asumir que en instantes habrá una competencia más que eficaz para conseguir abrir esta condenada puerta. Moverse rápido es nuestra mejor opción.

Dordo, cuyos ojos seguían en las escrituras y cuyo cuerpo continuaba pareciendo presa de alguna parálisis repentina, dejó entonces escapar el aliento de su boca, como si

la mano invisible que lo oprimiera tan pronto se hubiera soltado. Erguido entonces se dio vuelta, sonriendo como si nada de lo anterior hubiera ocurrido.

-Yo sé quién podría saberlo.

Ambos se volvieron, y Reaper desenfundó su guadaña.

-Hable.

-Por favor, díganoslo- pidió más amable Reed, y el viejo le ofreció una sonrisa desdentada.

-¿Pues en dónde más? En Cel-Neckar. Allí he aprendido todo. Albion... -hizo una pausa demasiado larga, en la que Reed se preguntó si realmente aquel anciano estaba bien de la cabeza- Albion me dijo que los mandara allí, a los *primeros*.

-Al diablo con eso- se dio vuelta marchándose Reaper- Iremos a Cel-Neckar, sí, a la biblioteca. Escuché que allí está básicamente toda la información existente. Seguro que encontraremos algo.

-¿Pues qué esperamos?- dijo Reed, haciéndole una reverencia respetuosa al viejo Dordo y dándose la vuelta- ¡En marcha! Pero antes... Reaper, ¿puedes leer acaso las runas de mi escudo?

El joven lo miró, levantando una ceja, y observó el enorme tesoro de reojo.

-Puedo. Pero no significan nada. Son sonidos sueltos. No tienen ningún orden, como lo formaron en la puerta.

Aquello era una especie de golpe, luego de tantos años rezando por conocer ese significado oculto e inextricable. Sin embargo, también era en cierta forma una resolución.

Solucionado este misterio, ambos partieron de vuelta a la ciudad.

5. Boca-Cortada

Abandonaron Deneb Algedi con prisa, cargando sus cosas y adentrándose a través de las rutas del sudeste, que se perdían en las proximidades del Pasaje Spica. Tras unas horas de caminata las aldeas y pueblos habían dejado de repetirse ante ellos para dar lugar a la llanura, y la llanura, antes ininterrumpida, se había poblado de maleza y vegetación hasta convertirse en un bosque húmedo y denso como los que Reed jamás hubiera conocido. Se abrían paso a través este por un sendero hecho en piedra, una vieja creación que constituía el único cruce hacia los territorios celestianos.

Era un paisaje que le parecía sorprendente, mientras más lo miraba. Según el letrado al inicio, el Pasaje Spica había sido construido por Fariel para facilitar un camino más directo hacia Cel-Neckar, que atravesara la jungla y no la rodeara, reduciendo los costos de transporte en un intento de incrementar la interacción comercial entre ambos reinos. La obra había sido un éxito, aunque ahora estaba bastante arruinada por acción de la naturaleza, con el camino lleno de grietas y raíces colándose entre las piedras.

Reed llevaba su pequeño bolso enganchado al interior del escudo, con las mínimas provisiones que pudieran necesitar. El camino hacia Cel-Neckar, según Reaper, no sería demasiado largo y en un total de dos o tres días ya estarían allí, en función de la velocidad con la que marcharan. Lo mejor era hacerlo rápido.

-La biblioteca de Cel-Neckar es la más grande del mundo. -le explicó su amigo mientras marchaban esquivando el follaje- Mi padre solía decir que, en tiempos remotos, no existía siquiera el más desdichado poema que no fuera anexado en ella. Tomos robados, leyendas de héroes antiguos, el manuscrito original del Raganah Gikeldiano, inclusive reliquias olvidadas; todo eso se halla en esas estanterías. Si necesitamos averiguar un paradero olvidado, no puede haber mejor lugar que la memoria de los poetas muertos.

-Si vamos a Cel-Neckar...- meditó Reed- Me gustaría ver si puedo hallar al rey Vannael.

La mirada que le dirigió el otro rebosaba incredulidad, por lo que tuvo que justificarse.

-Scarrow me dijo que Vannael podía ayudarnos a eliminar al dragón que atacó mi pueblo.

-Si sigues insistiendo tanto con lo de Scarrow, voy a considerar comenzar a creerte- sonrió Reaper- Y sí, Vannael es un monstruo. Según cuentan, tiene tanto poder mágico como para potenciar a toda Babel por su cuenta.

-Eso parece bastante.

-Son sólo rumores, claro está. A decir verdad en mi tierra natal no entendemos mucho de magos. Pero he oído que ese hombre puede hacer cosas dignas de un dios.

-¿Y tú cómo sabes tanto?- preguntó, cruzado por una duda.

-No es de tu incumbencia. Pero, llegados al caso, también me gustaría hablar con Vannael. Podría servirme.

Reed suspiró, casi soñando.

-Sería demasiado bueno. Y luego podré ayudarte en tu búsqueda, tal acordamos. ¿Tienes alguna idea de por dónde comenzar?

-Alguna. Mi objetivo es hallar la espada legendaria, Oblivion. Tiempo atrás mi padre intentó buscarla por su cuenta, a través de investigaciones, libros y sus contactos de la guerra. Solía ayudarlo en ese entonces. Si sus averiguaciones son verdaderas, es posible que Oblivion se encuentre en la Ciudad Dorada o en la Forja de Xshathra. O al menos, ir allí me acercaría a poder obtenerla.

-¿Por qué allí?

-No estoy seguro. Las espadas legendarias son un dolor en el trasero, eso sí te lo aseguro. No basta con tener una y blandirla, ellas tienen que aceptarte. Y para eso hay una serie de requisitos, mentales y físicos- Reaper lo miró de reojo, y susurró- Nos están siguiendo. No mires.

Reed, mucho más confiado, volteó la cara. En efecto, alguien caminaba tras ellos, no mucho más allá. Era un joven delgado, de cabello rubio que le caía en largos rizos sobre la cara, en cuya mejilla se adivinaba una marca negruzca. Por el atuendo que tenía se podía deducir fácilmente que era un mago: túnica azul llena de remiendos y parches, camisa blanca con una protección metálica en el pecho, pantalón caqui y para rematar un sombrero puntiagudo de ala ancha.

El extraño los seguía guardando la distancia, con el ala del sombrero ensombreciéndole la sien. Portaba un báculo adornado en la mano izquierda.

Se volteó a ver a Reaper, quien puso los ojos en blanco.

-Eres tan sutil como un hachazo en el rostro, Reed. Continuemos, pero hablemos más bajo. A esta altura me preocupa lo que ya pueda haber escuchado. Quizás esté también tras las gemas.

-¿Quieres que le preguntemos?

-No seas idiota. Además, es un mago. No son de fiar.

Se encogió de hombros. Van Lyder le había dicho lo mismo antes, y sin embargo, Scarrow era un mago. Imbecilidad pueblerina o no, le costaba creer que sólo por el hecho de tener poder todos ellos fueran a ser traidores o rufianes. Se quedaron pensativos un rato caminando, con la guardia en alto. Podía sentir los pasos del extraño tras ellos, a una distancia prudencial. Entonces recordó de qué estaban hablando.

-Reaper. Cuéntame de la Ciudad Dorada.

-Oh sí, eso- dijo Reaper desconfiado, mirando de reojo al extraño- Es una leyenda que seguramente *Scarrow* ya te habrá contado, ¿verdad?

-Sólo un poco. Una ciudad perdida, en donde el oro fluye como el agua.

-Bastante bien -hizo una mueca el guerrero- Esa es la leyenda básica. Yo, al menos, podría agregar un detalle: se dice que la ciudad está gobernada por el mismo Baal, dios del Sol y el Destino. Es uno de los nueve dioses que se adoran normalmente por estos continentes.

-¿Y dices que allí está esa espada?

-Probablemente no- dijo Reaper, y por primera vez Reed se sintió tentado de golpearlo- Pero Oblivion no es la única espada legendaria en existencia. Hay rumores de que su hermana Necrostacia se halla en ese sitio. Junto a otro tesoro mucho más impresionante.

-¿Es que a ti cualquier espada legendaria te viene bien?

-No, yo deseo hallar a Oblivion. Debes entender que las espadas siguen ciertas reglas. Una espada atraerá su dueño hacia otra. Obtener a Necrostacia podría servirme para cumplir mi cometido.

-¿Y por qué quieres tanto esa arma?

Pero Reaper no contestó, como si no lo hubiera oído.

El camino iba cada vez más en descenso, y cada vez estaba más arruinado por la maleza. Reed miró el cielo a través de las hojas de los árboles, hojas que se movían con pereza, mecidas por la brisa. Decidió cambiar su pregunta.

-¿Cómo es que sabes tanto?

-Lo sé porque he visto las investigaciones de mi padre.

-¿Tu padre está en Eclant?

Otra vez Reaper no respondió, sino que se quedó pensativo un rato, un rato en el que el canto de los pájaros a través de las hojas ascendió elevándose por el cielo cubierto. El camino empezaba a curvarse.

-No.

Reed asintió y decidió no indagar mucho más. Allí había algo raro, pero si su amigo no quería hablar, no lo presionaría. Siguieron en silencio un buen rato, hasta que Reaper continuó.

-No te he contado sobre el otro tesoro de La Ciudad Dorada.

-Es cierto- recordó Reed- ¿Y ese cuál es?

-Es una joya. Lo llaman el...

...Rubí De Sangre.

La voz había sonado a sus espaldas, dejándolos helados. Se dieron vuelta. Allí estaba el mago, mirándolos con expresión divertida. Se sacó el sombrero e hizo una reverencia. Tenía un tajo hecho en la boca, cosido con hilo negro, que le daba junto con su tez pálida un aspecto algo macabro, una sonrisa sardónica eternamente grabada en el rostro, pero sus facciones eran dulces, casi femeninas.

-Perdón por interrumpir tu relato- sonrió mientras hablaba con marcado acento- Mi nombre es Arksinad. Soy de Cel-Neckar.

Reed miró al mago, su aspecto cansado y la sonrisa que así incluso portaba, y luego a Reaper, quien parecía estar pensando a toda velocidad. Eligió el camino más fácil, e hizo una reverencia.

-Yo soy Reed Id Vant.

-Id Vant- repitió Arksinad, con desconcierto.

Sonrió.

-No es muy conocido, lo sé.

-¿Por qué nos estás siguiendo?- preguntó en cambio Reaper, descolgando la guadaña de su abrigo con desconfianza.

-Pensaba en devolverles esto.

Arrojó un paquete a los pies del guerrero, sin dejar de mirarlos a los ojos. Reaper no perdió la concentración en el mago pero Reed sí se agachó y pudo notar que lo que les había dado era la misma bolsa que aquellos ladrones le habían robado, intacta y tan llena de monedas como cuando la perdieron. Había algo en aquella situación, y en la presencia de esa bolsa que le provocó un estremecimiento involuntario. Pero el misterioso joven sonreía, con una inocencia muy poco creíble.

-Vete al diablo- gruñó Reaper, bajando apenas la guadaña- ¿Cómo conseguiste eso?

-Ya, ya- levantó las manos Arksinad, pero luego usó un dedo para jugar con uno de los rizos de su cabello- ¿Acaso no saben lo que está pasando en la ciudad? La milicia

de Fariel ya ha comenzado a juntar hombres para moverse en la búsqueda de las gemas que abren la puerta de Templo. Han rebuscado entre los prisioneros y viejos criminales. Quien robó esto había sido capturado esta mañana, así que me cedió la bolsa y pensé en devolverla por él. ¿Es cierto que irán a la Ciudad Dorada? Con todos buscando la Estrella, ustedes seguro no siguen la corriente general.

Jamás nada le podía haber sonado tan poco cierto como aquello. La forma en la que hablaba, la cicatriz de su boca, su falsa sonrisa, todo en aquel joven mago daba una sensación de imposición, de acto, de mentira continuada. Sin embargo, aquello no le afectaba. Inclusive, pensó que hasta llegaba a interesarle. Creía que era exactamente lo que necesitaba. Cruzó miradas con Reaper, entendiendo la preocupación del guerrero: no sólo podían estar frente a un nuevo enemigo, sino que también ahora sabían que Fariel ya había mandado hombres por las gemas. Los eventos se desarrollaban con demasiada velocidad.

El tono de su amigo fue nervioso al replicar.

-¿Y qué si es cierto? Métete en tus asuntos.

-Tenemos planeado encontrarla luego- intervino Reed, más displicente. Aquel mago, decidió, aun con su extraño aspecto y su media sonrisa, no le transmitía peligro alguno.

Reaper lo miró anonadado, sorprendido de que intentara hablar tan amablemente con quien a todas luces parecía ser un futuro rival. El de la boca cosida en cambio aplaudió, divertido.

-Es un buen golpe de suerte- dijo- Yo también la estoy buscando. A la Ciudad Dorada, claro está.

-¿Buscas una espada legendaria?- lo apuntó el guerrero con su guadaña- Porque podríamos tener un problema.

-Para nada- Arksinad levantó las dos manos en señal de temor, pero continuó sonriendo. No parecía particularmente asustado.- Lo que yo busco es tan sólo hablar con un dios. Pero también me dirigía a la biblioteca de Cel-Neckar. Y ya que el camino siempre es tan peligroso...

-Es raro escuchar eso de un mago- dijo Reaper sin apartar el arma.

-Los magos no somos la gran cosa, te lo digo yo.

Reaper dio un soplido, y apartó su guadaña del cuello de Arksinad. Luego sonrió, altanero.

-Si tú lo dices, entonces creo que no estaría de más que te diga que no estarías a salvo viajando con nosotros. Algo me persigue. Me sentiría mal si algún idiota muere por mi culpa.

Reed recordó haber oído eso antes. Se preguntó si sería cierto o si era tan sólo una frase para probar a la gente.

-¿Ah sí?- contestó el otro- Este mundo es como un pañuelo. Yo también estoy huyendo de algo. ¿No crees que sea una gran suerte que nos hayamos encontrado?

Sonreía. Reed captaba la ironía en la voz, pero al mismo tiempo sentía que estaba siendo sincero. Y además, Arksinad no había respondido a ninguna de las asperezas de su interlocutor.

El kamuita se quedó mirando al nuevo integrante, y no dijo ni una palabra. Por primera vez, Reed vio la duda cruzar furtivamente los ojos castaños de Arksinad. El mago buscó serenarse llevando ambas manos a las alas de su sombrero.

-La verdad es que estoy aburrido- se intentó explicar- Y siempre es mejor embarcarse en una aventura con compañeros que sin, ¿no? No son muchas las veces que encuentras gente por el camino que comparta tu objetivo.

-Como quieras- la voz de Reaper fue más seca que nunca- Sólo no seas un estorbo.

-Por mí está bien- dijo Reed, y Arksinad le hizo una reverencia- Pero ¿qué es lo que te persigue?

Arksinad lo contempló por unos instantes, apacible, para luego obsequiarle una enigmática sonrisa.

-Era una pequeña broma, Reed.

Ante aquello el kamuita puso los ojos en blanco, ajustando su abrigo al hablar.

-Veo que tendremos con qué entretenernos. Pero de todos modos, boca cortada, ahora mismo no estamos precisamente en búsqueda de la Ciudad Dorada. La Estrella Oscura es el premio del momento.

-Lo supuse al ver ese escudo. ¿Ustedes fueron quienes activaron el Templo?

-Y con suerte seremos quienes hallen esas gemas. Necesitamos saber la ubicación de las cuatro bestias legendarias.

-¿Las cuatro bestias legendarias?- dijo Arksinad acomodándose el sombrero y mirando el cielo- Supongo que te refieres a Behemoth, Krakken, Leviatán y Ziz. Consideraré mi deber informarlos que no existen.

-Pues la puerta del Templo del Centro del Mundo no piensa lo mismo. Ha dejado claras y visibles instrucciones para cualquier idiota. Debemos buscar esas gemas.

Arksinad se encogió de hombros. Luego miró a Reaper.

-¿Y tú cómo te llamas, gruñón?

Reaper le dirigió una mirada asesina.

-Tu madre.

-Mi madre murió antes de que yo la conociera, pero no debería ser tan joven. Ni hombre. Porque eres hombre, ¿verdad?- dijo el rubio sin inmutarse.

-Mira quién lo dice.

-Se llama Reaper- intervino Reed.

-Ese es un nombre particular, ya lo creo. Bueno Reaper, Reed... -Arksinad sonrió y se sacudió el cabello bajo el sombrero, cruzando entre ambos una divertida mirada- Creo que puedo llevarlos a Cel-Neckar de una manera mucho más rápida que a pie. ¿Han oído hablar de la transportación?

A Reed aquello le maravilló. Debido al poco uso que le daba Scarrow, prácticamente había tenido nulo contacto con la magia durante su vida. Su maestro le había contado sobre cómo era transportarse de un sitio a otro, la habilidad de los hechiceros de poder recorrer grandes distancias simplemente apareciendo en otro lugar. La idea siempre le había encantado. Era poco decir que le fascinaba el saber que ahora iba a poder finalmente verla en acción.

-¿No necesitas una plataforma?

-Pues no realmente- suspiró Arksinad- Babel esta tan llena de magos y de maná que la ciudad misma hace de receptor.

Reaper asintió, pero Reed los miró con curiosidad. El rubio se rascó la cabeza.

-Lo que me preguntaba Reaper es si necesitaba otro destino. El conjuro sólo sirve para transportar gente a otro lugar cargado con magia. Si no, no es efectivo.

-Eso explica porque no veo gente apareciendo en cualquier momento- entendió Reed.

-Bueno, eso hasta que llegemos a Cel-Neckar- dijo el otro riendo- Es decir, ahora.

Levantó el báculo, adornado con un rubí rojo en la punta, y lo golpeó contra el suelo. Un montón de sombras comenzaron a salir del punto en donde el báculo había hecho contacto, sombras que con suavidad rodearon a los jóvenes. Se fueron

afianzando, tomando forma y brillando hasta formar un sello mágico lo bastante amplio como para que los tres cupieran en él con espacio. Reed vio la luz bajo sus pies, y lo pisó con cuidado.

-Tres es algo más complicado que uno- dijo Arksinad bostezando- Pero creo que puedo con ello... ¡Vamos!

Golpeó de nuevo el báculo y todo el intrincado diseño de magia se encendió en una luz celeste que los fue cubriendo poco a poco. Reed quedó cegado por el brillo, que salía como llamas sin quemarlo y produciéndole una sensación eléctrica. Luego sintió una oleada de calor, y poco a poco frente a sus ojos todo fue menguando.

Cuando la luz acabó de desvanecerse, vio con sorpresa que el paisaje había cambiado. Ya no estaban en el pasaje Spica, ni en medio de la selva, sino que los rodeaba un entorno citadino, animado, grandes muros blancos y salones de té, balcones de cordeles dorados sacudidos por el viento y los estandartes color cielo contra las altas torres que les cerraban diestra a siniestra. Un montón de gente caminaba frente a ellos sin dar el menor indicio de interés en que tres jóvenes se hubiesen aparecido así como así. Luego Reed observó bien y comprendió por qué: no eran sólo ellos, sino gran parte de quienes deambulaban quienes se habían materializado desde el aire, y el hecho se repetía por aquí y por allá como una normalidad más, que a nadie sobresaltaba. Gran parte de los ciudadanos esquivaba con amabilidad cuando una transportación se formaba en su paso, ignorando el fogonazo de luz que cegaba la ancha calle, y esto parecía ser, en parte, pues allí se veía sobran los magos; el atuendo típico, de túnica abierta o las sotanas, los sombreros puntiagudos y los altos báculos, pruebas claras de gente cuyo poder les permitía preferir aparecerse de un lado a otro antes que forzarse a caminar hacia su destino.

-Bienvenidos a la capital del reino de Cel-Neckar, Babel- dijo Arksinad extendiendo un brazo presentador.

-Menuda desilusión transportarse- sonrió Reaper- Pensé que me iba a sentir mareado.

-A algunos le ocurre. Pero a un lugar como este...

Reed seguía observando la ciudad, maravillado. Había grandes torres, y más allá podía verse una construcción altísima, de color blanco puro y llena de detalles, que se alzaba como una enorme masa albina vigilando el resto de los edificios. Había casas de arquitectura imposible, torreones colgantes por hilos de plata que se balanceaban entre las nubes, y el mismo lugar daba la sensación de estar a flote en el aire. En muchas casas había grabadas runas y símbolos de pavos reales dorados, el animal de Cel-Neckar. También, a diferencia de Fariel, la gente se saludaba con cordialidad y había muchos que pasaban leyendo libros o practicando conjuros menores. Reed vio a un noble -podía darse cuenta por la ropa- pasar con prisa, montado en lo que parecía ser un ave gigante.

También le sorprendió ver que la mayoría de los que estaban allí tenían el cabello rubio, tanto que hacían ver la melena de Arksinad opaca en comparación. En Vant sólo había un solo aldeano con el cabello claro, un tal Luca al que Reed conocía

desde la infancia. Incluso Scarrow, quien era de nacimiento celestiano, tenía el cabello del color de las avellanas.

-¿Y si nos movemos un poco?- preguntó Reaper al ver su expresión embobada. Arksinad señaló la entrada a varios metros.

-Transportarse no suele ser muy preciso, en especial hablando de un lugar tan amplio. Pero si no me equivoco la Biblioteca de Cel-Neckar debería estar siguiendo aquel camino, a un par de cuadras de aquí.

-En marcha- dijo Reaper, y comenzaron a avanzar, pero una voz los detuvo antes de que pudiesen dar un sólo paso.

-¡Arksinad! ¡Espera!

La voz era un contralto lleno de ansiedad. Los tres jóvenes no fueron los únicos en escucharla, así que varias personas miraron también con interés. Quien gritaba era una mujer envuelta en una túnica negra. De la enorme capucha que cubría sus facciones asomaba un cabello vivo, anaranjado.

-Arksinad... -se incorporó e hizo una reverencia.- ¿Has podido contactar con Vannael últimamente? Debo reportarle directamente desde hace meses y aún no se lo ve por la ciudad.

El mago sonrió, displicente.

-Mi maestro va a estar desaparecido por un tiempo, Audula. Me temo que ha tenido que ir a atender asuntos de importancia. Pero no te preo...

-Debes de estar jodiéndome- se hizo oír Reaper.

-...cupes, ya volverá.

La mujer hizo una reverencia que ellos correspondieron, y puso las palmas juntas, como si estuviera por orar. Luego dirigió las manos a la boca, y empezó a succionarse. Reed vio asombrado como todo el cuerpo de la hechicera desaparecía y se auto devoraba para luego desvanecerse del todo tal si nunca hubiese existido. Era un espectáculo tan maravilloso como causante de espanto para alguien tan poco acostumbrado a la magia como él.

-No es una forma muy agradable- comentó Arksinad- Pero es más original.

-Ya ya, boca-cortada- suspiró Reaper, viendo los últimos restos de Audula desaparecer- No te hagas.

-¿Que no me haga?

-Ahí va de nuevo. ¿Qué ha sido eso?

El mago miró al guerrero con su rostro angelical cubierto de la mayor inocencia.

-Audula Adahiada. Es amiga de mi maestro.

-Claro- dijo Reaper- ¿Vannael?

-Oh, claro- asintió Arksinad acomodándose el sombrero- Vannael suele desaparecer de vez en cuando. No es nada grave. Suele desvanecerse días, semanas o incluso meses, pero siempre vuelve. Ocurre tan seguido que me es difícil entender por qué siempre se preocupan tanto.

Sonrió y los hilos que ataban la cicatriz en su boca se estiraron, como si fueran mágicos. Reed supuso que aquello no era tan errado. Los tres reanudaron la marcha, calle abajo hacia la biblioteca.

-Déjame entender esto... -dijo Reaper pasándose la palma de la mano por la cara- ¿Eres alumno de Vannael? ¿Vannael, el Rey Mago de Cel-Neckar?

Arksinad dejó de sonreír por apenas unos instantes, su mirada captando un atisbo de seriedad difícil de hallar en él. Luego asintió lentamente, sin decir nada. Le había dado al movimiento un intencionado tono de misterio, que pasó totalmente por encima de la mente de Reaper.

-¿Y podríamos saber qué hacía un ex alumno de Vannael caminando por el bosque de Fariel? ¿Emprendiendo a una aventura?

-La verdad es que hace bastante que no veo a mi maestro- dijo Arksinad, y se encogió de hombros- Y después de todo ¿para qué me sirve tanta magia si no puedo usarla para algo?

-Pues es una historia bastante interesante. – Reaper se inclinó de hombros- Ya que Reed es alumno de Scarrow y tú de Vannael, a mi me gustaría tomar de maestro a algún mago del Geral, como para completar.

-¿Alumno de Scarrow?- exclamó Arksinad sin prestar atención, mirando a Reed- ¿Sabes en dónde está él?

-Claro...- contesto él, algo azorado.

-Vaya noticia- sonrió su compañero con un extraño alivio- Scarrow Arderaid es después de todo un gran mago.

-Un gran mago, sí, pero no es Vannael, Jodido Rey Mago de Cel-Neckar. Y además, este chaval no ha aprendido nada. - Reaper le sacudió el cabello con una mano que no tenía nada de suave.

-Auch. Arksinad... ¿sabes en dónde está tu maestro? Realmente lo necesitamos.

El mago se detuvo, para luego de espaldas a ambos comentar.

-No creo que eso sea posible.

-¿A qué te refieres?

-No es nada. Pero mi maestro está ocupado últimamente con demasiados asuntos personales. Temo que no podrá ayudarlos.

-Pero Scarrow era amigo de Vannael.- insistió Reed, esperanzado. Dar con el alumno del hombre que le habían encomendado buscar había sido un gigantesco golpe de suerte para su misión- Me aseguró que lo ayudaría.

-No importa- repitió Arksinad, obstinado- Además, si Vannael pudiera conseguir la Estrella Oscura, ¿no crees que ya la habría obtenido?

No era aquello a lo que se refería, pero Reed dejó toda queja callar en un suspiro frustrado. No entendía esa reticencia de su nuevo compañero en ayudarlos, pero al mismo tiempo una parte de él lo agradecía. Que Vannael apareciera en Vant y matara a Skestral no era precisamente el final épico para la aventura que estaba intentando vivir.

Veían la espalda del mago mientras les hablaba, la túnica ancha y desgastada, remendada mil veces, el cabello ondulado rubio y el paso seguro, perezoso, pero no su rostro. Reed supuso que no se equivocaría al pensar que en ese momento aquel joven no sonreía.

Había algo de sospechoso en todo aquello, pero no podía animarse a preguntar. Escrudiñó a Arksinad con sus ojos grises un poco más, sin decir nada, hasta que Reaper le sacó de su trance.

-Espero que no todos los dragones que sitian pueblos pidan la Estrella a cambio. Sería una condenada competencia.

También había algo nuevo en el guerrero, luego de haberse enterado del estatus de quien les acompañaba. Reed suspiró para sus adentros, preguntándose qué sería de él. Había elegido dos compañeros más bien enigmáticos.

La biblioteca de Cel-Neckar era un gigantesco compendio de libros, imágenes, artefactos e información de variadas eras, apilados en estantes imposiblemente altos que se curvaban y formaban ridículas espirales por el cielo, perdiéndose en la altura de tal modo que Reed se preguntó si aquello no sería tan sólo un truco causado por la magia. Había libros de bolsillo, libros grandes, libros enormes como un caballo y también había mapas de reinos olvidados, historias y canciones de héroes que ya nadie recordaba y oraciones a dioses a quienes ya nadie temía. Algunos libros estaban sostenidos con magia para no deshacerse, pero la gran mayoría, por el momento, se encontraba en buen estado: se decía que al rey de Cel-Neckar le apasionaba la lectura y que había querido reflejar sus gustos en su reino. Sin embargo, no todo lo que allí había era escrito. Muchos objetos eran estatuillas de demonios, dragones, monstruos y similares, apoyados en vitrinas de cristal casi invisibles, observando a los pasantes con ojos mudos de antigüedad.

La biblioteca era atendida por un viejecito llamado August, que los vigilaba a centímetros como un halcón decrepito, atosigándolos a cada rato.

-¡No toquen eso! ¡Quien toca, paga! - dijo cuando Reed estaba por tomar un libro sobre dragones, y luego golpeó con su bastón a Reaper cuando este quiso abrir una de las vitrinas para sacar una estatuilla. El guerrero se quedó sobándose la mano y maldiciendo, y el anciano bibliotecario se interrumpió sólo cuando vio al mago- Ah, buenas tardes, Arksinad... ¿Sabes en dónde está el rey acaso? Me ha encargado unos textos y hace mucho que no lo veo por aquí.

-Está ocupado. Si quiere puede dejarlos en la torre. No creo que él se moleste.

-¡Sería un honor poder llevarle su encargo a Su Majestad!- exclamó el viejecillo, orgulloso.

Arksinad hizo una reverencia, y el anciano volvió a su escritorio, distraído y decidiendo dejarlos en paz. Reaper levantó el pulgar y le hizo un gesto grosero al bibliotecario.

-Hablando de ventajas...

En todo ese momento Reed no había estado prestando atención, sumido en la lectura del libro que había retirado. De joven, en su aldea, Scarrow le había enseñado a leer bajo encargo de su padre. Los libros del mago eran en su mayoría aburridos análisis del arte de la magia que un niño como él nunca había podido tolerar, pero de vez en cuando su maestro conseguía historias de aventuras y criaturas perdidas que hacían ponerle la piel de gallina y que devoraba sobre la planicie o en su habitación, antes de dormir. El libro que había tomado le hacía recordar mucho a esas historias, sólo que ahora despertaba también una vieja pesadilla interior.

“Fuego.

Puro fuego espectral. Eso es lo único que hay dentro de esa bestia, y lo que produce esa sensación de vacío y desasosiego. Es desesperación, es terror en su estado más puro. Mientras más tiempo un dragón de huesos se quede en un lugar, más esa cualidad rodeará todo. No es por nada que esta raza particular de dragón es considerada la más fuerte: su inteligencia, dominio y defensa exceden la de la mayoría de sus congéneres sin limitaciones.

Actualmente existe un emperador-”

No pudo continuar porque Reaper le cerró el libro, golpeándolo con otro que le tendió.

-Mira mejor aquí.

Observó el que le alcanzaba. Era un pequeño cuaderno rojo, con un dibujo en la tapa: una especie de cerdo sin orejas ni ojos, de amplia boca. El título rezaba “*Criaturas Perdidas y Testimonios de Vida*”.

-¿Cómo lo encontraste?

-Aquí uno puede encontrar lo que quiera. Todas las ratas de biblioteca se reúnen en Cel-Neckar, eso está claro- comentó su amigo mirando de reojo a Arksinad, quien estaba sentado distraído con un manuscrito que ocupaba casi toda la mesa. Reed dejó el libro de dragones en su estante, y se sentó al lado del mago, quien al instante miró con interés aquel cuaderno.

-¿Qué dice?

-No mucho- suspiró- Que el último avistamiento del Behemoth fue hace más de ochenta años, por el monarca Jalfor Hossem Herton, abuelo de la actual reina de Kamui... Cerca de las planicies de Belekraz.

-Bueno, esa es una historia que ya conocía- se aproximó Reaper también.

Reed canturreó una infantil canción de su pueblo y siguió hojeando, concentrado

-Aquí habla de Belekraz. Es una...

-Es la montaña más alta del mundo- completó Arksinad- Y creo que es el lugar perfecto.

El mago miró al muchacho aun más burlón cuando este lo interrogó con la expresión.

-No es tan difícil de deducir. Si el Behemoth ha sido visto allí, ¿por qué no hacer de Belekraz nuestro primer destino?

-No es tan simple. La puerta nos pidió las gemas del Behemoth de la tierra, el Krakken del mar, el Ziz del cielo y el Leviatán del abismo, a saber...

-¿Y no lo acabas de decir?- interrumpió Arksinad a Reed, y para hacerle entender le señaló en el libro, donde la inmensa montaña Belekraz estaba dibujada en grafito ocupando toda una página

-Intentas...

-Mira- dijo Reaper, entendiendo- Cielo- señaló el pico de la montaña- tierra- señaló la base- abismo en su interior, y mar vaya a saber dónde. Pero es un buen comienzo ya que estamos apresurados.

Reed no se detuvo a meditarlo mucho, y aceptó esa explicación sin comprenderla del todo. Agradecía tener a aquellos dos ahora que las cosas parecían necesitar más velocidad.

Los tres se levantaron, se llevaron el libro y saludaron al dueño con un gesto que el hombre les devolvió amistosamente.

-¿Y ahora? ¿Nos transportas a Belekraz?- preguntó esperanzado Reed.

-Dudo poder. Y con dudo me refiero a que es imposible. No hay ningún poder mágico conocido en Belekraz al que pueda direccionarnos. Pero puedo hacer que vayamos más rápido. Iremos al establo de Babel, a conseguir algunos falkins. Nos ahorrarán fatiga para cruzar el bosque que nos separa de la montaña.

-¿Falkins?

Salieron de Babel con el sol en su cenit, caminando a toda prisa. Reed tuvo tiempo de mirar a su espalda la majestuosa ciudad, alzándose blanca e imponente, un bloque immaculado tallado por los cielos, perfecto, invitándolos con su esplendor a regresar por sus largas escaleras y admirar la belleza y cultura, las lecturas y el poder que emanaba de cada uno de sus rincones.

Arksinad los condujo a un bullicioso establo, lleno de caballos albinos y otras monturas más particulares. La que más atraía la atención a Reed, quien había visto más de un caballo por Vant, eran los falkins, una especie de aves de tamaño humano, con dos patas gruesas y alas pequeñas. Scarrow le había contado sobre estos animales, pero nunca le habían parecido tan impresionantes como ahora. Eran los favoritos de varios nobles en Babel e inclusive otros reinos; creados a través de la crianza mágica para superar la fortaleza y velocidad de un caballo sin tener ninguna de sus necesidades.

El mago pidió tres de los mejores falkins a expensas de Vannael, y el dueño del establo no se molestó en absoluto, sino que incluso pareció contento de recibir semejante solicitud. Se notaba que ese Vannael era un rey amado.

Reaper y Arksinad, quienes no parecían nada sorprendidos, se subieron de un tirón a sus aves, que aguantaron el peso sin el menor problema. El de Reaper tenía un plumaje color verde chillón, y la de Arksinad era celeste.

-Creo que nos llevaremos bien con estos animales- rio el mago.

Reed en cambio no estaba para nada contento. Tenía muchos problemas con su montura, un ave blanca muy emplumada y de mirada agresiva. Cuando pasaba una pierna sobre el lomo de la bestia, esta comenzaba a hacer un ruido gutural, como un gruñido interno de advertencia. Él decidió ignorarlo y se colgó de un lado, momento que su falkin aprovechó para correr en círculos, arrastrándolo por el piso.

-Reed, me gustaría que te subieras al condenado pajarraco de una vez- masculló Reaper, y el muchacho se esforzó para lograr montarlo del todo.

Una vez estuvo sobre su enemigo este pareció calmarse, irguiéndose e hinchando las plumas blancas con orgullo. Era un animal bastante extraño.

-¿No le molestará llevar el escudo? No es pesado para mí pero...

Arksinad negó, y señaló su pájaro.

-Aguantan muchísimo peso. He visto a algunas tirar de carruajes como si nada.

Consultó el mapa que le había dado el capitán. No mucho más allá estaba la montaña Belekraz, la más alta del mundo. Y allí probablemente estaban las gemas, si sus deducciones habían sido correctas. Para pasarla había que cruzar el Bosque de los Toros; un pequeño punto en su pergamino, pero en la práctica lo suficientemente extenso como para quitarles días de travesía. El mago y el guerrero arriaron sus falkins y comenzaron el avance hacia la entrada de tal espesura, sin decir más.

Él se quedó mirando como sus compañeros se alejaban. ¿Cómo había pasado de pueblerino a esto? Uno podía estar viviendo en la más absoluta normalidad, sin tener la menor idea de cualquier cosa que pudiera suceder en el siguiente segundo, e incluso esa misma falta de certeza podía ser la fuente de una arraigada desesperación y de la mayor esperanza. Todo podía cambiar en cualquier momento, inclusive aquella aventura que vivía y que cada vez comenzaba a disfrutar más.

Pero, aquello le gustaba.

-Vamos- le dijo a su montura, y se internó en el cada vez más oscuro bosque.

6. Historias Para Dormir Por Siempre

Como en las afueras de su pueblo había montado un par de veces, viajar en falkin fue para él una experiencia sencilla, aunque no desprovista de incomodidades. Lo que aquella criatura tenía en velocidad era contrarrestado por sus saltos largos, que le hacían a uno cuestionarse qué tan bien había sujetado el equipaje. Por lo demás, no pasó demasiado tiempo hasta que Reed pudo tomarle la mano al suyo, aprendiendo a direccionarlo con suaves sugerencias, sugerencias que el animal sólo tomaba en ocasiones, obstinado en sus decisiones. Pero esas decisiones solían ser correctas, pues aquella ave era inteligente y seguía a sus compañeros por un territorio que conocía mucho más que su jinete.

El Bosque de los Toros era el nombre que los habitantes habían dado a ese espacio, que ocupaba como una muralla natural el intersticio entre Fariel y las afueras de Babel. Como bosque no era grande, separado de las otras extensiones de árboles que cortaban la llanura, y sin embargo, era tal la densidad de sus malezas que Reed llegó a preguntarse a sí mismo si no se hallaban en una selva, como las que Scarrow le había contado existieron en la lejana Antares y en algunos sitios del continente occidental. Tampoco se vislumbraba ningún animal por los alrededores, pero el muchacho conocía los bosques y sabía que la situación podía cambiar en cualquier momento.

-Si los árboles no tapan el cielo- comentó Arksinad mirando hacia el follaje negro que les cegaba el sol- podríamos ver a Belekraz.

-Debe ser impresionante- suspiró Reed- ¿Crees que sea fácil subirla?

La respuesta del otro fue una inclinación de hombros exagerada y un murmullo que dejaba mucho que desear, pero que al menos logró arrancar una carcajada de Reaper.

-Es bueno contar con toda la confianza y seguridad de un mago, Arksinad.

-Sólo dos personas lograron conquistar la montaña Belekraz y volver- se excusó él, y luego prosiguió hablando, evidentemente feliz de ver la curiosidad impregnada en el rostro de Reed- El antiguo rey kamuita, según se dice, fue cabecilla de una sencilla expedición a esas tierras antes de que la guerra comenzara. Es el mismo que descubrió los manuscritos sobre el Behemoth.

-Eso estaba en el libro. ¿Y la otra persona?

-Albion, el mago de las leyendas. Pero eso es sólo una historia de boca en boca que oí tiempo atrás. Se decía que el rey había seguido los pasos de ese héroe por interés.

-Comprendo eso- asintió Reed sujetando las riendas, de pronto simpatizando con un hombre ya muerto- Interés por la aventura.

-¿Aventura?- lo miró de reojo Reaper, burlón- ¿Qué tienes en esa cabeza? Este mundo está lleno de peligros y maldades. Ya demasiado es eso como para querer buscarlos a consciencia.

Pero Reed no lo estaba oyendo. Pensaba en aquel héroe, Albion, quien se suponía había escondido la Estrella Oscura. Tenía sentido que hubiera sido visto en Belekraz si las gemas para abrir el Templo se hallaban allí. Con eso en mente, ignoró el gesto entretenido del guerrero y se adelantó con su ave, hacia un árbol que le llamaba la atención. Era un sauce, en apariencia, pero frutas de color rosado estaban pegadas sobre un tronco blanco como la crema fresca. Tomó una de las bayas con poco esfuerzo, y con sorpresa la vio inflarse sobre su palma. Llegó a arrojarla al suelo justo a tiempo, causando una carrera entre los alarmados falkins.

-Sigue curioseando Reed, quizás hagas que adelantemos camino.

-¡No hay de esas en mi pueblo!- se defendió, pero al instante se interrumpió de puro desconcierto.

Algo había inundado su percepción, pero no sabía qué. Sus compañeros seguían avanzando sin problemas, pero él tomó las riendas de su nueva montura y se detuvo.

-Presten atención.

Aunque Reaper y Arksinad tardaron en comprenderlo, él pudo verlo al instante. Era el bosque. No parecía el mismo de antes, sino que había cambiado: sus árboles se encogían marchitos, resecos y retorcidos, las malezas raleaban de a tantos dejando ver una tierra yerma, oscura, ni ser vivo más que ellos se dejaba oír a sus alrededores, como si todos les hubieran abandonado. Ni siquiera el árbol que había tocado segundos atrás se adivinaba en la lejanía, pero, también, difícil era ver esa lejanía pues ahora los rodeaba una neblina densa, cambiante, formando imágenes que pronto parecían manos o rostros y que se deshacían tan rápido como eran captados en el horizonte. Toda la atmósfera se había vuelto deprimente, putrefacta por las malas intenciones.

Pensaron que el cambio no había sido sutil.

-Lo mejor será que nos alejemos de aquí lo antes posible- dijo el mago, y Reed asintió.

-Esto es... brujería- dijo Reaper. Sus manos pasaron por el tronco de un árbol, lo sintieron corromperse, contraerse de podredumbre y edad en segundos.

Al escuchar esas palabras, Reed vio la imagen de Skectral, riendo, seguido de su padre muerto. El impacto hizo que su cuerpo perdiera cierta voluntad de moverse, que la energía no llegara tan rápido a los brazos con los que conducía su montura. Pero no iba a rendirse tan rápido.

-Reed, ¿te encuentras bien?

-Estoy bien- mintió, avanzando con cautela- Sigamos. No quiero perder el tiempo. Además, creo que estamos preparados contra cualquier enemigo. ¿O no?

-No- Arksinad se acomodó el sombrero, mirando en derredor- Algo de esto no me agrada. No sienten que todo es... ¿irreal? Como si pronto pudiéramos despertar de algún sueño.

Ninguno de los dos dijo nada, guardando el sepulcral silencio, pero era cierto. El bosque, los árboles, todo se sentía como una pesadilla. Tenían formas imposibles, y se retorcían a gusto sobre cielo y tierra, cruzándose sobre sí mismos hasta formar un espeso entramado. Y por sobre los resquicios que dejaban, el firmamento se presentaba como una plancha gris de neblina, moviéndose en dirección contraria con la promesa de fantasmales rostros dibujándose entre tanto en sus fluctuaciones. Era un cambio demasiado repentino como para que no les preocupara.

Y de pronto Reaper se frenó bruscamente. Parecía bastante molesto.

-Ya pasamos por aquí.

Entonces él también se percató de que ya había visto antes las formas del árbol que tenía más próximo. Era posible que lo hubieran atravesado más veces, pero no podía estar muy seguro. Con aquella revelación sintió que todo el bosque se le burlaba. Veía como las raíces de los árboles se inclinaban hacia ellos, señalándolos, los troncos formaban muecas horribles y burlonas, demoníacas, el viento se les desternillaba de la risa.

-Ilusiones- suspiró Arksinad- Me lo temía. Hemos sido atrapados como idiotas.

-Vaya mierda- dijo Reaper, y de un salto se bajó de su falkin- ¿Quieres decir que nada de lo que estoy viendo es real, boca-cortada?

Arksinad sacudió la cabeza, y también se bajó. Reed lo imitó.

-No es tan simple. El ilusionista tiene que ser un brujo, oculto en alguna parte de este bosque. Ha hechizado el área y nuestras mentes de modo que siempre regresemos al mismo lugar, confundiéndonos con sus engaños. Ahora formamos parte de la realidad que ha proyectado. Se podría decir que en estos casos-

-Hablas mucho- exclamó el kamuita-. ¿Qué hacemos para salir? ¿Matamos al brujo?

-Reaper, ¿todas tus soluciones consisten en golpear algo?

-Quizás.

-Es más complicado que eso- sonrió el mago- Una ilusión como esta fue creada con la intención de movernos. Pero debe existir un punto de referencia que se mantenga estable a nuestra posición para seguir aplicando el hechizo de esta forma. Tal vez algún sitio que llame la atención, como...

-¿Como una mansión?- aventuró Reed.

Arksinad lo miró desconcertado.

-La estoy viendo.

Sus compañeros se dieron vuelta, a donde él les señaló. Más allá había emergido de entre la niebla una majestuosa casona de ladrillos rojos, con ventanas entablonadas, luchando por espacio entre los árboles como puesta en un deliberado intento por atraer miradas. Desentonaba por completo con la lúgubre escena que la rodeaba, emitiendo una luz velada, el leve bullicio de una celebración en su interior.

-¿La pueden ver?

-Por supuesto que sí- dijo Reaper restregándose los ojos, y Arksinad asintió embelesado.

-Yo... No del todo.

Sus amigos lo miraron con curiosidad, pero él no agregó nada más. La verdad era que podía verla, pero a veces estaba y no estaba, translúcida, hecha de niebla como todo el resto. Supuso que se debía a que no se estaba dejando engañar por la ilusión. Lo que sí sentía sin embargo era un mareo extraño, como si todo el suelo los estuviera arrastrando aun aunque todo pareciera estático y detenido, como si se estuvieran moviendo de pie tan rápido como el mar de niebla que se filtraba con fuerza y nada entre sus botas.

-Va a haber que entrar, ¿verdad?

El mago asintió con lentitud, frunciendo el labio de tal modo que los hilos que cosían la herida de su boca parecieron aflojarse.

-No sólo eso, sino que estaremos en el territorio del ilusionista que nos haya tendido esta trampa. Y déjenme darles una advertencia: eso no es una casa. Mucho menos es real. Pero quizás haya invocado cosas allí adentro, que sí lo sean. En esas hay que creer.

-¿Y cómo sabemos qué es real y qué no allí adentro?- miró Reaper como el portón de la mansión chirriaba, evidentemente preparándose para ser abierto.

-Bueno, lo que te haga sangrar...

-Vete al infierno. Vamos, entramos, y nos cargamos a todo lo que haya adentro, ilusión o no. Luego interrogamos al mago.

-No creo que quiera decirnos nada- suspiró Reed.

-Soy un encanto de persuasión, por si no lo has notado- sonrió Reaper- Vamos. Espero que sea como en uno de esos viejos cuentos de bardos de Gikeldor. Una casa de azúcar lista para que la devoremos.

-Si fuera según los cuentos- agregó Arksinad mientras se dirigían con cautela hacia la entrada, dejando a los falkins en el bosque, inquietos- Allí habría una bruja que nos comería a nosotros.

-Personalmente no me considero muy sabroso- bromeó Reed, pero su intento quedó silenciado en cuanto ya cada vez estaban más cerca y hasta reír les parecía fuera de contexto en aquella situación. Toda la realidad allí era brumosa, densa, similar a un vapor acuoso que le inundaba los ojos, entrometiéndose por sus oídos y su boca.

Llegaron caminando con cuidado hacia el portón de la casa, una enorme barrera de madera seca. Reed no sentía tanto que avanzaran hacia la mansión sino más que la mansión iba hacia ellos, deslizándose suave, llamándolos con sus sonidos internos, las luces ocultas, los cubiertos que entrechocaban y las risas, el calor del hogar...

De cerca, el edificio volvió a ser mudo, abandonado como el resto de aquel tenebroso bosque. Sus paredes eran ahora de color blanco opacado, adornos dorados y estatuas de ángeles con caras entristecidas. Arksinad leyó la frase que estaba en el portón, sorprendido.

-La Casa De Azúcar.

-Oh, jódeme, ¿de verdad?- se aproximó Reaper para leer, divertido.

-Debe haber escuchado lo que hablábamos- suspiró el mago.

Para Reed, el cartel y sus letras eran translúcidos, inconsistentes, cargados de la neblina que lo dominaba todo. La ilusión, para su curiosidad, sólo lo afectaba a medias. Llegó a pensar que de esforzarse podría sobrepasarla, superar el engaño y regresar a la realidad. Tan sólo un impulso que le permitiera traspasar...

La puerta interrumpió sus pensamientos, abriéndose de un golpe. Adentro todo era oscuridad.

-Bien, muy original- chistó Reaper, y los tres se adentraron en la negrura.

La oscuridad dejó de ser oscuridad cuando traspasaron el umbral. Pero entonces quedaron helados: pues en el interior la casona probaba ser mucho más encantadora de lo que había sido por fuera, iluminada por grandes arañas que colgaban de un techo plagado por pinturas, balanceándose sobre un comedor espacioso en donde el piso era impecable, tan lustroso que llegaba a reflejarlos, y sobre él, una larga mesa de caoba en la que reposaban platos y fuentes con comida, carne, frutas y alimentos de todo tipo, recién preparados y listos para el banquete; la imagen de un castillo real, que invitaba a los tres aventureros a quedarse allí y pasar la noche comiendo y bebiendo en un frenesí infinito que no debían compartir con nadie. También había música: una sinfonía resonaba por las paredes, un ritmo alegre y terrible, profundo. Sintió entonces la necesidad de tomarse un tiempo allí y descansar, escuchando aquella profunda melodía, sus ecos rebotar atravesando su ser. Tuvo la certeza de que Arksinad y Reaper pensaban igual, pero vio que sus rostros estaban serios. Arksinad aproximó las manos sobre la chimenea que había en la habitación, y las retiró de inmediato.

-Quien haya hecho esto debe de ser un ilusionista poderoso.- luego se paró, y revolvió un tazón de sopa con la cuchara de madera que había dispuesta. Alzó la cuchara y tiró el contenido de ella sobre el mantel blanco, pero el líquido desapareció nada más tocarlo- De más está decir que no hay que tocar nada de aquí, ¿verdad?

-Pues claro- coincidió Reaper- Pero...

Reed entendió de antemano lo que estaba por decir. El salón le producía una sensación de embriaguez, y ensueño. La neblina que antes veía aparecía y desaparecía, pero él ahora estaba cerca del fuego, y sólo quería descansar. Había sido un viaje demasiado largo, y podría continuar otro día. Otro año. Quizás, incluso, Vant se podría arreglar solo. Seguro que Scarrow podría encontrar una solución...

Él, por su parte, dormiría en aquel hermoso lugar. Dormiría plácidamente, junto al fuego, hasta estar listo para continuar su viaje, o quizás se quedaría... todo el tiempo. ¿Por qué había creído que su misión era tan importante? ¿Qué locura se había apoderado de él? Si todo muere, todo moría, incluso Vant desaparecería en algún momento. Nada de lo que ahora hiciera tendría sentido, las vidas de esos aldeanos seguirían sin él de la misma forma que seguirían aunque el dragón los dejara. Se había sentido muy excitado por su aventura todo este tiempo, pero ahora veía claro lo que había en su corazón, lo que se había revuelto en su interior desde el día en el que nació.

El mundo podía continuar sin su ayuda, fácilmente.

-Quizás deberíamos dormir un poco- se escuchó decir, sin estar muy seguro de si era él quien hablaba. Sentía una voz femenina en su cabeza.

Los párpados se le estaban entornando. Pudo ver que Arksinad seguía revolviendo la sopa, seguramente dispuesto a tomarla, y sus ojos se cerraron del todo.

Lo que lo obligó a abrirlos fue la cachetada de su estimado compañero Reaper, agachado junto a él. Sus brazos lo zarandearon por un buen rato hasta que su consciencia abrió camino entre los mares del delirio, resurgiendo a través de la confusión.

-¡Eh, Reed! ¡Despierta! No me hagas golpearte de nuevo, tienes una cabeza muy dura.

-L...lo siento- murmuró en un bostezo, y de repente comprendió que no comprendía nada- ¿Qué ocurrió?

-Caímos en la tentación. Gula y pereza- sonrió Arksinad, quien había logrado arrojar el cuenco de sopa al suelo antes de tener que tomarlo- Que idiotas que fuimos.

-Tú lo has dicho- dijo Reaper- Y yo estuve a punto. Por suerte, la guadaña que llevo es un arma rúnica protegida de maleficios. Me ayudó a sobreponerme.

Tuvo que parpadear varias veces, oyendo a los otros dos dialogar, vestigios de aquella voz en su cabeza desapareciendo con lentitud y cediendo paso a la consciencia. Luego sintió por fin el temor de haber caído en aquella trampa.

-Qué diablos- recordó Reed sus últimos pensamientos, y miró el salón, que seguía deslumbrante y tentador como siempre, tan sólo librado de la sinfonía de momentos atrás. Se le antojaba mucho comer algo, pero decidió sobreponerse a esa falsa necesidad- Debemos encontrar a ese ilusionista.

Reaper lo ayudó a levantarse, y señaló a su alrededor.

-Nos debe de estar observando por algún lado. Habrá que buscar si hay alguna abertura o... ¿Boca- cortada?

El celestiano se hallaba embelesado, los ojos fijos en uno de los muchos cuadros que colgaban de las paredes del salón sobre dorados marcos. Reaper se aproximó, pensando que el mago había caído en otra ilusión, pero el otro le señaló la obra.

-¿Qué te parece?

Reaper siguió su mirada, intranquilo. El lienzo mostraba algún sitio sin luz, en donde una figura se recortaba acostada, cubierta por una manta. Se adivinaba en las pinceladas la desesperación de aquel personaje, una desesperación que atraía la vista no importara cuanto uno intentara apartarla, como el azúcar a un insecto. Era intrincado descifrar su significado, pero ninguno de los dos dudó de que se tratara de otra parte de la ilusión en la que se hallaban.

-Oigan, después aprecien el arte- les llamó la atención Reed, tosiendo- Creo que encontré una salida.

Señalaba un hueco bajo otro cuadro que representaba a dos ojos rasgados, amarillos. Sin dudarle mucho se metió por allí, y Reaper no tardó en seguirlo. Arksinad se detuvo unos momentos más en esas imágenes, con aprensión, pero tras un suspiro resignado salió de su ensimismamiento y se unió a ambos.

Entraron a un pasillo que parecía más acorde a lo que Reed hubiera esperado de un lugar como ese, y aterradoramente menos tentador que el hermoso salón inicial. Era gris y se estaba pudriendo por la vejez. El suelo se hundía y producía leves sonidos viscosos bajo sus botas, y las paredes estaban adornadas con viejos cuadros pintados de negro, que le resultaron perturbadores, como si no fueran sólo una falta de imaginación del ilusionista a la hora de llenar sus obras sino que la negrura de su interior fuera un aviso de lo que encontrarían al final del camino.

Reed sintió un crujido, y luego vio su pie, hundido en la madera podrida. Lo sacó de un tirón.

-Qué asco.

-Y se hará peor mientras más tiempo nos quedemos- anunció Arksinad, sacando su mano de un hoyo de la pared- Quien sea que maneje esta casa está haciendo todo lo posible para que permanezcamos aquí.

-Esperen- dijo Reaper, manteniendo su cautela inicial. Él también tenía los pies hundiéndose en los tablones putrefactos, pero no parecía importarle demasiado- ¿Escuchan eso?

Cerró los ojos, y dejó vagar los sonidos por su cabeza. Oía la respiración de sus dos compañeros, claramente, y oía el sonido de la madera cediendo bajo su calzado, pero además...

...era un golpeteo suave. Como de un mueble que crujía por el frío. Luego, a lo lejos, se oyó un golpe furioso. Luego otro, y más. Mientras más se acercaban, los golpes se hacían más salvajes, tomando una fuerza que no parecía humana.

-Será mejor que nos apresuremos.

Avanzaron rápido hasta dejar el pasillo putrefacto atrás. Reed notó que sus botas estaban curiosamente impecables. Llegaron así a una habitación oscura y rectangular, con una sola puerta frente a ellos. Cuando se dieron vuelta, detrás solo tenían una pared. El camino estaba cerrado.

Reed apoyó la oreja en la puerta, y esperó en silencio. Se escuchó de nuevo otro golpe.

-Sea lo que sea lo que está haciendo ese ruido, viene de detrás de esta puerta... ¿Pasamos?

-Como si tuviéramos otra opción- Reaper puso ambas manos y empujó, abriéndola.

Todos cruzaron en un parpadeo, con sus armas en mano y listos para luchar. Se abrió ante ellos un cuarto más espacioso de lo que habían imaginado, con un suelo de tablones desvencijados y paredes de ladrillo gris, desnudas. Aunque no había luz o ventana alguna, se podía apreciar bastante bien lo poco que había. Tres puertas los esperaban del otro lado. Sin embargo, ninguna tenía manija ni cerradura.

En el medio de la habitación, como objeto principal se elevaba un viejo armario de madera de roble. Era inofensivo, quizás, pero el sólo hecho de que allí estuviera era lo suficientemente alarmante para cualquiera.

-Nada que temer en un mueble, ¿no es así?- Reaper bajó la guardia.

-Yo le temería más a lo que hay dentro del armario- indicó Reed sin imitarlo.

-¿Oh sí?- sonrió con sorna su amigo- ¿Acaso el tal Scarrow te contó demasiadas historias de terror? ¿Algún trauma con el duende que lleva a los niños?

Reaper interrumpió su falsa burla -era evidente que estaba preparado para pelear, arma en mano- porque el sonido de golpe se repitió, haciendo vibrar la mueblería de un lado a otro. Había tal fuerza en esos impactos que parecía sorprendente que no lo hiciera estallar desde adentro.

-No. Pero sí me contó que muchos de los cuentos infantiles no son sino modificaciones de cosas que sí pueblan este mundo.

-Y ahora estamos por ver una, ¿verdad?- sonrió Arksinad, señalando el closet que se tambaleaba frente a ellos.

El mago, báculo en alto, también estaba en guardia. Hubo otro golpe allí adentro, un poco más tranquilo.

-¿Y no podría ser una ilusión, simplemente?- preguntó Reaper, pero corrió, sosteniendo la guadaña en su mano. Antes de que llegara, las puertas se abrieron de golpe, deteniendo su avance y pintando sorpresa en su rostro.

No había nada en el interior. Un abrigo negro colgaba de una percha, pero nada más. El armario parecía ser de lo más normal, después de todo.

-Reed. ¿Dónde está tu monstruo?

-Veamos- dijo Arksinad, y levantó su bastón- ¡*Ocus Diaboros!*

Una luz rojiza salió despedida del rubí incrustado en la punta, extendiéndose hasta cubrir toda la habitación con una tonalidad mortecina y revelando algo que se lanzaba hacia ellos desde las sombras.

-¡Reaper, cuidado!

La advertencia dio al joven el tiempo justo para arrojarse hacia el costado, pero no le permitió evitar el zarpazo que rozó su brazo, desprendiéndole gruesos gotones de sangre oscura y espesa que arrancaron un silbido admirado del mago.

-Pues es real, sí.

-Que te jodan, boca-cortada- dijo el otro, y retrocedió poniéndose en guardia.

La criatura que lo había atacado era fornida, de grandes brazos y musculatura desarrollada, garras en vez de dedos y un amasijo de cuernos oscuros que se levantaban de su piel celeste, lustrosa. La cabeza era ovalada, monstruosa, provista de unos ojos amarillos que se asemejaban más a los de una bestia que a los de un hombre, ojos que no los perdían de vista entre el amparo de las penumbras.

Con una velocidad sorprendente y rompiendo la madera bajo sus pies aquel ser intentó asestarle otro golpe, pero la guadaña se interpuso bloqueando el intento. El joven saltó por encima y cayó a espaldas del monstruo, haciéndole un corte con su arma. El demonio del armario se mantuvo inmóvil, rumiando, pero luego su herida se llenó de pus azulado para regenerarse por completo. La demora sin embargo permitió a Arksinad lanzar un hechizo negro hacia la bestia, pero esta desapareció del trayecto

enterrándose en el suelo como si este fuera de niebla y haciendo que Reaper tuviera que esquivar al proyectil.

-¡¿Estás loco?!

-Lo siento- se disculpó el celestiano- No sabía que podía hacer eso.

-¿Desapareció?- preguntó Reed mirando la habitación calma, tenso.

-Creo que se enterró. Quizás debajo de alguna...

El mago no pudo completar su frase, porque de abajo saltó la criatura, arrancándole una exclamación de sorpresa. Arksinad levantó el báculo y un chorro de espectros negros salió de este, lanzando al monstruo más lejos.

-Linda magia, boca-cortada ¡Pero fíjate en esto!- con un movimiento campal, Reaper se abalanzó sobre el demonio y logró incrustar su guadaña en la amplia cabeza. Con un forcejeo desesperado el cuerpo azulado buscó deshacerse de aquel cruel agarre, rasgando el aire con sus zarpas y echando rugidos de dolor. Recibió entonces en su ceguera un golpe del escudo de Reed, cuyo borde lo partió al medio. Los pedazos cayeron, y Reaper limpió los restos pegados al filo de su arma sacudiéndola en el aire.

-Peleas bien para ser un granjero.

-Que apropiado, tú... peleas bien para...- Reed volvió a colgarse el escudo en su espalda, evitando la mirada de decepción que recibió- Mejor huyamos antes de tener que luchar contra otro ser como estos. ¿Por qué puerta vamos?

-Por ninguna- Arksinad señaló, el demonio del armario comenzaba a regenerarse como antes y a toda velocidad- Esa cosa no se trata de una ilusión, ni de un demonio común. Ha sido traído aquí por un contrato. Eso significa que debe haber algún objeto aquí que esté atando su vida a este mundo.

-¿Sí...?- dijo, contemplando a los pedazos del ser volverse a unir, echando espuma tal efervescencia y produciendo unos sonidos que sólo podrían haberse atribuido al profundo maullar de un felino.

-Revisa el armario, y busca algo que te llame la atención. Algo que se relacione con el monstruo- le recordó Arksinad.

-¿No podría ser todo el armario entero...?

-¡Con prisa!- le dijo Reaper, y se preparó- Yo y boca-cortada nos encargaremos de distraerlo.

En cuanto el demonio sanó por completo, Arksinad creó desde su báculo una oleada de espectros oscuros que lo golpearon, y lo envolvieron en una marea de caras alargadas, furibundas. La invocación estiró los músculos de los brazos, apartando al ataque, y se lanzó en una embestida que arrojó al mago contra la pared de piedra. Reaper se interpuso entre los dos y de un movimiento cortó el rostro de la criatura, la cual dio un chillido y se tambaleó, para luego incrustarse en los tablones de nuevo.

Mientras tanto Reed se hallaba ya frente al armario, tanteándolo y preguntándose si no sería mejor romperlo a pedazos para ver si aquello terminaba con el enemigo de una buena vez. La madera del mueble se sentía muy real y le hizo pensar que quizás era la única cosa en aquella mansión embrujada que existía de verdad.

-¡Rápido!

Esta vez el ser salió desde debajo de Reaper, a quien agarró de los tobillos y empujó hacia abajo, hundiéndolo con él. Arksinad levantó la mano y un gordo espectro blanco los envolvió, levantando al monstruo hacia fuera y obligándolo a soltar a su presa. El demonio cayó contra el suelo de la habitación, haciéndolo crujir, y antes de que pudiera volver a meterse bajo ella el guerrero cortó su cabeza con un giro de su arma.

El cuerpo se desplomó, y la parte cortada se deshizo en espuma. Luego el resto se hundió de nuevo.

-Esto me está crispando los nervios...

-En el abrigo no está...- dijo Reed desesperanzado, luego de haberlo tanteado a consciencia- Sigán distrayéndolo.

-Será un honor- dijo el mago, y luego se sorprendió y apuntó a Reed- ¡*Macabra Gos!*

Previendo sus intenciones, el demonio había decidido atacarlo a él. Por suerte el hechizo lo golpeó primero, encerrándolo en un fantasma blanco que lo escupió contra el techo. El enemigo se desplomó contra el suelo, arrojó a Reaper de un manotazo y se abalanzó contra Arksinad en un arranque de furia, derribándolo.

-¡Aquí esta!- de arriba del estante, Reed había tomado un libro de tapa azulada, en cuyo lomo estaba grabado el título *Historias Para Dormir Por Siempre*.- Bien, podría ser menos escabroso sin las últimas dos palabras. ¿Y ahora?

-¿Qué crees?- le contestó Reaper abalanzándose sobre el rabioso ser, apartándolo de Arksinad que apenas podía moverse- Subráyalo... ¡Destruye la maldita cosa!

Asintió, y puso la mano sobre el objeto, recordando el único hechizo que Scarrow le había enseñado.

-*Infernum ea salutem.*

Las llamas surgieron de su mano, buscando con hambre un combustible. Las páginas del libro se fueron calentando, primero, y luego con lentitud se retorcieron, ennegrecieron, se contrajeron en sí mismas en una destrucción que sólo dejaba cenizas, tal si hubiera sido arrojado a una chimenea, y la criatura comenzó paralelamente a echar más espuma, rugiendo de rabia. Usando sus últimas fuerzas, el demonio intentó arrojar sobre Reaper, pero este le incrustó su guadaña en el estómago, impidiendo cualquier escape. Con un apagado estertor la invocación se fue despedazando sobre el guerrero junto con el libro que la había traído al mundo, convirtiéndose en un regadero de espuma azulada que terminó por desvanecerse en un silencio intocable.

Luego la guadaña cayó de la mano de su usuario, quien se desplomó en el suelo con un prolongado suspiro.

-Esto es un buen inicio. Todavía no llegamos a los monstruos reales y nos enfrentamos con los imaginarios.

-Esos son los más peligrosos- recitó Arksinad caminando hacia los pedazos de aquel libro ardido, para tocarlos.

-*Longevi.*

El carbón que había quedado allí aclaró hasta tomar una forma vagamente similar al libro anterior. Reed observó aquello con una mezcla de temor y duda.

-¿Qué estás haciendo?

-Es sólo curiosidad- dijo el mago abriéndolo y viendo su contenido con una media sonrisa- No van a creerse esto: "*Historias Para Dormir Por Siempre: Una colección de sustos inolvidables que te asegurarán un largo descanso. Sumérgete en un mundo de terror y experimenta el gozo de conocer criaturas nunca antes...*" Quien creó esta cosa es a toda luz un cretino.

-Como si no fuera obvio- suspiró Reaper, mirando las tres puertas de madera, inaccesibles- Va a terminar muy muerto. Por cierto, boca-cortada... ¿Qué es esa magia que utilizas?

Con un movimiento, el mago dejó caer el libro dentro de su sombrero, haciéndolo desaparecer.

-Magia tenebrosa. También llamada nigromancia. Llamo y comando a los retazos espirituales que dominan el ambiente a mi favor.

Reed asintió, orgulloso de haber sabido aquello desde antes. Quizás nunca podría hacer magia como Scarrow, pero su maestro le había enseñado lo suficiente sobre el tema y tenía idea de cómo funcionaba cada hechizo, inclusive de las reglas que los limitaban y de qué tipo de conjuros era más común encontrar en cada zona del mapa. La nigromancia, por ejemplo, solía ser mal vista en los continentes centrales debido a las semejanzas entre la manipulación de espíritus y el control de demonios, propio de los brujos que poblaban sitios como Gikeldor. No le sorprendía que Arksinad la practicara. Con lo poco que lo conocía ya creía tener una buena idea de cuán poco le importaba a aquel joven la opinión de sus congéneres.

-El báculo que tienes- interrumpió sus pensamientos Reaper, quien parecía estar intentando llegar a algo- ¿De dónde lo sacaste?

Había algo misterioso en el tono de voz del guerrero, y Arksinad pareció notarlo. Se encogió de hombros, y comentó.

-No lo sé con certeza. Mi maestro me lo regaló hace años. Creo que lo encargó a un herrero de Kamui.

-Ya lo creo. ¿Lo has nombrado?

-Sí- dijo el mago sonriendo al levantar la vara- *Péndulo*.

Reaper se quedó concentrado en el báculo un poco más, con expresión ausente. Luego puso cara molesta al ver la mirada inquisitiva de Reed, y se subió el cuello de su abrigo oscuro.

-¿Qué ocurre?

-Nada. Pero no sé cómo haremos para salir de aquí.

No le había querido prestar atención hasta el momento, pero aquello era cierto. Había tres puertas en los extremos de la habitación, sí, pero no tenían ningún picaporte y estaban encajadas en la pared de tal forma de que no había ningún agarre o espacio del cual pudieran hacer palanca para forzarlas. La salida seguía siendo un deseo al que no tenían acceso.

-¿Alguna sugerencia, Arksinad?

El hechicero examinó las puertas, y palpó la del medio. Apoyó las manos encima y empujó, poniendo su peso, pero la superficie no cedió ni un ápice. Como toda respuesta terminó por suspirar y sentarse.

-¿Vas a matarla con el poder del pensamiento?- aventuró Reaper, quien notaron planeaba un enfoque mucho más físico ante el problema.

-Quizás.

El guerrero entonces golpeó la madera con *Caronte*, pero el arma en vez de romperla se hundió en ella como si fuera manteca, produciendo un sonido viscoso. La retiró tan impecable como antes. Aun con todo lo que habían caminado, con la madera que pisaban e incluso después de luchar la ilusión seguía sin dejar un rastro de suciedad.

-El poder de un ilusionista está más en su adversario que en sí mismo- recitó el mago como si fuera algún tipo de refrán, sentado de piernas cruzadas frente a las falsas puertas- Intentaré focalizarme para no creer en lo que veo. A veces se me da.

Reed acabó por preguntarse si no debía intentar lo mismo. Seguía viendo todo apenas translúcido, débil, seguía sintiendo aquella extraña sensación de moverse a toda velocidad como si se deslizara sobre el agua empujado por algo, aunque estuviera de pie, y cada rato que pasaba allí sentía que si aquello continuaba terminaría por volverse loco. Habían matado a un demonio sí pero, ¿habría más? ¿Podrían encontrar al brujo que los había atrapado de esa forma?

Pateó una de las tres puertas, esperando atravesar aquel material imposible. El intento sólo sirvió para desconcentrar la meditación de Arksinad, quien se interrumpió revelando clara irritación por unos segundos antes de regresar a lo suyo.

-El bastardo que controla este lugar debe estar cerca- masculló Reaper coreando sus pensamientos.

El celestiano volvió a abrir los ojos, a punto de decir algo, pero de repente se interrumpió helado.

A sus espaldas se oyó una risa melodiosa. No había estado antes, tal vez, pero ahora se presentaba ante ellos una persona, una figura que parecía superpuesta sobre algo terrible, como un falsete tapando el gruñido de una bestia. Con un primer vistazo, Reed supo que aquella mujer era la dueña de la ilusión.

Y luego Arksinad se adelantó, reconociéndola, su aliento robado por esa presencia.

-¿Eras tú?

7. Los Soldados De Fariel

La persona que con tanta habilidad los había atrapado era una joven de piel pálida, cabello azabache largo hasta la cintura y ojos amarillos, brillantes. Un vestido rojo con capucha se ceñía a su cuerpo, y sus pies, descalzos, se deslizaban por la neblina con una gracia femenina y cruel.

El ropaje le ensombrecía el rostro, sin esconderlo. Había algo en su aspecto que también parecía irreal, como un sueño: su belleza era singular, pero al mismo tiempo algo en sus ojos ámbar, en la mueca burlona de sus labios carnosos, creaba una sensación indescriptible que impedía sintonizar aquellos rasgos correctamente. Reed retrocedió un paso, precavido, pero en cambio Reaper sonrió y se adelantó con la guadaña en mano.

-Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? Yo pensaba que nos enfrentábamos a un brujo, pero veo que es una dama la que nos ha engañado.

Arksinad se mantenía en silencio, alternando su mirada entre la joven y su compañero con expresión preocupada, atenta. La mujer sonreía, toda rojo y blanco y dos pequeñas lunas brillando bajo las sombras de su capucha.

-Buenas tardes, Reaper.

El otro la miró, pero no quitó su sonrisa. Se siguió aproximando.

-Oh, créeme que con eso no vas a engañarme. No es muy difícil que descubrieras mi nombre, teniendo en cuenta que hemos estado atrapados en tu ilusión todo este tiempo. Vas a tener que esforzarte un poco más.

La mujer no dijo nada, y luego inclinó la cabeza hacia un lado, con curiosidad.

-Y tú también, si todavía quieres encontrar a tu padre. ¿Quieres que te dé alguna pista?

La sonrisa se esfumó de la cara del kamuita con la misma facilidad que la niebla que los rodeaba retrocedía ante el viento, y el filo de su guadaña descendió. Su rictus se volvió uno de irritación.

-Habla.

-Oh...- la burla de la bruja fue seca al acercarse hasta el guerrero, desarmada- ¿Qué tal si mejor se lo preguntas a tu amigo el mago?

Reaper no llegó a contestar cuando Arksinad los interrumpió, haciendo que la mirada de la doncella se girara hacia él con muy poca naturalidad.

-¿Qué demonios haces aquí...?

Miraba a la ilusionista y a su compañero alternadamente. Su semblante parecía alarmado por primera vez.

La de rojo giró sobre sus pies para estar frente a él. Hizo una pequeña reverencia, infantil.

-Has cambiado mucho desde la última vez que nos vimos, Arksinad. Pero, ¿no es obvio lo que hago? Desde luego, sólo puedo intentar apoyarte.

-¿Atrapándonos en una ilusión? No lo creo, Mila.

La joven llamada Mila miró a ambos aventureros y luego emitió una pequeña risa.

-Intento a ayudar a Reaper en su búsqueda, al joven Reed en la suya, y a ti... A ti ya te he ayudado, ¿verdad? ¿Has disfrutado de aquel pacto?

Arksinad no respondió, pero Reed detectó un abismo de amargura en su mirada. La situación se ponía mucho más extraña de lo que había esperado.

-Ya lo creo- dijo la otra- Me he enterado de que has usado tu tiempo libre para cosas interesantes. Como lo concierne a Vannael, ¿verdad?

-Cállate.

-Pero eso no importa, Arksinad. La libertad es un concepto fútil, nada más. Y en cuanto a él, sabes que volverá. Después de todo, *nada* detiene al Mago Brillante.

-He dicho que te calles, Mila- ordenó él con hastío, pero ella rio.

-No puedes ordenarme, Arksinad. Tengo un mejor postor que ti.

Caminó con gracia entre los dos jóvenes, y la ilusión que los rodeaba fue cambiando, la niebla que la había envuelto dando una nueva forma a lo que los rodeaba, una cálida y visceral. Las paredes, mutando y expandiéndose, se cubrían de venas latentes. El calor aumentaba, el piso perdía solidez, consistencia, como si estuvieran parados sobre gelatina, como si hubieran sido engullidos de verdad por aquella casa que después de todo tenía vida.

-¿Qué diablos estás haciendo?- dijo Reaper dispuesto a atacar, sujetándose de uno de los tubos mórbidos que adornaban el sitio ahora como venas. Hablaba débil, y al igual que Arksinad parecía estar ensimismado, perdiendo el control de su cuerpo.

Los muros carnosos palpitaron, sacudidos por un latido que inflaba venas, henchía fibra y piel al propagarse. La temperatura se incrementó con cada latido.

La ilusionista bajó su capucha, dejando caer del todo la melena azabache, y volvió a hablar.

-Voy a...

Mila no pudo continuar su frase. Sus ojos quedaron abiertos, como platos, y su boca intentó pronunciar las palabras en vano. Bajo su pecho emergía la espada de Reed, derramando sangre que se confundía con su vestido. El filo la había atravesado por completo, desde la espalda. Se palpó la herida que tenía sobre el vientre y vomitó, sus ojos convertidos en joyas brillantes de sorpresa.

-Ya cállate- dijo él manteniendo la compostura, y retiró el arma del cuerpo, que se abatió al suelo boca abajo- Vamos, chicos. Creo que es por el ropero, después de todo.

Pero aun así, sus manos temblaban. ¿Qué había hecho? Había herido de gravedad a alguien, pero sentía que aún no debía preocuparse. O quizás, lo que sentía era todo lo contrario. ¿Pero qué lo había poseído para atreverse a hacer algo así? Les señaló a sus compañeros el mueble, cuyo fondo ahora parecía estar en tinieblas.

-Crees bien- suspiró Reaper, mientras la sala latente temblaba más y más, descompensándose, y cruzó el portal en silencio, sin gastarse en ver el cuerpo de la bruja.

Reed lo siguió, preguntándose qué sucedería cuando la ilusión se derrumbara del todo. Arksinad se quedó contemplando a la ilusionista, acostada boca abajo, con la

herida sangrando en la espalda y la respiración quejosa. Se bajó el sombrero con una mano y pasó por el hueco.

Los tres se fueron dejando la habitación vacía, Mila arrojada, el rostro oculto contra el suelo.

Pasaron apenas unos pocos segundos, y la sangre comenzó a reabsorberse. La herida en la espalda se plegó, la carne cerrándose con un crujido inhumano y la piel cubrió todo de nuevo como si el tiempo fuera en reversa. La mujer se levantó con gracia, su anterior burlona sonrisa convertida en una línea dura y recta.

La habitación seguía latiendo con insistencia, pero Mila no sentía calor. Estiró los brazos y sintió la presencia, la figura luminosa que se encontraba junto a ella en otro plano, en otro mundo.

-Son más bravos de lo que esperaba- rió- Y el tal Reed ha arruinado mi vestido. Tendrá que comprarme otro.

La figura estiró los brazos, a su espalda, tomándola de las manos, y le susurró algo al oído.

Al oírlo ella rio, con deleite, una carcajada seductora alegre, cruel, que se expandió por la ilusión y su mente rompiendo las cosas, retorciéndolas, haciendo chillar lo que no vivía. En ese mismo momento todo dejó de latir, explotando en un torrente de sangre que inundó las paredes con furia.

La ilusión había terminado.

La salida del armario los condujo de vuelta hacia el bosque, que había regresado a su estado natural. Volvía el follaje a los árboles, la armonía en los sonidos, y la presencia de los animalejos y las aves los acompañaba con su reconfortante bullicio. La tenebrosa bruma que los había confundido en tal forma había desaparecido, permitiendo que el Bosque de los Toros se volviera sorprendentemente alegre, su espesa maleza iluminada por el sol del ocaso. Ya era bien entrada la tarde.

Sus falkins se hallaban allí parados, esperándolos. Arksinad y Reaper avanzaron hacia los pájaros sin mediar una palabra, pero Reed en cambio se tomó un tiempo para observar la mansión a sus espaldas, lo poco que quedaba de ella ahora una niebla brumosa.

Mientras más veía el muchacho a la niebla, más esta comenzaba a tomar forma. Se alzaba y arremolinaba innaturalmente, levantándose por sobre el bosque como una figura fantasmal y esquelética, y pronto pudo ver ojos, dientes putrefactos, un enorme cuello dar giros inhumanos y rearmarse, tomar consistencia, alargar un brazo hecho de pavor con hambre hacia ellos.

Se sobresaltó al sentir la mano de Arksinad en la espalda.

-No lo mires, Reed. Mientras más creas en la ilusión más poder le darás.

Asintió y se dio vuelta porque, ya subido a su montura, Reaper les había silbado. Arksinad se quedó de espaldas un rato y luego fue a hacerles compañía, trepándose a uno de los falkins. Reed montó su ave ahora con más seguridad, y el pájaro erizó las plumas y dio un pequeño chillido, contento. Comenzaban poco a poco a llevarse mejor.

-No ha sido tan malo- silbó Arksinad divertido- De alguna forma u otra, hemos avanzado en el camino. Más de lo que podríamos haber hecho sin ninguna interrupción.

Reed asintió, y los tres iniciaron la marcha. Sin embargo, hasta él pudo percatarse de que el paso era tenso. Sus compañeros de viaje parecían cambiados luego del encuentro con Mila. Siguieron montando un rato en silencio, y entonces Reaper comenzó.

-Es bastante curioso que después de intentar matarnos nos haya terminado ayudando, ¿no lo creen?

La pregunta tomó a Reed, quien avanzaba distraído, por sorpresa, pero Arksinad respondió primero ignorando el tono acusador.

-Quizás no era su intención acercarnos a Belekraz. Quizás fue un efecto secundario de la ilusión, ¿quién sabe?

Arksinad también había subido apenas un poco el tono, pero aquello era suficiente para Reed. Decidió cambiar de tema.

-Oye Arksinad, ¿y cómo es que una ilusión puede transportarte más...?

-A lo mejor lo que ocurre es que quería ayudarte, ¿no Ark?- comentó Reaper con una amenaza velada- Después de todo, ya se conocían.

-Oh, chicos...- dijo Reed, pero fue ignorado otra vez.

-Soy más de pensar que ella nos conocía a nosotros- replicó el otro en tono molesto.

-Pues a decir verdad yo nunca la había visto antes. ¿Y tú, Reed?

-Yo...

-Las personas que yo conozco o no conozco me conciernen a mí y a nadie más- interrumpió el mago de nuevo, y Reed decidió no participar más en la discusión.

-Las personas que conoces o no conoces empiezan a concernir a todos cuando nos intentan asesinar, ¿lo sabes?

-No puedes decir que no avisé que esto sucedería- dijo el otro sin humor, bajándose el ala del sombrero.

-Oh, pero claro que no- rio Reaper- ¿Sabes qué sospecho?

-No me interesa.

-Qué diablos, te lo diré de todas formas. Sospecho que nos ocultas algo, mago. Algo relacionado a tu maestro. ¿En dónde está Vannael?

-¿En dónde está tu padre?- respondió Arksinad sin siquiera mirarlo.

Reaper resopló. Reed suspiró, en medio de aquella riña y sin animarse a inmiscuirse.

-Mi padre fue a buscar una espada. No mucho más que eso.

-¿Oblivion?- quiso intervenir él, pero fue de nuevo interrumpido por Arksinad.

-¿Sabes qué sospecho, Reaper? Quizás yo no sea el único que oculta algo.

La expresión del mago era tan amarga como la del otro. El aludido no respondió, sino que se adelantó a ellos con su falkin, dando por terminado el asunto.

-Vamos chicos, ya deténganse- suspiró Reed- Estoy seguro de que todos tenemos secretos y pasados oscuros, pero no veo cuál es el problema. Después de todo, la maga ya habrá muerto.

Reaper continuó sin responder, dándoles la espalda, y Arksinad negó.

-No puedo siquiera asegurar que Mila sea una maga, Reed, y mucho menos que vaya a morir por una herida como esa.

-¿Si no es una maga, qué es?- inquirió él.

-Sí, dínos, Ark- lo coreó Reaper.

-Pues... ¿Sabes la diferencia entre un mago y un brujo?

Se encogió de hombros, pero Reaper asintió, reacio.

-Unos sacan su maná del mundo y otros lo obtienen de demonios. O algo por el estilo.

El rubio asintió, con su media sonrisa, y señaló el bosque a su espalda.

-Y los brujos son mal vistos, al menos por esta parte del mapa. Si su magia viene de demonios, y los demonios son tan abominables como para asesinar, corromper y codiciar, desde luego que quienes practican la brujería no son muy queridos en las grandes tierras.

Reed lo meditó unos segundos, y luego murmuró.

-No se veía nada abominable.

Más adelante Reaper no pudo contener una carcajada.

-Me alegra que tu apreciación por su belleza no te impidiera acuchillarla.

-Y en realidad, créeme que esa herida que le diste no durará mucho- razonó Arksinad.

-¿Dices que eso fue una ilusión? ¿Entonces por qué nos dejó salir?

El mago negó de nuevo.

-Porque la lograste matar, sí, pero no creo que siga así por mucho tiempo.

Aquello lo puso tenso. No pudo evitar volverse hacia atrás, pero, para su bien, los árboles que dejaban parecían estar en perfecto estado y ninguna oscuridad los acechaba. Reaper, avanzando por delante, se veía más amenazante que ese bosque.

-Lo que quiero decir es que es probable que sólo la hayas incapacitado por un momento, Reed. Seres como Mila no mueren al ser atravesados por un arma tan común como la tuya.

-Oh- se lamentó él, pero el otro le sonrió.

-Lo que hiciste estuvo bien. Estábamos cayendo en su trampa. Si no fuera por ti, aún estaríamos dentro de esa pesadilla.

En realidad se sentía aliviado de no haber matado a aquella mujer. Incluso aunque fuera un peligro, aunque pudiera ser una abominación horrenda o cualquier cosa que dijeran, le seguía pareciendo humana. Atravesarla con su espada había sido su primera reacción cuando sintió que la ilusión se les venía encima, pero no era ni siquiera algo que esperara de sí mismo. ¿Qué héroe de aventura mataba? Mila podía ser a todas luces lo que alguien llamaría un villano, sí, pero sólo las bestias como Skectral eran las que merecían la muerte en las leyendas que él quería protagonizar. Saber que su ataque había fallado lo llenaba de contento, comprendiendo que el rumbo de su historia no se había descarrilado. Seguía recorriendo el camino de un héroe.

-Oigan... -hizo un ademán Reaper hacia el horizonte- Saluden a Belekraz.

La montaña se alzaba frente a ellos como una masa inmensa, grisácea, que se expandía cubriendo sol y cielo, con su imponente dejando en ridículo las elevaciones que rodeaban Vant y que Reed alguna vez había llamado colinas. Jamás había visto algo semejante. Su ancho abarcaba toda la visión, uniéndose a la línea de cordilleras que defendía al continente principal de las turbulentas corrientes norteñas. Y su alto era tal que la punta desaparecía, atravesando el firmamento como una lanza. En ese pico oculto se arremolinaban nubes fluctuantes, en un espacio que ensuciaba y oscurecía el aire a su alrededor. Miró aquel espectáculo extrañado, pensando en la visión del mar cuando había dejado el pueblo.

-Sentémonos a comer algo real- invitó entonces su amigo descolgándose de su falkin, y Arksinad lo imitó. Reed hizo lo mismo, pero ausente, concentrado en el fenómeno de las nubes.

Había un arroyo cerca, así que aprovecharon para llenar las cantimploras que bebían durante el viaje a través del bosque, y se echaron en su borde para devorar

algunas de las provisiones. Arksinad sacó una enorme hogaza de pan, y les extendió un pedazo.

-Es del mejor salón de Cel-Neckar. Oye Reed, ¿no quieres un poco?- ofreció sonriendo, agitando el alimento. El viento era cada vez más fuerte y helado, por lo que tuvo que sacarse el sombrero y dejarlo sobre el suelo, bajo la presión de sus muslos.

-¿Fe esfás mirfando, Reed?- preguntó Reaper con la boca llena, y él le señaló la punta de la montaña.

-Esas nubes son distintas a las que conozco- dijo, examinándolas con detenimiento- ¿De qué clase son?

-Son de la clase *no nube*- le contestó Reaper tragando y acostándose contra la hierba.

El muchacho continuó sin despegar la vista de arriba, desconcertado. No entendía aquello, pero mirarlo le causaba una imagen irreal: Belekraz era demasiado inmensa, demasiado gris, demasiado imponente y tanta importancia hacía que el mismo cielo se doblegara a él en un remolino opaco como la piedra, formando un castillo invertido que parecía consumir el firmamento.

-Eso es humo- le dijo el mago, y causó que se volteara perplejo para mirarlos. Ambos estaban serios y al parecer sorprendidos de su ignorancia. -Verás Reed, la montaña Belekraz tiene poco y nada de montaña. Se le ha llamado así en el continente por costumbre, pero las últimas exploraciones al territorio han dejado bien en claro que se trata de algo un tanto distinto. Belekraz es un volcán.

Reaper asintió, con un suspiro tomando otro pedazo de pan. Arksinad, distraído, había sacado de su sombrero lo que parecía ser un alimento esponjoso y de apariencia dulce, que engulló sin prisas.

-¡Un volcán!- se volvió hacia el humo negro saliendo de la punta, arremolinándose sobre la cima, lo entendió en un instante- ¿Activo?

-Más o menos- masculló el guerrero- No suele arrojar piedras, pero siempre está coronado por una nube de humo tóxico. Nada peligroso.

¿Y se suponía que debían buscar las gemas en un volcán semiactivo? ¿Qué clase de ideas tenía Albion en la cabeza al esconderlas allí? Su mirada comenzó a posarse alternativamente en aquel enorme rompimiento y en las expresiones relajadas de los otros dos, que comían tal si fuera un almuerzo campestre. Arksinad pareció comprender su inquietud y rio, satisfecho.

-Para eso cuentan conmigo- se caló el sombrero en la rubia cabellera- Con mi magia puedo abrimos paso a través del humo de Belekraz.

Volvió a desviar la vista hacia su amenazante destino, esperando que lo que le decía fuera cierto. Reaper se incorporó, pasándose una mano sobre el cabello despeinado, y les hizo una seña para que lo siguieran.

Pero Reed se quedó donde estaba y volvió a preguntar.

-¿Y no han intentado magos entrar allí antes?

En las bocas de sus compañeros hubo gestos distintos, que variaban entre la sorpresa y la duda. Arksinad fue quien se decidió a hablar, ladeando la cabeza.

-Digamos que sí. Pero las circunstancias fueron diferentes. El legendario mago Albion logró entrar y dejar aquellas gemas en Belekraz, si fue quien puso la protección en el Templo del Centro del Mundo. Pero hay muchas historias más, de aventureros que se atreven a desafiar las condiciones y suben hacia lo alto del volcán en busca de gloria. En casi todas las historias esas personas terminan...

-¿Muertas?

-Desaparecidas. Jamás se volvía a oír de los pobres diablos.

-Albion debió haber sido un sujeto jodidamente impresionante.

No podía estar más de acuerdo, pero mientras más oía sobre lo que los esperaba en la montaña menos confiado se volvía de la misión que emprendía. Nada les aseguraba una diferencia con respecto a los cientos de individuos que habían entrado allí para no volver a aparecer, nada le decía que su persona no sería un nombre más en una larga lista que jamás sería escrita.

Tragó saliva, sorprendiéndose de lo campantes que estaban los otros dos. Pensó que la actitud de quienes habían nacido en continentes centrales hubiera sido considerada por sí misma corrosiva por los ancianos de su pueblo. Poco después tuvo que abandonar esas ideas porque Reaper ordenó reanudar la marcha a paso ligero. No querían perder la ventaja que les había dado el afortunado incidente con la ilusión de Mila.

-Sabes Reed...- Arksinad torció el cuello, demorando un poco el paso de su ave para quedar paralelo a su persona- Acabo de percatarme de que te he estado acompañando todo este tiempo sin saber del todo con qué motivo buscas la Estrella Oscura. ¿Un dragón, creí oír?

Asintió, no muy seguro de querer recordar a ese monstruo.

-Un dragón de huesos. Atacó mi pueblo y me pidió la Estrella a cambio de dejarlo.

Logró descubrir otra expresión en el mago al contarle aquello: algo similar a una sonrisa triste que también le pareció tan enigmática como las que pintaba en su rostro normalmente. Arksinad desvió la vista ensombrecida por su sombrero y pareció quedar pensativo por unos segundos, sin decir nada.

-No te preocupes, boca-cortada- rio Reaper más adelante- A mí también me sonó tan poco creíble. ¿Un dragón atacando un pequeño pueblo de esa isla del demonio?

Algún día, si llegaba a conocer Eclant, se vengaría de aquel comentario, maquinó Reed con hastío, por primera vez presto a defender el orgullo de Vant; pero al cabo de un rato no pudo hacer más que darle la razón. Era extraño sí, ciertamente extraño que un dragón como Skectral hiciera algo así e incluso Scarrow parecía pensar similar al respecto. La única explicación...

-Tu escudo...- completó Arksinad su pensamiento, mordiéndose el labio apenas y sorprendiéndose al ver que Reed lo miraba- Es un bonito objeto. Puede que el dragón se haya sentido atraído por él.

Rio, de manera tan poco convincente que le obligó a poner los ojos en blanco. Sin embargo, por un buen tramo del camino hacia la montaña el rostro del celestiano permaneció taciturno y sereno, pensativo.

El pie de Belekraz estaba cada vez más cerca. La imponente presencia de aquella colosal masa de tierra creaba una oscuridad natural, de la cual quedaba atrás todo árbol, todo claro camino y toda fresca hierba. Reed calculó que no faltaría mucho para que estuvieran en tierra yerma. El sol que los había alumbrado durante la comida también había desaparecido ahora, obstruido por el humo que acaparaba todo el cielo para dar un aspecto olvidado y muerto al lugar. Reed no había comido nada antes, así que sacó una de las viejas galletas marineras de Van Lyder de su bolso y comenzó a mordisquearla mientras avanzaban, hambriento. Sentía en la lejanía olor a sudor y ceniza.

-Aire fresco- aspiró Reaper y estuvo a punto de dar una carcajada, pero frenó de golpe, deteniendo el avance de todos de sorpresa.

-¿Qué ocurre?

-Silencio.

Quedaron quietos, y con el tiempo su oído se fue acostumbrando. Ahora podía captarlo. Era un sonido leve, no muy lejano, proveniente de detrás de los últimos

arbustos. Un tintineo apagado, metálico, seguido de algunos quejidos momentáneos y una voz que gritaba.

-¡Traicionarme a mí, el capitán Yeguilex, nunca fue una opción! ¿Pero traicionar a Fariel? ¡Si van a la ciudad, serán condenados por traidores, vendidos y cobardes!

Se oyó un gemido de miedo, seguido de otro choque duro. Reed intentaba vislumbrar a través de los arbustos, pero no se veía nada.

-¡Traicionar a la ciudad es un desperdicio!- hubo otro tintineo violento, como de metal chocando contra metal con la fuerza de un huracán- ¡Traicionar a su nación es perder tu valor, tu identidad, la marca que dejarán!

Todos se miraron perplejos entonces.

-Y yo creí que tú eras malhumorado, Reaper.

-Dejemos los falkin y acerquémonos más- contestó el aludido, cauto.

Desmontaron. Las aves mágicas, inteligentes, retrocedieron hasta perderse tras unos matorrales, varios metros por donde habían venido. Reed no pudo evitar una sensación de desasosiego al ver su mejor medio de transporte desaparecer.

-No te preocupes. Volverán en cuanto las necesitemos.

Asintió, y decidió concentrarse en ser cauteloso. Reaper ya se había aproximado al arbusto con la agilidad de una gacela, y observaba con expresión seria. Lo imitaron con torpeza. Cuerpo a tierra, vislumbrando la escena a través de las hojas, Reed se preguntó qué tipo de entrenamiento había tenido su amigo para ser tan silencioso.

A lo lejos se veía gente. Había alrededor de una decena de hombres, vestidos con armaduras y sujetando pequeñas cimitarras. Formaban un grupo al parecer asustado que contemplaba, frente a ellos, a un individuo de estatura considerable que traía una coraza de plata entera, llena de runas y que sujetaba a otro soldado del cuello, levantándolo al menos un metro del suelo. El casco adornado con cuernos impedía que pudieran ver la expresión de aquel imponente hombre, la mirada que clavaba en el pobre joven que era su presa. Las manos, acorazadas también, se abrieron al rato dejándolo caer, y el soldado se desplomó frotándose el cuello lacerado, el aire saliendo silbante por su garganta.

-Vuelve a tu puesto- dijo el de la armadura plateada que antes se había hecho llamar Yeguilex, y el pobre con prisa regresó a la hilera de hombres, quienes lo recibieron con muecas de gravedad.

Reed calculó que aquellos debían de ser mercenarios, a la orden de Fariel. Observó con atención al capitán, intentando vislumbrarlo bien. Mientras los otros enlistados esperaban con expectante curiosidad, este se había quedado quieto como una estatua. Apenas se lo notaba respirar bajo las gruesas placas de su armadura: ni siquiera había bajado el brazo con el que había estado sosteniendo a su subordinado y así mismo sin mostrar ni un centímetro de piel se veía terriblemente similar a lo que el muchacho imaginaba era un imponente golem irguiéndose en la llanura.

-Probablemente son la Milicia de Fariel- murmuró Reaper- Han visto las escrituras en la puerta del Templo, y han llegado a la misma conclusión que nosotros a la hora de encontrar las gemas. Si se nos han adelantado, supongo que algo de tiempo sí nos ha quitado esa ilusión... Sólo espero que ellos sean los únicos que...

La atronadora voz del capitán Yeguilex salió desde el casco de nuevo, interrumpiendo a Reaper y sobresaltándolos.

-¡Ustedes, en los arbustos! ¡Salgan de ahí y arrojen sus armas, o me verá obligado a usar la fuerza en su contra! ¡Les habla el capitán Yeguilex, del Décimo Tercer escuadrón de las Fuerzas Especiales de Fariel! ¡Es una advertencia que no voy a repetir!

El trío intercambió exclamaciones alertas. No habían esperado ser descubiertos en su escondite. En alguna parte de su interior Reed se sintió ofendido, tal si fuera un pequeño en Vant y le acusaran de un crimen que jamás había cometido.

-¿Él puede hacer eso?

-Puede hacer lo que quiera- dijo Reaper sin animarse a salir- Quizás podríamos vencerlos...

Interrumpió su pensamiento una risa suave y cruel, que ambos se sorprendieron al ver pertenecía a Arksinad. El mago miraba con atención a los soldados que formaban en fila, los párpados pesados y la expresión entretenida como si estuviera contemplando una idea.

-Reed, dame tu escudo- dijo luego, y Reed sin dudarle se soltó la cadena con la que lo llevaba, tendiéndoselo tras el matorral.

Su compañero colocó la mano sobre el arma, y murmuró unas palabras para sus adentros. Lentamente, el objeto fue perdiendo consistencia y transparentándose, hasta desaparecer. Al querer tocarlo su mano cayó sobre la tierra seca. Miró a Arksinad maravillado. Pero este seguía espionando al capitán Yeguilex, parado frente al arbusto, impassible.

No, lo que miraba Arksinad no era al enorme hombre de armadura que en cualquier momento ordenaría el ataque si no se entregaban. Lo que observaba era al soldado que había arrojado al suelo y que ahora formaba fila, al hombre que había castigado y que Reed ahora se concentró en vislumbrar, arrancándose una exclamación de su boca.

Ojos verdes, piel cetrina, orejas que se punteaban hacia abajo, no del todo ocultas por el casco, revelando una procedencia distinta a la del resto. Un ahura. Y no cualquier ahura: el mismo que había embaucado su dinero a Reaper e intentado robar su escudo cuando se hallaban en Deneb Algedi.

-Quizás podríamos ganarles- admitió Arksinad, observándolo sonriente, y Reed recordó ahora como la misma bolsa había aparecido sospechosamente en sus manos cuando lo conocieron- O quizás podríamos dejarnos capturar, aprender que conocen ellos del terreno que hay por delante y usarlo para nuestra ventaja. Estoy seguro de que el ahura de ahí no tendría problemas en ayudarnos, si se lo pido.

-¿Son amigos?

-¡Salgan ya!- gritó el capitán Yeguilex, y levantó una mano. Los soldados, al fondo, desenfundaron sus armas.

La comisura de los labios del hechicero se curvó pronunciadamente, lo que le hizo pensar que nada podía estar más alejado de la realidad. Cual fuera la garantía que tuviera de que el ahura ladrón les ayudaría, su confianza tenía un dejo oscuro que no le agradó ni un poco. Reaper asintió con amargura.

-Considerando nuestra posición actual, no nos quedan muchos otros caminos. Lo haremos.

En segundos salieron del arbusto, frente a Yeguilex, levantando las manos en señal de rendición. Tanto él como sus hombres se vieron sorprendidos.

-Vaya vaya- sonrió tras la armadura- Pero miren qué visita tenemos aquí. ¡Ustedes, confisquen sus armas!

Los hombres se acercaron, apresurados por el miedo. Reaper les arrojó su guadaña, y poco faltó para que matara a uno con el lanzamiento. Yeguilex no pareció inmutarse. Arksinad les entregó el báculo, sonriendo. A Reed lo libraron de la espada corta que traía, y luego los palparon. Él no tenía más armas, así que luego de entregar la que le había regalado el capitán pudo observar como tanteaban a los otros dos: sacaron alrededor de una veintena de cuchillos de los ropajes de Reaper, y de la túnica de

Arksinad nada obtuvieron pero Reed pudo ver como el ahura que lo revisaba lo reconocía y parecía palidecer por completo, las manos dando temblores al tocarlo y la expresión ausente de quien pretende con todas sus fuerzas actuar desconocedor. El resto de los soldados se veían extrañados y temerosos.

Sintió como le engrosaban dos gruesos grilletos, el acero helado lastimaba la piel de sus muñecas. Los cerraron dejándole las manos juntas y aprisionadas, y uno de los hombres, a distancia prudencial, sostuvo la cadena. Pudo ver que habían hecho lo mismo con sus dos compañeros, aun con más desconfianza.

-Bien mis pequeños aventureros, supongo que están aquí por la Estrella Oscura, ¿verdad?- se les acercó el líder, aquel hombre colosal. Las piezas de su armadura chirriaban mientras los examinaba: su temor, el odio en la mirada de Reaper, y la sonrisa de Arksinad quien parecía estar disfrutando bastante de lo que ocurría.

-Átenlos sólidamente- ordenó Yeguilex. La voz le sonaba pesada, cargada tras el pesado casco que ocultaba su rostro- Nos acompañarán en nuestra entretenida excursión. Pero primero... ¡Tú! Dime tu nombre.

Se dirigía a él. Se puso firme, sintiéndose de pronto nervioso.

-Reed Id Vant.

Yeguilex no pareció dudar ante la terminación que indicaba su pueblo, así que Reed supuso que o conocía Vant o ni le importaba. Con la reputación que tenía, lo más probable era que fuese lo segundo. El capitán preguntó de nuevo.

-¿Están aquí por la Estrella Oscura?

No respondió. La voz de su interlocutor tomó un matiz de amenaza y Reed esperó un golpe si mantenía aquel silencio.

-Te he preguntado algo. ¿Están aquí por la Estrella Oscura?

Intentó mirar a sus compañeros en busca de ayuda, pero sólo alcanzó a ojear sus perfiles, de expresiones diversas. Decidió optar por el camino honesto. Después de todo, ¿por qué más pasearían por aquella zona?

-Sí.

-Lo que significa que pudieron haber deducido algo sobre las gemas...- el enorme hombre retrocedió dos pasos y se cruzó de brazos, pensativo. Le hablaba a uno de los soldados que estaban a su lado, un veterano larguirucho que portaba un arco y los miraba sin ningún tipo de expresión en el rostro.

Parecieron dialogar por unos momentos, él y aquel soldado de cabello rizado y luego Reed vio a otro adelantarse también para oír la charla, atento siempre a los nuevos prisioneros. Debían de ser sus hombres de más confianza aquellos dos, aunque el segundo que se había separado de la fila tenía algo que le llamaba la atención de algún modo.

-Supongo que estos idiotas nos deberán acompañar en nuestro trayecto- pareció resolver Yeguilex en voz alta- Son demasiado extraños para dejarlos librados al azar. Por otro lado, podríamos utilizarlos para probar las defensas, en caso de urgencia.

-Me parece una excelente idea, señor- murmuró el más viejo, asintiendo.

El capitán ahora se dirigió a los tres con una mirada amenazadora. Sus ojos tuvieron un destello púrpura tras la ranura del pesado casco.

-Caballeros, me complace anunciarles que de aquí en adelante están arrestados bajo reglamento de urgencia por orden del capitán de las Fuerzas Armadas, Yeguilex DaWillse. Con la cláusula de reclutamiento en régimen, los declaro por tanto soldados provisionales del escuadrón. Deberán limitarse a seguir mis órdenes. Cualquier insubordinación será castigada. A mis hombres, por lo general, con una paliza les basta. Pero no crean que voy a ser tan blando para con forasteros. Al menor indicio de un intento de fuga, los haré ejecutar en el acto. ¿Está eso claro?

Arksinad y Reed asintieron vagamente, pero Reaper se quedó inmóvil. El muchacho de Vant movió la cabeza con más fuerza para tapar aquella primera insubordinación, pero al mismo tiempo sentía que aquello era una estafa. ¿Cláusula de reclutamiento? Sí claro, por supuesto. Pensó por algunos segundos pedirle al capitán el Sello de Revocación pero calculó que aquella broma sólo le valdría un golpe en el rostro de una mano que cargaba mucho más metal del que él llevaba encima.

No. Lo mejor era esperar. Hurgó con su mirada gris más allá de su captor, más allá del soldado que había salido de la fila y sus ojos se rozaron con los del ahora ladrón que los miraba consternado. ¿Cuál había dicho era su nombre? ¿Giro? ¿Dito?

-¡Gio!- llamó Yeguilex y Reed agradeció aquel refresco de memoria para sus adentros. El ahora se aproximó presto, evidentemente temeroso tanto del capitán como del cautivo Arksinad- Cuidarás a los prisioneros.- luego volvió a dirigirse al trío- Ha habido un altercado y mis hombres están cansados. La noche se acerca, así que se quedarán por aquí y no molestarán. No querrán que me enfade.

Después de decir esto, arrebató las cadenas que tomaban los grilletes de cada joven, y las dispuso en el suelo juntas. Luego, haciendo gala de una impresionante fuerza, tomó una espada que le tendió uno de sus hombres y la estacó en el piso de tierra junto a las cadenas, dejándolos atrapados. El impulso hizo que Reed casi cayera de bruces. Arksinad también se tambaleó hacia adelante, esforzándose por que el sombrero no abandonara su cabeza.

Estarían solos, justo con quien querían estar. Las cosas marchaban bien. Entonces aquel acorazado humano silbó, y ante su silbido otro soldado acudió, obediente. Vestía una de esas armaduras estándar, no tan imponente como la de Yeguilex.

-Tú, Bullwe, acompañarás a Gio en su tarea de cuidar que no escapen.

O no tan bien. El ahora volvió la vista hacia su nuevo compañero de guardia, definitivamente sorprendido, luego unos segundos hacia Arksinad y luego la fijó en la espada clavada como si fuera un objeto de vital importancia, quedándose allí para hacer guardia.

-Sí señor...- dijo el otro con desgano, y se sentó cerca de ellos, masticando un pedazo de pasto con pereza. Tenía barba rala y ojos castaños. El cabello estaba cubierto por el casco, pero Reed lo adivinaba del mismo color.

Yeguilex hizo una seña y el resto de los suyos se marchó en silencio más allá, en donde asomaba una espaciosa tienda naranja. El hombre llamado Bullwe se lo quedó mirando con expresión ligeramente molesta y pareció murmurar una blasfemia para sus adentros. Ni él ni Gio se dirigieron la palabra mientras contemplaban a la comitiva meterse en la comodidad de esa carpa.

La noche, de nuevo como un familiar manto negro, cubrió el cielo. Aunque en el día la plancha gris formada por el humo tapaba todo, Reed podía ver ahora algunas de las estrellas, puntos blancos iluminando el firmamento como guardianes de los sucesos que se habían ido dando. Se preguntó qué había sucedido con el humo, pero calculó que la montaña no debía estar soltando tanto. Belekraz era a esa hora sólo una masa negra, cuyos límites se fundían con el cielo nocturno para desaparecer por completo. La tienda de los soldados que estaba no mucho más allá del pie de su prominencia en nada se le comparaba.

Le rugió el estómago.

-Muero de hambre...- se quejó, y el soldado que los cuidaba, que parecía haber estado a punto de caer dormido, lo miró estupefacto- ¿El capitán Yeguilex nos deja hablar?

-El capitán Yeguilex no deja hacer muchas cosas en este momento- dijo el hombre con la cara amargada oscurecida por la noche- Pero creo que hablar sí. Sólo no sean ruidosos. ¿Gio, podrías buscar ramas para encender una fogata?

El ahura se puso de pie de un salto, asintiendo. Estaba tan tenso que no parecía similar en lo más mínimo al ladronzuelo que les había robado en Deneb y que tan campante se había salido con ello. Desapareció a lo lejos en la negrura, dejando a los tres solos con su compañero. Parecía desear huir de allí.

Más adelante en la tienda principal el fuego centelleaba alegre y naranja. Allí en cambio, alejados, el frío se volvía dagas que calaban sus huesos. El pobre que los cuidaba se frotaba las manos desesperado y miraba alrededor, intentando encontrar algo con lo que abrigarse, impaciente.

-Sabes, nos sería muy útil si nos contaras un par de cosas- se dirigió Reaper a él con un tono amistoso que le quedaba horrible- ¿Cómo te llamas?

-Me llamo Bullwe, y el resto no es de tu incumbencia. Ahora por favor cállense, que necesito pensar... -dijo mientras se giraba de nuevo y sus palmas se frotaban buscando un calor inexistente- Belekraz, el grano más alto del mundo. Estaba bien durmiendo en la carpa, ¿saben? ¡No es posible que haga tanto frío cerca de un volcán! ¡Gio, dónde estás!

Mientras Bullwe se quejaba por lo bajo sin mirarlos, Reaper y Arksinad intercambiaron miradas. El mago asintió, y se dirigió a su vigilante.

-¿Quisieras escuchar una canción?

Bullwe lo miró con hastío, comenzando a voltearse.

-No es que no crea que cantas como una sirena, pero la verdad es que no estoy...

Apenas el cuello se movió del todo y encaró al mago Reed vio un espectáculo muy poco agradable. La costura que tenía en la boca Arksinad se había expandido, y ahora una larga cicatriz cruzaba todo su rostro, una cicatriz imposible sujeta con hilos negros que se tensaban, que se movían como decenas de gusanos de sombra vivos y fruncían la piel y las heridas abiertas hasta las orejas. No recordaba cuándo su amigo había experimentado tal transformación. Arksinad dejó caer la mandíbula inferior, aún atada, y el soldado enmudeció del terror. La quijada colgante comenzó a moverse sola, tarareando, oscilando por los hilos de arriba como algún tipo de caja musical proveniente del infierno.

Era una canción tétrica e infantil, de la cual Reed sólo podía escuchar algunas palabras, pero todas ellas le producían miedo. Bullwe palideció y quiso retroceder, y varios hilos negros comenzaron a salir de la boca y lengua del mago, quien seguía cantando como si nada. El soldado hizo amague de buscar su sable, jadeó un último pedido de ayuda para su compañero ahura y al rato cayó desmayado.

-Asherat.

La grotesca cosa que era Arksinad ahora se levantó caminando como un muerto, y Reed también cerró los ojos, asustado de su compañero, bajando la vista para no ver aquel rostro cortado y destruido. Aquellos hilos estaban simplemente... mal. Se estaba convirtiendo en un monstruo. El mago acercó las manos encadenadas y tocó la frente de Bullwe. Sus muñecas, pudo notar Reed, también parecían haber sido cortadas y cosidas con hilo negro. Tomó aire y valor para elevar la vista: Arksinad estaba de nuevo normal y sonriente, como siempre, con la herida en la boca pequeña y cerrada continuando la media sonrisa y los hilos en su lugar. Era como si nada hubiera sucedido.

-Has superado mis expectativas, boca-cortada –sonrió Reaper, incorporándose lo máximo que le permitían los grilletes- ¿Qué clase de magia es esa? ¿Una ilusión?

-¿Ilusión?- se sorprendió Reed, comprendiendo que aquel horror ahora tenía más sentido. Era la primera vez que Arksinad le parecía más atemorizante que Reaper, pero

era verdad que cuando el mago se había deformado el ambiente se había puesto extraño, disperso. No lo podría haber explicado con palabras, pero se asemejaba al sentimiento que lo embargaba cuando estaba en la mansión de Mila.

-Parecido- dijo Arksinad retirando la mano de la cabeza de Bullwe, quien de repente respiró calmo, los ojos ahora cerrados en un sueño plácido- Una ilusión es proyectar una magia que confunde los sentidos del adversario. En esta, sin embargo, lo que se hace es traer a la realidad los miedos más profundos del conjurador hacia su víctima.

-¿Tienes miedo de que se te caiga la mandíbula? Caray.

Aunque bromeaba, había algo en el tono de su voz que le hizo entender que en el fondo Reaper también se hallaba sorprendido.

Aquello sumaba nuevos misterios para su compañero hechicero, pero por algún motivo sospechó que no eran misterios que estuviese muy dispuesto a saber. Había algo de turbio, de oculto en Arksinad y aun aunque de nuevo sonriera y hubiera explicado el conjuro, Reed sintió cómo intentaba tapar la anormalidad de aquel momento.

Gio regresó unos instantes luego, con varias ramas entre los brazos y una mirada que mostraba a todos luces el deseo de estar en cualquier otro lado. Se sentó cerca del inconsciente Bullwe, mirando a los tres prisioneros sin decir una palabra y evitando los ojos castaños de Arksinad.

-Lo he puesto bajo mi yugo por un tiempo- le explicó el rubio al ladrón, y luego se dirigió a los otros dos- Lo siento si fue algo escabroso, pero tuve que hacerlo.

La mirada del ahura pasó por el rostro callado de su compañero, ajeno al sufrimiento y al frío que había tenido antes. Luego se desvió casi imperceptiblemente hacia la carpa en donde los otros hombres dormitaban.

-¿Estás pensando en correr y avisar a Yeguilex, quizás?- Arksinad se inclinó hacia el muchacho, sonriendo. Gio pareció espantarse ante la idea y negó, enfocándose en los tres.

-Sé lo que quieren- dijo al fin- Y no planeo enfrentarlos. No quiero morir.

-Es una curiosa manera de reencontrarnos, esta de ahora- comentó Reaper mirando no sin algo de sorna al ladronzuelo, que apenas arrimó una sonrisa. Reed en cambio se sentía más distraído por aquellas palabras. ¿Morir? ¿Por qué aquel joven le tenía tanto miedo a Arksinad?

Como por unos segundos, lo asaltó el recuerdo de que aquel ahura había tenido un compañero humano. Morir.

No quiso pensar más en ello, y de todos modos lo distrajo la voz del sonriente mago.

-Responde nuestras preguntas y todo acabará bien.

Gio asintió, sumiso. A su derecha el inconsciente Bullwe emitió un ronquido profundo con el que casi pareció atragantarse, pero continuó tan desmayado como antes.

-¿Quién es Yeguilex?- preguntó primero Reaper.

-Un humano- respondió el nuevo soldado con un susurro.

-¿Te estás haciendo el listo conmigo?

-Uh, vas a tener que ser más específico- le corrigió el de Cel-Neckar al ex ladrón, que ignoró los insultos de Reaper para hablar al aire, a la noche, enfocado ahora en producir chispas con dos piedras sobre el montonero de ramas que había traído.

-Yeguilex DaWillse es el capitán de uno de los escuadrones especiales de Fariel, concretamente el número Trece- respondió absorbido en aquella tarea, en susurros que dejaban en claro que no planeaba que los descubrieran- Que responde a asuntos exteriores y cuyo mayor exponente es el mismo Unnaon Epsilon.

-¿Tiene Yeguilex bajo su poder alguna gema?- preguntó Reed entonces.

-No- musitó el ahora sonriendo- Aunque oí a Tezca decir que conoce la ubicación de un par de ellas.

No sabían quién era Tezca. Era un extraño nombre, pero debía de ser cualquiera de la otra decena de soldados que quedaban.

-¿Cuántos hombres tiene Yeguilex a su disposición?

Gio tardó en contestar. Cuando lo hizo la forma en que lo dijo tuvo algo errático, pensativo.

-Tres.

La respuesta los extrañó, y causó también que Reaper se aproximara a su supuesto vigilante lo poco que sus grilletos le permitían, amenazante.

-Conté muchos más cuando nos capturaron.

-Sólo tres son soldados de las fuerzas especiales de Fariel, incluyendo a Bullwe aquí presente, a su teniente Leude y a Tezca. Los demás son como yo: desertores, prisioneros forzados o mercenarios contratados.

Era definitivamente llamativo. La Estrella Oscura, la gema deseada por una innumerable cantidad de hombres, el antiguo tesoro escondido por un mago de leyendas que cientos de aventureros habían perdido sus vidas por obtener... Y el gobierno mandaba a cuatro hombres acompañados de mercenarios sin entrenamiento a buscarla. Algo definitivamente andaba mal.

-¿Por qué Fariel no ha puesto más esfuerzo? La Cámara de los Diez estaba tras la joya.

Otra vez Gio se demoró en responder. Había terminado por encender algo de fuego utilizando un ingenioso sistema de girar una rama entre piedras y soplar, y a cada rato le arrojaba hojas o cualquier combustible que lo pudiera hacer crecer. El calor de aquella pequeña fogata comenzó a expandirse poco a poco; débil pero de seguro reconfortante. Cualquier alivio al cruel frío que reinaba era mejor que nada.

-Soy un recién llegado aquí, así que no conozco demasiado. Pero oí hablar a los otros soldados... Por algún motivo, no confían en el capitán como para cederle hombres. Creo que planean que falle, y están buscando la gema por otros medios.

Arksinad y Reed se miraron extrañados. Aquello planteaba algunos giros interesantes a la situación, ¿acaso los gobernantes de Fariel habían enviado a un capitán a su muerte? ¿Con qué propósito? Cual fuera el motivo como para no confiar en aquel hombre, debía ser lo suficientemente importante como para poner en riesgo obtener la Estrella. A Reaper en cambio aquello no pareció llamarle la atención, sino que se enfocó en otra parte de la respuesta.

-¿Quién más está buscando las llaves al Templo?

El soldado novato miró al de Kamui, quien aguardó impaciente.

-Diversos grupos de mercenarios y... los Bellow. Ya se encuentran en lo alto del volcán. Pasaron por alto las dos primeras gemas.

Gio no dijo más, y su mirada se perdió más allá, en la invisible cumbre de la montaña que debían subir mientras tragaba saliva y se frotaba los hombros para protegerse de la intemperie. Reaper y Arksinad intercambiaron ambos gestos desencajados, tomados de sorpresa por lo oído.

Reed no lograba entender nada.

-Pero si...- empezó Arksinad.

-Si ellos buscan las gemas para abrir el Templo tendremos problemas. Muchos más problemas de los que nos pueden dar un par de soldados de Fariel- dijo Reaper y le echó una mirada despectiva al soldado inconsciente que tenía en frente.

-¿Quiénes son los Bellow? ¿Qué hay con ellos? -preguntó Reed sin entender cuál era el motivo de alarma.

Sus amigos lo contemplaron sorprendidos primero, pero luego sonrieron entre sí. Era evidente que la historia de los Bellow era conocida en el gran continente, pero alguien que vivía en un lugar tan apartado como Vant no tenía motivos para estar enterado de ella. Arksinad comenzó.

-Los hermanos Bellow son... Supongo que podríamos llamarlos guerreros muy especializados.

-Caza recompensas- reveló Reaper secamente.

-Los mejores- dijo Arksinad, pero al ver la mirada de desconcierto del muchacho se explicó- Mira Reed, probablemente te hagas a la idea de unos hombres sucios vestidos con harapos y trozos de armadura barata, pero no es así... Su fama es mundial, y son pocos los pueblos que desconocen su existencia. La verdad es que no conozco un sólo reino poderoso que nunca haya pedido ayuda de los Bellow bajo alguna que otra circunstancia. Podrían estar buscando las gemas para venderlas al mejor postor, o incluso podrían estar trabajando para la agenda de algún reino, si es que el secreto se filtró de Fariel.

-O más probablemente, ellos son la verdadera apuesta de Fariel. Tendría sentido que estuvieran tan adelantados.

-¿Tan peligrosos son?

-Bueno, cada uno de los cinco es peligroso a su manera, pero juntos son de temer... Entre sus tropas cuentan con un arquero llamado Dulkir, un mago llamado Dingir que es miembro del Geral, un cazademonios de nombre Deihr, el fuerza bruta, Dorbog, y por último su líder Daivok... Sólo cinco, y sin embargo son renombrados por doquier y los mitos que los rodean son constantes. Se dice, por ejemplo, que su habilidad y fama viene del día en el que el dios Xshathra les concedió sus armas, permitiéndoles ser invencibles, o que sobrevivieron a la plaga de arleri o que pueden leer las almas de quienes los enfrentan. Es probable que ellos prefieran que ese tipo de historias pasen de boca en boca entre los reinos.

-En cualquier caso, aunque no sean invencibles ni mucho menos, sí son peligrosos. Tienen al menos quince años de experiencia cada uno, y experiencia de la buena. Pero ya basta de ellos, boca-cortada, o lo hartarás -masculló Reaper, mucho más taciturno- De lo que tenemos que ocuparnos ahora es de ese imbécil de Yeguilex. - Señaló a Bullwe no sin nervios.- ¿Qué vas a hacer con este?

-Supongo que lo liberaré de la hipnosis. He debilitado su mente y no creo que recuerde nada de esto. Podré forzar su dormir cuando se me antoje, si es necesario.

-Perfecto- Reaper los miró con sonrisa conspiradora, una sonrisa que se esfumó al ver a Gio- ¿Y tú?

El joven ahora levantó las dos palmas hacia arriba, en señal de rendición, y mostró las llaves que tenía. Eran las de sus esposas. Reaperladeó la cabeza y el ladronzuelo se las guardó con un movimiento, atreviéndose a sonreír.

-Yo no he oído nada; mis orejas no son redondas como las tuyas y no dejan pasar bien el sonido. Y además, a veces tengo lapsos en los que decido liberar a los prisioneros, si lo encuentran necesario.

Entre los tres decidieron armar un plan esa misma noche, un plan en el que arrastraron a Gio y sobre el que este no se atrevió a protestar.

No era un asunto complicado, al fin y al cabo. Su idea era simplemente el actuar como prisioneros de aquel escuadrón farielense cuanto tiempo fuera necesario, aprovechar la información que los soldados tuvieran y robar las gemas paulatinamente, cambiándolas por falsas que pudiera crear Arksinad. Luego sería el utilizar a Gio para abrirse paso fuera del alcance de las tropas. Era arriesgado, pero Reed no tenía ninguna idea mejor. Cuando inquirieron a Arksinad sobre las réplicas, el mago conjuró en su

dedo una sustancia rojiza que fue creciendo y tomando consistencia hasta tener el tamaño y la forma de un rubí.

-Cuando vea las gemas podré tener una idea de cómo hacerlas, pero la habilidad, sí, la poseo- comentó comiéndose la joya de un mordisco. Le pareció por un momento que estaba hecha de sangre, aunque terminó atribuyéndolo a todo lo tenebroso que había visto aquella noche.

-Perfecto. Le dejaremos a ese idiota las falsas, y nosotros esconderemos las originales, todo gracias a nuestro amigo aquí –señaló al sonriente Gio- Luego le pedimos que nos libere, huimos de los hombres de Yeguilex y subimos a lo máximo del volcán...

-...hambrientos, cansados, con los soldados de Fariel atrás y estos legendarios mercenarios Bellow por delante- rio Reed- A este punto, ni siquiera yo puedo tener un peor plan.

-Que va- dijo Reaper, y Arksinad rió. Las luces en la tienda principal se habían acabado, y los tres se tendieron en el suelo lo máximo que les permitían los grilletes.

Gio chasqueó la lengua, avivando un poco más el fuego y se tendió junto a su compañero soldado, que ya roncaba a pierna suelta. Al cabo de un rato oyeron los propios ronquidos del ahura añadirse a los del otro en un ruidoso concierto.

Al menos, pensó Reed, aquello era algo que todas las razas tenían por igual. Todos dormían, ya fueran humanos, ahuras, dragones o demonios. Reaper se estiró a su lado, quizás ya inconsciente también por la larga jornada, pero él halló difícil caer dormido. El suelo estaba helado y duro, y el saco rojo que traía se movía con el viento de un lado a otro, molestándolo con la capucha. Los grilletes también eran un problema, la cadena pesaba fría contra su cuerpo e incomodaba cualquier posición que pudiera intentar para conciliar el sueño. Añoraba su cama de Vant, blanca e impecable.

Estuvo una hora intentando entregarse al descanso en la oscuridad, procesando todo lo que había ocurrido: sus nuevos compañeros, la ilusión de aquella bruja Mila, la transformación de Arksinad, los hombres que los habían capturado y también lo que Gio había dicho sobre los mercenarios que les adelantaban camino en la montaña. Era demasiada información, quizás demasiado había pasado muy de pronto y la excitación que solían darle aquellas cosas se mermaba lentamente con el sueño, con un sueño lento y pesado, que llegaba con dificultad pero prometía verdadero relaje.

Bullwe eventualmente dejó de roncar. Al cabo de un rato, Arksinad dio un alarido y se levantó de golpe, sobresaltado. No supo por qué, pero Reed prefirió hacerse el dormido. Vio de reojo como el mago respiraba en agitación y se dirigía la mano hacia el pecho, con malestar. Luego se tendió de nuevo, con la respiración moderándose, y se volvió a dormir apacible coreado por los estertores de Gio. Reed no pudo evitar sentir pena.

¿Tendría pesadillas Arksinad, quien siempre parecía tan dispuesto y feliz? No pudo sacarse esa pregunta de su cabeza, hasta que lentamente volvió a entregarse a los brazos del sueño, que lo llevó de vuelta con Scarrow y su pueblo.

8. El Camino Eterno

Sentía un vago dolor de cabeza, al menos de un lado. Se encontraba en su casa, y Scarrow le hablaba. No podía entender nada de lo que le decía. El hombre continuaba su persistente perorata, pero él no podía escuchar su voz, lo único que poblaba su cabeza era un zumbido, uno que iba poco a poco en aumento.

Quería escuchar a su maestro, que le gritaba con desesperación, pero el sonido ocupaba toda su cabeza, cada vez más fuerte, llenaba cada percepción de su realidad dejándolo en un estado mudo, insoportable y al mismo tiempo helado, queriendo escapar o entregarse a aquella sensación cuanto antes para no volverse loco por la misma inconsistencia de lo que ocurría.

Pronto comenzó a tener miedo. Había algo escondido en aquel insoportable chillido, algo que le quería hablar, algo fuera de ese mundo onírico, fuera de Scarrow y de su situación, pues él sabía que no se encontraba en Vant, sino mucho más allá.

Pero no quería escucharlo. Sabía que lo que le diría la voz que se ocultaba en el estruendo lo aterrorizaría. Scarrow pareció dar un grito frente a él, y el sonido se elevó por los cielos, entonces la habitación se iluminó de verde y su viejo amigo cayó sobre la mesa, muerto. Reed no se lo creía, y lo intentaba zarandear, sólo para descubrir que el cadáver era ahora el de su padre, tendido ahora con los ojos abiertos de par en par y la boca cosida por hilo negro.

No se sentía intimidado por ello, pero sí extrañado. Era, después de todo, un sueño; pero tenía algo de real, como todos. Sintió –presintió– que alguien se acercaba a sus espaldas y se volteó: allí estaba su hermano menor, Cax, vestido de idéntica manera a Reaper. Movía la boca como Scarrow, y tampoco emitía sonido, pero esta vez palabras se superpusieron a esa imagen, palabras pronunciadas con la voz profunda y cavernosa del dragón, directamente en su mente.

-Soy su amo ahora.

Abrió los ojos, despertando por la vibración del suelo, y con el sueño –la última frase en concreto- aún rondándole la consciencia. No sentía temor, pero sí una sensación vaga, similar a un vacío en el estómago. Con otra vibración, el piso se sacudió y él se obligó a ponerse boca arriba, para quitar la incomodidad de haber tenido el rostro aplastado contra la dura tierra durante toda la noche. Supuso que eso le había generado la sensación de dolor en aquella visión. Podía también percibir la presencia de una persona rondando, y por la dureza y el peso de los pasos con los que acechaba no le costó deducir que se trataba del capitán Yeguilex, por lo que prefirió evitarse nuevos movimientos.

El cielo, sobre sus cabezas, otra vez estaba completamente lleno del humo de la mal llamada montaña Belekraz.

Se inclinó tan poco como podía –tenía miedo de que sus grilletos chirriaran de moverse demasiado- y les echó una ojeada a sus compañeros. Ambos dormían plácidamente: debía ser temprano. Así, bajo la tenue luz de ese oculto sol, le parecieron demasiado jóvenes, como niños recién salidos de sus hogares. Era sin embargo algo difícil de considerar, y más porque posiblemente le llevaban años de edad.

-Lindo lugar para recostarse, puedo verlo.

La voz serena y al mismo tiempo burlona de Yeguilex le llegó a la nuca, y aunque lo esperaba, se sobresaltó. El capitán había actuado demasiado callado hasta ese momento, observándolos. Notó que su comentario no estaba dirigido a ninguno de ellos, pues el enorme hombre los pasó de largo, y, las manos en la espalda, descargó un débil puntapié en el costado de Gio, quien se levantó azorado.

-¡Señor, sí, señor!

Yeguilex pareció reír de buen humor, y Reed exhaló para sus adentros. Temía que la magia de Arksinad no hubiera funcionado del todo bien, pero pudo notar que Bullwe apagaba las cenizas en silencio al otro lado, sin haber reaccionado de manera alguna. Eso, o aún estaba siendo presa del shock por el terror que había experimentado.

-Gio- dijo Yeguilex, con un tono que variaba entre condescendiente y autoritario- Nos hemos preparado para dejar el campamento y tú y Bullwe se han quedado dormidos sin contribuir en lo más mínimo. Ni siquiera veo que hayas vigilado a nuestros prisioneros.

-Yo...

-No te he preguntado nada- le cortó con frialdad, y señaló la tienda naranja con la mano acorazada- Quiero que limpien esa basura, y quiero que lo hagan rápido e impecablemente. Les daré media hora.

Gio pareció estar a punto de protestar, pero prefirió mantener la boca cerrada. El soldado llamado Bullwe, sin embargo, se despezó como acostumbrado a aquello y observó el lugar sin mucha emoción mientras se rascaba la barba rala. Yeguilex ahora señaló a los prisioneros, y Reed pudo ver de nuevo unos ojos violáceos bajo el yelmo de plata.

-Claro que, si lo deseas, puedes pedirle asistencia a nuestros amables invitados- hizo un gesto hacia Reed, quien los miraba callado y con los ojos abiertos- Aunque no me fiaría mucho. Entre ellos es reconocible la presencia de un kamuita, un bárbaro apenas educado que no podría diferenciar entre el trabajo honesto y un atraco.

-Por lo menos no nadamos en escupitajos, como la gente de Fariel- retrucó Reaper con los ojos cerrados, tal como había hecho con él la primera vez que se conocieron- Ni nos escondemos como niñas bajo armaduras de plata.

Reed se esperó lo peor, pero el capitán no contestó. Se quedó en silencio durante un momento y luego, a pasos lentos que hacían vibrar el terreno, avanzó hacia Reaper. Levantó el pesado pie de metal sobre la cabeza del prisionero, pero antes de que pudiera

descargarlo el otro giró justo a tiempo, dejándolo con las ganas. Yeguilex, aún sin hablar, quiso intentarlo de nuevo, pero en cuanto alzó la rodilla Reaper dio una vuelta sobre la espada, enganchando su cadena con la armadura de su enemigo y haciendo que se tambaleara y cayera hacia abajo, justo en donde la tierra estaba más blanda.

El otro se incorporó, hecho una furia, y esta vez Reed sí temió por su amigo. Yeguilex parecía un minotauro, toda su armadura chirriando del enojo, y Reaper en cambio estaba atado, indefenso, totalmente indefenso.

-Tú... pedazo de rata callejera...- murmuró el militar, presa de la furia- Te atreviste a... Voy a mostrarte quien es el gran Yeguilex...

Se acercó hacia el incapacitado Reaper, quien había cambiado su anterior expresión triunfal por una mirada de guardia. La mano extendida del capitán se dirigió hacia él con lentitud, pero en vez de sujetar a su enemigo tomó la espada que tenía las cadenas y, con la misma fuerza que antes, la desenterró liberándolos. Luego arrojó el arma a los pies de Gio, logrando controlar su temple.

-Ayudarán a Bullwe a limpiar la tienda, escorias. No intenten nada extraño. Mis arqueros son muy capaces. Mi teniente, por ejemplo, puede acertarle a un pájaro en pleno vuelo sin importar la distancia. Ustedes serían un blanco más sencillo. Una vez terminen se presentarán ante nosotros. -dirigió una mirada irrisoria a Reaper, y se encaminó hacia el resto de la tropa- Gio, tú sígueme.

Reed y Reaper se miraron, y Bullwe se incorporó y estiró, preparando al instante una mochila para el viaje. No parecía tener ningún recuerdo del hechizo de Arksinad, ni tampoco parecía de los que tenían interés en recordar esas cosas. Gio pasó entre ellos, tomando la espada que le había tendido Yeguilex, y se la ciñó no sin algo de escondido orgullo en el cinturón, al tiempo de que Bullwe se calzaba una pequeña parte de armadura con hombrera, y luego se colocaba el casco.

-Sean cuidadosos con él- el ahura habló por lo bajo, haciendo un elocuente gesto hacia el apático soldado- He notado que no es lo que parece.

¿Y quién lo es? se preguntó Reed, pero decidió hacerle caso a aquel nuevo aliado que tenían. Gio caminó tras Yeguilex perdiéndose en la lejanía y ellos se voltearon hacia el otro, que preparaba sus cosas sin dirigirles ni una sola mirada.

-Despierten a su amigo el dormilón y síganme. No sé exactamente cómo van a hacer para ayudarme con las manos encadenadas, pero algo habrán de lograr.

Reaper se inclinó sobre Arksinad, pero antes de que hiciera nada, el mago abrió los ojos de inmediato y se sentó, tanteando con casi desesperación su sombrero, hasta que lo halló en el suelo y con dificultad lo colocó sobre su cabeza. Ante la mirada inquisitiva de Reed, comentó.

-Ya entenderás cuando te diga que este sombrero es mi vida.

Bullwe tomó los tres extremos de las cadenas para sujetarlos sin mucho cuidado, y los condujo en línea recta hacia el campamento, la espaciosa tienda naranja que se sacudía frente al viento. Había varios rastros de ceniza dispersos por el suelo, pruebas evidentes de la presencia de aquella comitiva, algunos todavía no del todo apagados. El hombre suspiró y dejó caer las cadenas contra la tierra, para luego vagamente señalarlos.

-Ya que no pueden usar las manos, usen los pies y limpien la evidencia.

Luego los miró como si fueran completamente irrelevantes y los dejó a su suerte, disponiéndose a guardar la tienda y limpiar las cosas con presteza.

-No... parece muy aplicado- rio Reed ante el voluntario descuido de Bullwe, pero Reaper estaba serio.

-Sabe que no nos podemos mover de aquí. Si lo que Yeguilex dice es cierto, estamos en la mira. Santo Spenta, menudo idiota. Apenas puedo contenerme para no matarlo a golpes.

-Pero... ¡si es el gran Yeguilex!- exclamó con humor, al tiempo que levantaba los codos lo más posible y hacía gestos imitando al capitán. Arksinad rio. Reaper no pareció encontrar aquello gracioso, y Reed optó por hablar de verdad, mientras barría las cenizas con la bota- Puedes estar tranquilo Reaper, estoy seguro de que obtendrás tu venganza. Y no creo que ese Yeguilex sea tan fuerte como aparenta. En un uno contra uno, él de armadura y tú encadenado y sin armas, lo has manejado bastante bien.

-Eso es el futuro, que ya veremos- dijo Arksinad, e hizo un gesto hacia el pie de la montaña en donde Yeguilex los esperaba. Los otros también observaron allí y pudieron ver al resto de la tropa de mercenarios del capitán, en donde los otros dos hombres de confianza –el larguirucho y aquel otro extraño- desde la lejanía alzaron una mano en una seña no del todo amistosa.

Los estaban observando.

Reed tragó saliva y se volvió a Arksinad, que asintió levemente. Lo mejor sería andarse con cuidado, no despertar sospechas que pudieran ponerlos a ellos o incluso a Gio en problemas. Reaper también parecía haberse percatado de las miradas clavadas en su espalda incluso antes y se volteó hacia Arksinad, hablándole por lo bajo.

-¿Crees que alguno de ellos sea un mago?

Era una posibilidad interesante y abrumadora. Además de tener el escudo –en donde fuese que Arksinad lo había guardado- tener a un buen practicante de magia era otra de las ventajas en las que podían confiar.

El joven rubio vaciló unos segundos, negando.

-Es posible. Pero lo dudo. Sentiría esa clase de poder.

-¿No pueden ocultarse acaso, ustedes los magos?- la pregunta de Reaper rompió el susurro, encarándolo con incredulidad- ¿Ocultar su poder, o el hecho de que no envejecen?

Aquello último hizo que el otro abriera los grandes ojos de par en par y pareciera a punto de escupir, tentado. Infló las mejillas y dejó salir el aire mientras en vano intentaba sujetar el sombrero sobre su cabeza, casi tumbado por el repentino movimiento.

-Supongo que en Kamui no tienen demasiados magos, pues es una afirmación bastante inocente- rio Arksinad- Menos de dos décadas y aún envejezco normalmente, como la mayoría. No conozco a muchos que hagan lo que tú dices.

-Scarrow ciertamente no- saltó Reed, satisfecho de poder saber algo por fin que uno de sus compañeros no, y pateando los últimos trazos de cenizas.

-¿Entonces es mentira?- insistió Reaper, curioso- ¿Los magos no envejecen lento? Tenía entendido que la gente de Cel-Neckar vivía mucho más tiempo.

Más allá Bullwe continuaba solitario su trabajo, sin decir una sola palabra. Parecía haberse olvidado de los prisioneros por completo, y ponía su atención principal en desatar y desarmar con velocidad todos los postes que habían utilizado para armar la carpa, bostezando a cada momento y restregando los ojos entrecerrados y ajenos.

-Pues el mito es falso, pero tiene bases. Mi maestro Vannael –una mueca, de sonrisa o tristeza cruzó la cara aniñada de Arksinad- ha vivido mucho más que muchas personas, y sin embargo, parece conservar la postura y se presume que tiene un aspecto joven. También en Fariel hay un anciano, del consejo, que debe tener casi ochocientos años, pero muy poca memoria sobre el pasado. Es un viejecillo simpático de nombre Dordo.

El nombre le sonó, pero no pudo asegurar de dónde. Arksinad prosiguió.

-Ambos dicen haber conocido a Albion... y hay otros ejemplos como Audula, la mujer que nos cruzamos cuando fuimos a Cel-Neckar.

-¿Esa bella joven?- inquirió Reaper.

-Sí, bueno, no tan joven.- Arksinad logró rascarse la cabellera tras el sombrero- Creo que tiene ya casi una cuarentena de años, pero usa magia para ocultarlos. Como ven, todos ellos contribuyen a incrementar las leyendas sobre los magos con inmortalidad o medios parecidos.

Reed conocía de esas leyendas por boca de Scarrow. Se hablaba, según le había contado, de que los altos muros de Cel-Neckar en algún punto de su creación habían comenzado a albergar a los míticos habitantes de la perdida Ciudad Dorada, personas que no pertenecían a ninguna de las razas del globo y que habían sido bendecidas por los mismos dioses. Eran seres extraños, que no hablaban la lengua común y cuya sangre no había hecho más que diluirse durante los siguientes cientos de años, perdida su historia ya para siempre. La ciudad de los magos se alzaba como un estandarte para quienes precisaban ayuda y Vannael, —en ese entonces sólo rey- había recibido de las divinidades el don de la inmortalidad y un poder inigualable por haber mostrado la piedad y misericordia necesarias como para albergar a aquellos extranjeros, y por ello continuaría con vida todo el tiempo que durase su reinado entre los ilustres corredores de Babel.

A él la historia le había encantado, más aun sabiendo que su maestro conocía a aquel hombre.

Reaper en cambio no la halló tan tentadora.

-Pues qué diablos, eso es ser viejo- suspiró al escucharla allí- Funda un reino, y aún sigue reinándolo. Odiaría caer en ese tipo de responsabilidad.

-Hablando de responsabilidad- notó Reed, decepcionado- Creo que Bullwe ya está por terminar.

El soldado pasó frente a ellos sin mirarlos, arrastrando los postes de la tienda ya desarmada. Los tres lo vieron y luego ojearon hacia la base de la montaña, donde los esperaban el resto de sus captores.

-Has hecho un buen trabajo con aquella tenebrosa magia tuya, boca-cortada- le felicitó Reaper- No parece recordar nada.

El mago asintió, pero luego añadió, con un dejo de duda.

-Parece ser más inteligente de lo que demuestra. He vaciado los recuerdos de ese momento y creo que si intentara acceder a ellos pensaría que cayó dormido o lo tendría difuso pero...

Reed les chistó: un soldado —el mismo extraño enlistado que era de los principales de Yeguilex y que Gio había llamado Tezca- corría bajando la montaña, en su dirección. Se tensaron pero el hombre se dirigió hacia Bullwe, quien lo miró llanamente, y los dos comenzaron a hablar animados. El militar los señaló un par de veces y luego su custodio pareció asentir, le tendió la tienda a él, y se dirigió hacia ellos. Los tomó de las cadenas y los condujo sin decir nada, siguiendo a su compañero hacia donde el capitán y los demás los esperaban.

Teniéndole al frente, siguiendo su paso apresurado por los terrenos abruptos, Reed intentó deslucir qué era lo que aquel soldado tenía que le resultaba tan llamativo. Era quizás algo de su forma, de su modo de caminar, algo que...

El tal Tezca se volteó, mirándolo de reojo. Con la cercanía, el casco dejó adivinar el contorno suave de un rostro femenino, y su cuerpo pareció cobrar otro sentido ante los ojos del muchacho, las formas de mujer bien disimuladas por los ropajes y la armadura que llevaba.

-Oh.

La joven lo ignoró y señaló más adelante, en donde los otros esperaban. Se hallaban en formación lineal, con Yeguilex al frente, erguido, las manos tras la cintura como de costumbre y vistiendo la brillante coraza plateada. El líder se detuvo, pasó por alto a Bullwe y los inspeccionó, deteniéndose más de lo necesario en Reaper, quien lo miraba con inocultable odio. Luego dio media vuelta, y señaló frente a ellos: sus subordinados habían marcado con tierra roja una enorme cruz en aquella porción de la base de Belekraz.

Entonces habló, de espaldas.

-Caballeros, lo que estamos por lograr ahora sólo se ha cumplido en sueños de poetas. Ricos, pobres, malignos o benignos, sabios o estúpidos, la promesa de gloria y fama atrajo hombres a esta leyenda, y el deseo de obtener lo que alguna vez un héroe escondió hizo mella en los corazones de muchos, consumiéndolos. Pero, como saben, para ellos la victoria fue sólo una fantasía. Para nosotros, la victoria será una realidad. Seremos los protagonistas de esta historia. Lo que haremos aquí, comenzando desde este instante, será contado de boca en boca de abuelos a niños, será registrado en los anexos del Castillo de Faudó, será rescatado como una proeza que los mentores narrarán a sus alumnos. Cientos de mentes anhelarán haberlo compartido. No recordarán nuestros rostros, nuestros nombres ni nuestras voces. No recordarán más que nuestras acciones, y estas le llenarán de orgullo. Y todo eso significa nada.

Los soldados oían en silencio, incluido Gio cuyos ojos estrechos de ahora se iluminaban al oír las palabras del capitán. Reaper no dejaba de desafiar a su captor con la mirada, en cuanto Reed y Arksinad estaban ocupados intentando desentrañar el misterio de aquella cruz.

-El deber es el primer y único paso de cualquier hombre- enunció Yeguilex mirando de reojo a Reaper- Nada somos por nosotros mismos, perdidos en el mar de la muerte; sino que son los códigos los que guían el flujo de nuestra existencia, como nación, como hombres. Forjar y reproducir esos códigos es lo que nos asegura un valor dentro del espectro de las cosas. ¿Pero quién dicta esos códigos, más que quien tiene el poder? Actualmente, el poder reside en mis manos.

Había dicho la última frase de tal forma que pudieron adivinar el inicio de una sonrisa tras el pesado casco que ocultaba sus facciones. Reed miró alternadamente a Yeguilex y a la cruz, comenzando a comprender.

»Como no quiero que los esfuerzos que me han llevado hasta aquí se desaprovechen, les pido que sean cuidadosos. Las gemas, como se puede deducir, han sido dejadas por el mismísimo mago Albion del cual las leyendas hablan, el que cerró el Templo del Centro del Mundo y trajo a este mundo los tesoros de la Ciudad Dorada. No esperen que sea fácil. No bajen la guardia ante nada, por más fiable que parezca. No teman. Sean valientes, hombres de Fariel. Y para nuestros prisioneros –se dirigió a los tres- es un placer tener que decir que...

Los soldados seguían escuchando, con seriedad, y Yeguilex alzó su arma, la pesada maza, brillante como su armadura. Dio un poderoso golpe con ella hacia el centro de la cruz marcada en la ladera de la montaña. El impacto produjo una vibración resonante, y luego de a poco, como si se hubiera librado de un trabajo eterno, la tierra de aquella parte de la ladera comenzó a hundirse, dejando una abertura tan negra y absorbente como un pozo ante la mirada atónita de Reed, Reaper y Arksinad, las exclamaciones ahogadas de los soldados y la sonrisa campal y triunfante de Yeguilex.

-...ustedes serán los encargados de ayudarnos en esta.

El golpe de Yeguilex había abierto una entrada bastante amplia, y el muchacho no pudo dejar de preguntarse cómo era que el capitán se había logrado enterar de la ubicación de la gema. Reaper le dio una explicación desdeñosa mientras se apresuraban en la fila para ingresar.

-Lo más seguro es que tenga contactos más inteligentes o que uno de sus soldados lo haya calculado. Pero ni a él debería haberle costado. Un especialista podría haberse percatado de en qué sitio la tierra estaba removida. Después de todo, es seguro que Albion ya ha estado aquí antes.

Los interrumpió el tironeo de las cadenas, ya que Bullwe, a una muda orden de Yeguilex, ahora los conducía encabezando la marcha adentro de aquella cueva. Lo primero que fue claro al ingresar fue que, para su alivio, el frío glacial de afuera dejaba paso a una calidez mórbida, que crecía con cada paso dado. La oscuridad se pegaba a ellos con saña, ignorando las antorchas que Bullwe y los otros soldados encendieron para iluminar un trayecto que descendía cada vez más. En la negrura, y llevando cadenas, tropezar hubiera sido un asunto sin gracia. Reed se preguntó cuánto más podría llegar a incrementar el calor, considerando que atravesaban la base de un volcán. Luego cayó en la cuenta de que Belekraz era gigantesco, y apenas debían de estar cosquilleando sus primeras capas. Si el frío no los perseguía, era por el abrigo de la tierra y no por la lava que pudiera existir en sus entrañas.

Entonces pensó en las bestias legendarias: Behemoth de la tierra, Ziz de los vientos, Krakken del agua y Leviatán del abismo. ¿Existía la posibilidad de un lago subterráneo dentro de aquella inmensidad? Alguna vez Scarrow le había hablado de los hogares de los dragones, en donde grandes piscinas de lava se formaban en cuevas para que los Grandes Señores bañaran sus escamas. Pero al menos quería creer que no iban a hallarse con ningún dragón en ese trayecto.

Se sintió reconfortado por este pensamiento –y el recuerdo de su maestro- y siguió avanzando, meditabundo. Poco a poco los mercenarios de Fariel también comenzaron a encender antorchas para ver en la oscuridad, y la cueva se fue llenando de puntos luminosos que destellaban sobre las paredes de piedra. Yeguilex avanzaba recto sin ninguna llama, mientras que a su lado su teniente Leude, aquel hombre delgado y de cabello enrulado levantaba una bien alto para guiar la procesión.

Los pensamientos de Reed fueron interrumpidos al sentir una fuerte vibración que resonó entre todos. Era un zumbido que se propagaba por el suelo y las paredes, un leve temblor que cada tanto lograba forzar escombros fuera del techo. Algunos soldados se detuvieron y miraron acobardados a su capitán, pero Yeguilex ni se inmutó.

-Recuerden lo que les hablé. Avancen.

Los hombres juntaron valor y siguieron, las vibraciones más fuertes con cada paso dado. Al final se vislumbraba una luz anaranjada, la salida de aquel túnel que con tantos nervios cruzaban. Pronto todos se encontraron trotando hacia esa promesa, oyendo el retumbar de las pisadas y chisporroteo de las antorchas, hasta que cruzaron el umbral y se encontraron en una gran caverna en la que una esfera brillante flotaba e iluminaba con el poder de un atardecer, cansando la vista que se posara en ella.

-Magia- dijo Arksinad y le brillaron los ojos- Y no de cualquier tipo. Si esta es magia de Albion, ha estado trescientos años o más en existencia. Es magia eterna.

Reaper silbó con admiración, pero luego los dos dejaron de ver las luces para concentrarse en lo que les señalaba Reed y Bullwe inspeccionaba. Yeguilex y Leude lo habían divisado también, y lo seguían con interés. Pero para el resto de los que allí estaban, su presencia sólo fue obvia con el siguiente temblor.

Bajando el mirador en donde se hallaban, descansaba una curiosa construcción. Era una plataforma circular, formada por enormes baldosas de terracota oscura, dispuestas asimétricamente. En el medio de la plataforma un pequeño pedestal se erigía, y sobre él había una estatuilla de arcilla: representaba un animal gordo y cuadrúpedo, de grandes mandíbulas y dientes separados y redondos, sin cola y con orejas casi inexistentes. En la boca aprisionaba una esfera opaca, de color rojo apagado.

-¡La gema!- bramó Yeguilex reconociéndola, pero luego volvió a poner su concentración en el monstruo que la rondaba y que pocos todavía podían distinguir.

El Behemoth era idéntico al su estatuilla de arcilla, con la diferencia de ser enorme y tener los ojos ciegos, prácticamente invisibles como las orejas. Desde que llegaron había estado avanzando frente a ellos, pero su piel, de color marrón oscuro como el cuero, se camuflaba tanto con el entorno que aun con su tamaño sólo el poder de sus pisadas delataba su presencia. Sus patas eran gruesas, sucias por la terracota y provistas de dos filosas pezuñas. Jadeaba y su aliento pasaba a través de una amplia boca de dientes grandes, separados y amarillentos: no había duda que una sola mordida de aquella mole bastaría para aplastar a cualquier ser, animal u hombre.

-Es real- exclamó Reed maravillado, y Bullwe, sin proponérselo, le asintió.

Aunque los demás soldados ya lo habían localizado y cuchicheaban asombrados, el monstruo no dio señas de darse por enterado. Dio otro paso, lento y seguro y el suelo -toda la caverna- retumbó en el impacto. Con cada vibración seguía un camino, patrones irregulares a través de las baldosas, una tras otra, jadeando con pesadez y con la lengua asomando por los gruesos labios. Parecía una acción desesperada pero, como por arte de magia, cada cuanto unos gotones de agua pura caían filtrándose del techo a su sucio hocico, gotones que bebía con tanta pereza como caminaba.

-No puede dejar de darme lástima- suspiró Arksinad ante aquel espectáculo- Por lo que sabemos, hace tres siglos que vaga en esta caverna sin rumbo.

-Es increíble que aún se mantenga vivo- se impresionó Reaper, y luego aclaró- Aunque claro, he escuchado las leyendas sobre esta criatura. Según dicen, podría estar mil años sin alimentarse ni beber. Este pobre diablo; sin embargo, sí me parece algo exhausto.

Reed notó que la soldado mujer también observaba al animal con atención, sus ojos brillando más de lo normal. El colosal cerdo seguía ajeno a los visitantes, dando sus estruendosos pasos con desesperante lentitud. Ignorando la contemplación embelesada del resto Yeguilex le hizo una seña a Gio, quien buscó con prisa algo en sus ropajes: una delicada llave de acero para los grilletes. El capitán miró a los tres uno por uno, para luego indicar.

-A esto han venido, ¿no es así?- encaró a Reaper, y se sostuvieron la mirada- Ya que quieren las gemas, no veo por qué no deben arriesgarse por ellas. Levanta tus manos.

El kamuita obedeció sin dignarse a bajar la vista mientras lo liberaba.

-Denle su arma- ordenó Yeguilex, y un soldado se aproximó presto y depositó la guadaña en las manos del guerrero, quien estaba examinándose las muñecas. Reaper tomó el arma y sonrió, sintiéndola de nuevo al tacto, fría y letal. Dio un último vistazo colmado de odio hacia el capitán y, ante la mirada expectante de todos se acercó al borde del mirador, escudriñando el círculo de baldosas y al Behemoth que defendía la gema. Suspiró, con la guadaña lista para pelear contra la bestia, y de un salto cayó sobre

la primera baldosa, pisándola con ambos pies. Se quedó un rato esperando, pero nada sucedió.

El Behemoth dio otro paso, hacia el costado, acercándose un poco a Reaper. Este, más confiado, caminó con menos preámbulos hacia la siguiente baldosa; pero en cuanto su bota la rozó el techo se abrió dejando caer una roca puntiaguda como una espina.

-¡Santa Ianna!- juró, saltando a la zona anterior donde el terreno continuaba firme.

-¡Reaper, creo que hay trampas!- no pudo evitar gritar Reed. A su lado Arksinad dio una carcajada.

-¿Se te ocurre?

Todos contemplaban ansiosos el espectáculo, Bullwe con un gesto de aburrimiento en unos ojos claramente atentos, Yeguilex severo como siempre entre sus hombres; Arksinad con aspecto de estar divirtiéndose y Reed con expresión preocupada. El Behemoth dio otro paso un poco más cerca de Reaper, encaminándose hacia el pedestal con la gema. El guerrero tomó su guadaña por la punta y, precavido, tocó la baldosa que estaba a su derecha con el filo. La misma tembló y se desplomó, hundiéndose en un foso. Reaper chasqueó la lengua y luego hizo lo mismo con otra, sólo para ver como su arma era sorbida por un lodo cuasi sólido, la succión casi llevándosela. Con desesperación y el esfuerzo de ambos brazos la logró librar, pero tal fuerza lo obligó a caer contra otra de las baldosas, que por suerte no cedió.

El Behemoth estaba cada vez más cerca, por lo que sujetó la hoz con firmeza, sin querer darle la espalda. La distancia era fácil de recorrer para cualquiera de ambos. Pero en cuanto lo pudo ver directamente, el joven abrió los ojos como platos y habló en voz alta.

-¿Por qué no cae?

Nadie comprendió lo que decía. Reaper se volvió a sus observadores.

-Esta bestia debe pesar cincuenta veces lo que yo, ¿y no cae en ninguna de las trampas?

Con un chasquido general, todos cayeron en la cuenta de lo mismo; de que el Behemoth, con su eterno camino, no era el peligro a superar allí sino el guía para abrirse paso en esa terrible prueba. Su irregular sendero no era más que el único indicado si uno quería obtener la gema, trazado con años de paciencia, de pasos letárgicos, por el entrenamiento que quien lo hubiera encerrado le había dado para sobrevivir a aquel calvario. Se cruzó en la mente de varios la idea de que Albion no había sido muy piadoso con aquella criatura.

Reaper decidió imitarlo. Pisó la baldosa que había pisado la bestia, y nada sucedió. Fue así lentamente, siguiendo el camino marcado por aquel ser al mismo ritmo, como una danza lado a lado, terrenal y constante como los movimientos del mundo. Hubo un momento en que estuvo casi al lado de su guía, y su mano encontró apoyo en su lomo. El animal se detuvo un rato, jadeó y luego siguió avanzando.

-Esos dientes son planos. Dudo que siquiera pueda masticar carne- notó él.

Estuvieron así un buen rato, debido a la lentitud del proceso. Cuando se percataron de que lo importante de la prueba había sido resuelto, muchos de los mercenarios tomaron la confianza de sentarse para observar con más comodidad el letárgico camino hacia la primera gema. Quienes tenían algo de experiencia, sin embargo, continuaron de pie temiendo que algo más ocurriese.

El final halló a Reaper de pie justo frente al pedestal, con el animal dando círculos ansiosos a su alrededor. El joven silbó, exhausto y triunfante, y tanto Reed

como Arksinad, para desagrado de Yeguilex, aplaudieron. Incluso algunos de los mismos soldados parecían sonreír, Bullwe y Gio entre ellos.

Sus aplausos se interrumpieron en cuanto Reaper tomó la estatuilla de arcilla. Un sonido similar al de un látigo se expandió por la caverna, levantando la construcción de abajo. El gran Behemoth paró su eterno camino en seco, y con desesperación forzó un trote hasta donde estaban Yeguilex y los demás, atropellándolo todo en su mejor intento de aumentar la velocidad. Los soldados se apartaron temerosos cuando la bestia que olía a barro se abrió paso entre ellos, con prisa, buscando con felicidad la libertad que por tanto tiempo le había sido negada.

Reaper en cambio no podía estar tan contento. Toda la cueva vibraba y daba fuertes sacudidas, que desencadenaron que piedras tan grandes como un hombre se desprendieran desde arriba, impactando contra el suelo, aplastándolo todo con su peso.

-Esto no me gusta. La caverna está colapsando- advirtió la soldado a Yeguilex, pero el capitán permaneció callado, observando a su prisionero. Este rompió el Behemoth de arcilla contra el suelo y se guardó la gema. Una roca colosal se soltó de la pared y pareció aplastarlo, pero la ilusión tan sólo duró unos segundos: Reaper la había esquivado y ahora salía corriendo más atrás. La caverna tembló aun más y los de Fariel se prepararon para un inminente derrumbe.

Una segunda piedra golpeó de nuevo tras el guerrero, que salió despedido a los pies de Yeguilex. La siguiente impactó con otra y se hicieron añicos, desperdigando pedregones por doquier que los mercenarios apenas lograron atajar con sus escudos. Todo retumbó. El techo se vio fundido abajo, aplastando la antigua construcción. Reaper se tambaleó y alejó desesperado, pero era difícil ver pues toda la caverna se estaba llenando de polvo.

-Mi capitán, ¡debemos irnos!- gritaron algunos de los hombres, pero Yeguilex permaneció impassible.

-Aún no tenemos la gema.

Los soldados no se atrevieron a huir, y algunos se quedaron en el umbral, esperando impacientes. Bullwe se cubría la vista con las manos, y tanto Arksinad como Reed miraban con preocupación. Reed se adelantó un paso, pero Bullwe lo sujetó.

Reaper parecía estar algo cegado por el polvo, y avanzaba rápidamente hacia ellos. Arrojó a los pies de Yeguilex la guadaña, pero cuando quiso saltar hacia la zona más segura el suelo bajo sus pies cedió a un abismo insondable. Se hubiera desplomado hacia su muerte, pero entonces algo imprevisible sucedió: Yeguilex tomándolo por el costado del abrigo, lo arrojó lejos de la inminente destrucción.

-Ya tenemos la gema. ¡A la salida, rápido!

Sus piernas iniciaron una carrera a través de la oscuridad, a veces tropezándose entre sí por el apuro. Un escombros se desprendió del techo y aplastó a uno de los mercenarios. Todo se llenaba de polvo y a Reed le costaba abrir los ojos, el picor carcomía todo su rostro. Al último vio una luz al final del túnel. Hizo un esfuerzo y saltó, cayendo hacia fuera con un último empujón, tropezando con sí mismo y aterrizando sobre Bullwe, que también había caído de bruces al suelo.

Yeguilex y Reaper salieron al final, el último desplomándose en el piso exhausto, y la entrada al hogar de Behemoth colapsó estruendosamente en una nube de tierra y guijarros. Más allá, en las pasturas, su dueño estaba tranquilo, alimentándose de los pocos yuyos que había con la lentitud que le caracterizaba.

Algunos de los hombres murmuraban, perplejos y cansados, sobre la rápida e inesperada muerte de su compañero. Yeguilex, más práctico, los contó: Estaban Bullwe, su teniente Leude y la joven Tezca, otros seis hombres –Gio, Luwo, Anka, Izaudi, Org y Kuva-, los tres prisioneros y él. Sólo uno había caído en el derrumbe: Boble, uno de los

mercenarios de cara hinchada y calva a quien había recogido de la prisión por desertor. Sonrió tristemente para sus adentros.

Se acercó a Reaper, quien seguía tendido en el piso, y le extendió la mano. Los ojos del joven rebozaban desprecio, pero con un vistazo a sus compañeros se calmó y terminó, con su respiración aún tomada por el esfuerzo, sacando la gema del bolsillo de su abrigo negro para ponerla en la palma del capitán. Este la observó. Antes era roja, pero al tacto se había puesto de un color violáceo oscuro. Sin decir más, la guardó en un pliegue de su armadura.

-Eso hace una. Espero que este encuentro te haya servido para entender quién manda aquí. Más insubordinación no será tolerada. No he de olvidar, claro, que me han sido muy útiles. En especial tú. Dime tu nombre, kamuita.

Reaper lo miró, sin un atisbo de humor en el rostro.

-Mi nombre es Reaper Assadan, de Eclant.

Y sin decir más tampoco, apuntó con la guadaña a Yeguilex, quien la tomó por el mango y se la dio a uno de los hombres para que la guardara, al tiempo que Bullwe volvía a colocarle las esposas.

9. El Ascenso A Belekraz

Luego de que los melancólicos soldados despidieran debidamente a su compañero colocando flores en la entrada derrumbada que se convertiría en su lecho final, todos decidieron –y Yeguilex tácitamente aceptó- tomar un pequeño descanso antes de proseguir con la parte más difícil del camino.

El capitán hablaba junto a una fogata con su hombre de más confianza, Leude, sobre su próximo paso. Los soldados se recuperaban y masticaban algunas provisiones, e incluso se les tendió a los prisioneros unas hogazas de pan seco, que devoraron con premura, mientras charlaban cerca de otras llamas bajo la custodia de Bullwe. El trato que recibían ahora era mucho mejor: podían tener fuego y les daban algo de comer, aunque los mantenían encadenados y custodiados, alejados del resto de la multitud. Reed se preguntaba adolorido si en algún momento le querrían soltar los grilletes, pues las muñecas ya se le estaban comenzando a acalambrar, pero decidió que lo mejor era no quejarse para no despertar la ira de sus captores.

-Ese Yeguilex es un imbécil- masculló Reaper, sin molestarse en bajar la voz- He visto jugadas bajas, pero usar a un prisionero para conseguir la gema hace que todas ellas parezcan honorables.

-Lo que dices es cierto, pero debes recordar también que te salvó la vida- notó Arksinad evidentemente para fastidiarlo.

El otro respondió con tal carcajada que incluso Bullwe, quien estaba dormitando más allá, abrió los ojos alarmado y luego los entornó, murmurando.

-Sólo me salvó porque yo tenía la gema en mis manos. Creo que hubiera preferido llevarse a una de las rocas antes que a mí, y cuando digo *creo* me refiero a que estoy seguro. Arksinad... ¿pudiste hacer la copia?

Con disimulo corroborando que no los estuvieran vigilando, Arksinad agitó el sombrero de su cabeza y dejó caer a sus manos una bola de cristal violáceo, idéntica a la gema en posesión de Yeguilex.

-Perfecto. La noche será el mejor momento para cambiarla.

Se interrumpieron porque oyeron a los soldados gritar, y luego vieron el motivo: uno de los hombres apuntaba con su arco al Behemoth, que pastaba manso. El mercenario, curioso por probar la carne de aquel único animal, soltó la cuerda y con un zumbido la flecha salió disparada hacia el lomo correoso, para partirse en dos y caer. El Behemoth no se dio por enterado, y cuando el hombre tensó otra en su arco Leude lo detuvo.

-No malgastes las flechas.

El otro aceptó, y sus compañeros rieron del fracaso. El descanso continuó un poco más hasta que luego de un rato Yeguilex los convocó a todos frente a la cueva aplastada, en fila, con los prisioneros siendo custodiados por Bullwe algo más atrás y la joven soldado Tezca al lado.

-Caballeros. Hemos obtenido ya la primera gema. Pero tal proeza es sólo un cuarto del camino. Lo peor siempre estará adelante, y por eso es indispensable no perderse en regocijos. Nuestro siguiente destino es la cima de la montaña. Ya hemos perdido el tiempo suficiente, por lo que la partida no se demorará más. Prepárense.

La perspectiva de ascender hasta esa cima a la que ni los dioses parecían llegar sacudió con miedo a muchos. Algunos soldados se encomendaron a Ianna, otros perdieron color en sus rostros, y sólo unos pocos miraron el cielo y al pico oculto, como intentando calcular cuántos días tomaría tal hazaña.

-De ahora en más, carguen sólo lo indispensable, alimentos y sacos de dormir. Intentaremos apurar el paso lo más posible, pero Belekraz no será un terreno fácil de dominar...

-¿Vamos a escalarlo?- preguntó perplejo y sin preámbulos Bullwe.

-Eso sería del todo imposible- dijo Yeguilex, y pareció suspirar desde adentro del yelmo- Usaremos el viejo sendero que aparece en los mapas del Castillo Faudó. No estoy seguro de cómo han hecho los Bellow para llegar tan rápido, pero en este momento es lo único que conocemos. Así que... ¡Estén listos en un instante! ¡Vamos, guerreros de Fariel! ¡Muestren lo que valen!

Lo último lo dijo con una exclamación patriótica, que pareció motivar lo suficiente a los hombres como para comenzar con los preparativos. Reed contempló como todos entre murmullos y prisas buscaban de la tienda naranja abrigos, sacos con alimentos y demasías. Al cabo de un rato Bullwe volvió y les arrojó una frazada a cada uno para que no murieran de frío en el ascenso. Arksinad dificultosamente la puso sobre su túnica, para luego comentar.

-Morirse de frío mientras se sube un volcán suena algo irónico, ¿no creen?

-Me preocuparía más por las caídas- aquella chica que formaba parte de la milicia oficial de Yeguilex, Tezca, se les aproximó a hablar con paso decidido.

Era la única mujer que allí había, aunque a su complexión femenina la armadura la cubría al punto en que al principio la habían confundido con un hombre. Ahora traía el casco bajo el brazo y se podía vislumbrar el cabello castaño, peinado en una coleta corta y maltratada por el viento. Sus ojos eran de un color violáceo como los del capitán, con pecas oscuras bajo ellos que le daban un aspecto atrevido, juvenil.

-Con el frío de la altura la roca de la montaña se congela y se hace resbalosa... Un pequeño tropiezo y todos ustedes serán comida de buitres. Tengan cuidado.

Ninguno respondió, perplejos, y la joven les dirigió una última mirada calmada antes de seguir con sus tareas. Al cabo todos estuvieron listos y el ascenso a Belekraz dio formalmente inicio.

Leude encabezó la marcha, con los prisioneros y Yeguilex en la retaguardia siguiendo la inconfundible marca que era su altura. Borearon un buen rato Belekraz, dejando la cueva y el Behemoth atrás, caminando incesantemente por un par de horas hasta que dieron con lo que parecía ser una pequeña entrada. El teniente corroboró en un arrugado mapa y le dio el sí a su capitán, quien lo suplantó en encabezar la comitiva dirigiéndolos por allí.

Marcharon en orden Yeguilex, seguido por Leude y la soldado Tezca, seis de los mercenarios –incluyendo a Gio- y luego Bullwe, con los prisioneros cerrando la formación. Se movían despacio y con calma, pues el terreno no estaba exento de peligros. Luego de transitar por largas horas entre enormes formaciones rocosas que

parecían oscilar sobre ellos, -piedras altas y muertas que formaban arcos, martillos alzados, penumbras ruinosas jamás tocadas por el hombre-; el grupo se encontró poniendo pie en un camino gris que lograba rodear la montaña y que con cada paso se hacía más frío y angosto.

Reed notó que, si bien hacía no mucho los hombres parecían animados por el descanso, ahora se veían más fatigados que nunca. Avanzaban sin hablar y con la cabeza gacha, arrastrando los pies penosamente y levantando polvo gris que se fundía con el inexplorado paisaje, algunos temblando por las bajas temperaturas y otros, sin vergüenza, rezando ya que creían estar pisando suelo sagrado, alguna vez prohibido por dioses ya olvidados. Yeguilex, mucho más animado y evidentemente menos religioso, hablaba con su teniente sobre el sendero y la próxima parada de descanso, cada tanto haciendo marcas en el mapa.

Por momentos Reed, temeroso, llevaba sus ojos hacia la izquierda desde donde se podía contemplar el precipicio. A cada momento la visión que le devolvía esa subida se hacía más y más peligrosa: las formas de la tierra yerma se fusionaban con la lejanía y los árboles y criaturas que allí habitaban se volvían indistinguibles en un panorama abrumador, una complejidad de planicies y pequeños puntos negros temblorosos que supuso eran animales. Y aunque el paisaje era impresionante, lo que le resultaba aterrador en realidad era darse cuenta de cuánto era posible ascender. Una vez que lo pensaba sólo podía mantener la vista por unos segundos y luego volvía la cabeza hacia la derecha, donde los rostros de Arksinad y Reaper lo separaban de la dura pared de Belekrax; así incontables veces hasta que el miedo –pero no el mareo- se fue desvaneciendo. Calculó que ascendían muy rápido, en una empinada espiral que abrazaba el volcán hasta donde su punta se elevaba perforando el cielo.

Hubo un momento en el que el camino se hizo tan angosto que debieron pasarlo uno a uno, con la espalda pegada a la pared.

Yeguilex lo contempló y, sin mediar consejos, dio un enorme salto –asombroso considerando la pesada armadura que llevaba- para aterrizar más allá en donde el camino se ensanchaba. Leude y los demás fueron pasando con la espalda contra la piedra y evitando mirar el abismo bajo sus pies. Uno de los soldados temblaba tanto del frío que amenazó con caerse, pero fue sujetado a tiempo por Tezca, quien les había dado la advertencia. Reed esperó hasta que Bullwe subiera, pero el otro en cambio les señaló el pequeño sendero, y dejó caer las cadenas.

-Ustedes primero. Vamos.

Reaper dio un salto como el de Yeguilex, y aterrizó en tierra firme. Arksinad en cambio contempló el camino junto con Reed, pero luego pronunció unas palabras e hizo un lento movimiento de manos, haciendo que el suelo lentamente se desplazara, ensanchándolo lo suficiente como para pasar caminando. Bullwe silbó y los soldados miraron asombrados, y tanto el mago como Reed caminaron al otro lado, atrayendo las miradas de todos de una forma que el muchacho sintió tan agradable como desconcertante.

El truco logró agotar considerablemente al celestiano, o al menos aquello le pareció a Reed al observar la respiración de su amigo hacerse más pesada en las siguientes horas de caminata. Quizás no era el único. Había notado que eran pocos los hombres que todavía no sentían los efectos del largo ascenso: muchos avanzaban con hastío y sólo el frío motivaba su marcha, asegurándoles que siempre debían tener el cuerpo en movimiento. A Reed no le afectaba tanto –había tenido un considerable entrenamiento físico en Vant- pero pronto comenzó a notar como la altura no sólo le calaba los huesos sino que hacía cosas extrañas con sus oídos, como si algo en ellos se hinchara y le estallara dentro de la cabeza.

Ahora ya el paisaje de la izquierda era tan sólo una masa uniforme de color gris, donde la niebla, el humo y las nubes se mezclaban por debajo del firmamento. El cielo estaba cargado y el invierno de la montaña iba en aumento, tanto que incluso los pocos mercenarios que se cubrían con gruesas capas de piel comenzaron a titiritar, apretujándose entre ellos para entrar en calor.

Otra vez Reed extrañó su hogar, en especial su cama. ¿Qué estarían haciendo Cax, Scarrow y su madre? Los imaginó felices, pero pronto cayó en la cuenta. No podían estar felices, porque Skestral dominaba el pueblo. Recordó que se había ido sin despedirse de sus parientes, dejándolos en el peligro sin decirles que corría a su auxilio. Todo eso le parecía tan lejano, allí caminando por la roca dura y gris de Belekraz, que por un instante lo creyó un sueño. Poco a poco, el sendero se fue ensanchando más y más. Ahora podían volver a caminar los tres juntos, y no en fila como lo habían estado haciendo desde hacía un rato. Continuaron el extenuante camino hasta que llegaron a donde Yeguilex dio la orden de alto, luego de revisar el mapa.

No faltaba mucho para que cayera el sol, y habían considerado que ese lugar, en donde la senda abría para dar a una superficie amplia, llana y rocosa, sería el mejor para pasar la noche. No crecía vegetación a esas alturas, pero sí había suficiente espacio como para que cupieran trece hombres. El sitio parecía creado artificialmente, sobresalía como un pequeño balcón de la montaña, amenazando con derrumbarse bajo ellos. Era una parada, como la definió Yeguilex, y a nadie le pareció importunar los inconvenientes de descansar allí debido al cansancio que tenían. Bordeando el muro se retomaba el ascenso hacia la cima, y en esa misma pared acomodaron las bolsas, echándolas contra su impenetrable altura para protegerse un poco de la intemperie.

Un soldado usó algo de leña y yesca y consiguió con mucha dificultad prender una fogata, que todos rodearon más animados. Al borde del precipicio, a los prisioneros se les proveyó de matas, junto con una ración de carne salada –favorita de Reaper– y agua en abundancia, de la cual Reed bebió un buen trago y que le heló la garganta. Luego de que comieran un poco Yeguilex se acercó hacia ellos y levantó los brazos del mago tirando de la cadena. Pasó entonces otra cadena más fina entre sus muñecas y dedos, y la ajustó a consciencia, con saña.

-He visto lo que puedes hacer mago, y no quiero tomar riesgos. Debo darles un descanso a mis hombres. Imagino que con las manos bien atadas, y las muñecas esposadas, conjurar algún derrumbe te será imposible. Por suerte para ti no he traído ninguna mordaza.- dijo, y mientras Arksinad le sonreía sin hablar volvió al fuego donde todos los soldados oían asombrados una de las muchas anécdotas de Gio.

Parecían un grupo considerablemente unido, los observó Reed allí desde la lejanía, viéndolos reír y beber algo de alcohol para mantener el calor corporal. Probablemente se debía a que la mayoría de ellos eran refugiados, criminales que quizás comenzaban a ver una nueva oportunidad en sus vidas con la misión a la que aquel capitán los había arrastrado. Observó el rostro de Gio, la manera del ahura de reír mientras contaba las aventuras de sus robos en la capital de Fariel y no pudo evitar pensar que el temor que tuviera aquel pobre diablo a Arksinad tenía que ser lo suficientemente fuerte como para impulsar la pequeña traición que hacía a su nuevo líder. ¿Pero qué bases tenía?

El ahura pareció percatarse de que lo miraba y, sin que sus compañeros se dieran cuenta, les hizo un gesto disimulado. Estaba al tanto de su rol.

-Este lugar es un horror para dormir- suspiró Reed, contemplando el precipicio y sustrayéndose de aquella charla de muecas- Ya que saben que no podemos escapar, me hubiera gustado estar un poco más cerca del fuego.

-Y a mí- dijo Arksinad contemplando sus cadenas y haciendo risita baja- Por cierto Reaper, viendo las precauciones que Yeguilex ha tomado, diría que esta es la noche.

Reaper asintió.

-Yeguilex caerá dormido en algún momento u otro. Es humano, después de todo. Esperaremos hasta que todos lo imiten, y luego cambiaremos la gema falsa por la suya. No creo que sea lo suficientemente listo como para sospecharlo.

Reed no sabía si aquello era cierto o no, pero su preocupación estaba más bien enfocada en otra cosa. Observó como más allá Gio solicitaba permiso para hacer la guardia de aquella noche y el teniente Leude accedía sin muchas sospechas. Era una tarea molesta y la única razón por la que alguien podría haberla pedido era para evitar tener que repetirla metros más arriba, en donde el frío y las condiciones fueran aun peores para pasar la noche en vela.

Con ello su aliado interno estaba ya en condiciones de poder quitarles los grilletos cuando lo necesitaran. Se alegró de que hubiera sido tan perspicaz, pero cuando estaba por asentirle con un gesto, allí a lo lejos, se percató de que alguien lo observaba.

Era Bullwe. Su mirada aburrida no parecía decir nada, pero evidentemente había visto aquel intercambio de señales. Reed continuó rodeando el lugar con la mirada, intentando jugar de idiota, sabiendo que la expresión cansina de aquel hombre estaba fija en él. Gio tenía razón. Había algo en Bullwe que le hacía pensar que sus bostezos ocultaban una mente mucho más despierta de lo que le hubiera gustado.

-Estén atentos- ordenó Reaper, y se tendió en el suelo- Finjan dormir.

Los otros dos también se acostaron y esperaron en silencio, con los ojos cerrados y respirando con tranquilidad para aparentar el sueño. Poco a poco Reed oyó, mientras el miedo de rodar y caer al vacío lo salvaba de caer dormido sobre el duro piso de Belekraz, como la charla iba aminorando y algunos soldados se levantaban para meterse en sus sacos. Notó como Bullwe se quedaba sentado más adelante haciendo guardia con una vieja ramita en la boca, dado cabezadas por la fatiga.

Parecía haber desplazado al ahura rápidamente de su tarea de vigía, aunque estaba tan a punto de caer fundido que no pareció que fuera a ser un problema su guardia. Al menos Reed deseó con todas sus fuerzas que fuera así, para ahorrarse tener que ver de nuevo aquel espantoso hechizo del mago. Los otros fueron acostándose, y al final los únicos que quedaron despiertos ante el fuego fueron Yeguilex y Leude, su hombre más fiel. Ambos permanecieron en silencio, sintiendo las llamas interrumpir los silbidos del abismo con su danza ardiente. Luego el muchacho oyó como Yeguilex rompía la quietud con voz apagada.

-No faltará mucho para llegar hasta la cima. Al fin podremos comprobar si los mitos sobre esta montaña son ciertos.

-Es verdad- asintió el otro. Echó pequeñas ramas al fuego, avivándolo- Por mi parte, me gustaría que los mitos siguieran siendo mitos.

El capitán le restó importancia, para luego señalar.

-Leude, ve y descansa. El camino se volverá más empinado y te necesitaré con todas tus luces -arrojó la gema que llevaba en la mano hacia arriba y la atajó, casi juguetonamente, sin saber que Reaper lo observaba con interés- Los Bellow podrían tendernos una trampa. Y no me fío de que otros mercenarios no hayan hallado esta ruta.

Su subordinado asintió con pesadez y se tendió en su saco poco convencido, pero al cabo de unos segundos emitió un fuerte ronquido, profundamente dormido. Yeguilex se deshizo del casco y del pecho de su armadura, pero dejó puestas las partes que cubrían brazos y piernas. Luego avanzó hacia su propio saco, pero en vez de meterse adentro se tendió sobre él, relajado, y cerró los ojos.

Ahora todo estaba callado. El único ruido que había era el crepitar de las llamas en medio del lugar, encendidas incluso bajo el riesgo de que algún otro grupo los detectara con tal de calentar un poco la zona, y el movimiento pausado de alguno de los soldados cuando se movían dentro de sus bolsas.

Bullwe había ya caído presa del sueño en su guardia, mientras que Reed, Reaper y Arksinad seguían esperando alguna señal de su aliado ahura. Pasó casi una hora, quizás un poco menos, en la cual Reed se preguntó si no era ya que Reaper y Arksinad se habían dormido. Prefirió esperar, contemplando ahora con los ojos abiertos las espaldas de sus compañeros. Luego de un rato decidió hacer un sonido para ver si le respondían, pero apenas abrió la boca sintió un chistido casi inaudible a su espalda. Automáticamente los tres se incorporaron. El joven de Kamui se volvió a un Gio cuya expresión consternada enmarcaba las llaves plateadas que sostenía frente a su rostro.

-Esta será la última vez que los ayude –susurró- Quiero que lo sepan.

Arksinad ladeó la cabeza con una media sonrisa al oír eso, pero el otro logró sostenerle la mirada sin temblar. El mago suspiró y asintió.

-Lo entiendo. Has visto un futuro para ti en este escuadrón. Bien, será la última vez entonces.

Los otros dos miraban con expectación al dormido Bullwe. El soldado, al parecer sonámbulo, levantó la cabeza apenas unos milímetros pero luego se tranquilizaron al escucharlo emitir un ronquido profundo y aturridor. Reed tuvo que reprimir la risa, y se relajó mientras Gio introducía la fina llave de plata en sus grilletes y los destrababa intentando hacer el menor ruido posible.

Terminó la tarea con él, luego con Reaper y por último con el mago, aunque dejando sus dedos aún firmemente sujetos por aquella cadena de plata. Arksinad utilizó la nueva libertad que tenía para sujetar su sombrero y moverlo un poco; y de allí cayó como de la nada un largo cuchillo aserrado que tendió al joven ex ladrón. Gio lo miró con aprensión y lo usó para rápidamente cortar la cadena que sostenía aquella pálida piel repleta de runas y marcas de hechizos.

-¿Puedes hacer aparecer cuchillos de tu sombrero?- preguntó cada vez más asombrado Reed, pero el otro negó.

-Lo había guardado allí antes. Nunca sabes cuándo lo puedes necesitar.

Tiró el cuchillo por el precipicio para eliminar la evidencia, y depositó la cadena en el suelo con suavidad. Reed recordó entonces que también su amigo había guardado aquel libro demoníaco en su sombrero, cuando habían superado la mansión de Mila. Al estirarse y mover las muñecas adormecidas por las esposas tembló al pensar que otras cosas descansarían en el irreal espacio de aquella prenda de vestir.

Una vez acostumbrados a la libertad de sus articulaciones se adentraron lentamente y de puntillas en el campamento, pasando al lado de las humeantes cenizas en donde el viento ya había consumido las llamas de la fogata. Arksinad se quitó el sombrero con cuidado y metió el brazo entero dentro de él. Rebasaba las leyes de la lógica, pero Reed ya había decidido a acostumbrarse a ese tipo de cosas en la presencia de magos. Pareció rebuscar un buen rato, hasta que, por fin, extrajo algo: la gema falsa que había creado, pequeña, redonda y más oscura que cualquier amatista.

Ahora estaban frente a la bolsa de Yeguilex, y Reed aprovechó la oportunidad para contemplarlo directamente. Le sorprendió su complexión delgada, la piel lechosa de la sien que los rizos oscuros cubrían. Mirando el casco que reposaba a su lado, no pudo imaginar cómo se las arreglaba para llevar semejante armadura todo el día.

-¿Dónde está la gema? La verdadera.- preguntó en un susurro. Si el capitán despertaba sería el fin de su plan. Se esforzaba incluso en no respirar demasiado fuerte.

Reaper se la señaló. Yeguilex la tenía sujeta en la mano dormida, que alzaba sobre la nuca. Le pareció que era casi imposible sacársela sin que despertara, y no pudo evitar lanzar un suspiro de resignación.

Arksinad le tendió la gema falsa a Reaper, y ambos se arrodillaron, uno a cada lado de la bolsa. Gio permanecía atento, haciendo guardia por si alguno de los otros hombres llegaba a ser arrancado del sueño por los profusos ronquidos de Bullwe. El mago tomó la manga de su túnica y se la arremangó hasta el hombro: su brazo estaba dividido en tres segmentos, de la muñeca al antebrazo y del antebrazo hasta antes del hombro, unidos con grueso hilo negro tal la cicatriz que tenía en la boca. Reed supuso que su compañero ocultaba más heridas bajo la túnica, todas iguales de limpias y horizontales, y todas cosidas con el mismo indefinido material. Se preguntó de dónde las podría haber obtenido. Le preguntaría, en mejor momento y lugar, pero lo haría. Su eterna curiosidad jamás le hubiera permitido otra cosa.

El hechicero giró la muñeca, cerrando los ojos. Desde una de las cicatrices un hilo negro se descosió y comenzó a avanzar hacia la palma de Yeguilex como un lento gusano. Nadie decía una palabra y Reed podía ver como dos gotas de sudor aparecían en el angelical rostro de su amigo, que se esforzaba en maniobrar aquella cuerda negra entre los dedos del capitán. Luego el hilo envolvió toda la joya, y se quedó inmóvil. El cosquilleo había hecho que Yeguilex involuntariamente abriera un poco la mano, así que con un tirón Arksinad hizo saltar la gema de su agarre, y casi al mismo tiempo Reaper colocó la falsa como una ráfaga, en un movimiento no exento de brusquedad.

La profunda respiración de Yeguilex dejó de oírse, aunque sus ojos continuaban cerrados. Se paralizaron y Reed tuvo que resistir la tentación de echar a correr, pero al rato el hombre dio un leve ronquido y siguió durmiendo como antes. El trío de furtivos ladrones suspiró aliviado, y Arksinad, sonriendo, metió la gema –la verdadera gema– dentro de su sombrero. Luego marcharon hacia donde Gio los esperaba con la misma expresión ansiosa de antes, victoriosos.

-¿Capitán?- la voz femenina vino de una de las bolsas, amortiguada por el sueño y la duda- ¿Es usted?

A todos se les heló el alma. Tezca. Debía de haber estado despierta. Se miraron entre sí sin saber qué hacer, desarmados y sabiéndose a punto de ser rodeados por todos los hombres de Fariel, hasta que la voz de Yeguilex habló.

-Todo está en orden. Continúe descansando.

Aquello los asustó aun más, hasta que se dieron vuelta y comprendieron que aquel no había sido el capitán. Gio les sonreía y parecía haber podido forzar su propia voz de tal forma para imitarlo. Les había hablado de tener esa habilidad cuando lo encontraron en Fariel pero Reed no esperaba que fuera tan proficiente en ello. Tezca no volvió a hacer más preguntas ni salió de su bolsa, y pronto el silencio regresó al lugar como antes.

-Y ese es mi último favor- les susurró Gio sin mucha culpa cuando hubieron alcanzado el otro lado del barranco. Reed se lo agradeció con un gesto mudo y el ahura sacó la llave de sus ropajes para luego colocarle de nuevo los grilletes, ajustar la cadena de Arksinad –que Reed soldó con su magia de fuego para no despertar sospechas- y volverse a su posición entre las carpas, pasando a un Bullwe que ya no roncaba sino que parecía dormir en paz.

Y que tenía un ojo abierto, aunque en la oscuridad nadie pudiera verlo.

Aunque exaltado por la misión nocturna, Reed se sintió feliz de tener ya al fin una de las gemas. La salvación de su hogar era cada vez más cercana. Esta vez soñó que Yeguilex despertaba y tenían que huir muy lejos, hacia Vant. Era un sueño relajante, cómodo, lleno de colores pasteles y luces como las que se filtraban por el ventanal de un

templo, un sueño alegre y distante. Tras ese paraíso, su consciencia creyó más de una vez oír a Arksinad gritar en el mundo real, pero, sumido en la dicha, prefirió ignorarlo para no interrumpirse.

-¡Belekraz nos ataca! ¡CORRAN!

El grito logró que el muchacho despertara de golpe y se pusiera de pie, desconcertado, aún con la aventura anterior y su sueño frescos en la mente. La escena que tenía frente a sus ojos en este momento era muy extraña. Por tercera vez desde que iniciaba el viaje a la montaña el suelo vibraba bajo sus pies, pero muy levemente, lo suficiente como para no ser una amenaza. Le costaba entender qué ocurría, pero podía ver que el caos y la confusión reinaban.

Adelante, sus amigos le gritaban algo que no podía oír, pues el estruendo le llenaba los oídos sin dejar pasar nada. Más allá los soldados corrían, se ponían con prisa sus cascos apresurados, se gritaban cosas y juntaban el equipaje. Yeguilex hablaba con Leude y el viejo Org, e incluso él parecía nervioso mientras sostenía la gema falsa, atesorándola en la mano. El mundo se sacudía de un lado a otro, y el lugar vibraba cada vez más. Había un sonido mudo, una ausencia dominándolo todo. ¿Pensaban que el terreno bajo sus pies se desplomaría hacia el vacío?

Entonces, en el mismo momento que escuchaba el grito mudo de Reaper “¡Apártate, idiota!”, lo entendió. Levantó la vista y vio como del pico de Belekraz erupcionaba una pequeña masa negra y roja, que se compactaba para explotar. Los trozos y fragmentos de roca atravesaban el humo y se dirigían hacia ellos, a toda velocidad, demostrando su verdadero tamaño en el camino.

Saltó hacia delante alejándose justo a tiempo de la llameante roca que golpeó contra la montaña, justo donde él estaba parado hacía unos pocos segundos, y se dio de bruces contra el suelo.

-¡El volcán está rugiendo! ¡Escupe piedras! ¿No era que sólo echaba humo?- logró hacerse oír por encima del estruendo, por cada uno de los impactos que azotaban aquel parador.

-¡Pues me parece que es demasiado inteligente para ser un volcán!- gritó Reaper, y señaló de nuevo el pico, del cual una nueva carga venía- ¡Todas las rocas están cayendo justo sobre nosotros!

Efectivamente una nueva tanda fue hacia ellos, y en llamas impactaron una y otra vez, haciendo vibrar toda la montaña. Los soldados corrían y esquivaban. Reed observó a Gio gritar en agonía: su brazo había sido alcanzado por el impacto; tan roto y en llamas que otro tuvo que vaciar su cantimplora para apagarlo. Reaper sorteaba las piedras con mucha habilidad, en tanto que tanto Reed como Arksinad eran más pensosos a caer, e iban tambaleándose de un lado a otro.

-Esto tiene que ser obra del mago de los Bellow, Dingir. Es un conjurador capaz y un especialista en hechizos de tierra arcanos. Pero aun así... ¿Cómo sabe en dónde nos hallamos? Yeguilex debe pensar rápido. Retroceder no es una opción, quedarse en esta zona es arriesgar vidas, y avanzar es dirigirse directo a la siguiente trampa que el enemigo nos haya puesto.

Reed se mostró de acuerdo, en realidad más ocupado en esquivar, y llegó a oír a Yeguilex dar la voz de mando: la comitiva intentaría huir hacia arriba. Bullwe se aproximó y les hizo una seña: todos corrieron hacia la entrada que prometía ser mucho más segura, dejando la parada a sus espaldas derrumbarse en piezas por los constantes golpes de los enormes pedruscos. Ese Dingir debía de ser un mago poderoso, pensó.

Las rocas ahora eran disparadas contra la ladera, lo que las hacía difíciles de esquivar, aunque las posibilidades de que dieran con el objetivo eran más reducidas. Una de ellas se desplomó justo sobre un soldado, haciéndolo caer hacia el abismo, pero casi nadie pudo percatarse pues el desorden se había arraigado en el momento. Yeguilex se acercó a Arksinad.

-Tú, hechicero, ¿no puedes hacer algo contra esto?

-Podría -sonrió el mago señalándole las esposas- Pero pensé que usted no quería que usara magia.

-Comprendo que no sientas predisposición a ayudarme, mago, pero imagino que eres lo suficientemente inteligente para entender que de esto depende también tu propia supervivencia.

Arksinad suspiró, y se encogió de hombros.

-Podría intentar hacer algo, pero no vale la pena ofrecerlo. Quien causa esto no es la montaña, sino una voluntad despierta. Es magia a larga distancia: un enlace entre dos personas, una que aplica su conjuro y otra que le sirve de ojos. Esas piedras están siendo dirigidas a través de la mirada de alguien. Y si tenemos a un observador tan cerca, resistir el hechizo sólo lograría que las fuerzas de nuestro atacante se concentraran en mí. Poco podría hacer contra una agresión así sin mi báculo en mano.

Por un momento el capitán lo dudó, pero luego decidió regresar al plan original. Siguieron con urgencia bordeando la ladera, pero esta parecía desplomarse con cada paso que daban, como si estuviera hecha de arena, haciéndose cada vez más y más angosta. Al rato cayeron en la cuenta de que aquello no era natural, y pegado a Yeguilex, Leude, exclamó:

-¡Quiere tirarnos junto con la ladera! ¡Corran a territorio seguro! ¡Vamos, en marcha!

Pocos hombres lograron entender sus palabras, pero todos oyeron el tono de alarma en su voz y corrieron sabiendo que sus vidas dependían de ello. Iban apresuradamente, empujándose unos a otros, maldiciendo y jurando mientras la tierra se ablandaba y fundía bajo sus pies. Allí, en medio de aquel terror y caos, uno por uno fueron llegando a una zona segura, no adherida sino escavada en el mismo Belekraz. Uno de los hombres de Yeguilex, sin poder aferrarse de quien tenía adelante, se precipitó en desesperación al vacío. Su brazo se dobló de una forma muy poco natural al caer y la última de las balas volcánicas lo hizo resbalar del todo al impactar contra el terreno cercano, haciéndolo desaparecer con un alarido ahogado. El soldado del que se había aferrado estuvo a punto de sufrir el mismo destino, pero fue sujetado justo a tiempo por Bullwe.

Todos menos aquel desafortunado lograron aterrizar en el terreno seguro y pudieron soltar el aire, tensos mirando cielo o tierra en busca de nuevas trampas. Pero Reed se sentía curiosamente más tranquilo, y no le sorprendió que al cabo de un rato no ocurriera nada.

-Dingir ha cesado su ataque- concluyó Reaper, extrañado.

-Lo que es inusual- Arksinad continuaba expectante y una sombra de duda cubría su rostro- Pensé que nos iba a acosar hasta que sintiera que no existíamos más.

-¿Se le habrá agotado el maná?- inquirió esperanzado Reed.

El mago negó mirando el pico de Belekraz, mucho más cerca ahora de lo que había estado en la mañana.

-Dingir Bellow es uno de los magos de más poder en esta era, el Geral Veintiún. Incluso dentro de los veintiuno, con su magia Gran Gran Gigas es considerado un especialista a la hora de controlar la tierra. Me cuesta creer que su maná simplemente se haya agotado. No, aquí hay algo más...

La mirada de Arksinad se paseó con suspicacia por los hombres que habían quedado vivos, sospechando algo que Reed no podía imaginar. A su lado Reaper escupió y limpió el hollín de su rostro con el brazo encadenado, procurando una maldición. Había sido una terrible manera de despertar.

El otro que tampoco parecía demasiado convencido era Yeguilex, quien miraba el pico de la montaña incesantemente, como si pudiera vislumbrar a los Bellow desde ahí. Luego procedió a contar los hombres que le quedaban. Además de él, sus soldados Leude, Tezca, Bullwe, y los mercenarios que había conseguido: Gio –con su brazo quebrado- Izaudi, Kuva y el viejo Org, más los tres prisioneros. Luwo había muerto aplastado por una roca y Anka en el derrumbe de la ladera. Era lamentable, ya ni siquiera podrían recuperar sus cuerpos o darles un entierro digno. Se acercó a Gio, el más joven de sus hombres, a quien Leude vendaba el brazo quemado, y el soldado lo miró, los ojos antes triunfantes ahora velados por el miedo.

-En lo que a mí respecta, has sido herido en servicio. Si lo deseas, puedes elegir quedarte aquí. Podrás conservar las suficientes raciones para sobrevivir y volverte.

El ahora se vio turbado por unos instantes, y por segundos pareció considerar su brazo. Tras una honda inspiración logró envalentonarse.

-Prefiero seguirlo, mi capitán. Por usted... y por Fariel.

Yeguilex sonrió para sus adentros, satisfecho con la respuesta y exclamó, poniendo las manos tras la espalda y retirándose.

-Concedido. Pero ten en cuenta que no toleraré retrasos. Bullwe te reemplazará en el cuidado de los prisioneros.

Era como imaginaba, y también le despertaba sospechas. Creía que el mago se había percatado de ello.

Él, siete hombres y tres cautivos. Era todo lo que le quedaba.

Se las arreglaría.

Mientras todo esto ocurría, la imaginación de Reed vagaba hacia el futuro, al momento en el que por fin llegaran a la cima. Pronto ocurriría y entonces, ¿Qué les esperarían? ¿Estarían los Bellow aguardando para darles lucha? Si los cinco eran tan poderosos como ya Dingir lo había demostrado, aquella sería una batalla encarnizada.

10. La Sombra Del Cielo

Como la cima estaba ya al alcance de la mano, los siguientes pasos fueron dados con sorprendente buen humor, bromas y charlas que parecían flotar discordes en una isla dominada por el vacío, en donde hasta las nubes estaban cercanas. La altura se notaba no sólo en el cansancio, sino también en los oídos, que Reed debía soportar se llenaran de vagas sensaciones: tímpanos inflados, como globos que le estallaban dentro de su cabeza, y además en su piel la impresión de ese frío que calaba el centro mismo de los huesos, y que poco a poco fue mermando al acortar distancias con el reconfortante calor de la cima, de la fosa humeante que pronto predominó haciendo sudar a más de uno. Los tres pudieron sacarse las pesadas y abrigadas capas, para mucha envidia del resto de los hombres a quienes Yegulex no permitía que se quitaran el yelmo: un ataque de los Bellow podría sorprenderlos en cualquier segundo y debían estar preparados.

Paso tras paso dieron así, respirando lo más hondo que se podía para capturar el denso aire que los rodeaba, hasta que el ascenso se convirtió en una subida de escaleras de roca, aparentemente natural. Parecía haber sido tallada por el mismo firmamento de Belekraz como premio para el hombre que se aventurara hasta allí: con su zigzagueante forma, quedaba delimitado el sencillo trecho para acceder a lo alto de la montaña.

Y allí arriba, oculto todavía por la pendiente, el humo salía a borbotones: a veces gris, a veces negro. Eternamente peligroso, amenazante con su cambiante consistencia ascendiendo los cielos y fundiéndose entre las oscuras nubes.

La vista de las supuestas escaleras enardeció a los hombres, y al poco apresuraron la marcha hasta correr, agarrándose de los filosos bordes e ignorando los fríos cortes que marcaban en su piel para treparlas a tropezones, buscando poner pie en aquel legendario terreno cuanto antes fuera posible. Como si se trataran de nuevos conquistadores pronto ante sus ojos todos tuvieron a la cima de Belekraz, el lugar más alto del mundo.

Reed quedó sorprendido. El escenario era de esplendor; sin una onza de vida pero grandioso al fin: el camino que habían seguido bifurcaba frente a ellos formando un enorme círculo alrededor del cráter que era la entrada del volcán y seguía más allá, quien sabía dónde. Los senderos que rodeaban la fosa tenían ambas pequeñas escaleras que se perdían bajo el humo, y que los soldados miraron espantados pues, ¿quién podría meterse por allí, entre el calor de aquella boca del demonio?

Reaper y Arksinad enseguida se percataron de que el lugar era llamativo, demasiado simétrico, un jardín muerto en cuyo centro un abismo escupía el infierno. La persona –otra vez, pensaron, aquel legendario mago Albion- que había construido eso

debía de querer indicar lo obvio: que había que adentrarse a través de las tinieblas y descender. Yeguilex también se quedó mirando el hueco, pensativo, en tanto sus hombres no fueron tan atentos: pasaron por alto el humo, corriendo y cubriéndose las bocas con manos y capas, y siguieron más adelante, dominados por la curiosidad.

En guardia el capitán, Tezca y Leude intercambiaron miradas, mientras que Bullwe puso los ojos en blanco manteniendo a los prisioneros en su lugar. No había mucha cautela en los mercenarios, ni al parecer tampoco la inteligencia requerida para comprender el mensaje que Albion había querido dejar: la fosa, invitación a descender, pero también posible emboscada tras la humarada.

La falta de sonidos de combate les hizo comprender que esa era una trampa que no iban a tener que enfrentar. De cualquier modo, lo que los soldados vieron del otro lado debió de sorprenderlos, pues Reed pudo oír como intercambiaban exclamaciones. Yeguilex hizo una seña y junto con Bullwe los condujo por los costados de la fosa hacia el terreno que se elevaba hasta dar en un ascenso final: lo más alto de todo Belekraz.

A su espalda resonó un silbido admirado. No tardó en hallar que, para asombro de varios, el camino continuaba hasta una escarpada pendiente, desde la cual imponente se alzaba un solitario árbol. Resplandecía como una luna, el sol reflejándose en cada ranura de su tronco sólido y plateado y parecía ser el monumento más perdido e inalcanzable del mapa, último regalo de quien se atreviera a llegar a esos inexplorados páramos.

Reed tironeó de la cadena que sostenía Bullwe y se acercó más para comprobar una sospecha –un árbol no podía sobrevivir tan cerca del humo- que descubrió cierta: aquello no era natural, sino una figura de acero esculpida para imitar a un majestuoso fresno. La habían dejado allí, en el punto más alto de Belekraz, rasgando el cielo con ramas que parecían mil gruesas espadas entrecortándose entre sí y que destellaban tanto con el sol que se filtraba que costaba visualizarlas sin que las pupilas ardiesen.

Era en cierta forma un desafío, o aquello le parecía en cuanto lo vio. Les indicaba que aún existía un lugar más alto en el mundo, una pequeña altura que quedaba por conquistar. Notó entonces varias manchas negras desparramadas por el suelo, que al principio confundió con motas de ceniza. Luego observó que todas eran ovaladas. Se agachó para ver una y la recogió entre sus manos atadas. Era una inmensa pluma negra, cubierta de hollín y tierra. Bullwe se la quedó mirando estupefacto, y levantó el rostro hacia el cielo con preocupación.

-El ave que deja caer una pluma del tamaño de un sable tiene que ser grande-dijo e, incómodo, se la arrebató de la mano para mostrarla a su capitán.

Yeguilex emitió una risa queda, guardándose. Luego miró el árbol de acero.

-Y ahora llegamos a una encrucijada. Esta prueba, a diferencia de la anterior, es fácil de deducir. La pregunta es: ¿la han intentado superar los Bellow? ¿Nos espera otra gema en la cima de ese árbol? ¿O tan sólo es una trampa de ellos para ganar tiempo? En cualquier caso, lo que debemos hacer es obvio...

Con temor, los pasos de los hombres se alejaron sin perder de vista la escultura. En ella algo dio una sacudida violenta, que estremeció las ramas. Una sombra oscureció el cielo momentáneamente para luego desaparecer, acompañada por un batir que revolvió los fuertes aires de la altura.

-...vamos a intentarlo.

Ningún hombre contestó, embriagados por el horror que se adueñaba de ellos. Todos escudriñaban el firmamento, atentos por encontrar lo que creían haber percibido. El lugar, antes gloria, ahora parecía una trampa mortal, algo que podría causar la locura de quien lo visitara, con sus caminos de ruina grises y su fosa humeante, aquellos espantos que sólo el viento había podido visitar sin desaparecer para siempre. Sólo el

sonido de las gargantas tragando interrumpió el silencio, hasta que se sintió otro batir y el sonido se pudo escuchar fuerte y claro.

Un graznido. Uno terrible, ruidoso, con una voz que casi parecía humana.

Era un chillido espantoso, distorsivo, que Reed iba a recordar por el resto de su vida. Sintió como le penetraba los oídos directamente hacia el cerebro, haciéndole vibrar el cráneo de malestar y luego sin darse cuenta cayó gritando, no tanto por el insostenible dolor sino porque necesitaba sobrepasar aquel infierno, ahogar aquel terrible aullido. Vio que a su lado Arksinad también se había sentado e intentaba hacer descender el sombrero hacia su cuello ineffectivamente, con la expresión contraída por el dolor. Los soldados también se tapaban las orejas con los yelmos y gritaban, y los únicos dos que permanecían de pie –costosamente- eran Reaper y Yeguilex, que todavía escudriñaban el firmamento. La gran sombra pasó de nuevo sobre ellos, oscureciendo el ocaso, y dio otro graznido causando más mudos alaridos en el grupo. Reed se exprimió los costados de su cabeza con las manos, y vio como de arriba caía levitando otra enorme pluma negra, que aterrizó perfectamente frente los pies de Yeguilex.

-Ziz...- pronunció el capitán con un gruñido maniático.

Pudieron notar como sobrellevando aquel dolor, Gio se lograba poner de rodillas con mucha dificultad, apoyándose en su único brazo sano. Yeguilex lo ayudó a incorporarse y le señaló el brillante árbol de metal, indicándole que subiera hasta la copa.

El ahora se soltó de la mano de su líder y miró tanto a la estatua como al hombre, espantado.

-Es tu turno- ordenó su capitán con serenidad- No puedo disponer de los arqueros con esa cosa rondando, pero tú no puedes manejar un arco, ¿no es así? ¡Ve!

Gio tembló, retrocediendo y sin saber qué hacer. La expresión atenta y serena de su superior le dio a entender que había algo en aquel pedido, así que como último recurso miró su extremidad buscando una compasión que parecía inexistente.

-Señor, ¿cómo quiere que trepe si...?

-Inténtalo, Gio. Me diste tu palabra de que no serías un estorbo. Pruébate ante Fariel.

La mirada de Yeguilex estaba llena de fervor, pero su rostro tras el casco era de piedra. El ahora lo miró temblorosamente y pareció dudar. Se quitó la armadura entera, quedándose con la ropa y el yelmo –para proteger un poco los oídos- y temblando se aproximó al fresno. Viéndolo avanzar así, recordó Reed el momento en que lo había conocido, vestido con harapos y no con un uniforme ¿Habría pensado Gio que su vida cambiaría de aquel modo en tan poco tiempo?

En cualquier caso, los eventos se daban y poco había que hacer más que experimentarlos. El joven ladrón logró llegar hasta la escultura de acero, temiendo en el camino a todo momento un nuevo graznido del Ziz que amenazante los sobrevolaba. La tocó y el metal caliente pareció dar un latigazo a su piel cetrina, pero mordiendo fuerte su propia camisa comenzó a subir el tronco con cuidado, sujetándose de las ramas y buscando apoyo en las irregularidades con el único brazo que tenía disponible. Yeguilex miraba impaciente, y el ave en el cielo, que aún no terminaba de divisarlos, lanzó otro horrible chillido. El soldado vaciló, logró cubrirse la cabeza y cayó, jadeando y temblando de dolor.

-¡Arqueros!- exclamó su jefe, y varios de los soldados tensaron los arcos, dispuestos a atravesar a la bestia en cuanto estuviera en la mira- Gio, continúa.

Pero Reed no lo pudo aguantar más. Tiró de su cadena e hizo una seña a Bullwe, mirándolo a los ojos. El soldado, testigo del dolor de su compañero y mordiendo los labios, no pareció escucharlo pero sí entender: buscó las llaves dentro de su armadura y

lo liberó de los grilletes. Reed se torció las muñecas y se encaminó hacia el árbol, dejando atrás a Bullwe y Arksinad, a los soldados armados y finalmente pasando entre medio de Reaper y Yeguilex. El último sin inmutarse le habló, sus ojos fijos en el objetivo.

-Si te crees capaz, adelante. Pero la gema será de Fariel.

Reed lo ignoró, moviéndose frente al árbol. El agradecimiento en la cara del ahura al cruzarlo fue palpable. Lo oyó regresar al lado de su capitán, sobándose la mano magullada con admiración. Pensó con cierto sosiego que esa admiración tenía pocas bases.

Tocó la superficie metálica, suavemente apoyando la palma sobre la falsa corteza. Quemaba un poco al tacto, pero no parecía en absoluto difícil de subir; era rugoso justo como un verdadero fresno, y en Vant había trepado ya muchos de esos. Tomó apenas unos pasos de carrera y se abalanzó hacia el tronco, prendiéndose del acero caliente, reptando como una iguana lo más rápido que pudo hasta lograr quedarse colgando de la primera rama, un poco más relajado. El suelo estaba a tan sólo unos pocos metros, tenía las manos quemadas y quizás estaba intentando en vano, pero aun así Reed se balanceó lentamente hasta dar la vuelta entera sobre la rama y quedar parado encima. Oyó a Arksinad aplaudir allí abajo, pero antes de que pudiera sonreír o mirarlo el Ziz que volaba por sobre su cabeza dio otro terrible graznido, forzándolo a poner gran parte de su voluntad en mantenerse de pie y sujeto, sin caer en el reflejo inútil de llevarse las manos a los oídos.

Esperó a que pasara el efecto de aturdimiento, abrió los ojos con resolución y continuó trepando, con mayor agilidad ahora que había más ramas de las que tomarse. Yeguilex lo miraba desde el pie del árbol, impaciente, y ni siquiera se movió cuando el revoloteo de plumas negras que era el Ziz descendió cada vez más, empezando a emparejarse en altura con Reed, hasta dar otro chillido que el joven logró ignorar bastante bien, ya acostumbrado al terrible dolor y aferrado a su resolución de no ser derribado.

El alguna vez campesino siguió trepando, ignorando todo lo demás, y pronto creyó vislumbrar su objetivo. En lo más alto de la copa, descansaba una gran carcasa de hojas secas y quemadas que podría haber sido un nido para un ave como aquella. El sol golpeaba directamente en ese punto, reflejándose en las ramas metálicas y cegándolo, pero también marcándole su premio por lo que ahora más confiado levantó otra pierna para ascender.

Tuvo que sujetarse rápidamente pues le pareció que todo el árbol se le venía encima, sacudiéndose violento. Sólo unas pocas ramas lo separaban del Ziz, ramas de las que el ave se prendía y tiraba, moviendo todo el fresno con el propósito de quitar al intruso de su nido. Él se volvió a aquel depredador, el cuerpo desplumado similar al de un buitre, el cuello carnoso que se vislumbraba tras un pico aserrado que podía chocar contra el acero de aquella estructura sin quebrarse, los ojos que, enrojecidos de furia, no lo perdían de vista al intentar colarse por entre las frondosidades, balanceando el mismo barranco sobre el que se alzaban.

Mientras el monstruo abría y cerraba su pico intentando alcanzarlo, él se replegó contra el tronco principal, con la respiración desacompañada en el pecho. Temía que el Ziz emitiera otro chillido, pues estaba ya demasiado cerca y, si no resultaba fatal, la caída desde allí hasta el suelo sí lo haría. Tanteó su cinturón en busca de algo para defenderse, pero recordó que Yeguilex les había quitado toda arma. El ave se aproximaba en un frenesí salvaje hacia él, rasgando el mismo acero, y su siguiente idea fue darle una patada en el pico, pero desistió al ver que al acercar el pie la reacción de su atacante fue buscar sujetarlo.

Respiró profundo un rato, para calmarse, y luego, antes de que la bestia lo alcanzara, dio un salto y continuó el ascenso. Bajar era impensable, el único camino posible era seguir hasta la cima. Usó hasta el último de sus músculos para trepar con prisa, manteniendo la distancia con el pajarraco, hasta que sintió que algo pasaba velozmente a su lado, chocaba contra la falsa corteza y caía. Instintivamente lo logró sujetar: era un pequeño cuchillo de soldado, complementario a las espadas que solían llevar en la armada. Allí abajo, en tierra, Bullwe lo miraba con un asentimiento serio. Debería agradecerle luego.

Yeguilex, viendo el avance de su prisionero, también decidió tomar cartas en el asunto, y ordenó con una seña de mano a dos de sus hombres que dispararan al monstruo. Las flechas se incrustaron en las alas, el pájaro chilló y perdió altura, lo que dio un poco de ventaja al muchacho, quien temiendo lo peor en cambio se aferró a una rama.

En efecto, el Ziz dio otro estridente grito que arrojó a todos al suelo, y Reed tuvo que morderse los labios hasta sentirlos sangrar para resistir el impulso de soltarse y caer.

Y entonces el calvario dio comienzo. Con saña, el Ziz halló una brecha por la que entrometerse, y armado de raquíuticos brazos que asomaban bajo sus alas se adentró para alcanzarlo, graznando, marcando movimientos rítmicos con su cogote, acercándose a los pies de Reed, cuyos instintos lo instaron a escalar lo más rápido que pudiera aquel último trecho hacia el nido.

Reaper se aproximó hacia el árbol para apoyar a su amigo, pero Yeguilex lo detuvo con el brazo.

-No puedes ayudarlo. No lograrías nada.

-Eso pensarás tú, pero yo no voy a dejar de intentarlo- contestó el otro y se echó al piso para pasar por bajo el brazo de su adversario, dejando a Yeguilex malparado y haciendo que de nuevo estuviera a punto de caer. Reaper se dirigió hacia el árbol de acero pero en su camino se interpuso Bullwe, con las manos al frente en actitud conciliadora.

-Espera, kamuita.

Tras ellos Yeguilex irguió furioso, señalándolo con un dedo cargado de ira.

-¡Reaper Assadan! ¡Eres un prisionero! ¡Vuelve a tu lugar o les ordenaré a mis hombres que te disparen!

Pero por esta vez Reaper no le prestaba atención, más concentrado en vislumbrar la situación de Reed a través de las ramas, preocupado por la suerte de su amigo.

El susodicho en cuestión subía ahora lo último del árbol, con las manos ampolladas y el enorme pájaro abajo, persiguiéndolo. Sin pensarlo dos veces miró a sus pies y dio su bota contra el pico curvo del ave, quien pareció quedar algo atontada ante la reacción de su presa, dándole el suficiente tiempo como para saltar la última rama.

El nido estaba allí, hecho de paja y hojas carbonizadas y, en efecto, una gema roja se encontraba puesta en él. Reed la tomó apurado y esta se tiñó de celeste. Luego se la guardó en el bolsillo del abrigo. Se asomó por donde había venido, buscando al ave, pero sólo acero y furor se abrieron bajo él. Aquello no era para nada bueno.

“¿En dónde está?”

Un graznido cadavérico a su espalda le dio la respuesta. Había volado bien arriba, a donde ninguna rama obstaculizaba el camino hacia su víctima. El Ziz abalanzó sus garras hacia Reed, pero este las esquivó e hirió con el cuchillo las patas del animal. Ahora el gran buitre arremetió furioso contra el brazo armado del muchacho, aferrándolo con su pico. Reed aprovechó y pasó el cuchillo a su otra mano para clavarlo en el paladar de su adversario, causando que se estremeciera y se alejara despavorido, una masa negra y putrefacta de plumas que se sacudía en el aire gracia alguna.

El legendario miró a Reed a los ojos, y el joven le sostuvo la mirada, respirando agotado, quemado, pero incluso así desafiante. El pájaro intentó graznar, molesto, y dio un giro en el aire: como si su orgullo hubiese sido herido, ignoró a Reed y en cambio se dirigió en picada hacia los soldados de abajo, que se apartaron desprovistos. El lugarteniente de Yeguilex, Leude, al contrario que sus camaradas levantó su arco y disparó.

El blanco era intimidante, pero sencillo. La flecha atravesó la garganta del ave justo al medio, pero el insistente bicharraco igual continuó planeando hasta estar sobre su atacante. Sujetó a Leude de los hombros con sus garras, lo levantó varios metros por el aire y lo dejó caer. El veterano se desplomó con un aullido de dolor, su espalda dañada, y el arco cayó más allá de su brazo hecho pedazos, pero no hizo falta más.

El Ziz se debatió un rato en el suelo, intentó volar, chocó de nuevo contra el árbol de metal como atontado ante la mirada despabilada de todos, y luego cayó de forma poco ortodoxa cerca del foso, muerto.

Al verlo dar las últimas sacudidas, Reed exhaló con alivio. Ya no habría peligro. Con la gema en el bolsillo emprendió el lento descenso: las manos le ardían y las piernas le temblaban, débiles por todo el esfuerzo realizado. Logró deslizarse hacia abajo, paso a paso, intentando asegurarse bien antes de soltarse, pero en el último momento las piernas le fallaron y se sintió caer, golpeó varias ramas de acero con la espalda y cabeza y quedó en el piso con la misma elegancia que el Ziz, con las piernas levantadas y apoyadas sobre el tronco de metal, el mentón clavado en el pecho y el abrigo desacomodado.

Cuando abrió los ojos, volteada tenía la imagen de Yeguilex con su mano extendida.

-Has hecho un buen trabajo. Ahora dámela, chico.

Reed dudó, sintiendo la gema en su bolsillo. Algo en Yeguilex debió de haber captado esa hesitación, pues sus ojos brillaron, pero antes de que su boca se abriera para replicar el filo de una guadaña creó un tintineo en el aire, Reaper ya libre poniendo la hoz cerca de la ranura del casco. Miraba a Yeguilex con indecisión, dar el golpe final o no.

-Cómo...- el capitán parecía a punto de estallar- ¡Bullwe! ¿Qué se supone que es esto?

Bullwe no respondió, lo que obligó al capitán a descuidadamente girar la cabeza, para mirar el panorama a sus espaldas. Su soldado estaba tirado en el piso, inconsciente, y al lado Arksinad se hallaba de pie, también del todo desatado. Traía el báculo en una mano y la espada corta de Reed en la otra: habían aprovechado la distracción por la muerte del legendario animal para robarle las llaves a Bullwe y tomar sus armas del bolso de los demás. A su alrededor, el resto de los mercenarios mantenía distancia, prudentes pero con armas en mano, muchos recién comprendiendo lo que había sucedido con los prisioneros.

Yeguilex, en cambio, no tuvo problemas para descubrirlo.

-Esperaban el mejor momento para escapar.

Era una afirmación, no una pregunta. Reaper asintió lentamente.

-Eso sería una lección sobre cómo no hay que subestimar a la gente- dijo, aún dubitativo.

Yeguilex no contestó, pero, contradiciendo las expectativas de todos, dejó escapar una risa.

-Interesante. ¿Y ahora cómo lo solucionarás, Reaper Assadan? ¿Me darás la muerte por la espalda, como hacen las ratas cobardes de Kamui?

Todos miraban a aquellos dos, expectantes y sin atreverse a hacer movimiento alguno. Tanto Leude como Gio se hallaban sentados, el segundo sin prestar atención a sus heridas, y la única soldado que parecía en condiciones de luchar era Tezca, quien permanecía con la mano apoyada en el mango de su cinturón y la expresión serena interrumpida por una mueca de sorpresa y confusión. Reaper y Yeguilex respiraban profundamente, sin moverse, pensando a toda velocidad. Reed observaba a su amigo en la misma posición de antes, hasta que Arksinad le arrojó su espada a unos metros. La tomó y se incorporó pero, al igual que el mago, no tomó ninguna posición de lucha. Finalmente Reaper aflojó la guadaña del cuello de su adversario y suspiró.

-No. Aunque te lo merezcas mil veces no te mataré por la espalda. Pero sí tengo una solución.

Yeguilex no habló, y el otro prosiguió.

-¿No dijiste que conocería quién era el gran Yeguilex?- se mofó el guerrero, y retrocedió unos pasos, dándole espacio al capitán para voltearse- ¿Que ibas a enseñarme la furia de Fariel, o algo por el estilo? Pues bien, sé algo de las costumbres de Fariel, las costumbres de aquellos que la habitaron inicialmente. Tú también debes conocerlas, pues esa armadura que traes es de fabricación kiel. Como se hacía antes de que nuestros antepasados poblaran estas tierras yo, Reaper Assadan, te reto a un duelo singular. Aquí en lo alto del mundo, tú y yo, sin que ninguno de nuestros hombres intervenga. El vencedor tendrá derecho sobre el otro grupo.

El capitán quedó callado, sopesando sus posibilidades. Aquello era un giro inesperado: para los kiels, un duelo significaba una contienda de dominación en la que el perdedor se subordinaría por completo a la voluntad de quien le derrotase. Que el prisionero lo hubiera convocado hablaba mucho de la influencia que los mercenarios kiels habían tenido en tierras kamuitas.

-Acepto.- su teniente quiso replicar, pero él levantó una mano. Las costumbres del continente central no eran familiares a un desafío de honor como ese- No intervengan.

Lento estiró un brazo, y uno de los soldados apresuradamente le tendió su maza con púas. Reaper se puso en guardia, pero Yeguilex estiró el otro brazo, y el mismo soldado rebuscó en el bolso, levantó con esfuerzo una pesada hacha y se la tendió en la otra mano.

-¿Dos armas pesadas? ¿Al mismo tiempo?- Arksinad silbó- Suenan a que esto será difícil, Reaper.

Ambos contrincantes se miraron a los ojos, el resto retrocediendo para dar lugar a la lucha. El odio parecía mutuo. Todos los demás contemplaban boquiabiertos, sapos en pelea de toros. Con una facilidad que hablaba mucho de su fuerza, Yeguilex giró ambas armas y embistió contra su oponente, lanzándolo con un impacto de su cuerpo. Reaper escupió y se incorporó con más gracia, pero tuvo que hacerse hacia atrás para esquivar otro ataque. El capitán volvió a dar un doble golpe, pero el otro lo evitó y tanto hacha como maza retumbaron contra el árbol de acero, vibrantes. Reaper aprovechó la oportunidad para arremeter contra la armadura que milagrosamente pareció abollarse un poco ante el corte de la guadaña, pero antes de repetir la hazaña Yeguilex lo sujetó con el hacha y lo levantó por los aires, golpeándolo contra el tronco metálico. El guerrero tosió sangre y volvió a caer, sorprendido.

-Has elegido mal a tu adversario. ¡Como el resto de los tuyos, tiembles ante la fuerza de Fariel!

Sus palabras evocaban las Guerras Barbáricas, por las que tantos resentimientos aún seguían a flote. Reaper no respondió, esquivando otro asalto doble, pero esta vez dio una patada a los brazos de Yeguilex, y con ello el hacha salió volando por los aires,

aterrizando lejos. El otro descargó un golpe contra la tierra que pareció hacer vibrar toda la montaña, pero Reed vio como su amigo se agachaba y con mucha frialdad usaba la guadaña para cortar por las piernas del capitán, justo en donde la armadura se abría dejando entrever la carne blanda. El grandote dio un grito de dolor y se tambaleó, ahora bramando de furia, contra Reaper. Blandió la maza con inusitada fuerza, intentando partirla el torso de un golpe, pero el joven lo esquivó adelantándose, sujetó a Yeguilex del cuello de la armadura y con todas sus fuerzas lo atrajo hacia él para propinarle un cabezazo.

Arksinad chasqueó la lengua.

-¿Reaper, acabas de cabecear a alguien con casco?

El capitán perdió el equilibrio y comenzó a caer hacia atrás, paralizado por la sorpresa. Reaper dio otra patada y la maza que el hombre sostenía también salió despedida, chocando contra el árbol con gran estrépito. Luego el guerrero arremetió con la guadaña una vez, y otra, y otra. La sangre salía por doquier, de entre las ranuras de la armadura del de Fariel como del de Kamui.

Yeguilex cayó de rodillas, y Reaper le volvió a sujetar el cuello con la guadaña, victorioso. Gruesos gotones de sangre le caían espesos por la frente, resbalándole hasta las mejillas, producto del inusitado choque de su cabeza contra el casco de plata.

-No eres tan invencible como piensas- habló por fin. Su voz estaba dominada por el hastío.

-Ya mátame- fue la respuesta resignada del otro, que se debatía para mantener la consciencia.

Pero Reaper no obedeció, sino que tomó su cadena del suelo y la enroscó en las manos cubiertas de su oponente, mientras hablaba.

-Has sido un idiota arrogante y presuntuoso, pero no lo suficiente como para querer matarte. Y además, impulsado por la codicia o no, salvaste mi vida de la muerte a la que me enviaste en la cueva del Behemoth. Esta es mi paga.

Terminó de acomodar las cadenas, y los brazos de Yeguilex quedaron imposibilitados. Hubo algo velado en la mirada del capitán mientras gradualmente se desmayaba, en lo que se podía adivinar un recién nacido respeto. Luego cayó fundido por el agotamiento.

-Ahora depende de tus hombres- dijo Reaper, mirando las nubes de humo que flotaban distantes, más allá- Veamos qué tanta lealtad te tienen.

El guerrero se dio vuelta, sacudiéndose el polvo de su abrigo negro. Tanto Arksinad como Reed lo miraban sonrientes, en cambio los soldados parecían sorprendidos, como si esperaran que Yeguilex se levantara en cualquier momento.

-¡Ahora su capitán es su responsabilidad! –gritó el kamuita, señalando al desmayado- ¡Si lo tienen en estima, si realmente se ha merecido su respeto, entonces procurarán conservarlo vivo!

Ninguno de ellos contestó. Bullwe recién había despertado y miraba con expresión velada a todos, en especial al tendido Yeguilex.

-Arrojen sus armas- sentenció Reaper.

Los hombres intercambiaron miradas, y Reed se puso más alerta. Leude había sido herido por el Ziz y su arco estaba destruido, así que se quedó quieto. Gio arrojó un curvo cuchillo al suelo con su brazo disponible, y Bullwe tiró su sable con desgano para luego mirar a Tezca. La soldado dudó unos segundos y luego lo imitó, analizando a Reaper con expresión atenta.

Los otros tres mercenarios que quedaban se miraron, miraron sus armas y en un gesto que fue percibido sólo por Reed las empuñaron más fuerte, para luego aflojar los

hombros. Aquel muchacho kamuita había derrotado a Yeguilex en un duelo individual, pero...

Con las manos en alto, uno de ellos se encaminó hacia Reaper. En cuanto el guerrero quiso aceptar su oferta de paz, intentó apuñalarlo a traición con el sable tradicional que llevaba ceñido a la cintura. La cuchilla se detuvo a medio trayecto, chocando con una barrera negra que pareció chispear un poco antes de pulverizar el instrumento y hacer que el hombre cayera al piso, asustado, girándose para ver a aquel joven mago que se ceñía el sombrero con el báculo en alto, brillando.

-Vaya vaya. Y el pobre de Yeguilex creía que los de Kamui eran ratas cobardes y traidoras. ¿Qué pensaría de ustedes?

El soldado tembló, pero antes de que pudiera rogar, Arksinad giró su *Péndulo* y golpeó el suelo, creando una oleada de energía oscura como el carbón, que lo engulló haciéndolo estallar en pedazos.

La sangre brotó por los aires, roja y resplandeciente, ante la mirada anonadada de todos. Reed captó trozos de dedos, piel, cabello esparciéndose ante la fuerza de ese hechizo. Los gritos de horror y el nerviosismo se intensificaron.

-Espera...- dijo Reaper contrariado, pero tuvo que interrumpirse pues otro de los desesperados soldados se lanzó hacia él por la espalda, buscando asesinarlo.

-¡No ataquen! ¡No ataquen!- gritaba Leude entre aquel caos, pero ninguno parecía oírlo.

Reaper esquivó echándose al suelo y luego dio una patada en la cara de su agresor, giró la guadaña y estuvo a centímetros de rebanarle el cuello, pero como lo esperaba, Tezca apareció por detrás sujetando a aquel pobre diablo y forzándolo a retroceder. El hombre quiso debatirse pero la joven lo aferró con su brazo y oprimiendo un poco lo logró dormir.

Reed, un poco más allá, intentaba defenderse del tercer mercenario, que parecía haber perdido la razón por el espanto. Su oponente daba estocadas frenéticas y él las bloqueaba con su espada, pero era difícil luchar contra alguien a quien no quería dañar.

-¡Vlad Jeth Suor!

Arksinad estiró el brazo y la energía tenebrosa salió despedida como una garra negra que sujetó a aquel hombre y lo atrajo hacia él, desgarrándolo. Reed intentó protestar, pero el mago no le dio tiempo: envolvió al otro con más espectros y, entre amenazas y forcejeos terminó por hacerlo desaparecer dejando chispas oscuras y una aureola de sangre opaca a su alrededor.

La expresión aterrorizada de Gio le hizo entender que el ahura ya había conocido antes aquella faceta de su amigo. Comprendió entonces del todo la extensión del horror que aquel joven tenía, de lo que debía haber hecho su compañero con el cómplice del ladrón allá en Fariel.

-Eso no era necesario, Arksinad.

Reaper se había aproximado, las venas de su cuello palpitantes. El otro lo miró sin cuidado, inclusive cuando el guerrero se le abalanzó y lo sujetó del cuello de su abrigo, furioso.

-Ya lo habías incapacitado, ¿es que asesinamos gente ahora? ¡Estás demente!

-Eso fue una pelea.- sonrió el mago- Sin contar que salvé tu vida hace unos instantes... ¿Así agradeces tú los favores?

El de Kamui lo sujetó con más fuerza y dudó, pasando de la ira a la consternación. Arksinad también lo veía con una expresión divertida en las facciones. No parecía importarle el horror que había creado.

Fueron sólo unos instantes, pero Reed temió que aquello pudiera pasar a mayores. Jamás hubiera creído que Arksinad podía matar gente de aquella forma, y

ahora comprendía que el mago era todo lo opuesto al guerrero. Al final Reaper lo soltó y se dio vuelta, enfadado.

-Aquello no fue ningún favor.

-Sí que lo fue –dijo el rubio con una sonrisa y media pintada en la cara- Matar por sobrevivir es un deber propio, pero matar idiotas es un favor al mundo. No podemos confiar en que no nos traicionen si los perdonamos.

-No sé qué es más jodidamente tétrico, la forma en que luchas o el hecho de que digas todo eso sonriendo- suspiró Reaper con hastío, y miró al resto de los hombres. Leude los ojeaba desde el piso, con el gesto de quien se creía a punto de morir, pero al mismo tiempo parecía estar más preocupado por la suerte de su capitán, y Gio estaba casi igual, al único que miraba con confianza era a Reed- Quiero que cuiden a su capitán, ustedes cinco. Llévelo a Fariel, o a donde sea. No me importa. Pero no voy a haber perdido el placer de matarlo sólo para que Belekraz me lo robe un poco después. ¿Entendido?

Los otros asintieron, asustados. Intercambiaban miradas sorprendidas pero parecía claro que no planeaban ningún tipo de traición como la que habían intentado los mercenarios. Entre ellos sólo Bullwe se veía relajado, acercándoseles con su postura desgarbada.

-Menudo lío han armado aquí...

Los tres lo miraron, extrañados. Bullwe había vuelto a recuperar la consciencia, e incluso había recogido su sable del suelo, pero no parecía en lo más mínimo dispuesto a querer darles lucha. El soldado se quitó el casco, dejando ver su cabello castaño, y señaló a Yeguilex.

-Nosotros nos ocuparemos de que nuestro capitán esté a salvo, pueden contar con ello.

-Realmente no me importa tanto- masculló Reaper.

-Pues debería- los ojos pardos de Bullwe parecieron ganar solidez al señalar a los que habían quedado- Cinco hombres es un número muy patético para una unidad de Fariel, pero un título de capitán sigue siendo un título de capitán. Necesitarás la ayuda que Yeguilex está endeudado en darte desde que lo venciste en su duelo.

Arksinad y Reed no comprendieron, pero Reaper pifió, sonriendo.

-¿El duelo kiel? Sólo lo dije por decir. No esperaba que alguien como Yeguilex fuera a seguir costumbres de razas que viven a un continente de distancia.

-Pero el capitán se rige por las leyes kiels- sentenció Bullwe- *“El vencedor tendrá derecho sobre el otro grupo”*. Desde el momento en que lo derrotaste, para el capitán te estamos en deuda. Nada cambiará eso.

Reaper no respondió, pero miraba a Bullwe con incredulidad, alternando su contemplación con la de la imagen de Yeguilex, desmayado y en cadenas.

El soldado interrumpió de nuevo el silencio.

-A propósito, mago –se dirigió a Arksinad- No tengo problema en ser hechizado, pero la próxima vez, hazlo un poco menos atemorizante. Casi me cago encima.

Los tres se miraron, sorprendidos.

-¿Lo... supiste desde...?

-Desde la primera vez. Soy un militar entrenado de Fariel. Nos han preparado para esas situaciones.

-Si ese es el caso, ¿por qué no le avisaste a Yeguilex? ¿O lo hiciste?- preguntó con desconfianza el culpable.

Parecía a punto de atacarlo y Reed realmente temió que lo hiciera, preparándose para defender a Bullwe si era necesario. El hombre alzó las manos en señal de paz, sin decir nada y los miró con firmeza.

-No, no lo hice. Supe lo del hechizo, incluso lo de su alianza con Gio- sus ojos rondaron apenas para ver al ahura, quien abrió los suyos propios atrapado- Pero decidí no decir una palabra. Debería haberlo hecho, pero preferí ver como se desarrollaban los hechos. El capitán...

-Todo esto es muy confuso- lo interrumpió Reed sacudiendo la cabeza y señalándolo.- ¿Dices que sabías que te habíamos hechizado, pero decidiste no contárselo a Yeguilex? ¿Aun cuando eso significara el fracaso de su misión?

Bullwe asintió. Había algo en su mirada que brillaba, algo que nunca le habían visto antes.

-Sé que es difícil de entender, pero tengo una razón. Daría mi vida porque el capitán triunfara en su objetivo, pero este no es el caso. Fariel no quiere la Estrella Oscura, diez peces gordos que gobiernan la ciudad la quieren. La Estrella no beneficiará al reino, ni la fama al capitán. Pero ahora puedo quedarme tranquilo. Reaper Assadan, confiaba en que pudieras derrotar a Yeguilex.

Reaper retrocedió un paso al oírlo, casi indignado. Fue tal el gesto que Bullwe suspiró y fue claro que le pareció necesario explicarse.

-El camino que seguía Yeguilex DaWillse en este momento no era el que un hombre como él debería- les dijo bajando las manos con confianza- Este trabajo era francamente imposible para él desde el primer momento, pero su honor lo obligó a tomarlo por el bien de la ciudad. No hubiera aceptado aliarse con nadie por culpa de su código, y aquel código lo hubiera terminado matando, aquí en Belekraz. Que lo hayas puesto en deuda me alivia. De aliarnos, ustedes tendrán la Estrella Oscura, y Yeguilex podrá entrar al Templo. Es un trato justo.

Hablaba con una elocuencia que Reed no hubiera podido imaginarle. El joven se preguntó cuántos soldados habría en el mundo como Bullwe, brillantes pero perezosos hasta de existir.

-¿Por qué nos cuentas todo esto?- saltó- ¿Qué propósito hay en que nos digas que Yeguilex nos está en deuda?

La cara de Bullwe no se movió ni un músculo.

-Porque nos conviene. Fariel no ha apostado por Yeguilex DaWillse, pero Yeguilex DaWillse si ha apostado todo por Fariel. Tanto como para volverse el cretino que parece ser ahora. Pero, por lo que realmente el capitán se mueve, por lo que sé, no tiene nada que ver con la Estrella Oscura. Y ustedes pueden ayudarnos en eso, mientras que nosotros les podemos facilitar el camino hacia su tesoro. Imagino que se han percatado de que Fariel no dejará entrar al Templo del Centro del Mundo a quien no esté bajo su paga. Las tropas y patrullas ya se deben haber movilizado, para proteger esas ruinas. Atraparán a quien aparezca en la puerta con las gemas y lo asesinarán... A menos que sea del ejército. Necesitarán ser soldados de la ciudad cuando vayan allí, y sólo Yeguilex puede ayudarlos con eso.

Reaper suspiró, viendo el cuerpo tendido de Yeguilex, con su teniente acurrucado al lado. Luego se volvió a Bullwe, señalándolo.

-¿Me estás diciendo que podremos volver aquí y tener la lealtad de Yeguilex?

-Las leyes kiels...

-Conozco las jodidas leyes kiels- lo cortó el guerrero- Mi padre luchó contra la armada de tu ciudad y los mercenarios kiels se las pasaron a él como él me las enseñó a mí. Yo mismo organicé nuestro duelo. Pero no esperé que fuera a seguirlo al pie de la letra.

-Es todo lo que tengo para decir- concretó Bullwe, pero Reed lo interrumpió.

-Dices que el objetivo de Yeguilex no es la Estrella Oscura; sin embargo, eso se contradice con todo lo que ha estado haciendo hasta ahora. ¿Qué otro propósito podría tener el capitán para buscar las gemas?

El rostro de Bullwe se ensombreció apenas.

-Hay... mucha más historia en Fariel de lo que creen. Yeguilex sabe algo de aquel templo, algo que nadie más conoce. Cuando vuelvan, él mismo podrá explicarles.

-¿Cómo sabemos que no es una trampa?- terció Arksinad, siempre sonriente- Suenan demasiado tentador, y perfectamente podrían pedir refuerzos hasta que vengamos.

-Aquí es cuando me toca responder que no lo saben- se rascó la cabeza Bullwe- Pero de cualquier forma les doy mi palabra de que los esperaremos. Tanto como nos dure la comida- echó una ojeada al Ziz muerto y añadió- O mejor dicho la bebida. Y ustedes, ¿qué harán?

Reed se encogió de hombros, y pronto lo único que se oyó fue la melodiosa risa de Arksinad. El mago dio un paso al costado, para revelar el enorme foso negro por el cual salía todo el humo y que había permanecido ajeno a la batalla librada hacía unos momentos.

-Allí. Las dos siguientes gemas están en el interior del volcán.

11. Los Hermanos Bellow

-Al... ¿Al interior de Belekraz?- la expresión de Bullwe fue incrédula- Que va. Después de que pasen el humo y las ocasionales piedras encendidas, me cuentan cómo les fue.

-Sospecho que Dingir Bellow tiene mucho más que ver con las ocasionales piedras encendidas que el propio Belekraz- comentó Arksinad, desviando su vista al agujero- Esos hermanos deben estar esperándonos allí abajo.

En la cara de Bullwe una amalgama de gestos contraía su parca serenidad, tal si comenzara a considerar que la alianza por la cual con tanto empeño había insistido segundos atrás no fuera tan provechosa como imaginaba. Se rascó la barba rala del mentón y habló, señalándolos.

-No quiero meterme mucho en lo que hagan, considerando los problemas que ya tenemos por aquí. ¿Pero pueden oír un buen consejo? Ustedes ya tienen la mitad de las gemas. Si estuviera en sus botas, las escondería en un sitio en la que ni siquiera Albion mismo pudiera recuperarlas. Porque, ¿de verdad creen que los Bellow las han pasado por alto? Algo han tramado, dejándolas de ese modo para que otros las obtuviesen.

-Bien dicho- dijo Reaper, pero Arksinad lo interrumpió con una exclamación

-¡Casi lo olvido! ¡Reed!

Se acercó y, ante la mirada de todos, el mago se quitó el sombrero recosido y comenzó a agitarlo en el aire como si intentara espantar el humo que llegaba hacia allí: con cada sacudida la prenda parecía agrandarse, deshilvanándose como si fuera un pañuelo hasta que finalmente, como una moneda gigante, el escudo de Reed cayó desde adentro, rodando y depositándose en la tierra con un ruido seco.

-¿Sorprendente, no es así?- sonrió el rubio- Creo que con eso queda claro el valor de este sombrero.

-¡Mi escudo!- dijo Reed sin oírlo, poseído por una felicidad que había extrañado mientras se lo calzaba a la espalda. Durante todo el ascenso a Belekraz había tenido la sensación de estar incompleto, de que algo le faltaba, pero en cuanto lo cargó se sintió de nuevo seguro y renovado. Esbozó una sonrisa.

-Gracias.

-No hay por qué. No pensé que fuera apropiado tener que bajar todo Belekraz para buscarlo.

-¿Qué diablos es esa cosa?- preguntó Bullwe sorprendido, pero esta vez ninguno de ellos le contestó. Reaper, de pie frente al cráter, habló sin mirarle.

-Si Yeguilex es tan terco como dices, y no volvemos en... digamos, cinco días, váyanse. No pienso estar bajo tierra mucho más tiempo que ese, Estrella Oscura o no.

-Qué interesante- el soldado los repasó individualmente, como si quisiera grabarse sus figuras en la retina- Creo que lo mejor que puedo hacer yo aquí es ayudar a mis compañeros y custodiar a Yeguilex. No dudo que cuando se levante al capitán le hará falta saber con detalles todo lo que ocurrió luego de su desmayo.

-¿Le avisarás?

-Tengo deberes como militar- les respondió, manteniendo la cara y todo- Los esperaremos unos días. Estoy seguro de que si logran bajar tendrán que pasar un par de noches adentro. Sólo espero que quienes emerjan victoriosos sean ustedes y no los Bellow, pero cualquier cosa puede suceder. Están invitados a tomar prestadas algunas de nuestras provisiones, después de todo, sobran para tantos hombres muertos.

Buscaron en el suelo gris y tomaron unos bolsos que llenaron con pan seco, setas y carne salada, que se cargaron a la espalda junto a las cantimploras. Bullwe se había dirigido a hablar con Leude, quien preocupado cuidaba a Yeguilex, ignorándolos. Era encomiable la lealtad que mostraba el teniente para con su líder, aferrado a su lado incluso bajo el peso de las heridas que el Ziz le había dejado. Más allá Tezca estaba tendiendo a Org, el viejo al que había salvado, ayudada por Gio: tanto el joven ahora como aquel anciano eran los únicos mercenarios que quedaban con vida desde que había comenzado la expedición.

Los tres se dirigieron hacia el humo pasando a Bullwe, quien les habló con su llaneza habitual.

-Hay un refrán, que mi abuelo solía repetirme. Si bajas, subes. Queda esperar que este sea el caso.

Reed asintió contento, pensando que la idea era esperanzadora. Liberados, con ya dos gemas en la bolsa y pisando las plumas del muerto rey de los cielos, los tres se asomaron a la entrada de las escaleras que descendían, oscurecidas por la nebulosa noche que vomitaba el foso, masa que ascendía con una consistencia acuosa, distante, similar a la de una cascada invertida que se derramara contra el firmamento para teñirlo de sombras.

La visión logró hacerlo tragar saliva, preguntándose cómo harían para sobrevivir el ingreso.

-¿Qué harás con el humo, Arksinad?

Su amigo sonrió con suficiencia.

-No es humo. En lo más mínimo. Reaper, tú debes de haberte dado cuenta, ¿verdad?

El otro asintió, más serio.

-Si todo esto fuera humo, esto sería un coro de toses, incluso a la distancia que le hemos guardado. Sin mencionar que este humo tiene la costumbre, como vimos la primera noche, de desaparecer y aparecer a gusto.

-Y además, estamos a una altura considerable. Mi maestro no solía usar refranes, pero recuerdo que una vez me dijo que lo que daba valor a un tesoro era lo inalcanzable que fuera. Albion puso las últimas gemas en un lugar inaccesible, sabiendo que helaría el valor de los ignorantes, cegaría a los cobardes, atemorizaría a los débiles. Al final de todo, él era un héroe.

Reaper se sonó el cuello, mirando con determinación la entrada al volcán.

-Magia... Puedo sentir que este lugar está lleno de ella. Lo he experimentado antes, cuando visité por primera vez el Bosque Sagrado, en Kamui Medor. Lugares tan fundidos con maná que erizan la piel, poblados de misterios y criaturas. Como aquel mismo bosque, a esto ya no se le puede llamar un volcán, ni siquiera una montaña.

-Espero que los Bellow hayan arreglado un poco por nosotros el tema de las criaturas.

Reed volvió a asomar su cabeza por la fosa, sintiendo el humo cálido pasar entre sus manos chamuscadas con la densidad del barro. Creía comprender ya lo que sus compañeros decían: si se esforzaba, si entrecerraba los ojos y se concentraba podía ver una cierta transparencia en aquello, muy similar a la que lo asaltaba cuando habían estado en la mansión embrujada convocada por Mila.

-No me haría ilusiones. Dudo que esos bastardos estén intentando darnos ningún tipo de ventaja.

Sí, ilusiones. Aquel humo que se elevaba por los cielos era magia, magia tan antigua que costaba mucho detectarla como tal incluso con todo lo que Scarrow le había enseñado. Ya no había duda posible de que quien había hecho eso era verdaderamente prodigioso.

Pero tenían a Arksinad, y el mago se veía confiado ahora que el ilusionista en cuestión no se hallaba allí para hacerle contra. Levantó el báculo y golpeó con él, por lo que el rubí que estaba en la punta comenzó a brillar tenue. Luego abrió la boca y pronunció, las cuerdas de la herida contrayéndose vivas ante cada palabra.

*Areo, berekusas,
Fireo, caelas,
Erio, astur-dan,
Hireo, uru alak.*

Su voz sonaba profunda, distinta a la cadencia suave que solía exhibir y las penumbras rodeaban su rostro mientras comenzaba a desbaratar la ilusión que Albion había puesto sobre la montaña. Reed vio como lentamente aquel humo denso y negro retrocedía, como si fuera golpeado por fuerzas invisibles, hasta hacerse más y más transparente, luego translúcido y luego desaparecer por completo, dejando sólo hilos de vapor que se evadieron en la atmósfera. Bajó la vista hacia el pozo, esperanzado, pero tuvo que decepcionarse: no se podía ver nada, las escaleras se perdían en la negrura y el fondo de aquel hoyo estaba oculto en una oscuridad abismal.

No había más que hacer. Dio un último vistazo a sus espaldas, donde los soldados restantes tendían a su capitán, y captó un vistazo frío de Tezca, que por algún motivo le incomodó.

Reaper, sin más preámbulos, apoyó el pie en el primero de los miles y miles de escalones esculpidos en esa bajada de caracol.

Todo lo que había pasado con Yeguilex y sus hombres ahora le parecía algo lejano, irreal, incluso cuando debía de hacer apenas unas horas desde que pusiera pie fuera de la cima de la montaña.

El pozo de Belekraz era inmenso, en altura y ancho, y las escaleras que lo penetraban cilíndricamente no ayudaban a hacer el itinerario mucho más ligero. Al comenzar el descenso Reed se hallaba constantemente preocupado de descuidarse y caer en la negrura, pero ahora, mientras más sus pies se acostumbraban y avanzaban solos por el trayecto monótono, más se le ocurrió que caer en la negrura no era una mala idea. La expresión vagamente iluminada de Reaper frente a él parecía indicar lo mismo, pero más adelante Arksinad caminaba sonriente y con el ánimo subido, su báculo con una luz rojiza que los ayudaba a guiarse, algo que se hacía ya innecesario con la constante repetición de aquellas eternas escaleras.

Todo alrededor de ellos y esa luz carmesí era tan sólo oscuridad, densa como una pared, y un silencio tan absoluto que lastimaba los oídos. La negrura estaba tan presente y tan arraigada en aquellos terrenos inexplorados que también comenzaron a preguntarse cuál era el propósito de desbaratar el humo de Albion si de cualquier modo al entrar allí nada podían ver más que lo inmediato. Una sensación de pérdida, de infinitud se propagaba por arriba y por abajo, cada paso postergado por la eterna espiral, que se adentraba como un taladro a ciegas por ese abismo absoluto. En un pozo como ese, la idea de que el mundo tenía cosas que hubieran aterrado al más valiente campesino de Vant hizo mella en Reed con más fuerza que nunca.

“Y si el infierno en verdad existe, su entrada debe verse así.”

Mientras descendían el silencio dio paso a unas pocas vibraciones, hasta convertirse formalmente en un ruido: el de algo golpeando la roca, muy por debajo de ellos. La oscuridad también luego de un tiempo se vio interrumpida: un pequeño punto rojo les aguardaba, brillando, al fondo de aquella abismal caída.

-Chicos...

-Lo sé. Allí debemos llegar.

Continuaron bajando durante horas. Cuando ya las piernas les comenzaban a pesar y el paso se hizo demasiado lento como para ser ignorado los tres decidieron sentarse con los pies colgando al borde del abismo, para tantear a ciegas y compartir un bocado formado por setas y algo de pan, sumidos en la más profunda oscuridad. Reaper masculló, agotado.

-En cuanto me entere de que para volver hay que hacer todo esto en subida... Me cargo esta montaña. Entera.

Arksinad rio, y Reed no pudo evitarlo también. Sus risas resonaron distantes, solitarias y perdidas en aquel mar de nada. Bajo sus pies aquel punto rojo se había convertido en una mancha luminosa.

Disfrutaron de un recreo breve, pues no era aquel lugar en el que ni siquiera podían verse las palmas en donde creían apropiado iniciar un descanso. Después continuaron con el repetitivo avance curvo que ya comenzaba a marearlos, en especial a Reed. No podía sentir el tiempo allí adentro. Cerraba los ojos en el camino y luego los abría, no había ninguna diferencia. Era como si la oscuridad congelara todo, congelara la percepción y la luz, incluso la misma idea de que un evento pudiera conducir a otro. Allí el tiempo no pasaba, era.

-Empiezo a creer que debemos de estar por la mitad de la montaña. Quizás luego haya que avanzar bajo tierra- comentó el mago.

-¿Quién sabe qué clases de criaturas se esconden allí, donde nadie ha pisado?- se maravilló Reed.

-Ni me lo imagino. Afuera estaban el Behemoth y el Ziz, adentro estarán el Krakken y el Leviatán.

-Eso estaba anticipado- rio Arksinad- Pero veo poco posible una laguna dentro de un volcán.

-Scarrow me dijo que dentro de las cuevas y montañas suelen formarse lagunas subterráneas. Quizás sea una de esas.

-A mí también me dijeron eso, pero la única laguna que vi dentro de una montaña hasta ahora estaba repleta de lava ardiente y tenía un dragón- el rubio se encogió de hombros, divertido.

-Por cierto... ¿Cuál es la leyenda de las cuatro bestias?- Reed los seguía apresurado, sin salir de la luz que los cubría- Eran conocidas antes de que la puerta dijera que había que buscarlas.

Reaper pareció dispuesto a hablar, tan sólo fuera para aliviar un poco el aburrido camino que tenían por delante. Por lo que podían ver, era posible que aún tuvieran toda una hora para llegar a donde el punto luminoso se agrandaba, esperándolos.

-Son relatos aislados, basados en los manuscritos que el viejo rey de Kamui halló en su expedición a la montaña. Tiene sentido aceptar lo que sostienen muchos, en cuanto a que todas esas páginas llevaban la firma de Albion. Tuve la oportunidad de observar los originales en Sadalsuud, pero en ese entonces creí que se trataba de una falsificación. Ya saben, por esa época, las historias de Albion hacían revuelo en el mundo. En cuanto a lo que dicen, creo recordar ciertas descripciones de Behemoth, pero no mucho más sobre las otras. Una referencia a Ziz como el grito del cielo, que ahora cobra mucho más sentido –comentó frotándose el oído- Había, si no me equivoco, también un epíteto para Leviatán.

-Dilo. Saber es la mitad de la batalla.

-La otra mitad es saber cómo luchar, Reed. Era: *Terror del Océano*.

-Prometedor.

No estaba siendo sarcástico. Una criatura así le ponía los pelos de punta, lo embargaba con la emoción de tener que enfrentarla en aquella aventura que estaba construyendo. Y si realmente había algo como eso en aquella montaña...

-De todos modos, esos textos datan de hace al menos cuatrocientos años, cuando los kiels dominaban Fariel, los elven poblaban el mundo libremente y los bárbaros de Gikeldor amenazaban con tomar medio continente. Tiempos muy viejos- Reaper se aclaró la garganta- Y todos estos tiempos el mito fue considerado eso, un mito, hasta que lo pudimos desmentir. O al menos, ya sabemos que tanto Behemoth como Ziz existen.

O existían, en el caso del enorme buitre. La mancha roja, mucho más cercana ahora, se había convertido en algo más amplio y brillante, carmín y con una delgada línea negra que la dividía por la mitad.

-No falta mucho. Pronto dejaremos de descender. Al menos no tan directamente, espero.

En efecto, mientras más avanzaban el pozo se hacía más y más estrecho, lo que aceleraba el camino. Poco después Arksinad pudo prescindir de la luz de su vara, pues el resplandor rojizo iluminaba las paredes y las escaleras perfectamente desde abajo. El aire se sentía viciado y espeso y Reed tuvo que limpiarse unas gotas de sudor con la manga.

-Este volcán se burla de nosotros.- se quejó- Que primero es una montaña, que luego es un volcán inactivo, que luego es un volcán inactivo que tira rocas, y ahora resulta que es tan sólo un volcán inactivo lleno de lava en su interior que parece a punto de erupcionar. ¿Me explicas, Ark?

-Un mago lo hizo.

Abrupto, el camino se empinó hasta que las escalinatas dejaron de girar sobre sí mismas, convirtiéndose en un sendero de cenizas, en donde montículos ardientes los esperaban en cada esquina obligándolos a dar tediosos rodeos para evitar el peligro. Podían sentir la tierra tibia hundiéndose bajo las botas, pero no estaba lo suficientemente caliente como para quemarlos. El camino continuaba hacia un estrecho pasaje bordeado por dos enormes formaciones que obstruían toda visión, y que de vez en cuando eran salpicadas por pequeños charcos de lava que danzaban alrededor, contenidos. Jamás había visto lava antes, estaba claro, pero gracias a las historias de Scarrow por una vez la visión no le afectaba mucho: era después de todo similar a como imaginaba la baba de un dragón, retorciéndose y espesándose entre burbujes somnolientos. Reed sentía como la piel le ardía, el suelo se calentaba más y más, y también podía ver los ojos de sus compañeros, rojizos por la luz y el fuego de las entrañas de Belekraz. Los suyos debían de estar igual.

Cubrieron con presteza el último tramo, dando pequeños saltos pues cada tanto una pisada liberaba una buena porción de vapor caliente. El primero en llegar fue Reaper, quien al apoyar la mano en las formaciones al instante la retiró con una maldición.

-Es un condenado horno... estas piedras han sido hervidas por un buen tiempo. No creo que podamos meternos. ¿Alguna idea?

-Yo opino que retroceder es una mala idea- apuntó el mago- Cúbranse con sus capas. Probaré hacer algo para enfriarlas, pero no es ni por mucho mi especialidad.

Reed lo obedeció y los tres se cubrieron las caras con las capuchas y sombrero. Arksinad hizo brillar el báculo y una onda azul enfrió el ambiente apenas unos grados, pero lo suficiente como para que todos suspiraran agradecidos.

-La roca debe seguir caliente. Habrá que magullarse un poco.

Reaper tanteó el terreno, y rápidamente comenzó a adentrarse. Con sus manos se sostenía sobre la ceniza, y cada tanto Reed lo veía tropezarse y continuar, soportando las quemaduras. Su guadaña raspaba débil contra la roca, marcando su avance con una delgada línea de chispas. El dolor de ser rozado por alguno de los regueros de lava que se formaban entre la superficie irregular de ese entorno se auguraba terrible.

Así el joven de Vant pudo ver como al rato su amigo desaparecía, oculto por las enormes formas que hacían de guardianes de la parte baja del volcán. Arksinad apoyó la mano en la superficie dura y rugosa, disponiéndose a subir, cuando oyeron un grito. Era de Reaper.

-¡Pasen rápido! ¡Tienen que ver lo que hay aquí!

Fue suficiente. Ambos salieron disparados y pasaron el atajo a los empujones, quedando llenos de quemaduras. El calor les abrasaba del todo la cara cuando salieron a ver lo que les indicaba.

Ante sus ojos se abría un paisaje impresionante. Un extenso lago de lava se interponía entre ellos y la otra orilla, salpicando por todas partes, inquieto. Todo destellaba por el fulgor ardiente; el techo lleno de estalactitas y las paredes de la gran caverna corroídas por el magma que se sacudía con cierta desidia rabiosa. Siguiendo el sendero que recorrían, un puente de roca negra les permitía cruzar el lago a un par de pie de altura, lo suficientemente ancho como para que pasaran juntos de lado a lado. En la otra orilla, la vista era aun más digna de interés. Se divisaba un muro oscuro, en su mitad una puerta adornada por un rostro burlón coronado de espinas con la lengua afuera. Era tan imponente que Reed temió que algo saliera de allí para matarlos, pero nada ocurrió.

-Imagino que ya estamos en la base de Belekraz.

-No, eso sería imposible... ¿Cuánto hemos estado descendiendo? Diez horas máximo. Nos tomaría más de un día bajar esta montaña a pie.

-No puedo asegurarlo pero – Reed se acostó contra el suelo, cubriéndose con la capucha de la oleada de calor- me hago a la idea que después de la puerta vienen cosas aun peores, así que, ¿por qué no comemos algo y nos echamos la siesta más extraña de nuestras vidas antes de avanzar? No tengo intención de continuar en este estado.

-La segunda siesta más extraña para mí- se jactó Reaper, apoyándose al lado- Pero adhiero a la idea. Necesitaremos estar descansados.

Arksinad se había tendido con el sombrero tapándole la cara mientras masticaba una seta y estancó el báculo en la dureza de abajo, el cual los cubrió con una luz refrescante. Reed lo agradeció por dentro y poco a poco se fue olvidando del calor, del suelo duro y de la situación, dejándolo todo cómodamente atrás para sumirse en el profundo sueño que su cuerpo le pedía desde hacía días.

Se despertaron simultáneamente, descansados y listos para la acción. En aquel reposo habían perdido ya del todo de su percepción del tiempo: podían haber dormido minutos, horas, días o semanas, pero lo inmutable de aquel sitio dejaba todo intento de descubrirlo inutilizado, fuera por la oscuridad de las escaleras de la entrada o por la siempre presente lava que iluminaba todo con el resplandor de mil lámparas.

La puerta los miraba burlona, mostrándoles su horrible lengua. Reed había despertado innumerables veces por los burbujeos de la lava, poseído por una desesperación que lo llevaba a comprobar que la puerta no se hubiera abierto, sólo para volver a cerrar los ojos, intimidado por la metálica sonrisa. Había algo de extraño en aquella construcción, algo *incorrecto* que le hizo tener la certeza de que algún tipo de trampa o hechizo los esperaba del otro lado.

En silencio, Reaper acostó sus dedos al calor de su arma. Al respecto Reed podía estar agradecido, pues su escudo no se contagiaba de las altas temperaturas que reinaban; su acero se mantenía templado, fresco, evitándole el dolor de tener que llevar un peso candente durante la jornada. Sin contar las armas, también los alimentos estaban tibios y pronto se echarían a perder. Cargaron todo haciendo notas mentales de aquello y se movieron en fila hacia el puente: Reaper dirigía la marcha, como siempre, y Reed en la retaguardia, protegido por su escudo de cualquier cosa que quisiera sorprenderlos por la espalda.

Por el puente fueron con presteza, pues el suelo estaba más caliente que nunca y temían que de mantenerse allí mucho tiempo, las suelas de las duras botas se ablandaran y derritieran. Cada tanto una de las burbujas del infernal lago estallaba cerca, pero sus salpicaduras eran absorbidas por el material metálico del camino, similar a como una esponja sorbería el agua, sin dar mayores complicaciones.

-Eso no es natural.

-Nada en este lugar es natural, Reed. Creo que si fuera natural ya seríamos sopa. Eso también explica por qué Dingir no ha encantado el puente para que se derrumbe en cuanto lo pisemos. Hay una magia más poderosa sosteniéndolo.

-Eso y que no le conviene que las gemas que tenemos sean remojadas en lava hirviente, supongo.

Con cada paso, la puerta se acercaba a ellos. Pero la amenaza de esa caverna no estaba en el rostro monstruoso, como pronto Reed descubrió. Vio a Reaper darse la vuelta, sintió una oleada de calor repentino y miró hacia su costado: una masa de lava, mucho más grande que las otras que azotaban el puente, se abalanzaba sobre él como una furiosa mano de fuego.

No había tiempo ni forma de esquivarlo, así que el único reflejo idiota que pudo permitirse fue cubrirse el rostro con los brazos. Antes de tocarlo, la lava se detuvo en el aire, estática. Reed quedó esperando el impacto unos segundos más, pero luego alzó la vista y vio al líquido detenido, cada gota pequeña paralizada en el aire, vibrante. Su escudo, a su espalda, brillaba y parecía emitir un sonido cantarín. Ya le había sucedido algo así antes. Vio durante unos momentos la masa ardiente, los grumos rocosos y la cegadora iridiscencia, y luego una onda expansiva de color grisáceo arrojó todo aquello contra las paredes de la caverna, bien lejos de Reed, quien creyó vislumbrar algo etéreo y débil, como manos, saliendo de su arma y protegiéndolo. Como si el esfuerzo lo hubiese agotado, su escudo se fue apagando con un débil susurro, dejando de nuevo el ambiente librado al sonido de las burbujas.

Arksinad y Reaper lo miraban con los ojos abiertos de par en par.

-Te cambio tu escudo por mi báculo- sonrió el mago.

-Ni lo sueñes, boca-cortada, ya intenté eso- dijo Reaper y luego sonrió- Menuda arma tienes ahí, chaval.

-Ya lo creo- aunque se sentía orgulloso, el susto por lo ocurrido todavía no aflojaba el agarre en su corazón.

-Vamos ya- hizo un gesto el guerrero, viendo las últimas gotas de magma resbalar de la superficie del escudo- No quisiera comprobar si mi guadaña puede hacer lo mismo. Esta montaña está rabiosa, será mejor que nos mantengamos alejados de donde puede lastimarnos.

Al siguiente tramo del puente lo surcaron entonces en apenas unos instantes. No fue un asunto complicado, si consideraban todo lo que habían superado antes, e incluso después de haberse salvado de tal modo Reed siguió enfocado en la puerta burlona, sin perderla de vista hasta cruzar el puente y quedar frente a ella.

Suspiraron aliviados, fuera ya del calor y temor anteriores.

-Y aquí estamos. Y, de nuevo, faltan las manijas en la puerta.- notó Reaper, chasqueando la lengua con enfado. Reed la observó en calma, concluyendo que era cierto: acero opaco, tornillos oxidados por el calor, la grotesca cara de demonio, repulsiva, que se burlaba de ellos con su mueca, el ojo derecho ciego y hundido en su cuenca. Una leve sensación de disgusto lo inundó, pero no tardó en superarla.

Tragó saliva. Comparado con lo que había vivido en la cima de la montaña, una queja como esa era ridícula.

-Creo... Habrá que agarrarlo por la lengua.

Reaper se volvió a él. Acercó la mano a la cara esculpida y jaló de la protuberancia de aquella boca inerte hacia abajo. El muchacho tenía razón. La lengua que hacía de palanca descendió suavemente, sin el menor chirrido.

Los ojos del demonio de acero se encendieron en un fuego azulado, y su boca pareció hervir. Una voz salió, hablando en la antigua lengua común, una voz que a Reed le sonaba conocida, pero monstruosa, modificada. Estaba cantando. Y lo que cantaba era:

*Oye mis palabras, viajero
que en busca de mi tesoro invades
mi alma defiende este templo
mi magia cancela sus males.*

*Abre los ojos viajero,
si tu sangre no es la de mi alma
el retorno a ti se te evade
y las sombras devoran tu calma.*

*Si te adentras al abismo,
sin llegar a ser yo mismo,
un cruel destino te aguarda:
Hazme caso y vuelve a tu casa.*

Al terminar la canción, la lengua pareció enfriarse pero el ojo continuó encendido. Se sintió un sonido maquinal, de acero que golpeaba, y la puerta se destrabó frente a los anonadados aventureros.

-Alentador.

-Pues yo ahora no estoy tan seguro de entrar.

-Pues yo tampoco- acordó Reaper- ¿Compartimos la sangre de quien compuso esa bazofia? Si se trata de Albion, voy por el no.

-Estoy de acuerdo, pero iluso sería que nos detuviésemos ante la primera advertencia. La puerta claramente puede abrirse desde afuera sin complicaciones, podríamos esperar hasta que Yeguilex venga, ya sabes, a ajustarnos cuentas o algo.

-Yeguilex ya es historia pasada- suspiró el guerrero, pero luego habló con más decisión- Reed, si llego a morir allí adentro sólo para conseguirte un condenado diamante, recuérdame patearte el trasero en el infierno.

-¡Sí señor!- sonrió él, agradecido- Pero no quisiera obligarlos. Desde este punto, si lo desean, pueden dejarme solo. Esta es mi misión y...

-Oh, ya cállate- le pegó un coscorrón su amigo y se le adelantó, junto con Arksinad, quien le sonrió entretenido.

-Morir no supone un gran conflicto para mí. Y esta sería una muerte muy interesante.

Reed le correspondió el gesto, y Reaper empujó la pesada abertura, lo suficiente como para que entraran. Una especie de densa neblina negra impedía ver qué había adentro.

-Esperen- los detuvo Reaper, y sostuvo su guadaña en la mano- No me fio de los Bellow. Lo más probable es que hayan dejado a alguien más adelante para cerrarnos el camino. Habrá que tener cuidado.

Arksinad pareció coincidir, alzando su báculo, y adentrándose a través. Reed lo imitó, su espada corta en mano.

Al cruzar el umbral un hedor a podredumbre los azotó en la cara. Reed sintió la urgencia de darse vuelta y tomar un poco del aire viciado de atrás antes de continuar, pero al girarse se topó con un muro metálico, firme, que no dejaba posibilidad alguna de escape.

-Ese Albion es un...

-Lo supuse- Reaper no parecía en lo más mínimo sorprendido con aquel desarrollo- Ahora presta atención a lo que hay adelante, por favor.

Cientos de cadáveres regaban el suelo de la habitación: cuerpos en descomposición, personas que habían llegado hasta allí para encontrarse con una cruenta muerte, huesos mordisqueados, dientes que se hendían débilmente en dedos viejos, el espantoso final de decenas de aventureros que habían ignorado las advertencias de la puerta para obtener los secretos de aquel templo. Se movieron con cautela, en ocasiones resignándose a pisar aquel desperdicio, soportando el sonido húmedo de la carne muerta hundiéndose bajo sus botas. El hedor les llenaba todos los sentidos, y una bruma desagradable que emergía de los cuerpos les impedía orientarse. La temperatura también había descendido exponencialmente: Reed se sentía como en un invierno de Vant. Aquel pensamiento lo ayudó a relajarse, aunque el olor a muerte y las expresiones aterrorizadas de los cadáveres no ayudaban a alentar comparaciones agradables con su pueblo. Poco a poco la niebla se fue disipando, hasta revelar por completo la sala.

Era amplia y de forma hexagonal, las paredes blancas; adornadas con bellos grabados de plantas y raíces de oro, contrarrestando casi burlonamente la zona anterior, donde la visión era espantosa pero la lava parecía hacer un trabajo más limpio en ocultar los cuerpos. Grandes baldosas de color carmín ayudaban a reproducir el engaño de opulencia, que se disolvía tan pronto uno levantaba la vista para contemplar el techo cavernoso, hecho de barro y estalactitas de Belekraz. Al centro se alzaba un pedestal, d agua protegida por un grueso cristal. Hacia el noreste y noroeste del hexágono que formaban las paredes había dos entradas oscuras, y por el norte, entre ambas, un trono que no parecía tener mucha concordancia con el resto de los decorados, pues estaba hecho de fragmentos de tierra, huesos y trozos de armadura y telas. Y había alguien encima.

Al principio Reed no lo vio, concentrado como estaba en aquel nuevo terreno, en los cadáveres y el pedestal de cristal. Pero allí estaba, sentado de manera desganada, con los codos apoyados y la columna inclinada hacia delante, con el aburrimiento de la espera. Las piernas le colgaban, pues aquel asiento era demasiado grande para él, y, cuando los vio y se puso de pie, hicieron un **clack** al tocar el suelo.

Era un hombre de complexión extraña, la piel con un leve tono cetrino, los ojos amarillos y el cabello anaranjado, desordenado sobre una cara surcada de cicatrices en las mejillas y sien. Como vestimenta solamente traía unos ropajes gastados y viejos, mugrientos y que dejaban expuesta gran parte de su cuerpo, pero mucho más adecuados para el calor del volcán que toda la ropa y armadura que Reed, Reaper y Arksinad llevaban encima.

Los observaba con una expresión que podía ser tanto de seriedad como de sorpresa, con los ojos de ámbar brillando ante el resplandor de las antorchas. Reed notaba algo particular en aquel individuo: no era humano. Su cuerpo era demasiado muscular y al mismo tiempo compacto, ligero. Las cejas eran arqueadas y los ojos entornados, innaturales. Y, bajo el alborotado cabello de color naranja, las orejas se punteaban hacia abajo.

Ya conocía a alguien con rasgos similares.

-¿Quién eres?- preguntó, preparado para cualquier cosa.

El desconocido los escrutó con detenimiento, y luego levantó las manos hacia arriba, en señal de rendirse. Seguía manteniendo aquella expresión de seriedad y sorpresa en partes iguales, y parecía ligeramente nervioso.

Pero no respondió. Reaper lo apuntó con su guadaña.

-Contesta, ahora.

La palabra trajo recuerdos de Scarrow en los oídos de Reed. Ya sabía porque aquel hombre se veía tan extraño. No era humano, era exactamente como Gio.

Pero al mismo tiempo era diferente: aquel ser era de raza pura, definitivamente mientras que el ladrón hecho soldado seguramente había sido el resultado de un romance entre uno de ellos y un humano, como sus rasgos más suaves evidenciaban. Una idea como esa era, ahora que lo pensaba, difícil de concebir. Los ahuras habían sido, junto con los humanos, una de las especies que había arrasado el continente central siglos atrás, alejando con su alianza a los kiels y dominando esas tierras. Pero ya durante esa olvidada campaña las diferencias entre ambos bandos se habían hecho claras y, para cuando el Imperio Kiel ordenó a sus tropas dar la retirada hacia Gikeldor, eran humanos y ahuras quienes peleaban entre sí, con un odio que no habían mostrado contra su enemigo común. El resultado de esa brutal contienda había sido la victoria humana, que echó a sus antiguos aliados hacia tierras desconocidas. Con la conquista arrebatada de sus manos, sumidos en la pobreza del desierto, no era difícil entender que los ahuras hubieran considerado a la raza de los hombres como sus enemigos jurados.

La unión que hubiera dado a un niño como Gio era insospechada. A través de los años, el odio sólo había terminado por acrecentarse. Era un desprecio que surgía desde la sangre, desde las ancestrales raíces que marcaban su cultura.

A Reed, por su parte, le daba igual. No sentía ningún odio hacia alguien por su raza o condición, ni aunque fuera un ahura o una bruja como Mila.

-¿Eres mudo?- inquirió Reaper.

-Me llamo Sarei. Soy parte de un grupo de exploración de Gikeldor que buscaba conseguir las gemas para abrir la puerta del Templo.

Tenía una voz gruesa y juvenil. El rostro estaba ensombrecido mientras respondía. Reaper no bajó su arma sino que avanzó unos pasos, cauteloso.

-¿Y en dónde está el resto de tu grupo? ¿Qué hacías aquí solo?

“Otras personas han entrado antes que nosotros” pensó Reed *“Han pasado por alto las primeras gemas y entraron directamente a la montaña... Tenemos esa ventaja.”*

El portar ya la mitad de las llaves al Templo del Centro del Mundo era valioso, sí. Pero haber entrado antes a Belekraz implicaba conocer mucho más sobre el terreno que había por delante. Si había más grupos de mercenarios, sin contar a los Bellow, la cosa se pondría difícil para conseguir las últimas dos.

Sarei se tomó unos segundos para contestar, mirando a Reaper fijamente.

-Están muertos. Todos menos yo. Los Bellow nos emboscaron aquí mismo.

Arksinad dio un prolongado silbido, contemplando con deleite la montaña de cadáveres que habían dejado atrás. Reed también les echó una ojeada, incómodo.

-¿Todos esos son tus compañeros?

El ahura negó, su estoico rostro apenas cruzado por la irritación.

-Esos cadáveres estaban ahí antes. Desconozco de quiénes son, pero algunos están demasiado podridos como para ser víctimas de los Bellow.

-¿Y cómo es que tú sigues vivo?- inquirió Reaper. Continuaba viendo al hombre con desconfianza- ¿Me vas a decir que te escondiste bajo los cuerpos o alguna chorrada así?

Otra vez el extraño tardó en responder. Parecía una persona muy turbada.

-Yo... No esperaba esto.

Reed comenzó a entender que algo andaba mal. Reaper seguía mirando dubitativo al hombre, pero ahora fue él quien habló.

-¿Esperabas que otro grupo llegara aquí?

Arksinad y Reaper lo miraron, sorprendidos, y hasta Sarei se volteó hacia él como si nunca lo hubiera detectado antes.

Asintió.

-Déjate de bromas y explícanos todo- lo señaló Reaper- Y mientras más rápido mejor.

El ahora se sentó en el suelo, suspirando. Estaba realmente aturdido. Luego comenzó a hablar.

-Formaba parte de un escuadrón de mercenarios de Gikeldor. Descubrimos que la puerta de Fariel había dado un mensaje y partimos a Belekraz al instante. No fue muy difícil de interpretar. Éramos diez personas. En principio pudimos encontrar un camino para ascender, pero luego hubo que escalar. Dos de mis compañeros murieron allí. Verin murió cayendo de una pendiente. Karin tuvo una muerte menos violenta, el frío la terminó apagando- los miró con sus ojos ámbar y apoyó su mano en la cabeza- La montaña es un infierno, allí afuera y aquí adentro. Cuando logramos llegar arriba, un ave gigante terminó llevándose a otro de los nuestros, un pajarraco espantoso que nos confundió con sus alaridos. Era de noche, así que el humo no estaba saliendo de la cima, y nos adentramos en el templo para evitar a aquel monstruo. En cuanto cruzamos la puerta, los Bellow atacaron. Nos estaban esperando allí mismo.

»Fue una completa masacre. Logré salvarme de la batalla escondiéndome bajo los cuerpos. Dirán que fui un cobarde, pero al menos aún respiro... Los Bellow me perdonaron la vida.

Terminó su relato y se los quedó mirando, impasible. Como si esperara que lo juzgaran. Arksinad y Reed se miraron, pero Reaper se acercó al hombre.

-No te hubieran perdonado la vida sin pedirte nada a cambio. ¿A quién esperabas? Es obvio que aguardabas a alguien más. ¿Quién fue y por qué?

El sombrío rostro de Sarei pasó de Reaper al suelo, sumido en la melancolía. Esta vez no tardó en responder.

-No todos los Bellow entraron juntos a Belekraz. Al parecer había algo que buscaban allí afuera en la montaña, y se dividieron para lograrlo... Pero temían que quien estaba afuera no pudiera seguirles el camino en este laberinto interior para reencontrarse. Así que me dijeron que esperara al quinto Bellow y le indicara el sendero.

-¿Uno de ellos está fuera de Belekraz?- Reaper retrocedió un paso, y Sarei asintió- ¿Por su cuenta?

El hombre negó.

-Se encontraba con otro grupo. El decimotercer escuadrón de Fariel, comandado por el capitán Yeguilex DaWillse... allí estaba el quinto Bellow, Deihhr, infiltrado como un soldado común. Conseguiría lo que querían y llegaría hasta esta sala pero...- los miró con desesperación en el rostro y dio un quejido angustiado por primera vez- No está aquí. ¿Y qué hago ahora con ustedes?

12. El Rey De Las Moscas

-¿Un Bellow con Yeguilex?- retrocedió Reaper, anonadado- ¿Lo dices de verdad?

Sarei no dijo más, sentado y mudo como estaba. Reed se dio vuelta examinando la pared que antes había sido una puerta, y meditó. ¿Cuál de los soldados era el infiltrado? Leude, el teniente de Yeguilex no podía ser, ni tampoco Bullwe o Tezca. Eran hombres que el capitán parecía conocer desde hacía tiempo. Tenía que ser uno de los muchos mercenarios que el de Fariel había reclutado para su misión, ¿pero quién? Perfectamente y con suerte podría haber sido aquel mal afortunado Boble, o alguno de los muchos soldados que murieron en los distintos peligros que atravesaron durante la travesía. O incluso...

-Gio...- dijo en voz baja, dejando la revelación helar sus sentidos. Reaper y Arksinad lo miraron, inquisitivos.

Les devolvió la vista, los ojos grises abiertos de par en par y el cuerpo tenso. Sonaba impensable, imposible incluso de concebir siquiera, y sin embargo, parecía ser la opción más factible.

-El Bellow infiltrado con Yeguilex... No pudo ser ninguno de los hombres que murió cuando Dingir nos lanzó las piedras y la ladera abajo.... Porque sin duda era alguien ya preparado para eso. Dingir debió de haberle alertado en qué momento atacaría para evitar dañarlo. Lo que nos deja...

-Al que murió en la cueva de Behemoth, si tenemos suerte... O a los que Arksinad mató sobre la cima- Reaper chasqueó la lengua- Pero lo dudo. Un Bellow no hubiera atacado tan descuidadamente. Tiene que ser alguno de los mercenarios que quedaron vivos, y de todos... Gio es el más probable- el kamuita escupió contra el suelo, con fastidio- Reed, deberías haber dejado que subiera ese condenado árbol solo.

-Pero Gio tenía el brazo quemado cuando las piedras cayeron- el recuerdo de aquel miembro calcinado y partido volvió a hacer que la mente de Reed retrocediera casilleros, considerando de nuevo las posibilidades- ¿No significa eso que no estaba preparado para el ataque?

El rostro de su amigo también pareció contrariarse, pensativo. Las venas que surcaban su frente latieron con una mezcla de indignación y duda y por unos segundos ambos se enfocaron sólo en aquello, ignorando al ahura que los miraba inquieto sin decir nada. Luego el joven guerrero se sacudió el cabello, frustrado.

-Si no es él, ¿quién fue? Recuerden lo que nos dijo. Bullwe, Tezca, Leude, todos ellos eran soldados de Yeguilex desde un inicio. De los mercenarios, sólo Gio y el otro

viejo quedaron con vida, y ciertamente el anciano no es uno de los Bellow. Tal vez dejó su brazo ser lastimado para alejar toda posible sospecha.

Cuando más se esforzaba Reed en entenderlo, más creía en aquello. Y además, comenzaba a darse cuenta de algo: no había sido casual que Yeguilex mandara a su joven mercenario herido a subir el árbol de la cima de la montaña ni que hubiera tenido la amabilidad de ofrecerle retirarse del grupo.

No. Ahora lo entendía. El capitán había estado sospechando del medio ahura desde hacía un tiempo. ¿Pero por qué motivo? Cabía esperar que aquel hombre tuviera más información sobre los hermanos Bellow y hubiera sabido que Deihr se infiltraría en su grupo... O quizás...

Las piedras. Recordó. Arksinad mismo había dicho que para que el mago de los Bellow las dirigiera hacia ellos, alguien debía de estar observándolos. Alguien debía de haberle alertado de algún modo a sus aliados dentro de la montaña en dónde debían caer los proyectiles. ¿Sería ese Gio, entonces? ¿Yeguilex había comenzado a sospechar de él en ese momento?

Pero, si Gio era Deihr Bellow el caza-demonios, numerosas cosas no tenían sentido. ¿Por qué los había ayudado a tomar las gemas a Yeguilex? ¿Qué hacía intentando robarles el escudo en Deneb Algedi? El sólo pensar en aquello le hacía doler la cabeza.

Los interrumpió la risa burlona de Arksinad, de quien se habían olvidado y que parecía no estar interesado en el asunto. El joven mago se encogió de hombros, ventilándose con su propio sombrero para hacerles una mueca.

-¿No es lo mismo? No tiene sentido preocuparse por eso ahora. Lo que necesitamos saber es en dónde nos esperan los otros cuatro Bellow. Lo demás vendrá luego- se dirigió al ahura y preguntó, con aquella voz amable que tan falsa sonaba- Dime, ¿por qué camino fueron?

Aquello era cierto, tuvieron que admitir. Fuera Gio o no el enemigo que estaba fuera de la montaña, detenerlo sería un trabajo de los soldados de Fariel y cualquier historia que hubiese al respecto sólo los demoraría al ser pensada. Debían enfocarse en el sendero de adelante, en las pruebas del interior y en el hombre que tenían frente a ellos.

Sarei lo miró a los ojos.

-No puedo guiarlos hacia ellos. Me matarán.

-¿Y prefieres que te matemos nosotros si no nos lo dices?- Arksinad sonreía como nunca, pero el aura a su alrededor estaba cada vez más oscura- No es el mejor cumplido que haya oído.

-Boca-cortada, ¿no puedes usar con él pobre diablo el hechizo que le pusiste a Bullwe?- inquirió Reaper- Algo de susto le vendría bien.

-Puedo sentir que no- se lamentó el mago- Dingir lo ha protegido contra encantamientos de cualquier tipo. Es un hombre precavido. Eso, y que la monstruosa cantidad de maná que está fusionada con esta montaña hace que lanzar cualquier conjuro se convierta en un asunto dificultoso. Lo cual es de seguro el motivo de por qué Dingir no ha sido todo derrumbe sobre nosotros.

Cada segundo que pasaba allí le confirmaba a Reed ese punto más y más. Le costaba acostumbrarse pero ahora lo sentía: así como en la caverna de la primera prueba o con el humo que salía de la punta de la montaña, todo el lugar en el que se hallaban de momento parecía estar imbuido con la energía de alguien ajeno, ocupándolo y dificultando cualquier intento de aplicar sortilegios en aquellas cámaras. Era por suerte una desventaja tanto para ellos como para los hermanos Bellow.

-No puedo guiarlos- les dijo entonces Sarei, su voz neutra y grave por la preocupación- No ahora.

Arksinad levantó una mano, y un torrente de espectros surgió en el aire formando una sombra amenazante que se extendió hacia el mercenario.

-¡No es lo que creen!- exclamó el hombre, perdiendo del todo los nervios por primera vez- En este momento no podría conducirlos a los Bellow, ni aunque quisiera. Hay una trampa en esta habitación.

Los tres se miraron. Había sólo dos puertas en la habitación, dos únicas salidas. Reaper suspiró y se agachó para estar al nivel de Sarei.

-Veo dos caminos. ¿Fueron por el de la derecha o el de la izquierda? Ten presente que el camino que escojas será también por el que irás tú.

El ahura levantó un brazo tembloroso y señaló una puerta.

-Tomaron el camino de la izquierda, pero ya no es el mismo. La habitación... Esperen un minuto y lo verán. Les doy mi palabra.

-Lo que me vale tu palabra- chistó Reaper, pero se sentó frente al hombre, y luego meditó un tiempo antes de volver a hablar- Necesitamos una forma de mantenerte confiable. No dudo que en la menor ocasión correrás hacia los Bellow. Puedo ver que les temes más a ellos que a nosotros... Reed.

El muchacho se aproximó, dispuesto. Se notaba que su amigo se devanaba los sesos para librarse de cualquier inconveniente futuro.

-Busca una cadena- le dijo- Nos tocará ahora a nosotros llevar un prisionero.

Arksinad sonrió ante la idea y se dirigió como magnetizado a ver el pedestal, mientras que Reed dio vueltas por la habitación para buscar algo con que atar al nuevo cautivo. Evitaba establecer contacto visual con los cadáveres y se encontraba algo nervioso. ¿Y si había una trampa a punto de desatarse, y Sarei sólo quería que la esperaran? Quizás incluso lo único que buscaba el hombre con su pedido era otorgarles más tiempo a los Bellow, para que le perdonaran la vida. El miedo podía hacer grandes cosas en el comportamiento de cualquiera; humano, ahura o kiel...

Distraído estaba con esos pensamientos cuando por un instante algo lo cegó. Creyó que era la luz de alguna de las antorchas que colgaban de cada pared, pero luego comenzó a dudar. Le asaltó un pensamiento ¿cómo se habían encendido esas antorchas? No era magia, eso estaba claro. Era un fuego fatuo, violáceo, del que no sentía poder alguno. Fuera lo que fuera, estaba seguro de que Albion había puesto especial esmero en la creación de esa sala dentro del volcán.

Pero no habían sido las antorchas, podía darse cuenta. El brillo que lo había cegado en ese momento había venido de abajo, desde el suelo. Buscó cerca de sus pies y vio la pila de cuerpos en descomposición, algunos al parecer ahorcándose mutuamente, sosteniéndose los estómagos y tapándose el rostro. Las repugnantes escenas que representaban le causaban espanto y desagrado, pero su curiosidad siempre había sido grande y no pudo dominarla. Decidió tomar coraje y se adentró con cuidado entre el despojo, hasta que atrajo su atención un esqueleto macizo, de llamativo tamaño: mucho más fornido que un humano, huesos anchos y fuertes, con dos protuberancias como cuernos saliéndole del cráneo hacia atrás. Erguido, calculaba, debía de sacarle sin inconveniente varias cabezas de altura, y sin embargo se hallaba tendido, contra una de las paredes, en la posición de quien espera, el vacío de sus cuencas observando la nada. Su corpulencia estaba enfundada en ropajes ya gastados por el paso de los años, rojizos, con bordados dignos de la realeza: oro puro sobre hilos de plata blanda creada por los orfebres elven de antaño.

Lo que lo había cegado descansaba en la huesuda mano del muerto, semioculto por sus blancos dedos. No pudo resistirse, al caer en la cuenta, y cerrando los ojos –

incluso en Vant profanar cadáveres era un pecado- tomó de un arrebato lo que el gigante sostenía, partiendo uno de los huesos con su brusquedad. Pidió perdón mientras se alejaba, y se dedicó a observar su botín. La sorpresa volvió a invadirlo.

-¡Eh, chicos, deberían ver esto!

Arksinad, que contemplaba de rodillas el pedestal, y Reaper, que estudiaba la cara de Sarei con atención, se voltearon hacia él, y hasta el ahura alzó la cabeza con interés.

-¿Es una condenada cadena?

-Mejor aun- dijo Reed, y reveló en su palma una esfera pequeña, traslúcida en su color aguamarina, muy similar a las que habían hallado en las pruebas de Behemoth y Ziz.

Reaper y Arksinad abrieron los ojos como platos.

-Es...

-La...

-Por el amor de Spenta, ¿estaba aquí? -exclamó Sarei, interrumpiendo el efecto y prácticamente saltando de la sorpresa.

Fuera la de Krakken, o la de Leviatán, en sus manos Reed sostenía una de las gemas que tanto ansiaban obtener. La hizo saltar entre sus dedos y la volvió a sujetar, triunfante.

-Estaba en la mano de uno de los esqueletos. El más grande de todos, por allí en la pared.

-¡Pero claro!- Reaper olvidó por un momento al prisionero, en su exaltación- ¡Fuimos tan arrogantes como los Bellow! No hemos sido los primeros hombres en este sitio. Si otros aventureros ingresaron antes, alguno pudo haber hallado las gemas y regresado hasta donde el camino está cerrado -al decir esto bajó un poco el tono, y comenzó a incorporarse- Fue un encuentro fortuito, Reed. Iré a ver si no hay más de esas entre los cadáveres. Cúbreme aquí-

Y mientras Reaper le entregaba su puesto de vigilante, ocurrieron varias cosas al mismo tiempo.

El fuego de las antorchas disminuyó y se elevó sucesivamente, titilante, ante las repentinas sacudidas que le habitación dio. Bajo sus pies el suelo dio saltos como en un terremoto, Arksinad cayó de espaldas, Reaper logró sostenerse con el brazo y Reed se dio de cara contra el piso, dejando al ahura sin ninguna supervisión. Sarei aprovechó la oportunidad y con gran esfuerzo se incorporó para escapar, pero la mano del muchacho aferró su tobillo y el ahura también vio las baldosas rojas ir contra su cara, golpe del que se salvó al interponer las palmas.

Sarei lo miró de reojo, con su rostro curtido de cicatrices, y le envió una patada que sintió demasiado potente y que lo mandó hacia atrás. Tanto él como el mercenario buscaron incorporarse frente al temblor, intentando escapar uno e intentando capturar el otro. El prisionero tomó una posición defensiva e intentó asestarle un golpe para desmayarlo, pero Reed se agachó y se le echó encima con todo su peso, dispuesto a derribarlo.

-¡La habitación está girando!

Aquel comentario del mago hizo que Reed mirara las puertas de la sala: paredes de tierra y roca seca pasaban tras ellas creando un efecto casi hipnótico que le aturdió. Algunos de los cadáveres arrojados se sacudían con las vueltas del lugar, haciendo una danza macabra que debían de haber estado repitiendo desde hacía cientos de años. Arksinad tenía razón, la habitación estaba girando por su cuenta, haciendo temblar todo. El movimiento los arrancaba de sus posiciones, golpeándolos, se oían los chasquidos de huesos partiéndose y del escenario al removerse, dentro de aquel violento torbellino.

Cuando por fin se detuvo y las luces de las antorchas terminaron su parpadeo, la escena resultó algo ridícula: Reaper se levantaba en cuatro patas, escupiendo sangre por la boca, Arksinad permanecía arrojado en el piso boca arriba con los ojos fuertemente cerrados, Sarei intentando incorporarse, arrojado por el temblor y no por la inútil embestida de Reed, y, Reed mismo, que tomó su arma antes que el mercenario y también la gema que había rodado unos metros más lejos.

-Buen intento, pero no. ¿Estás bien, Reaper?

-Por así decirlo- se incorporó su amigo limpiándose la sangre de la cara.- ¿Qué diablos sucedió aquí?

Arksinad abrió los ojos como si despertara de un sueño.

-Lo tengo- exclamó. No miedo, sino el deseo de resolver el enigma de la sala era lo que lo había motivado a cerrar sus párpados durante el giro. Ignoró todo lo demás y caminó entre los restos, apresurado, hasta pararse fascinado junto al pedestal que descansaba en el medio.

-Esta habitación está adentro de otra cavidad en la montaña, con seis salidas hacia el resto de los túneles que atraviesan Belekraz. Esta tiene dos umbrales. Cada un tiempo indefinido, el lugar gira, conectando dos de sus puertas con dos del exterior. Pero cada puerta de las seis que hay lleva a un camino diferente, por lo tanto no siempre una de las dos puertas es la correcta. El problema se resuelve viendo este pedestal, que marca con una brújula los posibles caminos correctos. Se ha movido desde cuando lo observaba antes. ¿Lo entienden?

Reaper se rascó la cabeza.

-Es demasiado largo. Resúmelo en menos de diez palabras y quizás lo considere.

Reed negó también. El joven de Cel-Neckar los miró decepcionado, de seguro considerando que sólo él había podido comprender el ingenio de Albion al construir aquella cosa.

-Eres inteligente, mago- masculló Sarei mientras levantaba las manos de nuevo en señal de rendición- Los Bellow perdieron un buen tiempo intentando resolverlo.

-Y tuvimos suerte. Parecen todas iguales, pero las salidas de ahora no son las mismas de hace unos minutos. La brújula apunta hacia la puerta derecha: diría que debemos ir por allí.

Los tres se sonrieron. Avanzaban rápido y bien, con tres cuartos de las gemas ya en su posesión. Reaper terminó de limpiarse la sangre de su cara con el dorso de su abrigo negro, y comentó.

-No parece que haya otra gema perdida entre los cadáveres. Es un trabajo vomitivo. Pero lo que sí encontré es un hermoso regalo para nuestro prisionero por su dedicación para con nuestros enemigos.

Sacó de entre los brazos de un muerto una cadena grande y oxidada, y Sarei levantó las manos, dócil ahora que su oportunidad de escapar había fracasado. Reaper lo ató asegurándose de que no pudiera librarse.

Abandonaron la horrible estancia por la nueva entrada a la derecha del trono de huesos, encabezando la marcha Reaper, luego Arksinad y por último Reed, quien sujetaba consigo la cadena del ahora, hacia donde la construcción prolija se interrumpía y volvía abrirse en una formación rocosa, similar a una gruta dentro de la inmensidad volcánica.

Y con ello, todo Belekraz había sido subido y medio Belekraz había sido descendido en sus entrañas.

-Tengo una duda.

-Tú siempre tienes dudas.

El comentario de Reaper allá adelante hizo que se callara, preguntándose si aquello era cierto o no.

-Vamos, dila- lo animó en cambio Arksinad.

-No seas un niño Reed- volvió a hablar el guerrero riendo- y di lo que piensas. Tu curiosidad ya nos ayudó a encontrar la tercera gema.

-Eso mismo. Bueno, son dos dudas -tironeó un poco la cadena de Sarei, pues el hombre había aminorado su marcha por la cueva negra por la cual avanzaban. Allí el aire se hacía cada vez más pesado, pero de momento estaban cómodos y cualquier cosa era mejor a los cadáveres o el lago ardiente. -Es así. ¿Cómo sabemos que esta gema es original? Digo, cualquiera puede haberla visto y duplicado, como hiciste tú Ark en cuanto viste la de Behemoth.

Sarei prestaba oídos atentos, con la cabeza gacha. Reed era quien lo llevaba en la retaguardia, sujetando la cadena que aprisionaba sus muñecas con una mano. La posición de carcelero le sentaba terrible, y lo forzaba a apiadarse del desagrado de Bullwe al haber tenido que mantenerles un ojo encima durante el ascenso a la montaña. Tanto limitar la libertad de alguien como la tensión de vigilarlo para que no huyera le resultaban fuera de sus capacidades.

Aunque, pensándolo bien, Sarei no tenía ya por dónde huir.

-¿Por qué alguien duplicaría una gema aquí?- Reaper ladeó la cabeza- No tiene mucho sentido.

-No lo sé. A lo mejor, en el reino de los ciegos el tuerto es rey. Quizás alguien pensó que haber tenido una gema podía hacerlo parecer importante.

-¿Qué no era: en el reino de los ciegos, el tuerto está loco?- preguntó el mago, y a su comentario le siguió una risa macabra.- ¿Rey de qué? ¿De las moscas que comen los cuerpos de todos esos condenados? Aunque... Vimos un trono, en esa habitación giratoria. Nuestro invitado quedaba pequeño en él, pero la criatura que tenía la gema hubiera encajado perfectamente.

-Esa criatura es un kiel- acotó Reaper- Que tan famosos son.

Tanto Arksinad como Reed se miraron, sorprendidos.

-¿Tan enormes?

El otro pifió, divertido.

-Eso depende. Así como hay distintas razas dentro de la especie humana también hay distintas razas dentro de la especie kiel... Los grises dejan al más alto de los humanos por debajo de su pecho. Los blancos son similares a nosotros, y si no fuera por los cuernos y las piernas chuecas en ocasiones nos confundirían. Sin embargo, si hay una similitud entre ambos tipos es que ningún kiel puede hacer magia. Como especie carecen de maná. Tienen artes claro, que son desconocidas en los muros de Babel, pero nada que les hubiera permitido duplicar la gema como boca-cortada lo hizo.

-Entonces es la original- asintió Reed, satisfecho- Debí haberla conseguido, pero no pensé que hubiera otras. O no se atrevió a continuar por los peligros y, al final, la muerte lo terminó alcanzando por su miedo.

-Los kiels no suelen asustarse.

-Hay cosas que podrían hacer gritar hasta a un dios, Reaper- lo corrigió Arksinad, y el aludido rió.

-Dímelo tú, boca-cortada. Tú le haces tomar la sopa a Angra. De todas formas, no parece que el kiel haya muerto en una pelea de la sala. O bien quedó en la habitación y lo tomó el hambre o... -dudó unos segundos, y una sombra cruzó sus ojos- Algo más adelante lo obligó a retroceder y sucumbió a las heridas.

La idea les resultó un tanto escalofriante, por lo que continuaron en silencio por unos segundos. Un kiel, cuyo temple había motivado el respeto de dos personas tan valientes como Reaper o Yeguilex, había perdido las fuerzas y el coraje al adentrarse por el camino que Albion había trazado. ¿Pero qué les esperaba allí? Si los códigos de esa especie eran tan fuertes como se veía, debía de tratarse de algo que superara al orden establecido. Algo capaz de hacer retroceder al más bravo de los héroes.

-¿Tu segunda duda?- inquirió Reaper.

Intentó concentrarse.

-Es así. Quien llevó esa gema de vuelta a la habitación, la tomó de algún lado de Belekraz, probablemente el lugar al que estamos yendo ahora ¿No es así?

Los otros dos asintieron, adentrándose por el sendero de roca de la gruta. Reed notó que Sarei se ponía tenso y las cadenas tintineaban a su espalda.

-Y si mi experiencia no me falla, para conseguir las gemas hay que pasar un par de pruebas...

Más atrás su prisionero dio un suspiro distraído, y Reed se interrumpió para mirarlo. Le pareció que Sarei estaba muy relajado.

En ese momento todos callaron. Habían salido del estrecho y el paisaje cambiaba: se abría en un sendero de tierra, a cuya izquierda se extendía un profundo abismo, como el que los bordeaba en el ascenso a Belekraz. Similar a un cañón, se diferenciaba por el hecho de que su fondo se veía surcado por una línea ardiente, un río de lava que exhumaba un vapor abrasador. Más allá, del otro lado del río, había un camino igual al de ellos, que todos supusieron conducía al mismo destino. Una secuencia de delgados puentes permitía cruzarse de un lado del abismo al otro, pero hacerlo era arriesgarse gravemente a caer hacia aquel río de fuego y morir carbonizado. ¿Quién querría atreverse a cruzar, cuando se veía que ambas rutas terminaban en unas cavernas muy parecidas a la que habían dejado?

Debía de haber distintas rutas que llevaran a las gemas dentro de la montaña, y, si Sarei no les había mentido, los Bellow necesariamente tenían que estar en la que ellos seguían. Intentó concentrarse ante la amenaza de cualquier ataque, pero todo lo que pudo hacer fue tragar saliva, embelesado con el paisaje mientras más este se desplegaba ante sus ojos.

El espectáculo los había enmudecido. Con bramidos furiosos, la lava salpicaba allí abajo contra los muros que la contenían, oleadas, formas pétreas que se solidificaban y volvían a hacerse maleables de un momento a otro. A diferencia de antes, no parecía que ninguna magia de contención hubiera sido aplicada sobre ese magma, pues el calor que salía del foso era sorprendente. Todo se había iluminado por el fuego de abajo en una impresionante visión, una delgada línea roja que cegaba, dividiendo el interior de Belekraz por la mitad. Siguieron con cautela, echando ojeadas de vez en cuando al precipicio y al otro lado, negro e imperturbable como el que ellos pisaban ahora.

-Estabas diciendo Reed...

-Oh sí- la voz de Reaper lo sacó de su ensimismamiento, y tuvo que parpadear un par de veces para quitarse la ceguera que le había dejado tanto resplandor- Para

conseguir una gema, uno debe pasar una prueba. Pisar las baldosas correctas y escapar de un derrumbe, o escalar un árbol de acero caliente y huir de un pollo gigante...

-Lo haces sonar mucho menos doloroso de lo que fue.

-El punto es, que quien haya encontrado la gema, aquel enorme kiel o quien fuera, tuvo que haber pasado una prueba, ¿no es así?- habló mientras observaba de reojo el abismo.

-La del Krakken o Leviatán, por descarte.

Reed entendió que sus amigos comenzaban a comprender a qué quería llegar. Quien encabezaba la marcha se detuvo unos segundos y alcanzó a sonreír, interesado.

-Entiendo. Opinas que los Bellow perderán salud y tiempo en una prueba para conseguir nada, pero nosotros pasaremos de largo, sabiendo que allí no hay premio que ganar.

Ladeó la cabeza. Sí, más o menos era eso a lo que se refería. Pero al mismo tiempo no creía que fuera tan simple como parecía. La prueba podía estar marcada.

Si alguien, si algún mercenario en busca de las gemas para abrir el Templo del Centro del Mundo encontraba la entrada a la cueva de Behemoth, allá en la base de la montaña, lo que descubriría serían escombros y a la bestia libre pastando por las llanuras cercanas. Con una mínima cuota de inteligencia cualquiera hubiera podido percatarse de que esa prueba estaba completada y que ninguna gema lo esperaba adentro, y a eso Reed lo sabía. Algo similar ocurría en la cima de Belekraz, si es que aún quedaban rutas para llegar hasta esa altura o en el caso de que un mago trazara su propio camino. ¿Qué vería esa persona? El humo del volcán, ya inexistente, el cadáver del Ziz, ya derrotado, el nido del árbol de acero ya vacío. Tampoco costaba darse cuenta de que la gema del aire había sido tomada.

Pero las siguientes pruebas podían ser diferentes, o al menos eso se permitía esperar. Después de todo, la situación había cambiado en cuanto pasaron la puerta con la advertencia de Albion.

Reaper también pareció percatarse de ello, pero no dijo nada y la amenaza de quedarse encerrados en aquella montaña ocupó sus mentes por un momento, mientras se movían en silencio. Estaban preocupados, especialmente por la cantidad de cadáveres que había frente a la puerta cerrada. ¿Todos esos eran personas que habían logrado entrar a Belekraz? ¿Acaso alguno había logrado salir? ¿Serían ellos los siguientes en morir de hambre? La incertidumbre los acosaba, pero los tres la bloqueaban para no perder tiempo en su avance por el camino de roca y fuego.

La incertidumbre tuvo que interrumpirse cuando una flecha negra salió silbando desde el aire y dio contra la roca, justo frente a la cara de Reed. Del otro lado del abismo otro grupo de personas los observaba con ojos hostiles.

-¡Una emboscada!- gritó Reaper- ¡Corran!

Reed no pudo evitar perder tiempo en intentar distinguir a su enemigo. Desde la lejanía podía ver a tres personas, una vestida de blanco portando un arco y carcaj anormalmente grandes, otra de negro encapuchada y más atrás un enorme hombre acorazado que no parecía participar en el asalto.

Los Bellow. Al menos tres de ellos.

Arksinad y Reaper emprendieron la marcha a toda velocidad hasta la siguiente entrada, esquivando de milagro los proyectiles de roca que el encapuchado, Dingir, les arrojaba desde la distancia con movimientos de su tosco báculo. Decidió no perder más tiempo y seguirlos, pero le fue difícil avanzar ya que Sarei a su espalda había clavado los pies en el suelo.

Parecía reticente a moverse.

-¿Estás loco?- exclamó Reed, tironeando de la cadena en vano- ¡Te matarán a ti también!

Sarei no dijo nada, sino que lo observó. Lentamente sus labios se curvaron en una sonrisa de ahora, con los colmillos crecidos y los ojos refulgentes. Reed no lo había visto así antes, nunca tan lleno de orgullo. Intentó tironear de nuevo de la cadena pero el otro apenas se movió. Las cicatrices de su rostro y cuerpo brillaron con un nuevo resplandor del magma que borboteaba allí abajo: eran demasiadas, demasiados cortes en su torso y rostro y de repente a Reed le parecieron extraños, marcas de una experiencia mucho mayor de la que quería aparentar.

-¡Vamos!- gritó exasperado.

-¡Reed!

Arksinad y Reaper habían dado la vuelta para ayudarlo, deshaciendo el camino y esquivando la lluvia de proyectiles que impactaba contra la pared. Antes de que pudieran llegar Sarei tiró de su propia restricción haciéndolo caer hacia él, y de un giro en el aire lo aferró sobre su espalda, sujetándolo del cuello con la misma cadena que lo tenía cauto.

-¿Y a ti qué diablos te pasa?- masculló Reaper, levantando su guadaña con nerviosismo- Que te maten por lo que me importa, pero déjalo ir...

-Dulkir apunta mejor cuando ve una garganta- sonrió el ahora tras Reed, y apretó más la cadena en el cuello del muchacho.

Luego silbó. Reed vio de reojo como el arquero de los Bellow cargaba una flecha y la soltaba, apuntando su arco hacia el cielo.

Cerró los ojos esperando el desgarrar de su carne, pero tan sólo se sintió un chasquido y la cadena de Sarei estalló en pedazos. La flecha cayó, al parecer explotada.

El ahora continuó sujetando a Reed del cuello con un brazo y avanzó hacia los otros dos, sonriente. Ya todos se habían percatado de cuál era la situación.

-Hijo de... ¿Eres de ellos, verdad? -la cautela dominó a Reaper, quien se le aproximó con nuevos ojos- ¿Deihr, supongo?

-Ponte a contar cuántos de mis compañeros están allí del otro lado, humano-sonrió Sarei aun más como respuesta, y luego con su otra mano levantó tres dedos- Dingir, Dorbog y Dulkir... Y Deihr se encuentra afuera con los soldados de Yeguilex, tal como les dije. No me agrada mentir. Mi nombre es Daivok, el líder de este grupo... Emociona saber que casi capturan al rey, ¿no es así?

Reaper no respondió, aunque parecía preocupado. Más allá, del otro lado, el mago de los Bellow había dejado de lanzarles trozos de roca, pero el arquero tenía una nueva flecha ya tensada hacia el grupo.

-Si se acercan mucho le partiré el cuello- anunció el líder Bellow, apretando más a Reed bajo su brazo- Lo que quiero...

Pero él se hartó de ser víctima, y con su codo golpeó el estómago de su captor, para luego cabecearlo desde atrás. Daivok Bellow no llegó a caer pero sin duda soltó su agarre, retrocediendo...

Y volvió a reír jovialmente, sosteniendo la gema aguamarina en su mano.

-Lo que quiero siempre lo obtengo. A eso quería llegar.

-¿Cuándo?- se tanteó el bolsillo de su abrigo, espantado.

-Eres tarea fácil, muchacho.- el ahora se sonó el cuello y observó la gema- Mereces un aplauso con todo lo que has ayudado.

-Hablas mucho- lo interrumpió Reaper- Pero de este lado del abismo somos tres contra uno. Aunque tus hermanos nos mataran, sabes que perderías la vida.

Daivok no dijo nada sino que se encogió de hombros, arrogante. Reaper miró de reojo a los otros Bellow, más allá, y luego alzó su guadaña apuntando al líder.

-Ríndete y...

Su enemigo lo interrumpió saltando sobre ellos a una altura impresionante, como un tigre. Esquivó la guadaña de Reaper con facilidad y de una patada lanzó a Arksinad contra la pared antes de que este pudiera conjurar algún hechizo. Cuando Reaper volvió a atacarlo, otro proyectil salió volando y se estrelló con un chasquido de vidrio.

Del frasco roto que había lanzado el arquero Dulkir comenzó a brotar una nube verde y espesa que los envolvió veloz, expandiéndose con facilidad.

-¡No respiren!- exclamó el kamuita tapándose la boca, y tanto Reed como Arksinad lo imitaron.

El veneno pronto cubrió la zona, imposibilitando ver algo de lo que pasaba más allá. Reed intentó divisar a Daivok pero la nube tóxica que le hacía llorar los ojos se lo impidió. Cuando por fin vio una silueta que avanzaba hacia el puente colgante, corrió sin pensarlo para atacarla. No debía dejar que el líder Bellow se reuniera con sus hermanos, no si tenía la tercera gema en su poder.

Llegó a salir del humo justo a tiempo para ver que Daivok no estaba de espaldas, sino que los encaraba. El hombre tenía las piernas abiertas, los codos flexionados y las muñecas en ángulos imposibles, y los miraba desde afuera de la nube, ya preparado.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa feroz al ver que Reed se le aproximaba de frente.

-¡*Shyana Uria Revali!*

Mierda. Fue todo lo que pensó el muchacho en aquel momento. Aquello era magia.

De los brazos de Daivok emergió un viento cortante como un tornado, que lo golpeó de lleno, destruyéndolo todo y haciendo volar a los tres por doquier. Reed cayó contra la pared dándose de cabeza y sintió la sangre húmeda y caliente caer en su espalda, bajo su abrigo. El hechizo de Daivok lo había alejado, pero también había disipado el veneno y el ahora parecía exhausto de haber usado tan sólo un poco de magia.

“*Es como yo*”, se sorprendió. Pero la verdad era que Daivok era mucho mejor, y lo sabía. El mercenario contempló su obra de destrucción unos segundos, y luego avanzó por el puente, para reunirse con sus camaradas.

-¡Arksinad! ¡No dejes que llegue!

-Lo sé.

A Reed le encantó en aquel momento oír las voces decididas de sus compañeros. Reaper ya se había puesto de pie, magullado por el ataque, y Arksinad, sentado desde el suelo, apuntaba a Daivok con su báculo. Sólo pronunció dos palabras.

-*Baru Practel*

De la punta del bastón se formó una esfera de espectros que se tornaron de color celeste, para salir despedida contra Daivok. El enemigo se percató del ataque a su espalda y saltó justo a tiempo para esquivarlo, pero el puente a sus pies no tuvo tanta suerte: las sogas se quemaron y la madera estalló, partiéndose a la mitad con un terrible estruendo. La construcción cedió y se tambaleó de lado a lado. Sin perder un segundo, el ahora intentó correr hacia sus compañeros, pero la madera volvió a restallar bajo su peso, imposibilitando el avance.

Daivok no maldijo, sino que con una rápida mirada se sujetó de una de las sogas cortadas, para evitar caer con los maderos. Logró saltar usando la soga hacia el borde en donde estaban ellos, mientras Reed lo observaba entre aterrado y asombrado. Sus dedos aferraron la cadena del escudo como si fueran acero, y el muchacho se vio atraído hacia el precipicio.

Entonces Reed jadeó asustado con la caída e intentó aferrarse al suelo. El líder Bellow no era particularmente pesado, pero no había forma de quitárselo de encima, por mucho que pateara lo único que lograba era hundirse más y más en aquel abismo, hasta que pronto casi todo su cuerpo estuvo fuera y sólo sus codos lo sostenían.

Si quería vivir, iba a tener que arrojar su escudo.

La ira lo embargó. No. Aquello no iba a suceder.

-¡Reed!- Arksinad se arrastró hacia él, dispuesto a sujetarlo. Apenas podía resistir ya, pero por suerte tener la vida de Daivok dependiendo de la suya hacía que el ataque de flechas y rocas de los otros mercenarios se hubiera frenado por completo.

El mago le tendió una pálida mano, y Reed se soltó del barranco para tomarla.

Al primer contacto la soltó. Bajo la túnica azul la piel estaba helada, como la de un cadáver. Un escalofrío le sacudió la espalda mientras se hundía.

Lo último que vio al caer fue el rostro de Arksinad, ensombrecido y con dos destellos rojos bajo los ojos castaños, dos reflejos que nunca había visualizado antes.

Luego, vértigo y miedo, calor y decreciente oscuridad mientras se precipitaba junto a Daivok hacia el fondo de aquel precipicio.

Por unos segundos que parecieron eternos el silencio fue imposiblemente nítido, presente en toda la extensión de aquella caverna y más aun en el gesto de estupor del mago, que contempló con horror como Reed y su enemigo caían a través del vapor hasta ser devorados por el deslumbrante brillo que lo cegaba todo.

-Arksinad...- a su lado Reaper también asomó, congelado escudriñando el borde del precipicio- El mocososo...

Se miraron, los ojos abiertos y sin decir una palabra. Reed había caído. La altura, el desplomarse junto con Daivok, la terrible profundidad y la lava. Era poco creíble que alguno de los dos pudiese llegar a sobrevivir aquel infierno.

Del otro lado los otros tres Bellow que quedaban tampoco se tomaron bien aquello. Las flechas y piedras retomaron su ritmo contra ellos, y juntando fuerzas e ignorando las heridas fue que se incorporaron del todo y corrieron hacia la entrada que continuaba el camino a la siguiente prueba, paralelo al de los mercenarios. Reaper recibió cortes en los brazos y un proyectil que le desgarró la pierna, pero se movió sin despegar los labios. Pronto el ataque de magia y las flechas cesaron.

A cada lado del precipicio, los dos grupos avanzaron, mirándose pero sin atacarse, hasta que cada uno desapareció por una caverna diferente.

Sólo cuando estuvieron seguros de que ya la montaña volvía a dividirlos fue que se atrevieron a descansar.

Tuvieron que desplomarse en el suelo de lo agotados que habían quedado tras aquella pequeña batalla. Reaper aprovechó para quitarse la camisa y hacer uso de las vendas que habían conseguido sobre su espalda dañada y su pierna, asegurándose de lavar antes la herida con un poco de agua de su cantimplora. Parte de su armadura había quedado abollada por las rocas de Dingir, pero aún servía. Y aunque varias piedras lo habían impactado, el guerrero no pudo hallar herida alguna entre los remiendos del mago.

Hicieron uso de aquel refugio temporal para calmarse en la comodidad del ambiente y tomar aire, incluso aprovechar un poco las provisiones mientras un silencio mudo los invadía y el espanto de lo que había ocurrido llegaba a ellos como un eco del cercano pasado.

Reed. Ambos se habían metido allí para ayudar a Reed, habían decidido acompañarlo en aquella aventura y estaban dispuestos a enfrentar los mayores peligros para obtener el éxito. ¿Y había muerto? El shock los embargaba por entero, sacudiéndolos involuntariamente, mientras que como una energía eléctrica apenas percibida la amenaza de quedar allí encerrados para siempre se volvía a hacer nítida, más real ahora que el muchacho y su escudo mágico no estaban. ¿Para qué se habían metido en la boca del lobo? El ideal de Reed, su deseo de hacer de su vida una leyenda se había desvanecido pronto, mucho antes de lo que esperaban. Si la vida no le había enseñado dolores, como Reaper había esperado, la muerte le había quitado toda esperanza.

Había sido una suerte al menos que Reed no llevara la comida. Lo habían librado de esa tarea al entregarle las cadenas de Daivok y por ello aún conservaban una bolsa vieja con suficientes setas y pan, incluso algo de preciada carne en salazón que pronto terminaría por agotárseles.

Al cabo de un rato Reaper suspiró, incorporándose, y chasqueó la lengua con enfado. Se desplomó con un gruñido contra la tierra.

-Estamos de acuerdo en que nos la han jugado bien, ¿no?

Arksinad asintió, displicente. Esta vez no sonreía.

El guerrero cerró los puños con fuerza. Las manos le temblaban mientras las apretaba, las durezas de la piel en ellas sangrantes por todo lo sucedido.

-Saldremos de aquí- afirmó- Buscaremos ese escudo. Reed tenía la tercera gema en su posesión cuando bajó. Debe haber algún modo de llegar hasta donde se encuentre.

-¿Y entonces qué?- el mago retrocedió contra la fresca sombra, cerrando los ojos con una amarga sonrisa- ¿Irás tú a su pueblo? ¿Le darás tú la Estrella Oscura a ese dragón para liberarlo?

El kamuita no respondió, y Arksinad se permitió exponer una triste mueca, amparado por el refugio de la oscuridad. Se oía un goteo, algo muy débil pero que al menos les daba esperanzas de que tuvieran en donde cargar sus cantimploras, y el silencio entre cada tintineo a cada momento se hacía más pesado; más denso, tan presente como la negrura que los asfixiaba.

-Esperaba...- comenzó el mago.

No terminó lo que iba a decir, sino que quedó mudo, callado y dejando que los sonidos de la cueva aumentaran su intensidad en el vacío de palabras que la caída de Reed había creado entre ellos. Se hallaban encerrados en la montaña, habían perdido la tercera gema, al escudo e incluso el principal beneficiado en aquello había muerto. Las cosas no estaban yendo lo que se podía decir bien.

O no necesariamente, se permitió pensar Reaper entonces. Tenían información ahora sobre los Bellow que quedaban, su líder también había caído y no había podido llegar a decirles sobre la prueba vacía que los esperaba más adelante. Los tres mercenarios que quedaban adentro de la montaña sin duda se inmiscuirían allí a buscar la tercera gema y con suerte aquello podría significar pérdidas en el grupo enemigo.

Sí, aún había esperanzas. Incluso para Reed, debía de haberlas.

-De pie, boca-cortada- ordenó entonces animándolo, y el mago con dificultad se paró- Seguiremos este camino cueste lo que cueste.

-Al menos ahora sabemos que los Bellow son ahuras...-musitó el celestiano- Un punto más que confirma que Gio es Deih.

Reaper asintió, sin esforzarse en aquel obvio cambio de tema, y escudriñó entrecerrando los ojos en lo profundo de aquel húmedo sitio, intentando vislumbrar de donde provenía el goteo y a qué nueva trampa mortal de Albion se dirigían.

-Es probable que ellos vengan de Gikeldor, o de la Forja de Xshathra- comentó como de paso, intentando que el ánimo regresara. No se podía quitar de su mente la expresión de Reed al caer. ¿Qué habría visto para soltar así la mano del mago?- Allí es donde más ahuras puedes encontrar en el mundo.

Se adentraron a ciegas, ayudándose con las ennegrecidas palmas para buscar apoyo en las irregularidades y formas cóncavas del túnel. Pronto el agua que invadía el lugar se hizo más evidente, y no pasó demasiado tiempo hasta que llegaron a una parte en donde una enorme estalactita goteaba el frío líquido creando aquel sonido que resonaba por el resto de la caverna.

Aprovecharon para beber, saboreando cada gota como si fuera un manjar, dejando que refrescara sus gargantas y que limpiara el hollín de sus rostros. Arksinad refregó varias veces su cara, dejándola tan pálida como siempre, y luego hizo una expresión triunfal al divisar algo más allá.

-Ya estamos cerca de la prueba.

Mientras cargaba su cantimplora el guerrero desvió la vista atenta al costado, observando lo que el báculo del otro iluminaba. Tallada en la piedra de la pared una advertencia colgaba: líneas duras y rectas formaban el dibujo de algo similar a un calamar, con amplios ojos rasgados que parecían observarlos a través de las penumbras con muerta curiosidad. Por debajo una flecha señalaba el camino que seguía descendiendo y adentrándose por las cavernas.

-Parece feo hasta en dibujos- Reaper cerró su cantimplora ajustándola con fuerza, y la ciñó a su cintura- ¿Qué aconsejas que hagamos?

-Que sigamos la idea de Reed. Evitemos un enfrentamiento directo, esperemos que el camino conduzca a los Bellow a la prueba y veamos cómo mueren.

Había algo sutil en su voz, y aunque su expresión era seria y calma allí entre las sombras, una inflexión iracunda podía adivinarse tras esas últimas palabras. Reaper asintió lentamente, sintiéndose de forma similar, y el dúo continuó el avance por la humedad hacia donde seguramente se encontraba el antiguo hogar de la tercera gema, ahora vacío de todo tesoro.

Pero, si tenían suerte, aún había un peligro allí, esperando a quien quisiera inmiscuirse.

El camino se hacía irregular con cada paso, y la tierra bajo sus pies tan fangosa que pronto comenzaron a oírse sonidos de succión con cada pisada; y el esfuerzo de caminar les hizo sacar más de un jadeo. Estaban atentos a cualquier posible abertura, tanteando las paredes e iluminando con la luz celeste de la vara de Arksinad, por si alguno de aquellos extensos pasajes conectaba con él mismo en el que habían ingresado los hermanos mercenarios, precavidos ante cualquier nuevo ataque sorpresa que pudiera echárseles encima.

-¿Cómo nos esconderemos de ellos mientras hacen la prueba?- inquirió Reaper, forcejeando con un charco de lodo que no dejaba salir su bota- ¿Hay en tu inventario algún tétrico hechizo de invisibilidad?

-Lo hay, pero esta vez no es tétrico- en lo oscuro la falsa sonrisa de Arksinad afloró, los ojos cerrados con amabilidad perversa- Mi maestro me enseñó varios tipos de magia. La de espectros fue la que mejor se me dio, sí, pero también puedo hacer cosas como un sortilegio de invisibilidad lo suficientemente aceptable como para ser llamado bueno. Me costará horrores, eso seguro. Crear hechizos en un lugar imbuido por el maná de Albion es difícil: tú mismo viste a Dingir Bellow arrojarnos piedras como

modo de ataque allí atrás. En condiciones normales, podría habernos derrumbado media montaña encima.

El comentario le valió un silbido animado del guerrero, que resonó por toda la extensión subterránea e hizo que cacareara una risa. Por algún motivo, aquello devolvió algo de humor al grupo y la esperanza de que su joven compañero hubiera encontrado el modo de sobrevivir a aquella caída, por más larga que fuera. Continuaron el siguiente trecho más animados, e incluso Reaper se permitió el lujo de sacar de su bolso dos filetes de carne salada y costrosa; arrojando uno al mago para que lo atrapase con torpeza y comenzó a engullir el otro sin piedad, bebiendo copiosamente agua de su cantimplora para pasarlo.

No pasó mucho tiempo hasta que se oyó un ruido, un tintineo metálico que provenía desde donde el camino viraba abrupto.

-Son ellos. ¡Arksinad!

El hechicero no perdió un segundo y golpeó el suelo de la caverna con su vara, creando una suave luz plateada que se extendió alrededor de ellos, chispeándoles y rodeándoles la piel con la consistencia de una sutil seda. Una vez cubrió cada centímetro, se produjo un silbido.

-No puedo verte- susurró Reaper, y luego se sintió la voz de Arksinad, flotando en el aire.

-Bien, entonces sí funciona.

El comentario quedó cortado porque ambos callaron de repente, interrumpidos por el jaleo de los Bellow que cada vez estaban más cerca. Se movieron con calma, pisando con cuidado para no hacer ruido y terminaron entrando a una especie de cueva principal, de forma rectangular, cuya salida daba a lo que parecía ser un pequeño lago.

-Y allí tenemos nuestro lago subterráneo- notó el joven con voz áspera, y pronto ambos se pegaron al muro que daba hacia el agua, en silencio y esperando el momento en que los Bellow aparecieran por la otra entrada.

No había forma de seguir adelante sin tener que sumergirse por los sucios misterios de aquel estanque, aguas podridas cuya densa superficie era apenas agitada de vez en cuando por un temblor imperceptible. Más delante de aquel lago se veía una entrada, pegada a la esquina de la pared e invitándolos a realizar un trayecto que cuanto menos se veía mortal por sobre las turbias ondas.

Había algo en esa profundidad, eso era seguro. Reaper Assadan se esforzó para ser tan indetectable como pudiera, controlando su respiración, el movimiento de sus músculos, incluso el más mínimo roce de su ropa que pudiera traicionarlo. Logró así asomar su cuello por la entrada de la tercera prueba, y respiró aliviado al comprobar que allí ninguna gema se veía; ni siquiera un pedestal vacío que pudiera traicionar la trampa que intentaban tender a sus enemigos. Todo lo que había era agua, agua calma surcada por ondas concéntricas, rodeada de blancos muros mohosos y con aquella otra entrada hacia la oscuridad que se perdía más y más en el interior de la montaña Belekraz.

Aquella calma poco a poco comenzó a colmarles los nervios. El jaleo de los enemigos que se aproximaban se hizo tan fuerte que aturdió, y los dedos heridos de Reaper se apretaron y aflojaron sobre su guadaña con ansiedad, pegado a la pared lo más posible y sin saber en dónde se hallaría realmente su compañero el mago.

Ciegos ante la presencia de sus enemigos, los Bellow entraron, lo suficientemente cerca como para que los pudieran ver bien.

Eran ahuras, aquello a tan corta distancia lo podían notar mejor que nunca: las pieles cetrinas, las expresiones torvas, los ojos amarillos y brillantes. De los tres que allí había, sólo el mago se asemejaba a un humano, vestido con una túnica hecha de cadenas, coronada por una capucha que le sombreaba la mayor parte del rostro,

adornado por una barba prolija sobre el mentón. Todo lo que se veía era una expresión serena en su boca recta y dura. En su mano sostenía un callado de madera coronado por clavos, su báculo *Silencio*.

Siguiéndolo venía Dorbog, un gorila con una mandíbula sobresaliente y cuadrada, protegida por un casco con cuernos en la barbilla. Su armadura lo hacía ver todavía más grande pero dejaba expuestas sus atrofiadas piernas, diminutas en comparación al resto del cuerpo y culpables del aspecto simiesco que en general ofrecía. Como arma usaba dos martillos que le quedaban pequeños, aunque cada uno debía de tener el tamaño de una cabeza, unidos a una larga cadena. Reaper conocía esas armas, más de lo que hubiera podido admitirle a nadie. Las había forjado su padre, uno de los más prestigiosos herreros de Kamui: eran *Miseria y Pobreza*. Le llamó la atención. ¿Todos los Bellow tendrían armas de la familia Assadan?

Finalmente venía el arquero, Dulkir. Tenía mirada aguda y ojos aun más perspicaces y afilados que los de su hermano Daivok. Un tocado le cubría la cabeza, y su armadura era mucho más ligera, de placas sin refuerzo sobre la seda amplia e inmaculada que eran sus ropajes. Tras él llevaba su enorme arco, *Calumnia*, una mochila repleta de carcaj, flechas, bombas de humo, frascos con venenos y sustancias cuyo contenido estaba firmemente sujeto.

Los tres se hallaban en medio de una discusión.

-...se enfadará si perdimos su equipo de esa manera- exclamaba el grandulón con una voz tonta y penosa, al irrumpir en la sala.

-No lo hicimos- la voz de Dingir era en cambio calmada y áspera- Su armadura y *Ardor* deben haber caído junto con él. Aunque es probable que Daivok pudiera sobrevivir en esta montaña sin ellas.

El comentario produjo las risas de los otros dos, y Reaper comprimió su cuerpo contra el muro a su espalda, cauteloso. La presencia de Arksinad era inexistente y se preguntó cómo sabrían cuándo debían atacar o huir.

-¿Y ahora?- el arquero Dulkir observó la entrada que daba al lago, detenidamente- Aquel condenado brujo nos ha trastabillado todo el plan... ¿Superamos la prueba o no?

-Deberíamos esperar a que esos tres vengan- volvió a hablar Dorbog- Aplastarlos...

Al encapuchado no pareció agradaarle la idea, porque negó con lentitud. Luego avanzó hacia la entrada de la puerta, inconsciente de estar al lado de Reaper, y habló.

-No conocemos del todo sus habilidades. Arriesgarnos sería incauto. Conseguir nuestra primera gema y esperar a Daivok es una opción más sensata si tenemos que negociar con los extraños.

Parecía claro que, a falta de su verdadero líder, el hechicero de los Bellow desempeñaba con presteza aquel papel. Lo tenían tan cerca que ahora podían observar el destello ámbar de sus ojos bajo las sombras de su capucha, tan cerca que tuvieron que reprimirse de no arriesgar sus chances en lanzarse a un ataque sorpresa que lo incapacitara en unos segundos.

-Del mago podrías encargarte tú... -rezongó su hermano, pero no continuó elaborando su idea. Dingir se dio vuelta de repente, observando a sus compañeros.

-Daivok volverá eventualmente. Deberíamos superar esta prueba en el menor tiempo posible... Dulkir, ¿ves algo de interés?

El otro negó.

-Sólo agua. Supongo que requiere que nos sumerjamos para conseguir la gema.

Ninguno parecía muy convencido de lo que había que hacer. Se lo notaba en las miradas dudosas, que reflejaban las sombras de la caverna. Reaper se pegó aun más a la

pared, lo más que podía permitirse, y sintió el roce de la túnica de Arksinad sobre su mano. Notó un frío debajo de ella, pero decidió ignorarlo y enfocarse en sus enemigos: aquel roce había sido una señal. Debía de estar atento, aprovechar la menor oportunidad que se les presentara y actuar con velocidad. Contaban con el elemento de la sorpresa.

Dulkir se acercaba ahora al marco de la puerta, observando la laguna con ojos escrutadores. Traía su enorme arco en mano, pero Reaper no vio que tuviera una flecha para lanzar dispuesta.

-A falta de Daivok y Deihhr, soy el mejor nadador del grupo- comentó como si lo meditara- Y es mayormente mi responsabilidad y la de Deihhr que el plan original de Daivok haya fracasado. Haré yo la prueba.

El mago ahora lo aprobó con un silencioso asentimiento.

-Te cubriré lo mejor que pueda... Aunque debo conservar energías. Este volcán no resistirá mucho más.

El otro no dijo nada sino que tomó un frasco del pesado equipaje que llevaba en su espalda, y lo lanzó contra el agua. El envase estalló apenas hizo contacto en un fogonazo de luz, iluminando toda la caverna, y al no ver ni con ello algo que le llamara la atención Dulkir cruzó la entrada.

No tuvo tiempo ni de quitarse la ropa ni de sumergirse en el agua helada, porque el Krakken no le dio un sólo segundo. Apenas el pie del ahura tocó el otro lado, el agua se revolvió y un bestial tentáculo emergió a toda velocidad, rodeándolo. Dulkir no perdió un momento tampoco: arrojó un frasco de contenido amarillento a la protuberancia, que pareció disolverse con facilidad.

-¡Dingir!

El mago de los Bellow levantó su báculo y todo el lugar se sacudió. Dos enormes piedras se desprendieron del techo y cayeron sobre el lago, impactando al monstruo que allí se vislumbraba. Testigos invisibles de todo aquello, ni Reaper ni Arksinad pudieron evitar entonces girarse para observar la criatura que vagamente emergía de la superficie revuelta de las aguas.

El Krakken aparecía como una masa gelatinosa con dos redondos ojos amarillos, húmedos y rasgados, de la cual germinaban miles de tentáculos de diferentes grosores y largos. Apenas podían divisarlo, pero la mirada gélida que entreveían se quedó grabada en sus consciencias por un buen rato hasta que se percataron de que era el momento de actuar.

Los tentáculos se dirigieron a Dulkir, en procesión. El arquero llegó a dispararle a tres, haciéndolos explotar con sus flechas, pero el cuarto lo tomó desprevenido y lo arrojó contra la pared. Otros la tomaron contra la habitación, contra los blancos muros y el techo irregular, arrojando agua podrida por doquier con una furia silenciosa y bestial, hambrienta.

-¡Dingir! ¡Mátalo!

El Bellow parecía aterrado, sentimiento que Reaper podía sentir también en su propia piel. Aquel monstruo estaba voraz, y haría lo que fuera por conservar esa presa. La pared del lugar comenzó a moverse poco a poco con lentitud, mientras que Dingir Bellow recitaba su magia y hacía un gran esfuerzo en sobrescribir el maná de Albion en la montaña con el suyo propio para derrotar a aquella bestia legendaria.

-¡Dingir! ¡Dorbog!- Dulkir gritó, el Krakken aferrando ya su torso y la desesperación escrita en los ojos torvos- ¡Ayúdenme!

Sintió como el mago Bellow chasqueaba la lengua, mientras observaba la prueba. Podía ver perfectamente como sus ojos lentamente se percataban de que el sacrificio de su hermano sería inevitable. Dorbog se adelantó para intentar frenar la pared con su enorme fuerza, pero el mago lo detuvo aferrando su brazo.

-Si lo haces, no será sólo él quien no volverá de esta montaña. Todos terminaremos siendo víctimas de ese monstruo.

Aquellas palabras parecieron ser suficiente para hacer desistir al grandulón, y significaron la distracción que necesitaban. Mientras el muro se movía Arksinad desenredó su sortilegio de invisibilidad que los hechizaba, y tanto él como Reaper aparecieron ante los confundidos Bellow. El mayor abrió la boca en un círculo, todavía enfocado en mover la pared para aprisionar al Krakken, y Dorbog en cambio titubeó aterrado al ver a los enemigos encararlos, al joven rubio levantar su vara hacia él.

No hubo ningún hechizo fatal, sino una simple luz, tan potente que los cegó por completo. Dingir maldijo y la pared de la sala siguiente dejó de moverse, terminando cualquier posibilidad de que el hermano que allí comenzaba a ser devorado por la bestia pudiera salvarse. Arksinad y Reaper aprovecharon la distracción y corrieron por el espacio que aquella magia les había dejado, pasando frente al lago donde la figura de Dulkir aún se debatía entre los enormes cables que intentaban estrangularlo.

Se esforzaban por no mirar aquel horrible espectáculo mientras se fugaban, pero poco a poco la vista de Reaper se desvió con total sorpresa. El ahura arquero estaba arruinado, su pierna quebrada y los ropajes hechos trizas, pero sus brazos estaban sueltos ya y tenía una flecha cargada en el arco, tensada y lista para dispararse.

La cuerda se soltó antes de que Reaper pudiera reaccionar, y la flecha se clavó en su muslo con un dolor agudo. Apretó los dientes e intentó mantener la velocidad de su trote.

Fue el último intento asesino de aquel mercenario. Los tentáculos envolvieron el cuerpo de Dulkir con la fuerza de mil boas, su cuerpo quebrado crujió y bajo los ojos pálidos del monstruo marino emergió un pico verde, que se abrió con un chillido que erizó la piel.

Pasaron antes de que Dingir completara su conjuro, escudados por la nueva pared que el mago había separado y se perdieron en el camino de más adelante. Más atrás el Bellow cesó su magia y quedó detenido, serio, observando a aquellos dos irse con marcas cada vez más oscuras bajo los atentos ojos. Arrojado a su lado Dorbog sollozaba, cegado por la luz de Arksinad y devastado por lo sucedido.

-Hermano... Hermano...- la voz del gorila temblaba -¿Y la gema? Daivok nos cortará la cabeza si nos reencontramos con él sin la gema, y más aun con Dulkir... Dulkir...

Terminó lo último en un llanto ahogado, tomado por la desesperación. Dingir pareció dudar unos segundos, pero luego sacudió la cabeza.

-Debemos encontrar a Daivok y explicarle lo que ocurrió. Luego nos ocuparemos de las gemas.

-Pero hermano...

Fue como un latigazo. Dingir levantó al grandulón del cuello de su armadura, mirándolo a los ojos, y con un brazo señaló la pared.

-Te conozco muy bien, Dorbog. Hubieras querido salvar a nuestro hermano, ocurriera lo que ocurriera. No cuestiono tu decisión. Pero sí tu voluntad. Desde que nos hicimos mercenarios supimos que enfrentaríamos sacrificios tarde o temprano. Cuando aceptamos una misión, también aceptamos de entrada nuestra propia muerte, ¿lo comprendes? Es lo que Deihr y Daivok nos dijeron. Dulkir está muerto. Fue inevitable. Y ahora, sólo nos queda proseguir. No es este infierno el sitio para estar derramando lágrimas.

Dorbog tragó saliva con angustia de niño, y asintió lentamente, como siempre. No hicieron falta más palabras para que ambos hermanos se pusieran de acuerdo y el menor se incorporara, mucho más grande que el otro.

-Y además...- la mirada oscura de Dingir se adentró en las sombras de adelante, la línea recta de su boca frunciéndose mientras que con sus dos manos dejaba caer su capucha para mostrar un rostro suave y perspicaz, de cabello oscuro prolijamente peinado al costado y ojos marcados y llenos de odio- Retrocediste muy rápido ante los enemigos, Dorbog. Daivok estaría decepcionado.

El enorme ahora no dijo nada, temeroso, pero observó el gesto del otro Bellow con intranquilidad. Dingir suspiró, desviando la vista del camino hacia su hermano con una sonrisa apenas perceptible en el rostro.

-Tal vez tuviste razón. Arksinad es un problema del Geral Veintiún, y yo seré quien se encargue de él. En cuanto al guerrero de Kamui... Pude verlo. La flecha de Dulkir logró alcanzarlo limpiamente. Era la negra; con el veneno, morirá en menos de tres días.

»Así que ámate, Dorbog. Las noticias no son tan malas. Cuando empezamos una misión, nuestros enemigos también deben aceptar su final.

13. Las Profundidades De La Desesperación

Por supuesto que no estaba muerto.

Había leído de historias en las que los héroes dudaban de aquello luego del desmayo, pero la suya evidentemente no era una de esas. Lo sabía porque sentía dolor: ¿Qué clase posible de más allá implicaba aquel retumbe en los oídos, esa tensión en todos los músculos y huesos del cuerpo, el aturdimiento de sus sentidos que lo llevaba a desvariar?

Lo que se preguntaba concretamente era el *por qué* de su continuada vida. Si hubiera tenido que atribuirlo al destino, Reed hubiera afirmado sin duda que era porque él mismo era el protagonista de su propia historia. Un héroe no muere, no peca y enfrenta al mal abiertamente, sin retroceder, sin desplomarse. Un héroe no fallece, sino que encuentra una muerte gloriosa, que le trae la victoria. Y él aún no había vencido.

Pero un lado de su mente aún era realista. Había caído hacia un abismo insondable, directo a un luminoso río de lava. Había soltado la helada mano de Arksinad para dejarse hundir, sus instintos lo habían traicionado y no tenía sentido el sentir el movimiento leve de su pecho subir y bajar lentamente al compás de su respiración.

Así que superó todo esfuerzo, y abrió los ojos en busca de respuestas. En el mismo momento en que lo hacía recibió un leve puntapié al hombro, y una voz ya conocida le habló con desgano.

-Vamos de una vez, muchacho. No pienso estar arrastrándote con este calor.

Era cierto, verdaderamente hacía mucho calor. El mismo suelo se sentía como un horno, y...

No.

No era eso en lo que debía enfocarse. Sus músculos contracturados se tensaron, sus pupilas se dilataron, se incorporó de un salto y aferró su escudo con saña al divisar al líder de los Bellow a su lado, mirándolo con expresión de incredulidad fija en una sonrisa floja.

Reed no planeaba darle un sólo segundo. Se abalanzó sobre Daivok con todo el peso de su cuerpo, intentando tumbarlo hacia el borde del túnel en el que se hallaban, aquel túnel en la pared del precipicio que estaba del todo iluminado por el calor del río de lava que corría metros abajo. La expresión sorprendida del ahora se intensificó y ambos chocaron contra la tierra cálida, forcejeando unos segundos hasta que el mercenario logró sacárselo de encima empujándolo con los pies.

Reed golpeó contra la tierra caliente, y alzó la vista desesperado. Su arma. Comenzó a tantearse el cinturón con prisa buscando el mango de su espada corta, pero luego la vio aterrizar en el suelo frente a él.

Daivok se la había arrojado, mientras se ponía de pie sacudiéndose el polvo de sus ropajes.

-¿Eres idiota, muchacho? Salvé tu trasero de esa caída. Vamos, te dije. Toma tu arma y acompáñame.

Obedeció sobre lo primero, tomando la espada que le había regalado el capitán pero se mantuvo a gachas, sin enfundarla y enfrentando a quien se había hecho llamar Sarei con la mirada, dispuesto a atacarlo si era necesario. El ahora no hizo más que mirarlo extrañado, para realizar después una seña hacia algo que estaba apoyado a su lado.

Reed apenas desvió la vista. Era un hacha, un hacha brutal, de dos filos y con un gran aro en la punta para ser sujeta. Volvió a enfocar la vista en su enemigo, atento, y observó que Daivok traía también nueva armadura sobre sus ropajes: incluso el salvaje cabello anaranjado estaba sujeto ahora por una pieza adornada con púas y telas.

-Esta de aquí es *Ardor*.- le explicó- Y cómo ves, mis hermanos tuvieron la amabilidad de arrojarme el resto de mi equipo.

Esta vez comenzó a comprender, observando el río de lava, lo cerca que estaban de su fuego. Habían caído ambos juntos, pero de algún modo Daivok se las había arreglado para salvarse metiéndose por uno de los huecos que se ahondaban en lo más profundo de aquella brecha.

Y a Reed.

Tragó saliva, aún receloso, pero lentamente bajó su arma. Daivok le regaló una sonrisa satisfecha, rascándose el cabello con suficiencia.

-No necesitas agradecerme. Ahora sígueme y salgamos de este lugar.

-¿Por qué me salvaste?

Cautela, debía tener mucha cautela. No creía todos los estereotipos sobre los ahuras, aquello de que eran vivaces y aprovechadores, traidores hasta la médula, pero no pensaba bajar la guardia ante un enemigo. Había algo que Daivok debía querer, fuera información, su escudo, quizás...

El otro se inclinó de hombros.

-Necesitaré ayuda para llegar hasta donde está el resto de mis hermanos, y tú para reencontrarte con esos aliados tan raros que tienes. Mientras dure nuestro camino en lo más bajo de la montaña, propongo que hagamos el trato de no intentar acuchillarnos. ¿Te parece bien, muchacho? Si me dices que no, puedo rebanarte la cabeza con *Ardor* y no tendrás que preocuparte por mis motivaciones.

Asintió lentamente, irguiéndose del todo recto y enfundando su pequeña espada en el cinturón. Era muy conveniente, sospechosamente conveniente y no dudó de que aquel hombre le ocultara algo. No era inusual; Reaper, Arksinad, e incluso ahora Daivok: todos parecían tener secretos que no querían compartir, una cuestión a la que había decidido acostumbrarse en silencio.

Decidió aceptar, aunque fuera sólo en apariencias. No necesitó confirmar nada, pero al bajar los hombros Daivok se permitió continuar, dándolo por descontado. Tragó saliva, atento a algún ataque sorpresa, pero adelante el Bellow parecía del todo relajado mientras observaba la oscuridad del camino que se perdía en penumbras. Reed se preguntó qué pasaría si intentaba atacarlo por la espalda, hundir su cuchilla entre los omóplatos: cualquier cosa con tal de vencer a ese peligro y recuperar la gema aguamarina que le había robado y que todavía debía tener.

Pero no, no lo haría. Daivok lo había salvado, aunque los motivos fueran inciertos y Reed todavía no pudiera atribuirlo a su persona. Si debía luchar contra un demonio noble como aquel, lo enfrentaría de frente en una batalla debida. En un próximo combate, si conseguía que el líder de los Bellow usara esa magia de viento y la bloqueara con su escudo... Sería una gran oportunidad de devolverle el favor por todo lo que había pasado luego de la cámara giratoria. Había sido muy estúpido de su parte saltar hacia Daivok sin poner su escudo entre medio, pero ahora ya sabía lo que aquel ahora podía hacer.

Sujetó la cadena de su reliquia con fuerza, observando el brillo del lugar reflejarse en el dorado de la misma. Desde la primera vez que lo había limpiado, ni una mota de polvo permanecía en la superficie del escudo por más de unos segundos, toda suciedad resbalada, rechazada, para que el metal reflejara una luz que no llegaba desde lado alguno. El por qué de aquello le era un misterio.

Comenzaron a caminar, Daivok guiando el paso y Reed siguiéndolo con atención.

-¿En dónde aprendiste a usar magia?

El ahora tardó unos segundos en contestar su pregunta. Parecía más distraído observando las marcas de fuego en aquella acalorada cueva y cuando lo hizo lo miró con un gesto entretenido, observando los moretones en el rostro del humano.

-¿De dónde conseguiste ese escudo, muchacho?

Reed cerró los labios, negándose a revelar nada. El otro siguió sin darle importancia, continuando el avance a través de un pasaje que a cada rato se hacía más y más estrecho, más y más oscuro mientras se alejaban de la luz y el calor del surco ardiente que era la brecha por la que habían caído.

-Lo heredé de mi padre- mintió.

Daivok lo encaró por unos segundos.

-Y yo aprendí magia del dios Spenta.

Había sido demasiado obvio, enrojeció Reed, pero continuó siguiéndolo sin decir una sola palabra. Las penumbras se cernían sobre ellos cada vez con más fuerza y algo parecido a una corriente de aire fresco se echó sobre los antes enemigos como un aliento bendito, relajándoles la piel del calor anterior.

-¿Estás seguro de que este camino nos reencontrará allí arriba?

-Oh, no lo sé- el otro chasqueo la lengua con cansancio- No aparece en el mapa que jamás hice sobre Belekraz, eso tenlo por seguro. Muchacho, deja de hablar estupideces y haz algo con toda la oscuridad que hay por aquí.

¿Cómo podía saber el ahora algo como eso? La duda volvió a carcomer las entrañas de Reed, pero volvió a cerrar los labios y con una mano utilizó el único conjuro que Scarrow había podido inculcarle con moderado éxito, encendiendo una esfera de fuego sobre su mano que bastó para ponerle luz a la habitación.

No podía lanzarla, no podía hacerla estallar, y utilizarla para quemar algo como lo había hecho con el libro de invocación de Mila hubiera gastado todo su maná en unos instantes. No, verdaderamente Reed Id Vant era absolutamente inútil como mago, pero el conjuro tenía cierta utilidad en situaciones como aquella.

No se comparaba a la luz del báculo de Arksinad, de cualquier modo. Las sombras aún descansaban en cada recodo y hendidura de las paredes y techo de aquel infierno, y Reed creyó ver grandes patas deslizarse por el último y buscar refugio en la comodidad de la lejanía donde el fuego no llegaba a alumbrar.

No debió de ser el único en percatarse, porque Daivok tomó su hacha con una mano y prestó atención a lo mismo, visiblemente concentrado. Hizo una seña y luego de

un rato sus hombros se aflojaron, comprendiendo que el peligro había sido ahuyentado por la luz.

-Mantente cerca, e ilumina todo bien. No sabemos qué cosas pueden descansar aquí por lo bajo de la montaña.

Se halló muy de acuerdo con la idea, por lo que siguió a su enemigo a paso pausado, estirando la luz de su llama a cada rincón posible para mantener la oscuridad alejada. En aquel momento, consideraba que no había una tarea más importante, nada que le debiera impedir distraerse más que aquello. Sospechaba, sentía con una percepción que no pertenecía a su cuerpo que una presencia se movía junto a ellos, acechándolos, dispuesta a saltarles encima ante el menor descuido.

Daivok parecía sentirse igual, o eso dejaban notar las constantes miradas alertas que dirigía a cada recodo de la caverna, que ahora se ensanchaba abriendo las paredes que les sofocaban. A ambos les alivió notar que, cada vez más evidente, el camino parecía subir y no seguir descendiendo por la montaña. Era posible que realmente fuera una ruta que conectara con las pruebas de Albion pero en ese caso, ¿Cuánto tiempo tardarían en reencontrarse con los otros grupos? ¿Y qué pasaría si encontraban a los Bellow primero y Reed se veía rodeado por ellos?

Intentó no pensar en esas cosas, y se enfocó en el enemigo con el que temporalmente se había aliado. ¿Por qué motivo lo había salvado? Le costaba creer que Daivok Bellow, líder del grupo de mercenarios más eficaz del mapa fuera blando de corazón, pero hasta tener más información lo único que podía hacer era intentar no darle vueltas al asunto y buscar cualquier indicio que lo llevara a donde sus amigos lo esperaban.

-¿Sabes muchacho? Me vendría bien un poco de ayuda en esta parte.

Salió de su trance, confundido. La luz sobre su palma ahora alumbraba un muro de roca, y la entrada oscura que seguía subiendo por los entramados caminos de Belekraz apenas se adivinaba sobre él. Asintió, silencioso, y deshizo la llama para entrelazar sus dedos, pero luego los abrió de repente y retrocedió un paso.

-No.

Daivok lo observó, el entrecejo levantado en una sorna dudosa.

-¿No?

-Subirás allí, y luego seguirás tu camino dejándome aquí para que muera. Ni hablar.- dudó unos segundos, pensativo, y una oportunidad le volvió a la mente como una saeta de esperanza- Dame la gema que nos quitaste. La que hallé en los cadáveres. Así sabré que puedo contar con que me ayudarás a subir una vez estés arriba.

Le pareció que estaba siendo muy ingenioso. La expresión de Daivok no podía adivinarse entre la penumbra que los separaba; pero al rato oyó un suspiro y el ahora se encogió de hombros.

-Si hubiera querido algo así te hubiera arrojado al río de lava en el primer momento. Pero está bien- hizo un movimiento en lo oscuro, y Reed logró atrapar la gema aguamarina completamente atónito ante lo fácil que aquello había resultado- Tú ganas. Ahora dame una mano.

Deslizó la joya por el bolsillo de su abrigo, y volvió a entrelazar los dedos y encorvarse apenas. El pie de Daivok usó aquello de soporte y de dos ágiles saltos trepó el alto muro, tendiéndole luego una mano a Reed para que se ayudara a escalarlo.

Logró hacerlo con dificultad, en parte porque el terreno era muy liso y en parte porque aún no creía lo sencillo que había sido recuperar la tercera gema. Cuando por fin pudo asentarse arriba, ambos abrieron los ojos con sorpresa al ver que el camino proseguía, pero que ahora era distinto: surcaban un sendero cavado entre otra brecha de la montaña y sorprendentemente adornado: cuatro enormes pilares blancos separaban

techo y suelo desde el lado donde otro río de lava fluía con furia, volviéndole a dar luz a todo. Daivok emitió un silbido, y ambos descendieron un poco para comenzar aquello.

-¿Acaso Albion construyó esto, también?

Era una pregunta vacía, pues ahora definitivamente sí estaba seguro de que el Bellow no tenía la respuesta. Su aliado lo miró de reojo unos segundos, sereno, y luego se pasó la mano por el cabello con una sonrisa feroz.

-Muchacho, yo...

Su rostro se congeló, la mirada ámbar atenta a algo, algo más allá de Reed, la sonrisa poco a poco desvaneciéndose y su mano acorazada acercándose con cautela al mango de su hacha.

-Quieto- le dijo- Hay un monstruo a tu espalda.

La visión del enemigo quebrado por los tentáculos del Krakken había resultado espantosa para ambos, persistiéndoles en su memoria aún cuando ya la trampa estaba bien atrás. Lo principal, en cierto modo, era el saber que cualquiera de ellos podría haber encontrado un destino similar al del arquero ahora, la agonía de verse partidos en esa prueba habiendo pasado de largo la gema entre los dedos del kiel muerto. Sólo un golpe de suerte y la curiosidad del desaparecido Reed los había logrado separar de ese destino.

-De ser Dulkir- notó Reaper- Hubiera preferido que me cortaran la cabeza.

-Ya tendrás tiempo para eso- sonrió Arksinad- Por cómo está esto, parecería que cualquiera de estos caminos termina en una muerte diferente.

Tras pasar la prueba del Krakken, habían decidido avanzar apenas un buen tramo por los diversos túneles para sorpresivamente hacer un giro a la derecha y buscar refugio dentro de una de las múltiples zonas sin salida que se formaban de la ramificación de caminos que había dentro de la montaña. Era un lugar hueco y arrinconado, con olor a encierro, pero su desvío hasta tal incomodidad tenía de motivo que confiaban en que allí los Bellow que les seguían el paso jamás pudieran encontrarlos.

Y si lo hacían...

-Oye, ¿eso está bien?- la sonrisa burlona del mago se incrementó a ver la pierna del guerrero, donde la última flecha lanzada por Dulkir había logrado atravesar la parte trasera del gemelo: una herida superficial pero que se veía dolorosa de tratar, justo por detrás de donde la armadura cubría.

Reaper asintió con un gruñido molesto, separando las correas tras sus rodillas y arremangándose el pantalón que llevaba debajo cuanto podía para romper aquella cosa y tirarla. Viéndola así, clavada en su muslo de tal forma, era sorprendente que el proyectil no le arrancara alaridos o borbotones de sangre; en cambio, lo que había hecho aquella delgada saeta era simplemente adormecerle el muslo tan vagamente que apenas podía identificar si era un efecto del arma o de su cuerpo ante la adrenalina de los últimos sucesos.

Tomó entonces la flecha con ambas manos y, apretando los dientes con rabia, logró quebrar la punta sin destrozar el músculo atravesado. Luego deslizó el resto del

material fuera de su cuerpo, lentamente y con precaución e ignorando la mirada encantada de Arksinad quien parecía deleitarse en aquella morbosidad.

-¿Duele?

-No, se siente como flores y caricias- arrancó un pedazo de su abrigo negro y lo envolvió sobre la herida. No veía que la sangre fluyera, pero temía que aquello pudiera convertirse un problema cuando tuviera que correr o utilizar sus piernas para esquivar nuevos ataques.

Luego escupió, poniéndose de pie y probando arrojar una patada al aire. El movimiento seguía siendo perfecto, y por unos instantes creyó que el último intento de ataque de Dulkir le había salido por la culata: se sentía mejor que nunca, increíblemente despierto y vivaz.

-Vamos- le dijo al mago- No perdamos más tiempo.

Arksinad asintió animado, levantando el sombrero, y el otro hizo unos últimos estiramientos con su pierna vendada para acostumbrar al tejido dañado al movimiento.

Entonces hubo mucho movimiento: toda la montaña comenzó a temblar.

-No te muevas ni un centímetro- el tono de Daivok era alerta, su mirada estaba fija en aquel punto tras él y todos los músculos de su cuerpo surcado de cicatrices se tensaron mientras movía con suavidad su mano hacia el aro de su hacha, *Ardor*- Espera mi señal...

Tenso, no le quedó otra opción más que asentir. Un sudor frío le recorrió la espalda al oír grandes patas de insecto repiquetear en el techo sobre su cabeza con malicia. ¿Una araña? ¿Una cucaracha gigante? ¿Un escarabajo, si acaso esperaba que su historia fuera original?

Se oyó un siseo, algo similar a un cascabel helado y otro ruido extraño tal gorgoteo. Reed comenzó a mover su mano también, con menos calma y buscando la cadena dorada que atravesaba su torso y con la que podía empuñar bien su escudo para defenderse.

-¡Abajo!- gritó Daivok.

Obedeció al instante, arrojándose contra el piso y rodando hacia su -¿rival?- con un movimiento para ponerse en guardia. Tras él había caído una criatura cuya especie Reed no pudo hacer entrar al de ningún reino conocido: una larga cola de lagarto se movía atrás, pero tenía seis patas arácnidas gruesas y rocosas, y bajo un caparazón segmentado que parecía piedra unos colmillos y una lengua serpentina se adivinaban, apretándose con furia ante aquel primer asalto fallido.

Espantoso. Era absolutamente espantoso. En su pecho su corazón dio mil retumbes, y Reed alzó su corta espada, dominándose, cediendo terreno, esperando instrucciones de su temporal aliado o cualquier cosa que pudiera servirle para enfrentarse a un ser como ese.

El ser en cuestión pareció emitir un rugido mudo, y en menos de un segundo se contrajo: rodó sobre sí, se envolvió en aquel material pétreo que le hacía de coraza y terminó convirtiéndose en algo similar a una esfera de bordes puntiagudos; las patas cerradas al costado para completar la figura.

Aquella piedra hubiera parecido graciosa en otra situación, pero a Reed le heló el alma haciéndole pensar en cosas que definitivamente no pertenecían a ese mundo. El monstruo comenzó a sacudirse, dentro de su perfecto caparazón, y en un sólo movimiento giratorio saltó hacia el líder Bellow...

Pero este ya lo esperaba, y lo recibió con un golpe de su hacha.

Nada ocurrió en la pétrea armadura, y Daivok tuvo que retroceder, mirando su arma sin poder creer que aquello no hubiese funcionado. La rueda rocosa vibró como burlándose y dio ruidos extraños, guturales hasta que de nuevo rodó en su dirección, haciendo que la tierra bajo su enorme forma se desprendiera en pedazos hacia ambos lados.

-¡Usa tu escudo!- ordenó el ahura.

Reed asintió, descolgando la cadena dorada y plantando el enorme escudo frente al camino, incluso poniendo su rodilla contra el suelo como mayor soporte. Su arma había resistido lobos, el mismo magma de la montaña y toda una infinidad de caídas y golpes: era imposible que la fuerza giratoria de esa criatura fuese más poderosa.

Recibió la embestida del insecto -¿insecto? ¿cómo podría siquiera catalogarlo?- y con un gruñido de satisfacción ocurrió lo que ya esperaba: el avance de su enemigo se frenó contra el resistente material de su fiel escudo, sin rasguñarlo, pero la fuerza del empuje sí hizo mella contra él obligándolo a plantar firme el pie y empujar con todas sus fuerzas, conteniendo.

-¿Y ahora?- inquirió Reed.

No recibió respuesta. Frente a él la rueda seguía empujando, girando con furia y sin perder un ápice de potencia, mientras que en cambio sus brazos comenzaban a entumecerse.

-¿Daivok?

Ningún sonido, de nuevo. Se dignó a mirar hacia atrás, sorprendido.

El Bellow ya no estaba, sino que corría con su hacha en mano más allá, alejándose del enemigo.

“*Ese hijo de...*” pensó Reed, sintiéndose estafado. ¿Qué iba a hacer ahora? Si dejaba el escudo, el monstruo se percataría y volvería a atacarlo por otro lado, pero sus brazos tampoco iban a resistir por mucho tiempo.

Si tan sólo hubiera podido invocar aquella luz, aquel resplandor que había salido de su arma cuando niño y cuando la lava había salpicado sobre él...

La desesperación comenzó a embargarlo: maldijo tanto al líder ahura como a su propia estupidez en haber confiado en él. Daivok se había marchado, dejándolo allí para morir y no se hubiera sorprendido mucho si se hubiera enterado de que la gema que había guardado en su bolsillo ya no estaba.

Frente a él, separado de su visión por el borde de su arma, el insecto rocoso decidió aumentar la velocidad de sus giros y empujes con tal frenesí que bajo su peso la tierra comenzó a ser escavada en un redondo pozo, trozos de esta arrojados hacia atrás con violencia. Reed tragó saliva, dispuesto a retirar su escudo e intentar saltar: lo más probable, pensó, era que perdiera alguno de sus pies, pero se evitaba la certeza de morir arrollado.

-¡Chico!- la voz de Daivok volvió a sonar, cada vez más nítida, hacia él- ¡Aguanta un poco más!

Se sobresaltó, volteando el cuello hacia atrás y buscando con la mirada a su oponente. Daivok se había alejado, sí, pero no había huido: empuñaba a *Ardor* con ambas manos y con una maniobra impresionante golpeaba algo.

La columna. Una de las cuatro que sostenía aquel pasillo. Tragó saliva, sin comprender, y observó como con tan sólo un segundo golpe el pelirrojo lograba hacer caer en pedazos aquel cimientito y arrojarlo a la lava.

La tierra temblaba, cada vez más visiblemente, y Reed usó todas sus fuerzas para contener al monstruo que cada vez parecía más interesado en aplastarlos. A su espalda Daivok comenzó a golpear la segunda columna con rápidos movimientos de su hacha y el muchacho entonces comprendió que aquel temblor no era causado por los ataques del hombre: no sólo aquel reducido lugar, todo Belekraz estaba vibrando y sacudiéndose con furia.

Quedaban dos, o eso parecía. Las botas de Reed comenzaron a deslizarse, el escudo mismo se movió hacia atrás mientras la fuerza de su oponente aumentaba más y más con cada giro. Oyó un silbido y dos golpes, tres, cuatro pedregones se desprendieron de un techo fracturado y poco estable.

-¡Prepárate!- le gritó el Bellow. La columna frente a él ya estaba derruida y no aguantaría tantos hachazos como las otras.

Reed asintió sujetando la cadena de su arma. El líder de los Bellow partió la estructura y el muchacho levantó su escudo, usándolo para cubrirse no del monstruo del frente, sino del cielo de donde enormes bloques de roca y ceniza cayeron al perder su antiguo y desvencijado soporte.

No necesitó cubrirse de lo otro. Uno de esos pedazos pareció aplastar a la criatura en un instante, y Reed echó a correr hacia la siguiente entrada, protegiéndose de la tierra con su escudo mientras por delante el ágil ahura hacía lo mismo a gran velocidad utilizando tan sólo sus piernas.

Ambos pasaron el umbral próximo, aterrizando lado a lado, agitados, mugrientos, los ojos irritados por el polvillo y la adrenalina corriendo en sus venas por lo ocurrido. La habitación tras ellos fue partiéndose y pronto hasta el mismo umbral quedó violentamente bloqueado por otra enorme porción del techo.

Se hizo entonces un silencio calmo, distante. Reed se pasó la mano por el rostro, limpiándose algo de la tierra, y cuando pudo abrir sus grises ojos lo único que le devolvió su mirar fue lo que su mente pudiera interpretar en la oscuridad que se cernía allí, en donde fuese que estuvieran.

Una risa queda escapó a su costado.

-Nada mal- el tono de Daivok parecía animado, y por el sonido podía darse cuenta de que tampoco se había dignado a levantarse- Nada mal.

-¿Qué diablos era esa cosa?

La pregunta brotó de la boca de Reed con consternación, mientras la respiración de ambos se normalizaba. Sentía aún bajo sus mangas los músculos adoloridos por el trabajo de resistencia que había realizado. Jamás había visto una criatura así, jamás nadie le había siquiera mencionado la posibilidad de que algo como eso existiera, ni Scarrow en sus múltiples relatos de aventuras por todo el continente, ni Van Lyder ni sus nuevos amigos ni nadie en el mundo habitable que conociera. Aquel depredador era un horrendo misterio, uno que no estaba muy seguro de querer conocer.

-Que me maten si lo sé- escupió Daivok- Pero está hecho. Me preocupa más que esta montaña comience a caer sobre nosotros mientras estamos adentro.

Reed asintió, sin decir nada.

El silencio volvió a invadir el lugar, pero no era un silencio que realmente le incomodara. A decir verdad, se hallaba a gusto, allí arrojado en un montón de tierra blanda en un punto indefinido de la indescriptible oscuridad dentro de la montaña Belekraz, cerca del mayor enemigo que había tenido hasta el momento –el dragón Skectral fuera del conteo-, y aún agotado y agitado por la batalla anterior.

Estaba cómodo, y no temía a lo oscuro. Sus ojos comenzaron a acostumbrarse a las formas, a los grises, a los colores opacos que danzaban sobre él en figuras elásticas, en líneas de niebla que quizás imaginaba o quizás eran reales, en miles de rostros monstruosos que no lograron enervarlo porque sabía eran tan sólo ilusiones de su mirar, cosas creadas por su cerebro al no poder adivinar qué había entre los límites de aquella –por el aire podía adivinarlo- espaciosa caverna.

-Realmente no sabes luchar con ese escudo, muchacho.

El comentario jocoso del otro cortó el silencio, y la mirada ciega de Reed se perdió hacia la densa oscuridad a su lado que adivinaba era el guerrero ahora.

-¿Qué dices?

Daivok no respondió, por unos segundos. Su voz volvió a cortar el silencio prematuramente luego, algo más pensativa.

-Si pensara en una amenaza, tu amigo el gruñón de Kamui parece sin duda un oponente más digno para mi hacha... Tienes tu escudo, sí, pero apenas parece saber cómo se utiliza.

Era obvio que intentaba llegar a algo; intentaba provocar su orgullo con algún motivo que no podía imaginar. Reed también esperó unos segundos, meditando sobre el comentario, y luego fue su voz la que rompió lo imperturbable del sitio.

-¿Y cómo se supone que debería usarlo?- intentó dar la mayor sorna posible a sus palabras, pero luego recordó algo y su curiosidad volvió a tomar lo mejor de él- ¿Están interesados en mi escudo? ¿Por eso Gio...? ¿Por eso Deihr intentó tomarlo?

Hubo un sonido similar a una escupida, o quizás una risa contenida en los labios que estallaba y se rompía antes de iniciar. Sintió el movimiento del Bellow sentándose a horcajadas y lo imitó con dificultad, al tiempo que tanteaba su bolsillo: para su alivio, la gema todavía continuaba allí.

-¿Deihr intentó robar tu escudo?- la voz de otro sonaba incrédula- ¿Allí en la superficie?

-En Deneb Algedi- asintió Reed- Logró quitármelo por unos segundos pero Reaper me ayudó a recuperarlo... ¿Qué clase de persona es?

-¿Deihr?- algo del destello amarillo de los ojos de su rival pareció hacerse ver tras las sombras, y Reed se preguntó si, de prenderse de repente una luz, lo vería sonreír o con el rostro estoico que a veces solía mostrar- Deihr es la unión de nuestro grupo, muchacho. Cuando éramos simplemente mocosos, víctimas de la guerra sin más armas que nuestra voluntad, fue Deihr quien decidió acogernos, vestirnos, darnos poder y enseñarnos a sobrevivir. Esa persona es el alma de todo lo que hacemos.

¿Niños? ¿Cuántos años tenía Gio entonces? ¡Si se veía incluso más joven que él! Reed comenzó a hacer cálculos mudos, confundido, intentó incorporar los posibles conceptos de crecimiento invertido en la raza ahora o de una posible fórmula de la juventud eterna, pero al cabo de un rato se rascó el cabello, perdido y sin poder entender nada.

-Los entrenó...- inquirió, entre rendido y anonadado- ¿Cuántos años tiene tu hermano entonces?

-¿Hermano?- Daivok también parecía confundido, y se volteó hacia el pueblerino al tiempo que se incorporaba y sonreía, limpiándose el polvo de los ropajes en su cintura con sacudidas bruscas- Estás algo confundido, muchacho. Deihr no es ningún hombre, ni ningún Gio como el que me mencionas. Nuestra hermana nunca fue precisamente una doncella de Ianna, pero creo que hasta a ella le ofendería esa comparación.

Hermana. Los ojos de Reed lentamente alcanzaron el punto máximo de abertura, mientras comprendía cómo se habían equivocado en sus sospechas. *Una hermana adoptiva.*

Y, sólo recordaba a una mujer infiltrada en el escuadrón de Yeguilex DaWillse. No, Gio no. Tezca, aquella soldado que antes le había llamado la atención era la verdadera quinto miembro de los legendarios mercenarios Bellow.

Si su miedo había sido el encontrarse con sus enemigos o acabar en otra emboscada, el recodo a donde los condujo el sendero que habían tomado no hizo más que desengañarlos. Pues se alzaba un espacio cavado, la tierra blanda y húmeda a diferencia de sitios anteriores, sin construcción alguna que les pudiera hacer suponer la presencia de un humano antes de que llegaran. Al norte se extendía una red de hoyos que se enterraban profundamente a través de la oscuridad, uno por los cuales Arksinad asomaba ahora su cabeza.

La risa animada y melodiosa del hechicero se perdió haciendo mil ecos por aquel agujero, y tardó un buen rato en desaparecer. Al acabar la infantil acción salió de allí y se volvió a su compañero con gracia.

-Es sobrecogedor. No estoy seguro de cómo un mago pudo hacer algo semejante.

-Quizás hay algo aquí mucho más impresionante que un mago- le respondió Reaper, acercándose a una de aquellas entradas y examinándola para calcular si el espacio era lo suficientemente bueno como para ingresar. Era lo bastante ancha como para pasar a gatas, tal vez, pero algo en la forma de esos enredados túneles que hacían la tierra parecer un buen queso no hacía más que incomodar a ambos, en silencio preguntándose si no habían llegado a otro tipo especial de camino sin salida.

"Y sin embargo, aquí estamos" pensó Reaper, alejándose del hoyo por el cual había decidido ingresar *"...y los Bellow pasaron por aquí"*: sus taimados sentidos le indicaron una gran huella en el suelo arcilloso, que supo pertenecía a Dorbog.

-¿Puedes ver por qué camino se fueron?

Esperaba poder rastrearlos y evitarse así otra confrontación directa. Aunque eran también dos, debían de ser oponentes de temer. Arksinad se acercó a aquella entrada, manteniendo la luz de su báculo en alto. Aquel resplandor celestial penetró por la oscuridad del túnel, y por unos segundos ambos creyeron ver una sombra agitarse en su interior.

-No realmente. Quizás todos sean el correcto.

Reaper frunció la nariz con disgusto al meterse. De todos los caminos emanaba un fuerte aroma a azufre, que aturdió los sentidos. Era tan evidente que ninguno de los dos se molestó siquiera en comentarlo.

-El aire aquí está horrendo- gritó desde adentro del túnel, mientras avanzaba- Venga, vamos. Guarda oxígeno en tus pulmones antes de entrar.

Iba a gatas, arrastrando la guadaña con una mano. Lo mejor era estar armado y prevenido. Arksinad calculó la entrada y decidió llevar también su báculo encima, ayudándose con él para orientarse en el camino por la oscuridad.

Era un andar muy incómodo, pues el calor iba en aumento y el aire parecía escasear, sofocándolos, un agregado desagradable al hedor a azufre que les acribillaba las fosas nasales con cada centímetro ganado. Tenían agua de sobra, pero pronto las raciones de comida comenzarían a escasear. Reaper llevaba bajo su capa la última bolsa con algunos trozos de pan, carne seca y setas, probablemente ya incomedibles. Unos minutos atrás, Arksinad había bromeado con tristeza sobre lo conveniente que hubiera sido llevarse tajadas del Ziz desde la cima. Cada tanto el kamuita consideraba que si su estadía en Belekras se prolongaba demasiado, el asunto no les haría tanta gracia.

A medida que se adentraban podían sentir un ruido aislado, como un gorjeo, proveniente de las profundidades. Ninguno dijo nada, muy ocupados en guiar e iluminar su avance respectivamente, y a los pocos minutos el sonido terminó por hacerse invisible en sus consciencias, al igual que las sorpresas sacudidas que daba cada tanto todo el terreno.

Y que cada vez eran más fuertes, más constantes y más amenazantes: algo ocurría en el interior del volcán. Tan sólo podían rezar a los dioses porque lo que fuera se desencadenara una vez estuvieran muy lejos de la maldita montaña.

El túnel, a todas luces, se extendía infinitamente: a veces proseguía derecho por mucho tiempo, a veces descendía, daba vueltas casi estúpidas en sí mismo, se confundía con otros túneles –lo cual hacía especialmente desesperar a Reaper- o incluso ascendía tan abruptamente que entre ambos debían ayudarse para subirlo y continuar, arrancándose un esfuerzo sobrehumano para superar su caótica arquitectura.

-Esto es un hormiguero. Uno infernal, construido por hormigas demonio con el explícito propósito de joder mi existencia- exclamó Reaper la tercera vez que el camino se dobló hacia abajo, haciéndolos caer.

-Quizás no son hormigas. Humanos no fueron los que hicieron esto, desde luego. Es retorcido. Sin embargo, creo que no falta demasiado para que obtengamos respuestas.

Se movían en la oscuridad, gateando con prisa y aferrándose de la tierra ya removida cuando el camino parecía ascender con poca naturalidad, inclusive utilizando el mismo espacio reducido para hacer presión sobre todas las paredes y sujetarse en los tramos más complicados. Poco después Arksinad observó con sorpresa como frente a él Reaper comenzaba a perder energías, más pálido que de costumbre y respirando pesadamente por el esfuerzo realizado.

-¿Quizás quieras un descanso?- inquirió.

-Me parece bien- dijo de repente el otro y, respirando con afano logró acomodarse contra la pared del túnel y recostarse un poco.

Su piel antes tostada ahora se veía increíblemente clara, casi tanto como la del mago. Arksinad se inclinó hacia adelante, mirándolo extrañado y la luz de su báculo pareció molestar al joven, que movió la mano como espantando una mosca para que la bajara.

-¿Te sientes bien?

Reaper asintió, aunque todo su cuerpo parecía decir lo contrario. Emitía un calor febril, que en unos pocos momentos se había incrementado tanto como para ser notado a tan corta distancia. Arksinad apretó los labios, consternado, e hizo descender un poco el resplandor de su arma para no molestar los ojos cerrados de su compañero.

En la oscuridad el siguiente temblor de la montaña fue más vivido, y sin decir una sola palabra ambos concordaron que lo mejor sería continuar. Apenas fragmentos de tierra se habían desprendido de los intrincados túneles en los que estaban, pero continuar en ese laberinto por demasiado tiempo tan sólo terminaría desesperándolos más y la posibilidad de que la salida se les desplomara los llenaba de congoja.

A cada poco que se arrastraban, el olor a azufre se incrementaba. Sin embargo, hacía un rato que estaba surgiendo otro hedor que se le sobreponía. Una peste de descomposición asquerosa emanaba desde la dirección a la que se dirigían, tan fuerte que los forzó a cubrirse las bocas y narices con el cuello de las capas.

Así se movieron durante lo que parecieron horas, horas en las que muchas veces afloraron las dudas sobre si surcaban la dirección correcta, hasta que, cuando menos lo esperaban, tropezaron con la salida. Aterrizó uno encima del otro, cayendo por un agujero a considerable altura del suelo, y respiraron un aire que, si bien seguía plagado de hedor a azufre y putrefacción, era mucho menos denso que el de aquel pequeño túnel.

Pero entonces se percataron de qué mundo los rodeaba.

-Santa Ianna- exclamó Reaper, observando el paisaje, y el mago, que había estado distraído con la euforia del escape, miró a su alrededor dejándose hundir por la impresión. Pues se habían ido de un infierno para desembocar en otro mucho más espacioso.

No debía de faltar demasiado, pensaba Reed mientras caminaba tanteando las sombras, siguiendo el contorno opaco de Daivok con más confianza mientras su piel se relajaba sin sufrir el constante calor que había en las anteriores salas de aquel condenado templo subterráneo.

Habían pasado ya horas, quizás alrededor de un día desde que había caído junto al ahura por la brecha de Belekraz, desde que estúpidamente había soltado la mano de Arksinad para precipitarse al vacío. El tiempo seguía siendo una constante indefinible, algo imposible de delimitar o de dar cuenta con exactitud pero su intuición campestre le decía que con toda seguridad allá en la extensa superficie el sol se estaba poniendo.

¿Volvería a pisar esas tierras, a aspirar ese aire en algún momento? Esperaba con las mayores ansias que sí, en especial en lo que se refería al segundo punto. Aire. Desde que había ingresado a la montaña apenas había podido acostumbrarse al encierro, al hedor viciado y pesado, cargado de ardor y que dolía en los ojos, al viento reseco y maldito que erizaba cada pelo de su cabellera negra con el polvo ceniciento de las entrañas del volcán.

Y ahora era peor: parecía cargado con un insistente aroma; que podía identificar gracias a los experimentos de Scarrow: azufre. Le había comentado a Daivok que aquello no le agradaba: temía que estuvieran metiéndose más y más en una espantosa y colosal versión de un horno de barro común. El guerrero sólo había reído, sin darle mucha importancia al asunto.

Como compañero de viaje Daivok no era aburrido, pero solía tratarlo con cierta condescendencia provocativa y Reed debía esforzarse en no responder a sus agresiones, pero más aún debía esforzarse –y aquello lo descubría con horror- en contemplar a aquel ahura como a un enemigo. Había algo de lo que el pelirrojo carecía, una monstruosidad que era innata en un dragón como Skectral y que aquel joven orgulloso no tenía, que hacía que mientras más lo viera menos predisposición a considerarlo el antagonista de su leyenda existiera en su corazón. No era merecedor de la espada de Reed, no era el

tipo de maligno ser que un héroe debía enfrentar y derrotar, o eso pensaba mientras lo seguía a través de construcciones cada vez más intrincadas, escaleras escupidas por rasguños, túneles perfectamente redondos y cubiertos de baba que les causaron escalofríos, incluso pilares que debían de saltar ayudándose por raíces trenzadas que los recorrían de lado a lado.

La arquitectura de todo aquello lo desbordaba. ¿Era factible creer que Albion hubiera construido caminos, tan lejos de la ruta a las gemas? Si era cierto, su admiración por él crecía sin límites. Pero algo en la rudimentaria forma de las sogas con las que se sostenían le gritaba lo contrario.

Mientras más recorrían, más perfectas se volvían las construcciones y más creían estar llegando a algo. Se ayudaban para escalar las entradas que se alzaban a metros de altura, se guiaban usando la llama del aldeano, atentos, aunque los ojos del ahura se acostumbraron fácilmente a la oscuridad y en ocasiones pedía al muchacho que apagara el fuego para mantener aquella habilidad por si algo los atacaba, entrenándolos ante la penumbra.

Pasaron un buen tiempo caminando y moviéndose por los estrechos en las cavernas, sintiéndose los únicos seres conscientes en aquel mudo silencio, con Reed iluminando su avance con paso cauteloso y anhelando el momento en que volviera a encontrarse con sus compañeros. La burla arrogante del líder Bellow no era precisamente una ausencia de compañía, claro, pero el callar espantoso de aquellos terrenos inexplorados lo hacía sentir cada vez más solo y se descubrió pensando que, de morir Daivok por algún motivo y dejarlo a su suerte en aquellas profundidades, el terror lo embargaría con velocidad.

Lo oscuro pronto cobró fuerza, intensidad, y sus botas pisaron terreno plano y baldosas construidas, vestigios de la presencia de una mente organizada y preparada. Tragó saliva y avanzó, sintiendo el reconfortante peso de su escudo tras sí y el movimiento metálico de la mano acorazada de Daivok cerrándose con cautela sobre el mango de su enorme hacha.

Entonces se cruzaron con aquella criatura. Reed no había visto nada similar en ningún libro, nada que le produjera el tipo de repulsión y asco que sintió por aquel ser. Parecido a un hombrecillo, pero encorvado y con una complexión decididamente inhumana: brazos largos y fuertes, cuello plegado, carente de mentón, la piel en colgajos tan blanca como la luna. No parecía tener ojos visibles, su boca era agrietada y sin dentadura y sus orejas eran dos insignificantes hoyos a los lados de la pelada cabeza.

Avanzaba con gran habilidad hacia ellos, empujándose por los túneles con sus extremidades, sin producir ningún ruido más que el gorjeo de su garganta. Se movía como si hubiera visualizado una presa, quizás algún gusano gordo y jugoso del que pudiera alimentarse allí por lo bajo de la montaña.

Cuando estaba a punto de tocar al petrificado aldeano, frente a frente con él, paró en seco. Había sentido la presencia de la luz. Reed vio que sí poseía ojos, pero eran ciegos y lechosos, incapaces de ver lo que estaba frente a ellos y carentes de cualquier párpado. Pasaron sólo unos segundos de espantoso chequeo hasta que por fin su impresión lo superó y emitió un alarido. El hombrecillo chilló espantado y comenzó a alejarse moviéndose hacia atrás con sus largos brazos tal si fuera un chimpancé o una curiosa araña.

-Los verdaderos habitantes de Belekraz- Daivok no parecía tan aterrado, pero sobre su sonrisa de grandes colmillos los ojos tuvieron un surco de preocupación- Ahora sí aparecieron. Nos estamos acercando.

-Vamos rápido- señaló Reed el túnel por el que había doblado la criatura- Temo que se confíen y tengamos que empeñarnos a golpes de palo con esas cosas. Quizás algo de ruido podría ahuyentarlas, con esas orejas.

Las cortas cejas de Daivok se juntaron en una inquisición.

-¿Qué orejas?

-Eso mismo. Tiene huecos en la cabeza, debe oír mucho más que nosotros para complementar su ceguera.

-Muchacho, honestamente, no estoy seguro de que las cosas funcionen así.

Reed no siguió exponiendo su conclusión, algo avergonzado pero seguro en su interior de que era la correcta, pero decidió hacerse caso a sí mismo y a cada rato del camino aprovechó para poner la mano sobre la boca y lanzar un aullido, intentando con ello espantar a esos seres que sin duda estaban tan atemorizados de extraños como ellos. Se habían metido ahora en lo que parecían ser unos interminables túneles, no muy espaciosos pero lo suficientemente cómodos como para que pudieran pasar por ellos a gatas; aunque arrastrar el escudo por allí era una tarea de considerable dificultad, y avanzaban en línea recta conteniendo la respiración y deseando emerger fuera cuanto antes fuera posible.

Ambos no decían lo esencial: sabían que aquellos hombres pálidos no podían haber sido las criaturas que habían construido aquel entramado tan perfectamente redondo, y la humedad de la tierra que tocaban les auguraba pocas bondades sobre lo que habría más adelante. Todavía más, sentían que era probable que quienes habían logrado tal prodigio usaran a los seres encorvados como alimento, lo que explicaría el miedo que los últimos mostraban ante todo. Era pena, y no impresión, lo que comenzó a sentir Reed por los habitantes de la profundidad.

Vieron apenas un par de hombres pálidos más frente a ellos, pero los seres huyeron con temor apenas la luz de la llama los alcanzaba. El muchacho llegó a tener que aceptar a regañadientes que quizás algo sí podían ver y que su constante sonido no había sido de ninguna ayuda para alejarlos.

-Pero quizás sí haya servido para llamar a quien esté más arriba en la cadena alimenticia de este lugar- comentó el Bellow con sorna cuando se lo dijo, y señaló el siguiente recodo por el que creía debían doblar, causándole un escalofrío.

Pero ninguno esperó que sus palabras fueran una profecía. Del recodo dos patas grises arácnidas se asomaron, y el rostro cubierto por arriba con un caparazón sólido los espió sin ojos por unos segundos antes de gruñir y sisear. Fue tan repentino que ni Daivok ni él pudieron a considerar el suceso o decir algo: el mismo monstruo que creían haber aplastado horas atrás los detectó y se enrolló allí mismo en el reducido espacio del túnel, demostrando una sorprendente elasticidad.

Y una sorprendente velocidad, mientras rodaba hecho aquella bola de piedra hacia el Bellow que estaba adelante. Daivok utilizó a *Ardor* para frenar el avance de aquella cosa, poniendo la punta de su hacha tal si se tratase de una lanza en una formación de armada, apuntando hacia arriba como si aquel insecto rueda fuera un caballo. Reed emitió un quejido aterrado y el líder Bellow se volteó hacia él, apretando los dientes, con las venas de los brazos latiendo por el esfuerzo de contener a aquel ser.

-¡Pon el escudo!

Reed asintió, levantando su arma y lográndola encajar en las paredes del túnel, confiando en que el otro tuviera un plan para derrotar a aquel insospechado depredador por segunda vez. Daivok levantó sus dos brazos, apuntó al ser de frente y los torció con fuerza mientras dejaba la magia fluir libremente.

-¡*Shyana Uria Revali!*

Por algún motivo Reed había logrado olvidar que el Bellow podía hacer eso. De su cuerpo el tornado de viento emergió, chocando el...

¿El suelo?

El túnel sobre el que andaban se desmoronó en pedazos, y otros túneles se abrieron bajo ellos entre las intrincadas construcciones de aquella parte de la montaña. Sujetó su escudo con fuerza y se sintió caer, golpear contra las mismas piedras que se desplomaban y ver al insecto-lagarto-rueda balancearse junto a él, mientras que alzaba la vista y observaba a Daivok, su sonrisa campal al verlo caer, pues había utilizado a *Ardor* para sujetarse de la pared de tierra antes de desbaratar todo con su hechizo.

-¡Daivok!- alcanzó a ponerse de pie, tomando su escudo con fuerza y viendo a la rueda que había caído junto a él sacudirse con furia y moverse, perdiendo el equilibrio.

-¡Sé que puedes hacerlo, muchacho!- el tono del otro le pareció una burla, mientras lo veía descolgarse de su hacha y pisar terreno firme, sacudiéndose la tierra y escombros que había creado con renovada seguridad- Aquí nuestra comunidad se disuelve.

-No lo entiendo...- continuaba viendo la sorna en la expresión de su enemigo, y retrocedió un paso sin dejar de estar atento al ser que hecho rueda se desarmaba, encerrado en aquel pequeño espacio junto a él, seguro de que lo atacaría en cualquier momento- Aún tengo la gema.

-Oh. La gema.- Daivok simuló limpiarse un oído, riendo- ¿Se parece a esta gema, muchacho?

Y levantó la joya que el otro creía poseer, dejando que la poca luz de aquellas cavernas se filtrara en su transparencia y llegara al corazón de Reed, donde la humillación y el odio alcanzaron niveles que podrían haber hecho arder la montaña desde sus entrañas. El joven de Vant se palmeó los bolsillos de su abrigo con apuro, descubriendo que su compañero se la había quitado quién sabía cuándo. Pensó en todos los momentos en que había caminado a ciegas, por querer el otro mejorar su visión en la oscuridad, y de sus labios brotó la que creyó era su primera blasfemia.

Maldito Daivok, maldito él por ser tan confiado y de pueblo, maldita la gema, maldito Belekraz y sus criaturas y maldito aquel ser con el que ahora se las veía completamente solo.

-Diviértete, muchacho- el tono del otro le crispó los nervios, y juró que tarde o temprano se vengaría- Tus amigos están cerca.

Lo vio perderse corriendo, allá arriba en donde Reed ya no podía alcanzarlo. Pensó en gritarle, insultarlo, maldecir o jurar venganza pero terminó dándose cuenta de dos cosas: primero, de que un verdadero héroe se vengaba en silencio, y segundo, de que la rueda ya se había abierto y el insecto-lagarto rocoso tarareaba con sus patas ritmos profundos mientras revoleaba su larga cola, como buscando probar que el terreno bajo él era firme y no cedería una segunda vez.

Luego volvió a contraerse sobre sí, rodando en su espalda hasta ser aquella agresiva rueda blanca, y Reed puso de nuevo su escudo frente a él para frenar la embestida. Duraría allí, resistiría y derrotaría a aquel ser costara cuanto costara. Todos los nervios de su cuerpo se crisparon de odio, toda su piel latió de vergüenza por la forma en la que había sido engañado y sus músculos se sacudieron preparándose para la lucha de la cual dependía su vida, y más aun, la vida de la cual dependía devolver aquella pasada a Daivok Bellow.

Esperó el embiste, preparándose para una batalla sangrienta, una cruel lucha digna de los mejores poemas, hombre y monstruo bajo el pozo del abismo, determinación y espada para derrotar a algo que todo el peso de la montaña no había podido aplastar.

Esperó el empuje, el coletazo, el avance pétreo de aquella criatura cerniéndose sobre él y la constancia de que sólo uno de los dos emergería de allí.

Esperó el futuro, el poder salir y contar a sus compañeros lo que había vivido, el poder vengarse del ahura y dejar por fin aquel condenado infierno en cuanto tuviera las gemas.

Esperó y esperó, pero pronto se cansó y apartó el escudo que le tapaba la vista, para quedar desvelado. El monstruo se había esfumado, y no parecía haber para Reed Id Vant ningún modo de dejar aquel pozo en donde había sido arrojado.

Ante sus ojos se extendía una escena como jamás la habían visto: una caverna inmensa, altísima y plagada de huecos similares al que habían utilizado para ingresar, de cuyo suelo emanaban vapores ardientes, rodeada por dos ríos de lava que desembocaban en un pozo cuyo fondo no podía verse y que alumbraban lo suficiente como para poder observar el evento principal: entre las dos corrientes ardientes, descansando en medio de aquel pandemonio, reposaba un gigantesco cadáver.

La colosal serpiente yacía muerta, con el cuerpo enrollado alrededor de una fosa, pudriéndose desde hacía siglos. El cráneo colmilludo les apuntaba, desprovisto de ojos, tan sólo una carcasa por la cual a duras penas se sostenían los últimos vestigios de carne. Bajo la osamenta se vislumbraba una multitud de huevecillos, si acaso podía llamárseles así, pues cada uno era más grande que un niño y sin embargo se hubieran necesitado miles y miles para llenar el cadáver del reptil.

Varios gusanos pálidos, contra los que un kiel gris podría haberse medido a gusto, deambulaban por el cadáver, ahuecándolo, devorando sus restos, pululando para depositar más crías en su interior.

-Aquí yace el gran Leviatán- Arksinad bajó un poco el sombrero para hacer una reverencia- Sin duda la bestia más fuerte entre las cuatro, y sin duda también la de peor suerte.

Reaper sostuvo su guadaña en alto, poniéndose en guardia. Bajo la luz del báculo se lo veía algo pálido, como asaltado por una velada fiebre.

-Parecen inofensivos- dijo viendo a una de las lombrices salir de la cuenca vacía de la serpiente, sólo para perderse de vuelta dentro de las fauces.

-Bueno, al menos ya nos podemos dar por enterado de quién construyó todos esos túneles.

Dicho esto, el mago alzó su báculo e iluminó con él las paredes de la caverna.

Desde los millares de hoyos que ahuecaban la escena, similares a aquel por el que habían emergido ellos, gusanos enormes se metían y salían a su antojo, dejando rastros viscosos contra la tierra y la ceniza, esquivando las paredes en donde redes de huevecillos blancos descansaban, madurando. Las bestias se retorcían, se cruzaban entre sí, pasaban chocando con torpeza y resbalaban, produciendo sonidos truculentos, dispares, que recibieron con estremecimientos.

-Este criadero me repugna- masculló con debilidad Reaper, viendo como una larva especialmente gorda se intentaba introducir costosamente por uno de los hoyos, y

al no poder entrar caía desde una considerable altura con un sonoro y húmedo chasquido.

-Yo me siento como en casa. ¿Qué habrá pasado aquí?

La potente luz de su vara se dirigió como una lámpara hacia el rostro muerto del Leviatán, haciendo que varios de los seres que allí pululaban se alejaran despavoridos al sentir su largo consumo ser molestado por primera vez. A la pregunta le siguió la débil risa de Reaper, quien se había acomodado con muy poco apuro contra la pared de donde habían caído y sudaba a mares en aquel calor.

-Soy de la creencia que Albion era más bien un cretino, así que diría que esta prueba no le salió tan bien como creía. Quizás antes había mucha agua aquí y el Leviatán estaba vivo y coleando, pero después de cuatrocientos años, el lago subterráneo se drenó y los gusanos comenzaron a venir. El hombre es el lobo del hombre y el mago es el lobo de los pobres e inofensivos animales legendarios. No tanto por los gusanos, igual. Ilumina bien boca-cortada, no quisiera que alguno de esos decidiera curiosear por donde nos hallamos.

-¿Le tienes miedo a unas larvas?- preguntó con sorna el celestiano, aunque se interrumpió al recibir una mirada asesina.

-Miedo no, asco.

El comentario produjo risa de nuevo, pero luego ambos quedaron callados y el sonido se desvaneció en la inmensidad de la base de la montaña. El silencio que prosiguió fue mermado, incómodo, pues en el fondo pensaban. Sabían, sabían del todo que ninguno de los dos confiaba plenamente en el otro, tanto por lo ocurrido en la mansión de Mila como por los asesinatos que había cometido el celestiano en la cima de Belekraz, pero las malas intenciones sólo iban a empeorar aún más las cosas.

-¿Sabes, Reaper...?- comenzó Arksinad, buscando las palabras para comprenderse, pero entonces algo cortó su concentración.

La respiración del guerrero ya era anormalmente fuerte, y los movimientos de su pecho bajaban y subían al compás de un temblor como los que sacudían todo ese subsuelo. Se encogió para examinarlo, temiendo lo peor, y paseó sus ojos por los párpados del otro, que temblaban ya cerrados, por las gotas de sudor que resbalaban por su frente revelando una temperatura interior que repentinamente se incrementaba. La fiebre lo estaba consumiendo.

-¡Reaper!

¿Por qué no había notado los signos? ¿Cómo había dejado pasar la palidez, la debilidad en los músculos de su acompañante mientras gateaban por aquel túnel? Su experiencia le debería haber dado la respuesta. Pero no podía entender qué enfermedad había contraído Reaper, qué malestar lo aquejaba de tal modo.

Lo observó sacudirse, toser desmayado e incluso algo de sangre viscosa se dejó ver por el dorso de su boca. Arksinad miró sus síntomas con atención, completamente perdido sobre qué tenía que hacer y sabiendo que no había ningún hechizo en su repertorio que le permitiera curar a la gente. Sólo como por casualidad, la imagen de Dulkir Bellow tensando su arco antes de morir pasó por su mente.

Dulkir. La flecha que había arrojado.

Se abalanzó y arrancó de un movimiento la tela negra sobre el pie de su compañero, preguntándose cómo habían podido ser tan idiotas. Dulkir, el ahora que había utilizado una pantalla de humo tóxico hacia ellos, incluso algún tipo de ácido que quemó en contacto con el agua; ¿y habían creído que les arrojaría una simple y normal flecha antes de ser devorado por el Krakken? Con todo lo que habían corrido, con todo lo que se habían movido y saltado en aquellas últimas horas, la totalidad de aquel veneno debía de estar transitando por el cuerpo de su objetivo.

En efecto, la cicatriz circular del proyectil estaba ennegrecida y las venas a su alrededor tenían un color verduzco y pálido. No se veía nada bien. El calor que emitía su piel ya casi quemaba al tacto. Si las cosas seguían así, recuperar esa consciencia perdida sería imposible.

Reaper aulló de dolor, dio un rugido molesto mientras se retorció y luego su cabeza cayó seca contra el suelo, en una calma forzada mientras lo último de su vida con agonía se desvanecía.

Y Arksinad, desesperado, sintió entonces algo en la lejanía.

...

No sabía cuánto tiempo hacía que se hallaba en aquel recodo, ni cuánta energía había gastado inútilmente en intentar subir sus muros, ni cuánta de su piel se había raspado en la inútil y dolorosa tarea de excavar las paredes que lo encerraban, pero en cierto modo ya no le importaba.

Latía, todo su cuerpo latía con un odio contenido cuya innaturalidad no le era consciente, sus manos se tensaban y sus huesos firmes se acostumbraban a la quietud causándole calambres que purgaban en parte su ira. Estaba encerrado, arrojado en un punto indefinido del mundo y de aquella condenada montaña, en esencia harto y lo único que lo mantenía en pie, lo único que lo hacía despertar ante las sacudidas que daba todo el lugar era el deseo de la retribución que había jurado ya mil veces le daría a Daivok una vez saliera, afirmándolo en silencio con un golpe seco a la dura pared.

Pero luego había dejado de dañar aquella prisión natural, y había terminado por recostarse en ella, entrecerrando los ojos pero no para dormir: quería poner todo su empeño en descansar y no desesperarse sobre la cada vez más remota posibilidad de huir de aquel infierno. Se sentía hambriento, sediento, enojado con el mundo y con la misión que le habían encomendado, inclusive molesto porque su aventura no sería como debía si las cosas se mantenían como estaban.

También sentía náuseas. Nunca le había dado miedo la oscuridad ni la falta de espacio, pero había algo allí que le despertaba un profundo asco, al imaginar qué clase de abominación había cavado esos hoyos. La sensación de asco se incrementó aún más cuando sintió algo viscoso y suave acariciar su mano. Se concentró primero en calmarse y luego abrió los ojos, para ver a una fofa larva tan grande como su pie, intentando pasearse sobre su brazo. La podía distinguir perfectamente, brillando en la oscuridad que había quedado desde que había decidido ahorrar energías y apagar la llama de su hechizo.

Gritó en un susurro, al ver como las paredes del estrecho túnel comenzaban a poblarse de puntos fosforescentes que florecían en decenas de gordas larvas, algunas de las cuales caían con un golpe seco sobre la tierra. Encendió su hechizo, *infernum ea salutem*, y las vio alejarse apenas, espantadas un poco por el brillo de las llamas y formando tumultos bulbosos en el suelo mientras hacían viscosos sonidos al frotarse entre sí.

Enseguida una luz celeste y poderosa llegó desde arriba, y Reed tuvo que cubrirse con la manga mientras a su alrededor todas las larvas se perdían, acobardadas. Levantó su cabeza, anonadado, y observó el rostro dulce y tenebroso de Arksinad, quien le sonreía con inusitada esperanza y le extendía una mano.

-Reed. Estoy tan feliz de que estés vivo.

...

Ahora se hallaba mucho más contento, en éxtasis de por fin tener alguien en quien podía confiar junto a él, guiándolo con paso firme hacia quien sabía dónde. La compañía, había descubierto, era el mejor regalo que uno podía pedir en los lugares olvidados del mundo.

Arksinad era una compañía sonriente, en ese aspecto. Moviéndose junto a él, ambos muy conscientes de que la tierra que pisaban pronto podía poblarse de gusanos, amparados por la luz del mago que era decenas de veces mejor que la que con tanto esfuerzo él podía lograr, Reed agradeció por fin ver a su camarada a salvo, aunque fuera en esas circunstancias.

Sin embargo, había también una ausencia muy notable.

-¿En dónde está Reaper?

-Reposando- le explicó el mago sin mirarlo- En una tienda mágica que armé cerca de la prueba de Leviatán.

-¿Reposando?- la sola idea le pareció ridícula.

Arksinad se detuvo, y se volteó para verlo mientras el resplandor que emanaba del rubí de su arma borraba los contornos de su suave rostro.

-Reaper fue envenenado- le dijo- Por una flecha de Dulkir. Estimo que no pasarán muchas horas hasta que muera.

Sintió un peso físico desplomarse en su interior, forzándolo a ceder en su paso por unos segundos. Continuó siguiendo al mago en silencio, sintiendo mil preguntas y exclamaciones atorándosele en la boca, sintiendo un nudo en la garganta por quien en verdad consideraba un amigo. Reaper había sido su primer contacto con la rudeza de los grandes continentes, el primer verdadero aliado que había tenido. Sin él, era probable que aún deambulara por los alrededores de Deneb Algedi. Si iba a perderlo de ese modo...

-Quiero verlo- exclamó- No puede morir así.

-En eso comparto- la sonrisa de Arksinad se ensanchó y los hilos negros parecieron sacudirse por su cuenta- Y por eso es que estamos caminando, Reed. Me puse a pensar sobre el veneno, sobre los Bellow y Dulkir. Creo que es posible que podamos encontrar un antídoto.

-¿Un antídoto?- tardó en entender lo que la palabra significaba, pero cuando lo logró quedó tan confundido como antes- ¿De dónde vamos a sacar un antídoto en la montaña?

-De la misma forma en la que te pude encontrar a ti, Reed: detecté magia que no pertenecía a Albion siendo ejecutada por el terreno. Y ahora mismo detecto otra magia, que con seguridad pertenece a Dingir Bellow. Los atacaremos y robaremos su equipo. Estoy seguro de que tenían contramedidas para los venenos que Dulkir utilizaba.

...

La prueba del Leviatán se mostraba ante la vista de ambos: o al menos, lo que había sido un intento de prueba, y que ahora era un gigantesco despojo serpentino siendo devorado por una infinidad de gusanos en una caverna tan amplia que seguramente constituía una buena parte de la base de Belekraz.

Donde fuera que estuvieran, era seguro que alcanzaban una profundidad nunca antes surcada. Reed silbó, observando las enormes larvas caer mientras otro temblor sacudía el volcán, y terminó por llegar a las mismas conclusiones sobre el fracaso de Albion que hacía rato sus amigos hubieran arribado, todo mientras que Arksinad le señalaba el este.

-Por allí dejé a Reaper- luego señaló un punto indefinido del oeste- Y de allí siento maná, un hechizo muy potente que está siendo aplicado por Dingir. Será mejor, es un enemigo que prefiero enfrentar mientras se halle ocupado. Los atacaremos por sorpresa.

Asintió, preguntándose si Daivok Bellow estaría con el resto de sus hermanos y si tenía alguna oportunidad de derrotar a los mercenarios sólo con la ayuda de Arksinad. Sería una batalla encarnizada y sólo su nuevo buen humor por haber reencontrado a su grupo lo salvaba del agotamiento mental y físico que tenía.

-Así que antes, aplicaré un sortilegio de invisibilidad.

Reed no alcanzó a reaccionar cuando el mago movió sus manos hacia él, atravesándolo con algo invisible que sintió como agua helada. Pronto se encontró solo en la cueva. No podía ver ni siquiera su propia mano frente a sus ojos, lo que le daba una sensación muy particular, de desequilibrio. El escudo a su espalda comenzó a ser invisible y visible sucesivamente, hasta que al final, para alivio de su amo, optó por desaparecer.

-Avanza siguiendo la luz de mi báculo- le indicó su amigo, su voz flotando sola ya que también había aplicado el hechizo sobre sí mismo- Y no me pises. Lo digo muy en serio.

...

Allí, en la lejanía, podían ver las bolsas acolchadas y el poste que indicaba su cercanía con el campamento de los Bellow. Reed había logrado acostumbrarse a la invisibilidad, amparados en ella para evitar la atención del enemigo, y siguió la tenue luz roja del mago con cautela mientras por los nervios jugueteaba con el mango de su espada, preparándose para el asalto.

Sólo veía dos figuras allí: Daivok aún no había podido reencontrarse con sus hermanos. El enorme Dorbog Bellow permanecía sentado de bruces con su armadura puesta, aceitando las cadenas entre sus dos enormes martillos, y en cambio Dingir Bellow se veía de espaldas, la capucha enorme cubriendo su rostro y los brazos extendidos mientras intentaba conjurar algún tipo de hechizo arcano.

No pensaban darle tiempo de hacer nada, ninguno de los dos. Peleaban por Reaper. El mago elevó su báculo y un chorro de espectros salió de él, impactando a un sorprendido Dorbog que sentado se arrastró por el suelo, aferrándose de sus martillos para no ser impulsado tan lejos. Reed se adelantó corriendo, el hechizo de invisibilidad

ya roto y buscó alejar a aquel grandulón de Arksinad, que se dirigía hacia Dingir con el báculo en alto.

El hechizo del mago dio al ahura en la espalda, y la capa de este se deshizo en jirones de tela y armadura. Tras ellos había una figura de tierra, algo femenino y delgado que el alumno de Vannael observó con pavor antes de desplomarse.

Su pierna se había cortado en limpio, y el pie pálido calzado en una bota voló por los aires hasta aterrizar a pocos metros de en donde Reed y Dorbog se encaraban, llamando la atención de ambos.

La sangre no fluyó, pero Arksinad cayó al suelo en un espasmo de dolor y una silueta emergió tras él, en control de la situación. Dingir Bellow chasqueó los dedos, deshaciendo la estatua de tierra con la que los había engañado y apuntó a su enemigo con su báculo, una tosca creación coronada por un aro de acero sujeto por grandes tornillos, *Silencio*.

-Sabes que esto debía pasar- le dijo.

Reed no creyó lo que veía. Arksinad sujetó su propio báculo con fuerza, soportando el dolor, pero antes de que pudiera darse vuelta o conjurar nada la tierra emergió del arma del otro, en pequeñas piedras que fueron lanzadas a gran velocidad hacia su cabeza.

Una, dos tres. La sangre ahora sí salió despedida, junto con fragmentos de hueso y cerebro. El cuerpo de Arksinad se desplomó del todo ante la mirada impávida y despiadada del Bellow y las aterradas de los otros dos.

Luego quedó inmóvil, regando con su sangre el espacio caliente de aquel lugar. Dingir se agachó y alzó su sombrero, agitándolo: las gemas de Behemoth y Ziz cayeron, y el hombre las tomó en un silencio profesional, sin desviar su vista hacia el joven que con furia corría hacia él.

-No tenemos ninguna necesidad de matarte- habló sin mirarlo- Sabíamos cosas de tu amigo que con seguridad tú no: ejecutar a los asesinos es mi deber como miembro del Geral Veintiún.

A Reed no le importó ni una de esas palabras, sino que siguió corriendo contra el ahura, quitándose al grandulón de encima con facilidad y dispuesto a acabarlo con sus propias manos.

-Ni tampoco te conviene atacarme- le comentó Dingir, ahora sí mirándolo con sus ojos amarillos oscuros, tan marcados y distintos a los de Daivok- Actualmente, soy lo único sosteniendo a esta montaña para que no se venga sobre todos nosotros.

Simplemente ya no escuchaba, no oía lo que el otro decía mientras la furia lo consumía e intentaba apuñalarlo con su cuchillo. Había matado a Arksinad, lo había llenado de agujeros como si se tratara de un perro, con la mayor sangre fría que jamás hubiera visto, incluso lo había engañado para lograrlo...

No, no podía perdonarlo.

Dingir alzó su báculo hacia Reed, dispuesto a defenderse. Entre ellos el cuerpo del mago estaba distinto, e incluso de espaldas con su muerte el cadáver tenía algo llamativo, como si una barrera se hubiera quebrado y algo nuevo resurgiera de su apariencia.

Un frasco voló entre el mago ahura y el humano, y de puro reflejo Reed lo atrapó con la mano, sorprendido y confundido, arrancado de la ira encarnizada en la que se hallaba.

Ambos vieron más allá, en donde Daivok Bellow había llegado y observaba la escena con seriedad.

-Eres un hueso duro de roer, muchacho, lo admito- dijo mirando a Reed sin humor, y luego señaló lo que le había dado- Utiliza eso para curar a tu amigo de Kamui. Tardará alrededor de medio, quizás un día en hacer efecto. Esperaré.

Reed no dijo nada, sino que retrocedió un paso de Dingir y se percató del peligro en el que se encontraba, del todo rodeado por sus enemigos y sin nadie que pudiera ayudarlo.

-Y luego los encontraremos para iniciar la última prueba de Albion- le anunció Daivok- Y me las veré con el otro culpable de la muerte de Dulkir personalmente. El gruñón es mío. Una vez acabe con él, tú y yo tendremos que hablar.

Tampoco contestó Reed entonces, pero examinó a los tres ahuras con una mezcla de contención, temor y ansias de venganza, intentando no ver el cadáver de su amigo allí arrojado.

Tenía el antídoto.

Belekraz tembló otra vez, con más furia, y Dingir alzó sus manos para contener con su magia de tierra al volcán que parecía a punto de erupcionar. Reed retrocedió otro paso, cauteloso, y observó fijamente un poco más la mirada amarilla de Daivok, donde el rencor de haber perdido un hermano se notaba claro. Debía de ser una expresión muy similar a la que él mismo tenía en aquel momento.

Luego se dio vuelta, y echó a correr hacia donde su moribundo compañero lo esperaba.

14. En Las Entrañas

Tardó aproximadamente una hora en recorrer la caverna de lado a lado, bordeando el cadáver del Leviatán hasta hallar la carpa en donde Reaper convalecía, y en aquella hora se pudo percatar, recién al final, de que sus puños temblaban como si fuera presa de algún tipo de aflicción nerviosa.

Pero no era eso, y lo sabía. Había visto a su compañero ser asesinado frente a sus ojos, había captado con detalle el espantoso crujido que su cráneo había hecho al ser impactado por las piedras, un sonido que resonaba con claridad morbosa aun cuando su mente intentaba olvidarlo todo.

Arksinad, muerto.

Las palabras de los Bellow volvían a él como una ráfaga, intentando justificar con voces apenas pronunciadas aquello: criminal, asesino, trabajo del Geral. Era obvio que Arksinad Eel había tenido una historia, pero a Reed no le importaba. Siempre le había costado entender el rechazo que veía en todas las miradas hacia el mago, y hasta que ocurrió lo que ocurrió en la cima de Belekraz su saber sobre cualquier oscuridad que aquel joven pudiera ocultar estaba mermado, oculto por un idealismo heroico como el que lo caracterizaba.

Ante todo, Arksinad lo había acompañado, se había prestado de la nada a ayudarlo y sin él no hubiera llegado hasta donde estaba. ¿Pero cómo podía vengarse de los Bellow por una muerte como aquella? Incluso odiando a Daivok por su engaño en las cavernas, debía admitir que ya no tenía forma de ver a aquel hombre como un verdadero villano. Lo había salvado tres veces, de la caída al río de lava, del insecto rueda e incluso le había dado el antídoto que buscaba, por más bélico que fuera su propósito.

No, resentía a Daivok, pero no era el monstruo al que culpar de aquella muerte aun aunque fuera el líder de los ahuras. Quien había aniquilado a su amigo era Dingir Bellow, su hermano, mercenario y miembro del Geral.

Y en lo último estaba su verdadera complicación: creía en las palabras de Dingir. Por algún motivo no creía que aquel ahura sereno hubiera mentido al decir que era su deber como miembro de la más prestigiosa asociación de magos ejecutar a un asesino como lo era el alumno de Vannael. Cuando lo pensaba así, cuando intentando poner la mayor objetividad en su juzgar comparaba a ambos grupos, caía en la cuenta de que el suyo era el que tenía al principal monstruo.

Y entonces...

¿Qué iba a hacer?

La visión de la carpa mágica que había creado Arksinad logró sacarlo de sus cavilaciones: debía apresurarse en darle el antídoto a Reaper. Contra una de las extensas y altísimas paredes repletas de túneles que conformaban los extremos de la caverna, todavía se podía ver algo que parecía ser un cono de luz anaranjada cuya consistencia casi sólida se asemejaba al vidrio opaco de los templos.

La magia continuaba allí, incluso aunque su creador hubiera muerto. La magia de Albion seguía activa cuatro siglos después de que se oyera de él por última vez, y la de aquel joven rubio de pocos escrúpulos sin duda podría durar al menos un día más tras su muerte. Era el último favor y lo único que necesitaban para cubrirse de los gusanos enormes que pululaban alimentándose del cadáver de la gigantesca serpiente.

Entró, atravesando la barrera y observó a su amigo allí arrojado sobre su propia capa. La piel antes tostada era ahora amarillenta, los contornos de la boca tenían marcas de sangre y transpiraba mientras sus párpados se movían, únicas muestras del delirio que la fiebre estaba causándole. Reed no perdió tiempo en arrodillarse junto a él y destapó el frasco que Daivok le había arrojado, vertiendo el contenido sobre sus labios.

La primera mitad pasó perfecto, y luego de eso el guerrero tosió. Reed retrocedió, esperando ver sus ojos abrirse, pero el otro sólo se retorció en agonía y volvió a desplomarse a los pocos segundos, mascullando una sarta de nombres de personas a quienes él no conocía.

Era demasiado optimista creer que el antídoto funcionaría rápido, pero las cosas estaban tan mal que aún quería permitirse aquello. Terminó de darle el contenido del envase, luego enterró el frasco bajo la tierra blanda y se sentó al lado del convaleciente Reaper, con los brazos abrazando sus rodillas y la mirada gélida sobre el espectáculo de los gusanos devorando a la bestia legendaria.

Fuego, lava, cráteres de vapor y rocas que subían, temblores constantes que lo sacudían todo y hacían que las enormes viscosidades que allí pululaban cayeran contra el piso caliente retorciéndose. Allí, viéndolo por primera vez relajado, Reed llegó a pensar que se hallaba en el mismísimo infierno.

Era su hora más oscura.

Observó el cadáver de la serpiente, su sonrisa perversa que trajo pavorosos recuerdos de Skectral a su mente. ¿Cómo había fallado Albion allí? ¿Dónde se hallaría la última gema en toda aquella caverna?

Estuvo una, dos, quizás tres horas viéndolo todo y preguntándose si saldría de aquel lugar, si dejaría aquel infierno con vida y más aun si podría hacerlo con las gemas que había perdido. En aquel momento la muerte de Arksinad; Gio, Bullwe y los hombres de Yeguilex esperándolos arriba, los Bellow, su odio a Daivok, incluso su misma vida en Vant le parecieron distantes, irreales, un sueño dentro de otro sueño en el que contemplaba la futilidad de todo, lo inútil de su búsqueda.

Luego no pudo abstraerse más, porque su estómago rugió. Llevaba tiempo sin comer: por suerte Arksinad había dejado muchas de sus provisiones allí antes de partir a buscarlo. Lo había detectado gracias al hechizo lanzado por Daivok; debía agradecer eso. Al haberlo timado, el ahora había terminado por salvarlo otra vez más.

Atacó la mitad de lo que allí quedaba, guardando igual cantidad para Reaper para cuando el antídoto hiciera efecto. Había pan, tan duro que parecía carbón, setas desmenuzadas, carne que de seguro estaba podrida y agua en cantidad, ya tibia por la acción de la montaña. Era una comilona desagradable aquella que se daba, pero con algo debía llenar sus entrañas o la debilidad le impediría tenerse sobre rodillas.

Al cabo de un rato vio el sueño de Reaper calmarse, algo de su color anterior volver y su agonía disminuir considerablemente. Lo tomó como una buena señal y esperó que aquel remedio fuera lo suficientemente bueno como para tenerlo en pie

cuando los Bellow llegaron a buscarlos siguiendo el rastro de maná de la carpa con la que se cubrían. Toda la montaña se estremeció de nuevo, como nunca esta vez, y tuvo que incluso aferrarse del suelo para no salir despedido, viendo muchos sectores de aquel lugar hervir y la tierra bajo ellos fundirse con la presión del vapor.

Aquello no iba nada bien.

-Reed...

Se volteó, sorprendido. Los ojos de Reaper seguían cerrados, pero algo en él parecía consciente.

Se aproximó hacia él.

-¿Te sientes mejor?

-...condenados... hijos de...- alcanzó a musitar el otro.

Sí, definitivamente aquello era una mejoría, y una muy veloz. Su amigo debía de tener un espíritu indomable.

-Descansa- le dijo- Los Bellow vendrán eventualmente.

Quizás aquella no era la mejor noticia si quería verlo relajado, pero ni a él ni a Reaper pareció importarles. Sin despegar sus párpados el guerrero hizo silencio por unos segundos, y luego habló con voz débil y ronca.

-¿Boca-cortada...?

-Muerto- respondió sin demora, dejando que aquella realidad fluyera lo más rápido, cuanto antes posible así no dolía tanto- Dingir Bellow lo asesinó.

Los labios del otro se cerraron de golpe, pero más allá de eso recibió la noticia en un silencio pulcro, del cual era imposible sacar conclusiones. Al cabo de un rato volvió a hablar.

-Al menos tú estás bien.

No dijo nada más por un buen tiempo, y Reed se encargó de darle de beber y ver que no volviese a ceder a la fiebre. Luego se echó contra la carpa, intentando buscar algo de descanso para sí mismo, con un Reaper que a cada segundo recuperaba más y más su consciencia.

Cuando hubieron pasado ya ocho horas, Reaper se levantó de un salto como si trajera un resorte en la espalda. El muchacho vio anonadado a su compañero caer sobre el suelo y estirarse, levantarse flexionando los brazos y luego ponerse de pie, sacudiéndose el cabello como si sus únicos problemas fueran una suave migraña.

-Joder- exclamó.

Aquello sintetizaba su situación actual bastante bien, Reed le daba crédito. El kamuita lo miró de reojo, algo turbado.

-¿Muerto?

Asintió.

-¿Y las gemas?

Levantó sus manos, mostrando el aire en ellas.

Otra maldición, esta vez más prolongada y tan encarnizada que Reed decidió que ninguna historia de aventuras debería contenerla.

Luego de eso Reaper se sentó frente a él, abrió su bolsa de raciones y comenzó a comer, invitándolo a que le contara cómo había sobrevivido la caída con Daivok y cómo había pasado Arksinad sus últimos momentos.

Usó alrededor de una hora por su parte en escuchar lo que había ocurrido con sus compañeros desde que él había caído con el líder de los Bellow por la brecha luego de la habitación hexagonal, y en aquel tiempo hasta le sorprendió a sí mismo la cantidad de hechos que se habían sucedido. ¿Cuántos días hacía que estaban en aquel lugar? ¿Tres? ¿Cuatro quizás incluso? Cual fuera la cantidad, el calor sofocante y los temblores inestables de aquel inmenso volcán lo habían hartado por completo y no podía ver ya el tiempo de salir afuera a tomar una bocanada de aire fresco, lejos de la lava, los gusanos y los monstruos legendarios.

El resto del tiempo lo dejaron para descansar, reponerse de las heridas y contemplar la inmensidad ante ellos, con la carpa de luz como recordatorio de su camarada perdido. Reed imaginó que sería la noche para los soldados de Fariel que los esperaban afuera, si seguían aún allí y Yeguilex realmente se había atado a la promesa de su duelo contra Reaper.

O si seguían vivos, pensó mientras la imagen de Deihr Bellow, aquella soldado de cabello castaño y ojos púrpura se abría paso en su mente. Había olvidado el detalle del mercenario infiltrado.

Con la cabeza cómoda apoyada en su escudo como si fuera una almohada, Reed se perdió en el techo de aquella enorme caverna a través de la energía chillona que los protegía. Los gusanos seguían avanzando y descolgándose, pero ninguna de esas criaturas parecía tener la intención de caer sobre ellos. Pronto comenzó a entrecerrar los ojos, cansados por la luz, y al rato término por cerrarlos para quedar hondamente dormido.

No soñó nada, en aquella profundidad que ni siquiera los sueños podían alcanzar, sino que se sintió atrapado en la negrura, como si estuviera eternamente despierto, inmóvil con los ojos cerrados. La sensación, después de tanto sufrimiento y camino, era hermosa, pero después de un tiempo algo lo llamó a la realidad.

Abrió los ojos, volteándose para ver de dónde provenía la luz que lo había arrancado de aquel trance. El resplandor salía desde su escudo, plateado, y se alzaba hasta la misma cubierta de Belekraz con una potencia no imaginada. Todas las runas de su arma estaban iluminadas, marcando con ese fulgor a un hombre agazapado, de capa negra y capucha que cubría rasgos severos, su báculo tosco adornado con corona de hierro.

Reconocía aquello, y el vértigo inundó su pecho al percatarse de que había llegado el momento.

Dingir se vio curioso, asustado por instantes al ver la figura indefinible, etérea que emergió desde el escudo hacia él. Aquella sombra se desvaneció en cuanto Reed posó sus ojos en ella, y al hacerlo fue el hechicero ahora el primero que recuperó la compostura: sin perder el tiempo, esquivó la espada de Reed y golpeó su vara con firmeza.

Bajo sus pies la tierra se revolvió, obligándolo a poner distancias con el caza recompensas. A su espalda Reaper ya había despertado, despabilado por la amenaza. Porque Dingir Bellow no era el único que había venido.

Los Bellow los tenían completamente rodeados. Frente a él se encontraba Dingir, mirándolos con seriedad, pero a los otros dos lados los cercaba Dorbog, con sus enormes martillos y...

Daivok sonreía mientras avanzaba hacia Reaper, vestido con su armadura completa, mechones de salvaje cabello naranja escapándose de las telas en su cabeza y su bestial hacha de doble filo tras la espalda.

-Nos volvemos a encontrar ¿eh?

Las palabras sobraron, ante la tensión que reinó. Reed desvió su vista hacia su compañero, preocupado de que aún estuviera débil por la enfermedad, pero si algún vestigio había quedado de aquella etapa el de Kamui lo disimulaba perfecto ante sus enemigos.

Dingir Bellow había retrocedido, y sus ojos oscurecidos se volvieron hacia su líder.

-Este juego no puede demorar mucho, Daivok. El volcán estallará tarde o temprano.

El pelirrojo asintió con lentitud, tan sólo mirando a Reaper con una torva sonrisa en el rostro lleno de cicatrices, una mueca sanguinaria que a todas luces anunciaba el deseo de luchar. Todos aferraron sus armas con más fuerza: las especiales de los mercenarios, la guadaña de Reaper y la corta espada del muchacho fueron sujetas con vigor y hubo un momento de expectación hasta que otro temblor sacudió la caverna.

Por poco Reed no perdió el equilibrio, y se apoyó firme sabiendo que su vida dependía de aquello: el enorme Dorbog Bellow se aproximaba para aplastarlo. Daivok hizo una seña muda y Dingir elevó sus manos, concentrando su magia en sobreponer a la de Albion y mantener la estructura de Belekras: lograba sostenerla con grandes esfuerzos, sí, pero la destrucción de todo sería inevitable. Ya grandes pedregones se desprendían del techo, algunos aplastando la marea de larvas que allí pululaba.

Pero, al menos aquello significaba que el mago ahora no participaría en aquella batalla. Los temblores sin embargo no anunciaban nada bueno. A su lado Reaper maldijo por lo bajo.

-¡Reed! ¡A mí!

El muchacho terminó de incorporarse y se puso espalda contra espalda con Reaper, encarando a Dorbog. Podía ver ahora bien al enorme Bellow de frente, el rostro jovial pero deforme, excesivamente fornido y de prominente quijada. Su armadura le cubría el pecho y los hombros y no hacía más que aumentar esa sensación de asimetría grotesca, sin contar al casco que le daba un aspecto que Reed asoció –sin haber visto nunca a uno- a un enorme y estúpido troll.

Sin embargo no tenía mucho tiempo para distraerse. Dingir ya los había dejado, pero los otros dos Bellow seguían allí.

-Se tomaron la molestia de venir aquí, sabiendo que ya no tenemos a Arksinad- dijo Reaper mirando a Daivok- Sabían que boca-cortada era fuerte, ¿verdad?

-El mago fue un dolor de cabeza, haciéndome recorrer Belekras por mi cuenta y todo... Quizás sabemos más cosas de él que ustedes- sonrió el líder de los Bellow- Pero no importa. Lo que sí importa es que ahora nosotros tenemos tres gemas, y ustedes cero. Y la cuarta gema... mi hacha *Ardor* señala su camino.

Apuntó con su arma hacia donde se encontraba el cadáver del Leviatán. Reed sólo se atrevió a mirar de reojo, para no despistarse. Lo que el otro indicaba, pudo entender, no era tanto el cadáver como el foso de lava que allí había, apenas escondido entre todo aquel basural putrefacto.

-¿Cuál es la idea?- Reaper rio, mirando a Daivok de frente, y señaló el lugar- Tuviste un buen tiempo a solas aquí con tu familia de gusanos, ¿por qué no conseguiste la gema? ¿Es que tenías miedo?

Daivok devolvió la risa, al parecer divertido con el comentario, y negó.

-Ya he perdido uno de mis hermanos en este abismo, Kamui... No es algo que nos suela ocurrir muy seguido. Hubiera sido apropiado dejarte morir por el veneno de Dulkir, pero siempre he querido llevar este tipo de asuntos en mis manos.

Como subrayando lo que decía pasó su mano por el filo de su hacha, casi al descuido. La palma del ahura se abrió y la sangre brotó, espesa cayendo al suelo y tiñendo la tierra. Luego miró a Reaper, y forzó una media sonrisa feroz.

-Así que, Dingir se ocupará de mantener el techo sobre nosotros, Dorbog se encargará del muchacho, y tú y yo podremos ver quién de los líderes merece la última gema. ¿No te parece una buena idea? Una contienda honorable.

Reed comprendió que Daivok no estaba posicionado para luchar, al menos no como Dorbog, quien frente a él ya empuñaba los martillos y lo miraba con una furia devastadora. El líder de los Bellow estaba preparado para correr, correr hacia el cadáver del Leviatán y hacia la fosa que conducía a la prueba final. De las dos personas que entrarán allí, sólo una podría salir con vida. Quería competir.

Y él también.

-Reaper, giremos.

El guerrero a su espalda se tensó, y lo miró de reojo.

-Reed, ¿de verdad crees que...?

Asintió, decidido.

-Fue muy rápido aquella vez que me quitó la gema, pero ahora estoy preparado.

El otro rio por lo bajo.

-No inventes Reed, tú eres demasiado lento -luego volvió a hablar- A la cuenta de tres.

Le agradó saber que Reaper podía confiar en él. Se preparó para lo que iban a hacer, mirando a Dorbog a los ojos para no traicionar sus emociones.

-Uno- dijo el muchacho asintiendo.

Daivok volvió a colocar el hacha sobre su espalda, sonriendo triunfal.

-Dos- lo siguió Reaper.

Frente a él, Dorbog se aproximaba, listo para aplastarlo.

Y, más allá, se encontraba la última gema.

-¡Tres!- gritaron los dos al unísono.

Y giraron. Reaper salió despedido contra Dorbog, y Reed sólo pudo agradecerle mentalmente mientras corría hacia Daivok. El líder de los Bellow levantó las cejas y rio con desenfreno, para luego echar a correr también, aceptando al parecer aquel cambio sin problemas.

En la lejanía, el hechicero Dingir se enfocaba en contener los terremotos que azotaban el escenario. Reed no tuvo mucho tiempo para verlo mientras corría, pero los destellos y los pedazos de roca ya saltaban por doquier a pesar de sus esfuerzos.

Seguir al líder ahura hacia la prueba no era un trabajo fácil. Aun con todo el peso que llevaba el otro era mucho mejor corredor, avanzando a grandes saltos que el muchacho apenas podía imitar. Pero sabía dónde debía ir. Intentó evitar respirar para ahorrarse el aroma a descomposición que rodeaba al enorme cadáver que cada vez estaba más cerca, y continuó. La tierra bajo sus pies se volvía blanda y fangosa, putrefacta, pero siguió corriendo sin dejar caer ni un suspiro. Daivok estaba cada vez más y más cerca. Cuando creyó que estaba a punto de alcanzarlo, el ahura volvió a saltar, tomando distancia de él. Reed no se rindió y lo siguió persiguiendo.

“Esta carrera no tiene sentido” pensó. Era probable que fuera otra trampa, y que Daivok sólo estuviera intentando cansarlo. No aminoró el paso de cualquier forma: no pensaba dejarlo ganar en absolutamente nada. La hora de pagarle había llegado.

Sobre cómo iba a ganarle, lo pensaría después. Por ahora lo importante era la gema. El cadáver del Leviatán ya estaba frente a él, su imponente calavera dejando por evidente que ni siquiera las antiguas leyendas como Albion eran perfectas.

Intentó ignorar los enormes gusanos blancos para no asquearse más, y continuó siguiendo al ahura. No tuvo mucho éxito. La mayoría de los seres que allí habitaban se alejaban despavoridos al aproximarse ambos hombres, pero varios se quedaban donde estaban, devorando la carne con gula. Reed se sintió capaz de vomitar, pero avanzó con más fuerza para distraerse. Cuando llegara a la fosa...

La lava iluminaba el profundo pozo en el que se encontraba la última gema, las entrañas de Belekraz. Daivok lo miró de reojo y saltó adentro, evitando tocar el líquido ardiente. El muchacho apresuró la marcha y lo siguió.

“Dingir ocupado. Reaper contra Dorbog... Y yo contra el líder”. Aquello terminaría en una pelea de pares, después de todo. Humanos contra ahuras.

“No. Nada más debo asegurar la gema, que él no la obtenga. Pero...”

Realmente quería devolverle a Daivok el engaño y la derrota que les había causado luego de la habitación hexagonal, y lo que había hecho en el entramado de cavernas al encerrarlo con aquel monstruo. Por ello mismo le había pedido cambiar su lugar a Reaper, con la sola voluntad de vengarse dominando sus entrañas.

Se sorprendió cuando un gusano se desprendió de las costillas del Leviatán para caer a su lado con un sonoro ruido. Lo esquivó y volvió en sí mientras miraba el último tramo hacia la fosa por la que el Bellow ya había entrado.

No lo pensó más y saltó. Se encontró con descenso en diagonal que le permitió deslizarse con facilidad hacia lo más profundo, dejando atrás el suplicio de estar cerca de aquel cadáver. Sus botas rozaron suavemente sobre la roca mientras descendía más y más, y mientras el calor de la lava lo azotaba con fuerza. En el camino se quitó su abrigo rojo, para atarlo a su cintura. La temperatura lo terminaría asfixiando de otra manera.

“Estoy en el lugar más bajo del mundo” se maravilló. También había estado en el más alto.

Tuvo que saltar al final de la pendiente porque un abismo interrumpía el camino. Terminó cayendo con poca gracia en un islote de roca que flotaba sobre la lava, en donde unas escaleras se alzaban coronadas por un pedestal con la última gema.

Y allí, frente al inicio de la prueba, Daivok lo esperaba con el hacha en mano y las telas de su armadura ondeando con un viento inexplicable. Lo escrutó con sus ojos ámbar un largo rato, y luego sonrió mostrando aquellos colmillos no humanos.

-El muchacho ha llegado- alzó el hacha y la hizo golpear contra el suelo, haciendo retumbar la roca negra en la que se encontraban y burbujear toda la lava de alrededor- Terminemos con esto.

Lenguas de fuego quemaban las paredes del abismo, aquel foso donde la roca se alzaba salvaguardando a sus visitantes del ardor que había debajo. Todo allí era el último infierno: chamuscado, inhóspito, azotado por los constantes temblores que el volcán hacía, listo como estaba para vomitar sus entrañas al mundo luego de tantos siglos de parecer inofensivo.

Lo único claro era el pedestal, alzándose sobre las largas escaleras con la promesa de una gema brillando en su superficie, y el ropaje blanco del enemigo que se

interponía entre Reed y la última de las joyas necesarias para abrir el templo a la Estrella Oscura.

-¿De verdad quieres hacer esto, muchacho?- Daivok sonrió, y sus dedos apretaron el mango de su hacha- Honestamente esperaba que tu amigo el gruñón fuera quien bajara aquí conmigo. No te ofendas, es sólo que...-su mirada le recorrió de arriba abajo, con evidente preocupación- No pareces un guerrero.

El ahora dijo esto y sus ojos brillaron, las cicatrices de su mejilla, parecidas al zarpazo de un tigre, destacando ante la luz de la lava. Reed tenía claro quién de ellos dos era un verdadero guerrero. Nadie hubiera tenido que preguntarlo dos veces.

Lo sabía, y también sabía que no podía matar a Daivok sin dejar de ser el héroe que quería. Pero su determinación era grande, y frente a sus ojos creía haber visto ya en su rencor la forma de lograrlo.

-Quizás Reaper podría haberse enfrentado a ti mejor- meditó en voz alta- Pero...

Dejó escapar un suspiro y enfundó su arma. Daivok se relajó, quizás creyendo que su adversario planeaba rendirse. Lo que Reed en cambio hizo fue descolgar el escudo de su espalda y ponerlo frente a él, en guardia.

Luego gritó y se abalanzó hacia Daivok. El grito le resultó ridículo luego de terminarlo, pero el efecto fue el deseado. Su escudo impactó contra el otro quien, presa de la sorpresa, apenas pudo amagar para intentar bloquearlo con su hacha.

-No me puedo rendir- exclamó. Tenía una voluntad inquebrantable.

Volvió a embestir, y el ahora sonrió, divertido por el valor de aquel joven. Con un giro dio con su arma al escudo, pero como Reed esperaba sólo estuvo a punto de partirla. Ante aquella defensa nada podía compararse.

Daivok fue hacia atrás, extrañado, e hizo una seña para provocarlo. Reed corrió hacia él, pero su oponente no lo imitó sino que se le abalanzó y, cuando el muchacho se cubrió con su arma, lo golpeó con ambos pies y con ello tomó impulso para salir despedido hacia la gema.

“Maldición.”

Lo corrió de nuevo, intentando superarlo. La joya del muerto Leviatán brillaba por sobre aquella escalera, roja como un rubí y jamás tocada por ningún ser excepto el legendario mago que la había creado. Daivok dio uno de sus impresionantes saltos, sacándole ventaja, y Reed, usando todas sus fuerzas, le arrojó el escudo con un quejido exasperado.

Su arma dio contra los escalones y quedó allí, inútil.

-¿Qué intentabas con eso?

El patético intento al menos había hecho que el mercenario desviara la vista, incrédulo. Había sido una idea muy idiota, ahora sí estaba seguro, pero pensó que arrojándose lo quizás podría impactarlo. Lamentablemente aquel escudo parecía sólo pesar poco mientras Reed lo sostuviera. Pero...

Dio un salto hacia el otro, intentando tumbarlo, pero su enemigo lo esquivó echándose hacia adelante. Daivok lo miró desde arriba como a un niño loco, confiado. Era justo lo que quería.

Lo logró sujetar del tobillo, y tiró con todas sus fuerzas. No necesitó tumbarlo. Apenas los pies de su enemigo se movieron hacia el escudo este fue con todo su peso por debajo, arrastrando con él a Daivok todo el camino hacia el principio de las escaleras.

La cara de sorpresa había sido más que suficiente para Reed, quien corrió el último tramo para sujetar la gema. Si la lograba obtener y salir de aquel lugar...

-¡*Shyana Uria Revali!*

Alcanzó a exclamar una maldición cuando el tornado de magia golpeó la subida de roca tras él, destruyéndolo todo. Reed vio a la gema sacudirse y hundirse mientras la cumbre saltaba por doquier, e intentó tomarla. El viento era sin embargo demasiado fuerte y terminó arrojándolo contra un costado de la pequeña isla, hasta terminar colgando del borde de una saliente.

Pedazos de rocas saltaron disparados por doquier, impactando por todos lados. Reed contuvo las fuerzas para no caer y trepó de un salto, antes de que el otro pudiera arrojarlo. Su espada se había separado de su cinto y estaba arrojada más allá.

“La gema. ¿Dónde quedó?”

Hubiera sido un amargo final si hubiera caído a la lava, pero Reed esperaba que no fuera el caso. Daivok debía de querer esa última gema tanto como él. La nube de polvo que se había levantado no le dejaba ver a su enemigo pero sí el suelo, así que rastreó las rocas ásperas en busca de la joya sin éxito, hasta que sintió el filo del hacha sobre su cuello.

-Has sido muy divertido, pero las cosas terminan aquí- tras la sonrisa jactanciosa, Reed pudo entrever que su enemigo ya había tomado la gema en sus manos- Tus...

Lo acalló un estruendo terrible que sacudió todo. Pedazos más grandes de piedra se desprendieron, saltando por doquier, y la lava del abismo subió, lista para quemar lo que cayera.

Pero aquello esta vez no era una sacudida de la montaña. Algo se había abierto paso en aquel foso, escudándose con el polvo levantado por el ataque del pelirrojo.

Reed sintió que le doblaban el brazo, y el filo del hacha se cerró sobre su cuello. Otra vez Daivok lo estaba usando como rehén.

-¿Quién está allí? ¿Dingir?

Miraba el polvo, intentando escrudinar quién había llegado. Pero aquel estruendo no había sido de ningún ahura o humano, y ambos lo sabían.

-No sería una prueba si no hubiera peligro- esbozó una sonrisa él, sin dejarse intimidar por el filo de *Ardor*.

De entre la nubarrada emergió por tercera vez su acechador, aquel monstruo insecto que tanto podía hacerlos simpatizar con las inofensivas larvas del resto de la montaña, el ser al que nada de lo que le habían arrojado había logrado hacer desistir en su caza constante. Qué era, si venía de las profundidades o no, cuál era su propósito al perseguirlos, todo eso escapaba de su comprensión. Reed se preguntaba, más bien en ese momento, qué tan conveniente había sido su interrupción.

La criatura emitió un ruido de crujir y sus patas arácnidas se movieron por la roca, apenas unos pasos. Daivok retrocedió otro y pronto bajó el hacha de su cuello, retrocediendo precavido.

El muchacho no pudo hacer nada más que ponerse en guardia, aunque dudaba de que aquello bastara para salvarse de esa criatura. Era demasiado extraña, desentonaba con el resto de lo que se habían encontrado en Belekraz y, mientras más la veía, más se percataba de que un eco familiar sonaba en su cabeza.

Pero no importaba, no en el combate. Tomó aire para prepararse a luchar, y el monstruo vibró, quizás oliendo la amenaza. Luego agachó la cabeza y giró sobre sí mismo, sus segmentos cerrándose y convirtiéndose en una gran rueda de roca blanca, punteada.

-Esto es malo- comentó en voz alta, y retrocedió otro paso. La rueda giró sobre sí misma, levantando piedras por doquier, y dio un enorme salto hacia él...

...para pasarlo y caer sobre Daivok. El miedo se transfirió, desde su persona hacia el ahura, que sólo atinó a bloquear a duras penas.

-¡Oye, oye, oye! ¡Eso es injusto! ¿Por qué...?

“¿Me está defendiendo?”

No, no podía ser. Aquella cosa había elegido atacar a Daivok por algún motivo en especial. Reed vio a su enemigo salir despedido contra otra saliente de la roca, impactado por la rueda. Un gran reguero de sangre acompañó el rompimiento de su armadura, y las telas de su tocado se desprendieron para caer.

Era la segunda vez que aquello pasaba: la rueda lo ignoraba e iba directamente por Daivok. ¿Con qué motivo? El otro parecía tan sorprendido como él y parecía ridículo pensar que un monstruo como aquel se le hubiese encariñado.

Debía de haber algo más, pensó mientras veía al ahura luchar con pelos y dientes contra el indestructible depredador, la sangre que resbalaba de su cabeza y el cuerpo atento a esquivar los rápidos ataques, cada vez más lento por las heridas y el esfuerzo.

“*Daivok va a morir.*”

El mercenario parecía haberse dado cuenta de lo mismo, pero intentaba impactarlo con su *Ardor* sin el menor indicio de hacerle daño. A Reed la situación le parecía irreal, de alguna manera.

Si dejaba morir a Daivok, ¿podría enfrentarse solo a aquella cosa? La duda lo carcomía por dentro.

Se decidió por ayudarlo justo cuando la rueda levantaba una nubarrada de polvo y se lanzaba hacia el guerrero. El líder elevó el hacha con un grito y la bestia lanzó su cabeza abierta, con todos sus dientes vibrando. De varios formidables hachazos, el filo de *Ardor* atravesó los colmillos y llegó a golpear la boca más blanda.

La cabeza se desprendió para caer a la lava, inmóvil frente a los ojos atónitos de Reed. El resto del cuerpo de gusano se contorsionó, se contrajo y estiró nerviosamente con las patas arácnidas piqueteando por doquier aún con vida, y volvió a abalanzarse hacia Daivok, quien tenía la guardia baja.

Reed lo embistió justo antes y aquella cosa cayó al abismo ardiente siguiendo a su cabeza. Había intentado clavarse en el suelo con sus patas de insecto, pero sin un cerebro era evidente que no controlaba su cuerpo como antes. El chapoteo hizo saltar gotones de lava por doquier, que cayeron contra la roca y contra las paredes, horadándolas y tambaleando la escena de un lado a otro con furia. Abajo, sin hundirse del todo, el monstruo era una masa de fuego que se consumía prontamente.

Daivok se volvió a verlo, agitado. Ambos se encontraban con las manos desnudas, aunque sus respectivas armas estaban cerca: el escudo de Reed estaba frente a él tirado, y el hacha del Bellow había saltado unos metros más allá cuando por fin había logrado herir la pétrea cabeza.

Fue una mirada corta, quizás de agradecimiento, y luego Reed vio los colmillos de su enemigo. El ahura le sonreía.

-Nada mal, muchacho. Pero no sé qué tan bien la has jugado. La única cosa que podía matarme aquí ya está muerta, y la gema me pertenece.

-¿Esta gema?- preguntó casualmente, levantándola de su manga. Había logrado tomarla mientras Daivok lo tenía de escudo humano, aprovechando la distracción causada por el monstruo.

La sonrisa del otro se borró por completo, y Reed sintió que lo que le debía ya estaba pago. Dejó caer la gema negra bajo su manga y miró expectante a su oponente, quien le devolvió el gesto con seriedad.

-No esperaba encontrar un rival digno en un humano...

Daivok giró y lo encaró, tomando aire. A excepción de un brazo y parte de las piernas, la mayor parte de su armadura con espinas se había destruido contra esa criatura, y a diferencia de Reaper no parecía tener ningún tipo de cuchilla escondida.

Reed ya sabía lo que pensaba hacer, así que retrocedió un sólo paso.

-Has sido interesante. Pero Dulkir ha muerto y no pienso irme de esta montaña sin el premio. Así que... ¡*Shyana Uria Revali!*

En aquel momento la magia no lo atacó por la espalda ni desde la niebla, así que la pudo ver perfectamente. Daivok tensó los brazos hacia adentro, hasta el punto que pareció quebrarlos, y el viento cortante surgió de entre ellos, girando a toda velocidad en el centro.

Luego, el tornado salió despedido hacia él.

Era justo lo que quería.

Pisó el borde del escudo que estaba bajo sus pies y el arma se levantó, interponiéndose entre él y aquel viento. El escudo mismo se sacudió ante el impacto pero el tornado estalló en veinte direcciones distintas, con el aire rompiendo contra las paredes de la caverna, haciendo caer rocas e hirviendo la lava. Reed bajó su arma justo para ver la cara sorprendida del otro, y se abalanzó hacia él.

Pero Daivok simplemente lo esquivó y pateó, con tanta fuerza que sintió su bilis subir por la garganta, y Reed dio contra el suelo maldiciendo su inexperiencia.

Quizás era cierto que Reaper hubiera sido más apto para aquella batalla, pensó. Podía ver ahora que sobre su cabeza no había ya un techo, sino un gran hueco que parecía ascender muy alto, tan alto como para marearlo, imposible en su visión cortando toda tierra hasta la superficie.

“¿*La salida?*”

Si en verdad lo era, le evocaba el refrán que Bullwe les había soltado antes de verlos bajar. Había que descender a lo más hondo para poder subir la más alta de las montañas, o al menos esperaba que ese fuera el caso.

Tomando plena consciencia, se incorporó, y vio que su enemigo se le aproximaba. Sólo tenía que distraerlo hasta que su compañero llegara, pero...

Daivok lo levantó del cuello.

-La gema.

Sus ojos brillaban como los de un tigre, y esta vez no sonreía. Al parecer ya había jugado mucho con su humor.

-¿La quieres?- Reed entreabrió los ojos. Se sentía todavía debilitado por el golpe que había recibido: un golpe que le probaba que había más destreza y agilidad en la complexión ahora que en la humana.- Ven y tómala.

Y se arrojó hacia atrás, hacia la lava. Fue un movimiento voluntario en el que apostó todo. Daivok dio un quejido exasperado y sus ojos brillaron de admiración, pero lo tomó del borde de su camisa, sosteniéndolo justo a tiempo.

-¡Eres divertido muchacho, ya te lo he dicho!- sonrió feroz.

Intentó atraerlo, pero Reed hizo más peso hacia la lava. No planeaba morir, no iba a morir, pero confiaba en la fuerza de su enemigo para poder salvarse. La idea era simplemente distraerlo, ganar algo de tiempo, aunque fueran unos segundos...

Y entonces algo lo tomó por detrás.

Lo impactó fuerte, en un arrebato, y no tardó en darse cuenta de que era una mano, una colosal mano de roca. Los dedos gigantes se apretaron sobre él y se vio atraído hacia Daivok, quien sonrió victorioso.

-Llegas tarde, Dingir.

-*Gran Gran Gigas.*

La mano se apretó más contra Reed, aprisionando sus huesos. En vano intentó desahirse, pero el hechizo pronto lo soltó contra el suelo, retrayéndose a la pared desde donde había salido. Aquello era magia de tierra avanzada.

Dingir no mostraba emoción alguna al mirarlo, ni parecía herido, pero había desistido ya de intentar frenar las sacudidas abismales que la montaña daba. Su voz fue grave y sombría al hablar.

-Este lugar no resistirá mucho más.

A Reed la sangre se le heló. Daivok estiró su sonrisa, mostrando sus colmillos, y miró el espacio abierto arriba en la caverna, animado.

-Eso sólo nos deja al gruñón, y pronto podremos salir de este agujero con el muchacho. Debemos explicarle a Deihr...

Las fuerzas le abandonaron el cuerpo, pagando toda la acción realizada. Arksinad muerto, Reaper luchando debilitado, y él vencido. ¿Era posible? Su aventura, la misión que había querido efectuar, ¿podía desvirtuarse así? De algún modo había creído, no, había estado seguro de que ninguno de los tres caería. Él era un héroe. Iba a ser un héroe. Eso era todo lo que importaba. Una voz susurraba en su interior, veladamente, gritándole que se levantara y asesinara a quienes se interponían en ese camino.

Se encontraba tendido en el pozo más profundo, y la desesperación comenzaba a apoderarse de sus sentidos. Daivok se arrodilló junto a él, mirándolo con sus ojos amarillos.

-Luchar contra ti ha sido lo más divertido que me ocurrió durante todo este trayecto. Si algún día quieres una revancha, búscame en la Forja de Xshathra. Te estaré esperando.

Su mirada salvaje tenía un dejo de respeto, pero Reed estaba demasiado aturdido como para decir algo. No iban a matarlo. Lo dejarían vivir, se marcharían de la montaña llevándose las gemas y su esperanza de salvar a Vant, pero no lo matarían.

Daivok tomó la gema que se había caído, examinándola, y entonces fue cuando el sonido llamó la atención de todos.

-¿Disfrutando de una linda tarde?

La voz de Reaper se oyó perfectamente, desde la entrada del abismo. El guerrero venía cargando la enorme mole de Dorbog en un hombro, y con sorprendente fuerza lo arrojó contra la isla de roca. Luego saltó hacia esta, guadaña en mano. Miró a Daivok, luego a Dingir y Reed vio como sus ojos se abrían más con la sorpresa del entendimiento.

-Reed, ¿te encuentras bien?

Asintió. Reaper se volvió a Daivok, y luego forzó una media sonrisa muy parecida a la de Arksinad.

-¿Creían que estaba tan débil como para que este bobalicón me pudiera derrotar?

Los otros dos no dijeron nada, pasando su vista del recién llegado al cuerpo inconsciente de su hermano, arrojado en el suelo. El guerrero de Kamui caminó hacia ellos, calmado, y luego se dirigió a Reed.

-Levántate. Aún somos dos contra dos. Por aquel idiota.

Se refería a Arksinad, por fin dando cuentas de su muerte. Asintió con pesadez, y tomó fuerzas para incorporarse. Le dolía todo el cuerpo. Buscó su escudo y su espada corta mientras Reaper encaraba a los otros, sin perderlos de vista, mientras los Bellow esperaban con honor para lo que sería la batalla final en aquella montaña, el último y más definitivo enfrentamiento en un lugar que amenazaba a caerse sobre todos en muy poco tiempo.

Eran dos contra dos, sí. Reaper encaró a Dingir, y Reed volvió a pararse frente a Daivok, que lo contemplaba orgulloso. Con dos tornados utilizados durante la anterior batalla, sentía que de momento el maná de su enemigo se había agotado y no podría repetir aquella jugada.

Dingir, en cambio, era otro asunto.

-¡Gran Gran Gigas!

La tierra tembló y la roca bajo todos se sacudió lado a lado. Reed estuvo a punto de caer y Daivok aprovechó el descuido, abalanzándose hacia él. Del suelo comenzó a emerger aquella torre de piedra, y luego de ella los dedos: la mano gigante de roca se arrojó contra Reaper.

El otro saltó con facilidad y cayó sobre la construcción, corriendo hacia el mago. Con su guadaña iba rasgando la magia y esta parecía deshacerse, implosionar desde adentro y desmoronarse. Dingir no dijo nada sino que giró su báculo y comenzó a lanzarle pedazos de suelo, que Reaper atajó con su guadaña a toda velocidad.

Mientras todo aquello pasaba, Reed se encontraba en sus últimas con Daivok. Ambos luchaban cerca del borde de la roca, el mercenario blandía la enorme hacha con eficiencia y velocidad, chocándola con todas sus fuerzas contra el escudo de su adversario, que bloqueaba todos los ataques sin tener ni causar ningún daño.

El hacha fue con potencia inusitada, sólo para salir despedida hacia atrás, y sin embargo Daivok pudo tomarla con la otra mano y utilizar ese mismo impulso para golpear por donde Reed había quedado descubierto. Habiéndolo esperado, el muchacho simplemente lo embistió con el escudo. Daivok se tambaleó, usando todas sus fuerzas para equilibrar su peso con el de su *Ardor*. Allí estaba su debilidad, pensó Reed, recordando la escaramuza que habían tenido en la habitación giratoria. Con tal peso encima, el ahora no tenía equilibrio. Con eso en mente intentó asestar otro ataque, con el borde de su escudo. Fue un error. Daivok pateó el arma hacia arriba, y le dirigió otro golpe con la parte plana de su hacha. Lo esquivó por unos pelos, dando suficiente tiempo a su enemigo para recomponerse y avanzar sobre él, golpeando a diestra y siniestra, arrinconándolo hacia la lava.

“No puedo retroceder... Si retrocedo, terminaré cayendo.”

Su enemigo continuaba golpeando sin darle tiempo, pero Reed se plantó en el suelo, decidido. Empezó el contraataque, y hacha y escudo fueron cruzados entre sí a toda velocidad, lanzando chispas por la fricción. Tanto el Bellow como Reed se hallaban en los límites de su concentración, pero el humano ya veía de reojo la victoria de su amigo. En un momento se distrajo, viendo como Reaper se liberaba de aquella mano invocada por Dingir, y Daivok aprovechó el fatal error: enganchó a *Ardor* contra el borde de su defensa, creando un punto ciego, y le propinó un rodillazo en el estómago que lo hizo caer, dándole el tiempo justo para bloquear el siguiente hachazo sacando su espada, que se resquebrajó hasta casi estallar por el golpe.

El otro caminó hacia él tranquilamente, y Reed suspiró. Con que así terminaban las cosas.

Daivok levantó el hacha hacia su cabeza, pero un fogonazo de luz negra salió a toda velocidad impactando contra el filo, desviando su trayectoria y obligándolo con todas sus fuerzas colocarla en el suelo de nuevo.

-¿Pero qué...?

La visión pareció tan irreal que por unos segundos Reed creyó hallarse soñando. Arksinad se encontraba allí parado, en la entrada de las entrañas. Traía parte de su túnica rota, pero además de eso se lo veía perfectamente sano.

Vivo.

-¡Es imposible!- Dingir, más allá con Reaper, apuntó con el dedo al mago- ¡Imposible! ¡Me aseguré de que estabas muerto! ¡Te llené de agujeros!

Su espanto era esperanza y alegría en el corazón de los otros dos. El mago no dijo nada, examinando la situación desde arriba. Parecía diferente, tenía el cabello y la

ropa desordenados y estaba sucio. Reed vio que chasqueaba la lengua y luego tomaba el borde de su desgastada túnica, girándola hacia el costado.

Sobre la cadera, en la espalda, el símbolo del Nueve estaba tatuado en negro, justo por encima de otra enorme herida cosida que lo atravesaba a la mitad.

-¿Sabes quién soy, no?

Dingir retrocedió un paso. Parecía más aterrado del mago que de Reaper, quien había dominado su pelea y se encontraba frente a él.

-Arksinad Eel- al fin respondió- Discípulo de Vannael, y número Nueve del Geral Veintiún. Hace unos años...

-Eso guárdatelo- ordenó Arksinad cortante. La sonrisa se había borrado por completo de su rostro pálido. Saltó hacia el islote y extendió su báculo hacia el cuerpo inconsciente de Dorbog, apuntándolo con el rubí. Su mirada dejaba bien en claro lo que estaba por hacer.

-Arksinad, no lo mates.

La voz de Reaper era una orden. El aludido lo miró molesto y luego su mirada se enfureció más cuando vio que Dingir se arrodillaba rendido, con la guadaña de Reaper en el cuello. Al parecer ver a su hermano en peligro le había quitado toda voluntad de luchar. Muerto o no, Arksinad levantó su vara apuntando a Reaper.

-¿Siempre estarás en mi camino?

No había rastro de alegría en su voz. Algo le había pasado, podía notar Reed. Aunque lo aliviaba enormemente verlo con ellos, nuevas dudas comenzaban a acosarlo ahora. ¿Por qué continuaba con vida? Quería creer que aquello había sido una ilusión entonces, que el sonido de su cráneo al ser perforado por los proyectiles de Dingir había sido alguna especie de engaño, pero todo en él y las heridas que a cada rato se le veían parecían apuntar a otra habilidad. Aquellas cicatrices no eran del tipo que alguien pudiese sobrevivir.

-Ya vencimos, boca-cortada- Reaper se interpuso entre el Bellow rendido y su compañero, su rostro calmado apenas denotando las mismas dudas que tenía Reed- No hay necesidad de estar matando a nadie. Podemos patearles las caras un buen rato y luego devolverlos a la Forja de donde vinieron. -se volvió hacia el ahora- Ríndete ya Daivok. Tú y tus hermanos perdieron.

El joven Bellow detuvo su hacha y la apoyó sobre su espalda, al tiempo que giraba la cabeza para ver a Reaper con aquellos endemoniados ojos amarillos, el gesto orgulloso y desafiante, despectivo. Sus dedos se tensaron sobre el mango de su arma mientras hablaba.

-¿Acaso la derrota de mis hermanos es excusa para que interrumpas mi batalla?

-En momentos así, cuando el tiempo vale oro, diría que sí- habló a lo lejos Arksinad, y Reed pensó que por fin volvía a ser el Arksinad que conocía, vigilando a los rehenes con aspecto relajado.

Daivok miró fugazmente al mago y a sus hermanos cautivos, y luego se volvió hacia Reaper.

-Si tan seguros están de que vencieron, ¿por qué no me matan?

-Lo haríamos sin duda...- contestó el otro y con un sólo movimiento apretó su guadaña contra el cuello del líder. Daivok no pareció inmutarse- Pero quizás podemos hacer algo mejor. Belekraz ha estado temblando demasiado desde que sacamos esa última gema. No cabe duda de que algo ocurrirá.

Como para subrayar sus palabras, el volcán tuvo otro estremecimiento, tan potente que por unos segundos arriba, abajo, izquierda y derecha se les confundieron ante la acción de la lava que salía despedida. En ese entorno Reaper esperó, impaciente, y la mueca de Daivok se ablandó cediendo a la posibilidad.

-¿Qué sugieres?

-No los mataremos, siempre que ustedes nos ayuden a salir de aquí. Imagino que tienen conocimientos de la montaña que pueden compartir. Una vez estemos afuera, les dejaremos marchar como si nada. No nos interesa asesinar mercenarios que pueden ser útiles a los reinos, ni arruinar su reputación. Pero si se les ocurre romper la alianza...

Apretó más aun la guadaña para darse a entender, y varias gotas de sangre rodaron por el cuello del ahura.

El líder de los Bellow contempló largamente a Reaper, sin sonreír, y por un momento sus ojos se desenfocaron, como si meditara para sus adentros, sopesando sus posibilidades. Pareció hundirse en sus pensamientos por un rato mientras todos esperaban, y luego resurgió, encarando a los ojos al humano. Esta vez su sonrisa no era orgullosa, sino sentida, cínica.

-¿Cómo puedo saber que no intentarás matarnos cuando estemos fuera de Belekraz?

Como si le hubiesen hecho una pregunta indignante, Reaper chasqueó la lengua y separó su guadaña de la carne a la que amenazaba.

-Si conoces a la gente de Kamui, entenderás que para nosotros una promesa es tan importante como lo es para un kiel. No pienso romper la mía.

Daivok asintió tal como si conociera de antemano la respuesta.

-Está bien. Acepto.

Con ello el kamuita perdió cierto peso en los hombros, satisfecho, y soltó a Daivok de su guadaña. El Bellow se quedó frotándose distraídamente el cuello mientras el joven daba media vuelta hacia Arksinad.

Luego su expresión cambió.

La mirada de Daivok tuvo un dejo de ira en ese instante, abandonando aquel rostro resuelto y arrogante de siempre. Jamás había perdido antes, y jamás se hubiera permitido perder, jamás hubiera podido dejar así a quienes habían matado a su hermano. En un ataque a traición, sujetó su hacha y emprendió un poderoso golpe contra la espalda del que se alejaba.

Por suerte para Reaper, Reed había estado observando a Daivok, y había logrado calcular sus intenciones desde el momento en el cual la expresión de su rostro cambió. Sacando fuerzas de donde no las tenía, dio un grito y embistió con su escudo, haciendo que el golpe no lograra conectar.

Daivok se tambaleó hacia atrás, tomado de sorpresa, trastabilló y perdió el equilibrio por completo. *Ardor* salió despedida, chocando contra una de las paredes del pozo. El mercenario perdió de todo el equilibrio al salir el arma de sus manos y tropezó con el borde del precipicio, logrando aferrarse en el último momento con la mano que había tenido libre.

Y entonces algo pulsó.

Ante la mirada estupefacta de todos, Reed caminó hacia donde colgaba el ahura. Sus ojos grises chocaron con los amarillos de aquel hombre, que lo miraba intentando sostenerse del borde del abismo. Era una mirada muy extraña, que jamás había visto en nadie, una en la que no podía saber qué se reflejaba, si auxilio, resignación o miedo.

Daivok no pareció ni siquiera intentar emprender el ascenso, concentrado como estaba en sus ojos, algo de sus ojos. Fue un momento corto que pareció durar toda una eternidad y que recordaría por siempre. Luego, habló.

-Daivok. Cae.

Las palabras surgieron solas de su boca, como si las hubiera pronunciado otra voz. Levantó el pie y partió la mano de Daivok, arrojándolo a las entrañas de Belekraz con un odio del que siempre había creído carecer.

15. La Rueda De La Desgracia

Al ver a Daivok desaparecer ante el fulgor, algo en su cabeza soltó las riendas de su mente y una sensación de agravio lo inundó. ¿Qué había hecho? Jamás había matado a una persona, jamás había siquiera pensado en hacerlo. Una vorágine de pensamientos aceleró su consciencia, agitando su pulso y el temblor en sus manos. ¿Qué debía hacer? Tenía la necesidad de huir, de escapar de aquel lugar. ¿Qué era lo que le oprimía las entrañas ahora? ¿Culpa? ¿Remordimiento? Había sentido algo apoderarse de él cuando lo hizo, un sentimiento que no había experimentado jamás antes. ¿Ansias por proteger a sus amigos? Lo dudaba mucho. Al empujarlo quizás sí, pero no estaba pensando en Reaper cuando lo dejó caer para chocar contra la lava.

Cada vez que parpadeaba la mirada de Daivok lo perseguía, clavada en su retina. *A Scarrow no le hubiera gustado*, se dijo en su mente, y aquel pensamiento le quedó rondando en la cabeza un buen rato. Intentó no mostrarse preocupado, aunque la idea de haber matado le resurgía constantemente.

Porque no había matado a quien debía, y aquello lo sabía. Daivok no era Skectral. Al haberlo asesinado, el camino ideal que su historia debía seguir había quedado sepultado bajo sus propias manos. ¿Por qué había hecho algo como eso?

Lo cierto era que, en su interior, conocía muy bien la respuesta.

Pudo darse cuenta de que ahora lo miraban diferente. Arksinad lo contemplaba con una seriedad casi temerosa, Reaper atentamente, con expresión preocupada, como si tuviera alguna enfermedad desconocida. Dingir lo encaraba asombrado y con recelo: de seguro consideraba que el joven que menos había tomado en cuenta había resultado ser el más despiadado de sus adversarios.

El recién despierto Dorbog, en cambio, farfullaba y su mirada estaba empañada, ensombrecida por la furia.

-¡Lo mataste! ¡Mataste a mi hermano!

Las lágrimas bajaron a bañarle el rostro bajo el casco. Reaper se demoró unos segundos en responder.

-Él se lo buscó. Pero espero que esto sirva de lección: no nos traicionen o estaremos felices de hacerlos reencontrarse con él.

Los Bellow no dijeron nada, pero Dorbog siguió emitiendo gruñidos y sollozos infantiles. Reaper prosiguió. Era evidente que el asunto de Reed también le rondaba en la cabeza, pero intentaba concentrarse en la situación actual.

-Supongo que tú Dingir, de momento eres el líder, si se puede considerar algo digno liderar a un grupo de dos miembros. Lamentablemente sólo tres son multitud.

El hechicero contemplaba a Reed con vehemencia, pero asintió, parsimonioso.
-Aunque...- Reaper levantó la vista hacia el hoyo de arriba, y comentó- Hay uno más, ¿verdad?

El ahura volvió a asentir de la misma forma y Reaper sonrió.

-Ya veo que eres el listo.

Arksinad se apoyó la mano en el sombrero, sonriendo por la victoria, pero de pronto su gesto se esfumó.

-¡La gema!

Sin comprender, Dingir rindió de su túnica las gemas que les había robado. Reaper se las arrebató y se volvió al celestiano.

-¿Qué...?

-¡La última gema, la del pedestal! ¡Daivok la tomó antes de caer a la lava! ¿En dónde está...?

Era la primera vez que las facciones suaves de Arksinad se alteraban del todo. Para no hacerlo sufrir más, ofuscado, Reed levantó por fin la gema que tenía en su mano.

-La tomé mientras luchábamos.

Reaper rio y le dio un puntapié amistoso, que hizo que la joya saltara de su agarre hacia el sombrero que Arksinad extendió en el aire, respirando aliviado.

-Bueno, con esa son cuatro.

-Fantástico- retomó el kamuita a su humor habitual- Con todo y eso, sería aun más fantástico el saber cómo salir de aquí.

El recuerdo de la puerta sellada y de los cadáveres muertos de hambre hizo que la urgencia los dominara junto al miedo. Si no existía una forma de atravesar la montaña hacia afuera...

-La sangre de Albion... ¿Alguno de esos cadáveres la tendría? ¿O ustedes?- se dirigió Reed a los Bellow, y algo de culpa volvió a agolparse en su cabeza.

Realmente lo maté. Maté a un hombre.

-Entramos aquí arriesgándonos a no poder hallar una salida- negó Dingir- Sin embargo, confiábamos en que Deihr pudiera ayudarnos desde afuera. No sabemos qué la demora tanto.

-Primero que preocuparnos sobre cómo salir de Belekraz, lo mejor sería saber cómo salir de este horrendo pozo antes de que se nos caiga encima- Arksinad señaló sobre su cabeza, y todos vieron aquella luz- Creo que hay un hueco hacia la superficie por allí arriba. Pero no puedo volar, ni transportarnos desde este lugar. Tampoco tengo el conocimiento necesario como para modificar a Belekraz para ayudarnos a ascender. Dingir, ¿cuáles son las posibilidades de que puedas hacer una escalera hasta la cima?

Arrodillado el Bellow levantó la vista hacia la diminuta luz en las alturas que significaba la salida. Su expresión no cambió.

-Nulas.

-Como imaginé. Si ni siquiera un mago especializado en moldear roca pued-

Tuvo que interrumpirse, pues con un espantoso crujido el interior de Belekraz cedió a la presión de la tierra. Las paredes se comenzaron a resquebrajar, y la roca sobre la que se hallaban fue inclinándose peligrosamente, causando que todos –menos Reaper, que se aferró clavando su guadaña- cayeran.

Reed había quedado con la cabeza dando al borde, y pudo comprobar con horror que, bajo ellos, la lava burbujeaba con furia y emprendía el ascenso.

-¡Belekraz! ¡Va a erupcionar!

Los cinco palidieron y alguien exclamó un pesimista “estamos muertos”. La roca se inclinó aun más, y la lava aumentó la velocidad, ganando volumen y cubriendo

el pozo, cada vez más cerca. A duras penas Arksinad avanzó hacia Reed, gritando para hacerse oír entre aquel estruendo.

-¡Tu escudo! ¡Pon el escudo en el suelo!

Reed no comprendió lo primero, pero al segundo grito rápidamente quitó el escudo de su espalda y lo tendió contra el duro piso, esperando ver a Arksinad realizar alguna magia que los salvara. El mago sin embargo simplemente se sentó sobre el borde del arma, intentando ocupar el menor espacio posible.

-¡Siéntense sobre el escudo! ¡Si quieren vivir, háganme caso!

-¿Qué clase de plan...?- exclamó Reed, pero Reaper pareció entenderlo al instante e imitó la idea, haciéndole un gesto apresurado para que le siguiera. -¡Ya he visto tu arma lo suficiente como para saber qué ocurrirá!- exclamó el hechicero, y Reed lo comprendió a medias. Se subió al escudo, haciendo un gesto a los Bellow para que los imitaran. Se sentía ridículo, allí en el medio apretujado sosteniéndose las piernas, pero sabía que no había otra opción. A diferencia de él, sus amigos parecían más enfocados en la pregunta sobre si el plan funcionaría o no.

Dorbog los vio y, acobardado por las sacudidas de la montaña, sin pena corrió a ponerse en guardia dentro del arma. Aquel gigantón era enorme y ocupaba casi la mitad del espacio, sus piernas colgando por fuera, pero se ocupó de dejar un pequeño lugar para que Dingir intentara colarse.

-¡Sube, hermano!

Pero el otro mago seguía mirando el escudo con algo de recelo, en especial las runas que podían verse desde allí, semiocultas por los pies de su compañero.

-Esa arma. ¿Sabes lo que es, verdad?- habló a Reed, quien no atinó a contestar- Deihr nos...

Su monólogo se vio interrumpido cuando la roca se rodeó de magma, que pronto comenzó a salpicar sobre él. Dingir se volteó, la proximidad de la muerte librándolo de precauciones, y les dirigió un gesto de amargura antes de encarar a la erupción que se cernía sobre todos.

-Frenaré esto. -les dijo, sereno- O escapar les será imposible, incluso con tu plan. Dorbog... Dile a Deihr.

De reojo dio un vistazo a su hermano menor, su gesto oscurecido transmitiendo más mensajes que cualquier palabra, mensajes que Reed se estremeció intentando descifrar. ¿Intentaba plantar en el otro la posibilidad de vengarse? ¿Era eso lo que infería esa actitud? Aunque lo repitiera, le parecía que algo en Dingir era discordante con la idea.

Quiere venganza, musitó para sus adentros, intentando convencerse, y descubrió que lo más horrible de aquello era que no cesaba de parecerle justo. Él había matado a Daivok. Lo había matado por odio. Ya no era un héroe.

Dingir estiró las manos, y la roca que estaba a su alrededor comenzó a compactarse, deteniendo los temblores que podían haber tapado la salida pero no la lava que seguía subiendo, hirviente y mortal. Dorbog dio un alarido desesperado, sin saber qué hacer, pero su hermano mayor lo ignoró y continuó conteniendo a la montaña para permitirles escapar.

La última visión fue verlo de espaldas, el corto cabello prolijo y la vara extendida frenando el caos de aquel infierno, justo al momento que la lava caía sobre él, cubriéndolo todo y carbonizándolo en pocos segundos. La tierra alrededor de Dingir, ya cubierta de magma, vibró.

-¡Dingir! -sollozaba ahora Dorbog- ¡Dingir!

Con la lava ya bajo el escudo, todos se amontonaron contra el centro.

-Boca-cortada, ¿esperas que esto flote?

-No precisamente...

Cuando la lava quiso tocarlos, ascendiendo por la erupción, las runas del escudo brillaron con su plateada luz. La misma fuerza que tantas veces lo había defendido se generó, poniendo distancia entre la lava y ellos, una distancia que, esta vez, los empujó con arma y todo hacia arriba, siguiendo el camino de la explosión de magma.

Maravillado, Reed sintió a su escudo emprender el ascenso y miró por sobre su cabeza: el punto de luz que había sido la salida poco a poco se hacía más grande, más visible. Cargando a los cuatro afortunados, el escudo se dirigía a la superficie a velocidad de ebullición por el camino que el mercenario había mantenido con su muerte.

Todos contemplaron a Arksinad, preguntándose cómo había podido ocurrírsele tal idea.

-Lo imaginé al recordar cómo el escudo había repelido aquella ola que se lanzó contra Reed –se explicó este, satisfecho- Esta arma es increíble, ¿de dónde la sacaste?

-Por increíble que suene, estaba tirada en un pantano cerca de mi aldea.

Habló sin prestar gran atención, más enfocado en la muerte de la que su escudo los separaba que en la charla, dándose cuenta de que los cuerpos de Daivok, Dingir y Dulkir jamás serían recuperados. Nada quedaría de los tres mercenarios, sus restos abrasados por el fuego y las catástrofes en aquella misión.

Sus amigos le asintieron, ignorando por completo los sollozos de Dorbog, que se secaba la cara con sus manazas y temblaba, transmitiendo bamboleos al escudo. Hubo un momento en que se inclinó tan hacia delante que todos pensaron que iba a saltar.

-¡Nada de suicidarse! ¡No muevas más esto! Dudo que la protección funcione si nos hallamos de cabeza.

Dorbog no respondió nada y siguió sollozando, pero lo balanceó con menos fuerza que antes. Los otros volvieron a serenarse, más cómodos ahora que con seguridad esa energía hacía imposible que la erupción los alcanzara, y el mago musitó.

-Es un objeto muy extraño este que tienes, lo aseguro. Muy extraño y muy útil. Hubiera creído que era de algún famoso herrero de Gikeldor.

Reed negó.

-No tuve muchas oportunidades de salir de mi pueblo hasta ahora.

El mago asintió, y Reaper aprovechó para arrebatarse el sombrero, moviéndolo de un lado a otro al lado de su oído como si acaso así pudiera oír a las cuatro gemas que había logrado guardar en el espacio infinito que parecía haber adentro.

-No lograrás nada- lo miró Arksinad calmado, sin hacer amagues de intentar recuperarlo.

-¿Ah no?- hizo una mueca Reaper, para luego devolverlo- ¿Por qué tardaste tanto en revelar que eras parte del Geral Veintiún? Con una organización tan prestigiosa, me hubiera costado menos confiar en ti.

-Dingir también pertenecía al Geral, y no por eso le hubieran confiado nada – respondió el rubio al colocárselo de nuevo- De cualquier modo, ser el Nueve significa poco. Los números marcan la cantidad de magia que posee una persona, no la habilidad ni la integridad moral de esta. Estoy consciente de que muchos magos que ni siquiera figuran en el Geral Veintiún podrían deshacerse de mí con facilidad.

Había dicho lo último con un dejo de amargura, que a los demás les hizo recordar que, según el ya fallecido Dingir, Arksinad había muerto durante su batalla con él. Pero incluso si, fuera ilusión o algún modo de devolverse a la vida, Arksinad no hubiese perecido, Reed estaba seguro de que la contienda había sido real.

No sabía qué número llevaba el mago Bellow en el Geral, la asociación de los más poderosos hechiceros reunidos por Vannael para cumplir con misiones que

transcendían todo límite y abolir el conflicto, pero comenzaba a darse cuenta de que quizás tal asunto tenía poca importancia. En un combate, librado a las reglas de la experiencia, poco importaba el poder para contra quien tenía habilidad.

Pensó en sus escaramuzas con Scarrow entonces, los entrenamientos con su espada y lo reticente que era aquel viejo ermitaño a mostrar su magia. Un recuerdo lo asaltó.

-Mi maestro también tenía un número tatuado, en el hombro- indicó su propio hombro derecho, sin estar del todo seguro.

-Era el Seis, si mal no recuerdo. La única vez que fui a una reunión del Geral Veintiún, había algunos asientos vacíos. El veintiuno, de Dingir, no estaba ocupado. Jamás hubiera pensado que tendría que luchar contra él años después. Y el sexto tampoco. Pero pude enterarme de que pertenecía a Scarrow Arderaid.

-Sí... -se rascó Reed la cabeza- El maestro parece querer mantenerse lo más lejos del Geral que le sea posible.

Recordando aquello de su mentor, pensó en el decepcionante discípulo que él había terminado siendo para Scarrow.

Sabía que el nivel de maná de una persona jamás cambiaba, revelación que en su niñez había torturado su mente constantemente al confirmarle que ningún tipo de milagro lo terminaría por convertir en un mago digno de su mentor. Scarrow le había hablado, alguna vez, de una rama de la hechicería que permitía absorber el poder de un mago muerto mediante signos, pero siendo él tal inepto para los más sencillos conjuros, la esperanza que alguna vez hubiera albergado de que ese conocimiento le sirviera era ahora prácticamente inexistente.

Se preguntó, presa de su perpetua curiosidad, si Arksinad no había obtenido tal posición de ese modo. Estuvo incluso dispuesto a vocalizar esa duda, hasta que terminó decidiendo callar. Su amigo lo negaría, y él le creería. Arksinad era un asesino, tal vez, pero seguramente Dingir Bellow también lo había sido. Debía haber algún límite en la acción de los magos del Geral Veintiún y sospechaba que el robo de poder era una idea acertada al respecto. Ni siquiera Arksinad hubiera querido a una veintena de los magos más capaces del globo persiguiendo su rastro.

“¿O sí?”

-¿Cómo te hiciste esas cicatrices, boca-cortada?- preguntó Reaper con los ojos cerrados, refiriéndose a las largas líneas negras cosidas que rodeaban perfectamente su cintura y probablemente más partes de su cuerpo.

Una sombra veló las palabras del mago.

-Peleando contra bandidos.

Reaper soltó un resoplido escéptico. No había bandido que cortara tan milimétrica y equitativamente. Reed concluyó que, siendo que esos cortes ciertamente no parecían superficiales, era imposible que Arksinad estuviera vivo; pero decidió no seguir dándole vueltas a aquel asunto. Toda aquella charla le había hecho, por un momento, volver a transportarse de nuevo a Vant, a la aldea que tanto detestaba, pero con la gente que, después de todo, quizás si amaba, Scarrow, su madre, su hermano Cax...

“¿Haría llorar a mi madre, si supiera que maté a alguien? ¿Qué diría mi maestro?”

Pero no, no, no debía pensar así. Daivok le había perdonado la vida luego de derrotarlo, pero Dingir había matado a Arksinad como a un perro sin tener la menor duda. En una situación como esa, la igualdad no tenía sentido. Lo que había hecho estaba...

Su mente se cortó. No podía decir que estaba bien, ni qué clase de sentimiento lo había impulsado, pero se asemejaba al odio. No odio hacia Daivok, quien a fin de cuentas no representaba más que un rival para él, sino hacia algo más inconcreto, algo similar al hecho de que Daivok existiera y pudiera arruinar su historia, con su nobleza, con su falta de maldad. Aquella idea le quedó rumiando en los pensamientos un buen tiempo, y luego decidió olvidarla. No conseguiría nada con ello.

Al tiempo que el escudo perdía velocidad en su ascenso, los sollozos de Dorbog se entrecortaban y el contrapeso que hacía para con el trío ganó algo de estabilidad. La lava subía bajo ellos, pero apenas la podían ver por la luz plateada que emanaba el arma. Reed alzó la vista, vio que el pequeño hueco de abertura al cielo ahora se había agrandado, y hasta creyó poder vislumbrar un pájaro negro y diminuto cruzar aquel resplandor a toda velocidad.

Fue entonces cuando su improvisado vehículo dio un tumbo y pronto comenzó a tambalearse. Todos se sujetaron de los bordes, el corazón de Reed dando golpes audibles en su pecho.

“Que no se detenga, que no se detenga, que no se detenga, que no se...”

Tal si el tiempo mismo hubiera sido refrenado, tanto el escudo como toda la lava que lo empujaba quedaron inmóviles. La luz de abajo estaba estática, intermitente. A punto estuvo Reaper de decir una maldición, cuando la voz sonó.

*Oye mis palabras, viajero
que en busca de mi tesoro invades
mi alma defiende este templo
mi magia cancela sus males.*

*Abre los ojos viajero,
si tu sangre no es la de mi alma
el retorno a ti se te evade
y las sombras devoran tu calma*

*Si te adentras al abismo,
sin llegar a ser yo mismo,
un cruel destino te aguarda:
Hazme caso y vuelve a tu casa.*

El recuerdo de aquel aviso aterrizó a todos, menos a Dorbog, a quien ya nada parecía importarle. Sin sus hermanos, el grandulón era indefenso y patético, un niño estúpido y enorme en una armadura de juguete que ya no le sentaba.

Parecía que hubiera una red invisible, sobre todos, que impedía que continuaran ascendiendo. Pronto aquella falla comenzó a cambiar, y el escudo avanzó, temblando, trabado, subiendo con dificultad hasta que sintieron un ruido, como si algo sobre sus cabezas se les hubiera caído y pegado a la piel para luego esfumarse. La voz volvió a sonar.

“Has superado las pruebas del alma, Albion. Ahora debes terminar tu cometido. Destruyela. Destruye la Estrella, y libérate. Acaba su sueño de una vez por todas.

Todo terminará muy pronto.”

Con esas últimas palabras, lo que sea que los hubiera estado reteniendo se esfumó por completo, y la ascensión siguió su curso junto con la lava, con mayor impulso. El trío quedó en silencio, agitados, enmudecidos hasta que Reaper quebró la quietud.

-¿Qué diablos dijo?

-No lo sé- Arksinad rio aliviado- ¿Esto significaría que alguno de nosotros tiene la sangre de Albion? No me lo creo.

-Es probable que este escudo pueda haber engañado a la magia que dejaron en Belekraz. De veras, esta cosa tiene todo lo que necesita una mujer.

Mientras sus amigos comenzaban a bromear sobre su escudo, Reed en cambio seguía atónito, con aquellas palabras dándole vueltas la cabeza. No creía, *sabía* que el escudo no había engañado a la magia de Belekraz. No estaba hecho para eso. *Destruye la Estrella Oscura...* ¿A qué se refería? ¿Por qué tendría que destruir la Estrella Oscura? No pensaba hacerlo, la libertad de su pueblo dependía de ella. Además, si la voz, si el que había puesto todos los hechizos era aquel legendario mago llamado Albion, ¿por qué se dirigía a otro *Albion*? No creía que hubiera dos. ¿Quién era Albion y cuál era su misión en aquella montaña?

-¿Te encuentras bien, Reed?- le preguntó Reaper, y se percató de que lo habían estado mirando. Asintió.

-Sí. Es sólo que me pregunto qué fue todo eso. ¿Por qué aquella voz se dirigía hacia nosotros como Albion?

-No a nosotros, claro, sino a quien debía haber obtenido las gemas. Es claro que quien puso las pruebas no esperaba que nosotros saliéramos vencedores.

-Eso debe significar...- lo pensó Reed, y sin saber por qué se sintió herido en su infancia al caer en la lógica- Que cuando Albion subió a Belekraz, como todos saben, no fue para crear las pruebas ni capturar a las bestias... fue para *superarlas*. Y eso...

-Significaría que falló- completó Arksinad su pensamiento- Y su cadáver es alguno de los muchos que nos cruzamos en nuestra excursión.

Se bajó el ala del sombrero, en honor a esa idea.

-Poco creíble- dio una carcajada Reaper, y tanto el mago como Reed, e incluso un poco el ya taciturno Dorbog lo miraron inquisitivos- Albion fue una leyenda, después de todo, y si las historias que se cuentan son ciertas podía rivalizar con el mejor hechicero de nuestra era, Vannael. Al norte de mi tierra natal, existe un templo que se sabe fue alzado por él. Se necesitan cientos de magos de tierra para alzar una simple casa con sentido, pero él solo creó un edificio con increíbles esculturas. Se decía que su maná era tanto que podía volar una pequeña ciudad en pedazos cuando quisiera. ¿Y piensan que murió aquí, devorado por un pulpo gigante o algo?

Concluyó con otra carcajada, que liberó varias de las molestias que Reed sentía en su interior. Con los ojos puestos en la salida que se aproximaba, Arksinad murmuró.

-Hace cuatrocientos años, según mi maestro, Albion buscaba algo.

-¿Cuatrocientos años?- abrió un ojo Reaper- Sí que es un rey viejo.

No comentaron nada más, y Reed se quedó pensativo, algo incómodo por estar tanto tiempo en la misma apretada posición. Pronto vio un reflejo sobre su rostro, y luego observó que las paredes del pozo estaban iluminadas, no por la lava ni las runas

del escudo, sino por la misma luz del sol que entraba desde la abertura varios metros arriba.

Esa misma claridad los inundó al ascender, cegándolos. La lava perdió potencia antes de erupcionar, recayendo, pero el escudo mismo usó su energía etérea para impulsarlos, despedidos fuera del abismo por los aires hasta aterrizar sobre las ásperas piedras.

Al fin estaban afuera.

Los quejidos de dolor se interponían con suspiros de felicidad y alivio. Reed aspiró maravillado el aire helado, fresco y puro, que no había sentido hacía días. Recordó sucesivamente en su cabeza distintos momentos: haber descendido aquel abismo por las escaleras circulares, las rocas hirvientes, la puerta de Albion, ser invisible... Pero ahora ya estaba afuera, en el mundo real –lo llamaba *real* porque todo lo anterior le parecía una especie de sueño- y las entrañas de Belekraz con su calor y asfixia habían quedado atrás para bien.

Tomó una segunda bocanada de ese aire punzante, natural, y dejó su mirada pasearse hacia el cielo. El sol, que con tanto esplendor los había recibido, fue cubierto al instante por una siniestra nube. Pronto llovería.

Hacía un frío casi insoportable en comparación con el abrigo del abismo, pero verdad era que el frío de momento le sentaba bastante bien. Un problema más real, terminaron concluyendo, era el desconocer en dónde se hallaban. Ese atajo directo a lo más hondo del volcán no aparecía en ningún mapa.

-Creo que nos encontramos prácticamente a tres cuartos de altura de la montaña, y no tan desviados del camino que conduce a donde nos esperan Bullwe y los demás.

-Si es que nos están esperando- alegó Reaper, sentándose en una roca y elongando las piernas- No los dejamos en las mejores condiciones. Hay muchas posibilidades de que otros mercenarios los encontraran y tuvieran que huir. Dingir destruyó la ruta que llevaba a la cima que conocíamos, pero viendo esto es evidente que hay más de una, o que un mago puede crearla. Y no estamos contando al otro hermano Bellow, Deihl, que se encontraba infiltrado con ellos- miró de reojo a Dorbog, quien no pronunció palabra alguna para confirmarlo.

-Eso, y la opción de que Bullwe haya estado equivocado, y Yeguilex se haya levantado furioso, sumergiéndose de un salto en la lava de Belekraz para aplastarte a mazazos, Reaper- bromeó Reed, aunque en el fondo se preguntaba qué tan improbable era aquello.

Arksinad rio y miró a Dorbog, solemne.

-¿Y tú qué harás? Ya estamos fuera, por lo tanto, estás libre del juramento. Imagino que querrás subir con nosotros hacia donde se encuentran los soldados de Fariel. Tu otro hermano se encuentra allí, y...- se aproximó al gigante y su mirada se oscureció- Convendría que estuviéramos cerca, para no causar problemas mutuos.

Dorbog se limitó a gruñir algo ininteligible y se tambaleó hasta acostarse en un lugar apartado, a espaldas de ellos. Tanto Arksinad como Reed se encogieron de hombros, pero Reaper gruñó.

-Demasiado con que no lo matemos...- torció los labios, y Arksinad le dirigió una significativa mirada.

-Creo que está afligido por la muerte de sus hermanos- la mano del mago hizo descender el sombrero, la solemnidad del gesto opacada por su macabra felicidad - Que en paz descansen.

-Que en el infierno ardan- le retrucó el guerrero, y escupió en el suelo con desdén- No me gusta la mirada de ese Bellow. Ha dejado de lloriquear, claro, pero desde que ese bastardo me quiso matar ya no me fió de esos ojos amarillos. ¡Ah! -hizo

una exclamación, y se volteó para mirar a Reed- Me he olvidado de agradecerte por salvarme la vida. Has luchado condenadamente bien allí abajo.

-Yo...- le respondió él algo incómodo, sabiendo que, aunque su reflejo inicial hubiera sido el de salvarlo, una motivación muy distinta era la que lo había instado a arrojar a Daivok hacia su final- No fue nada.

Su amigo le sonrió y dejó caer sus piernas al suelo, quedándose apoyado en la roca. Puso sus brazos tras su cabeza, y cerró los ojos, dispuesto a dormir. Arksinad también se echó, y Reed, que ya se había acostumbrado a las duras y calientes superficies, lo imitó tan cómodo como si todo bajo sus pies fuera algodón.

-Yo vigilaré que el Bellow no haga nada- dijo Reaper en voz alta, con los ojos cerrados, y aunque nadie le respondió todos entendieron.

Acostado en la intemperie Reed comenzó a calcular, mentalmente, cuántos días habían pasado desde que entraron a la montaña. ¿Tres, cuatro como mucho? No podía asegurarlo. Se acostó con la impresión constante de que Arksinad volvería a tener pesadillas, pero él mismo durmió tan profundo que, de haber ocurrido, jamás pudo enterarse.

Despertaron tarde, y masticaron las últimas provisiones que les quedaban –unos trozos ya gomosos de pan- tras repartirlas cuidadosamente entre los tres. No ofrecieron comida a Dorbog, más por pragmatismo que por un odio del que sólo quedaban brasas. Iban a tener que estar tan llenos como pudieran para ascender la montaña por aquellos terrenos escarpados.

En relación con eso, al levantarse, la temperatura parecía haber descendido al menos diez grados. Ellos, recién salidos de un gigantesco horno natural, no se acostumbraban a tal helor y sufrían, incapaces de hacer una hoguera: pues incluso el más mágico de los fuegos necesitaba combustible para funcionar fuera del contacto de su conjurador.

Cuando terminaron de comer –o de engañar al estómago, como le hubiera dicho Scarrow- procedieron a emprender de nuevo el ascenso. Reaper fue quien le dio un puntapié suave a Dorbog, avisándole que se marchaban.

Subieron entonces por el escarpado terreno, ayudándose con las manos, agarrándose de las salientes y esforzándose por no resbalar. Dorbog había decidido seguirlos: avanzaba varios metros tras ellos en un peligroso silencio, su mirada clavada en la nuca de Reed. Reaper encabezaba la marcha con la guadaña entre los dientes, y al final, fue su fortaleza la primera que pudo sobrepasar aquella pendiente, hasta una ubicación más familiar: en la tierra, bajo sus pies, reposaban varias enormes plumas negras. Se podían vislumbrar un poco las ramas del árbol de acero desde ese lugar, pero no se escuchaba ninguna actividad en la cima de la montaña.

-Qué extraño- suspiró Reaper, intentando oír bien- No hay...

Se detuvo, el destello plateado de un cuchillo puesto sobre su garganta, pero en un instante quien lo había amenazado bajó el arma. Reaper se frotó el cuello, para contemplar a Yeguilex, parado frente a él con toda su brillante armadura y su casco bajo

el brazo, esbozando un gesto que, en cualquier otro, podría haber sido calificado de sonrisa, aunque en él sólo quedaba como un ceño fruncido.

El capitán inclinó la cabeza respetuosamente a su ex prisionero, y aunque era de verdad poco expresivo, realmente parecía contento de verlo. Quizás era uno de esos hombres que se ablandaban a espadaazos, pensó Reed.

-Pareces más amigable que antes- le dijo Reaper, inclinando la cabeza a su vez.

-En cualquier otra situación ya te hubiera matado- señaló Yeguilex.

Reaper rió. Fue una carcajada relajada que pareció sonar por toda la montaña, y a la que Yeguilex no pudo evitar sonreír. Luego de eso el capitán hizo una pequeña reverencia.

-Reaper Assadan, por las leyes que rigen la conducta del pueblo kiel, te ofrezco una alianza.

-Caray- suspiró Reaper y asintió- Quizás necesitemos algunos hombres y uniformes.

El de Fariel se incorporó con un gesto de lo más particular en el rostro. Una figura conocida asomó su cabeza sobre un risco.

-Reaper, Arksinad y Reed... Realmente lo hicieron... ¡Se los ve un poco chamuscados desde aquí!

Era Gio. Reaper se trepó de un salto y lo miró, extrañado, pero el soldado no reaccionó. El capitán habló de nuevo, mientras ayudaba a Reed a subir.

-No es a quien buscan- divisó a Dorbog, más allá en el camino empinado, y su mirada se oscureció- Ya nos hemos encargado del Bellow infiltrado. Les contaré luego.

Tiró con fuerza y Reed logró ascender, cayendo en el suelo con alivio de que aquel hombre pudiera estar de su lado y el corazón algo turbado por aquellas noticias sobre Deihr. ¿Qué le habría ocurrido a aquella soldado allí afuera? Cuanto menos, se contentaba de no tener que sospechar de Gio, a quien realmente se alegraba de ver. Entonces Yeguilex le tendió mano a Arksinad pero, cuando el mago la tomó, el de armadura la apretó y lo levantó en el aire. Podría haberlo dejado caer desde la montaña a su muerte de soltarlo.

El mago esperó con gesto de complacencia, a que el capitán dijera algo. Fue un momento corto, de tensión, y luego el otro habló.

-Mataste a dos de mis hombres.

-Ellos atacaron primero.

-Si no estuvieras en asociación con Assadan, ya te hubiéramos puesto unos grilletos de nuevo, hechicero. Creo saber quién eres.

Arksinad no dijo nada, sino que sonrió, los hilos en su mejilla tensos. Yeguilex lo subió y se dio vuelta antes de dignarse a ayudar a Dorbog, encarando a los tres jóvenes. Su rostro tenía algo diferente a como lo habían conocido antes, sus ojos demostraban una determinación particular, renovada.

-Tenemos mucho de lo que hablar.

-Tezca era la Bellow.

Ya el cielo estaba cubierto de un manto negro, y, en lo más alto del mundo, una pequeña pero potente fogata crepitaba con cada rama que Bullwe le echaba encima.

Allí, acampando, se encontraban los sobrevivientes: Reed, Reaper y Arksinad, Yeguilex y sus hombres; los soldados Leude y Bullwe; y los mercenarios que quedaban, el anciano Org y el joven Gio. Apartado de todos ellos dormitaba Dorbog, a quien Yeguilex había ordenado dieran comida, más por respeto al nombre de los Bellow que por compasión verdadera.

Los soldados habían pasado casi toda la tarde recolectando la escasa leña de la montaña e intentando encender el fuego, mientras que los tres jóvenes se dirigieron a un arroyo a lavarse: recién al divisar su reflejo en la fuente cristalina, el dolor de las quemaduras que hasta el momento había ignorado y la suciedad pueril que llevaba pegada a la piel hicieron mella en su ánimo. Pasó entonces un buen tiempo quitándose costras del cuerpo junto a Reaper, mientras que un Arksinad que se negaba a desnudarse los contemplaba desde la orilla con una sonrisa velada que lo incomodó. Para cuando terminaron Leude, haciendo eficiencia de su habilidad con el arco, ya había cazado varias pequeñas palomas para asar.

-Dos días luego de que matara al Ziz, los pájaros comenzaron a acercarse a la zona. Ese bicharraco era de temer- les comentó, mientras se echaba el producto obtenido en el hombro.

Cuando ya se hizo de noche, todos se sentaron alrededor de la fogata, esta vez no como captos y prisioneros sino como iguales que sabían estaban por entrar en una asociación muy poco lícita. Pero lo primero que hicieron los tres fue, sin prestar atención a nada más, comer, comer y comer hasta hartarse. Hacía varios días que habían estado viviendo a base de carne seca, pan seco y setas secas, así que aquellos pájaros cazados significaban para ellos casi una bendición. La carne a Reed le parecía innaturalmente blanda y sabrosa, como manteca. No dejó ni el más mínimo resto de grasa entre los huesos del ave, tentado hasta de devorarse estos.

Cuando terminaron de hincharse y de beber a grandes tragos, Bullwe habló.

-¿Y bien? Cuenten qué ocurrió allí abajo. ¿Consiguieron las gemas?

Arksinad asintió y señaló su sombrero, y Reaper habló con la boca llena.

-Fi, las confefimos a fodas. Fue confenadamente difícil...

-Por cierto, una hazaña impresionante la de dejarme una gema falsa- alabó Yeguilex con seriedad ante los tres- Cada vez comienzan más y más a ganarse mi respeto.

-¿Ya no piensas arrestarnos?- preguntó Arksinad, pero Yeguilex respondió mirando solamente a Reaper.

-Para serles franco, no me creo capaz. Han subido hasta aquí, supongo que confiando en la palabra de mi soldado sobre mi código de honor. Dudo que los haya atraído nuestra comida, - dijo con un gesto, y Arksinad sonrió- así que es claro que han venido a mí por algo más. Sería muy estúpido de mi parte intentar encarcelarlos sin oírles. Además, han probado ser más fuertes de lo que creí. ¿O me equivoco?

-En nada- acordó el kamuita, tragando y acostándose en el suelo- Podemos patear sus traseros fácilmente. Bueno, al menos yo y boca-cortada.

-Reaper. Tan. Amable.- masculló Reed.

-¿Entonces qué es lo que necesitan?

Reaper no respondió. Por un momento sólo se sintió el crepitar del fuego, que creaba sombras danzantes sobre los rostros expectantes de todos. Luego, el guerrero habló.

-El Templo del Centro del Mundo...

-Se dirigirán ahí ahora, imagino.

Asintió, y continuó.

-Pero no es sólo eso. Dudo mucho que la Estrella Oscura sea el único tesoro que se esconde en su interior. Según la gente que ha intentado ingresar excavando al templo, la magia que lo cubre ocupa una gran extensión. Leí de un experto, de un hombre que dijo algo impresionante: que el Templo del Centro del Mundo debía de tener el tamaño de una ciudad.

Bullwe silbó impresionado. Todos lo escuchaban atentos, mientras la noche silenciosa creaba un clima perfecto para las palabras.

-¿Estás sugiriendo que...?- empezó Leude, y Arksinad lo continuó.

-El Templo Del Centro del Mundo debe albergar tesoros increíbles. Si prometen ayudarnos a ingresar, nos cubren de los mercenarios y del control de la Cámara, estaremos dispuestos a ceder cualquier riqueza que hallemos. Siempre y cuando no se trate de la Estrella Oscura, será suya. Debería ser suficiente.

El capitán hizo un gesto con la mano, como si no lo fuera, y sacudió la cabeza.

-Los... tesoros, que encuentren, preferiría que fueran a las familias de los soldados y mercenarios que murieron bajo mi mando en esta expedición. Pero pueden quedarse con la Estrella Oscura. Lo único que pido es que, cuando la obtengan, me dejen a mí las gemas. Preciso que ese Templo quede abierto.

Aquella revelación hizo toser incómodo a su teniente.

-Señor, la Cámara de Los Diez lo mataría si se entera de esto. Encontrar la Estrella Oscura es su máxima prioridad...

-La Cámara de Los Diez me importa un bledo.- el tono de su líder no dejó lugar a la queja, y los labios del fiel soldado se cerraron con firmeza- Mi deber es para con Fariel y su gente, no para con diez personas. Si consigo las llaves del Templo, Fariel podría aprovecharse de los recursos que se esconden dentro de él.

-Dice que sirve a Fariel, capitán- sonrió Arksinad, y Yeguilex lo miró con una expresión muy curiosa en el rostro- ¿Desde hace cuántos años?

-Dieciocho años. Me enlisté en mi catorceavo ciclo.

-Pero... -meditó Reaper- Creí que la milicia sólo aceptaba hombres mayores a los diecisiete.

Yeguilex asintió.

-Fui muy recomendado.

-¿Por quién?- preguntó el mago, para añadir- ¿Por los kiels?

DaWillse miró a Arksinad un largo rato, sin pestañear, y luego asintió. El mago rió.

-No entiendo- se rascó la cabeza Reed.

-Los kiels fueron los anteriores ocupantes de Deneb Algedi, y de la mayor parte del territorio central, junto con los elven... -explicó Arksinad- Ellos fundaron la ciudad, alzaron sus cimientos, y fueron sus verdaderos dueños. Es normal que tengan sus ojos puestos sobre el territorio que perdieron, lo suficiente como para tener a un espía en la milicia humana.

-Son. Aún son los dueños legítimos de la ciudad.- lo cortó Yeguilex.

-Eso es discutible. Los kiels retrocedieron hasta Gikeldor cuando comenzó la invasión... No creo que...

-Estás mal informado, mago. Ni uno solo de los millares de ataques humanos pudo hacer algo contra la defensa kiel. Ni uno.

-¿Y entonces por qué huyeron?- sonrió el rubio con suficiencia.

El capitán no dijo nada, y Reaper suspiró.

-Es una discusión inútil. La invasión bárbara fue hace varios siglos y ya casi no hay recuerdos de eso.

-No estoy de acuerdo, Reaper Assadan- inclinó la cabeza Yeguilex en una reverencia respetuosa- Quienes ya no recuerdan son los humanos. Los pocos elven, ahuras y kiels que quedaron todavía tienen muy presente en la memoria los eventos que por esa época transcurrieron.

-¿Te has criado con kiels, verdad?- preguntó Reaper.

-Desde mi infancia.

-¿Y están planeando retomar Fariel? Eres un agente de ellos como soldado de Fariel- pronto miró a Yeguilex con un extraño semblante, comprendiendo lo particular del apellido del capitán, el prefijo que lo marcaba como extranjero- ¿Es por eso que estás tan interesado en lo que sea que haya en el Templo del Centro del Mundo?

El militar se tomó unos segundos para responder, como si quisiera buscar las palabras apropiadas para explicarse ante su anterior rival.

-Los kiels no piensan así. Saben que la ciudad es suya, pero no consideran justo retomarla luego de tanto tiempo. Si lo hiciéramos, sería un golpe de estado pacífico, lo más que sea posible... No nos gusta derrochar vidas. Intentaríamos explicar nuestros motivos, y esperar entendimiento por parte de la gente. Y en cuanto al Templo...- Yeguilex pareció dudar- Es por mi deber que estoy interesado en lo que haya adentro. Me ordenaron proteger la ciudad.

Reaper sonrió, y los dos asintieron. Considerando que la última vez que se habían visto habían luchado a muerte, ahora se llevaban considerablemente mejor, no como camaradas, tal vez, pero sí con un nuevo respeto. El medio ahora Gio tosió y dirigió la vista hacia el gigantón que dormía de espaldas, incómodo con su presencia.

-¿Qué ese de allí no es Dorbog, de los Bellow? He intentado hablarle pero no me responde.

Al confirmarlo el soldado dirigió su brazo vendado a la empuñadura de su cinto, inseguro. Sólo se calmó cuando oyó a Reed hablar.

-Es él, pero dudo que vaya a hacernos daño. Sus hermanos han muerto, el trauma de todo lo que ocurrió allí adentro todavía debe pesarle. Déjenlo comer y descansar.

Se sorprendió de sus propias palabras, y miró a Dorbog, quien respiraba con levedad mostrándoles a todos una amplia espalda de la que ni siquiera había quitado la armadura bronceada. Al parecer, por suerte, aquel gigante había perdido sus martillos en el escape a la montaña. No creía que el Bellow fuera a atacarlos, pero el saber que estaba desarmado era un alivio a la hora de respaldar esas afirmaciones.

-¡Qué diablos!- exclamó Gio con muy poco tacto, dejando en paz el arma en su cinto- ¡Los hermanos Bellow, los mercenarios más famosos y temidos, muertos! ¡Los mismísimos Bellow en el infierno! Debe haber sido una historia muy impresionante y creo que hablo en nombre de todos cuando digo que me gustaría oírla.

-Sin embargo, al ser la mejor historia, sería mejor que fuera la última- razonó Arksinad- Cuenten primero qué ocurrió en nuestra ausencia. ¿Cómo descubrieron que Tezca era una espía?

-Oh, no mucho- suspiró Gio menos emocionado.

-La historia completa la sabe Bullwe- dijo Yeguilex, y el desganado militar se quitó el pasto que estaba masticando para hablar con su llaneza habitual.

Por cómo contó el soldado, Reed comprendió que las cosas habían salido bien para el treceavo escuadrón de Fariel. Yeguilex se había despertado horas después de que los tres ingresaran en el pozo, y para aquel momento sus hombres ya se habían organizado en la cima de la montaña, listos para repeler cualquier ataque. El capitán se había liberado con facilidad de las cadenas que Reaper le había puesto y no había dado ninguna orden, sino que continuó la espera en la cima. Era probable, pensó Reed, que el

orgulloso Yeguilex hubiera estado replanteándose muchas cosas en aquel momento, mientras sus subordinados asustados temían otro ataque de Dingir o un grupo extenso de mercenarios como posibles peligros a esperar.

Al escuchar el nombre de su hermano muerto, Dorbog se revolvió.

-...pero nada sucedió. Al menos hasta que Tezca decidió salir a explorar el territorio- Bullwe suspiró y miró de reojo al bruto acostado- Honestamente no puedo creer que fuera una Bellow. Había pasado años de entrenamiento con ella, ¿tan infiltrados estaban? Es claro que tenían más contactos de los que creíamos. De cualquier forma, no era una ahura, como el resto de reportes sobre ellos afirmaba.

-¿Qué ocurrió luego de que fue a explorar?- preguntó Reed, recordando aquel instante en el medio de la oscuridad cuando con Daivok habían logrado detener al monstruo que los acechaba dentro de la montaña, lo distante que le parecía y lo mucho que había cambiado todo desde ese entonces. Aquel joven le había hablado de Deihr, de cómo era el corazón de su grupo, de cómo había salvado a los otros cuatro ahuras de las guerras y hambrunas en Gikeldor y los había ayudado a convertirse en lo que eran. Muy dentro de sí, Reed había guardado la esperanza de poder haber conocido a aquella taciturna soldado, conocer a quien tenía en estima el hombre al que había matado.

-Encontramos su cadáver- dijo Bullwe sombrío- O al menos sangre, y sus ropajes destruidos. Había intentado vestirse con la armadura de los Bellow, cara y de la Forja. Probablemente eran sus ropas de matar, y buscaba unirse al resto de su grupo pero... algo la atacó.

Aquello le produjo una sensación extraña. Había algo más en aquella montaña, lo sabía, ¿pero por qué habría matado a la Bellow?

Dorbog no parecía reaccionar ante la historia de la muerte de su última camarada. Quizás era porque, al fin y al cabo, Deihr no era una ahura y ni su hermana, sino más bien un miembro agregado. Que la Bellow hubiera elegido, de todos los escuadrones, infiltrarse en el que tenía lazos con los comandos kiel de Gikeldor daba también giros interesantes a la situación.

Por lo que luego les detalló Bullwe, de la joven había quedado más bien poco. La soldado que tanto les había advertido sobre las caídas había sido golpeada y resbalado por la pendiente, dejando un impresionante reguero de sangre sobre la piedra gris. Luego, *algo* la había atacado, lo que se evidenciaba por los pedazos de ropa y coraza aún hechos trizas en la montaña y los montones de líquido vital esparcidos entre el duro suelo. Sus compañeros, anonadados, sólo habían atinado a tirar al vacío la armadura Bellow fragmentada sin saber qué hacer.

Luego hablaron con Yeguilex, y el capitán accedió a esperarlos. Quería saber si el hombre que lo había derrotado y perdonado continuaba vivo. Pasaron bastante frío y tuvieron que soportar dos incursiones de mercenarios, pero pudieron despacharlas fácilmente gracias a la habilidad de arquero de Leude y a que, en palabras de Bullwe, Yeguilex era "*más duro que la barba de Spenta*". Luego de tres días, las dudas asaltaron a los soldados de Fariel. No estaban seguros de si bajar la montaña o no, pero el capitán estaba obstinado en esperarlos en donde se hallaban.

El aludido continuó la historia ahora.

-Mis hombres son muy fieles a mí, y decidieron acompañarme....

-Hasta el infierno- lo secundó Leude, y Bullwe recuperó la palabra:

-...pero al cabo de cuatro días comenzamos a pensar que sería tonto que salieran por el mismo hueco por el que entraron, así que empezamos a registrar la montaña. Temíamos que estuvieran arrojados en algún lado de Belekraz, heridos o muriéndose de hambre, así que salimos a buscarlos por los alrededores. Incluso nuestra carne de Ziz ya se acababa, deberían haber probado eso, como pueden imaginar sabe a pollo –se dio

cuenta de que se estaba desviando de tema y tosió, recuperando el ritmo de su habla- Eso fue este mismo día, y entonces los encontramos. Acampar aquí en lo alto no es tan malo en cuanto te acostumbras. ¿Habían llegado hace mucho?- inquirió al final.

-Medio día, más o menos. Estábamos hambrientos, pero bien. Se agradece la ayuda.

-Bueno- dijo Bullwe, sonriendo- Eso fue todo para nosotros, frío, cruel y aburrido. Ahora es su turno. Derrotaron al capitán, sobrepasaron en combate a casi toda la tropa y se perdieron entrando a un volcán. Bastante ingenioso.

-E impertinente, pero yo, Yeguilex, sé lo que es el perdón.

Reaper rio, pero Yeguilex se lo quedó mirando seriamente, sin haber hecho ningún tipo de broma con su tercera persona. Luego Reed comenzó.

-Pues, pasamos la puerta...

-Arksinad, cuéntala tú- lo interrumpió Reaper.

Los demás soldados asintieron, mirando al mago e ignorándolo totalmente. Reed tragó saliva y se preguntó por qué siempre terminaban pasándolo por encima o dejándolo en la peor situación.

El hechicero comenzó a relatar con bastante elocuencia lo que había sucedido, el descenso, el encuentro con el supuesto Sarei, la habitación hexagonal, la muerte de Dulkir en la trampa del Krakken, las larvas, el cadáver del Leviatán, las criaturas del abismo y la batalla en aquel pozo.

Sin embargo, hubo partes que no contó, por no saber u ocultar. Reed no había tenido tiempo de explicarle cómo había sido su jornada con Daivok, ni sobre aquel extraño insecto rueda que los había atacado. Y también el otro había resumido su pelea con Dingir como una simple incapacitación, cuando los tres sabían, aunque no lo decían, que algo más había pasado.

Arksinad había muerto.

Miró al mago mientras reía y hablaba, y se sorprendió de notar que siempre le había parecido muy pálido. Y, cuando había sentido el contacto de su mano al caer...

-¿No es verdad, Reed?

La voz del otro lo interrumpió, y vio que todos lo miraban. No tenía idea de que hablaban, pero asintió y los demás rieron a carcajadas.

Y así pasaron el resto de la velada, relatando sus aventuras con los Bellow y las larvas, las bestias y las gemas. Poco a poco, uno a uno fueron cayendo presa del sueño, entumecidos por tanto el frío como el calor de la fogata.

Sólo Dorbog no durmió esa noche.

En la mañana despertó aliviado, como si todos sus problemas se hubieran desvanecido en el aire. Sabía, sí, que la vida de su familia y de su pueblo estaba en juego, pero la felicidad que lo embargaba era biológica, inevitable, y no se avergonzó de disfrutarla. Era libre. El sol no brillaba sobre Belekraz, oculto sobre las espesas nubes que anunciaban una futura tormenta, y sin embargo su piel, tan acostumbrada al encierro, lo sentía arder como una reconfortante brasa, brindándole calor y energía.

Se incorporó y como desayuno devoró dos panecillos que sacó de una bolsa entreabierta que reposaba sobre la cabeza de Bullwe. Todos dormían a pierna suelta, algunos incluso roncando descaradamente. Tomó su escudo del suelo: se había acostumbrado ya a dormir sobre él, y lo dejó reposando sobre una roca. Recordó cuando era niño y lo había hallado enterrado entre el lodo. Era suyo.

Como en su infancia, gastó algunos minutos en examinarlo detenidamente, esperando verlo hablar, retorcerse, dibujar alguna mueca en su superficie plateada. Pero nada ocurrió, y Reed terminó, tal vez reticentemente, dejándolo atrás para asomarse por la colina que se alargaba pasando el árbol del Ziz. Desde ese punto imaginaba podría obtener una visión completa de los cielos de su mundo, las nubes, las llanuras que se propagaban rodeando Belekraz.

Subió sumido en una paz que lo adormecía, sin prisas, sin problema alguno que enturbiara sus emociones. Scarrow, el dragón, Daivok y el asesinato que había cometido, todo se hallaba desaparecido de su interior. Se sentía pleno, libre de toda cadena y pesar.

Y entonces vio el abismo, esperándolo del otro lado. Donde debía haber nubes existían formas amorfas, que fluctuaban, en la llanura contempló con horror un mar de acero y de ramas, creciendo, extendiéndose con furia absoluta bajo sus ojos. Un oleaje refulgente, bajo el influjo de una voz que conocía, sacudiéndose y golpeándose con cada salto.

Se veía reflejado a sí mismo en todas las corrientes, en cada surco de agua plateada de aquel frenesí, de aquella catástrofe gigantesca, y pronto vio levantarse una enorme ola, que se alzó por los cielos y descendió, como una pared de acero, para impactarlo a imparable velocidad.

No llegó realmente a sentir el impacto porque luego abrió los ojos, despertando de verdad. El corazón le latió con fuerza unos segundos, pero luego se sintió como sobrellevado por aquella pesadilla. No comprendía el significado de la misma, pero le causó incomodidad incorporarse y observar que todos estaban durmiendo igual a como lo había soñado, la única diferencia siendo que él no reposaba sobre su escudo.

La bolsa con los panecillos estaba abierta, pero decidió –aunque su hambre era voraz- no tomar ninguno, para no imitar el sueño y tentar más al futuro imposible que le había ofrecido. Sin embargo, sí se encaminó hacia la colina detrás del árbol. Temía que su pesadilla hubiera sido el presagio de algún peligro que se avecinaba.

Trepó la colina bastante más nervioso que durante su sueño, y se sintió ridículo al observar qué, bajo la montaña, todo seguía igual: planicies, escasos árboles y muchos animales pastando revelados simplemente como pequeños e inconsistentes puntos negros en el paisaje. Se preguntó si su falkin aún continuaría por allí, y en qué condiciones se hallaría. Todo estaba bien.

-Podrías caerte.

La voz sonó a su espalda, y al oírla un escalofrío lo recorrió de los talones a la coronilla. Se volteó para ver a Dorbog, con la armadura encima, el casco cubriendo apenas la expresión siniestra de su rostro. ¿Por qué no había traído el escudo? Había

sido un necio. Tampoco se había percatado de que el mercenario no estaba durmiendo junto con los demás.

Ni siquiera se molestó en mirar hacia el precipicio.

-Sé cuidarme, pero gracias de todos modos.

Dorbog no le respondió, sino que se quedó parado allí, fijo en él con aquella mirada que le recordaba al mayor de sus hermanos, sólo que menos orgullosa y más temerosa, cargada de odio. Casi pudo ver a Daivok hablando cuando el grandulón volvió a abrir la boca, para decir.

-Tú mataste a mi hermano.

Reed sintió su corazón latir despiadado. Había caído como un idiota en aquella trampa. Dorbog no era un enemigo para reírse, en especial cuando tenía armadura, y él ni siquiera estaba armado. Eso, y que estaba al borde de un precipicio. Se quedó callado, hasta que el último Bellow volvió a exclamar.

-Lo mataste. Ahora está... ahora están todos, todos bajo ésta, ¡ésta estúpida roca!

Los ojos se le veían enrojecidos, por ira o tristeza. Reed tenía miedo, pero no era por Dorbog. Sentía algo... algo muy extraño. Se sentía atrapado en la realidad como si esta fuera un sueño, como si en realidad jamás hubiera despertado de la noche anterior, o incluso de un pasado lejano.

Al hablar, su voz fue un murmullo.

-Lo siento. Arruinaba mi historia.

Había entreabierto los labios, y las palabras habían surgido sin que lo quisiera, dichas por alguien que era él, pero que también no lo era en lo absoluto. En la calma helada de aquella confesión, sintió por primera vez desde que había dejado el abismo de Belekraz algo de paz envolverlo, dándole serenidad. En Dorbog resultó el efecto totalmente opuesto: el enorme ahura pareció estallar y se abalanzó hacia él, quien apenas tuvo tiempo de intentar resistir el embiste –no lo lograría- para no caer al precipicio.

Antes de que Dorbog llegara a alcanzarlo, algo apareció desde la nada y chocó contra este, destruyéndolo como si fuera de papel y dejando un reguero de sangre a su paso. Reed se dio cuenta de que era eso: eso era lo que había estado temiendo, lo que había estado sintiendo desde que despertó.

Y, en aquel momento, recordó la primera conversación que había sostenido con Reaper a bordo del *Emperador*.

“Dos criaturas iguales, imposibles de dañar. Intentaría describírtelas pero sería un fracaso, a veces parecían ruedas y a veces lagartos. Se encontraban en mi camino mientras buscaba la espada Oblivion, y me han estado dando caza desde entonces.”

Dos. Había logrado librarse de la primera con dificultad junto con Daivok, la habían arrojado aún con vida a las entrañas del volcán. La charla de Reaper se había perdido en su memoria y en la confusión había creído que formaba parte de la prueba, pero ahora estaba seguro de que aquella cosa desentonaba con la montaña, era completamente ajena a esta. Y había una segunda, que acababa de desaparecer lo que quedaba de los Bellow.

“¿Por qué los ataca a ellos?”

Aquel extraño ser -que por el momento Reed podía calificar de rueda, pues parecía una enorme rueda de piedra filosa segmentada- barrió a Dorbog como si fuera manteca y luego rodó colina abajo, produciendo una serie de chasquidos similar al de su hermana decapitada por Daivok. Se detuvo de repente, los segmentos se abrieron y

desenrollaron: seis pares de patas violáceas salieron de los costados del caparazón, y una cola larga emergió, también de carne oscura y fibrosa. La criatura se movió ágilmente como una araña en aquellas seis patas insectiles, y encaró hacia Reed, para luego volver a enrollarse y tomar la forma de rueda, levantando rocas y polvo. Las manchas de sangre del ya muerto Dorbog seguían sobre su coraza, teñidas de un rojo ridículamente intenso.

Excavando el terreno bajo ella, la rueda giró acumulando potencia. Se lanzó esta vez sí hacia él, para aplastarlo, pero desde la niebla que había traído emergió Yeguilex y se interpuso, golpeando con su maza y haciéndole perder su trayectoria. Girando sobre el suelo, la coraza se abrió y la forma insectoide lanzó un chillido horroroso, desparramando pedruscos con su larga cola. Un poco más allá Reed vio a Reaper, pálido de pies a cabeza, y a través de la bruma adivinó las siluetas de Arksinad y los demás soldados que se acercaban.

Iba a advertirles, pero otra voz le interrumpió.

-¡Me busca a mí!- exclamó Reaper, abriendo su guadaña. Se lo notaba asustado por primera vez.- ¡Aléjense! ¡No hay forma de matar a esa cosa!

El insecto volvió a chillar y se enrolló, saliendo a toda velocidad hacia Reaper, quien lo esquivó tirándose hacia abajo. Terminó por chocar contra Yeguilex, que fue arrojado varios metros más allá. Sólo la armadura había salvado al capitán de ser arrollado.

El impacto no lo detuvo, sino que volvió a abrirse y fue hacia los soldados, que huyeron despavoridos, las flechas que le lanzaban sin surtir ningún efecto. Reed aprovechó la distracción para tomar su escudo, a duras penas vislumbrándolo entre la confusión, pero el depredador pareció advertir el movimiento, se enrolló y a máxima velocidad fue a arrasarlo.

El muchacho logró interponer su tesoro justo a tiempo. Al colisionar, la criatura giró inútilmente contra el acero, sin causar daño alguno, hasta que la acostumbrada luz grisácea la repelió arrojándola por los aires. Arksinad se quedó de pie, viendo como aquella mole salía volando hacia él, los dedos tomando su sombrero y la expresión decidida.

Extendió la mano hacia el monstruo, decidido.

-¡Shinoras!

Un resplandor blanco salió de la palma del mago, iluminando todo el lugar, disipando la niebla y cegando a todos por unos instantes. La luz era potente y brillaba como un sol, y, cuando se apagó, la horrenda criatura que desde hacía tanto iba por Reaper ya había dejado de existir, al parecer del todo borrada por la potencia de aquel devastador ataque. Arksinad parecía agotado y sorprendido.

Hubo un grave silencio, entonces, pues el asombro y el terror pasado los sorprendió a todos.

-¿Qué fue eso?

Todo había sucedido muy de repente. La niebla que el ser traía consigo se desvanecía, aclarando el paisaje. Arksinad, Reed y Reaper respiraban agitados. El mago miró al guerrero inquisitivo, y el otro cayó suspirando. Luego de una pausa y al recuperar el aliento, respondió.

-Un *Jormungand*- explicó- Una invocación mágica. Sus órdenes eran eliminar a cualquiera que usara armas forjadas por su invocador. Eso me incluye a mí... y a los Bellow.

-¿Su creador?- Yeguilex se adelantó hacia Reaper, mientras miraba de reojo las manchas que quedaban de Dorbog- A qué te refieres Assadan, ¿quién creó esa cosa?

-El mismo que creó el equipo que usaban los Bellow, y mi guadaña *Caronte*. – Miró de reojo al mago- También si no me equivoco el báculo de boca-cortada. Mi...- el rostro de Reaper fue cruzado por una mueca de dolor que lo atravesó como un relámpago- Mi padre. Su propósito era matarme. Es por eso que tuve que huir de mi pueblo.

16. El Despertar De Vannael

La ciudad principal de Cel-Neckar, Babel, jamás había estado tan radiante como aquel día, con el sol en su punto más alto iluminando cada rincón, reflejándose en los edificios y en las vitrinas celestes, mientras que los fuegos y aureolas de la magia que allí se desenvolvía le adherían un amalgama de color a aquella eterna blancura. Varios pavos reales albinos se paseaban, ufanos, por las calles de roca lisa, varios magos se cruzaban amenos saludos, envueltos en lecturas, varias personas intercambiaban palabras en los salones, y algunos hasta practicaban conjuros en las mismísimas calles, haciendo chispas y efectos que se disolvían en el aire.

Así era y había sido esta urbe, traída por su actual rey hace ya muchos años, el famoso mago Vannael Danterkiss Eel, quien se rumoreaba era tan poderoso que podía hacer volar la ciudad entera con un movimiento de su mano, y tan bueno y justo que jamás lo haría, ocupado en mantener la paz de sus habitantes. La magia del rey mago estaba impregnada en cada ladrillo de su polis, por lo cual su presencia se podía sentir en toda su extensión: así como la magia de Albion ocupaba Belekraz e impedía moldearlo, la magia de Vannael ocupaba Babel y permitía que los magos pudieran perfeccionar sus hechizos entre sus rincones y veredas.

En el mismo centro de aquellos muros se erigía una gigantesca torre, pura como el resto y de relieves dorados, que ascendía hasta las nubes y desde la cual se podía dominar toda la ciudad con la mirada. El símbolo del pavo real cubría la entrada principal y las ventanas estaban adornadas con elaborados diseños de la bandera del reino, una estilizada ala. Aquella torre, la Torre De La Alta Hechicería o Torre De Babel, su nombre más generalizado, era el centro de la ciudad, su núcleo y el corazón de toda la magia que existía entre sus muros. En su construcción se acumulaba tanto maná como para hacerla indestructible, sus adoquines resistían al más potente de los rayos, su piedra rechazaba hasta la mismísima suciedad, y por todo aquello era venerada en el resto del mundo como símbolo del poder de Cel-Neckar. Aquel era el hogar de Vannael, que sólo abría sus puertas a quienes su dueño accediera a recibir.

Era allí donde se dirigía la joven que caminaba tranquila por las immaculadas calles del mercado. Su identidad era un misterio, pues estaba cubierta con un blanco abrigo de hechicero, cerrado en el medio y con la enorme capucha colocada ensombreciéndole los rasgos. La túnica estaba adornada con bordados de algodón, y en general parecía ser unas tallas más grandes que quien la portaba: las mangas quedaban colgando, la cola de la capa se arrastraba por el suelo como si se tratara de un rastro de nieve que la seguía por las calles del centro.

Aunque la joven encapuchada sería realmente un espectáculo por su extraña vestimenta a los ojos de algún aldeano como Reed, nadie en la ciudad pareció prestarle atención. En general, todos los magos utilizaban aquel tipo de trajes, cada uno con un toque personal, ya fueran los remiendos que utilizaba Arksinad, pieles de animales distintos, joyas o cadenas incrustadas en las telas de los abrigos y en algunos ejemplos más prácticos, runas dibujadas en las mangas o, en el caso de Vannael, bordados de puro algodón.

Pues el traje que aquella mujer llevaba era el del rey mago, aunque él mismo solía llevarlo abierto y libre de capucha. La recién llegada sonreía mientras caminaba, largos mechones de pelo oscuro ya resbalando fuera de la oscuridad que cubría su rostro.

Poco a poco, mientras más avanzaba, la gente comenzó a percatarse de que llevaba la capa de su rey y de que se dirigía a la torre, y las miradas comenzaron a posarse sobre ella. Ninguno se atrevió a preguntarle nada, acostumbrados ya a las repentinas ausencias y reapariciones de su señor.

La extraña llegó sonriendo y se detuvo en la puerta principal de la esplendorosa construcción, para luego golpear el llamador. Solos, los goznes de la Torre de Babel chirriaron indicando que era bienvenida.

Pasó la entrada, desapareciendo de la vista curiosa de los ciudadanos, y continuó caminando hasta llegar al hall principal, donde una enorme escalinata con alfombra escarlata iniciaba el ascenso a las plantas más altas.

No necesitó subir las escaleras, porque ya una figura las descendía, lenta y pausadamente. La encapuchada levantó la vista para ver a un mago anciano, de larga barba blanca y cabello también largo y echado hacia atrás, que llevaba como vestimenta un abrigo amarillo chillón que ocultaba por debajo una armadura de tintes azulados. Descendía erguido y serio, caminando tranquilo pero con demasiado porte para su edad.

-Escaleras, escaleras y más escaleras... Estoy ya... muy viejo para esto...

La joven no dijo nada, pero se lo quedó mirando, sonriendo, hasta que el viejo terminó su queja y la enfocó, expresión amable en sus ojos. Ella se quitó la capucha para dejar ver su rostro, la piel tan blanca como el abrigo, antinatural, los ojos amarillos y rasgados, el cabello negro y sedoso cayéndole en mechones sobre la frente. Lo único colorido en ella además de aquellos endemoniados ojos eran sus labios, torcidos en una sonrisa irónica, casi de desdén. El viejo la examinó, algo más turbado, pero luego retomó su expresión amable.

-Bienvenida a la Torre De La Alta Hechicería, señorita...

-Mila.

-¡Mila!- el anciano mago se meció la barba, casi con alegría- ¡Un nombre como el suyo no se escucha mucho por estas tierras! He de suponer que está buscando al maestro Vannael, ¿o me equivoco?

La otra negó con un movimiento sutil de la cabeza.

-No se equivoca, Duran.

Duran no se sobresaltó ni un poco al escuchar su nombre: después de todo, él era el segundo a cargo de aquella torre. Si aquella mujer había preguntado, lo más posible era que cualquier persona de Cel-Neckar pudiera haberle dado el dato.

-Jovencita, llega en un mal momento. Vannael no se encuentra aquí. Su Majestad el Rey Mago ha tenido que partir en una importante misión. ¡Pero...!

Había levantado un dedo, repentinamente. La sonrisa de la joven se intensificó, escuchando, y el viejo mago se señaló su oreja, donde una gruesa línea negra rodeaba la carne para formar el símbolo de un número.

-Como el Dos del Geral Veintiún, soy el encargado de esta ciudad hasta que nuestro rey regrese. Así que, ¿qué necesita? Estoy seguro de que estos huesos ancianos podrán servirle.

-No hay necesidad de que se preocupe, Maestro Duran. He venido a traerle su abrigo a nuestro rey. El mismo me ha dicho que me esperaría, en este mismo momento, en el segundo piso de la torre. Si me permite pasar, le estaré muy agradecida.

Dicho esto, continuó avanzando por las escaleras, mientras Duran se quedaba ensombrecido, sin decir nada. Su ascenso no duró mucho: unos símbolos flotantes, como runas, se habían formado frente a ella impidiéndole el paso. A su espalda el anciano volvió a hablar, utilizando una voz muy diferente a la paternal que había fingido antes.

-No sé quién eres ni qué tratos tienes con Vannael, pero no me engañas, criatura. Te dejaré pasar por cortesía, y porque confío en el juicio que realizan las puertas de esta torre. Sin embargo, estoy sorprendido de que haya logrando poner sus pies aquí un ser tan detestable como una bruja...

Al decir aquella última palabra, Mila giró la cabeza para mirarlo, sonriente, pero Duran siguió hablando sin prestarle atención, como si pensara en voz alta hacia una mosca.

-Así es, estoy demasiado viejo como para que tu belleza me engañe. Pero no estoy demasiado viejo para matarte, eso tenlo por seguro. Recuerda que toda la Torre te vigila. Aquí en Cel-Neckar no valoramos a brujos ni a demonios.

-¿Qué nos diferencia tanto?- respondió Mila, mirándolo de reojo- Mi magia sale de demonios, y la tuya de humanos. Todos ustedes en sus muros blancos creen que eso los hace más dignos, más fuertes y más correctos, pero sólo intentan engañarse. Temen. Lo desconocido, y lo que está más allá. No son más que unos niños llenos de temor e inseguridad apuntándole con el dedo a lo que los supera. Me aburren.

El otro volvió su vista apenas hacia ella, y sus ojos llenos de furia bastaron para que la sonrisa de la bruja flaqueara un poco.

-Intenta hacer algo con Vannael, y sabrás lo que es el temor.

Mila no respondió nada, pero no parecía en lo más mínimo afectada. Las runas se disiparon frente a ella, y Duran continuó bajando las escaleras, al tiempo que ella las continuaba subiendo. El abrigo de Vannael ondeaba sobre el suelo al perderse la bruja por el umbral hacia el siguiente piso.

La segunda planta de la torre era donde, se decía, la magia de la ciudad estaba almacenada, y por lo tanto cualquier hechizo lanzado desde allí era al menos cien veces más potente. Era una habitación circular cuyo suelo estaba grabado con sellos y símbolos rúnicos, tantos que sus líneas se confundían entre sí como si fueran un simple entramado de baldosas irregulares. Al sur se encontraba el umbral para acceder, y al norte unas escaleras para continuar el ascenso. Una tercera entrada comunicaba con un balcón desde el cual ya se podía ver la mayoría de Babel.

Fue en principio un ameno latido lo que sacudió esas líneas, insuflándoles un brillo tenue, serpentino, que Mila contempló sin atreverse a pisar. Sólo cuando esa mínima esencia se repartió por todo el entramado la joven se decidió a hablar.

-Salve, Su Majestad. He venido a devolver su abrigo. Luego de que ese bastardo me apuñalara, las noches se volvieron tan frías...

Con esa última palabra, aquel resplandor se definió, cobró fuerza, impulso, se elevó en cintas eléctricas que rasgaron el aire pintándolo, desgarrando las cortinas hacia otra realidad para formar una alargada figura. Los colores se aclararon, sin prisas, sobre aquella superficie, hasta que su presencia se tornó física y completa frente a la bruja.

Alto, de atuendo blanco y majestuoso. No había ni un centímetro de piel que pudiera verse en aquel individuo: todo estaba envuelto; su rostro incluso cubierto por una elaborada máscara, la abertura de la boca similar a un trueno, y la de su ojo derecho adornada con una estilizada lágrima negra. El cabello le caía, largo hasta la nuca, despeinado y en grandes mechones sobre la frente, con el color y la impresión de las plumas de un cuervo.

Jamás nadie había visto a Vannael sin su máscara, y los rumores de por qué la usaba eran de lo más variados. Un decir, el más común, sugería que el mago tenía una enfermedad que endemoniaba sus rasgos, pues más de una persona había jurado ver un destello rojizo saliendo de órbitas al mover el rey su cabeza, pero, incluso si ese fuera el motivo, era también cierto que la gente amaba tanto a Vannael que en poco modo les hubiese importunado.

Aquel hombre era el rey de Cel-Neckar, el mejor hechicero del mundo, y había, justo en ese momento y en su torre, despertado de un largo letargo frente a la joven bruja.

-Mila- pronunció con su voz grave, serena, y luego agregó- No llames bastardos a quienes tanto nos ayudarán.

La sonrisa de ella se desvaneció al instante, e incluso pareció palidecer, pero al cabo de unos segundos recuperó la compostura, y con menos osadía hizo una reverencia al tiempo que arrimaba su abrigo a Vannael, quedando ella con un vestido rojo, de tiras, más revelador que el anterior. El rey de Cel-Neckar alzó sus brazos y por sí solo su abrigo se colocó sobre ellos, aumentando su aspecto de figura blanca, fría y celestial.

-Ansiaba su regreso- pronunció una reverencia intencionada la bruja. Vannael no pareció prestarle atención; en cambio, comenzó a avanzar a lentos pasos, musitando.

-Mientras... dormía, pude escuchar que los hermanos Bellow murieron, en confrontación con mi alumno y sus nuevos compañeros de viaje...

Mila lo siguió, y los pasos de ambos resonaron cruzando la habitación hacia el balcón.

-El mago, un guerrero kamuita llamado Reaper, y un pueblerino de nombre Reed. El último resultó ser más resistente a mis ilusiones de lo que creí posible.

-Como era de esperarse. Las cosas marchan como fueron planeadas, como ha sido siempre- anunció Vannael, y luego se detuvo- El joven... y Albion.

No dijo nada más, pero al llegar hasta afuera se detuvo en seco y alzó las palmas de sus brazos para arriba, extendidas hasta el firmamento.

-Todo sigue igual, nada ha cambiado desde que dormí. Mi largo sueño sólo ha servido para continuar regocijándome en cuán irritantes me son los humanos. Hay... tantos. Podemos hacerlos mejores. *¡Que este mundo oscurezca ante la luz de mi ascensión! ¡Selaphiel Shunoros!*

Al haber dicho aquella fórmula, varias cintas de luz rodearon sus brazos y cabeza como una gran aureola, flotando. Las tiras estaban hechas de magia y

contribuían a aumentar aquel aspecto de divinidad que tenía, un ángel blanco al que sólo le faltaban las alas.

Vannael observó por el balcón, Mila tras él oculta en la sombra. Con los brazos extendidos, anunció:

-¡Pueblo de Cel-Neckar, he vuelto!

Su llamado fue oído por toda la ciudad, como si la torre y su alrededor fueran uno solo. Cada esquina, cada callejón, edificio, salón, bar, jardín, plaza; cada lugar de Babel vibró y fue inundado por la voz del monarca. Al iniciar su mensaje, desde el balcón se pudieron escuchar los aplausos, los vítores del pueblo de Cel-Neckar que amaba a su rey y festejaba su regreso. Aquel día no era la primera vez que aquello sucedía. Varias personas que estaban por la calle de inmediato hicieron pequeñas reverencias en dirección al edificio central. La imagen de Vannael comenzó entonces a aparecer por toda la urbe, como si el mago hubiera creado cientos y cientos de representaciones de sí mismo y los hubiera distribuido por todos sus dominios. Las figuras hablaban y se sintonizaban con lo que decía, pero no parecían estar conscientes de qué había a su alrededor, no eran más que una imagen, una imagen para personificar sus palabras.

-¡He vuelto! –repitió- Seguiré aquí para ustedes... Y ustedes aquí conmigo. ¡Su rey los saluda! ¡Que su magia brille mil años más!

Los vítores de los magos estallaron por doquier, los brillos y destellos de saludos salían de las calles como fuegos artificiales. Toda la ciudad parecía haber entrado en una nueva celebración.

En ese momento se sintió un ruido apresurado por las escaleras, y el viejo Duran subió por allí a toda velocidad, incrédulo. Su cara de sorpresa no hizo más que intensificarse cuando pudo divisar a su rey volviendo con la misma bruja a la que había amenazado. Se arrodilló y al instante se incorporó, dispuesto a encontrar respuestas.

-Mi señor, ¿qué...?

-¿Alguna vez te he fallado, Duran?- preguntó Vannael con un tono que parecía reprenderlo. Duran cerró la boca, miró a Mila, y luego a Vannael, alternadamente. La bruja sonreía.

-No, mi señor- pareció ponerse más serio, e hizo otra reverencia más informal- ¿Desea que haga algo por usted en su regreso?

Vannael no le respondió por un rato, en el que avanzó tranquilo, con su túnica blanca ondeando a su espalda y las cintas de su magia deshaciéndose. Luego volvió a hablar con aquella voz serena.

-Arksinad Eel.

-¿Su alumno, Su Alteza?

Asintió con la cabeza.

-Necesito que averigües lo que puedas de su paradero y condición, Duran. Es una tarea que te encargo a ti.

-Usted sabía... desde el incidente...- el viejo mago dudó unos segundos y luego torció los labios bajo su barba- ¿Todo debe continuar siendo un secreto?

-En efecto- Vannael asintió- No queremos que los problemas se expandan. El pueblo debe vivir en paz.

El Dos del Geral Veintiún asintió, se enderezó dirigiéndole una mirada muy significativa a Mila y desapareció tras las mismas escaleras por las que había entrado. La joven rio, al parecer encantada.

-Has mandado al pobre viejo a una búsqueda inútil.

-Mi alumno está con sus dos compañeros y unos soldados renegados de Fariel, descendiendo Belekraz, quizás encaminándose hacia aquí para descansar. Sé todo lo que

hay que saber al respecto, pero las apariencias deben mantenerse.- se inclinó de hombros el mago.

Mila se aproximó al rey, quien la tomó de la muñeca y la acercó hacia él de un tirón, su máscara y el rostro de la joven a sólo centímetros de distancia. Tras las ranuras de los ojos su mirada era impasible.

-¿Y qué desea que yo haga?- inquirió Mila, la curvatura de sus labios torciéndose.

Vannael la soltó de sus brazos, y se apoyó sobre el umbral de la puerta, pensativo.

-Mandaremos a los Daevas contra Arksinad y sus compañeros. -sus ojos brillaron por unos segundos en la oscuridad de su máscara, rojos, sedientos.- Que los destrocen.

Por mucho que intentara pensar en que aquello le había salvado, no podía evitar lamentarse por la muerte de Dorbog. Sabía que el Bellow lo habría matado pero no podía culparlo, pues seguía sintiendo su alma retorcerse al recordar el asesinato que sus manos habían perpetrado y meditaba que, después de todo, razones de más había tenido para intentar tal ataque y lo poco de cabeza que le quedaba al salir de Belekraz no lo hubiese dejado actuar de otra manera.

Caminando cabizbajo y perdido en su melancolía, el escuchar un cuchicheo lo sacó de su lamento para llevar su atención a Reaper y Arksinad, que hablaban por lo bajo sin despegarle el ojo de encima.

Los miró, deteniendo su avance, temiendo que estuvieran comentando sobre lo ocurrido en las entrañas del volcán.

-¿Qué...?

-Reed- se adelantó Arksinad- ¿Has pensado que podrías ser descendiente de Albion?

Lo estudiaba con detenimiento, pero no por considerarlo un asesino. Entendió que debían de haber estado hablando de la barrera en el volcán.

Sin embargo, por algún motivo eso lo azoró más. ¿Familiar de Albion? ¿Le estaban tomando el pelo? Reaper dio una carcajada, al parecer compartiendo con la idea.

-Se cuenta que Albion tenía un acento muy extraño...

-Yo no tengo ningún acento extraño.

-Un acento como el de tu pueblo llamaría la atención de cualquiera dentro de los Reinos Superiores.

Aquello le hizo tragar saliva, dudoso de si lo hacía ver mejor o sencillamente ridículo ante la gente del continente central. Siendo que nadie había irrumpido en carcajadas al oírlo hablar, decidió que no debía preocuparse.

-En cualquier caso, por ahora son sólo unas casualidades de lo más interesantes- terminó concluyendo Reaper, y el joven de Vant le respondió con un rezongo ininteligible, sumido ahora de nuevo en sus pensamientos.

Los tres, ahora junto con los soldados de Fariel, descendían el último tramo de Belekraz, apurando el paso cada vez más ante la expectativa de llegar a tierra baja. El plan era simplemente regresar a buscar los falkins en la llanura, y sobre ellos emprender la marcha hacia Cel-Neckar, a reaprovisionarse, y de allí a Fariel, a cumplir la misión de conseguir la Estrella Oscura. En Deneb Algedi se separarían del capitán para marchar hacia Kamui.

-A propósito, Arksinad- reanudó la charla Reed tras unos minutos de silenciosa caminata, ecos de la anterior lucha resonándole cada tanto desde hacía horas- ¿Qué clase de hechizo fue ese? Era algo diferente a la mayoría de los que habías usado hasta ahora.

-Es mi mejor conjuro- sonrió el mago- De un tipo de magia muy poderosa, que domino tan poco que es para reír. A decir verdad, hacía ya un buen tiempo que no volvía usarlo, pero...

Pareció serenarse un poco.

-No puedo explicarlo, sentí la necesidad de atacar a aquella cosa con el *Shinoras*. Cuando... cuando Reaper dijo que nada podía dañarla. Ese hechizo es la luz divina que elimina cualquier obstáculo.

Reaper hizo una mueca que parecía una mezcla entre una sonrisa y una cara de extrañeza, y no preguntó más. El otro luego preguntó lo que todos querían saber.

-¿Y por qué tu padre intenta matarte? ¿Tiene que ver con que busques la espada Oblivion?

Lo habían estado meditando un buen rato, y Reed comprendió que el mago había llegado a las mismas conclusiones que él. Si se podía creer lo que Reaper le había contado, su padre había mandado aquellos *Jormungand* a cazarlo luego de que él comenzara a buscar la legendaria espada... ¿O había sucedido diferente? ¿Y por qué haría algo semejante? Reed nunca se había llevado del todo bien con su propio padre, pero la idea de que lo mandara a asesinar le resultaba devastadoramente triste.

La mirada del otro se ensombreció, pero luego la levantó, orgulloso.

-Yo... Quizás Vannael tenga respuestas sobre eso- dijo viendo de reojo el báculo de Arksinad- Puede que sea la última persona a la que viera antes de tener ese cambio de mentalidad. Y, quizás también, mi padre sepa más de esa magia de luz de lo que tú crees.

Dicho esto adelantó su camino, y no volvieron a hablar por un buen rato.

No hablaron más que en monosílabos hasta la noche, cuando acamparon al pie del volcán, resguardados del frío por una improvisada fogata con las leñas que habían cargado desde arriba y rogando a los dioses que la tormenta que hacía un tiempo se tejía sobre ellos no cayera en ese exacto momento a helarles más el sueño.

A la mañana siguiente se levantaron temprano, somnolientos y Reed, quien había tenido el último turno de guardia, pudo sonarse la espalda y cargar sus pocas provisiones, listo para llamar a los falkins que, de seguir allí, les facilitarían mucho el avance.

Por alrededor de una hora buscaron, en vano. Sólo cuando Reed ya desistió de tener comodidad durante su regreso, Gio y Bullwe regresaron de su propia expedición, acompañados por los tres pájaros. Se veían más saludables que nunca.

-Menudas monturas tienen, ¿eh, prisioneros?

Las aves habían pasado sus días pastando y alimentándose de alimañas pequeñas por los alrededores de la montaña. Ante todo, parecieron bastante felices de reencontrarlos. Al subirse, para deleite de Reed, su falkin no gruñó sino que se mostró más dócil que nunca, erizando su plumaje albino en busca de afecto. Sólo pareció incómodo en cuanto detectó al Behemoth, que les miraba con aprensión en sus minúsculos ojillos negros, mascando hierba ya sin prisas.

-Ahora es libre. Reportaré a Unnaon Gamma de su existencia para que no sea molestado- se compadeció Yeguilex, tal vez por primera vez en su vida, y con las manos tras la espalda emitió un prolongado silbido.

La tierra se sacudió de polvo cuando varios caballos, marrones, negros y grises, disimulados en la llanura al pacer, avanzaron como tropilla hacia ellos. Eran caballos del ejército de Fariel, entrenados para acudir ante aquel llamado. Bullwe, Gio, Leude y Org eligieron los mejores, mientras que los que sobraban, de los soldados muertos, fueron dejados atrás. Para el acelerado viaje de regreso que planeaban hacer, serían un estorbo.

-¿Pensaban que vendríamos a Belekras a pie y llegaríamos tan pronto?- se burló Bullwe al ver sus expresiones, tranquilizando a su corcel.

Sólo Yeguilex había quedado bajo ellos, y parecía continuar esperando. Reed se preguntó qué tipo de caballo aguantaría cargar a alguien con semejante armadura, pero concluyó que probablemente no existiera ningún caballo así, así que lo más probable es que el capitán estuviera esperando a algún tipo de falkin.

No tuvo palabras al captar a la montura de Yeguilex saltando por la llanura: un ser fornido, pétreo, en el cual se confundían rasgos simiescos con otros que lo hacían muy similar al mismo Behemoth. En cuanto el capitán le silbó, aquel ser se encogió para que el hombre se le subiera y luego volvió a erguirse, resistiendo el peso de la armadura sin inconvenientes.

-Vaya vaya- silbó Reaper impresionado- Jamás había visto uno de esos.

-No existen ni en Kamui ni en Fariel- se jactó Yeguilex- Esto es una Gargantúa. Ágiles monturas y ágiles luchadores. Los kiels los crían para sus hombres de mayor rango.

Con algo como aquello, era obvio que el capitán no ocultaba ante Fariel su condición de agente kiel. Ya no había dudas de por qué la Cámara De Los Diez no le había prestado ayuda en su misión de conseguir las gemas, mandándolo a su muerte junto con tres soldados y un grupo de mercenarios.

“Pero si Fariel sabe que Yeguilex es un agente de los kiels, ¿por qué no lo echan de la milicia?”. Había hablado con Arksinad de aquello, y el mago aventuró respuestas que implicaban las palabras corrupción, coima y conveniencia, y que sólo le hicieron doler la cabeza.

Con marcha energética, la montaña Belekraz fue quedando atrás. Con cada paso que los acercaba a Cel-Neckar, el camino fue gradualmente cambiando, la llanura seca se cubrió de pasto, el pasto de rocas coloridas, y pronto entre las rocas comenzó a fluir la corriente de un río, con cuyas frescas aguas aliviaron su sed. Sin las nubes que ocultaban el cielo, aquel hubiera sido un escenario digno de admiración.

-Oye, mago- dijo al cabo de un rato Yeguilex, tras meditarlo- ¿Por qué no nos transportas a Babel? Nos ahorrará mucho camino.

-No puedo transportar a tanta gente por mi cuenta. Además no es conveniente, llamaríamos mucho la atención- se excusó él, y aunque Yeguilex no pareció interesarse en insistir más, Reed pudo darse cuenta de que, como tantas veces, su amigo ocultaba algo.

Decidieron, por experiencia del grupo, rodear el Bosque de Los Toros, en donde habían encontrado a Mila, y tomar el sendero comercial menos conocido. A la tarde Leude cazó unas aves que engulleron asadas y, antes de que cayera la noche, la tormenta se desató sobre sus cabezas: la lluvia se desplomó, torrencial, inundando el camino de barro y obstaculizando la visibilidad. Subieron sus capuchas para resguardarse del aguacero, y avanzaron tolerando el frío cuanto podían a paso de tortuga.

Con vistas en hallar un refugio donde guarecerse, fueron pocos quienes notaron al silencioso relámpago que reventó frente al camino, causando que el caballo de Gio se encabritara y casi arrojara a su dueño al lodo. A una orden de Yeguilex la comitiva se detuvo; todos, entonces, vieron emerger de aquella centella a una figura femenina, ataviada con una capa oscura. La tela le ocultaba todo el rostro menos la boca y el cabello rubio, que se sacudía salvaje con el viento.

La encapuchada los miró, al parecer tan confundida como ellos. Su mirada ensombrecida los recorrió uno por uno, hasta que finalmente reconoció a Arksinad y sus hombros perdieron tensión.

-Ark.

El mago le devolvió el saludo, y de un salto bajó de su falkin, caminando entre los chaparrones de lluvia que descendían con fiereza y gritando para hacerse oír tras el estruendo.

-Hacía mucho tiempo que no te veía, Merady. ¿Vienes a broncearte bajo este ardiente sol?

Ella se bajó el manto para revelar ojos celestes, brillantes. La piel era casi tan pálida como la del mago, pero algo en su expresión le decía a Reed que se debía a una vida de encierros y no a algo sobrenatural como sospechaba tenía su amigo.

-Arksinad, malas noticias. Lamento tener que decírtelas de esta forma...

Reed se quedó viendo como hablaban, sin entender una palabra de lo que decían, los soldados de atrás tan confundidos como él.

-Es Vannael- le dijo la joven.

-¿Ha regresado?

El mago parecía resignado, y Merady asintió.

-Lo siento mucho Ark. Pude verlo. Estaba con aquella bruja que me mencionaste.

-¿Con Mila?- el mago levantó una ceja- ¿En público?

-Sí. Creo que Duran está sospechando algo, pero...

Esta vez fue a él a quien le tocó asentir.

-Lo sé, no te preocupes. Vannael no es descuidado, lo conozco. Tan sólo... Esperaba tener más tiempo. Si mi maestro ha logrado volver con tanta facilidad, ya habrá poco que pueda hacer para oponérmele.

-Ark. No puedes volver a Babel. Esa ciudad es suya, sabrá cuando la pises.

-Tampoco sería muy recomendable que me pasara por Cel-Neckar en general- sonrió con tristeza el hechicero y luego la miró, contrariado.- ¿Y qué harás ahora? ¿Te quedarás con nosotros? Será un viaje largo hacia Deneb Algedi.

-Hum. Me temo que no. ¿No sería más conveniente que me mantuviese en el castillo, mientras pueda? Además, Eluid ha vuelto a irse. Si quiero dejar Cel-Neckar, preferiría avisarle antes del peligro que puede llegar a correr.

-Supongo que tienes razón...- Arksinad se pasó una mano por el cabello empapado bajo el sombrero, y luego miró hacia el cielo nublado- Que locura. Las tormentas realmente auguran cosas malas.

Hizo una reverencia exagerada a la joven, quien le sonrió con tristeza.

-Ha sido un placer volverte a ver.

Se saludaron y luego Arksinad golpeó el suelo con su vara, extendiendo el campo de transportación, pero sólo ella se metió para luego desvanecerse, como si jamás hubiera estado allí. Arksinad se dio vuelta ante los extrañados soldados. En la furia de la tormenta, su voz sonó a todos curiosamente serena.

-Ir a Babel sería un suicidio. Debemos encaminarnos directamente hacia Fariel, ¡y rápido!

Cabalaron al doble de velocidad, ignorando la tormenta y los relámpagos, desviándose del sendero a Cel-Neckar, para pasar por bosques, montes y caminos ondulados, todos regados por la densa lluvia que embarraba las herraduras de sus caballos y sus capas. La montura de Yeguilex, aunque pesada, tenía una velocidad formidable, y avanzaba a grandes trancos, arrancando la maleza del camino a zarpazos limpios de sus garras. Reaper iba al lado del capitán, y Arksinad y Reed los seguían por detrás, charlando.

-¿Quién era esa joven?

-Merady Skardtril, de... Rigel, una amiga. Al parecer vino para avisarme que corro peligro en Cel-Neckar- le explicó, y resultó obvio que en la forma en la que contaba aquello no estaba reflejando el miedo que en realidad sentía.

-Escuché algo. ¿Tienes problemas con tu maestro? Tenerte corriendo de un lado a otro no parece la mejor forma de enseñarte magia.

-Pues dudo que me quiera enseñar algo, o que siquiera lo pueda seguir llamando maestro- confesó su amigo- Tuvimos una... eh...- pareció meditarlo y después concluyó- diferencia de opiniones hace un tiempo, y me vi obligado a enfrentarlo.

El padre de Reaper, y el maestro de Arksinad. Las cosas no pintaban bien para ellos dos. Agradeció a todos los dioses que su mayor figura paterna, Scarrow, no hubiese intentado nunca matarlo. Y su padre real, Hawke Id Vant, si bien nunca había sido muy apegado tampoco había llegado a tales extremos.

-¿Luchaste contra Vannael?- preguntó entonces Reed impresionado, primero, porque la descripción de Vannael que le había dado su mentor jamás hubiera dado lugar a aquella idea, y segundo, por la osadía de su compañero, quien dio una carcajada incrédula.

-¿Luchar?- el mago sacudió la cabeza- No tendría las más mínimas posibilidades de ganarle, Reed. Le tendí una trampa, y logré mantenerlo alejado lo suficiente como para salir de su mira. Sabía que tarde o temprano volvería, pero albergaba la esperanza de que ese momento se demorara más.

-¿Cuánto crees que tarde en venir por nosotros?- inquirió Reaper, quien, delante de ellos, había estado escuchándolos.

-Vamos, Reaper- dijo Arksinad con una resignación desesperada- ¿Crees que se tomará el trabajo de venir personalmente? A este punto, ya debe haber enviado a...

Tuvieron que dejar de hablar, pues Gio profirió un grito de alegría: habían dejado aquel sendero boscoso de roca para asomarse a un puesto de descanso: Mib, marcado en el mapa como un pueblo cercano a la periferia de Deneb Algedi.

Dejaron las monturas ante un asombrado pueblerino y, gracias a la autoridad de Yeguilex, consiguieron amparo en una posada sin necesidad de tener que pagar una sola moneda. El militar dio permiso a sus hombres para que descansaran del servicio, mientras que él y su teniente, siempre trabajadores, discutirían la mejor coartada para salir adelante con el plan de acción.

La posada estaba llena hasta reventar, hombres y mujeres que reían, bailaban y gritaban al mejor estilo de Fariel. El trío tomó unas sillas y se sentó en una mesa apartada, cerca de donde una bailarina movía sus caderas imitando una danza tradicional de la zona.

Pidieron alcohol y lo bebieron en paz, embriagados por aquella calidez interior, esplendorosa en comparación con el arduo camino realizado allá afuera bajo la tempestad y la noche.

Fue un largo silencio, y luego Arksinad habló.

-Todo ha resultado bien.

Reaper soltó un gruñido.

-No digas eso, boca-cortada. -dijo mientras bebía su tercera jarra, con una velocidad que Reed jamás había visto en nadie- Nunca digas eso. Es la alarma de los dioses para mandarnos una piedra enorme en el camino y matarnos a todos.

-Caray, que amargado- rio el mago, y Reed asintió. El aludido les respondió tomando un largo trago de cerveza.

Se podía oír a Gio, Leude y aquel viejo mercenario llamado Org más allá, silbando y aplaudiendo a las bailarinas. Una camarera les trajo varias lonchas de tocino, que devoraron a gusto.

-Que me maldigan si no necesitaba esto- rio el de Kamui terminando su jarra, todavía un trozo de tocino sin masticar estacionado entre dientes.

-¿La comida, el alcohol o las mujeres?- inquirió el mago.

-El alcohol, por supuesto- el guerrero terminó de engullir y de un manotazo arrebató parte del tocino de Reed, que se dispuso a comer sin preámbulos- Teníamos deliciosas setas y carne podrida en Belekraz, y mujeres, bueno, boca-cortada es lo más parecido...

Arksinad se atragantó, escupiendo su bebida.

-...pero que me pise Spenta si no necesitaba un trago después de toda esa mierda.

Reed rio, y luego miró al mago.

-Hablando de eso... Aquella joven del camino, Merady. ¿Es una maga?

El otro negó, usando la manga de su túnica para limpiar sus labios.

-Pero pudo transportarse hacia dónde estabas tú.

-Pero no lo hizo por sus medios...-bostezó Arksinad- Hace un tiempo le hice un Sello de Convocación. Es un sortilegio un tanto común en mis tierras. Te permite viajar a donde se halle la otra persona con el mismo sello en un abrir y cerrar de ojos.

Reaper había pedido tres jarras de cerveza más, una cortesía inútil al estar tomándoselas todas él.

-¿Entonces, yo podría hacer algo así con Scarrow?

El mago asintió, sonriente, saboreando un poco más de su jarra.

-Pero Scarrow tiene que estar de acuerdo. Un enlace mágico es algo muy personal, no creo que quisieras que cualquiera pudiera aparecer de la nada al lado tuyo, ¿no?

-O sea que tú y la joven... Ugh... Mimí... -el guerrero tomó más de aquel brebaje fresco y manoteó sin modales la jarra de Reed para seguir bebiendo- ¿Son muy... personales?

El mago hizo una mueca, mirando a Reaper divertido.

-Es como una hermana ¿Cuántas vas tomando?

-Pues en unos segundos, tres más de las que ya tomé... ¡Camarera!

Otras tres cervezas fueron dejadas frente a Reaper, quien dio una carcajada.

-La verdad es que odio el alcohol pero... el capitán paga...- bostezó y de un trago desganado acabó con la primera jarra- Pero no me cambies de tema, corte-de-boca... Caray, ¿ese es tu tipo...? Es un poco joven pero está... este bien- bebió de la otra jarra y sin querer la dejó caer al suelo, gruñendo mientras los fragmentos de vidrio se desparramaban en un estrépito enmudecido por el bullicio del lugar. Arksinad y Reed rieron, viéndolo tambalearse, pero un hombre enorme se les acercó por detrás, con ánimos de querer pelea.

-Estás armando mucho desastre para ser alguien tan nuevo, forastero.

Reaper levantó otro de sus vasos llenos, como brindando por él.

-No sabía que se necesitaba ser... ser... viejo- acabó todo de un trago y lo dejó en la barra con un sonido seco, mientras se secaba la boca con la manga.

El hombre hizo un ademán de golpear pero Reaper, borracho como una cuba, lo esquivó tendiéndose hacia atrás en la silla y luego, cuando volvió a enderezarse, le soltó tal cabezazo que lo dejó tumbado.

La música se interrumpió de repente, y el sonido de varias sillas moviéndose los percató de que una buena parte de los visitantes del lugar se había incorporado, tensos.

Probablemente amigos de aquel matón.

Reed vio a Arksinad sujetar su sombrero y sonreír peligrosamente, y también vio a los hombres de Yeguilex más allá apoyar las manos casualmente sobre sus armas, preparados.

Hubo un silencio estremecedor, interrumpido solamente por los sorbos de Reaper quien, ajeno a todo esto, seguía bebiendo. Dos hombres de aspecto reacio se aproximaron hacia el borracho, pero él apoyó sus palmas descuidadamente en sus pechos y de un empujón los mandó hacia atrás volando, sin siquiera mirarlos.

-Reaper, ¿cómo diablos hiciste eso?- alcanzó a susurrar Reed, viendo como los hombres salían despedidos contra unas mesas, al lado de su compañero caído. El joven lo miró con ojos perdidos.

-¿Hacer...? ¿Hacer qué cosa?

Giró en el taburete y terminó de beber de la jarra de Arksinad, encarándose a la multitud que lo miraba, lista para luchar, mientras él se rascaba el cuello y suspiraba, con los ojos cerrados.

-Menuda mierda... Me voy a dormir.

Y comenzó a caminar. Más de una vez alguien lo intentaba derribar, incluso a veces de a cuatro, pero él se los libraba a simples manotazos, tambaleándose por el piso adormecido y golpeándolos con las palmas.

Cuando ya había llegado al centro del salón y la cantidad de desmayados formaba una pequeña montaña, Reaper pareció recordar algo y se dio vuelta, indignado.

-Joder, pongan la música. Estamos bailando y no hay música.

Los músicos accedieron encantados, y el sonido de las cuerdas volvió a llenar toda la estancia. Más hombres se lanzaron contra el guerrero, quien los esquivó sin cuidado y deslizando el pie los hizo chocar contra el piso, para pasarles encima. Reed vio a los soldados de Fariel, que se incorporaban riendo, y luego otros hombres más se levantaron, y en apenas unos segundos todo el lugar era un caos: sillas que volaban, golpes, empujones y alaridos, todo mientras él estaba allí sentado con Arksinad, observando.

-En Gikeldor es peor- le comentó el mago- O mejor, depende de cómo lo veas.

Gio, Leude, Bullwe y el viejo Org peleaban contra todo el mundo, golpeaban con sillas, reían y bailaban al son de la música, y pronto ya todo el mundo luchaba entre sí, gritando y riendo no sin cierta camaradería, la pulla anterior reemplazada por un simple espectáculo, un pozo común donde las carcajadas, la danza, el empuje y el puño eran los ingredientes de una diversión frenética. Lo principal del evento, sin embargo, parecía ser Reaper: se gritaban las apuestas sobre quién podría derribarlo, pero uno tras uno todos fallaban ante el confuso estilo del guerrero que, totalmente inconsciente, se paseaba tambaleante por entre las mesas intentando encontrar su habitación.

En su asombro, Reed pronto vio una mano que lo sujetaba, que lo invitaba a unirse a la refriega: la misma camarera que les había traído las cervezas lo contemplaba con una sumisa sonrisa y le tendía las palmas para bailar. Era una muchacha de cabello anaranjado y rostro agradable. Se puso rojo y se dejó llevar, inexperto, mientras volaban sillas sobre su cabeza y la gente se chocaba y golpeaba, confundiendo el baile con la pelea. Pronto comenzó a entender más cómo hacerlo y, cuando se comenzaba a sentir seguro en sus pasos, una enorme mole disfrazada de hombre salió despedida hacia él, empujada por las palmas de Reaper, impactándolo, separándolo de su compañera, de su orgullo y lanzándolo contra la pared.

-¡Lo siento Reed!- exclamó Reaper desde el otro lado- Pensé que... ¿Maldición, en dónde diablos estoy?

Arksinad se desternillaba de la risa, así que Reed se sintió bastante complacido cuando una silla golpeó al mago en plena cara. El joven de Cel-Neckar se levantó hecho una furia, pero Reaper lo agarró del cuello de la camisa y lo levantó, examinándolo con ojos turbios.

-Baila.

-No gracias, yo no...

Reaper dio una carcajada y de un empujón lo lanzó por los aires contra toda la gente, al tiempo que tomaba otro trago más.

-¡Baila, Arksinad...! O canta o...- cerró los ojos y bostezó- Haz algo...

El mago se abrió a empujones entre toda la multitud, y luego cayó de bruces en donde las bailarinas danzaban, pero Reed vio que reía y se arrojaba contra el escenario, sentado mientras movía los pies al compás de los bardos, una canción alegre que apenas podía escucharse por todo aquel ruido.

*“Y si tú debes partir...
Recuerda siempre que...”*

Quiso volver a bailar, pero Bullwe estaba con la camarera de antes, y ya no venía al caso hacerlo. Gio pasó a su lado y lo hizo unirse a la pelea, metiéndolo en toda la muchedumbre de golpes y empujones.

*“...esta vida sólo vale
Lo que tu alma le dé...”*

Esquivó un golpe, recibió otro doloroso en la espalda y luego de una embestida lanzó a otro hombre contra una silla. Se dio cuenta de que reía.

*“...Sólo sigue viajando,
Por el camino ya pisado,
Somos todos soles que brillan,
Y aunque nos apagaremos...”*

Recibió otro golpe, vio a Leude a su espalda, riendo, y luego se tropezó con algo sólido: Reaper había caído, no por un golpe, sino víctima del sueño, roncando a pierna suelta contra una de las paredes de la taberna. El viejo Org estaba a su lado, con un pie encima de él como declarando una victoria que no le pertenecía.

“...es el viaje que hacemos...”

Gio lo empujó amistosamente y estuvo a punto de devolvérselo, pero de pronto toda la lucha se interrumpió. Yeguilex estaba allí parado, mirándolos a todos con expresión severa, y tal era su porte que el mundo había enmudecido. Un capitán de Fariel era fácil de reconocer, y esa armadura lo delataba mucho. A diferencia de sus hombres, no había consentido en quitársela.

Se produjo un silencio sepulcral otra vez. Gio silbó, Bullwe dejó a la camarera y tomó asiento junto con Org, y Leude quiso intentar encogerse más de lo que le permitía su altura. El capitán ni los miró.

-¿Alguien conoce a Luwo? ¿Luwo Id Mib?- inquirió Yeguilex, y Reed comprendió por qué habían parado en aquel pueblo cuando podrían haberlo hecho mucho antes, en cualquier otro.

Un hombre se acercó a Yeguilex, respetuoso.

-Era un bribón de por aquí...- le dijo, y varios rostros asintieron- Pero no se lo ve desde hace una decena de años... ¿Qué ocurre con Luwo?

Como toda respuesta, el capitán se arrodilló e inclinó la cabeza.

Hubo varios murmullos en la sala, y Reed vio el rostro del hombre palidecer, para luego preguntar.

-¿Fue condenado?

Yeguilex negó.

-Bajo mi servicio.

El hombre asintió, y luego señaló a los músicos.

-Ustedes, sigan tocando. Aquel patán hubiera querido un funeral con risas, no está mierda. ¡Vamos, vamos!

Se preguntó cuál de todos los mercenarios muertos habría sido Luwo, pero prefirió no saberlo. Yeguilex se incorporó, y toda la diversión comenzó de nuevo, mientras el capitán y el hombre hablaban. Reed vio como Arksinad y Bullwe cargaban a Reaper hacia las habitaciones, pero decidió quedarse un rato más para disfrutar de aquel agradable descanso.

Mientras todos se divertían al compás de la música, Reed pudo comer a gusto entre la gente, cerdo enmantecado, beber cerveza por primera vez- no había mucho alcohol en Vant, además de los toneles de bebidas extrañas de Scarrow y el vino que su padre guardaba en la pequeña bodega- lavarse y luego dormir, tranquilo y en paz, en una cama real, como hacía ya tanto tiempo añoraba. Y disfrutó de aquel cómodo sueño como nunca lo había hecho en su vida, con el escudo bajo su cama, y ninguna pesadilla ni horrible alucinación lo asaltaron.

Se levantó con tanto ánimo como para repetir toda su aventura de nuevo, con todas sus penas y felicidades incluidas. De Reaper no se podía decir lo mismo: no recordaba nada de la otra noche y tenía una resaca de temer. Arksinad no se cansó de inventarle historias diferentes sobre lo que había ocurrido durante su borrachera, con el único propósito de hacerlo enfadar.

Desayunaron ligero y pronto emprendieron de nuevo la marcha en las monturas, no sin que Yeguilex se ofreciera a pagar todos los daños de la taberna. Sólo el viejo Org pidió permiso para permanecer en aquel pueblo, que tan cerca del suyo quedaba, a lo cual el capitán accedió sin poner trabas. En aquel momento, el número de hombres ya no era una preocupación.

Fueron pasando parada tras parada, cada siguiente pueblo más avanzado que el de Mib, hasta que llegaron a un puente de piedra que cruzaba un riachuelo que ya muchos conocían.

-Volvemos a Deneb Algedi, capital de Fariel- dijo Bullwe, aspirando el aire- Hogar, dulce hogar, y a Belekraz que le den por el...

-¿Iremos al Templo directamente?

-Debería presentar un informe oficial a la Cámara De Los Diez, pero en este momento no estoy de humor- explicó el capitán- Además, lo mejor será que nos apresuremos hacia el Templo. No sabemos qué nos aguarda allí.

-Cuanto menos, cientos de hombres de la milicia preparados para apresar a cualquier intruso. Necesitaremos armaduras como las que llevan ustedes para pasar – habló Reaper, y luego repasó- Una vez allí, nos encargaremos de conseguir la Estrella mientras nos cuidan las espaldas.

Yeguilex se mostró de acuerdo con el plan.

-Pero recuerda que, en lo posible, me gustaría que el Templo quedara abierto, y que no se llevaran ningún otro tesoro que no sea la Estrella. Con ese acuerdo me será

suficiente- lo terminó, y el guerrero asintió- Reportaré a la Cámara que la Estrella es un mito. Dadas las circunstancias, no tendrán más opción que creer mis palabras.

-Bueno, ¿qué podría salir mal?- sonrió Gio, y Yeguilex dio la señal de continuar avanzando hacia el destino final, el Templo del Centro del Mundo, que, ahora ya sí, podrían abrir con las gemas.

Ninguno de ellos sabía qué tan importante realmente era y sería aquel lugar, ni cómo sus destinos se volverían a cruzar en él, años después.

17. Donde Se Pudren Los Malditos

Allí estaban, frente a la puerta del Templo de nuevo. Seguía igual de imperturbable que antes allí tendida en el suelo, una reliquia olvidada y marchita por la ruina, e incluso las runas que habían aparecido al incrustarle el escudo se habían disuelto hacía tiempo. Todo lo que había pasado hasta ese momento, todas sus desventuras y penas habían sido para abrirla. Y ahora por fin tenían las llaves necesarias.

Habían tenido que pasar un férreo control para llegar al final de su camino. En un perímetro de kilómetros a la redonda varias tropas de Fariel se hallaban acampando, listas para capturar a cualquier intruso que se acercara al Templo sin permiso. Yeguilex los había hecho parar antes de incursionar por esos territorios y les había conseguido armaduras de la milicia, que se colocaron para atravesar los puestos simulando ser simples mercenarios. A Reed el casco le quedaba apretado y la armadura incómoda en general, la pechera y las piernas le pesaban. Reaper parecía sentirse a gusto, aunque la suya era mejor, y a Arksinad le costaba moverse; cada tanto tenía que detenerse a respirar y se controlaba en el reflejo del agua, los dioses sabrían porqué. Habían dejado a los falkins en un lugar alejado pues atraería la atención ver soldados con semejantes monturas, y sólo el capitán continuaba sobre su imponente gargantúa. Así y todo, habían sido muchas las miradas sobre ellos en cuanto pasaron las carpas que rodeaban la lejanía del Templo como una muralla.

Luego le habían hecho preguntas al capitán, sin demora. Varios hombres de otros escuadrones que se encontraban allí apostados se ofrecieron para acompañarlos en ese último tramo, pero Yeguilex se negó. Casi todo el control que había parecía sorprendido de ver a tan reducido grupo volviendo de la montaña. Era probable que hubieran estado esperando a los Bellow. Una vez superado aquello, tuvieron un tiempo para quitarse aquellas molestas armaduras y prosiguieron el camino hacia donde ahora se hallaban, el Templo del Centro Del Mundo.

En silencio, como si se tratara de una ceremonia, Arksinad se quitó el sombrero y mostró la gema en su palma, de color violeta muy oscuro, casi negro. Se la tendió a Reaper quien, silencioso también, se arrodilló junto a la enorme puerta de piedra y la incrustó entre los puntos sur y oeste de la estrella que aparecía grabada; aquella estrella que estaba también repetida en los libros de Scarrow y en el escudo de Reed.

No ocurrió nada cuando lo hizo, pero aquello no los desanimó. El mago sacó de su sombrero la segunda gema, la de color celeste, y se la tendió a Reed, quien la colocó entre los puntos norte y este de la puerta. Ambas joyas contrarias brillaron imperceptiblemente, y Bullwe, más maravillado que nunca, tomó la tercera que el mago tendía y la colocó debajo. Arksinad le dio la última a Reed, quien con parsimonia la incrustó sobre su muesca, expectante.

En el instante en que colocaron la última joya, todas se decoloraron, quedando con su anterior tono rojo, y de cada una emergió un brillo que se vertió como líquido por cada una de las grietas y grabados de la piedra. Reed tardó un poco en reaccionar, maravillado, y colocó, otra vez, su escudo en el relieve correspondiente. La estrella dorada y la muesca del templo se conectaron, y la llave comenzó a girar a toda velocidad, formando distintas combinaciones para destrabarla, hasta que con un chasquido seco se soltó.

Como cualquier mecanismo que no se usaba en tantos años, la roca pareció atorarse durante unos torturadores momentos. Luego comenzó a descender, dejando sobre sí un pozo al que, cuando ya se veía demasiado profundo, Reaper se arrojó.

-¡Rápido, vamos!

Reed no lo pensó mucho y lo imitó, junto con Arksinad. Fue una decisión afortunada: de haberse demorado, la entrada hubiera descendido lo suficiente como para que la caída resultara peligrosa. Alzó la vista: dentro del círculo iluminado de aquel pozo, la figura imponente de Yeguilex se recortaba contra la luz de la mañana. Se preguntó qué tanta confianza aquel hombre les tenía como para no enviar a nadie con ellos, pero cayó en la cuenta de que, probablemente, la única salida del templo fuera aquella por la que ahora bajaban, y que en el futuro ellos necesitarían la ayuda del capitán. Si lograban tomar la Estrella y escapar de la ciudad, aún habría mercenarios y soldados de Fariel a la caza de sus huellas.

Existía también la posibilidad de que Arksinad pudiera transportarlos desde adentro, lejos de Yeguilex y sus hombres. Sin embargo, si de algo él estaba seguro era de que Reaper no planeaba romper su acuerdo con el capitán. Qué ocurriría más allá de eso era algo sobre lo que no se atrevía a apostar.

Al terminar el antiguo mecanismo de descender, se hallaron en una caverna, visible apenas por un vago resplandor celestino. De más estaba decir que Reed se consideraba hartito de estar bajo tierra, pero aquel lugar era diferente: parecía lleno de frescura y vida, ni se sentía en él el encierro ni la oscuridad. Estéticamente también aquel sitio era distinto al interior de Belekraz; rocas grisáceas, frías, y el camino indicado por unas grandes losas que continuaban hasta la entrada de un túnel cubierto de

neblina. Eso, claro, sin mencionar la ausencia de la lava que tanto había mermado sus ánimos a la hora de buscar las gemas en el volcán.

-Miren- murmuró Reaper levantando la mano hacia arriba y, mientras Reed salía de sobre la puerta, alzó la vista para observar que todo el techo del lugar estaba recubierto por amatistas de diversos tamaños, que dominaban todo y parecían latir con la fuerza de un débil corazón.

Arksinad parecía maravillado.

-Eso es magia. Magia viviente, que ha estado aquí desde hace siglos. Explica mucho por qué nadie ha podido acceder al templo cavando.

Reed caminó un poco por las losas mudas, maravillado ante las gemas latentes. Un viento gélido surgió de la entrada que había más adelante y envolvió al trío, pasando entre ellos trayendo consigo susurros que se deslizaron por todas las paredes. Sintió el impulso de meterse en el túnel y correr hacia... ¿Hacia qué?

No sabía lo que era, pero sabía que lo estaba esperando.

Tanto Arksinad como Reaper parecían sentir, quizás en menor medida, lo mismo, pero ninguno de los tres se aventuró a decir algo al respecto.

Ingresaron pasando la niebla, en silencio y, mientras más avanzaban, más el túnel se hacía frío y se estrechaba. Les llegó otra corriente de aire helado desde la salida, lo que, de alguna forma, los incitó a apresurar la marcha. No podían darse el lujo de demorarse, sobre todo porque Yeguilex los estaba esperando en la superficie, reteniendo a cualquier persona que pudiera entrar al Templo a darles problemas.

Emergieron del pasaje estrecho y continuaron por las losas, cada vez más extensas bajo sus pies. Avanzaron y avanzaron tomando un rumbo ascendente, luego bajaron por la roca deslizándose como si fuera un gran tobogán duro y gris, que abruptamente subía para convertirse en un precipicio. Reaper dio una exclamación, impresionado con la visión que se extendía abajo.

-Por Ianna, era cierto...

Ni Reed ni Arksinad pudieron resistir la curiosidad, y, agachados, se asomaron para ver lo que había bajo los cimientos de Fariel.

La ciudad más magnífica pero derruida que jamás hubieran visto se alzaba, triste pero imponente al mismo tiempo, contenida por la inmensa caverna que se abría bajo sus ojos. Era una polis abandonada, de edificios grisáceos y formas variadas, esféricas, cuadradas, que parecían de otro mundo, carentes de toda vida. Tenía un aire irreal, fantasmagórico, y su centro se elevaba como un monumento por sobre encima de todo, aunque el edificio principal, que quizás antes se alzaba con el porte de un palacio, se hallaba en ruinas.

Reed pudo observar desde allí que, extrañamente, muchas de las construcciones estaban agrietadas, colocadas de maneras bruscas y demolidas, algunas casas incluso arrojadas de lado como si las hubieran construido con las puertas en el techo, la mayoría cruzadas por gigantescos hoyos, de variados tamaños aunque un examen más minucioso podría haber concluido que aquellos huecos disminuían su grosor mientras más se alejaban del centro de la ciudad. Daba la impresión de que una hecatombe había derribado la ciudadela para dejarla en aquel estado.

El techo de la caverna que albergaba aquella obra estaba también surcado de amatistas que resonaban latiendo, y bajo ellas los callejones parecían estar siendo recorrido por susurros diversos. Él cerró los ojos unos segundos para intentar captar alguna de aquellas palabras, tan familiares, pero por más que lo intentó no pudo conseguirlo.

-Hay tanta magia en este lugar que casi no puedo soportarlo- dijo Reaper con una mueca de sorpresa, respeto y asco combinados de manera desigual.

Había roto el silencio espectral que se había formado desde que contemplaban, y mentalmente Reed se lo agradeció. Luego se dio vuelta para ver a Arksinad.

-Boca-cortada, quizás me equivoco, pero me parece que esta ciudad está completamente hechizada... ¿Me equivoco? Dame una buena noticia y dime que sí.

El mago negó.

-Es un hechizo, y muy viejo. No estoy seguro si es del mismo mago que puso las amatistas sobre nuestras cabezas, pero, considerándolo, creo que no puede ser más que una especie de voz de alarma.

-¿Alarma?- inquirió Reed, y su compañero se volvió hacia él con gravedad.

-Después de todo, hemos interrumpido en un templo que no ha sido tocado en años. Tuvo que existir algún motivo por el cual entrar aquí fuera tan difícil.

Aquellas palabras quedaron rondando un rato en su cabeza, lo que implicaban. Abajo, la polis continuaba susurrando cosas que no podían comprender, llantos de horror y de un pasado, algo que había sido olvidado. Por el temor que sentía, su voz se volvió un murmullo.

-Arksinad, ¿crees que la ciudad... le esté intentando decir a sus habitantes que hay intrusos?

Había un miedo vago, débil, que poco a poco lo dominaba. El mago no respondió por un rato, en el cual los susurros y las palabras entrecortadas se intensificaron más y más. Luego sonrió.

-¿Qué habitantes, Reed? Yo diría que la alarma es para nosotros, que nos hemos metido en esta tumba. Nos está avisando que debemos marcharnos a toda velocidad mientras seamos capaces. Debe haber cosas muy viejas y muy malas por aquí.

Sintió que un escalofrío le recorría la espalda, y Reaper se adelantó, serio.

-Estamos debajo de Deneb Algedi, de la capital, el centro de Fariel. ¿Sabe la gente del reino que pasan sus estúpidas vidas varios metros sobre este cementerio?

-Más importante- señaló el mago- ¿Cómo llegó una ciudad tan grande aquí bajo el suelo?

-Parece como si hubiera perdido los cimientos, o como si la tierra la absorbiera- señaló el de Kamui los edificios destrozados e irregulares del lugar que se podían ver desde la altura- ¿Tú qué crees, Reed?

El muchacho miró la ciudad espectral con respeto, y luego señaló el techo lleno de amatistas.

-Tengo la sensación de quien haya hecho eso para hacerla inaccesible, también fue quien la hundió. Alguien realmente no quería que nadie entrara aquí. Lo que me hace temer es el porqué.

-¿Hundir una ciudad?- chistó Reaper incrédulo, desviando la vista de las ruinas de abajo para mirarlo- ¿Quién iba a hacer eso?

-No es imposible- lo corrigió Arksinad, siempre sonriente, aunque la falsedad de esa mueca era mucho más evidente en aquel escenario- Un mago con un poder como el de Vannael, o cualquiera de los primeros tres del Geral Veintiún tiene la capacidad de hacerlo, aunque no necesariamente la habilidad. Después de todo, recuerden que fue Vannael solo quien según la leyenda trajo de los cielos la ciudad de Babel.

Reaper calló y pareció quedarse meditando, mientras observaba, pero en cambio Reed preguntó, parte por curiosidad y parte para desconcentrarse.

-Dijiste los primeros tres... ¿Quiénes son los magos más poderosos del Geral Veintiún?

-El primero es Vannael, obviamente- recitó Arksinad no sin entusiasmo- Luego está el viejo maestro Duran, aunque dudo que él haya sido el responsable de esta obra. El tercero es un joven llamado Gallahard, y si en Duran es dudoso, la sola idea de que él

haya construido esto es para reírse. Tiene un sentido de la estética bastante extremo. Sin duda, de aquellos tres, sólo Vannael realmente pudo haber hecho algo como esto pero...

-¿Pero...?

-No es su magia, de eso estoy seguro. Quien haya hecho esto tenía un nivel que podía rivalizar con el de mi maestro, pero no era él. De cualquier modo, debe haber sido un mago inigualable.

-¿Albion, quizás?- inquirió Reaper la respuesta que él ya había estado meditando en su interior. El guerrero no pareció pensarlo mucho más y se arrojó por el sendero que bajaba, dejando a Reed bastante contrariado.

El sendero que descendía era muy angosto, tanto que Reed tenía que ir pegado a la pared de la gigantesca caverna –exponencialmente más grande que la que daba reposo a Leviatán- dentro la cual se erigía la ciudad, todo para no caer por el precipicio que todavía se abría frente a ellos.

Y así, moviéndose de aquel modo, no pudo evitar preguntarse cómo podrían hallar la Estrella Oscura dentro de tan inmensa necrópolis. Su escudo, de momento, no mostraba reacción alguna, aunque sí se hallaba tan ligero como una pluma. No le parecía que alguien fuera a salir de alguna de esas casas a ayudarlos, así que debían poner manos a la obra por su cuenta.

Con eso en mente localizó tres edificios, que llamaron su atención como importantes: el derruido castillo central, otro similar a uno de los templos de adoración a Ianna que existían en las grandes ciudades, y un monumento colosal, geométrico, que se sostenía a duras penas entre otras construcciones. El último, si debía ser honesto, sólo le atraía en cuanto a lo irreal que parecía. Pero no pudo evitar amargarse, pensando que todo allí era irreal, y que esa misma irrealidad le evocaba algo que no podía definir, como la esencia de un viejo sueño en su memoria.

Sólo tenía una idea clara al bajar el último tramo; mirando el cielo violáceo, pétreo y palpitante, tuvo la seguridad de que Albion había sido el creador de aquellas amatistas. Pero, ¿qué motivo podría haber tenido para hundir una ciudad entera? Por mucho que lo pensara, no podía entenderlo. ¿Por qué tantas pruebas para conceder el acceso, por qué tomar medidas como esas? ¿Acaso buscaba proteger la Estrella Oscura de manos codiciosas? Si era así, sólo le quedaba el sentir culpa, recordando el mensaje en Belekraz. Albion había planeado algo, y ese algo se había desencadenado de una manera incorrecta. No creía ser descendiente de Albion. Su acento poco probaba, para gente de continentes centrales como Reaper o Arksinad, cualquier hablante de Tikielder, Gikeldor o la Isla de la Luna tendría una forma de hablar particular.

“Pero entonces, ¿cómo pasé la barrera de Belekraz?”

Costaba considerar que fuera cierto. No, inclusive, le resultaba hasta hilarante la posibilidad de que alguien como Albion hubiera tenido descendencia en Vant, pero pensó que no podía descartarlo. En cuanto regresara a su pueblo para liberarlo, consultaría a su madre sobre sus ancestros. Si un mago de tal calibre había existido en su familia, sin duda ella lo recordaría.

Tuvo una punzada de añoranza entonces, al recordarla. Cada vez estaba más cerca. La salvación de su pueblo, la libertad de Scarrow, la seguridad de su familia, y el final de la aventura que siempre había querido tener, todo se hallaba al alcance de su mano.

Entonces, sin comprender por qué, se sintió terriblemente solitario.

Las divagaciones que lo perdían se interrumpieron, al darse cuenta de que la alarma de la ciudad había callado ya por completo, y sus compañeros se habían detenido en medio del camino. Observaban los edificios vacíos con mucho recelo.

Un silencio mortal reemplazaba al estruendo anterior.

-No hay marcha atrás- suspiró Arksinad, con la vara en alto.

Reed cerró los ojos para concentrarse. Comenzaba a sentirse de nuevo asustado, sin saber del todo por qué. Sintió el viento helado recorrerle los pies, y luego abrió los ojos al escuchar, varias calles más lejos, unos aullidos enloquecedores, chillidos prolongados y agudos.

-¿Qué...?

-Oh mierda- exclamó Reaper, sacando su guadaña y poniéndola en alto- No estamos solos. Parecen...

-¿Llantos de bebé?- comentó Arksinad como si fuera una broma, pero Reed no creyó que lo fuera en absoluto. Los chillidos realmente parecían llantos de infantes, si a los infantes mencionados uno se los pudiera imaginar ardiendo. Era un sonido espeluznante, y la obviedad era que no anunciaba nada bueno. La alarma para irse se había terminado, y ahora vendrían aquellas cosas *malas y viejas*.

Se movieron a mayor velocidad, con las armas en alto, pasaron casas y edificios derrumbados, cada vez más grandes y más tristes, ventanas que daban a la negrura, viento helado, telas, piso roto, lugares erosionados; el suelo de algún mundo una vez habitado, todo mientras escuchaban, a lo lejos, aquellos horribles aullidos. Finalmente llegaron a una construcción mucho más familiar: un amplio cartel de madera, que colgaba de entre dos edificios derruidos, novedoso en su aspecto al resto de la ciudad. Era dolorosamente obvio que aquello había sido puesto luego de la construcción de todo lo demás, y en sí les hubiera parecido un cartel de bienvenida, aunque las palabras estaban grabadas en la tabla de manera brutal y demente, muy difíciles de comprender:

*BIENVENIDOS A DAMMED OAH
CIUDAD DE NECRÓVALOS*

-¿Dammed Oah?- inquirió Reaper.

-¿Necróvalos?- lo secundó Arksinad.

-¿Bienvenidos?- terció Reed, asombrado de que dieran la bienvenida a un lugar tan espantoso. Como respuesta a aquellas preguntas el misterioso viento que allí rondaba hizo sacudir al cartel, invitándolos a adentrarse. Cruzaron el mensaje no sin precaución, pues aunque aquellos chillidos se habían apaciguado ya un poco, no podían esperar nada bueno de aquel sitio. Reed comenzó a observar las casas, destruidas y los edificios arrojados de lado, y concluyó que aquella ciudad abandonada, Dammed Oah, parecía una gran maqueta a la que habían puesto poco empeño en organizar, como si la

hubiera construido alguna clase de gigante que a medio camino se había hartado y arrojado todo al azar en un arranque de capricho.

Los ecos de una voz se dejaron oír, dispersos por el cielo de amatistas de aquella inmensidad de caverna. Ya habían escuchado antes a aquella persona, cuando estaban en Belekraz, y que volviera a hablarles tan sólo le trajo un vacío en el estómago.

-...al edificio principal. Recuerda... e intentará defenderse...

Las amatistas brillaban cada vez que el sonido aparecía, un recuerdo del pasado que abarcaba toda la ciudad.

-...tiene que haber una forma... no aquí ni ahora, pero luego...

Se quedaron callados, y a sus espaldas el cartel volvió a inclinarse llevado por la brisa. Algo se estaba moviendo en la oscuridad de las construcciones.

-Al fin ha terminado. Hermano, nos veremos.

Aquellas fueron las últimas palabras, y de repente todo sonido se ahogó. Reed no pudo evitar sentirse incómodo.

-Estamos haciendo algo mal. Se supondría que otra persona debía estar aquí.

Reaper no le contestó nada, pero vio en su rostro que pensaba lo mismo. Los tres quedaron en silencio unos segundos, imaginando qué era lo que realmente había y tenía que pasar en aquel espacio en el que se habían adentrado.

Arksinad dio un largo suspiro. Sin previo aviso levantó el báculo hacia el cielo, iluminando las calles que se dirigían hacia el edificio principal. Sintió Reed como Reaper lo tomaba de la capucha del abrigo, arrastrándolo a toda velocidad por aquel camino.

-¡Están viniendo! ¡Corre!

No podía explicar mucho a qué se referían sus compañeros, pero de todos modos corrió lo más rápido que pudo, siguiendo aquel oscuro sendero, directo al edificio semidestruido que la voz había nombrado. Su escudo jamás había sido realmente todo lo pesado que tendría que ser, pero ahora parecía ligero como el aire y hasta hubiera creído que estaba facilitando el trabajo que los músculos en sus piernas hacían al hacerlo moverse como si no existiera un mañana al que llegar. Se dio cuenta de que las runas de su arma estaban brillando, mientras que la luz que alumbraba aquella ciudad se apagaba de a poco junto con las últimas palabras de Albion, cerrándose en torno a ellos con un peligroso velo.

Poco a poco, mientras corría, comenzó a sentir sonidos a su espalda, chillidos, ruidos de manos que reptaban y corridas veloces que los perseguían. No tenía tiempo de voltear la cabeza para ver de qué se trataba, pero tuvo otro escalofrío y concluyó que lo mejor que podía hacer era ir lo más rápido que pudiese hasta llegar a un lugar resguardado. Estaban haciendo algo mal, algo habían arruinado con su intromisión, pero lo peor era que no podía darse cuenta de qué. ¿A quién le hablaba aquella voz, la voz de Albion? ¿Qué era lo que realmente decía?

Frente a sus ojos, mientras sus pies se movían sin descanso, emergió el edificio más grande de la ciudad. Estaba -como casi todo allí- muy erosionado y destruido, pero la planta baja se veía al menos intacta y con las suficientes paredes como para considerarse un refugio. Parecía hecho de mármol gris, adornado con grabados de raíces, flores y hojas que se enredaban por los muros hasta el techo de cúpula, muros salpicados de amatistas que florecían dispares, azarosas en su construcción.

El edificio tenía entradas en cada uno de sus lados. Entraron atropelladamente por el ala sur y cerraron la vieja puerta de -¿era madera?- con una enorme tranca de hierro, para que lo que fuera que los había estado persiguiendo no los alcanzara. Rápido Arksinad corrió y con esfuerzo hizo lo mismo en la puerta del ala norte, mientras los

otros dos trancaban también las del ala oeste y este, dejando todo más protegido y a ellos mismos barricados en un lugar sin salida.

Esperaron que sus perseguidores intentaran arrojar el viejo portón que los separaba, pero por el momento sólo hubo el reptar de manos y los susurros, por lo que se permitieron un respiro. Las criaturas daban golpeteos a la madera, tanteaban aquel edificio con saña, dedos antiguos rasgando sus intrincados relieves. Estaban rondando, buscando algún punto débil para entrar.

-Se podría decir que estamos... atrincherados.

Reaper miró Arksinad como diciendo: “¿De veras?” y Reed observó, más tranquilo, el refugio. Como ya le había pasado muchas veces, aunque el sitio estaba oscuro podía captar casi todos los detalles. El suelo era de piedra negra, lisa y brillante, y las paredes estaban llenas de columnas blancas, que sostenían un raído techo en el que se alzaban varios ornamentos, diseños en los que translucía una historia olvidada, de personas cruzando una puerta para huir del sol. No había ventanas, sí muchas esculturas de mármol destruidas, de árboles, y otras doradas que representaban guerreros de extrañas vestimentas, dando a todo la apariencia de un museo olvidado.

-¡Deben mirar esto!

Reed dejó uno de los pequeños árboles de acero y corrió hacia el centro del lugar, desde donde sonaba la voz de Arksinad. No podía creer que, en su apuro, hubiera pasado por alto lo que había allí: un trono, simple pero más imponente que ninguno, estaba empotrado en una pared que se alzaba solitaria en el medio del lugar. A los pies había algo que en principio confundió con una mesa pero luego cayó en la cuenta no podía ser otra cosa que un altar.

Y dos cuerpos reposaban allí, uno en el trono y otro tendido sobre el altar. El primero, vencido por los años, era un esqueleto pálido y sucio, la túnica hecha jirones, abierta para dejar ver la caja torácica. De su cuello colgaba un trozo de amatista, balanceándose indefinidamente por entre las costillas ennegrecidas, pero también partido como el resto: su cráneo, los pies, el fémur y el cóccix, todas las piezas del cadáver habían sido atacadas, quebradas, separadas con furia. Una sustancia similar al hilo negro atravesaba la dentadura, cosiéndole la cadavérica boca, para surgir luego y atar los brazos y las muñecas, fijándolo cruelmente a su asiento como un espectador involuntario.

El otro cadáver, para su sorpresa, estaba completamente intacto, y Reed hubiera creído que era nada más un hombre dormido de no ser por su palidez. Acostado sobre la piedra, con la cabeza apuntando al trono y los brazos apenas extendidos, no parecía que alguien lo hubiera tocado como al otro. Reed se aproximó, extrañado de la sensación que lo embriagaba, una sensación de añoranza y euforia. Las runas de su escudo parpadeaban alegres mientras examinaba los rasgos de aquel hombre que dormía para siempre: el cabello de un color gris pálido, muy largo, y la expresión serena, tranquila, en un sueño profundo e inalcanzable. La piel era inmaculada, quizás por haber estado tanto tiempo en la oscuridad, y bajo ella se mantenía la forma muscular, vigorosa de un combatiente.

Consideraba examinar las runas que estaban escritas sobre la roca en la que aquel cuerpo reposaba, cuando una exclamación de Reaper lo sobresaltó. Se dio vuelta para ver que el guerrero se hallaba examinando la pared tras el trono.

-Chequeen esta mierda.

Escrito en aquel solitario muro, con una letra tan imprecisa como la del cartel de bienvenida, se podía leer:

*Aquí yace Albion, líder de los rebeldes,
Creador de la Estrella Oscura, traidor a su raza
Que su espíritu sea condenado al tormento
Y la luz de un nuevo mundo brille por sobre sus sombras.*

Al lado, como comentario a lo primero, había otro mensaje, y aunque era evidente pertenecía a la misma persona, la escritura era recta y brutal, grabada sobre el muro con un odio innatural. Ningún pensamiento más que el de la más arraigada locura podía tener quien había escrito con aquella arrastrada caligrafía las enormes letras, formando...

EL ÁRBOL DE LA NADA CRECERÁ

...seguido de confusos garabatos que Reed terminó concluyendo no eran más que risas.

Leer aquella carcajada demencial, como una parodia del primer epitafio que, si bien era trágico, tenía coherencia, lo puso un poco nervioso. ¿Qué clase de mente malsana se había arrastrado dentro de aquellos fríos muros, en la oscuridad de ese lugar maldito? Bajo la risa en la pared se encontraba el dibujo de un ojo, cuya pupila había sido dividida en ocho secciones. Arksinad lo reconoció con temor.

-¿Qué significa eso?

-Es el ojo de Horrxikkrron, Dios de la Nada. Si en este lugar realmente adoraron a un dios como ese...

-Estamos muy jodidos- lo completó Reaper, quien ahora examinaba al cadáver intacto sobre el altar- ¿Se dieron cuenta de que este hombre no es humano, verdad? Ni de ninguna raza que yo conozca.

Era cierto, notó Reed. Su piel era pálida pero al mismo tiempo tenía una complexión diferente, que podría haber sido más oscura cuando se encontraba con vida, y parecía surcada de musculatura que si bien a simple vista pasaba como humana un ojo más minucioso hubiera detectado diferente. Observó que tenía orejas apenas puntiagudas, asomando de entre el largo cabello claro.

-¿Es un elven?

-No- le respondió Arksinad- Los elven son distintos, fríos, delgados y con las orejas más grandes. Este es demasiado muscular...-el mago acercó su báculo y tocó apenas el cuerpo durmiente, dando un salto hacia atrás luego por si las moscas- No reacciona.

Se le acercó más. Si no era un humano, ni un elven, ni ninguna raza conocida en el mundo, ¿qué era aquel hombre? ¿Por qué no parecía descomponerse como el otro cadáver, el de quien parecía ser Albion? ¿Qué era lo que hacían esos dos cuerpos en esa maldita ciudad?

-Y este también es extraño...- el mago estaba ahora examinando el cadáver del trono- Los huesos son... diferentes. Quizás Albion no era humano después de todo.

La idea le pareció de lo más sorprendente. Pero, si Albion no era un humano, ¿cómo era que supuestamente tenía su sangre según Belekraz? Las preguntas se atoraban en su cabeza, sin darle respiro.

-Es evidente que han querido destrozar y profanar a este cadáver lo más que pudieron. Le han puesto una corona invertida.

Reed se volteó para ver el detalle, entre enojado y curioso, y vio que, sobre el sombrero violeta puesto sobre el cráneo, en efecto descansaba una corona dada vuelta, con los elaborados adornos incrustándose entre la gastada tela púrpura.

Sintió una punzada de asco, por quien había hecho todo aquello, y pena por Albion, a quien visualizaba ahora como un guía del pasado, alguien que había marcado un camino y una misión. Ver su cadáver así, atado a un trono, cosido y roto, le daba una sensación de culpa que no podía sacarse de la cabeza. Sin embargo, inexplicablemente se sentía feliz, o al menos muy en el fondo tenía un sentimiento que podría parecerse a la alegría, y que atribuyó al hecho de por fin hallar al legendario mago y estar cada vez más cerca de liberar a su pueblo.

-No murió aquí, evidentemente.

Aquello lo sacó de sus divagaciones.

-¿No?

-No. O al menos no en estas condiciones- Reaper le señaló los grilletes- Estas cosas están muy torpemente puestas y también son más nuevas que el resto del material. Quizás Albion haya muerto en este trono de forma natural, y alguien luego le hizo todo eso.

-¿De forma natural?- Arksinad sacudió la cabeza, escéptico- Sé algo de cuerpos. Este cadáver es joven. Uno no muere de forma natural a esa edad. De cualquier modo, quien sea que le haya hecho esto no lo quería mucho.

-Pues su seguidor número uno no era, eso te lo aseguro- Reaper esbozó una sonrisa- De verdad, hay mucha mierda pasando por aquí. Una ciudad enterrada bajo tierra, sin más habitantes que esas criaturas extrañas, con el cadáver de Albion encadenado y destruido contemplando a otro que parece a punto de despertar y algunos escritos enfermizos en las paredes. Empiezo a extrañar Belekraz.

-No lo dices en serio- bufó Arksinad- No puedes.

Reaper se encogió de hombros pero luego pareció ver algo y, sorprendido, se inclinó frente al esqueleto del trono.

-Hay un... libro entre sus costillas.

-Anda, que debe haber muerto por comer eso.

El guerrero puso los ojos en blanco y con cuidado metió la mano entre los huesos hasta sujetar el libro. Lo intentó deslizar fuera pero después de un rato desistió ante la difícil tarea.

-Espero que el fantasma de Albion no nos maldiga, pero tendremos que destruir un poco más su cadáver- terminó resolviendo Arksinad sin mucho problema.

Reed prefirió no ver el proceso y se dio vuelta, escuchando el crepitar de los brazos de las criaturas que rodeaban el lugar buscando la forma de entrar, que se confundía con el crepitar de los huesos que rompía su amigo en su hurgar. Debían apresurarse, o las cosas se pondrían feas.

-Listo- levantó triunfal el mago el libro en la mano ahora. Reaper se lo arrebató y lo sopló para quitarle el polvo: era un manuscrito viejo, arruinado y de tapa negra con cuatro círculos grabados, titulado *“Para Ti, Años Después”*. El guerrero lo abrió en una página al azar y leyó en voz alta.

“La ciudad es intocable, pero sólo porque su líder lo es. Si logramos hacer caer el Árbol, todas sus raíces dejarán caer lo demás. Debemos tener confianza.

La gente es lo que me preocupa. Han nacido y se han criado para pelear, pero no saben lo que están haciendo. Convencerlos de que escapen será imposible, pero me culparía si no lo intentara. Debemos actuar rápido y eficientemente. Tadeus puede usar

a Necrostacia a nuestro favor, pero hay que recordar que él tiene las otras dos. Como desearía que... ¿Necrostacia? No esperaba hallar una pista tan vieja hacia mi objetivo en estas páginas.

-Sigue- le insistió Reed, absorto. Reaper volvió al libro y lo hojeó un poco, frunciendo el ceño de vez en cuando.

-Gran parte esta desecha, pero aquí sigue... *Quiero creer que no fue él, quiero creer que algo lo impulsó a ser así, como el control de la Estrella. Que así como mi protección sólo alargó mi final, su determinación haya sido lo que le guardase de aquella influencia...*

Pasó dos páginas, demasiado arruinadas como para entenderse siquiera, y prosiguió de mala gana.

-*No importa la distancia que ponga entre yo y esa cosa, mi vida ya está condenada. Tan sólo me pregunto si mi final será pacífico o terrible, si seré un espectro más allá atrapado o... Un Ankou, en caso de que lo peor ocurriera, de que toda mi obra se deshiciera.*” Está bien, esto lo hace: ¿de qué demonios está hablando?

-¡Continúa!- lo apremió Reed quien, si bien tampoco comprendía ni una palabra, disfrutaba escuchando lo que había escrito aquel legendario héroe. Reaper chasqueó la lengua, apresurado y pasó varias páginas, para leer:

-“...sólo son fragmentos del poder de-” y aquí alguien hizo su propia firma en un diario ajeno.

Arksinad se asomó para ver el libro y, en efecto, alguien había rayoneado infantilmente toda la escritura anterior, y sobre aquello había escrito en letras afiladas e irregulares que se desviaban hacia arriba.

*“Muere el dragón durmiente,
Mueren los altos olvidos,
Mueren los hijos del sol,
Muere la guerra viviente,
Mueren los nuevos perdidos que,
Bajo estándares de bien y mal,
Creen haber conquistado.
Es que tan sólo al final,
Vive la nada en la nada.”*

Reaper dejó caer el libro al ver la runa de Horrxikkrron, aquel dios oscuro pintada entre aquellas palabras y retrocedió unos pasos, visiblemente molesto. El manuscrito quedó arrojado en el suelo y ellos lo contemplaron sin atreverse a tocarlo, hasta que Arksinad se encogió de hombros, como restándole importancia.

-Así que Albion, ¿eh?- le hizo una pequeña reverencia al cadáver del trono. Pareció querer añadir algo más, pero la incomodidad y tensión del momento trabó su lengua de proseguir.

-El demente que haya escrito todas esas frases y dibujos tiene que haber sido el mismo que encadenó ese cadáver al trono- razonó Reaper- Es una lástima que uno de los grandes misterios de nuestro mundo, la ubicación del cadáver de Albion, termine teniendo una resolución tan infame.

-Al menos es evidente que ya estamos más cerca de la Estrella Oscura- se esperanzó Reed- Por lo que leíste, parecería como si la Estrella ejerciera un control mental o algo por el estilo.

-¿Y si...?

Los dos miraron a Arksinad, quien a su vez miró hacia la puerta, que comenzaba a ser embestida. El mago se sujetó del sombrero y alzó el báculo, hablándoles mientras observaba como intentaban voltearla.

-¿Y si Albion tuvo que esconder la Estrella de esta forma para evitar que dañara a alguien?

A Reed la idea le pareció horripilante, especialmente por el hecho de que él mismo estaba intentando conseguirla. No tuvo mucho tiempo de meditar una respuesta sin embargo porque al instante la puerta crujió y la tranca cedió, partiéndose a la mitad con un estallido que los dejó sordos. Cuando la madera se abrió de par en par, varias criaturas entraron por el ala este.

Necróvalos los había llamado el letrero de bienvenida, y ese nombre bien evocaba las formas casi humanas, desproporcionadas que tenían: caderas anchas, brazos alargados, la piel celeste, similar a las descripciones de los genios gikeldianos que Scarrow le había dado en sus relatos. Pero si los genios, para Reed, siempre habían sido personajes crueles y perversos, los Necróvalos parecían otra cosa muy diferente, vacíos, sin bocas, ojos grandes como manos abriéndose por entre su cuerpo y extremidades colgantes, cosidas con hilo negro. Eran tal vez la definición del miedo, y más esa idea se incrementaba, para su horror, al entender que estaban vestidos: harapos, collares de oro, atuendos de seda incrustados entre las clavículas, brazaletes y collares que hacían pensar que en algún momento allí había habido una inteligencia, hasta ropajes de niños apretujados sobre la cola y las fauces hinchadas. Sin que hubiera una sola garra, o un sólo colmillo, supo que estaban en un mayor peligro de lo que nunca habían estado antes en todo su viaje.

El que estaba más cercano a él avanzó normal primero pero luego se echó sobre sus brazos, y su cola larga reptiliana se movió como un látigo sobre el suelo. Costaba mucho creer que aquello pudiera existir siquiera en el mismo mundo en el que los habitantes de Deneb Algedi vivían, menos aún bajo su tierra.

Reed retrocedió un paso, y la criatura cerró sus enormes párpados. Al mismo tiempo la parte en donde deberían haber estado sus labios se fracturó como si de una marioneta se tratara: la mandíbula inferior cayó para revelar unas fauces provistas de diminutos colmillos, vibrantes y repetidos como los de un tiburón.

-Qué dem...

El necróvalo fue llenándose de rasgaduras en el cuerpo, que se abrían para revelar voraces bocas en las manos, piernas, pecho e incluso en el costado de la cara: aquel ser era todo bocas, bocas que babeaban veneno y desgastaban las baldosas de piedra del lugar, bocas ansiando un bocado de su carne.

El resto, primero tambaleándose como dementes, pronto imitaron al primero, y comenzaron a abrir todas sus irregulares fauces, chillando. Uno se lanzó contra Reaper quien de un movimiento veloz le cortó un brazo, pero la criatura no se dio por enterada y se continuó aproximando, con lo cual el guerrero se vio obligado a sesgarle la cabeza con otro giro de su guadaña. El cuerpo, sin sangrar siquiera, siguió avanzando hacia el joven, quien observó con horror cómo la cabeza continuaba intentando moverse y cómo de sus huecos salían lenguas negras impregnadas de veneno.

-Son... inmortales- concluyó Reed, con su escudo en alto- Arksinad, ¿puedes sacarnos de aquí?

-Por supuesto que no- respondió el mago, sonriendo como siempre en los lugares menos esperados- Pero puedo cubrirnos la huida. Prepárense...

El joven notó que su amigo parecía más turbado que de costumbre, aunque intentaba cubrirlo con su actitud campante. Otro de los necróvalos saltó sobre Reed, quien lo impactó con el escudo, repeliéndolo. Arksinad apuntó con su mano y conjuró.

-¡Nao Raigens Sekslesh!

De su mano comenzó a emerger una enorme cantidad de aquellos espectros negros, que se dirigieron como una marea hacia los atacantes para retenerlos. Arksinad rio y se dio la media vuelta, dispuesto a emprender la retirada, pero otra de las puertas del edificio saltó de sus goznes y varios monstruos entraron por allí. Uno de ellos saltó hacia Reed, y consiguió morderlo en el brazo unos segundos antes de que el escudo brillara y lo arrojara contra una columna, en donde se quedó masticando la carne sin reaccionar de forma alguna. El muchacho ahogó un grito y Arksinad pareció ponerse más serio, golpeó con su báculo y una nueva pared de fantasmas emergió del suelo bajo las abominaciones, expeliéndolas contra el techo. Los tres aprovecharon la distracción para salir corriendo del edificio a toda velocidad.

Tras ellos varios de los monstruos ni reaccionaron, sus heridas echando espuma azulada y regenerándose con hilos negros. Otro tanto, sin embargo, sí se echó hacia el trío como sabuesos dando caza.

-¿A dónde vamos ahora?

-Yo... no sé...- el mago masculló, al parecer ya agotado de correr. Después de tanto tiempo con él, estaba claro que su eficacia en la magia eclipsaba enormemente su mediocre aptitud física.

-¡Al templo!

-No creo que allí haya menos de esas cosas...

-¿Prefieres que nos detengamos a preguntar direcciones?- exclamó Reaper mientras avanzaban y desviaban su camino hacia el segundo edificio más grande, que parecía una iglesia, con el mismo grabado de un círculo dividido en ocho secciones sobre un óvalo: el ojo de Horrxikkrron.

Reed corría mientras se sujetaba el brazo mordido, ardiente y ensangrentado, mientras sentía como el veneno le infectaba la carne a toda velocidad. La idea le parecía correcta, pues necesitaba descansar. Intentó resistir el dolor y redoblar el esfuerzo de sus piernas, y lo logró al escuchar el sonido silencioso de lo que parecían ser cientos de Necróvalos saliendo de los edificios y dirigiéndose hacia ellos; miles de esos monstruos emergiendo como cucarachas para cerrarles el paso. Envolvió la manga rota de su campera roja sobre la herida de la cual borboteaba sangre negra y siguió el derrape de Reaper, quien dobló por última vez y entró de un salto hacia el templo de Horrxikkrron, cerrando las puertas tras ellos.

Se echó contra estas y suspiró momentáneamente aliviado. No se sentía mal, ni después de tanto correr, así que aquello no debía ser veneno.

No lo era, comprobó con horror al quitar la manga de la herida. En ella el tejido se desprendía, rancio y quemado, y la saliva lo fundía con la impresión de un ácido corrosivo que ya carcomía el hueso bajo su carne.

18. Cornucopia De Asherat

Lejanos a todo aquello, los pocos soldados de Fariel que habían vuelto de la expedición guardaban el hueco que dirigía al interior del Templo del Centro del Mundo.

Yeguilex estaba sobre su montura, justo al frente a la abertura, la expresión altiva aún no mudada de su rostro desde que el trío había descendido. Parecía tener ganas de que alguien apareciera. A su lado Bullwe se hallaba recostado casi al borde del pozo, con una brizna en la boca y la cabeza apoyada en las manos, aburrido por la espera. De vez en cuando sus ojos se dirigían perezosamente hacia la entrada al Templo, los nervios ocultos en ellos ya que sentía ecos y voces proviniendo de la oscuridad que allí se albergaba.

Apenas un poco más allá, Leude y Gio se encontraban jugando al *fuji*, un juego de cartas muy conocido en Fariel. Habían traído naipes para la expedición, a escondidas porque, normalmente, la milicia de Fariel no permitía que se jugara entre sus tropas y menos con apuestas como lo hacían, pero de momento Yeguilex parecía estar más concentrado en otros asuntos como para reprenderlos, y Leude no hacía ningún esfuerzo en ocultar sus exclamaciones de enojo cada vez que su flamante camarada lo derrotaba, más curtido en el arte del engaño.

-Vamos Leude. Creo que aún te quedan tu esposa y tu casa para apostarme, ¿no es cierto? - Gio barajaba las cartas, sonriente, y el otro entraba directo en la trampa, pidiendo otra partida. Bullwe los miró y luego volvió la vista a su capitán: el hombre continuaba contemplando la entrada, inmóvil como una estatua. Lo había notado diferente desde que aquel joven kamuita lo había derrotado sobre Belekraz, como si su capitán hubiera dejado de lado su tarea con Fariel y estuviera a la expectativa de algo más grande. En cualquier caso, aquel cambio de actitud y de trato con sus subordinados había ayudado al hecho de que Bullwe pensara seguir a Yeguilex hasta el infierno, y estaba seguro de que sus pocos compañeros también tenían lo mismo en mente.

Se percató de que Yeguilex se había volteado, y se incorporó apenas para observar a dos jinetes negros, que se aproximaban campalmente hacia ellos por la planicie. Temió que fueran magos de Cel-Neckar, pues sólo Yeguilex tendría entonces chances de victoria, pero por las ropas oscuras se dio cuenta de que debían provenir de Gikeldor o Kamui. Se preguntó cómo habrían logrado pasar los controles que existían alrededor.

Los jinetes se detuvieron frente al militar, quien los miraba imperturbable, el casco bajo el brazo y arriando a su imponente montura. Se hizo un breve silencio y uno de ellos habló, haciendo una pequeña reverencia.

-Déjanos pasar, hombre de Fariel.

-Imposible. Por orden de la Cámara De Los Diez, se prohíbe que cualquier persona ajena al ejército del reino pase por ese hueco.

No era tan cierto lo que decía, aunque tenía sus bases. Si sus cálculos eran correctos, mensajeros ya habían partido al Castillo de Fauda a avisar a la Cámara de su situación, y en cuanto los Unnaon supieran que era él quien había emergido de Belekraz no tardarían demasiado en enviar a otro escuadrón más leal a suplantarlo. Con todo y ello, incluso las autoridades hubieran preferido que Yeguilex ingresara al Templo y no dos forasteros cualesquiera.

-¿Y qué pasa si me da lo mismo lo que diga la Cámara de los Diez?

El jinete tomó el ala de su sombrero y la levantó, arrogante. Yeguilex hizo crujir sus dedos, listo para descargar la tensión de la espera.

-Bueno, si eso ocurre, puedes intentar pasar.

Bullwe escupió el pasto y se levantó, interesado. Aquel tono en su capitán indicaba que había que prepararse para pelear. Leude y Gio también habían interrumpido su partida y observaban la charla. El primero aprovechaba y cambiaba disimuladamente algunas de las fichas del ahura, por si volvían a retomar el juego.

-¿Puedo *intentar* pasar?- el jinete tensó las manos sobre las riendas- ¿A qué te refieres con *intentar*?

-A que harás el intento y entonces te mataré, a ti y a tu compañero por molestar al capitán Yeguilex DaWillse de las Fuerzas Especiales de Fariel. Luego, quizás busque algún árbol en toda esta planicie y lo arrastre hasta aquí para colgar alguno de sus cadáveres, por si hay otras personas a las que les dé lo mismo lo que dice la Cámara de los Diez.

El jinete pareció sobresaltarse apenas, y luego volteó la cabeza hacia su camarada, quien asintió. Ambos soltaron un cordial saludo, dieron la media vuelta sobre sus corceles, y fingieron emprender la retirada. Desde luego, ninguno de los soldados se lo creyó. De entre las ropas del jinete asomó una ballesta, que disparó contra Yeguilex. La flecha rebotó contra la pesada armadura, haciéndose añicos, y el capitán sin decir una palabra saltó de su montura para tomar su maza: un sólo golpe le bastó para arrojar a aquel hombre fuera de su corcel, y luego de un segundo golpe lo remató fríamente aplastándole el cráneo. Bullwe se incorporó para atacar al segundo jinete, pero pronto descubrió que hasta ese esfuerzo había sido en vano. Una flecha de Leude atravesó el corazón del enemigo, matándolo al instante y dejando su cadáver colgando sobre la aterrorizada montura, que huyó despavorida para perderse en toda aquella llanura. Yeguilex la vio alejarse y luego examinó el cadáver destrozado a sus pies, molesto.

-Jinetes de Gikeldor- notó Bullwe- Capitán, estamos en una situación algo complicada. Pedir refuerzos sólo nos dejaría expuestos en nuestro trato con los otros tres. Sería demasiado inocente creer que todo quien pueda superar las barreras que nuestros camaradas de alrededor sostienen sea tan débil como estos dos.

No le respondió, sino que caminó tranquilo de nuevo hacia el pozo, mientras todos guardaban sus armas a la espera de alguna orden.

-Bullwe- dijo su capitán sonándose el cuello- Llévate el corcel que quedó aquí con los demás. Es nuestro ahora. Gio, Leude ha estado haciendo trampa. Y tú, Leude, Gio ha estado haciendo trampa mucho antes que tú. Por el Ojo de Hodaihe, tienes vista de arquero y no puedes ni siquiera ver que se ha llenado los bolsillos de cartas.

El teniente, sorprendido, miró acusador al antiguo ladronzuelo, quien rio como un tonto y se rascó la cabeza mientras desviaba la vista al costado.

Reaper trancó las enormes puertas de la iglesia, y Arksinad les colocó varios encantamientos y runas para que los Necróvalos que se agolpaban en el exterior no pudieran abrirlas. Las paredes del nuevo edificio eran mucho menos gruesas que las de la tumba de Albion, y los sonidos que hacían los monstruos se escuchaban alrededor, tan claros como si nada los separara de sus perseguidores, inquietando al dolorido Reed.

-Dame tu brazo- le dijo el mago, y el muchacho se lo tendió ahogando un grito de impresión: podía ver su carne ennegrecida quemándose, la piel que burbujeaba y se desintegraba a lo largo de su extremidad. Arksinad se quitó el sombrero y metió la mano en él, para sacar de aquel espacio una pequeña botella con un contenido verdusco. Arrojó el líquido torpemente sobre la piel, y él sintió como el dolor se desvanecía y la herida dejaba de pudrirse, deteniendo aquel potente ácido.

El mago sin embargo no parecía satisfecho, y miraba la enorme masa cauterizada, abierta hasta el hueso, con la boca convertida en una línea torva. Apurado por alguna urgencia, sacudió la cabeza.

-No puedo hacer mucho más. Reed, creo que tendremos que amputar...

Reaper se dio la vuelta, escuchándolos, y tiró de su mano con expresión concentrada.

-Tengo algo para sanar eso.

Aquello le trajo un mar de alivio. La sola idea de que le amputaran el brazo, por más indoloro que Arksinad pudiera hacerlo, le aterrorizaba, y más en aquella situación, rodeados de Necróvalos en lo que podría ser el lugar más peligroso que jamás hubiese visitado.

-¿De verdad?- el mago se apartó, sorprendido- ¿Tienes algo para curar una herida como esa?

-No, de mentiritas- Reaper rebuscó entre un relieve de su armadura, bajo su cuello, en donde había un compartimiento secreto y sacó de allí un frasco lleno de un líquido espeso de color rosado- Tengo una prometida que resulta tener un don para hacer pociones. Le tomé esto prestado, ya que me salvó la vida la primera vez que me encontré con aquel insecto rueda. Tómatelo.

-¡Prometida!- Reed sintió la voz estupefacta de Arksinad- ¿Contigo?

El rio, aunque también le parecía increíble. Imaginaba a Reaper visitando burdeles, alcoholizándose y peleando, recorriendo el mundo en aventuras hasta morir, pero, en un compromiso de esa forma con alguien...

-Sí, mi prometida- asintió el guerrero- Vamos, bebe...

-Pero, ¿prometida de que van a casarse? ¿De verdad? ¿O es que en Kamui la palabra significa otra cosa?- los ojos grandes del mago estaban abiertos de par en par- ¿Es un oponente?

-Deja de joderme, boca-cortada- suspiró Reaper- ¿Me ves que esté a punto de casarme?

Sintió la risa de Arksinad, mientras intentaba en vano destapar el frasco con su mano sana. Reaper y una mujer le parecía imposible. Quizás por eso el guerrero no estaba en sus tierras.

Se mordió el labio. Sabía que no era así, y la verdadera explicación sobre por qué él había abandonado su pueblo era mucho más triste. Pero, realmente, ¿qué tipo de mujer podría llamar la atención de alguien como Reaper?

El muchacho se rindió: tomó el frasco y lo destapó con los dientes, bebiéndolo con desesperación. Sabía delicioso, aunque tenía un leve dejo de sangre que se le pegaba al paladar.

-¿De qué está hecho?- preguntó al terminar, respirando.

-Conociendo a mi prometida, lo mejor sería que no preguntaras.

Quiso volver a hablar, pero Reaper lo calló con una mirada. Se encogió de hombros y dejó la última gota del frasco caer hacia su boca en un dejo de frescor frutal. Cayó entonces en la cuenta de que estaba sediento, y de que sólo tenían una cantimplora de agua. Se habían aprovisionado en el último pueblo, pero no habían pensado que aquel viaje duraría tanto una vez pasaran la puerta del Templo.

Observó su brazo: la carne se había regenerado donde estaba la herida, y lo único que le quedaba ahora era una alargada marca negra que tal vez portaría durante toda su vida. Había tenido suerte.

-Eso curará con el tiempo, o no curará. De todos modos, supongo que ya puedes volver a manejar la espada.

-Gracias...- hizo mociones circulares con el puño, pues le había quedado adormecido- Veo que lo que tocan las bocas de los Necróvalos se descompone al instante.

-Arksinad, ¿cuánto crees que dure la protección mágica contra ellos?

-No podría decirlo con exactitud, pero no mucho. La magia de barreras no es mi especialidad.

-Entonces debemos apresurarnos... Lo primero sería saber en dónde estamos.

Al oír aquello Arksinad quiso alumbrar con su báculo pero, antes de que pudiera hacer nada, montones de velas y candelabros comenzaron a encenderse gradualmente, revelando todo el lugar con un resplandor azulado, el mismo edificio previendo la intención de sus visitantes y ayudándolos. Tanto por fuera como por dentro aquel sitio tenía el aspecto de una antigua catedral, como las cúpulas en las que adoraban a la diosa Ianna en el gran continente, con enormes ventanales, asientos de madera distribuidos en todo el espacio y estatuillas de lo más variadas reposando en las hornacinas de los costados. La excepción era que en aquella catedral en particular parecían haber estado adorando a algo mucho más antiguo y maligno que a la diosa humana.

-¡Qué diab...!

El grito había sido de Reaper, pero Arksinad había dado también una exclamación similar. Aquel simple ojo, el símbolo de Horrxikkrron, se podía ver grabado numerosas veces en los ventanales y asientos, incluso con menos prolijidad, en las paredes y techo. Sobre el altar principal, en el vidrial, una representación del oscuro dios de la nada se erigía: una criatura enorme, llena de púas, en la cual nueve ojos vigilaban formado un círculo en su grotesco rostro. Se la quedó viendo un rato, impresionado, pues jamás había visto una interpretación tan monstruosa de un ser divino. Se dio cuenta de que bajo la estatua la misma escritura desequilibrada de antes rezaba...

Aquí está lo que estás buscando.

...seguida de un desprolijo garabato de la Estrella Oscura. Si realmente la Estrella se encontraba en un lugar que podía darles tanta impresión a Reaper y Arksinad, no estaba ya tan seguro de quererla.

-Siento una poderosa presencia demoníaca por aquí.

-Mientras que no digas algo sobre un mal presentimiento estaremos bien- bromeó el de Kamui, pero en cambio Reed preguntó.

-¿Crees que el origen de los Necróvalos esté en este lugar?

El mago negó, dubitativo.

-Pero puedo asegurar que estamos cerca. No puedo creer que haya existido un pueblo capaz de adorar a un dios tan terrible como Horrxikkrron.

-Albion hizo bien en hundir a todos estos condenados bajo Fariel.

-No lo comprendo- Reed continuaba mirando la imagen del extraño ídolo, el único ojo en el medio de los otros ocho que los escrutaba, muerto como el de una araña- ¿Qué tiene de tan malo Horrxikkrron? Es un dios, como cualquiera de los otros ocho.

Sus compañeros se miraron, incrédulos, y luego Reaper se adelantó en preguntar.

-¿Adoras a algún dios, Reed?

Se inclinó de hombros y negó. La simplicidad de Vant le había bloqueado pensar en asuntos tan trascendentales.

-Sé cuáles son y cómo se llaman, y los respeto, pero jamás les presté mucha atención. ¿Y ustedes?

-Yo me ocupé en vivir mi vida de humano- respondió el guerrero.

Arksinad en cambio dejó que una sonrisa poco agradable cruzara su rostro.

-Conozco gente que realmente sigue a algunos dioses, y déjame decirte que cada uno tiene distintos futuros reservados para sus seguidores. Sin embargo, hay algo que es cierto en los primeros ocho: Ianna de la Misericordia, Xshathra de los Sacrificios, Angra de la Oscuridad, Spenta de la Luz, Baal del Destino, Hodaihe del Conocimiento, Batezek de la Guerra, incluso el Creador mismo, YGG... todos prometen continuidad, trascendencia y una realidad eterna, cambiante.

»Dicho de mejor modo, nuestras almas vuelven a reencarnar luego de la muerte. Pueden pasar años, millones de siglos para que ello ocurra, pero en el espectro absoluto todos somos eternos, y la realidad que prometen fluctúa. Sin embargo, Horrxikkrron hace la diferencia.

-¿Promete una realidad...?

-Al contrario, promete la nada. Si Horrxikkrron triunfara sobre los demás dioses, la misma realidad en la que vivimos se desvanecería.

-Pero por suerte, a no muchas personas les gusta esa idea- sonrió Reaper- Y, los dioses existan realmente o no... ese en particular no tiene casi ningún seguidor. Es más, incluso hay gente que dice que por el bien de todos Horrxikkrron está muerto, asesinado por algún congénere o algo.

-Los dioses no pueden morir- afirmó Reed. En esa oración consistía, en cierta forma, toda la educación teológica que los mayores impartían en Vant. El resto lo había aprendido de su maestro, de sus largos cuentos y relatos de las culturas en el mapa, de las leyendas del Raganah que recitaban los brujos ahora y los mitos de los inicios del mundo entre las sombras, creado por algo absoluto e inalcanzable.

-Pero sí pueden dormir- le retrucó Arksinad.

-¿Tú realmente crees en eso, boca-cortada?

El mago se inclinó de hombros y bajó el sombrero.

-Creo que hay cosas que van mucho más allá de nosotros o de la magia y las criaturas, y lo he visto con mis propios ojos. Sin embargo, dudo que tengan el suficiente

poder y relevancia como para ser considerados dioses. Hasta que conocí a aquella joven Merady, sin embargo, era igual que ustedes. No tenía interés. La diosa humana por excelencia es Ianna, pero nunca la vi caminando por Cel-Neckar, ni respondiendo las plegarias de todas sus célibes seguidoras.

Volvió a sonreír y los hilos que continuaban su boca se tensaron. Reed suspiró y volvió a examinar la estatuilla de Horrxikkrron, para luego volver a leer el texto...

Un repentino golpe se dejó oír más allá tras la puerta, y una de las runas de defensa que había puesto Arksinad se partió en pedazos como si fuera de vidrio. Los logró asustar; sin embargo, la madera seguía estando lo suficientemente protegida y no se movió.

-No hay mucho tiempo- apuró Reaper- Pensé que la Estrella Oscura estaría aquí.

-No lo...- dijo Reed, y enseguida cayó en la cuenta. El texto "*Aquí está lo que estás buscando*" no estaba indicando la figura del dios, sino un sello apenas visible en una alfombra a los pies de esta, cuyos bordes se insinuaban con gracia bajo la amena luz de la catedral.

-¡Vengan! ¡Reaper, Arksinad! ¡Creo que es aquí!

Los tres pisaron la felpa vieja, apurando el paso, y cuando se dieron cuenta de que nada iba a ocurrir, otra protección mágica de la puerta se hizo añicos. Los Necróvalos parecían estar desesperados por entrar. Arksinad golpeó el suelo con el báculo y este fue recorrido por un pequeño haz de luz, comenzó a resquebrajarse y pronto la tela bajo sus pies se deshizo, haciéndolos caer al vacío.

...

Con la sorpresa de la caída había sentido como si su cuerpo se hubiese dividido en dos, uno allí arriba que continuaba parado y su alma abajo, desprendida del plano material y a punto de dirigirse al más allá.

Por suerte, las sensaciones que luego tuvo eran bastante terrenales, una mezcla de alivio y el dolor de un aterrizaje de lo más incómodo, su cuerpo retorcido en una posición inimaginable.

-Auch. El genio que inventó ese método probablemente quiere hacernos golpear un rato antes de cedernos la Estrella.

-Sigue hablando después de que saques tu pie de mi costilla, Reed- fue la respuesta masculada por Reaper al intentar incorporarse.

Arksinad interponía risas y quejidos al mismo tiempo, tendido en el suelo. El muchacho de Vant se levantó y escupió lodo: estaban en una caverna – "*¡Otra más!*"- formada con tierra bastante húmeda. Cuando Arksinad se puso de pie, quejándose y terminando de reír para iluminar con su báculo, Reed descubrió porqué la tierra estaba mojada: un gran lago subterráneo se interponía entre ellos y la entrada de piedra que había más adelante.

-Creería que es por allí- dijo Arksinad.

-No hay muchas opciones- siguió Reaper.

-Y tendremos que cruzar el lago- terminó Reed.

-Fantástico, tendremos que mojarnos- suspiró el kamuita- Uh, boca-cortada, ¿no puedes hacer un puente o algo?

El otro negó displicente.

-Sabes lo que digo ahora. Este lugar está más ocupado de magia que Belekraz. No podría ni modificar una piedra de aquí. Bla, bla.

-Pues entonces, deberemos dejar la mayoría de las armas, mi armadura y el escudo aquí, porque dudo que podamos pasar nadando con todo ese peso. Luego tendremos que volver porque, honestamente, me gusta mi armadura.

-Tú déjalos- Reed se incorporó con dificultad, y sacó su escudo de su espalda, apoyándolo sobre el lago- Yo veré si el mío puede flotar.

-A estas alturas, no me sorprendería mucho que tu escudo hablara idioma pez fluente.

El comentario le provocó una sonrisa y luego vio que, en efecto, su escudo se sostenía como una hoja sobre el agua. Quiso subirse encima para usarlo como un bote pero el arma comenzó a hundirse por el peso, así que de inmediato salió.

-Pongamos las armaduras y armas arriba, y avancemos así. Espero que sepan nadar.

Los dos asintieron, y Arksinad se quitó las placas de metal ligero que traía en picada sobre el pecho, depositándolas encima. Reaper hizo lo mismo con la pesada coraza que le cubría su torso y su remera negra, y Reed se sorprendió momentáneamente al ver una gigantesca cicatriz que le cruzaba todo el dorso, como una marca hundida y más clara que su tostada piel. Recordaba haberlo visto con vendajes antes.

-¿Cómo diablos te hiciste eso?

-Peleando contra bandidos no, eso te lo aseguro...- avanzó con dificultad a través del agua y depositó la ropa sobre el escudo flotante- Digamos que mi primer encuentro con mi padre y aquellas ruedas no terminó muy bien para mí.

-Es una suerte que te la haya sacado de encima, ¿no Reap?- le sonrió Arksinad, y el aludido le devolvió un gesto grosero. Los tres se quitaron las botas y las capas y las arrojaron también sobre el escudo, luego más ropa hasta que estuvieron lo suficientemente cómodos para nadar, y entonces se sumergieron.

Lo primero que Reed descubrió fue que el agua estaba helada, pero no le importó demasiado. Nadaron con destreza, en cueros menos el mago, los tres empujando la reliquia que flotaba con sus pertenencias. Reaper y Arksinad se ayudaban con la guadaña y el báculo para tocar el fondo y guiarse.

Reed nadó, empujando su tesoro y pronto cayó en la cuenta de que el agua comenzaba a agitarse y la superficie generar más ondas de lo común.

Había ya vivido mucho, y sabía que aquello no podía ser bueno. Varias rocas se soltaron del techo, primero del tamaño de pequeños limones y luego enormes pedregones que podrían haberlos aplastado fácilmente impactaron contra el lago salpicando el agua helada por todas partes. Los tres decidieron no prestar atención y nadaron a toda velocidad, empujando el escudo hasta que depositarlo en la otra orilla; escapando del agua justo cuando piedras masivas se desprendían y rompían contra el lago, bloqueándoles el retorno por completo. Reed se echó a la superficie, respirando agotado y tiritando, y Arksinad también lo imitó escupiendo agua, mientras buscaba su sombrero en el escudo y se lo colocaba sobre la cabellera mojada.

-Eso no fue una coincidencia. Quien hizo este camino hacia la Estrella Oscura no quería que volviésemos.

-Quizás sí, pero no por allí... -el mago estaba exhausto, pero tomó fuerzas y con presteza se colocó la plancha de metal y su abrigo remendado-. De todos modos, volver a donde estaban todos... los Negróvalos no se me antojaba mucho... Puedo... transportarnos, ¿recuerdan?

Era cierto, pero deberían tener cuidado y lo sabían. Aparecer de la nada con la Estrella Oscura sería algo peligroso, en especial si sólo podrían hacerlo en lugares de transportación comunes donde otro interesado en el tesoro de Albion pudiera encontrárselos.

-Hicimos bien en llevar las cosas de esta forma- sonrió Reed quitándole el agua a una de sus botas y ajustándosela al pie- Debimos haber previsto que un lago allí en el medio significaba que no habría retorno.

Los otros dos asintieron, y terminaron de equiparse. Reed se sentía mojado, helado e incómodo, la ropa pegada a su cuerpo de la peor manera, pero estaba orgulloso de que las cosas, al menos por el momento, se estuvieran dando tan bien.

Tenía, sin embargo, tres sensaciones extrañas, que lo perseguían desde que se había hundido en el sello hacia aquella caverna. La primera era que aquel lugar era diferente al resto de la ciudad hundida, un pozo subterráneo infernal que existía en un plano muy distinto, y aquello le preocupaba, aunque fuera una impresión. No sentía que se hallara en su propio mundo, sino en cambio en algo visceral, pesado, que se cerraba contra su persona. La segunda era física: creía sentir que aquel sitio lo estaba drenando, que en cantidades ínfimas el poco maná que llevaba comenzaba a desaparecer absorbido por *algo* de allí, disminuyendo peligrosamente. Su tercera y última sensación era, sin embargo, mucho más concreta, y podía experimentarla cada vez que veía un recodo, en el agua del lago, en cada rincón con sombra por el que doblaban.

Algo los estaba observando.

...

Jamás creyó que sus ojos pudieran ver tamaña cantidad de tesoros juntos. El oro y las gemas se apilaban en montañas y éstas se juntaban en inmensas torres; había estatuillas de diamante, zafiro, esmeralda, jade y lapislázuli; o incluso algunos materiales desconocidos se alzaban sobre mesas largas repletas de armas, gigantescas espadas como nunca las habían visto, dagas y elaboradas lanzas doradas que se veían como de otro mundo, algunas allí acomodadas en vieja madera y otras desparramadas, atravesando los montones de joyas que se levantaban por doquier. Aquella caverna parecía eterna, la más grande de todas las que habían visitado, y sus tesoros incontables. No podía ver muro alguno que contuviera las riquezas que allí había, ningún límite a aquel espacio más que el camino que continuaba frente a ellos. Reed sabía que tan sólo un saco de todo lo que hubiera allí lo volvería tan rico como para comprar toda su aldea cien veces.

Caminó entre los tesoros y tomó una espada enorme, la blandió en el aire unos segundos y la dejó caer. Era pesada, de esperar por su tamaño, pero tampoco le parecía difícil de usar si se manejaba con ambas manos. El problema era que su escudo ya ocupaba suficiente espacio. La pequeña arma que le había regalado el capitán Lyder estaba bien por ahora, aunque se hubiera resquebrajado durante la batalla contra Daivok.

Reaper estaba agachado, examinando algunas de las lanzas.

-Son buenas. Pero no parecen obra de ningún herrero que yo haya conocido.

-Lo cual es bastante probable, pues deben ser viejas- le respondió Arksinad, mirando unos guantes puntiagudos, metálicos, que parecían ser para magos- ¿Nos llevamos algunas monedas?

El otro sacudió la cabeza.

-No sabemos su valor y, además, yo no las necesito. Lleven ustedes si quieren.

Reed tomó varias gastadas piezas y las colocó en su bolsillo, como recuerdo y para usar en el viaje, por si algún mercader las aceptaba como cambio por alimento o ropajes. Apenas unos segundos luego suspiró y devolvió todo, incómodo. No entendía por qué pero no le gustaba sabotear aquel lugar, por más abandonado que estuviera. Además, la sensación de que algo más estaba allí con ellos lo seguía azotando, y de algún modo llevarse las monedas durante el resto del viaje la incrementaría.

-Bueno, de cualquier modo deberíamos llevar algo que le pruebe a Yeguilex que sí hay tesoros en esta ciudad- dijo Arksinad tomando una pequeña moneda de cobre y arrojándosela a Reaper, quien la atrapó en el aire y se la echó al abrigo.

-Buena idea. Vámonos ya de aquí. La Estrella Oscura no está entre toda esta abundancia.

Los tres abandonaron la extensa caverna por el sendero de polvo, hasta entrar a un gigantesca galería en ruinas, cuyos escombros se desprendían por doquier, desgajándose lenta y etéreamente de las columnas. El suelo estaba empapelado con tomos, manuscritos, libros viejos de conjuros y hechicería, palabras mudas en el silencio de aquel espacio y que de momento decidieron ignorar. Reed avanzaba primero esta vez, y casi cayó de espaldas al contemplar el enorme ser que estaba, contra una pared, guardando todo el lugar.

La primera palabra con la que lo hubiera descrito era gigante; pero la palabra sola no bastaba para indicar su tamaño, ni gigante alguno podría haberse comparado con aquella criatura. Era una masa colosal de músculos cubiertos por una piel blanca, helada, con venas visibles, que podría haber usado a un dragón del tamaño de Skectral como zapato, provista de múltiples brazos, y sobre su torso, como si fuera una montaña de rocas, se agolpaban varias enormes y ciegas cabezas, deformes como una patata. En algunas de ellas había cabello negro, desgreñado, mientras que otras eran calvas, reabsorbidas en donde se suponía tendrían que haber estado los ojos; algunas movían la boca, abriéndola y cerrándola lentamente, intentando hablar sin emitir el más mínimo sonido.

Ninguno de los tres dijo nada, aterrados como estaban. Quedaron inmóviles un rato observando a la criatura, que parecía no haberse percatado de su presencia y continuaba moviendo las horribles bocas y cerrando la piel de sus frentes como si fueran párpados.

-¿Ese es Horrxikkrron?

Arksinad negó.

-¿Recuerdan cuando dije que había cosas que hacían temer hasta a un dios? Estamos frente a una de esas.

El gigante levantó uno de sus pesados pies, del tamaño de una torre, y lo adelantó hacia ellos, sorprendentemente sin hacer ningún estrépito. Era increíble lo silencioso que era para su tamaño. Reed pudo ver los dedos, del tamaño de un humano, dedos gordos y apiñados, provistos de uñas amarillentas tan gruesas como una pared.

-Vámonos de aquí- dijo en un susurro, y los otros asintieron. La inmensidad de aquel ser lo mareaba, estaba a punto de hacerlo caer.

-No pensaba que los Hekantoquiros siguieran existiendo- fue todo lo que dijo Arksinad, y rápido los tres se alejaron, rogando porque el ciego horror no los detectara.

-Es un... ¿Hekantoquiro?- Reed apuró el paso cada vez más, sintiendo como el monstruo se sacudía a su espalda- ¿Qué es eso?

-Una de las criaturas más viejas y más poderosas que existen, desde los inicios de este mundo- le contestó en cambio Reaper.- Una que puede superar al mejor de los dragones de hueso. Y si las leyendas son ciertas, son malignos.

-Malignos del tipo terriblemente malignos. No hay piensas en nada más que en la maldad- sonrió Arksinad aumentando su velocidad- Yo que yo, y lo haré, iría lo más rápido que me permitan mis piernas hasta la siguiente entrada, que gracias a todos los dioses no tiene el tamaño suficiente como para que pase esa cosa.

El mago dijo la frase y un estruendo se sintió a sus espaldas, uno que sacudió todo y casi logró desplomarlos.

-Eso causó el temblor en el lago- se quejó Reaper, mientras ya corrían olvidando el sigilo- Creo que estamos muertos. El Hekasakatorito ya nos detectó.

Reed emprendió la carrera más tarde que sus compañeros, lo que también lo motivó a voltearse: la gigantesca criatura apuntaba la más grande de sus cabezas hacia ellos y emitía lo que parecía ser un sordo bramido con el que aspiraba aire. Entre sacudidas dementes, sus brazos daban fuertes impactos hacia la pared de amatista, con brutalidad, como queriendo arrancar aquella argamasa para aplastarles. Sin embargo, nada sucedía.

No, nada sucedía.

No estaba yendo hacia ellos. Con ese descubrimiento en mente y superando su miedo se detuvo, encarándolo mientras sus compañeros lo miraban como a un loco. El Hekantoquiro seguía forcejeando y sí, en efecto, si hubiera podido los hubiera atacado, pero era incapaz: sus brazos y gran parte de su torso habían sido capturados por la pared de amatistas, imposibilitando su escape. Quién sabía cuántos años habría pasado así, encerrado en la caverna junto a los antiguos tomos.

Arksinad y Reaper se detuvieron también y cayeron en la cuenta de lo mismo, más aliviados, viendo como el gigante intentaba en vano romper las poderosas amatistas que lo petrificaban, que sellaban las expresiones de maldad y odio de varios de sus rostros. Estas no cubrían el techo como lo hacían en la ciudad maldita, pero al menos detenían a esa poderosa entidad de causarles estragos.

-Bendito seas Albion, me retracto de todo lo que te he odiado en Belekraz.

Arksinad rio, y Reed señaló, no mucho más allá, la próxima entrada, de la cual se asomaba una luz verdusca.

-Mejor si nos movemos rápido. No quisiera quedarme a ver si esa cosa realmente puede romper esas gemas y liberarse. Además...

Los dos lo miraron, porque ya sabían lo que iba a decir y porque sentían lo mismo.

-Diría que por allí está la Estrella Oscura.

E ingresaron, pisando con descuido muchos de los libros que había allí arrojados. Si aquel Hekantoquiro llamado Briareo no los hubiera asustado con su presencia, sin embargo, quizás podría haberse dado cuenta de que, entre los libros que pisoteaban, uno titulado "*Historias Para Dormir Por Siempre*" se encontraba presente.

19. Tótem Terror

En penumbras caminaban ahora por un largo corredor de ladrillos rojos, cada uno de ellos marcado con imágenes de la Runa de Horrxikkrron y representaciones garabateadas de la Estrella Oscura, hasta que toparon con la precaria puerta final. Estaba hecha de madera y había sido atada al marco con el mismo tipo de hilo negro que profanaba el cadáver de Albion, por lo que oscilaba de manera muy poco ortodoxa. En el frente tenía grabado, a cuchillo:

¿Estás listo?

-Lo estoy- afirmó Reed en voz alta, y de un empujón rompió las ataduras, arrojó la madera para poder pasar. Los tres entraron.

La sala final a la que habían ingresado era pequeña, y de forma heptagonal. No tenía adornos en absoluto, ni siquiera el ojo de Horrxikkrron tenía presencia allí: abajo era tierra y arriba roca, las paredes grises, desnudas.

En el centro, sin embargo, había un pedestal similar a un altar. Sobre éste yacía una roca negra de forma oval, un gran huevo negro apoyado allí en signo de respeto. No parecía tener nada de extraordinario pero, de nuevo, habían sucedido ya demasiadas cosas en la jornada de Reed como para que él cayera en aquella trampa: y si la piedra no tuviera nada de particular, razonaba, entonces no se hallaría esperando en un sitio como ese.

-Miren el suelo- notó Reaper.

Reed miró bajo sus pies: el suelo era, en efecto, de tierra seca y negra, pero suave, en relieve, se podían percibir varias figuras manchándolo.

Comprobó con horror que eran manos, miles y miles de manos, sosteniendo el aire que se les sobreponía. Estuvo a punto de retroceder; pero en cambio decidió no mover ni un músculo, y volvió a observar lo que realmente le había llamado la atención.

La Estrella Oscura, tal como la había visto en el viejo libro de Scarrow, los dibujos de la puerta del Templo y la superficie de su escudo, flotaba algunos metros sobre la piedra oval negra, girando sosegada en el aire como por arte de magia.

Apenas la vio comprendió maravillado que ni todo lo que había hecho para llegar allí, ni todo lo que pudiera hacer durante su vida, sería lo suficiente como para hacerse valer por aquel tesoro. Sintió que el dragón lo estaba estafando, que aquella

joya que realmente parecía el corazón de un dios superaba con creces el valor del pueblo que planeaba salvar, de tal forma que hasta sus ojos inexpertos lo captaban por encima de todo su cansancio y hastío.

La Estrella Oscura era igual a la estrella dorada que tenía engarzada en su escudo, e incluso del mismo tamaño: una figura de ocho puntos cardinales. La diferencia de que la verdadera estaba hecha de diamante, o al menos de alguna gema similar teñida totalmente de negro, un negro violáceo por el cual translucía de vez en cuando una energía viridia que se movía y revolvía en su interior con voluntad enfermiza.

El espectáculo era magnífico, y evocaba la figura de un sol moribundo. Parecía latir algo tras la débil transparencia oscura, allá en la lejanía, y no dejaba de arrojar un resplandor apagado, tenue, pero lo suficientemente visible como para ser significativo. Al entrecerrar los ojos mirando la Estrella, Reed no se sorprendió de ver un astro verde y borroso.

Los otros dos la vieron también y quedaron absortos contemplando al tesoro girar con lentitud. Reed se dio cuenta de que debía buscar la forma de bajarla, pero algo en su interior le decía que lo mejor sería no tocar nada en aquella habitación.

Nada, en especial aquella solitaria piedra negra bajo la Estrella que flotaba.

De pie ahora dentro de los sellos mágicos que conducían a los pisos superiores, el hechicero de blanco aguardó junto a la bruja a que la magia actuara, transportándolo dentro de su dominio. Se sucedió un fogonazo, luego otro, y así sucesivamente; una vez culminaron, ambos supieron que ya se hallaban en lo alto de la Torre de Babel y reanudaron su camino: él altivo, la expresión oculta por la máscara que llevaba; ella siguiéndolo tal discípula, una sonrisa fascinada dibujada en sus hermosas facciones.

Las puertas del piso final se abrieron solas, y tanto Vannael como Mila ingresaron a aquella parte de la torre, que nadie había profanado desde hacía unos cuantos años. A sus costados, solos los candelabros se encendieron, las cortinas se abrieron de par en par para dejar pasar la claridad del firmamento, y la vida retornó a las paredes, por los bordes de las baldosas, resucitando en esplendor. Era una sala apacible, circular, cruzada por una alfombra roja que llevaba a una escalinata que desembocaba en un majestuoso trono blanco y dorado, que se alzaba como punto de mando de la ciudad.

Era uno de los pocos lugares del edificio que no se hallaba plagado de sellos mágicos y runas, y se utilizaba en general, no sólo como salón principal del rey de Cel-Neckar, sino también para recibir a los pedidores y meditar. Iluminado por el día que se elevaba desde el este, Vannael cruzó sereno ese espacio, y subió las escaleras que lo separaban de su trono. El rey miró a Mila a través de su máscara y volvió a hablar con su voz grave.

-Tráelos.

La bruja sonrió, hizo una reverencia pronunciada y luego apoyando una rodilla en el suelo, elevó los brazos en una plegaria sombría.

*“Carne, de nuestros enemigos desgarran;
Sangre, que su festín se deparen,
Hueso, quiebra al maldito en su rezo.
Daevas de las sombras, umbra noxis,
Cacen culpables en tierra
Cacen el mundo de noche.
Daevas de las sombras,
Herejes, hambres y horrores,
Lleven el miedo a sus presas
Lleven allá sus rencores...”*

Con cada palabra pronunciada del extenso conjuro, ni la luz del sol podía lograr que la habitación se mantuviera iluminada. No se había apagado ni la más insignificante vela, las cortinas estaban entreabiertas incluso, pero todo se había rodeado de una oscuridad abismal que giraba en torno a la invocadora, un torbellino de sombras cruzado por solitarios relámpagos escarlata. Mila bajó los brazos hacia los costados y, en apenas unos segundos, toda aquella oscuridad pareció romperse, como si hubiera sido tan sólo un velo sobre la realidad, con la excepción de un pequeño círculo negro que se mantuvo girando alrededor de ella a toda velocidad.

La bruja descendió sus palmas hasta tocar el círculo, y este entonces también se disolvió en tres veloces sombras que salieron despedidas a cada lado de la habitación, tornándose inmensas contra las paredes de piedra.

La que estaba frente a Vannael, al otro extremo de la alfombra, era sin duda la más grande, y sobre ella se rasgaron dos sobrenaturales ojos amarillos de pupila afilada y expresión bestial, inteligente. El rey mago se dirigió a ellos cuando volvió a hablar.

-Encuentren a Arksinad y a sus dos compañeros, Reaper Assadan y Reed Id Vant. Asésínenlos.

Aquella criatura no respondió nada, silenciosa en la pared, pero los ojos amarillos parecieron brillar con un reflejo de entendimiento antes de desvanecerse de allí tan rápido como se había formado. Mila pareció exhalar, exhausta por el conjuro, y luego se incorporó, con cierta curiosidad.

-¿No le parece demasiado mandar a los Daevas contra tres jóvenes?

Vannael se echó más contra el respaldar del trono, y suspiró.

-Mila, sabes tan bien como yo que al menos en lo que respecta a mi alumno, es tan o más peligroso que personas con mayor poder o experiencia. Además –se encogió de hombros y cerró los ojos tras su máscara- todo esto no es más que un pequeño incentivo para mi adorado aprendiz. Temo que se haya olvidado un poco de la situación en la que se encuentra.

La joven dio una pequeña risa y volvió a hacer una reverencia.

-Me retiro, mi señor.

Vannael asintió distraído, y Mila salió de la sala del trono, la puerta abriéndose por su propia cuenta. El mago la vio alejarse sin darle mucha importancia y luego apoyó su cabeza en el respaldar, meditabundo.

Por dentro, no hacía más que sacudirse de emoción. La prueba final, destino o no, dependía de un poder mucho mayor que el físico, la habilidad mental o la magia, y era un poder que él, entre unos pocos, conocía muy bien.

¿Qué tanta determinación se necesitaba para poder vencer al Tótem Terror, al demonio Asherat? Vannael jamás olvidaba las respuestas a esas preguntas. Hacía lo que debía hacer, simplemente, desde hacía ya demasiado tiempo, sin poder detenerse. Había algo que debía cumplir.

“*Albion*” pronunció en su mente, como respondiéndose una pregunta que pronto lo asaltaría. El escudo había estado en manos de *ellos* por demasiado tiempo. El Tótem de Asherat serviría para mantener a raya lo que pudieran haberle hecho, y para permitir a aquel joven cumplir su cometido, desarrollar su poder y superar la barrera que protegía la Estrella.

Y, claro, para ayudar a su alumno a tomar conciencia. Para ello el Tótem serviría tanto como los Daevas...

Debía, como siempre, enseñarle el camino.

Una ola de expectación se desató en el momento en que Reaper dio el primer paso hacia la Estrella Oscura, pero, ante toda conjetura, nada ocurrió. Sólo hubo quietud, calma, la misma sensación de desconfianza anidándose en sus pechos, seguros de que algo peligroso esperaba en aquel cuarto. En la mente de Reed, el único pensamiento que resonaba era el de saber que se estaban entrometiendo en una trampa terrible e inevitable.

“*Aún no has visto de dónde salieron esos Negróvalos*”.

Una voz en su interior le advirtió aquello, pero él prefirió no prestarle atención, incluso sabiendo que era cierto. Los Negróvalos eran los suficientes como para poblar una ciudad, pero no parecían tener la inteligencia ni capacidad para ser los verdaderos ciudadanos de Dammed Oah, los constructores de sus muros y palacios.

“*A menos que...*”

“*A menos que los Negróvalos no hayan sido siempre Negróvalos*”, no pudo evitar pensar. La ciudad había caído, y también sus habitantes. Era la única explicación para la tremenda cantidad de esas criaturas existente bajo Fariel. Pero, si eso era cierto, ¿por qué se habían convertido? ¿Qué podía haberlos llevado a transformar de esa manera?

“*¿Cuánta gente de la Ciudad Maldita habrá querido posar sus manos en la Estrella Oscura luego que de todo se hundiera?*”

Por un momento sintió que se le helaban las entrañas, y entonces comprendió la trampa. La Estrella Oscura no había sido más que la carnada, una carnada que, aunque para ellos mismos era un sueño, para quien había vivido en la ciudad era sencilla de tomar. Pero, en la sala de la Estrella había otro objeto. No podía entender quién ni por qué lo habría puesto allí, ni cuál era el propósito de tener tantos seres como los Negróvalos rondando bajo Fariel, y quizás, incluso, no era más que un intento de Albion de eliminar los últimos vestigios de inteligencia que pudieran haber tenido esos adoradores de Horrxikkrron e imposibilitarles el escape, pero ya no importaba. En cuanto quiso avisar a Reaper de su idea, las palabras quedaron mudas en sus labios. Con

un sólo paso del guerrero, la cosa que esperaba sobre el pedestal se activó, para cobrarse otra presa.

-¡Reaper, no!

Había hablado Arksinad, y se le notaba aterrado. La piedra negra vibró. Un ojo se dibujó en ella, abriéndose de repente frente a los tres aventureros. Era similar al de la runa de Horrxikkrron, puesto en forma vertical y parecía estar siendo dibujado con tiza sobre su superficie. La pupila opaca comenzó a moverse desenfrenadamente sobre la dibujada cuenca blanca, hasta que terminó enfocando el pecho de Reaper, el más cercano a la Estrella que flotaba allí arriba.

Al principio, en ausencia de un grito o maldición, creyeron que nada había ocurrido. Luego cayeron en la cuenta de que el guerrero estaba paralizado, adormecido por algo que sólo sus oídos escuchaban y que lo tenía sumido en un terror constrictor, el sudor resbalaba por su frente y sus brazos temblaban en vano por zafarse.

-Oh diablos- dijo Arksinad dando un paso hacia Reaper para ayudarlo, y aquello encendió de nuevo un gatillo: otro ojo se dibujó, abriéndose sobre la piedra negra, y comenzó a registrar con locura toda la caverna hasta enfocarse en el mago. Con un balbuceo débil, su víctima quedó también inmóvil, tan blanca como la nieve, el dorso de sus manos temblando imperceptiblemente. La cicatriz de su boca estaba comenzando a expandirse y los hilos que la mantenían cerrada se movían ahora de una manera extraña, simulando mordiscos.

-No debería... esto no se suponía...

Fue lo único que alcanzó a decir, y luego no pudo más.

Alerta, Reed retrocedió un paso con prudencia. Debía sacar a sus amigos de aquella trampa, pero era obvio que de acercarse demasiado esa cosa lo detectaría y un tercer ojo se abriría para comenzar a enfocarlo. Miró desde atrás a Reaper, que intentaba extender la espalda mientras sus brazos se sacudían con furia, y al mago, que parecía estar intentando mover sus manos hacia su cabeza. ¿Qué efecto causaba la mirada de ese demonio sobre un humano?

Se aproximó muy despacio, y estiró su brazo lo más que pudo hacia la manga de Reaper. Tal vez, si lo tironeara lejos de aquel tótem, el...

El tótem vibró de repente, percibiéndolo. El muchacho quiso retroceder de nuevo pero las manos que estaban calcadas en el suelo emergieron, largos brazos fantasmales que lo envolvieron y lo arrojaron más adelante que sus compañeros, a sólo tres pasos de la criatura.

Levantó la cabeza para ver como la piedra se volvía a sacudir y emitía una especie de chillido inestable, de pronto aterrorizada de tener a alguien tan cerca. Varios ojos se abrieron sobre la superficie negra, ojos con la pupila mucho más dilatada que los que miraban a Arksinad y Reaper, y todos ellos se enfocaron solamente en Reed, quien experimentó en ese momento un terror como jamás lo había sentido antes.

Gritos. La necesidad de huir. El despertar de una pesadilla, una soledad inadmisibles, rencor, la pérdida de algo que había amado. Miles de sensaciones distintas lo sacudieron, de memorias difusas, de temores que nunca había experimentado. Entonces se sintió perdido, pero de un modo curioso, como si fuera aquella una sensación que ya hubiera conocido bien antes.

Tan sólo había miedo, o algo mucho peor, subiéndole por las venas al cerebro, empañándole la visión y llenándolo de un dolor agudo, intolerable. Necesitaba morir. Le latían las sienes, intentaba mover los brazos para librarse pero podía darse cuenta de que estaban congelados y temblorosos. Había algo -¿era una voz? ¿fragmentos de una voz?- que le hablaba entrecortadamente, matices profundos y abismales, demoniacos, dialectos negros imposibles de descifrar que intentaban hacer contacto con su cuerpo.

Pronto comenzó a temer por su pueblo, no solamente por Skectral, sino por algo que no podía comprender, un terror que iba más allá de cualquier expectativa; algo oscuro y antiguo, perverso, esperando en la infinita negrura.

Sintió la urgencia de levantarse y alejarse corriendo de aquel lugar, aun si tuviera que abandonar a sus dos compañeros, pero luego se dio cuenta de que, aunque sus piernas le hubieran respondido, su corazón hubiera impedido tal cobardía. Quiso mover la cabeza para ver a Arksinad y Reaper y, aunque su cuello estaba paralizado, de algún modo su vista giró por completo y pudo ver a su espalda a una silueta que podría haber reconocido en cualquier sitio.

“¿Daivok?”

La figura fantasmagórica del líder de los Bellow lo examinaba con odio, con su armadura fluctuando como si fuera de tela, y otra vez los ojos amarillos y los grises se enfrentaron, aunque Reed se daba cuenta de que aquello no podía ser real, ni siquiera podía girar el cuello y, sin embargo, ¿cómo podía ver a Daivok tan claramente a su espalda? Y había otra figura, más allá... ¿era su difunto padre?

Varias de aquellas siluetas fantasmales también estaban paradas tras Reaper y el mago, aunque no las podía observar del todo bien. El joven de Kamui estaba haciendo lo imposible por mantenerse de pie, y la persona más cercana a su espalda tenía la forma de un hombre maduro de cabello completamente canoso, mientras que tras el mago acudían, como si fueran pintadas sobre una sábana invisible que se revolvía con el viento, la misma silueta femenina que Dingir había creado para engañarles y varias personas, la mayoría muy poco definidas.

Daivok lo miró con una expresión que no podía pertenecer a un ser vivo y torció el cuello, dedicándole una sonrisa torva, la que no había podido dedicarle el día en que Reed le mató. Era justo, pensó el muchacho, que a quienes uno mate te acompañen en el último camino hacia tu muerte.

El tótem abrió otros tres ojos más, y Reed sintió otra nueva oleada de terror y desesperación, contemplando la figura de su maestro formarse frente a sus ojos. Todo a su alrededor en aquella caverna era ahora oscuridad, viento y manos alargadas; imágenes espectrales que se revolvían sobre las paredes imposibilitando el escape en un remolino de pavor. En tan sólo unos instantes, aquella tranquila habitación se había convertido en una trampa antigua y mortal.

Estaban en otro mundo, uno que había estado siempre junto a ellos.

“Voy a morir. No... peor aún, no moriré. Esta cosa me está quitando algo de mí, y lo siento.”

En cuanto pensó eso, todos los ojos del tótem se cerraron de golpe, y se volvieron a abrir al instante convertidos en bocas, el mismo óvalo pero ahora desprovisto de pupila, pintado de negro y con varios dientecillos puntiagudos rodeándolo.

“Me volverá uno de ellos. Me convertiré en un ser inmortal y horrendo, y patrullaré esta ciudad...”

Creyó escuchar un quejido entrecortado a su espalda, de una voz que no conocía. Pronto pudo sentir como algo de su ser comenzaba a abandonar su cuerpo, mientras se daba cuenta de que lo mismo le ocurriría a Arksinad y a Reaper: los tres perderían sus mentes, su magia; y el tótem, la última prueba para llegar a la Estrella, las devoraría para convertirlos en los cascarones vacíos que eran los Necróvalos.

Era lo que había estado sintiendo desde hacía tiempo, pero ahora ocurría. La velocidad con la que sentía el poco maná escapar de su ser lo mareaba y lo vivía como un desgarró, algo violento y burdo que era peor que cualquier lastimadura.

“Yo...”

Ahora ya podía verse, inmóvil y tembloroso, a su espalda, porque él mismo era su propia alma, que avanzaba a pasos lentos e inevitables hacia la piedra atrás a su cuerpo de carne y hueso, para ser devorado. De la boca del tótem salía un rayo de luz, una lengua que lo sujetaba y tironeaba, y él era incapaz de poner resistencia, caminaba y caminaba mientras veía a sus dos amigos, o mejor dicho, a las almas de sus dos amigos haciendo lo mismo. Los tres no podían evitar caer en aquel horrible destino. Ya no veía a ninguna figura espectral tras ellos, aunque podía sentir a alguien muy cerca y no sentía ya miedo, sino más bien resignación mientras avanzaba paso a paso hacia su final.

Así pues terminaba todo. No volvería a sonreír ni a vivir, y su aventura no continuaría jamás. El terror se había desvanecido para dar lugar a una sensación de desasosiego, de saber que nada habría podido hacer para evitarlo. Se dio cuenta de que podría haber llorado. Cada paso lo acercaba más al demonio, y le hacía pensar lo inútil que había sido todo. ¿Por qué se había esforzado? ¿Para qué había movido cielo y tierra, por qué había amado, cuál era el sentido de vivir una tragedia como esa? Si esa iba a ser su muerte, si nada iba a lograr, ¿no hubiera sido mejor no haber nacido?

Por un segundo creyó sentir que, por la espalda, dos brazos lo aferraban en un abrazo desesperado, y vio la lengua que lo sujetaba pegada a su pecho disolverse como si estuviera hecha de polvo, dejando un camino de luciérnagas para recorrer.

Enseguida abrió sus ojos, sus verdaderos ojos, y se encontró otra vez entero, postrado ante el Tótem Terror, mientras las imágenes de Cax, de su maestro, de su madre y su padre, de Reaper y Arksinad, en Vant, el pantano donde había hallado el escudo, la montaña, el puerto y todo lo que había recorrido, de todo lo que había vivido y le quedaba por vivir pasaban por su mente. Una determinación que jamás había sentido antes, una fuerza opositora al miedo lo hizo levantarse, mientras miraba fijamente a aquella viva piedra por la cual ya no sentía miedo, sino repulsión y lástima.

Dijo:

-No quiero morir.

El infierno le tenía reservado un lugar, pero no quería llegar allí ahora. Otras imágenes pasaron por su mente, Belekraz, los Bellow y las horribles criaturas que se había encontrado, pero también Albion, Yeguilex y los demás soldados, la puerta del centro del mundo y toda la aventura que había vivido. Aún le quedaba mucho por que vivir, mucho por que pelear, aunque fuera tan sólo pelear por lo que había perdido. Terminó de incorporarse y se volteó para ver a sus amigos, quienes estaban paralizados, el sombrero del mago arrojado un poco más allá, con todos los hilos negros sacudiéndose, y el guerrero también detenido como si estuviera por caer de rodillas: sus almas debían de estar acercándose más y más al tótem, la magia en ellos casi totalmente drenada.

No podía permitirlo.

Se volteó, mientras su escudo brillaba iluminando la mitad de la habitación, y dio un paso lleno de determinación hacia delante, mirando al Tótem Terror con un desafío grabado en sus pupilas. Una multitud de ojos nuevos aparecieron, sacudidos de su ensueño por los temblores de miedo que daba el huevo, enfocándose en él. Sintió por un momento aquel horror, y dio otro paso más hacia aquella piedra, que se sacudió aterrorizada. Una energía lo rodeaba, una luz celeste y gris, algo que lo llenaba de resolución para seguir avanzando. Otros cinco ojos se dibujaron a toda velocidad sobre la superficie de aquella cosa y todos miraron con locura a Reed, intentando detenerlo, pero él hizo acopio de todas sus fuerzas y dio otro paso más, decidido.

-Yo...

El tótem temblaba, y pronto sus ojos se convirtieron en bocas, en un nuevo y desesperado intento por devorar su magia. Cerró los ojos, más calmado, y los abrió mientras levantaba con dolor el brazo, el puño cerrado y tenso.

-¡Rechazo esta existencia!

Descargó con todas sus fuerzas el golpe contra aquel demonio. Alaridos de abyecto horror emergieron de la superficie oscura, que cedió, emblandeciéndose ante su puño, desprendiéndose del pedestal y terminando por dar contra la pared, haciéndola añicos. El tótem rebotó contra el otro lado de la habitación, giró en el piso temblando hasta que todos sus ojos se cerraron, como si se apagara, y luego volvió a su posición inicial, ahora de nuevo negro e inofensivo.

El infierno que rodeaba la habitación se disolvió en un instante, dejando a Reaper y a Arksinad caer contra suelo, las manos aún temblorosas. Reed se dejó caer también hacia atrás, con brazos y piernas extendidos mientras miraba, también agotado, a la Estrella Oscura que flotaba sobre ellos. Aquella prueba final había sido la última y la más difícil de todas, pero ahora todo había ya terminado para bien.

A su espalda Arksinad esforzó algunas penosas arcadas, cercano al vómito. Reaper se incorporó con gran esfuerzo, sobreponiéndose a las sacudidas que dominaban su cuerpo.

-Reed, eres el campesino más valiente que jamás he visto en mi condenada vida... ¿Te encuentras bien, boca-cortada?

Arksinad levantó la mano, indicándole que sí, y sólo consiguió toser un poco, para luego buscar a tientas su sombrero y colocárselo. Se puso de pie pasándose las manos por la cara, y luego miró a Reed: su rostro, aunque demacrado por el momento, lograba seguir esbozando una sonrisa muy poco convincente.

-Eso fue impresionante, Reed. Gracias por salvarnos la vida.

-Nunca pensé que tendría que escuchar a alguien decir eso- chistó Reaper y Reed, que los había estado mirando con la cabeza arrojada tras el cuello, rió.

Arksinad se sacudió el polvo de su túnica y caminó hacia el tótem que estaba arrojado en el piso, inmóvil.

-Ten cuidado, boca-cortada. Sería ridículamente estúpido que lo activaras otra vez.

-Lo sé. Quiero buscar la forma de guardarlo. Hará menos daño allí adentro que suelto aquí, más si los líderes de Fariel realmente tienen pensado enviar hombres a explorar la ciudad.

-Destruyámoslo.

El guerrero tenía su guadaña en mano, y miraba el huevo negro con cierto deseo resentido. Arksinad se dio vuelta, la sonrisa cruzada con una mirada peculiar.

-No es conveniente. Podría activarse de nuevo. Es mejor que lo selle dentro de mi sombrero.

-¿Será seguro para ti?

El mago asintió con una mueca extraña en el rostro y Reaper lo imitó, aunque Reed no se sintió tan cómodo sabiendo que aquella cosa los acompañaría a todos lados,

desde donde sea que quedaban las cosas que Arksinad ponía en su sombrero mágico. Resuelto aquello, el kamuita se aproximó hacia él, y los dos, uno parado y otro arrojado en el suelo, alzaron la vista hacia la Estrella Oscura, mientras Arksinad hacía desaparecer al Tótem Terror por el agujero de su prenda y se la colocaba, imitándolos.

-¿Alguna idea de cómo bajarla de allí?

Era cierto. La Estrella seguía flotando, ajena a todo, lo suficientemente lejos como para que nadie pudiera tocarla. Sin embargo, él ya se había formado una idea. Antes de que cualquiera de sus compañeros pudiese hacer nada, se incorporó con esfuerzo y exclamó, mirando a la gema con la misma determinación con la que había golpeado el Tótem Terror.

-¡Soy Albion! ¡Desciende!

Y, ante el asombro de Arksinad y Reaper, la Estrella obedeció, impulsada por una fuerza etérea a salir de su altura. Emitía una radiación ennegrecida contra el aire mientras más se aproximaba hacia Reed, una que hizo que el muchacho no se sintiera muy seguro cuando, dejándose caer, por fin esta aterrizó sobre sus manos. Era un diamante bastante pesado, tanto que tuvo que sujetarlo con todas sus fuerzas para que no rompiera contra el suelo.

Sintió un sonido a su espalda, y cayó en la cuenta de que su escudo estaba brillando. Arksinad le extendió los brazos para sostener la Estrella Oscura, y él, librándose del peso, se lo quitó y lo colocó contra el pedestal vacío. Casi al instante, con un chasquido, la estrella dorada del centro se desprendió del arma, dejando una muesca enorme con forma similar a la que había en la entrada del Templo. Reaper miró lado a lado, hasta comprender.

-Creo que...

Reed asintió y volvió a tomar la Estrella Oscura, colocándola en la muesca que en su escudo había dejado al salirse la estrella dorada. El escudo brilló y todas las runas comenzaron a girar un rato, pero luego quedó quieto, con la nueva joya perfectamente incrustada en su interior.

Sonrió.

-Ya no nos tenemos que preocupar por ir cargándola.

-Vaya Reed, te has lucido últimamente- sonrió Arksinad mirando la estrella dorada que había quedado suelta- ¿Quién lo diría?

-Yo no- sonrió él mismo mientras examinaba su escudo, ahora con la Estrella Oscura en él, todavía apenas resplandeciendo- Supongo que ha sido una racha de suerte.

Contempló la joya anexada a su escudo, ensimismado. No podía reflejarse en aquel diamante de resplandores glaucos. Había algo en ese artefacto que no le gustaba, como si la Estrella Oscura, después de todo, no fuera tan diferente al tótem que acababa de golpear. Con algo de desconfianza apoyó la mano en la superficie opaca y...

Su cabeza se llenó de alaridos, insoportables y desgarradores alaridos que parecían provenir de millones y millones de seres diferentes. Apartó la mano con temor y cargó el escudo a su espalda: lo liviano como siempre, aunque le gustaba más cuando no tenía aquella cosa maligna adentro.

Sin embargo, podía darse cuenta de que su nuevo tesoro tenía un valor que iba mucho más allá de lo material, un valor que hacía ver a todos los objetos de la cámara anterior como simples trozos de basura. En su mente cruzó una idea: no se la daría a Skectral. El dragón no tenía ningún derecho de pedir nada, y Reed no iba a dejar que se fuera por su propia cuenta sin ningún castigo por lo que le había hecho a Vant, no iba a dejar que se fuera llevándose lo que buscaba. Le daría pelea, y buscaría la forma de salvar a su pueblo. Aquello era lo que un verdadero héroe hacía: había matado a

Daivok, sí, y se había desviado del camino pero aún tenía posibilidades de enderezarlo a su favor. Quizás...

Reaper observó la Estrella, y Reed inclinó la vista hacia atrás, interesado.

-¿Tú te reflejas?

-Más o menos- dijo el guerrero compungido, viendo su cara ennegrecida y distorsionada- Bueno Reed- levantó la vista sonriente- Ya he cumplido mi parte del trato, ¿no? Te he ayudado a encontrar la Estrella Oscura. Ahora es tu turno de meterte en un volcán o algo así.

-Gracias- asintió, y de pronto su cara se ensombreció- Pero queda algo por hacer...

-¿Volver a tu pueblo y darle la Estrella al dragón, eh?- Arksinad rió- Me gustaría acompañarte, también. Tengo mucha curiosidad de ver a Scarrow luego de todas las historias que me contaron sobre él.

Reed dudó, consciente de que a Scarrow no le gustaría nada todo aquello. Su maestro parecía haber sido un miembro importante del Geral Veintiún, y sin embargo, jamás le había hablado mucho de la organización en las historias sobre sus años mozos.

Era claro que había algo en aquel pasado que no le agradaba.

-A propósito- prosiguió Arksinad, sonriente- ¿Así que eres Albion?

Se encogió de hombros, con un suspiro.

-No lo creo, pero sí creo que era lo que tenía que decir para que esa Estrella bajara de allí. No se suponía que nosotros hiciéramos todo esto, se suponía que Albion lo hiciera. Algo ha andado mal.

-Que va, no es nuestra responsabilidad. Además, considerando que su cadáver estaba en ese trono, Albion falló en su cometido.

-Lo sé- asintió Reed, aunque en el fondo sí se sentía mal por todo aquello- Pero es muy confuso. Albion dejó mensajes para sí mismo, ¿o qué fue lo que ocurrió? ¿Creó todas las pruebas para superarlas luego? Nada de esto tiene sentido.

-Poco se sabe de aquel mago- le dijo Arksinad. Su rostro se había mejorado y, aunque estaba pálido como de costumbre, parecía haberse recuperado de la influencia del Tótem- No ganaremos nada meditando tanto.

El muchacho no dijo nada, aunque en el fondo tenía serias dudas en lo que respectaba a Albion. Había pasado la barrera de Belekraz porque “*compartía la sangre de su alma*” pero, ¿eso qué significaba? ¿Qué era descendiente de Albion, de uno de los magos más legendarios y reconocidos del mundo? Además, ¿la Estrella había bajado hacia él por algo en especial, o descendía ante cualquier extraño que proclamara ser Albion? Le dieron vuelta varias ideas vagas, y al final se desconcentró al oír a Reaper sonarse el cuello con desenfado.

-En cualquier caso, boca-cortada tiene razón. No hay que darle tanta vuelta a un asunto que claramente no nos concierne. Ya tenemos la Estrella Oscura, somos leyenda, vayamos a ver a ese dragón y nos saquemos ese peso de encima. Luego Reed, deberás acompañarme en búsqueda de la Ciudad Dorada y de la espada Oblivion. Es un precio mínimo comparado con toda la mierda por la que me has hecho pasar.

-Yo también me dirijo a la Ciudad Dorada a buscar audiencia con Baal, así que...

El de Kamui interrumpió a Arksinad con una carcajada y una mano que abanicaba, burlón.

-Ya boca-cortada, no tienes que estar inventándote excusas. Queremos que vengas con nosotros, perturbador y todo eres bastante útil.

Arksinad tan sólo atinó a levantar una ceja, perplejo, y Reaper se alejó unos pasos, levantando sus ojos hacia el techo de la caverna.

Reed rió.

-¿Y sabe alguno de ustedes dónde está esa dichosa Ciudad Dorada?

-Tengo varias ideas, todas igual de improbables- suspiró el mago- ¿Y tú Reaper?

-Yo tengo una certeza- el de la guadaña continuaba de espaldas a ellos, examinando las figuras de manos que llenaban por completo aquel sitio- Existe una secta, habitando una inmensa forja móvil que marcha sin detenerse por todo el globo, negociando armas de calidad con todos los pueblos y ciudades que puedan permitirse sus exorbitantes precios. Los ocupantes de aquella forja son en su gran mayoría mercaderes, hechiceros y maestros herreros ahora, pero poco tienen que ver con sus pobres hermanos de Gikeldor. Son ricachones, coleccionistas de artefactos. En sus bóvedas se guardan algunos de los tesoros más preciosos del mundo, entre los cuales sé que nuestros queridos Bellow sacaron sus armas y armaduras... -miró las caras de Reed y Arksinad, y asintió- Sí. Mi padre las forjó para venderlas a esa forja, y los Bellow las recibieron. En Belekras comprendí la relación. No soy sin embargo el único que sospechaba eso.

»Y, por lo que me han contado, si deseo ir a la Ciudad Dorada, no hay mejor lugar que ese para buscar. Según tengo calculado –se dio la vuelta hacia ellos ahora- la Forja parará al sur de mi tierra en Eclant dentro de unos meses. Si queremos tomar un barco a Tikielder y a tū pueblo, Reed, Eclant es un lugar de paso obligado.

-Por mi está bien pero... ¿no hay barcos que marchen de Fariel a Tikielder?

Su amigo negó.

-Recién en los últimos años Fariel se ha percatado de la posibilidad económica y mercantil que ofrece tu isla. Pasarán meses si decidimos esperar un barco en Fariel, mientras que en Eclant tendremos gran posibilidad de interceptar al capitán Van Lyder en su trayecto hacia allí. Además, hace mucho que no vuelvo a mi pueblo. Tengo que ver a alguien.

-¿A tu prometida?

-Y a alguien más. Si sigo sin volver por tanto tiempo Amu terminará echándome algún tipo de maldición, a menos que ya lo haya hecho y por eso haya tenido estos últimos días tan emocionantes.

Arksinad rio y levantó el báculo, que comenzó a brillar.

-¿A dónde nos transportarás?- Reed estaba inseguro- No creo que aparecer en Fariel de la nada con la Estrella sea una buena idea.

-No, claro, pero de todos modos no puedo teletransportarme a una ciudad sin magia como Fariel. Iremos a la plataforma más cercana a Yeguilex.

-¿Plataforma?- Reed hizo memoria porque el término había salido de la boca de Scarrow antes- ¿Qué era eso?

-Ah, ¿no lo sabes?- Arksinad bajó la luz de su vara para explicarle- Son losas de piedra encantadas regularmente para que sirvan como receptor de una transportación. En Kamui hay cinco y son inmensas, pero en Fariel hay varias de ellas y de variados tamaños.

-¿Y qué tan lejos de donde nos esperan está la plataforma a la que iremos?

-No tanto. Lamentablemente tenemos que caminar. ¿Es necesario cumplir la promesa con Yeguilex? -el mago resopló molesto- Estoy exhausto, y no podemos asegurar que el capitán no nos espera con medio ejército para mandarnos a prisión y tomar la Estrella Oscura.

-No lo creo. Parecía más interesado en otros tesoros de la ciudad que en ese- negó dubitativo Reed, que en realidad también albergaba sus dudas, pero en cambio Reaper ni siquiera le prestó atención.

-Vamos, boca-cortada, deja de quejarte. Además, si Yeguilex intenta atacarnos de nuevo simplemente tendré que patearle el trasero otra vez.

El otro hizo una mueca desganada y golpeó con su báculo el suelo. El mismo sello de luz apareció, todo se iluminó, pero Reed se vio esta vez en cambio succionado hacia arriba y luego hacia abajo como si lo agitaran en un vaso, luego sintió un ruido, como el crepitar de una enorme llama, y los tres aparecieron trastabillando sobre un agrietado trozo de piedra blanca deteriorada y brillante, arrojado como escombros contra los verdes pastos de una extensa llanura.

Reed se dio vuelta: a su espalda había un extenso bosque -¿era el mismo en el que se habían encontrado con Mila?- cuyos límites se perdían en lo ancho. De cualquier modo, le alegraba saber que ya estaba fuera de Dammed Oah, de los Nocróvalos y de todo aquel terror, y que si quería podría tirarse al pasto fresco a descansar bajo el amanecer.

La idea le parecía muy tentadora, pero recordó que, después de todo, los soldados del decimotercer escuadrón los esperaban. Empezaron el camino paso a paso, iluminados por el sol naciente que se reflejaba en la estrella dorada que Reed había decidido traer bajo el brazo, para Yeguilex, aquella que antes había sido parte de su escudo.

Después de todo, la Cámara de los Diez de Fariel jamás había visto a la verdadera Estrella Oscura.

Manos tras la espalda y pies trazando constantes círculos de perro guardián, Yeguilex continuaba observando impaciente el hueco por el que habían entrado esos jóvenes hacía ya tantas horas. No podían morir. No podían morir, porque, aun si las leyendas eran ciertas, uno de ellos había conseguido derrotarlo a él, al capitán Yeguilex. Sin embargo, era cierto también que no podía desprenderse de cierta incomodidad. ¿Qué cosas podría haber allí abajo en la ciudad...?

Se asomó por el pozo, captando las formas imaginarias que se adentraban hacia la oscuridad. Bullwe también le echaba impacientes miradas de reojo a la entrada abierta, al tiempo que jugaba una partida de fuji contra Gio, marcándole las trampas al joven soldado con una habilidad y desganado impresionantes. Su contrincante realizaba exclamaciones, juraba y blasfemaba, pero Bullwe no podía estar prestándole menos atención a ese juego: como su capitán, su mente también oscilaba entre la espera y la impaciencia. Leude estaba arrojado de espaldas, donde antes había estado acostado su camarada, resoplando. No se había tomado nada bien que un soldado de rango inferior lo hubiera sobrepasado en aquel juego de cartas, pero decidía tragarse su orgullo como perro herido.

-Ya han pasado varias horas- comentó Gio, mirando al sol que se ponía.

-Quizás sea como en Belekraz- intentó sonreír Leude, el más viejo y sin embargo el más nervioso de los tres- Los hemos visto partir esperando que volvieran pronto, pero no sabemos qué tan extensas son esas cavernas tras la entrada.

-Los esperamos días en Belekraz- se mordió el labio Bullwe y luego agregó- Hay más de seis cartas en tu mano, Gio. Sigo yo.

Desde que los tres jóvenes se habían ido, tres grupos contando a los dos jinetes ya muertos habían venido con toda intención de ingresar por aquel túnel, uno de ellos un mago a quien tuvieron que tumbar rápido antes de que terminara de lanzarles un hechizo. Pero el problema lo tuvieron cuando apareció, en un musculoso y lanudo caballo, un militar de Fariel, el general Bas Kegrán, ni más ni menos que el superior directo de Yeguilex, quien tuvo que pasar dolores para convencerlo de que había enviado a algunos de sus mejores hombres a inspeccionar el Templo del Centro del Mundo antes de entrar.

-Le convendría que eso sea cierto, capitán. –le dijo el hombre sin ocultar el dejo de amenaza en sus palabras- Esos mercenarios han sido un alto costo como para no conseguir resultados en su misión.

-Con el mayor respeto, los mercenarios que se unieron a mi escuadrón tenían tanto entrenamiento militar como un elven famélico de Gikeldor.

Bas lo dimitió con un gesto de la mano, y luego se atusó su abundante bigote.

-Cuando consiga la Estrella, procure llevarla directamente ante la Cámara de los Diez. Hay grandes expectativas con respecto a su misión.

-Entendido.

-También, si las cosas resultan como es debido, puede que consiga un ascenso- le dijo el general mientras echaba una mirada despectiva a Leude, Bullwe y Gio- La milicia de Fariel no consiente que sus soldados jueguen durante una misión, por más ociosa que les resulte la espera. Controle a sus hombres, capitán.

-Entendido, general Kegrán, pero mis hombres han caminado y visto más de lo que muchos pueden llegar a ostentar. Creo que se merecen el derecho a tener alguna libertad.

-Por supuesto- dijo el enorme hombre, aunque no parecía muy convencido mientras examinaba a Bullwe- Ya tendrá tiempo de contar todo eso cuando recupere la Estrella. Ahora me marcho, a dar mi informe a la Cámara. Si después de lo leído consideran que usted ya no es apto para completar la misión, enviarán a alguien a reemplazarlo.

El de armadura asintió, sin dudar de que considerarían aquello al instante. El gobierno de Fariel no confiaba en él y con buenos motivos por detrás. Era sabido en la milicia que Yeguilex era un espía de los kiels.

-Además, capitán, debo informarle de la necesidad de que utilice cualquier medio necesario para apresurar el logro de su objetivo. La Cámara de los Diez ha ya organizado una reunión con Kamui y Cel-Neckar, y nos gustaría tener la Estrella cuanto antes sea posible para poder negociarla. Espero un informe.

Yeguilex no dijo nada.

El general le hizo un saludo militar, y se marchó trotando con su bestial caballo. Fue entonces cuando Yeguilex se permitió preguntarse, apretando los puños, cuál era el interés de la Cámara en la Estrella si al final del día planeaban venderla a otro reino, y si no había en realidad algo que se le escapaba, que la misión que le habían dado los kiels desde su infancia no correspondiera a los deseos de alguno de los grandes mandatarios de la ciudad, al menos en sus primeras fases. Desde que supo que los Bellow habían puesto rumbo a la montaña, sentía que confiar en alguien era cada vez más y más difícil. ¿Era tan sólo una excusa, y quien había contratado a los mercenarios buscaba algo más que la Estrella?

Desde aquel encuentro con el general Kegrán habían pasado ya más de dos horas, en las que nada digno de mención había sucedido. Gio se había levantado para dejar de jugar, indignado e incapaz de ver la diversión en una partida de fuji en la que

no se le permitía hacer trampas. Leude dormitaba, las manos sobre el regazo, y Bullwe barajaba las cartas y miraba constantemente, como él, aquel voraz agujero.

Pero el grito que finalizó esa espera tronó a sus espaldas.

-¡Oigan! ¡Aquí!

Todos incluido Yeguilex se dieron la vuelta, sorprendidos de captar esas voces familiares.

-¡La tenemos!

-¡Reed, no seas idiota, no lo andes gritando por ahí!

-Lo siento...

Se los oía a lo lejos, exhaustos, alegres. Bullwe se incorporó, sonriente, y también lo hicieron Gio y Leude, mientras que Yeguilex se decía a sí mismo que había confiado en la persona indicada.

Y, por la llanura, los tres avanzaban: Reaper con su tez bronceada y el cabello despeinado, vestido con la armadura y aquel abrigo negro, Arksinad con su túnica de mago remendada revoleando con el viento y sosteniéndose el sombrero con las dos manos, y Reed, sonriendo de oreja a oreja, con su melena azabache distinguible aun desde la distancia.

El pueblerino arrojó una moneda que Gio atrapó en el aire, examinándola, y cuando estuvieron más cerca volvió a decir, riendo de alegría.

-¡La hemos conseguido!

Y aunque Bullwe no podía entender a qué se referían, pues la única estrella que veían era la dorada del escudo bajo el brazo del muchacho, comenzó a reír también y terminó corriendo hacia los tres jóvenes, agitando los brazos para felicitarlos.

-Epílogo-
20. La Estrella Oscura

Querido Reed:

Imagino que debes de estar preocupado por la suerte de Vant en tu ausencia, así que me las he arreglado para escribirte unas palabras en el escaso tiempo libre del que ahora dispongo. Considérala no sólo información, sino también un mensaje de ánimo de parte de este viejo hombre al que llamas maestro, y atesórala en tu mente durante lo que te quede de viaje ya que dudo que pueda volver a utilizar mis poderes para hacerte llegar otra misiva si las cosas continúan como están por aquí ahora.

Lamentablemente, no traigo buenas noticias. ¿Cómo empezar? Skectral no ha cumplido su promesa, situación a la que debí estar mejor preparado. Quizás ya te he dicho cómo las palabras atan a las criaturas mágicas como los dragones; pero, precisamente por ello, los mejores de ellos tienen formas de manejarlas a su voluntad para engañar y manipular a quienes los escuchan. Si tengo que ser literal, Skectral no ha fallado a su promesa, al menos en lo que se refirió en concreto. Él, -y debo admitir que gran parte de eso pesa sobre mí- prometió no atacar a nadie en Vant. Pues bien, lo ha tomado en serio. Una vez cada nueve días, baja de su palacio y procede a seleccionar a un desdichado ciudadano, a quien arrastra –procurando no dañarlo en lo más mínimo- a las afueras del pueblo. Una vez fuera de Vant, la promesa ya no cuenta para el dragón. Te ahorraré los siguientes detalles.

No ataca a nadie en Vant, de verdad, pero hasta él puede darse cuenta de que no está cumpliendo realmente su parte del trato. Las palabras son peligrosas, pero yo ya estoy demasiado viejo y las tomé a la ligera. Como puedes imaginarte, varias personas han muerto ya en Vant, y más todavía en el resto de la isla, aunque tengo noticias consoladoras –si se les puede llamar así- sobre tu familia. Tu hermano y tu madre están a salvo en un refugio que los aldeanos han comenzado a construir. Me he aventurado incluso en instruir a Caxer en el arte de la magia, viendo el gran potencial que se ha liberado en él desde que el dragón llegó a tu pueblo: no me sorprendería que, en unos pocos años, Cax estuviera listo para ser un mago hecho y derecho. No espero que se convierta en un miembro del Geral Veintiún, pero de cualquier manera su nivel de maná es digno de considerar.

Yo fui parte del Geral, ¿lo sabías? Fue con los grandes talentos de la hechicería que viví buena parte de las aventuras que de niño tanto te deleitaban, trabajando para

los reyes y señores de toda parte del mundo. Esas mismas historias escucha ahora tu hermano, para desgracia de tu pobre madre. Majaka se ha sumido en una tristeza incomparable desde que desapareciste, y difícil es incluso ya hacerle digerir la muerte de tu padre. Ha prohibido terminantemente a Caxer el juntarse conmigo. ¿Me creerías si te dijera que el niño es tan curioso y desobediente como tú lo eras a su edad? Las órdenes de su madre parecen surtir poco efecto.

Por otro lado, y en lo referente a tu misión, espero que hayas encontrado ya a alguien que pueda aliviarte algún peso y acompañarte en esa travesía. Debes tener cuidado, pues no todas las personas del mundo van a estar tan dispuestas a ayudarte como a engañarte y en especial –me golpea la ironía al decir esto- no te fíes mucho de los magos.

¿Qué más puedo añadir? Veo que he mencionado el Palacio, como si te hallaras conmigo durante los últimos meses. Temo descubrir que la vejez ya esté haciendo mella en mi mente.

Skectral ha expandido su influencia, desde Vant al resto de la Isla Tikielder. Tan sólo un par de días luego de que tú te fueras, el dragón voló hacia Ossat, la ciudad más desarrollada de la isla, y repitió la masacre que causó en tu pueblo, con mayores niveles de devastación. Una vez los ciudadanos se le rindieron, ordenó que construyeran un palacio de mármol sobre la montaña más alta de Vant, desde el cual puede observar todo el pueblo, y me designó a mí como su vocero y el organizador de los esclavos que con muerte y terror se procura. Esto significa, como seguro lo imaginas, que debo convencerlos de que trabajen por un lado, evitar que ataquen al tirano por el otro y, claro, buscar resguardarlos con las pocas fuerzas que tengo. Son varios quienes me acusan de haber traído al dragón a estas tierras, pero mis ánimos no decaen. Sé que, tarde o temprano, podré convencerlos de que mi prioridad está para con ellos.

Sin embargo, una ola de desesperación se extiende a la par del poder de Skectral. Conoces ya los efectos de la neblina que cubre estas tierras: ahora la isla es una inmensa nube esmeralda perdida en el furioso mar de Tikielder, a donde los barcos ya ni se asoman. Entrar aquí es casi imposible: han puesto hombres en las fronteras y el puerto, que vigilan noche y día para impedir escapes o ingresos, arruinando también así cualquier chance que tuviéramos de conseguir productos del exterior y limitando nuestra productividad a una decena de campos arruinados por la sequía y algunos pocos animales de granja que no alcanzan a satisfacer la creciente hambruna del pueblo.

La gente está obedeciendo la tiranía de Skectral más y más, y las vidas de todo el mundo están en juego mientras vecinos y hermanos se vuelven contra sí. Cuento contigo, y creo que Vant, no, toda la isla también lo hace.

Creo que no tengo mucho más para decir. Te deseo la mejor de las suertes y que halles lo que buscas en tu viaje. Encuentra la Estrella, entrégasela al dragón, y te aseguro que se irá: esa es una promesa que recuerdo haber hecho bien y de la que no podrá zafarse.

Como la última vez que nos vimos:

¡Ten cuidado!

Scarrow Arderaid

La carta había sido arrastrada por el viento como si fuera un papel más, un papel más que casualmente había terminado por caer sobre Reed la noche anterior. Imaginar que su maestro, Gran Mago de los Vientos, pudiera llegar a tal habilidad de manipulación del aire como para hacer atravesar toda esa distancia a aquel trozo de pergamino... Le hizo considerar que jamás lo había conocido de verdad.

Muchas cosas pasaron por la cabeza de Reed al leerla: en principio, se dio cuenta de que, con las vidas de los pueblerinos en riesgo, su misión se hacía mucho más urgente de lo que pensaba. Debían terminar con aquello y dirigirse a Eclant de inmediato. Y además, y aquello quizás era lo más importante, sintió que un trozo de su hogar volvía a sus manos tras aquellos meses de sufrimiento, esfuerzo y locura, trayéndole voces que conocía, trayéndole imágenes de cosas que jamás había comprendido atesoraba.

Su maestro estaba entrenando a Cax, quien poseía un "*gran potencial*". En su mente la posibilidad de que aquella habilidad fuera herencia del legendario Albion se plantó como una raíz feroz. Debía preguntarle a su madre sobre los ancestros de su familia, o la de su padre. ¿Y si también Scarrow había ido a Vant por algún motivo relacionado a que la descendencia de Albion estuviera allí? También debía preguntarle eso al viejo mago cuando volviera.

Tenía tantas cosas por contarle, tantas más por saber. La urgencia lo carcomía, casi insoportable, y sin embargo, todavía quedaba algo de camino hasta poder volver a pisar la isla.

Y reencontrarse con el dragón.

Skectral había quebrantado su promesa. Había sentido un atisbo de furia cegadora surgir desde sus entrañas cuando leyó esa parte, aunque, a decir verdad, hubiera mentido de decir que no se lo esperaba. Pero la confirmación, el vistazo de los horrores que ese monstruo cometía, hacían que cada vez con mayor fuerza un pensamiento cobrara poder en su interior: que el dragón no merecía obtener un tesoro y marchar, sino que debía ser eliminado. Su crueldad había cobrado ya demasiadas vidas. No le daría nada más que lo que se merecía, y estaba seguro de que tanto Reaper como Arksinad lo ayudarían en ello si se los pedía pero, ¿podrían ellos tres solos contra algo como Skectral? Era difícil de creer. Aun con todo su deseo de heroísmo y aventuras, Reed debía reconocer que había cosas que simplemente eran insuperables y que pronto el momento de bajar la cabeza ante el enemigo llegaría.

Su chance de ser un héroe había quedado arruinada en Belekraz, de cualquier modo.

A la noche anterior la habían disfrutado a la intemperie, sobre las puertas abiertas del Templo del Centro del Mundo, mientras turnaban rondas de dos hombres para vigilar: uno que controlaba la entrada a la ciudad maldita, pues la idea de que los Nécrovalos salieran de allí no les agradaba, y otro que se encargaba de custodiar por cualquier intruso que viniera desde la llanura. El segundo grupo lo tuvo más fácil, pues, gracias a la presencia de Yeguilex, se había hecho rumor en Fariel la noticia de que quien se acercara al Templo Del Centro Del Mundo saldría en pedazos, noticia que el mismo general que los había inspeccionado había hecho difundir bajo el comando de la Cámara de los Diez.

Para alivio de todos ningún Necróvalo emergió de la entrada del templo, y a la mañana, luego de un desayuno a la carrera, todos –los tres jóvenes en sus falkins, los tres soldados en sus corceles (nuevo el de Leude) y Yeguilex en su gargantúa– marcharon hacia el Castillo de Faudó, la construcción central de Fariel. Avanzaban en fila recta, y precavidos habían escondido el escudo de Reed dentro del sombrero de Arksinad. Todo estaba debidamente planeado.

Se abrieron paso por las pobladas calles de Deneb Algedi a ritmo relajado, y a su andar, la ciudad entera se volteaba para observarlos con una mezcla de curiosidad y sorpresa: las peleas en los bares se interrumpían, las viejas mujeres se asomaban por las ventanas, los mercaderes salían de sus puestos, la gente que compraba se quedaba parada en la calle, presenciando la curiosa comitiva. Las noticias de que la puerta del Templo se había abierto habían recorrido el mundo entero desde hacía días, y por aquello casi todas las miradas se concentraban en una cosa: el bulto que Yeguilex llevaba bajo el brazo, sin duda alguna, la Estrella Oscura que se sabía la Cámara de los Diez deseaba desde hacía ya tanto tiempo.

El capitán desfilaba primero, con una sonrisa jactanciosa apenas disimulada en el estoico rostro, contemplando siempre el frente. Leude lo seguía con una sonrisita de suficiencia y tercero avanzaba Bullwe, quien cabalgaba un corcel tan desprolijo y despreocupado como él. El medio ahura Gio se sostenía a duras penas sobre su caballo y saludaba a los ciudadanos tímidamente, temiendo ser reconocido por sus épocas de ladronzuelo, y por detrás iba Reaper, con su mejor cara de fastidio, Reed, que contemplaba a los espectadores con curiosidad, y cerrando la fila Arksinad, quien se había bajado el sombrero casi hasta la nuca para ocultar las risotadas mal disimuladas que cada tanto soltaba. Hubo un momento en que tuvieron que pegarle un par de patadas nerviosas para que dejara de tentarse, pues por algún motivo el mago encontraba muy divertido todo aquello.

Los magníficos falkins acaparaban también gran parte de la atención: era nuevo ver a tantas aves de tal calaña reunidas en un sólo lugar; y sus colores brillaban exóticos bajo el sol de Fariel mientras ululaban ufanamente entre la gente, en contraste con la montura de Yeguilex que espantaba a todos los que se le acercaban con sus coces y resoplidos. Para el final del camino, toda la comitiva llegó hasta las puertas del Castillo de Faudó y, mientras Reaper golpeaba a Arksinad para que dejara de reírse y Bullwe se atragantaba por accidente con la rama de pasto que siempre traía entre los labios, Yeguilex bajó de su montura para golpear la puerta frente a los ojos de casi toda la ciudad.

Pasaron unos segundos de interminable silencio y al cabo de un rato la entrada se abrió, sin preguntas, como cuando alguien importante ingresaba. El capitán se dio vuelta una última vez para lanzarles una mirada de reproche matizado a sus hombres. Luego se adentró en el castillo.

Siguiendo a un criado encorvado por apagados pasillos, dobló por una escalera de piedra gris y se encontró con la entrada al salón de audiencias, a la cual el hombrecillo le indicó entrar. A punto estuvo de hacerlo cuando sintió una voz a su espalda.

-Justo a tiempo, capitán.

El mismo que lo había inspeccionado en la puerta del Templo, su general, se aproximó. Era un individuo fornido y de tez mestiza, la cabeza calva adornada por un gran mostacho negro que retorció sin tapujos. Bas Kegrán era un noble, como lo indicaba el hecho de que poseía apellido, y también un militar de Fariel condecorado con las suficientes medallas como para saber qué sucedería con Yeguilex luego de esa reunión.

Los dos hombres se miraron, y luego el general descendió su vista con aprensión al fardo que su subordinado llevaba bajo el brazo.

-¿Es eso?

El capitán asintió, y Bas se atusó el bigote.

-Con más tiempo, podríamos haberlo puesto en una caja, para la etiqueta. ¿Entramos?

-Usted es mi general. Usted decide.

Kegran ladeó la cabeza al tiempo que con su fornido brazo empujaba la puerta, comentando en un susurro.

-...no por mucho tiempo, lamentablemente.

Se hallaron en una sala circular, dos bancos en el centro y al frente un estrado, largo y con diez asientos dispuestos en él. Cada uno de ellos estaba ocupado por una de las personas de más renombre en Fariel: los miembros de la Cámara de los Diez, los grandes peces de la ciudad ya fuera por conexiones políticas, riquezas o por su historial militar. Yeguilex notó que más atrás, en cada esquina, habían colocado en dos habitáculos aparte un par de lujosos sillones rojos con bordados de oro. Eran indudablemente para invitados de importancia.

El capitán se sacó el casco corneado, para hacer una reverencia ante sus líderes, y luego se sentó en los bancos que había en el centro de la sala, junto a su general. Un vozarrón que no parecía venir sino más que del techo mismo resonó.

-Presentados en la sala, el señor Yeguilex DaWillse, Capitán Del Decimotercer Escuadrón De Las Fuerzas Especiales De Fariel.- Yeguilex se reclinó un poco más en su asiento, incómodo por su armadura, al tiempo que apoyaba la estrella cubierta sobre una mesita que habían dispuesto a su lado- *Acompañándolo, el señor Bas Kegrán, Ilustre General De Las Fuerzas Especiales De Fariel y Héroe Condecorado de las Guerras Barbáricas.* -Kegrán se incorporó en su silla, con una sonrisa satisfecha.

-La reunión la presidirá la honorable Cámara De Los Diez, compuesta por Unnaon Alpha, -un anciano de larga barba inmaculada levantó una mano- *Unnaon Beta,* -lo secundó un hombre calvo de piel oscura que los miró con desaprobación- *Unnaon Delta,* -el tercer miembro de la Cámara quizás levantó también su brazo, pero Yeguilex no pudo verlo pues traía su cuerpo rodeado por largas telas como cortinas, que se rumoreaba ocultaban una grave enfermedad-, *Unnaon Epsilon,* - un hombre que llevaba una armadura de placas rojas- *Unnaon Ipsilon,* - otro igual al anterior, pero con la armadura de color azul brillante levantó un brazo- *Unnaon Zetha,* -lo imitó un niño que apenas podía quizás llegar a los catorce años, pero que el capitán reconocía por ser el séptimo miembro del Geral Veintiún-, *Unnaon Gamma,* - una mujer de cabello moreno que les sonrió amistosamente- *Unnaon Io,* - una anciana de porte majestuoso que levantó su mano con gran vehemencia- *Unnaon Omega,* - les guiñó el ojo un hombre de cabello y barba rala rubios, vestido de blanco, también un mago del Geral- *y Unnaon Tau,* - un anciano que tenía el brazo en cabestrillo y gran parte de su cuerpo vendado, por lo que no realizó ningún movimiento. Se lo conocía en Fariel por ser un estratega nato que había sobrevivido a innumerables batallas y ganado la confianza de miles de hombres.

-Presentados los máximos dirigentes de Fariel, tenemos el honor de darles la bienvenida a nuestros más apreciados invitados, venidos a conocer los detalles de la misión y realizar la transacción por la Estrella Oscura: Su Alteza Shimari Kaharis Hertton, Reina de Kamui, y Su Alteza Vannael Danterkiss Eel, Rey Mago de Cel-Neckar.

Aquello no era tan bueno para Yeguilex. La presencia de figuras de tanta importancia en la sala sólo complicaría las cosas, y se estaba notando que Fariel se había apurado en intentar vender la joya a cualquiera de las otras potencias. De dos puertas distintas, más arriba, varias personas ingresaron.

Por la izquierda entró una joven vestida de blanco, los ojos verdes y el cabello castaño suelto en bucles. Llevaba varios anillos en los dedos y los pies estaban calzados con elaboradas sandalias, los tobillos y las muñecas adornados con pulseras de plata. No había ninguna corona sobre su cabeza, pero ninguna duda hubo para el capitán de que aquella era la reina Shimari de Kamui. Detrás se podía ver, escoltándola, a una mujer de vestido amarillo con el cabello claro recogido en un tirante rodete, y a un joven de rostro melancólico y melena rubia despeinada con lo que parecía ser una capa negra cubriéndole todo el cuerpo, interrumpida su oscuridad por un único collar adornando su cuello.

De la puerta opuesta emergió en cambio una alta figura enfundada en una túnica inmaculadamente blanca con bordados de algodón, que parecían brillar entre las penumbras del lugar. Llevaba la cabellera negra hasta la nuca despeinada en mechones, algunos de los cuales caían sobre sus facciones ocultas por la máscara: un rostro feliz dividido a la mitad, negro y blanco y adornado con una estilizada lágrima cayéndole desde la cuenca. Entre toda esa majestuosidad, la única piel que se adivinaba en el monarca era la del cuello, tan pálida como sus vestimentas.

Lo seguían tres personas: de un lado un anciano barbudo de expresiones toscas que vestía una enorme capa –como la que usaban todos los magos- pero de color amarillo tan chillón que ofendía a la vista sobre una armadura azulada, y del otro un joven que podría haber sido considerado la belleza en persona, o al menos así debían de haberlo pensado casi todas las mujeres de la sala quienes quedaron paralizadas al verlo: mirada despreocupada, cabello rubio leonado, ojos celestes llenos de vanidad. Sobre la frente tenía sujeta una vincha roja y vestía él también el típico atuendo de magos, pero escamado y de color azul eléctrico, esforzado en su elegancia.

Detrás de los tres mejores magos del mundo caminaba una doncella de vestido rojo con una capa del mismo color sobre la cabeza, que ensombrecía sus bellas facciones pero sin terminar de ocultar la mirada amarillenta que le dirigió al capitán apenas tuvo la oportunidad. Yeguilex sintió el vello de la nuca erizarse y apartó la vista, mientras Mila sonreía con indulgencia. Aquella cosa no podía ser humana.

-Escoltando a la Reina Shimari, el señor Sephid Silas de las tierras del sur y la guardaespaldas real, Ann Midas, nobleza de Kamui.

Tierras del sur. ¿Qué tierras del sur? El capitán volvió a acomodarse en su silla, extrañado. Desde la plaga que había azotado la legendaria ciudad de Quaria hacía ya tantos años, sólo había monstruos en las tierras del sur, y nada más. Aquello no tenía mucho sentido, pensó mientras miraba a aquel hombre –¿o joven?- de rostro melancólico, que parecía no tener mucho interés por lo que estaban haciendo allí. La reina, ya sentada en su sillón, le dijo algo al oído, y el de la capa negra se agachó para oírla, miró a Yeguilex con un brillo escarlata en los ojos y esbozó con dificultad una sonrisa, asintiendo.

-Escoltando al Rey Mago Vannael, Duran Id Scion, Dos del Geral Veintiún, y Gallahard Arleon, Tres del Geral Veintiún y noble de Cel-Neckar.

Ningún comentario sobre la joven de extraño aspecto allí atrás, suspiró Yeguilex para sus adentros. Aquel muchacho, Reed, había hablado de una bruja con aquella apariencia cerca del Bosque de los Toros pero...

Pasó su vista por Gallahard, quien parecía estar guiñándole un ojo a la distancia a Unnaon Gamma, y por Duran, que ponía cara de fastidio, para volver a ver a la mujer, pero su mirada se detuvo en el rey de Cel-Neckar.

Lo estaba observando a través de su máscara. Aquella mirada roja le heló la sangre.

-Bueno- Unnaon Alpha se arregló la garganta y habló con una voz sorprendentemente potente para su edad- Hace ya alrededor de un mes se le encomendó al capitán Yeguilex DaWillse la misión de recuperar la Estrella Oscura, en vista de que los últimos acontecimientos han dejado al Templo del Centro del Mundo en una condición favorable para nuestro ingreso. Dado que –levantó la vista casi ciega hacia Yeguilex, y esbozó una sonrisa desde lo alto- ha llegado hasta aquí con eso, debemos suponer que ha tenido éxito, ¿no es así?

-En efecto, mi señor. - *“Aunque sin duda no ha sido gracias a ustedes”* dijo y pensó el capitán para regocijo de todos los Unnaon. Vannael se relajó más en su sillón mientras que la reina Shimari seguía hablando con Sephid, ajena a todo aquello.

-Bien... bien...- Unnaon Beta parecía estar leyendo de una colección de papeles, y carraspeó con voz áspera- Escucharemos ahora el informe del General Bas Kegan.

El aludido se sacudió algo nervioso en su banco, echándole miradas indiscretas al bulto que traía Yeguilex, y luego habló.

-Apenas recibí la orden de acción envié al capitán Yeguilex, comandando un pequeño escuadrón de los mejores hombres que la división especial posee, a sustraer la Estrella Oscura –al oír aquello, el mismo capitán no pudo evitar reír para sus adentros. Había sido su decisión el aventurarse hacia Belekraz, y el desprecio de su superior lo había obligado a recurrir a los maleantes de la prisión para que le ayudaran- ...en la puerta del Templo, pude juzgar el desarrollo de su misión y los resultados han sido claramente satisfactorios, ¿no es así?

Y miró a Yeguilex con aprensión en el rostro, pero el aludido no hizo ni el menor esfuerzo en responderle o torcer el cuello para devolver el gesto. Gallahard había dejado de coquetear con Unnaon Gamma y ahora trataba de guiñar el ojo a Ann Midas, la guardaespaldas de Shimari, quien lo ignoró olímpicamente en un principio para luego dirigirle una mirada de desprecio. El joven quiso probar luego suerte con la reina misma pero pareció abandonar todo intento luego de darse cuenta de que el hombre de la capa negra lo miraba con recelo, tanto que casi se podía tocar el rojo que se desprendía de aquellos ojos. Shimari, por su cuenta, parecía distraída, mientras que su acompañante era la que se encargaba de prestar oídos a lo que decía el general.

Unnaon Omega habló, y sus palabras parecieron traer más interés a la sala.

-Cuéntenos qué ocurrió desde que partió, capitán.

Yeguilex se incorporó, firme, al tiempo que Bas se sentaba, y su relato dio inicio.

-Partí junto a un reducido grupo de hombres hacia la montaña Belekraz. Gracias a ciertas investigaciones realizadas, estimábamos que ese sería el lugar donde más probablemente se ubicaran las gemas para abrir la puerta del Templo.- el general lo continuaba acibillando con nervios mal disimulados, y más allá Vannael le decía algo a Mila, quien seguía con los ojos pegados en él y una peligrosa sonrisa- En el camino hacia la montaña nos cruzamos y estuvimos a punto de apresar a tres individuos que se hallaban también en busca de la Estrella, pero debido a que carecíamos de suficientes hombres para la misión tuve que obligarlos a prestar servicio a Fariel como miembros

de mi expedición, tarea que debo decir aceptaron de buen agrado. Supusieron una gran ayuda en la búsqueda, y no pidieron más que un pago adicional a cambio...

-¿Y esos respetables caballeros son...?- le preguntó Unnaon Epsilon.

-El señor Reed Id Vant, quizás emparentado con el mismísimo mago Albion, de la isla Tikielder- al oír esto, Vannael miró al capitán con mucho interés, levantándose un poco de su asiento, mientras que Mila frunció la comisura de los labios, gestos de los que ni Duran ni Gallahard se percataron- El señor Reaper Assadan, de Eclant...

Tuvo que interrumpirse, porque de repente la reina Shimari dejó de hablar con Ann y bruscamente se volteó hacia él con los ojos brillando.

-¿Reaper Assadan? ¿Ha visto a Reaper? Amu va a matarlo... ¡Pero al menos puedo decirle que está vivo! -rió jovial echándose hacia atrás en el asiento- ¿Sigue siendo un terco cabeza dura como siempre?

Tuvo que obligarse a asentir, contrariado. Assadan era el conocido de una reina, un detalle que hubiera sido bastante útil saber antes de entrar en reunión, pero desafortunadamente no habían imaginado que los máximos dirigentes de cada reino serían convocados. De cualquier modo, la reina parecía de fiar. Hablaba ahora con su guardaespaldas sobre lo oído, mientras que Ann Midas perdía su tiempo frunciendo el ceño ante el revelador vestido de Mila.

-Bueno... -prosiguió, con menos seguridad y temiendo pisarse- Con ellos venía el señor... Salocin, de...- dudó unos segundos, pero pensó que no habría problema- De Cel-Neckar, un mago- Vannael pareció volver a relajarse en su sillón, divertido, y el capitán sospechó que su intento de ocultar la identidad del mago usando el mote que este le había dado había sido arruinado desde el primer instante: de algún modo, el rey sabía que ningún Salocin lo había acompañado hacia Belekraz. Se preguntó cuál habría sido el problema entre aquellos dos, pero pensó que lo mejor era no entrometerse. La joven de cabello negro y ojos amarillos le seguía sonriendo como queriéndole demostrar que no se tragaba ese cuento, y Yeguilex se esforzó lo más que pudo en no cruzarle la vista. Jamás había visto algo tan llamativo: era indudablemente bella, pero había algo en ella que no era humano, como si fuera un lobo vestido de oveja, una especie de aura demoníaca que hacía que ni siquiera el lujurioso Gallahard quisiera sostenerle la vista durante más que unos segundos.

»En la montaña tuvimos la oportunidad de encontrarnos con las cuatro bestias legendarias, aquellas de cuya existencia se dudaba. El primer encuentro fue con el Behemoth y Bullwe, uno de mis hombres, consiguió la gema al superar una prueba de ingenio y destreza, aunque un posterior derrumbe en la caverna hizo que perdiera al primero de mis soldados. Mientras ascendíamos la montaña fuimos atacados por Dingir, de los Bellow, grupo que también estaba a la caza de la Estrella.

-¿Los Bellow buscaban la Estrella por su cuenta?- inquirió la anciana Io con preocupación.

-Sin duda las habrán buscado para vendérselas al mejor postor, ¿no es así?- preguntó amigable Unnaon Epsilon, y Yeguilex asintió.

Aquel hombre era el encargado de los asuntos militares del exterior, y por aquello mismo tuvo que reprimir el impulso de desafiarlo con sus siguientes palabras. Mejor postor y una mierda. La honorable Cámara de los Diez podía actuar todo lo que quisiera, pero el capitán sabía la verdad desde su llegada a Belekraz. Él jamás había sido, a los ojos del gobierno de Fariel, el elegido para traer la Estrella. Ahora más que nunca, viendo las miradas preocupadas de sus señores, lo comprendía: los Bellow habían estado trabajando para Fariel, o al menos alguien de entre los máximos dirigentes había sido su contratista en la misión de conseguir ese tesoro.

Y no les había ido muy bien.

-Las buscaban. Ahora están muertos.

Un murmullo recorrió toda la sala, un cuchicheo incesante mientras todos comentaban la noticia. Hasta Shimari a duras penas logró ocultar una exclamación de sorpresa, y Vannael y Duran dialogaron un rato entre ellos antes de volver a enfocarse en el capitán.

-¿Muertos... todos? ¿Incluso Daivok?- volvió a preguntar la anciana, y él asintió.

-Debo suponer entonces que Belekraz ha sido un desafío que supera las capacidades de toda especie. ¿Cómo murió?- habló ahora el niño, Unnaon Zetha.

-En la pelea, en el interior de Belekraz, terminó golpeando contra la lava ardiente. No quedó ni rastro de él.

Se produjo un silencio impresionado en la sala, sólo interrumpido por el suspiro que Vannael dejó escapar tras su máscara. Los hermanos Bellow eran sin duda los mejores mercenarios del mundo, y el hecho de que pudieran haber muerto no uno, sino todos en aquella misión...

Tras aquello el capitán continuó la historia que habían preparado desde hacía días, que correspondía sólo en partes a lo que de verdad había ocurrido. Contó la muerte de los Bellow, el sacrificio de Dingir, pero modificó la muerte de Dorbog Bellow diciendo que había sido asesinado por una flecha de su teniente, Leude. Habían acordado mantener la participación de Reaper, Arksinad y Reed a lo estrictamente necesario. De Deihr Yeguilex no aclaró mucho. Que aquella joven hubiera sido una espía Bellow colocada en su escuadrón desde hacía tanto tiempo le hacía despertar sospechas para con sus altos dirigentes en Fariel, quienes era evidente se encontraban en buenas relaciones con el grupo de mercenarios. Aunque, si habían permitido que un espía de los kiels como él se infiltrara, ¿por qué no poner un topo donde ya cavaba otro? No podía juzgarlos.

-Debo indicar que los Bellow también se llevaron a muchos de mis hombres. Cuatro soldados de lo que era mi escuadrón original fue todo lo que pudo salir de esa montaña.

Todo el consejo asintió, y él prosiguió con su historia.

-El Krakken que devoró a Dulkir continuará allí, donde nadie pueda molestarlo hasta que muera de hambre. Entre el joven Reed y mi soldado Gio pudieron dar caza al Ziz; en cuanto al Leviatán, la más grande de todas las bestias legendarias, había sido reducido a un esqueleto putrefacto dentro de la base del volcán.

-¿Podemos dar a las cuatro bestias por muertas entonces?- preguntó ahora Unnaon Gamma.

-No. El Behemoth continúa libre, por las planicies de Belekraz. Al no suponer ninguna amenaza decidimos que no sería necesario atacarlo.

-Mis hombres lo cazarán enseguida, señor- se apresuró en agregar Bas Kegan, pero Unnaon Epsilon levantó una mano, callándolo para hablar.

-Encárguense de que no sea capturado por gente ajena.

Intentarían vender a aquel animal también, aunque dudaba que la sociedad patrocinada por la joven Unnaon Gamma lo permitiera. Hizo una pausa para dar algo de dramatismo a lo que vendría y prosiguió con su informe.

-...luego de presenciar la muerte de los Bellow y conseguir las cuatro gemas partimos hacia el Templo del Centro del Mundo. Fue una jornada tensa, pero irrelevante, que finalizó en unos cuantos días. Y entonces, las gemas hicieron su trabajo. Abrimos la vieja piedra que espera al sur de esta ciudad, y...

Se preparó para las exclamaciones que oiría.

-...bajo la puerta del Templo no había ni más ni menos que una ciudad abandonada.

Una oleada de sorpresa recorrió todo lo ancho y largo de la sala de audiencias, y, exceptuando a Sephid y a Vannael, todos parecieron por instinto mirar hacia sus pies, de repente incómodos con el suelo sobre el que se hallaban.

-¿Una ciudad...? ¿Aquí bajo Fariel?

-No pude medirlo bien. Pero es probable que, sino directamente bajo nuestros pies, se encuentre muy cerca.

-Las teorías eran ciertas...- murmuró Unnaon Alpha, fascinado.

-¿Podría decirme qué tan antigua le parecía, capitán?- preguntó la voz grave de Unnaon Beta, pero Yeguilex sacudió la cabeza.

-Sin duda era antigua, arruinada por los años, pero los edificios no eran como nada que hubiera visto, ni siquiera como los de Quaria que aparecen en las antiguas escrituras de nuestros archivos. Sin embargo, no solamente su arquitectura llamó nuestra atención. En el centro de la ciudad, reposaba el profanado cadáver de Albion.

Aunque todos parecieron volver a reaccionar igual, Vannael en cambio se recostó en su asiento, casi como si riera, y Sephid pareció por primera vez poner una cara de sorpresa legítima, asomándose del balcón para apelar al capitán, afectado.

-¿Profanado? ¿Cómo?

-Se hallaba atado a un trono. Hilo negro cruzaba sus restos, y pocos de sus huesos se mantenían en una pieza.

El hombre de Kamui tragó saliva, y luego negó con un movimiento brusco de cabeza.

-Albion estaba sentado en el trono, eso es verdad, pero... ¿Hilo negro? ¿Había algo más de inusual en la ciudad?

-Demasiado como para ser contado en un sólo día- respondió él, sin poder ocultar su sorpresa ante aquel repentino interés- Espantosos demonios infestaban sus calles, mensajes en las paredes, edificios tumbados como si gigantes hubieran cruzado por sobre ellos. También un demonio no nacido habitaba en las profundidades del Templo, última prueba para llegar a la Estrella...

-¿Última prueba? ¿De qué habla?- volvió a preguntar Sephid, y luego pareció volver a su estado melancólico y sereno, para agregar- Que tenga entendido, Albion jamás tuvo contacto con magia oscura ni demonios. No veo la necesidad de agregar una prueba más, fuera de las gemas que protegían la puerta.

-Llegué a la misma conclusión- asintió Yeguilex- Tengo la idea de que alguien ha estado en la ciudad luego de Albion y antes de nosotros, y ha sido el causante de todos esos estragos.

-Lo que quedaría saber, es quién.- Desde el otro habitáculo, el anciano Duran interrumpió la conversación entre los dos- Supongo que la Cámara de los Diez tendrá el respeto de enviar un escuadrón a rescatar el cuerpo de Albion para darle un entierro justo, ¿no es así?

Sephid negó.

-Deben dejar a Albion donde decidió morir. Lo verdaderamente importante es eliminar a esas criaturas que menciona y averiguar quién pudo haber puesto sus pies sobre la ciudad.

-No- la voz de Unnaon Delta se hizo oír tras sus cortinas, áspera y horrible, como si se tratara de un viejo intentado imitar el tono de una niña- El Templo del Centro del Mundo permanecerá cerrado y prohibido para la población hasta que averigüemos qué sucede... Yo mismo me encargaré de ello.

El misterioso joven que acompañaba a la reina pareció querer replicar, pero luego suspiró y se retiró atrás, sin decir una palabra, entre las sombras.

-Hay tesoros increíbles dentro de esa ciudad, pero no estoy seguro de que su precio justifique el costo de buscarlos- informó Yeguilex- Si me permiten emitir una opinión, creo que sellar el Templo hasta futuro aviso es una idea acertada, ya que existe el peligro de que las horribles criaturas que ahora lo habitan decidan intentar salir hacia Fariel.

-En eso estamos de acuerdo- volvió a hablar Unnaon Delta sin el menor dejo de aprobación en su voz, pero Unnaon Omega rápidamente añadió.

-Sin embargo, quisiera añadir que la idea de enviar un segundo equipo para explorar la ciudad subterránea me parece digna de debate- asintió al ver que varios otros miembros del Consejo de los Diez se mostraban de acuerdo, y agregó- Continúe, capitán.

Él se incorporó, pensando que ya poco quedaba para que todo aquello culminara de una buena vez.

-Bueno, a favor de los relatos sencillos a los que estoy acostumbrado y teniendo en cuenta que la mayoría de lo que ocurrió está en la bitácora que redacté durante mi viaje, concluiré diciendo que, luego de todo, conseguí la Estrella Oscura- señaló el paquete que había traído desde la puerta del Templo.

-Háganos el favor de mostrarla.

Lo que le pareció un centenar de miradas se hallaba fijo en él, pero precisamente por esa presión Yeguilex se tomó su tiempo en desenvolver la tela, con movimientos precisos, dejando ver ante todos la estrella de oro macizo que se había desprendido del escudo de Reed Id Vant.

Todos se la quedaron viendo mientras Yeguilex la alzaba con ambos brazos, por unos segundos que se sintieron como minutos, de perplejo silencio.

Luego la voz Duran se oyó, acompañada de un ligero dejo de decepción.

-Pensé que sería... oscura.

Parecía encarnar la opinión general, poco impresionada ante aquel tesoro.

-Ktorr- llamó Unnaon Alpha, y una puerta se abrió para dejar pasar a un herrero, un especialista en metales que se aproximó al capitán para que le prestara la Estrella. Yeguilex cedió el tesoro a aquel hombre de aspecto meticuloso y gordinflón temiendo lo peor. Aquella estrella del escudo era como cualquier pedazo de oro macizo, y no habían contado con que la Cámara tuviera un especialista para analizarla en el acto. Sin embargo, se dijo a sí mismo también, les costaría encontrar falla en sus acciones de todos modos, pues en cuanto a lo que refería a su misión, la había cumplido a la perfección.

Sería una pena que las vidas de todos los hombres que lo acompañaron a Belekraz se convirtieran en una pérdida sin sentido para la ciudad, pero...

-Asombroso- balbuceó el hombre, sus manos paseándose por la superficie dorada y lisa de esa estrella falsa, intentando rasparla, examinándola con detenimiento, los ojos lo más cerca posible de ella- Sencillamente fascinante...

-¿Es oro?- preguntó Unnaon Gamma.

Ktorr se levantó apenas unos centímetros para mirar a la mujer, y luego negó repetidas veces.

-Para alguien sin conocimiento podría serlo, e incluso creo que muchos expertos se dejarían engañar por una composición tan exacta como esta. Sin embargo... -intentó otra vez hacer una hendidura en la estrella dorada con un cincel, sin hacerle ni un rasguño- Posee una... resistencia increíble, y claramente su estructura es diferente, muy diferente a la del oro común. Hasta podría decirse que parece...

Hizo una pausa, que sonó como un jadeo, y su cincel rebotó haciendo pequeños ecos en el suelo.

-¿Señor Ktorr?

-Carne...- lo oyó murmurar Yeguilex, aunque no pudo estar seguro de que aquella palabra realmente hubiera escapado de los labios delgados de ese herrero- Los felicito. Han hallado un tesoro incomparable.

El capitán se permitió respirar más aliviado, aunque por poco no dejaba caer la mandíbula. ¿Habían contratado a aquel hombre para que mintiera o lo que decía era verdad? No, debía de ser verdad, no tenía sentido pagarle a alguien a quien cualquier otro especialista de Kamui o Cel-Neckar podía desmentir fácilmente. Fuera lo que fuera el material del escudo de donde había salido la estrella falsa, las cosas estaban yendo bien.

El especialista se deshizo en reverencias y se marchó por donde había venido, rumiando algo en sus pensamientos. Yeguilex se percató de que incluso algunos miembros de la Cámara parecían desconcertados, y miraban a la estrella ahora con mucho más interés ahora que sabían que no era una simple imitación de oro. Unnaon Alpha la examinó desde lo lejos un rato, y luego levantó las cejas para concluir.

-Bueno capitán, creo que se merece una debida remuneración por tal excelente trabajo...

Se inclinó en una reverencia.

-Muchas gracias, mi señor.

-Y por lo tanto, usted, Yeguilex DaWillse, queda instantáneamente promovido al rango de General De Brigada Especial- agregó Unnaon Beta con su habitual amargura- La posición requiere el uso de una destreza como la que ha estado llevando desde que ingresó hasta ahora. Esperemos que mantenga nuestras expectativas en el mismo nivel en que las estimamos hoy.

-Sus hombres pueden seguir formando parte de su patrulla, y corresponde a usted administrar los rangos a sus soldados como le parezca correspondiente- continuó Unnaon Ipsilon, el encargado de los asuntos militares interiores- Hemos firmado Órdenes de Obediencia para todos los implicados en la misión de conseguir la Estrella Oscura, siéntase libre de impartirlas entre sus subordinados y los caballeros que lo ayudaron durante aquella peligrosa jornada.

-Ahora, si pudiera mantener la Estrella en alto- habló Unnaon Io, y el capitán asintió y tomó la joya de las puntas de los costados, alzándola en medio de la sala- La venta tiene una duración de media a una hora, en dependencia de la oferta. El precio de inicio es de cien mil piezas de gema. Que comience.

El nuevo general bajó la pieza del escudo sobre una alta mesa que dos sirvientes dispusieron delante, y se sentó a esperar mientras la puja comenzaba.

-En verdad no veo el punto de todo esto- resopló Ann, enfadada- ¿Para qué vinimos aquí?

-Por educación- le respondió la reina- Sería muy descortés ignorar una invitación directa de las máximas autoridades de Fariel, si queremos seguir manteniendo la relación amistosa que tras tanto tiempo pudimos recuperar.

La noble logró rodar sus ojos hacia atrás, y Sephid agregó.

-Entonces, ¿ninguna de ustedes quiere la Estrella?

Ann Midas negó con brusquedad, y Shimari la imitó no muy convencida.

-Si Osald estuviera en Eclant, la compraría para dársela y que forje algún arma. Como dudo que eso vaya suceder, por lo que a mí respecta es sólo otro tesoro más. Tenemos muchas cosas inútiles y pesadas en Kamui, y pagar para agregar otra al inventario no me llama la atención pero... -hizo una pausa, y miró a su guardaespaldas- ¿Y tú, Sephid? Tú conocías a Albion ¿No es esa Estrella uno de sus tesoros?

El joven de negro negó.

-Esa no es la Estrella que Albion guardó.-dijo- Parece una réplica, idéntica pero del material equivocado. Sin embargo, no hay duda de que procede de Dammed Oah... Y lo que dijeron de Albion- una inusual mueca de molestia le cruzó la cara- Debo investigar la ciudad hundida. No sólo por el grupo, sino para satisfacer mi propia curiosidad.

-Ya tendrás tiempo. No parece que ese hombre de las cortinas te lo vaya a querer poner fácil...

El de negro se quedó observando a Yeguilex desde lo alto, ambos cruzando miradas unos segundos hasta que el nuevo general bajó la vista en una reverencia. Ann suspiró.

-Y entonces, ¿qué hacemos?

Esta vez hubo una suave risa, y tanto ella como él se voltearon algo sorprendidos al ver la expresión triunfal de Shimari.

-Jugamos a dejarnos ganar. Cel-Neckar se lleva la falsa Estrella Oscura, Kamui se queda con todas sus piezas.

Ambos asintieron, convencida una y distraído el otro joven, que buscaba captar de nuevo la efusiva mirada del recién promocionado militar. Necesitaba interrogarlo. Ya muchas otras ideas y preguntas rondaban ahora en su cabeza, pero de entre todas la principal era: ¿Quién podía haber entrado al Templo antes de que rompieran el sello de Albion?

La conversación también continuaba en el habitáculo opuesto.

-Es falsa- afirmó Vannael, sin moverse ni siquiera para examinarla- Tuve el placer de conocer a Albion, y puedo afirmar que esa no es la Estrella Oscura original.

-Lo esperaba.- Mila sonrió con malicia- Pero qué atrevimiento de general que tenemos aquí...

A diferencia de su tranquilidad, el viejo Duran estaba lívido, meciéndose la barba para contener su enfado.

-¿De verdad creen poder engañarnos con una imitación barata?

-No creo que piensen que sea una imitación...- Vannael miró de reojo a los Unnaon, que parecían estar ocupados en sus propios asuntos- Al menos no la Cámara, aunque sí creo que el general Yeguilex está ocultando más de lo que parece...

El Dos redirigió su ira hacia el general, quien no se percató en lo absoluto, distraído como estaba con el balcón de Kamui. Mila se inclinó al lado de Vannael, para susurrarle al oído.

-Su alumno Arksinad está en la calle de abajo, mi señor... ¿No desea visitarlo?

El rey mago se removió imperceptiblemente.

-No. Envié a los Daevas precisamente para evitarme la molestia de tener que ir por mi cuenta. Aunque... me hubiera deleitado ver su expresión cuando por fin comprendió dónde se hallaba la Estrella.

Por el brillo de sus ojos parecía regocijarse la idea, pero no dijo más. La bruja asintió, y se levantó dando un giro con gracia hacia Gallahard, quien estaba distraído arreglándose el cabello y buscando bellezas entre los miembros de la Cámara de los Diez.

-¿Y tú no la quieres?

El apuesto mago se interrumpió, sorprendido, y logró esbozar una dubitativa sonrisa hacia Mila.

-No lo sé... Es dorada, pero no parece ningún adorno que pudiera llevar al cuello. Tampoco me parece que sea de buen gusto para la mansión Arleon, aunque, a lo mejor, podría fundirla y hacer...- se dio cuenta de que Mila lo seguía mirando sin pestañear, y algo más nervioso se retractó- Aunque, pensándolo bien, quizás la Estrella sí quedaría espectacular en mi mansión de Gikeldor, en donde guardo todas mis esculturas... ¿Quién sabe? Quizás una cosa tan fea como esa resalte el esplendor incomparable de mis obras. - terminó con un gesto teatral, los dedos sobre el corazón y el otro brazo estirado, y Mila hizo una risita incrédula a la que Gallahard correspondió con una sonrisa más tranquila. Duran resopló, poniendo los ojos en blanco, y tras el respaldar del asiento la voz de Vannael llamó la atención de los tres.

-Entonces está dicho. Se contentarán con varios millones. Considéralo un regalo de mi parte a la casa Arleon, Gallahard.

-Uh...- el Tres del Geral hizo una reverencia hacia su rey, desconcertado- ¿Gracias?

Vannael levantó una mano, como indicando que no había problema, y pronto la puja de la falsa Estrella Oscura dio comienzo y, a decir verdad, la hora que se estimó duraría quedó excesivamente larga: pues la venta se hizo con una presteza que ni Yeguilex ni la Cámara habían esperado.

Yeguilex salió de la puerta principal del Castillo de Faudó con varias medallas colgando del pecho de su armadura. Su expresión inamovible se mantuvo al encarar a sus hombres, que lo contemplaban sonrientes, y asintió, con lo cual todos estallaron en un vítor de alegría que sorprendió a los transeúntes y al cual el recién nombrado general no se opuso.

-Ya está hecho. Y, tú, mago -miró a Arksinad- No es que quisiera entrometerme en tus asuntos ni que me incumba, pero creo que no está de más avisarte que el mismísimo rey de Cel-Neckar, Vannael, estuvo en la reunión. Se encuentra dentro del castillo- el mago palideció, mirando hacia los altos muros, y el general se dirigió a Reaper- Y también estaba la reina Shimari, quien parecía conocerte. No sé qué asuntos tienen con dos personas de tanto calibre, pero mi recomendación sería que se marcharan de Fariel lo antes posible. He recibido un informe de Org, el mercenario que dejamos en Mib, y al parecer han sido avistados individuos de negro siguiendo nuestro rastro, preguntando por aquí y por allá quiénes fueron los que regresaron de Belekraz. La cosa no pinta bien para ustedes. Ni para nosotros, si vamos al caso.

Los tres asintieron, y el general se dirigió a sus soldados.

-Y a mis hombres, tengo el placer de anunciarles que ahora que me han nombrado general, Leude podrá ser ascendido. Los demás deberán esperar hasta cumplir los años de servicio necesarios para la posición.

Los soldados asintieron aunque no respondieron nada: en aquel momento, hasta Yeguilex sabía que aquello no tenía importancia alguna.

-La Cámara me otorgó una considerable cantidad de oro para las familias de los muertos y para todos los sobrevivientes de la expedición, dicho sea de paso. También han firmado Órdenes de Obediencia para cada uno de nosotros...- las repartió entre todos- Les serán bastante útiles.

Reed vio el papel que le tendía el capitán sin entender, y decidió que lo leería después. El fornido hombre los miró uno por uno, el violeta en sus ojos titilando por primera vez.

-Bueno, caballeros, creo que después de todo, las cosas salieron bien.

Todos estuvieron de acuerdo con aquello y asintieron, excepto Arksinad que seguía con la vista pegada al Castillo de Fauda y los nervios atorados en la garganta.

-Ya vámonos. Quedarnos aquí demasiado tiempo es muy arriesgado.

Algo en Reed dudaba, sabiendo que Vannael estaba tan cerca. Si realmente era así, la segunda misión que le había encomendado Scarrow podía cumplirse en un segundo. Tan sólo debía hablar con el rey mago y pedirle que eliminara a Skectral de su isla... y lo hubiera hecho, de no haber desarrollado ya camaradería con Arksinad. Si su amigo estaba tan aterrorizado de Vannael, respetaría su decisión y haría las cosas por el camino difícil.

Reaper asintió, dirigiéndose a Yeguilex.

-Nos vamos, entonces.

El otro lo miró.

-Les deseo suerte en su viaje. Si necesitan ayuda de Fariel, ya saben en dónde encontrarme. No dudaré en dejar mis deberes como soldado para acudir al hombre que pudo perdonarme la vida.

-Ya, general, me vas a hacer ruborizar- bromeó el kamuita.

El otro le frunció el ceño pero luego esbozó una sonrisa, y Reaper se la devolvió. Los dos se dieron la mano, y Gio le cruzó el brazo sobre el cuello a Reed, riendo y marcando el final de aquella alianza.

Todos se despidieron de manera alegre y honesta, prometiendo volver a encontrarse una vez terminarán de liberar a Vant y, cuando los tres falkins ya comenzaban a marcharse, Reed sintió que el general lo llamaba. Se volteó sorprendido y vio al hombre aproximarse apresurado, mientras que más allá sus propios hombres lo miraban también con semblantes extrañados.

-¿Qué ocurre, general?

-Mis disculpas. Necesito preguntarte algo, Reed Id Vant. Dos preguntas, en realidad.

Él asintió, todavía bastante extrañado de aquella repentina acción. Yeguilex dio un largo suspiro y lo miró a los ojos.

-Te escuché decir que encontraste tu escudo en un pantano, cerca de tu pueblo. Si no quieres decirme donde lo encontraste, no te obligaré, pero... ¿Es eso verdad?

No tardó en responder.

-Sí. Mi escudo estaba abandonado, hundido en el fango. No sé cuánto tiempo habrá llevado allí hasta que lo hallé. ¿Y la otra pregunta?- preguntó apresurado, viendo las caras de curiosidad de Reaper y Arksinad. Yeguilex lo miró de nuevo a los ojos con una expresión que jamás le había visto antes, seria como siempre, pero más decidida que nunca.

-Esto puede sonarte extraño pero... ¿encontraste en el Templo... en la ciudad, alguna espada? Una espada...

-Había muchas espadas bajo la ciudad, general...- dudó él.

-Pero la espada de la que yo hablo es diferente, lo suficientemente diferente como para que te haya llamado la atención. Es una espada tan alta como un hombre y de filo elaborado, de color gris platinado. ¿No has visto algo así en Dammed Oah, de verdad? Intenta hacer memoria.

Tuvo la urgencia de preguntarle por qué a él precisamente le preguntaba todo eso, pero terminó cerrando los ojos y recordando todo lo que había visto en la ciudad: las cavernas, los edificios agujereados, olvidados, el castillo principal hecho trizas, el trono con el cadáver de Albion y el otro cuerpo de cabello inmaculado y largo, la iglesia que adoraba a Horrxikrron, los tesoros bajo la ciudad -había muchas espadas allí, todas tan altas como un hombre, pero ninguna demasiado elaborada o de color gris- y luego la cámara del Tótem Terror.

No, no había visto a ninguna espada como esa, aunque por algún motivo la duda le acosaba cuando le negó con la cabeza al general. Yeguilex pareció decepcionarse y le dejó ir, saludándolo con la mano. Reed se devanó en pensamientos mientras se unía a Reaper y Arksinad, avanzando por el camino para salir de la ciudad, mientras los soldados de Fariel los contemplaban alejarse hacia el horizonte, la velocidad de aquellas aves aumentando con cada paso.

Imágenes de Dammed Oah seguían pasando por su cabeza mientras desesperaba intentando recordar dónde había visto una espada como la que describía Yeguilex, y pronto se dio cuenta de que, de algún modo, todos sus pensamientos se proyectaban hacia un instante de su vida: el momento en el que él era su propia alma, avanzando hacia su destino final, el Tótem Terror. Algo había ocurrido que lo había hecho volver a su cuerpo, algo que sentía se relacionaba con lo que le preguntaba Yeguilex, algo que sin embargo no podía recordar, como si aquel recuerdo se esfumara más y más de su cerebro mientras más se alejaba de Fariel y Dammed Oah.

No podía verlo, todo lo que visualizaba era la nada sobre ese momento. Suspiró, y apuró el ritmo de su falkin, contemplando el sol en lo alto mientras que con su mano tapaba toda aquella luz y cientos, decenas de voces se entrecortaban en el recuerdo de lo vivido, de la experiencia que había ganado y todo lo que había perdido. Sonrió con júbilo, pensando en lo que quedaba por hacer.

Su pueblo lo esperaba, y ahora ya tenía la llave para liberarlo. Su aventura, después de todo, terminaría en Vant.

Sólo quedaba un último obstáculo para terminar con el sufrimiento de su maestro, y era el dragón. Recordó a Skectral y sintió la necesidad de tener a su escudo a mano, sin comprender por qué.

Yeguilex se quedó contemplando cómo se alejaban, sin moverse de su lugar, deseándoles en su mente la mejor de las suertes. Había una tercera cosa que quería preguntarle a Reed, pero por algún motivo se había detenido de hacerlo. Ahora, viéndolos irse y recordando todos los incidentes relacionados con aquel mago, se arrepintió de no haberlo hecho.

Después de todo, había escuchado ya el nombre de Arksinad, y por lo que sabía, aquel joven no era para nada diferente a la joven bruja que acompañaba a Vannael. Quizás los otros dos no lo hubieran notado, pero él sí: del mago, del brujo, emanaba la misma aura de maldad que había visto en aquella mujer durante la reunión de la Cámara. Chasqueó la lengua con molestia, viendo como desaparecían los tres aventureros por el horizonte de la ciudad, y entonces algo captó su atención: había una silueta, sobre el sonriente Arksinad, que miraba con interés a Reed.

Una silueta gris, que se estiraba, que se arremolinaba con saña. Durante unos segundos, Yeguilex creyó ver facciones. Pero luego ellos se alejaron lo suficiente, y aquella visión se perdió para siempre.

FIN DEL PRIMER LIBRO